

PAUL

El final de la guerra

PRESTON

La última puñalada a la República



de

Esta es la historia de una tragedia evitable que costó muchos miles de vidas y arruinó decenas de miles más. Tiene numerosos protagonistas, pero se centra en tres individuos. El primero, el doctor Juan Negrín, víctima de lo que se podría llamar una conjura de necios, trató de impedirla. Los otros dos fueron responsables de lo acontecido. Uno, Julián Besteiro, actuó con una asombrosa ingenuidad. El otro, Segismundo Casado, con una sorprendente combinación de cinismo, arrogancia y egoísmo. El resultado fue una catástrofe humanitaria y el peor final posible para la tragedia que fue la guerra de España.



Paul Preston

El final de la guerra

La última puñalada a la República

ePub r1.0

Titivillus 23.04.15

Título original: *The War Without End*
Paul Preston, 2014
Traducción: Efrén del Valle & Francisco Ramos

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



EDICIÓN CONMEMORATIVA



2º ANIVERSARIO EPUBLIBRE.ORG

Para Lala Isla

Agradecimientos

Durante la escritura de este libro he tenido la suerte de poder contar con los consejos acerca de distintos temas de los siguientes amigos y colegas: Michael Alpert, Javier Cervera, Robert Coale, Luis Español Bouché, Alfonso Domingo, Xulio García Bilbao, Carmen González Martínez, Fernando Hernández Sánchez, Eladi Mainar Cabanas, Ricardo Miralles, Enrique Moradiellos, Óscar Rodríguez Barreiro, Cristina Rodríguez Gutiérrez, Sandra Souto y Julián Vadillo.

Por su colaboración a la hora de encontrar información en distintos archivos estoy muy agradecido a Laura Díaz Herrera, una ayuda inestimable en Madrid y en Ávila; Ángeles Egido León; José Manuel Vidal Zapater y Luis Vidal Zapater, que me permitieron consultar las memorias inéditas de José Manuel Vidal Zapater; y María Jesús González Hernández, que me ayudó con la Causa General. Aurelio Martín Nájera, como tantas otras veces, fue infinitamente generoso con los documentos guardados en el Archivo Histórico de la Fundación Pablo Iglesias. *Lady* Aurelia y *sir* George Young me permitieron amablemente usar el archivo de *sir* George Young. Mi deuda principal es con Carmen Negrín y Sergio Millares Cantero, por su infatigable ayuda tanto con los documentos como con las fotos de la Fundación Juan Negrín de Las Palmas.

Quiero también dejar constancia de mi agradecimiento a Jesús Navarro, Juan Carlos Escandell y José Ramón Valero Escandell por un día inolvidable que pasamos visitando la «Posición Yuste» (El Poblet), las casas de la «Posición Dakar» y el aeródromo de El Fondò en Monóvar (ahora un viñado). El profesor Escandell tuvo además la generosidad de compartir conmigo mapas y fotografías de la zona del Val de Vinalopó.

La gestación de este libro, como otros míos anteriores, ha sido especialmente grata gracias a la fortuna de poder contrastar y comentar muchos datos e interpretaciones con mis amigos Helen Graham, Linda Palfreeman y Ángel Viñas.

Una tragedia innecesaria

Esta es la historia de una tragedia humanitaria evitable que costó muchos miles de vidas y arruinó decenas de miles más. Tiene numerosos protagonistas, pero se centra en tres individuos. El primero, el doctor Juan Negrín, víctima de lo que se podría llamar una conjura de necios, trató de impedirla. Los otros dos fueron responsables de lo acontecido. Uno, Julián Besteiro, actuó con ingenuidad culposa. El otro, Segismundo Casado, con una sorprendente combinación de cinismo, arrogancia y egoísmo.

El 5 de marzo de 1939, el coronel Casado, un eterno insatisfecho que desde mayo de 1938 era comandante del Ejército Republicano del Centro, lanzó un golpe militar contra el Gobierno de Juan Negrín. Irónicamente, así provocó que el final de la Guerra Civil española fuese casi idéntico al comienzo. Como habían hecho Mola, Franco y los demás conspiradores de 1936, Casado dirigió a una parte del ejército republicano en una revuelta contra su Gobierno. Aseguraba, como habían hecho los anteriores, y también sin fundamento alguno, que el Gobierno de Negrín era una marioneta del Partido Comunista y que se avecinaba un golpe de Estado inminente para instaurar una dictadura comunista. Esa misma acusación fue vertida por anarquistas como José García Pradas, quien dijo que Negrín estaba encabezando personalmente un golpe comunista^[1]. Nada apunta a que fuera así; merece la pena recordar la valoración que hizo de Negrín el gran corresponsal de guerra estadounidense Herbert Matthews, que lo conocía bien:

Negrín no era comunista ni revolucionario ... No creo que Negrín se planteara la idea de una revolución social antes de la Guerra Civil ... Durante toda su vida, Negrín mostró cierta indiferencia y ceguera hacia los problemas sociales. Paradójicamente, eso lo alineó con los comunistas en la Guerra Civil. Era igual de ciego en un sentido ideológico. Fue un socialista de preguerra solo de nombre. Rusia fue la única nación que ayudó a la España republicana; los comunistas españoles figuraban entre los mejores y más disciplinados soldados; las Brigadas Internacionales, con su cúpula comunista, eran inestimables. Por tanto, el presidente Negrín trabajó con los rusos, pero nunca sucumbió a ellos ni aceptó sus órdenes^[2].

El doctor Marcelino Pascua, un amigo suyo de toda la vida, expresaba una opinión parecida:

¿Negrín era comunista? ¡Qué gran disparate! Ni a mil leguas. Tenía congénitamente un fuerte individualismo, en nada propicio a seguir un régimen de disciplina mutua ni una conducta de cooperación colectiva ni a soportar constreñido reglamentaciones y normas dictadas por un partido, ni para atenerse a ciertos comportamientos personales que, como es bien sabido, los instrumentos de ideologías marxistas imponen a sus adherentes. En su *«hero worship»*, el máximo admirado como político era Clemenceau (y no su contemporáneo Lenin) no obstante serle conocida la política represiva y reaccionaria que este tuvo en el poder para con el campo sindical y la persistente enemiga y hasta aversión respecto a los socialistas franceses. Yo interpreté siempre esta veneración suya al «Tigre» como seducido en el fondo por su energía personal y por la eficacia que desplegara como jefe del Gobierno durante la Primera Guerra Mundial. Lo cual aminoraba la aparente contradicción primordialmente por esa razón de entereza y resolución apuntadas, con la gestión política que Negrín tuvo, o mejor dicho quiso tener, en pragmatismo imperativo que pudiéramos llamar de imbuición clemencista para ganar la guerra cuando ejerció la presidencia del Consejo, catalogado como «socialista».

Según Pascua, Negrín adoptó como eslogan particular el comentario de Clemenceau, según el cual: «*Dans la guerre comme dans la paix le dernier mot est à ceux qui ne se rendent jamais*»^[3].

Casado afirmaba que había lanzado el golpe porque estaba convencido de que podría frenar la que era una matanza cada vez más insensata y de que sería capaz de obtener la clemencia de Franco para todos, a excepción de los comunistas. Aunque realmente fuera esa su altruista motivación, y existen abundantes pruebas que apuntan a lo contrario, lo hizo de la peor manera imaginable. En sus tratos con Franco se comportó como si no tuviera nada con que negociar. Pareció olvidar el hecho de que Franco estaba obsesionado con Madrid, el símbolo mismo de la resistencia, donde había fracasado en 1936, y al año siguiente en el Jarama y Brunete. A diferencia de Negrín, que podía amenazar con una resistencia continuada cuando Franco recibía las presiones de sus aliados alemanes e italianos para que pusiera fin a la guerra a la mayor brevedad, Casado adoptó la postura de que el conflicto ya estaba perdido. Por tanto, su única esperanza era la idea ingenua y bastante arrogante de que Franco se dejaría convencer por una vaga retórica de patriotismo compartido y espíritu fraternal de la gran familia militar, como si en cierto sentido ambos fuesen iguales^[4]. A consecuencia de ello, sus acciones provocaron miles de muertes.

Sin duda, la derrota de la República española ya estaba en el horizonte. No obstante, todavía era factible que el desenlace de la guerra permitiera la evacuación de los políticos y soldados que corrían mayor riesgo y que ofreciese garantías a la población civil que quedaba atrás. Tal como había comentado Negrín a Juan-Simeón Vidarte, del Comité Ejecutivo del Partido Socialista: «La paz negociada siempre; la rendición sin condiciones para que fusilen a medio millón de españoles, eso nunca»^[5]. Ernest Hemingway resumía la postura de Negrín de este modo:

En una guerra nunca puedes reconocer, ni siquiera a ti mismo, que todo está perdido. Porque, cuando reconoces que está perdido, te machacan. Aquel que está siendo machacado y se niega a reconocerlo y sigue luchando por más tiempo, gana todas las batallas definitivas; a menos, por supuesto, que lo maten, se muera de hambre o se vea privado de armas o traicionado. Todas estas cosas le ocurrieron al pueblo español. Muchos murieron, sucumbieron al hambre o fueron privados de armas o traicionados^[6].

Puesto que la República española estaba agotada e internacionalmente aislada, la funesta iniciativa de Casado no hizo sino precipitar su derrota en las peores condiciones imaginables. Su revuelta contra el Gobierno desencadenó una mini guerra civil en el Madrid republicano, que costó la vida de dos mil personas, en su mayoría comunistas, y desbarató los planes de evacuación de centenares de miles de republicanos^[7].

Se ha afirmado que lo ocurrido fue consecuencia del «hecho» de que Casado era un agente británico. Es poco probable que fuera «agente», ni siquiera que estuviera a sueldo, pero desde luego mantenía contacto con enviados británicos: el representante diplomático Ralph Skrine Stevenson y Denis Cowan, de la Comisión Chetwode, que estaba intentando organizar intercambios de prisioneros. Puesto que el Gobierno británico daba por sentado desde hacía mucho que la República sería derrotada y quería quitarse de encima lo que juzgaba un problema innecesario, no cabe duda de que Stevenson y Chetwode como mínimo animaron a Casado en sus esfuerzos por poner fin a la guerra. El excomunista Francisco-Félix Montiel afirmaba que «detrás de Casado estaba Londres»^[8]. A finales de febrero de 1939, Casado se reunió con altos mandos comunistas en su cuartel general, conocido en clave como «Posición Jaca». Totalmente fuera de contexto, les aseguró que «no eran ciertos los rumores de que fuera agente del Intelligence Service y que no era responsable de las atenciones y visitas que le hacían miembros de la embajada inglesa»^[9]. La camarilla de Negrín creía que los británicos habían participado en el golpe. Todavía en 1962, el periodista estadounidense Jay Allen escribió a su colega Louis Fischer, ambos amigos de Negrín: «Aparte de Rafael Méndez, cuya dirección no tengo, ¿quién podría informarme sobre el papel del agente del servicio secreto británico que ayudó a llevar a cabo el golpe de Casado?»^[10].

Casado nació el 10 de octubre de 1893 en Nava de la Asunción, en la provincia de Segovia. Fue criado en la estricta disciplina impuesta por su padre, un capitán de infantería, y a los quince años ya era cadete. En 1920 ascendió a teniente e hizo carrera en los despachos, aunque de forma muy competente. Aparte de un período corto y relativamente tranquilo de ocho meses en Marruecos, carecía de experiencia en el campo de batalla. No tenía vínculos políticos, si bien en enero de 1935 fue nombrado jefe de la guardia presidencial de Alcalá Zamora, a quien admiraba. Cuando Alcalá fue reemplazado por Manuel Azaña en mayo de 1936, Casado, que había alcanzado el rango de comandante, consideró que el cargo resultaba mucho menos grato. En agosto de 1936 dimitió de la guardia presidencial aduciendo que trabajar con

Azaña era «una horrible tortura». Tras su ascenso a teniente coronel pasó a ser jefe de operaciones del Estado Mayor cuando Largo Caballero se convirtió en presidente y ministro de Defensa. Casado aspiraba a ser jefe del Estado Mayor, pero cuando se le dio ese cargo a Vicente Rojo, fue nombrado inspector general de Caballería. Nunca lo perdonó, y mantuvo un profundo resentimiento hacia Rojo y los comunistas. Sus experiencias en combate —en Brunete en julio de 1937 y en Zaragoza en octubre del mismo año— no salieron bien. No obstante, en 1938, ya ascendido a coronel, consiguió dos puestos importantes como jefe del Ejército de Andalucía y, poco después, del Ejército del Centro^[11]. Al parecer, el 25 de julio de 1938 mantuvo un encuentro sumamente cordial con la cúpula del PCE en Madrid. Uno de los temas de conversación fue cómo podía organizarse una evacuación escalonada en caso de derrota republicana. Francisco-Félix Montiel aseguraría más tarde que el objetivo del PCE en aquel encuentro era cerciorarse de que pusiera fin a la guerra un traidor incompetente y eximir así al partido de cualquier responsabilidad. En realidad, es mucho más plausible que el propósito de la reunión fuese procurarse la lealtad de Casado y el Ejército del Centro justo cuando las tropas republicanas cruzaban el Ebro. Pero si los comunistas dudaban de la lealtad de Casado, Rojo dudaba de su competencia^[12].

Casado era un oficial irascible, célebre por su rectitud y austeridad. De hecho, su mal carácter y su ascético estilo de vida hallaban cierta explicación en las dolorosas úlceras de estómago que padecía. Cuando el vicepresidente del sindicato socialista Unión General de Trabajadores, Edmundo Domínguez Aragonés, fue nombrado comisario inspector del Ejército del Centro a finales de diciembre de 1938, fue a presentarse a Casado y lo encontró postrado en la cama. Las injustificadas y gratuitas aseveraciones sobre su lealtad hicieron saltar las alarmas:

Yo soy un militar que solo tiene el deber de respetar al Gobierno y obedecerle. Ya ves, tan pegado estoy a este deber, que otro en mi caso, con una úlcera que le atraviesa las entrañas, tendría pretexto para abandonarlo todo y procurar por su salud. Yo no. Este Madrid me ha sido confiado, y le defenderé o moriré defendiéndole. Si me marchara, se diría que soy un cobarde.

A Domínguez le sorprendió que, «muy pagado de sí mismo», Casado afirmara con vehemencia que su máxima preocupación era aliviar el sufrimiento de las mujeres y los niños de la capital. Lejos de quedar convencido, Domínguez empezó a sospechar que Casado estaba siendo poco sincero e intentaba ocultar algo^[13].

Fernando Rodríguez Miaja, sobrino y secretario privado del general Miaja, tenía dudas similares sobre Casado:

Casado, inteligente y muy buen técnico militar, era hombre ambicioso, ególatra y teatral, de carácter agrio y amargado ... Poseía un desmesurado afán de protagonismo y gran proclividad a ser personaje central en cualquier escenario. Vivió y actuó siempre en primera persona singular. Estas características de su personalidad tuvieron mucho que ver con el desenlace de la guerra de España^[14].

Es cierto que su comportamiento en los últimos meses de la Guerra Civil española denotaba una arrogancia ventajista alimentada por la ambición de pasar a la historia como el hombre que acabó con el conflicto. Ello se evidenciaba claramente en la dedicatoria (a M. O.) de las memorias escritas poco después de su llegada a Londres. «Salí de mi patria porque cometí el grave delito de terminar una lucha fratricida, ahorrando a mi pueblo mucha sangre, que hubiera sido estérilmente derramada». Asimismo, comentaba la trascendencia histórica de sus acciones^[15]. Cuando todavía residía en España, había dicho a Diego Medina, su médico personal y miembro de la Quinta Columna, que su intención era asombrar al mundo^[16]. A juicio de Vicente Rojo, Casado era un megalómano inane y siniestro. «Casado es un hombre de frases. Casado no sirve ni ha servido nunca al pueblo. Es el militar más político y más avieso y medroso de cuantos profesionales servían a la República»^[17]. Todavía era más cáustica la opinión de Dolores Ibárruri: «Es difícil imaginarse una alimaña más cobarde y escurridiza que el coronel Segismundo Casado»^[18].

La animosidad de la Pasionaria es comprensible, habida cuenta de que los comunistas estuvieron entre las víctimas más inmediatas del golpe de Casado. Tampoco es muy favorable el punto de vista de su colaborador, el general José Miaja, que se refería a él en privado como «cuatrocaras» porque decir que tenía «doble cara» le parecía escaso y poco ajustado a la realidad^[19]. Más llamativo resulta el desdén del falangista Antonio Bouthelier España, uno de los contactos de Casado con la Quinta Columna franquista.

Bouthelie equiparaba a Casado con los «militares que no sintieron el gusto de su profesión, que desconocían el significado de la palabra “servicio”, inquietos y ambiciosos, envidiando a los políticos de chistera y levita, autores de discursos y solemne ... Casado era de estos ... Eterno descontento ... solo con miras puramente personales»^[20].

En realidad, la derrota final de la República siempre había parecido inevitable. El alzamiento militar se produjo la noche del 17 de julio de 1936 en la colonia española de Marruecos y a la mañana siguiente en la Península. Los conspiradores estaban convencidos de que todo habría terminado en unos días. El golpe fue un éxito en las zonas católicas de minifundios que votaron a la derecha: las capitales de provincia del León rural y Castilla la Vieja y ciudades con mercado y catedral como Ávila, Burgos, Salamanca y Valladolid. Sin embargo, en los bastiones izquierdistas de la España industrial y los latifundios del sur profundo, el levantamiento fue contenido gracias a las acciones espontáneas de las organizaciones de clase trabajadora. No obstante, en ciudades importantes del sur como Cádiz, Córdoba, Granada y Sevilla, la resistencia de la izquierda pronto sería salvajemente aplastada.

En cuestión de días, el país quedó dividido en dos zonas de guerra. Los rebeldes controlaban un tercio de España en un bloque septentrional que incluía Galicia, León, Castilla la Vieja, Aragón y parte de Extremadura, además de un triángulo andaluz que iba desde Huelva hasta Sevilla y Córdoba. Dominaban las grandes zonas de cultivo de trigo, pero los principales centros industriales —y de consumo de alimentos— seguían en manos republicanas. Tras varios esfuerzos estériles por llegar a un acuerdo con los rebeldes, se formó un Gabinete de republicanos moderados con el profesor de química José Giral a la cabeza. Había razones para suponer que la República podría aplastar el levantamiento. El Gabinete republicano moderado de Giral controlaba las reservas nacionales de oro y divisas y prácticamente toda la capacidad industrial de España. Sin embargo, carecía de una maquinaria burocrática fiel y eficaz, sobre todo en los ámbitos del orden público y la economía.

Los militares rebeldes gozaban de tres importantes ventajas que a la postre decidirían el conflicto: el Ejército de África, la ayuda masiva de las potencias fascistas y el apoyo tácito de las democracias occidentales. Los acorazados republicanos solo pudieron impedir durante tres semanas el transporte entre Marruecos y España de la mejor baza de los rebeldes: el feroz ejército colonial capitaneado por Franco. Por añadidura, el hecho de que el poder en las calles de las grandes ciudades españolas estuviese en manos de los sindicatos y sus organizaciones obstaculizó los esfuerzos del Gobierno de Giral por recabar ayudas de las democracias occidentales. Inhibido por las divisiones políticas internas y, al igual que los británicos, temeroso de una posible revolución y de provocar una guerra general, el primer ministro francés Léon Blum se retractó rápidamente de sus promesas iniciales de ayuda. Por el contrario, en el norte de África, Franco pudo convencer a los representantes locales de la Alemania nazi y la Italia fascista de que él era el hombre a quien debían respaldar. A finales de julio, varios aviones de transporte Junkers 52 y Savoia-Marchetti 81 iniciaron el traslado de la Legión Extranjera, cuyos integrantes estaban sedientos de sangre, y los denominados regulares indígenas a Sevilla cruzando el estrecho de Gibraltar. Llegaron 15 000 hombres en diez días y un golpe de Estado fallido se convirtió en una guerra larga y sangrienta. Ese apoyo crucial recibido en los primeros días vino seguido de un flujo constante de recursos de alta tecnología. En contraste con el equipamiento de vanguardia llegado de Alemania e Italia, que incluía técnicos y recambios y los manuales de uso correctos, la República, rehuida por las democracias, tuvo que arreglárselas con material caro y obsoleto suministrado por traficantes de armas privados.

Al poco, los rebeldes emprendieron dos campañas que mejoraron enormemente su situación. Mola atacó la provincia vasca de Guipúzcoa y la dejó incomunicada de Francia. Por su parte, el Ejército de África franquista avanzó rápidamente hacia el norte, rumbo a Madrid, y dejó un horrible rastro de muerte a su paso, incluida la masacre de Badajoz, en la que 2000 prisioneros fueron ejecutados. El 10 de agosto habían unido las dos mitades de la España rebelde. Los sublevados consolidaron notablemente su posición en agosto y septiembre, cuando el general José Enrique Varela conectó Sevilla, Córdoba, Granada y Cádiz. En el caso de los republicanos, no se produjeron avances espectaculares, tan solo retiradas y dos operaciones frustrantes: el asedio de la guarnición rebelde del Alcázar de Toledo y el fútil intento de las columnas anarquistas de Barcelona por reconquistar Zaragoza, que había caído rápidamente en manos rebeldes.

La República española no solo se enfrentaba a Franco y a sus ejércitos, sino, cada vez más, al poder militar y económico de Hitler y Mussolini. Despreciado por Francia y Gran Bretaña, Giral, el presidente del Gobierno republicano, recurrió a Moscú. La reacción inicial de la Unión Soviética fue de profundo bochorno. El Kremlin no quería que lo que estaba aconteciendo en España menoscabara sus planes tan delicadamente preparados de alianza con Francia. Sin embargo, a mediados de agosto, la ayuda de Hitler y Mussolini a los rebeldes entrañaba el riesgo de un desastre aún mayor si caía la República española. Ello

alteraría gravemente el equilibrio de poderes europeo y dejaría a Francia con tres naciones fascistas hostiles en sus fronteras. A la postre, la reacia decisión que tomó Stalin de prestar ayuda a España se basó en una razón de Estado. La distancia y el caos organizativo supusieron que el transporte de material a España no se produjera hasta mediados de septiembre. El primer envío de vetustos rifles y ametralladoras llegó el 4 de octubre. Hasta finales de septiembre, una vez que la República aceptó enviar sus reservas de oro a Rusia, no se adoptó la medida de mandar aviones y tanques modernos, que hubo que pagar a precios inflados.

Mientras tanto, el Gabinete del profesor Giral, compuesto enteramente de republicanos, había dado paso a un Gobierno más representativo que incluía republicanos, socialistas y comunistas bajo el liderazgo del veterano sindicalista Francisco Largo Caballero. Aunque era popular entre los trabajadores, Largo Caballero carecía de la energía, la determinación y la visión necesarias para llevar un esfuerzo bélico a buen término. No comprendía que una campaña efectiva exigía un aparato estatal centralizado^[21]. Mientras la República fracasaba en su búsqueda de ayuda internacional y sus desorganizadas milicias retrocedían hasta la capital, los rebeldes reforzaban su estructura de mando. El 21 de septiembre, en un aeródromo situado en las proximidades de Salamanca, los principales generales rebeldes se reunieron para nombrar un comandante en jefe, tanto por motivos militares obvios como para favorecer las relaciones con Hitler y Mussolini. Franco, que ya mantenía buenas relaciones con el Führer y el Duce, fue su elegido. El mismo día decidió desviar sus columnas, que en aquel momento se encontraban a las puertas de Madrid, hacia Toledo, en el sudeste. De ese modo perdió una oportunidad irrepetible de irrumpir en la capital antes de que sus defensas estuviesen preparadas. Sin embargo, con la liberación del Alcázar, reafirmó su poder gracias a una victoria emocional y un gran golpe mediático. También pudo aminorar el ritmo de la guerra y efectuar así una exhaustiva purga política del territorio conquistado. El 28 de septiembre, Franco fue confirmado como jefe del Estado Rebelde. A partir de entonces, gobernó su zona de modo sumamente centralizado. Por el contrario, la República ya se veía gravemente obstaculizada por las intensas divisiones entre los comunistas, los republicanos de clase media y los socialistas moderados que estaban reconstruyendo el aparato de Estado para priorizar el esfuerzo bélico, y los anarquistas, trotskistas y socialistas de izquierdas que querían poner el acento en la revolución social.

El 7 de octubre, el Ejército de África retomó la marcha hacia un Madrid inundado de refugiados y con grandes problemas de abastecimiento. El 4 de noviembre, en un esfuerzo por cohesionar a la población, Largo Caballero incorporó a dos ministros anarco-sindicalistas a su Gabinete. La demora de Franco levantó la moral de los defensores de Madrid con la llegada a principios de noviembre de aviones y tanques de la Unión Soviética, además de las columnas de voluntarios conocidas como las Brigadas Internacionales. El sitio de Madrid propició actos heroicos de toda la población. El 6 de noviembre, el Gobierno, que preveía una pronta caída de la capital, había huido a Valencia. La ciudad quedó en manos del general José Miaja. Con el respaldo de la Junta de Defensa, dominada por los comunistas, el desaliñado Miaja reunificó a la población mientras su brillante jefe de Estado Mayor, el coronel Vicente Rojo, organizaba a las fuerzas de la ciudad. Las primeras unidades de las Brigadas Internacionales llegaron a Madrid el 8 de noviembre, y consistían en antifascistas alemanes e italianos, además de algunos izquierdistas británicos, franceses y polacos. Los brigadistas, esparcidos entre los defensores españoles en una proporción de uno a cuatro, les levantaron la moral y les enseñaron a utilizar ametralladoras, conservar la munición y buscar refugio. Resistieron con éxito a las columnas africanas de Franco y, a finales de noviembre, este tuvo que reconocer su fracaso. La asediada capital resistiría dos años y medio más, hasta la funesta secuencia de acontecimientos desencadenada por el coronel Casado.

La llegada de equipamiento ruso y voluntarios internacionales en otoño contribuyó a salvar Madrid. No obstante, su presencia también sería utilizada por los simpatizantes de Franco para justificar la intervención de Hitler y Mussolini e inhibir a las potencias occidentales. La motivación de Alemania e Italia consistía fundamentalmente en minar la hegemonía anglo-francesa en las relaciones internacionales, aunque en Londres sonó muy bien que ambos dictadores afirmaran que estaban en España para combatir el bolchevismo. La República, asediada desde el exterior, también acusaba enormes problemas internos que no se daban en la zona brutalmente militarizada de Franco. El desmoronamiento del Estado burgués en los primeros días de la guerra había provocado la rápida aparición de órganos revolucionarios de poder paralelo: los comités y las milicias relacionados con los sindicatos y partidos de izquierdas. Se produjo una gran colectivización popular de la agricultura y la industria. Los amplios experimentos colectivistas de otoño de 1936, que resultaron emocionantes para los participantes y para observadores extranjeros como George Orwell, supusieron un obstáculo para la creación de una maquinaria de guerra. La ambivalencia sobre si debía darse prioridad a la guerra o a la revolución constituyó la esencia del conflicto interno en la zona republicana hasta mediados de 1937. El presidente republicano Manuel Azaña y líderes socialistas

moderados como Indalecio Prieto, ministro de la Armada y las Fuerzas Aéreas, y Juan Negrín, ministro de Hacienda, estaban convencidos de que un aparato de Estado convencional con un control centralizado de la economía y los instrumentos institucionales de movilización de masas eran esenciales para una campaña militar eficaz. Los comunistas y los asesores soviéticos coincidían: tenía sentido y esperaban que poner freno a las actividades revolucionarias de los trotskistas y los anarquistas tranquilizara a las democracias burguesas a las que la Unión Soviética estaba cortejando.

La República, absorta en las consiguientes discrepancias internas y todavía carente de un ejército convencional, no pudo sacar rédito de su victoria en Madrid. La respuesta inmediata de Franco fue una serie de intentos por cercar la capital. En las batallas de Boadilla (diciembre de 1936), Jarama (febrero de 1937) y Guadalajara (marzo de 1937), sus fuerzas fueron repelidas, pero con un enorme coste para la República. Concentrarse en la defensa de Madrid significó abandonar otros frentes. Málaga, situada al sur, cayó a principios de febrero en manos de las tropas italianas recién llegadas. No hubo victorias fáciles en la España central. En el Jarama, el frente rebelde avanzó varios kilómetros, pero no cosechó ningún logro estratégico. Los republicanos perdieron 25 000 efectivos, entre ellos algunos de los mejores brigadistas británicos y estadounidenses, y los rebeldes unos 20 000. En marzo, los rebeldes continuaron con sus esfuerzos por rodear Madrid atacando cerca de Guadalajara, unos sesenta kilómetros al noreste de la capital. Un ejército de 50 000 hombres, el contingente mejor equipado y armado que había participado en la guerra hasta la fecha, consiguió avanzar, pero fue derrotado en un contraataque republicano. En adelante, mientras la República organizaba su Ejército Popular, el conflicto se convirtió en una guerra más convencional de maniobras a gran escala.

Incluso después de la derrota en la batalla de Guadalajara, en la que participó un numeroso contingente de tropas italianas, los rebeldes siguieron llevando la iniciativa, ya que, con cada revés de Franco, los dictadores del Eje aumentaban su apoyo. Esto quedó demostrado durante la campaña rebelde en el norte de España en primavera y verano de 1937. En marzo, Mola lideró 40 000 efectivos en un ataque al País Vasco respaldado por la experiencia de la Legión Cóndor alemana en los bombardeos de desgaste. En un ensayo para la *blitzkrieg* de Polonia y Francia, Guernica fue arrasada el 26 de abril de 1937 para hundir la moral vasca y erosionar la defensa de la capital, Bilbao, que cayó el 19 de junio. Después, el ejército rebelde, ampliamente pertrechado de tropas y material italianos, conquistó Santander el 26 de agosto. Asturias no tardó en sucumbir durante los meses de septiembre y octubre. La industria del norte ahora estaba al servicio de los rebeldes. Esto les concedió una ventaja decisiva que se sumó a su superioridad en número de hombres, tanques y aviones.

Las derrotas encajadas por la República a principios de 1937 conducirían a la creación el 17 de mayo de un Gobierno sólido presidido por Juan Negrín y del que los anarco-sindicalistas fueron excluidos. Negrín, como ministro de Hacienda y con la ayuda de su subsecretario, Francisco Méndez Aspe, ya había sistematizado las exportaciones de materias primas y las importaciones de armamento y comida de la República. Había reorganizado el Cuerpo de Carabineros para acabar con el contrabando y las exportaciones ilegales. Es imposible exagerar su aportación al esfuerzo bélico^[22]. Ahora, como presidente, Negrín depositaba su fe en el coronel Vicente Rojo, un brillante estratega que intentó frenar el inexorable avance rebelde con una serie de maniobras ofensivas de despiste. En el pueblo de Brunete, al oeste de Madrid, 50 000 soldados cruzaron las líneas enemigas el 6 de julio, pero los rebeldes disponían de refuerzos suficientes para tapar el hueco. A lo largo de diez días, los republicanos fueron pulverizados con ataques aéreos y de artillería en uno de los choques más sangrientos de la guerra. Con un coste enorme, la República demoró ligeramente la derrota definitiva en el norte. Brunete quedó arrasado hasta los cimientos. En agosto de 1937, Rojo realizó un osado movimiento de pinza contra Zaragoza. En el pequeño municipio de Belchite, la ofensiva se frenó en seco a mediados de septiembre. Al igual que en Brunete, los republicanos obtuvieron una ventaja inicial, pero carecían de fuerza suficiente para asestar el golpe de gracia. En diciembre de 1937, Rojo lanzó otro ataque preventivo contra Teruel con la esperanza de desviar la última ofensiva de Franco sobre Madrid. El plan funcionó. Con un frío sumamente intenso, los republicanos conquistaron Teruel el 8 de enero en la única ocasión en que una capital de provincia era arrebatada a los rebeldes. Sin embargo, fue una victoria pírrica, y el triunfo, efímero. Las fuerzas republicanas fueron desalojadas tras seis semanas de duros embates de la artillería y los bombarderos. Después de defender un pequeño avance a un alto precio, los republicanos tuvieron que replegarse el 21 de febrero de 1938, fecha en que Teruel estaba a punto de ser rodeada. Las bajas en ambos bandos habían sido enormes.

Los republicanos estaban agotados, escasos de armas y munición y desmoralizados tras la derrota en Teruel. Franco aprovechó la coyuntura con una gran ofensiva en la que cruzó Aragón y Castellón en

dirección al mar. Cien mil soldados, doscientos tanques y casi mil aviones alemanes e italianos emprendieron el avance el 7 de marzo de 1938. A principios de abril, los rebeldes habían llegado a Lérida y descendieron por el valle del Ebro, lo cual dejó a Cataluña incomunicada del resto de la República. El 15 de abril habían llegado al Mediterráneo. A causa de ello, no eran pocas las grandes figuras del bando republicano que consideraban que ya no podía ganarse la guerra. Entre ellos se hallaban el coronel Vicente Rojo, jefe del Estado Mayor, el coronel Ignacio Hidalgo de Cisneros, jefe de las fuerzas aéreas, y el eterno pesimista Indalecio Prieto. No obstante, Negrín se negaba a reconocer esa posibilidad, pues era consciente de los peligros del derrotismo^[23]. Seguía confiando en que recibirían de Rusia un apoyo logístico constante. Sin embargo, a partir de junio de 1938, los suministros rusos empezaban a escasear. A finales del verano de 1937, los ataques contra los envíos neutrales por parte de los acorazados rebeldes y los submarinos italianos habían cerrado el Mediterráneo como ruta de abastecimiento para la República. Ahora los suministros rusos llegaban de Múrmansk o los puertos del Báltico, y eran descargados en El Havre o Cherburgo y luego transportados hasta la frontera franco-española^[24]. Para llevarlos a través de Francia, Negrín tenía que gastar unas valiosas divisas extranjeras sobornando a las autoridades locales. Tal como comentaría el dirigente comunista Vicente Uribe más tarde: «Para hacer maniobrar convenientemente los mecanismos adecuados en Francia, había que engrasarlos copiosamente, según palabras de Negrín, a cargo de los fondos de la República»^[25]. A partir de junio de 1938, la frontera fue cerrada por Eduard Daladier hasta finales de enero de 1939. La situación era especialmente desesperada en Cataluña, donde las dificultades de suministro de armamento y comida eran todavía más acentuadas. Daladier abrió la frontera a regañadientes solo cuando Negrín advirtió a Jules Henry, el recién nombrado embajador francés, que la derrota republicana en Cataluña y la llegada de fuerzas alemanas e italianas a los Pirineos constituirían una amenaza para la seguridad de Francia^[26].

Así las cosas, Franco podría haber sentido la tentación de adoptar una estrategia más ofensiva. Sin embargo, le interesaba más la destrucción total de las fuerzas republicanas que una victoria rápida. Franco pasó por alto la oportunidad de arremeter contra una Barcelona muy mal defendida. Por el contrario, en julio lanzó un gran ataque contra Valencia. La firme defensa de los republicanos supuso que el proceso fuera lento y agotador, pero el 23 de julio de 1938, Valencia se hallaba bajo amenaza directa, con los rebeldes a menos de cuarenta kilómetros de distancia. En respuesta a ello, Vicente Rojo pergeñó otra espectacular distracción con una osada ofensiva a través del río Ebro para restablecer el contacto entre Cataluña y la zona central, separadas desde que los franquistas llegaron al Mediterráneo en abril. En la batalla más reñida de toda la guerra, el ejército republicano, integrado por 80 000 hombres, vadeó el río y superó las líneas rebeldes, aunque con un elevado coste para las Brigadas Internacionales.

Mientras se luchaba en el Ebro, los acontecimientos internacionales volvieron a desempeñar un papel importante. Durante un tiempo, Negrín había depositado sus esperanzas en una escalada de tensión en Europa que alertara a las democracias occidentales de los peligros que entrañaba el Eje. El estallido de una guerra en toda Europa, pensaba, llevaría a la República a un alineamiento con Francia, Gran Bretaña y Rusia contra Alemania e Italia.

Esas esperanzas se desvanecieron cuando la República prácticamente fue condenada a muerte por la reacción británica a la crisis checoslovaca. La política exterior británica se había posicionado hacía mucho tiempo a favor de una victoria franquista. En lugar de arriesgarse a una guerra con Hitler, Chamberlain a todos los efectos entregó Checoslovaquia a los nazis con los Acuerdos de Munich del 29 de septiembre de 1938. Fue un golpe devastador para la República española, que desde julio había entablado su última gran batalla en el Ebro. Incluso antes de la traición de las potencias occidentales, Stalin había ordenado la retirada de las Brigadas Internacionales destinadas en España^[27].

El objetivo militar más inmediato por el que se creó el enorme Ejército del Ebro era desviar el ataque rebelde contra Valencia. Dada la falta de armamento de la República, era una empresa sumamente arriesgada. El 1 de agosto, los republicanos habían llegado a Gandesa, situada a cuarenta kilómetros del punto de partida, pero quedaron empantanados cuando Franco ordenó el traslado de unos refuerzos masivos, incluida la Legión Cóndor, para frenar el avance. Con una artillería y una cobertura aérea inadecuadas, los republicanos se vieron sometidos a tres meses de intensos bombardeos y a un calor sofocante^[28]. A pesar de su escasa importancia estratégica, Franco estaba decidido a recuperar el territorio perdido a cualquier precio y le entusiasmó la oportunidad de cazar a los republicanos en una trampa, rodearlos y destruirlos. Podría haberse limitado a contener el avance republicano y atacar una Barcelona casi indefensa. Por el contrario, prefirió convertir Gandesa en el cementerio del ejército republicano, con independencia del coste humano que ello conllevara. Con casi 900 000 hombres a sus órdenes, podía permitirse no preocuparse por sus vidas. En esa desesperada y, en última instancia, absurda batalla por el

territorio conquistado estaba en juego la credibilidad internacional de la República. Munich erosionó la ya menguante fe de la población civil y la plana mayor del ejército en la posibilidad de la victoria. La gran superioridad logística en materia de cobertura aérea, artillería y efectivos concedió a Franco una victoria decisiva. En cierto sentido, la operación del Ebro, aun siendo un triunfo táctico, supuso un desastre estratégico para la República, ya que consumió cantidades ingentes de material y allanó el terreno para la conquista rebelde de Cataluña^[29].

Diez días antes de la firma de los Acuerdos de Munich, Vicente Rojo confeccionó un informe detallado sobre la situación militar de la República en el contexto de la crisis checoslovaca. Tenía la esperanza de que las democracias se resistieran a las exigencias de Hitler y provocaran una guerra general en la que la República española se aliara con Gran Bretaña y Francia^[30]. Sin embargo, también analizaba las probables consecuencias de la claudicación de las democracias ante Hitler. La conclusión de Rojo fue que dicha capitulación daría todavía más carta blanca a Italia y Alemania para ayudar a Franco: «Nuestra guerra entraría, en tal situación, en un período de crisis aguda, a causa de las mayores dificultades que tendríamos que vencer para sostener la lucha contra un adversario cada vez más potente». Con todo, Rojo seguía mostrándose optimista respecto de «una resolución favorable» del conflicto. Para que esto sucediera, debían garantizarse «abastecimientos de boca y guerra» y, en el ejército, mantener alta la moral y mejorar la organización. Rojo tildaba ambas cuestiones de «realizables. Son problemas de gobierno». Con este propósito hacía un llamamiento a obtener más ayuda extranjera y a una campaña bélica controlada centralmente, como ocurría en el caso de Franco, un racionamiento más eficiente, medidas contra los que eludían el reclutamiento, un mando único para todas las fuerzas armadas, un control centralizado de los servicios de transporte y la industria y el fin de la proliferación de partidos políticos y periódicos rivales^[31].

Lo que proponía Rojo era tan necesario como imposible. La materialización del esfuerzo bélico plenamente centralizado a la que aspiraron Negrín y el Partido Comunista desde el principio del conflicto ya había suscitado la oposición de los anarquistas, los trotskistas y algunos sectores del Partido Socialista. Ir más lejos, tal como proponía Rojo, generaría un resentimiento aún mayor. En cualquier caso, habida cuenta del alcance de los innumerables problemas a los que hacía frente Negrín, la enorme reorganización requerida era simplemente impensable. Lo que sí hizo Negrín, además de sus iniciativas de paz secretas, fue intensificar sus esfuerzos para obtener suministros militares de Rusia. Negoció con éxito el aprovisionamiento de aviones, tanques, artillería y ametralladoras. Aunque lo pactado era menos de lo que él esperaba, podría haber cambiado mucho la situación si, tras su llegada a Francia a mediados de enero, hubiera sido trasladado hasta la frontera catalana. Sin embargo, las continuas trabas que puso el Gobierno francés a su transporte impidieron que llegara a tiempo^[32]. Otro aspecto del informe de Rojo también tendría resultados decepcionantes. Añadió un apéndice con planes militares en el que hablaba del alivio que podría brindarse a las fuerzas republicanas del Ebro lanzando ofensivas en la zona del sur y el centro^[33]. Pero los ejércitos del centro, liderados por los generales Miaja y Matallana y el coronel Casado, nunca ejecutaron las órdenes de Rojo en este sentido.

La contraofensiva nacionalista definitiva en el Ebro dio comienzo el 30 de octubre de 1938. Ataques aéreos y de artillería concentrados en pequeñas zonas selectas, seguidos de ofensivas de la infantería, destruyeron gradualmente las fuerzas republicanas^[34]. A mediados de noviembre, con un espantoso número de bajas, los franquistas habían expulsado a los republicanos del territorio conquistado en julio. Los vestigios del ejército republicano abandonaron la orilla derecha del Ebro a la altura de Flix bien entrada la noche del 15 de noviembre de 1938. Al retirarse del río, dejaron atrás muchos muertos y gran cantidad de material muy valioso. A Franco le había llevado cuatro meses recuperar el territorio ganado por la República en julio en el transcurso de una semana. Al desestimar la estrategia más arriesgada de retener a los republicanos cerca de Gandesa y avanzar hacia Barcelona desde Lérida, Franco demostró su preferencia por el desgaste y la aniquilación física del ejército enemigo. De este modo garantizaba que no hubiera armisticio ni negociación de las condiciones de paz.

Fue Munich lo que acabó por convertir la batalla en una derrota estrepitosa, sobre todo para el Partido Comunista, que había invertido energía, recursos y prestigio en la campaña del Ebro^[35]. Antes, durante y después de la batalla, esta última apuesta contribuyó enormemente a la desmoralización civil y militar. Tras la derrota de Teruel en enero y durante el gran avance franquista hacia la costa a través de Aragón, la República ya había encajado grandes pérdidas. Para crear el Ejército del Ebro, el Gobierno se había visto obligado a efectuar un reclutamiento equivalente al de nueve años (los reemplazos de 1923 a 1929 y de 1940 y 1941). La necesidad de entrenar y recurrir a hombres mayores y jóvenes tuvo un impacto negativo en la economía y la sociedad catalana en general. La mano de obra escaseaba y a las familias les escandalizó que, en la batalla del Ebro, muchos soldados republicanos fueran adolescentes de diecisiete

años. Durante los enfrentamientos, las confiscaciones del ejército, en la práctica que las tropas se quedaban con lo que encontraban para comer, exacerbaron el creciente descontento. Se produjo un gran conflicto en el seno del Servicio de Información Militar (SIM) republicano, que buscaba a quienes habían eludido el reclutamiento y a los desertores^[36]. Murieron alrededor de 13 250 españoles y extranjeros, 6100 (46%) de ellos franquistas y 7150 (54%) republicanos. En unas proporciones más o menos similares, unos 110 000 sufrieron heridas o mutilaciones. La fértil Terra Alta se convirtió en un gigantesco cementerio: miles de hombres fueron enterrados rápidamente, a muchos los dejaron donde cayeron y otros se ahogaron en el río. Para disgusto de los campesinos locales, y en detrimento de la campaña militar republicana, los combates destruyeron la cosecha de trigo y cebada en julio, la de almendras en agosto, la de uvas en septiembre y la de aceitunas en noviembre.

Negrín era plenamente consciente de la importancia de Munich. Sabía que la victoria republicana era imposible. A finales de septiembre de 1938, Juan-Simeón Vidarte, vicesecretario de la ejecutiva del PSOE, le dijo que los miembros del comité seguían convencidos de que la rendición incondicional exigida por Franco era inviable. Comentando que nadie olvidaba lo sucedido en Andalucía, Extremadura, el País Vasco y Asturias, apostilló: «No es posible entregarles media España y un ejército de un millón de hombres para que los exterminen a su capricho». Negrín respondió con resignado realismo: «¡Garantías para una paz honrosa es lo único que estoy buscando!»^[37]. Con esta finalidad, consultó al asesor legal de la República, Felipe Sánchez Román, que redactó las condiciones mínimas que Negrín aceptaría como base para las negociaciones con Franco, incluido el compromiso de no tomar represalias contra los partidarios del Gobierno republicano y la garantía de mantener el orden público^[38].

Otro amigo íntimo de Negrín, el doctor Rafael Méndez Martínez, a la sazón director general de Carabineros, escribía más tarde que el espíritu de la victoria se convirtió en el espíritu de la resistencia que duraría hasta el momento en que fue posible alcanzar «el segundo de sus objetivos: una paz satisfactoria». En este sentido, creía que solo una resistencia eficaz y bien ordenada que prolongara la guerra podría convencer a las democracias de que ayudaran a negociar ese acuerdo.

La moral de victoria fue transformándose en moral de resistencia. Ante la imposibilidad de conseguir la victoria había que poner en marcha el segundo de sus objetivos al hacerse cargo del Gobierno: procurar el término de la guerra negociando una paz satisfactoria. Solo una resistencia ordenada y eficaz que presupusiera una larga duración de la guerra podría modificar la actitud de los gobiernos democráticos hacia la gestión de una paz honrosa ... Resistencia a ultranza y movilización de recursos internacionales, para conseguir una paz que previniera el exterminio de miles y miles de republicanos, constituyó el eje de la política de Negrín desde que consideró inalcanzable la victoria. Sus gestiones de paz incluyeron una entrevista secreta con el embajador de Alemania en París^[39].

En los dos meses posteriores, la derrota del Ebro posibilitaría la irrupción de las fuerzas de Franco en Cataluña. Convencido de que, después de Munich, la República no encontraría la salvación en una guerra europea, Franco reunió a más de 30 000 efectivos nuevos. Autorizó notables concesiones mineras al Tercer Reich a cambio de los importantes suministros de material alemán^[40]. Con la frontera francesa cerrada y la ayuda de la Unión Soviética reducida a un goteo, Franco gozaba de toda la ventaja posible para su embestida final. Varios meses de bombardeos aéreos italianos habían pasado factura a la moral. Se reunió un gran ejército en una línea que rodeaba Cataluña desde el Mediterráneo, en el este, hasta el Ebro, en el oeste, y los Pirineos al norte. La ofensiva, planeada originalmente para el 10 de diciembre, se pospuso hasta el 15 de ese mismo mes. Un período de lluvias torrenciales provocó más demoras y finalmente se lanzó el 23 de diciembre^[41]. El grado de agotamiento de la guerra, el resentimiento por su coste humano y económico y el profundo derrotismo posterior a Munich eran tales que la defensa continuada parecía una posibilidad remota en extremo. No obstante, pese a la abrumadora superioridad de las fuerzas atacantes en cobertura aérea, artillería y cifras absolutas, la retirada republicana nunca llegó a convertirse en una desbandada. Franco podía hacer rotar a sus tropas cada cuarenta y ocho horas, mientras que los republicanos no habían disfrutado de un permiso en siete semanas.

Las fuerzas de Enrique Líster lograron contener el avance durante casi dos semanas en las Borjas Blancas, en la carretera de Lérida a Tarragona. No obstante, dicho avance era inexorable. En Nochevieja, un feroz bombardeo aéreo italiano sobre Barcelona sumió a la ciudad en lo que Negrín, en una retransmisión para Estados Unidos, definía como «tristeza y luto». Herbert Matthews, que había ayudado a Negrín a pulir su inglés para la retransmisión, escribiría más tarde: «Nunca le había visto tan conmovido»^[42]. El 4 de enero, los franquistas irrumpieron en las Borjas; para Cataluña, el final estaba cerca. Sin armamento

adecuado y con las tropas exhaustas después de un esfuerzo sobrehumano, se abrió el camino hasta Tarragona y después Barcelona. El teniente coronel Manuel Tagüeña, un matemático alto, delgado y con gafas que había ascendido en las filas de las milicias hasta capitanear un cuerpo del ejército, organizó una defensa férrea, pero solo contaba con una fracción del armamento necesario.

A la luz de los Acuerdos de Munich y la consiguiente conclusión moscovita de que Rusia había sido traicionada por las democracias, una preocupación por la seguridad llevó a Stalin a realizar tímidas propuestas de alianza a la Alemania nazi. La ayuda de Rusia, ya limitada porque libraba una guerra en China contra Japón, tenía graves problemas en Europa oriental y se topaba con obstáculos en el transporte a España, disminuyó en los últimos seis meses de la Guerra Civil, al tiempo que Alemania e Italia incrementaban significativamente su cooperación con Franco. La consecuencia fue la siguiente, en palabras de Herbert Matthews:

El último año de combate fue un milagro de valentía obstinada y desesperada, posibilitado únicamente por la tenacidad y el espíritu indomable de Negrín. Sin embargo, esa asombrosa muestra de liderazgo fue el momento de la carrera del doctor Negrín más duramente criticado por los españoles. La lucha era inútil, aseguraban sus detractores, y toda aquella destrucción «innecesaria», todas aquellas vidas perdidas, todo aquel odio intensificado entre españoles, podrían haberse evitado. Es cierto, por otro lado, que los fieles al régimen podrían haber resistido más tiempo de no haber sido por la traición, y que la Segunda Guerra Mundial podría haber salvado a España ... Los objetivos de Don Juan eran consistentes, patrióticos y honorables. Presentó batalla hasta el final, primero para salvar la Segunda República y —cuando esto resultó imposible— para conseguir las mejores condiciones para aquellos que habían mostrado lealtad. En el proceso, tuvo que recurrir sobremanera a la Rusia estalinista y, luego, a los comunistas españoles de forma casi exclusiva^[43].

¿Resistir hasta el final?

Mientras Negrín intentaba mantener desesperadamente un esfuerzo bélico con la esperanza, no de la victoria, sino de un acuerdo de paz honorable, Casado comenzó a preparar su plan en colaboración con las redes de espionaje franquistas y la Quinta Columna de Madrid, sin lo cual le habría resultado mucho más difícil unificar los diversos elementos de su golpe. El distinguido intelectual socialista Julián Besteiro, catedrático de Lógica de la Universidad de Madrid, le apoyó en sus acciones. Ambos hombres, junto con líderes anarquistas desilusionados como Cipriano Mera y el dirigente de la UGT Wenceslao Carrillo, formaron contra Negrín el Consejo Nacional de Defensa, presidido por el general José Miaja. La empresa nació con la esperanza de que los contactos de Casado con el servicio secreto franquista y los lazos de Besteiro con la Quinta Columna de Madrid facilitarían la negociación con Franco en Burgos. Es posible que también creyeran que, al inspirar un levantamiento militar «para salvar a España del comunismo», se ganarían la aprobación de Franco.

Casado justificó sus acciones aduciendo que pretendía impedir una toma de poder comunista inspirada por Moscú. Aunque esa acusación era claramente falsa, los habitantes de la zona republicana desesperados por que llegara el fin de la guerra, muchos de los cuales ya habían desarrollado una profunda hostilidad hacia los comunistas, se la creyeron^[1]. La posterior justificación de Casado fue su indignación por el hecho de que Negrín y los comunistas hablaran de resistencia hasta el final cuando la escasez de alimentos y material lo hacía imposible. Al denunciar el compromiso de Juan Negrín con la resistencia continuada, estaba ignorando los hercúleos esfuerzos del presidente por conseguir diplomáticamente una paz negociada con garantías adecuadas ante el justificado temor a la represión franquista. Según Prieto, los esfuerzos de Negrín se habían extendido incluso al Tercer Reich. Cabe señalar que la diplomacia se mantuvo en secreto para no provocar derrotismo^[2]. Asimismo, Casado parecía ajeno al grado en que la retórica de resistencia de Negrín era la moneda de cambio necesaria para lograr un acuerdo de paz razonable con Franco.

Aunque nunca se había alistado en el Partido Comunista, como sí habían hecho muchos otros militares de carrera del bando republicano, el feroz anticomunismo de Casado era reciente. Era un francmasón con pedigrí republicano. Cuando se produjo el golpe militar en julio de 1936, era comandante de la guardia presidencial de Manuel Azaña. Participó en la defensa de Madrid ante los ataques llegados desde la sierra, al norte de la capital. Según su versión, en octubre de 1936 fue destituido como jefe de operaciones del Estado Mayor por sus críticas al hecho de que se diera prioridad al Quinto Regimiento comunista en el reparto de armas soviéticas. En realidad, la decisión la tomó Vicente Rojo, que lo tenía por un incompetente. Antonio Cordon, subsecretario del Ministerio de Defensa, tenía una opinión más elevada de Casado que Rojo, y lo consideraba inteligente y profesional. Sin embargo, Cordon creía que sus cualidades positivas quedaban «nubladas por su soberbia y su desmedida ambición». Casado estaba convencido de que era el hombre que podía ganar la guerra, y le consumió el resentimiento cuando no fue ascendido a puestos que se correspondían con la que él juzgaba su valía. Su rencor iba dirigido a Rojo. No obstante, como hemos visto, recibió destinos importantes: Indalecio Prieto lo nombró comandante del Ejército de Andalucía y, en mayo de 1938, Negrín lo designó comandante del Ejército del Centro^[3]. Este último nombramiento fue interpretado por el excomunista Francisco-Félix Montiel como parte de una estrambótica teoría de la conspiración, según la cual, Casado había sido elegido por los rusos por su incompetencia, siguiendo un plan a largo plazo para que la guerra se acabara sin que el Partido Comunista pudiese ser culpado por ello^[4]. Por el contrario, es más probable que fuese un indicativo de que los comunistas no estaban tan comprometidos con la dominación total de las fuerzas armadas de la República como sostuvo Casado más tarde.

Los motivos de la intervención de Besteiro se remontaban a mucho tiempo antes. Sus experiencias durante la represión posterior a la huelga de 1917 intensificaron su repugnancia hacia la violencia. Besteiro tomó conciencia de la futilidad de que el débil movimiento socialista español emprendiera un ataque frontal contra el Estado. Se oponía a la afiliación del PSOE a la Comintern, y una temporada en Inglaterra con una beca de investigación en la Asociación Educativa de los Trabajadores en 1924 confirmó su reformismo. Desde su posición como presidente del PSOE y la UGT, argumentó que, para aumentar la fuerza de la clase trabajadora, el movimiento socialista debía aceptar la oferta de colaboración con la dictadura del general Miguel Primo de Rivera. Sin embargo, a mediados de 1930, se opuso a la participación socialista en el amplio frente de oposición establecido por el Pacto de San Sebastián y, a la postre, con el futuro Gobierno de la República. Al estar en minoría, en febrero de 1931 se sintió obligado a dimitir como presidente del partido y del sindicato^[5]. De ese modo empezó un proceso de marginación por parte de sus antiguos compañeros. Además, sus abstracciones teóricas sobre la naturaleza del proceso histórico que estaba viviendo España parecieron infundirle la sensación de saber más que ellos. De hecho, como presidente de las Cortes entre 1931 y 1933, había manifestado cierta hostilidad hacia los diputados de su propio partido.

Dado que el grueso del PSOE y UGT estaba ansioso por utilizar el aparato de Estado para introducir reformas sociales básicas, la visión abstencionista de Besteiro cayó en saco roto. Efectivamente, las bases del movimiento socialista estaban alejándose con rapidez de las posturas defendidas por Besteiro. La intransigencia de la derecha radicalizó a los militantes. La conclusión que extrajo un influyente sector de la cúpula, liderada por Largo Caballero, fue que los socialistas debían satisfacer las necesidades de las bases aspirando a más responsabilidad en el Gobierno y no a la inversa. Entretanto, Besteiro pensaba que el socialismo llegaría solo si los socialistas eran disciplinados, lo que denotaba una inquietante complacencia respecto del fascismo, y se oponía a la creciente radicalización del movimiento socialista^[6]. Asimismo, se mostraba hostil a la participación del PSOE y la UGT en la insurrección revolucionaria de octubre de 1934^[7]. Su incapacidad para comprender la verdadera amenaza del fascismo presagió su injustificado optimismo acerca de Franco al final de la Guerra Civil española^[8].

En el transcurso del conflicto, el comportamiento de Besteiro confirmó la sospecha de muchos miembros del PSOE, según los cuales, no acababa de entender las grandes batallas políticas de la época. Fuera de los círculos políticos, reafirmó su popularidad rechazando numerosas oportunidades de buscar un exilio seguro^[9]. Siguió trabajando en la universidad, donde fue elegido decano de la Facultad de Filosofía y Letras en octubre de 1936. Al mismo tiempo, cumplía asiduamente sus deberes como diputado, como concejal del ayuntamiento de la capital, cargo para el que había sido elegido el 12 de abril de 1931, y como presidente del Comité de Reforma, Reconstrucción y Saneamiento de Madrid. Sus amigos intentaron convencerlo por todos los medios de que abandonara la ciudad. Sin embargo, pese (o tal vez debido) a su idea de que la guerra terminaría en desastre para la República, se negó en redondo. Desde el principio, Besteiro no ocultó su entonces inoportuno compromiso con un acuerdo de paz. Como representante español en la coronación de

Jorge VI

en Londres, celebrada el 12 de mayo de 1937, había intentado buscar la mediación del Gobierno británico, pero era un mal momento para tal iniciativa. Los rebeldes estaban en alza; en el norte se esperaba la caída de Bilbao de un momento a otro. Al mismo tiempo, el Gobierno republicano afrontaba importantes dificultades internas. En Barcelona, entre el 3 y el 10 de mayo, las fuerzas del Gobierno y la CNT entablaron una sangrienta lucha por el control de la ciudad. La misión de Besteiro estaba condenada al fracaso. En su ausencia cayó el Gabinete de Largo Caballero. La resolución de la crisis con el nombramiento de Juan Negrín como presidente del denominado «Gobierno de la Victoria» el 17 de mayo pareció poner fin a las luchas internas políticas que habían caracterizado la historia anterior de la República en liza. Negrín, con la asombrosa habilidad organizativa que había demostrado en el Ministerio de Hacienda, era considerado el hombre que podía liderar un esfuerzo bélico centralizado.

Esto parecía posible porque en mayo de 1937 se había producido la derrota de los elementos revolucionarios de la

CNT-FAI

y el POUM y la marginación del ala retóricamente revolucionaria del PSOE, los seguidores de Largo Caballero. Sin embargo, eso no significaba que ninguno de esos grupos aceptara su destino con docilidad. A medida que se acumulaban las derrotas —la pérdida del norte y Teruel y la partición de la República en dos—, su resentimiento fue aumentando y se centró cada vez más en Negrín y los comunistas. En cuanto a Besteiro, su deseo de convertirse en el hombre que trajera la paz se hizo añicos por la determinación de Negrín de seguir luchando hasta cosechar la victoria. Puesto que Negrín creía, y con razón, que solo un gran

triunfo militar de la República podría llevar a Franco a la mesa de negociaciones, no tenía interés alguno en alimentar las ambiciones de Besteiro. En cambio, este, que era una persona sumamente susceptible, se tomó como un insulto, lo cual es comprensible, que Negrín no hiciera ningún seguimiento de su viaje a Londres^[10]. Decepcionado porque la exagerada importancia que atribuía a su misión no fuese correspondida por Negrín, Besteiro empezó a albergar un intenso resentimiento hacia el nuevo presidente. Además, la caída del Gobierno de Largo Caballero dejó vacante el puesto de embajador en Francia, al que Besteiro aspiraba para solicitar la mediación francesa en la guerra, pero la idea de Negrín de resistir hasta el final contra Franco hizo de ese nombramiento una vana esperanza.

Tras el fracaso de su misión de paz, Besteiro volvió a su puesto en la universidad y a su cargo en el ayuntamiento de Madrid. Como concejal del municipio, Besteiro trabajó duramente en los problemas de la asediada capital, en detrimento de su salud. Le torturaba la idea de que los errores cometidos a principios de los años treinta, especialmente la participación socialista en el Gobierno, fuesen responsables de la guerra. También le horrorizaba la violencia del conflicto y, sobre todo, el ruido de los pelotones de fusilamiento y los disparos por la noche, que interpretaba como el sonido de asesinatos políticos^[11]. Por el contrario, en los últimos meses de la guerra, Besteiro parecía ajeno a los informes sobre la represión franquista en las zonas conquistadas^[12].

Al principio, la postura de Besteiro como espectador silencioso pero crítico con el Gobierno republicano había confundido a muchos miembros de las bases socialistas, pero a medida que progresaba la guerra, su valoración empezó a mejorar de nuevo. La dimisión de Largo Caballero en mayo de 1937 había provocado un considerable sentimiento anticomunista en el PSOE de Madrid y en gran parte de UGT. Asimismo, la destitución en abril de 1938 del eterno pesimista Prieto, que ejercía de ministro de Defensa, había intensificado el anticomunismo en las filas socialistas. En realidad era injusto. Los comunistas querían ver a una persona más positiva y dinámica como ministro de Defensa, pero les habría gustado que Prieto siguiera en el Gobierno. Temían convertirse pronto en blanco de su rencor, como acabaría sucediendo. A la postre resultó que fue Prieto quien rechazó un ministerio diferente en el Gabinete formado el 5 de abril. Alimentado todavía más por las amargas y tendenciosas interpretaciones de Prieto sobre lo ocurrido, el creciente resentimiento hacia los comunistas socavaría el principal bastión del esfuerzo bélico republicano^[13].

Besteiro, al igual que Prieto, ignoró muy convenientemente la inmensa aportación del Partido Comunista a la supervivencia de la República. La formación, un elemento clave del Ejército Popular, había perdido a miles de militantes por fallecimiento, heridas de gravedad o captura en los territorios conquistados por los franquistas. A finales de 1937, un 60% de los militantes del PCE formaban parte del Ejército Popular. Se calculaba que unos 50 000 habían sido apresados por los rebeldes después de la caída de Málaga, Santander y Asturias. Otros 20 000 desaparecieron en la batalla del Ebro y la defensa desesperada de Cataluña^[14]. El 18 de febrero de 1939, el general Rojo remitió a Negrín un análisis de las posibilidades de mantener la resistencia en la zona del centro-sur. En su carta de presentación, escribía sobre el PCE:

No necesito decirle que de todos los partidos políticos ha sido y es el único que tiene mis simpatías. Creo que cometen un gran error, incluso asumiendo ellos la responsabilidad general de los mandos y de la dirección de esta fase de la lucha, porque van a hacer que se concentren aún más los esfuerzos del adversario y de todos los países y van a lograr que quede definitivamente aplastado su partido, el único relativamente sano en nuestra organización política^[15].

En general, a los anarquistas les molestaba la preponderancia comunista en las fuerzas armadas. Esto obedecía en buena medida al hecho de que, en su intento por organizar un esfuerzo bélico centralizado y eficaz, las ambiciones revolucionarias de los anarquistas se habían visto frenadas, en ocasiones brutalmente. Este hecho era percibido por el movimiento libertario como un simple deseo comunista de conseguir un monopolio de poder, ignorando por completo la necesidad militar subyacente. Por otro lado, hubo muchas quejas sobre anarquistas asesinados, y era cierto que existía una considerable hostilidad entre comunistas y anarquistas en el seno del ejército, en parte debido a la dura disciplina impuesta por los mandos comunistas. Las ejecuciones sumarias de desertores y comandantes considerados ineficaces no eran infrecuentes. Los anarquistas alegaban que en las unidades del frente reinaba el terror comunista y se quejaban de que había «millares y millares de camaradas que confiesan que sienten más temor a ser asesinados por los adversarios de al lado que a ser muertos en lucha con los enemigos de enfrente». Con un espíritu vengativo, en Levante se confeccionaron listados de comunistas pertenecientes a unidades militares.

Quienes figuraban en dichas listas se convirtieron en objetivos después del golpe de Casado. En realidad, la influencia comunista en las fuerzas armadas era considerablemente inferior a la que aducían los anarquistas^[16].

Tras su regreso de Londres y olvidando, o tal vez soslayando, la necesidad de que la República fuese defendida militarmente, Besteiro se había vuelto todavía más anticomunista y proporcionalmente menos hostil a los franquistas. El principal blanco de su obsesión era Negrín, a quien solía acusar de comunista. Esta idea era compartida cada vez por más afiliados del Partido Socialista. Largo Caballero, por ejemplo, se mostró indignado cuando Julián Zugazagoitia, el entonces ministro de Gobernación de Negrín, prohibió un mitin que planeaba pronunciar en Alicante^[17]. De este modo, los seguidores de Largo Caballero, Prieto y Besteiro, estaban confluyendo en su anticomunismo y podían contar con la simpatía cada vez mayor de Manuel Azaña. Negrín, abrumado como presidente por sus esfuerzos para mejorar la situación internacional de la República y, como ministro de Defensa, para dirigir el esfuerzo bélico, no tenía tiempo de contrarrestar el efecto corrosivo de un anticomunismo cada vez más extendido que, en algunos casos, superaba la prioridad más acuciante de la defensa de la República y, por tanto, contribuyó a la división, la desesperación y el derrotismo^[18].

La hostilidad de Besteiro hacia los comunistas enmascaraba una falta de entusiasmo más generalizada hacia la causa republicana. En el consejo de guerra a manos de los franquistas, su abogado defensor reveló que había utilizado su cargo como decano de la Facultad de Derecho para proteger a varios falangistas de la universidad a lo largo de 1937. A través de algunos de esos compañeros, los profesores Julio Palacios (el vicerrector), Antonio Luna García, Luis de Sosa y Pérez y Julio Martínez Santa Olalla, había establecido contacto con la Quinta Columna clandestina de Madrid. De hecho, desde septiembre de 1937, Luna García había dirigido una importante sección de la Quinta Columna en la capital conocida como «Organización Antonio», creada a finales de 1936 por el capitán José López Palazón^[19]. En su declaración a favor de Besteiro ante el tribunal militar, Luna García manifestó su sorpresa por la vehemencia con la que el primero criticaba al Gobierno republicano.

Su informe a Burgos en 1937 identificaba a Besteiro como un posible objetivo de la Quinta Columna. En abril de 1938, la organización clandestina de la Falange ordenó a Luna que intentara convencer a Besteiro de que fuera más allá de su negativa a trabajar con el Gobierno y tratara de poner fin a la guerra activamente. Esta iniciativa coincidió con la partición del territorio republicano gracias a la triunfal ofensiva franquista que llegó desde Aragón hasta la costa mediterránea. Cuando la zona central de la República quedó incomunicada del Gobierno de Valencia, Besteiro accedió. A partir del verano de 1938, empezó a presionar enérgicamente para que se le permitiera formar un Gabinete como paso preliminar para las negociaciones de paz^[20].

La postura de Besteiro confluía con la de Segismundo Casado. Ya en verano de 1938, poco después del ascenso de Casado al mando del Ejército del Centro, había contactado con el Antonio Bouthelier España, un destacado falangista de la Quinta Columna de Madrid. La credibilidad de Bouthelier para acercársele se veía reforzada por el hecho de que era secretario de Manuel Salgado, un miembro importante de la CNT que trabajaba en los servicios de seguridad del Ejército del Centro. Había utilizado su posición para ayudar a los franquistas a cruzar las líneas. Bouthelier contaba asimismo con una radio de onda corta con la que pasaba información al cuartel general rebelde. Por varios motivos, el servicio de espionaje franquista sabía del anticomunismo de Casado. Su hermano, el teniente coronel César Casado, era miembro de la Quinta Columna, y Segismundo hizo cuanto estuvo en su mano por protegerlo. Debido a su proximidad con Casado, indicaron a Bouthelier que le propusiera ejercer de espía para los rebeldes. El falangista accedió porque conocía las simpatías de María Condado y Condado, esposa de Casado, y de su hermano César hacia la causa rebelde. El coronel Casado no aceptó la propuesta de inmediato, pero, curiosamente, no dio parte del contacto al cuerpo de seguridad de la República, el SIM, para que se abriera una investigación a Bouthelier. César Casado fue solo uno de los varios altos mandos profranquistas a los que Segismundo protegió reservándoles un puesto en su Estado Mayor General. De hecho, al corriente de estos contactos, el SIM ya había empezado a vigilar a Casado y a su familia. Sin embargo, como el socialista Ángel Pedrero García, jefe del Servicio de Inteligencia Militar en el Ejército del Centro, congeniaba con Casado, no se emprendieron acciones en su contra^[21].

Uno de los miembros de la Organización Antonio era el doctor de Casado, Diego Medina, comandante del cuerpo médico del ejército. Otro era el doctor Ricardo Bertoloty y Ramírez, comandante retirado de dicho cuerpo. Era uno de los médicos del equipo que salvó la vida a Franco en 1916, cuando resultó herido de gravedad en El Biutz (Marruecos). En 1931, Bertoloty había aprovechado las reformas de Azaña para abandonar el ejército, pero seguía siendo amigo íntimo de Franco^[22]. Los contactos con simpatizantes de

los rebeldes en el ejército republicano eran controlados a través del Servicio de Información y Policía Militar (SIPM), dirigido dentro del Estado Mayor de Franco por el coronel José Ungría Jiménez. Una figura clave del SIPM que mantenía estrecho contacto con la Organización Antonio era el teniente coronel José Centaño de la Paz, ayudante de Casado. Centaño mantenía contacto radiofónico permanente con el cuartel general de Franco en Burgos. A finales de enero de 1939, el grupo de Antonio Luna reunió a Besteiro y Casado para discutir los planes destinados a derrocar a Negrín. Meses antes, a finales de octubre de 1938, el socialista Ángel Pedrero García, jefe del Servicio de Investigación Militar del Ejército del Centro, dirigido por Casado, ya había mediado en un encuentro anterior con Besteiro, pero es improbable que debatieran algo tan trascendental como un golpe de Estado contra Negrín. Hasta el 5 de febrero, Centaño no reveló a Casado su papel en el SIPM^[23].

El hecho de que el SIPM considerara a Casado una persona potencialmente útil no es sorprendente en absoluto. Eran conscientes de que, el 8 de diciembre de 1938, Casado se había reunido en Madrid con Ralph Stevenson, representante diplomático británico, con quien había discutido el deseo de Londres de poner fin al conflicto español^[24]. Ello, sumado a su manera de dirigir el Ejército del Centro, debió de complacerlos. Había impuesto una disciplina militar rígidamente tradicional y había debilitado el cuerpo de comisarios políticos creado al poco de estallar el conflicto ante el hecho de que se trataba de una revuelta de los oficiales profesionales contra la autoridad constitucional de la República. El comisariado existía en paralelo a la estructura militar tradicional. Los comisarios eran fundamentalmente evangelistas de la causa republicana. Trabajaban para mantener la moral, explicar los objetivos políticos de la guerra y eran un enlace entre la tropa, los oficiales y el Gobierno de la República. Tenían el mismo rango que el comandante de la unidad, o del ejército entero, donde servían. Inevitablemente, a la mayoría de los oficiales profesionales les molestaba que los comisarios tuvieran la potestad de cuestionar importantes decisiones militares. A comienzos de 1939, mientras los comisarios intentaban mantener el espíritu de resistencia, esa molestia aumentó en proporción al creciente derrotismo de los oficiales profesionales, especialmente en el caso de Casado^[25].

La consecuencia era que los nuevos reclutas a duras penas sabían por qué luchaban. Esto motivó la propagación de la desmoralización y las deserciones. Al mismo tiempo, Casado no mostraba ninguna inclinación por utilizar sus fuerzas en combate, algo que Vicente Rojo nunca le perdonaría. Casado no era ni mucho menos el único ni el más importante derrotista en las filas republicanas. A finales de noviembre, para restar presión al Ejército del Ebro, que estaba batiéndose en retirada, Rojo ordenó tres maniobras de distracción a los ejércitos de la zona centro-sur, liderados por el general Miaja. Con su jefe del Estado Mayor, el general Manuel Matallana Gómez, Miaja había de organizar una gran ofensiva hacia el oeste, en dirección a Extremadura, y un desembarco en Motril, Granada. El coronel Casado, comandante del Ejército del Centro, debía llevar a cabo un avance en Brunete, en el frente de Madrid. Ninguno de los tres cumplió las órdenes. Muchos altos mandos del Ejército de Cataluña eran comunistas comprometidos, como el coronel Antonio Cerdán, o habían ascendido en las filas de la milicia, como Modesto y Lister. Por el contrario, la plana mayor del Ejército del Centro estaba compuesta de militares profesionales que habían hecho carrera en África. Si, al igual que Miaja, habían solicitado la afiliación al Partido Comunista, era más por conveniencia que por convicción.

Las diversas ofensivas deberían haber comenzado el 11 de diciembre de 1938, pero, inexplicablemente, se retrasaron hasta el 5 de enero de 1939, momento en el cual el avance franquista en Cataluña era casi imparable. La falta de compromiso por parte de los mandos del Ejército del Sur era vista en el círculo inmediato de Negrín como una consecuencia de la «traición, el sabotaje y el derrotismo»^[26]. El hecho de que no se iniciaran las misiones obedeció sobre todo a que el jefe de operaciones del Ejército del Centro, el teniente coronel Francisco García Viñals, era un estrecho colaborador del SIPM, e hizo todo lo posible por garantizar que las fuerzas republicanas de la zona centro permanecieran inactivas^[27]. El desembarco en Motril nunca llegó a producirse. Varios comandantes, los comunistas Enrique Castro Delgado y Juan Modesto Guilloto, el republicano moderado (y anticomunista) Juan Perea Capulino y el comisario jefe del Grupo de Ejércitos Republicanos de la Zona Centro (GEZC), el comunista Jesús Hernández, criticaron duramente a Miaja en sus respectivas memorias. Aseguraban que este no había utilizado a las tropas que tenía a su disposición para el ataque en Extremadura y prefirió mantenerlas en posiciones defensivas, cuando podría haber explotado la superioridad numérica local ocasionada por la concentración de Franco en la campaña catalana. Hernández denunció el retraso de Miaja a la hora de lanzar la ofensiva en Extremadura. Modesto declaraba que la decisión de desobedecer las órdenes de Rojo y no lanzar el ataque en Motril fue un acto de sabotaje de Miaja, Matallana y el comandante de la Armada de la República, el almirante Miguel Buiza Fernández Palacios. Asimismo, aducía que Miaja agotó y desmoralizó

deliberadamente a sus tropas con largas marchas de ciento cincuenta kilómetros hacia el norte y el sur:

El retraso de la ofensiva de Extremadura, los movimientos innecesarios de tropas, aquella decena de días de marchas de norte a sur, de sur a norte y otra vez de norte a sur, a más de desesperar a los combatientes y agotarlos, provocaban la inseguridad, la duda, la indignación y el descontento de los combatientes y sus mandos.

Cuando estaba al borde del triunfo, Miaja inexplicablemente dio el alto y desperdició la oportunidad de atacar Córdoba, lo cual permitió el reagrupamiento franquista.

La tercera ofensiva del frente de Madrid, que tuvo lugar en Brunete, fue un desastre, y Modesto acusó a Casado de permitir que los franquistas vieran sus planes de batalla. En realidad, Burgos había recibido los planes de más de una fuente. Casado había asegurado a su Estado Mayor que la ofensiva sería un paseo. Consistiría en un ataque sorpresa lanzado contra un sector débil del frente rebelde y con una superioridad logística notable. Pero Casado no atacó en el punto que había elegido Rojo. Por el contrario, lanzó al Ejército del Centro contra una zona bien fortificada —e informada— y precipitó así el fracaso de la operación. Edmundo Domínguez Aragonés, el recién nombrado comisario inspector del Ejército del Centro, que siguió la operación desde el cuartel general de Casado, vio con espanto como este siguió adelante con la operación cuando ya estaba claro que el enemigo la esperaba. Casado mandó a sabiendas a cientos de hombres a una muerte segura al atacar posiciones bien defendidas con nidos de ametralladoras. Modesto describió la calamitosa ofensiva de Brunete como «la antesala de la sublevación casadista», una operación que pretendía debilitar intencionadamente a las mejores unidades de la República. De hecho, el Estado Mayor de Franco estuvo plenamente informado de la mayoría de los planes militares republicanos en los últimos seis meses de la guerra^[28].

Cuando el general Matallana fue sometido a un consejo de guerra tras el conflicto, se demostró que las acusaciones vertidas por Modesto, Castro Delgado, Hernández y Perea se ajustaban mucho a la verdad. Antes de la celebración del juicio, Palmiro Togliatti, delegado de la Comintern y líder *de facto* del PCE, escribió que, en 1937, Matallana «era sospechoso de haber mantenido contactos con el enemigo, pero nunca llegó a corroborarse nada»^[29]. Lo cierto es que había hablado en numerosas ocasiones con la Quinta Columna, incluida la Organización Antonio, y confió al capitán López Palazón su odio hacia los rojos y la angustia por que el comienzo de la guerra lo hubiera sorprendido en el Madrid republicano. También había utilizado los fondos del Estado Mayor para ayudar a los altos mandos profranquistas huidos^[30]. En el juicio, Matallana aseguró que había servido a los rebeldes desde el comienzo de la guerra y que, a través de su hermano Alberto, había proporcionado a la Quinta Columna información sobre el número de efectivos de las Brigadas Internacionales, las residencias de los pilotos rusos, la localización en Albacete de una base de tanques y la hora de llegada de los barcos que llevaban material bélico a Cartagena. En cuanto al último tramo de la guerra, aseguraba haber saboteado numerosas operaciones, incluida la ofensiva de Brunete, y facilitado las maniobras rebeldes al no enviar refuerzos. Siempre aconsejó a Miaja que estabilizara los frentes y evitara ataques. En el juicio, Matallana declaró que en los archivos de las fuerzas republicanas había muchos proyectos que había logrado posponer indefinidamente con distintos pretextos. Aseguró que los diversos estados mayores a los que había pertenecido nunca pergeñaron planes de batalla ni directrices por iniciativa propia. Durante los enfrentamientos del Ebro, había obstaculizado las peticiones de maniobras de distracción en la zona del centro.

Para conseguirlo, dijo, controlaba a Miaja, un hombre fácilmente manipulable, con la ayuda de su segundo al mando, el teniente coronel Antonio Garijo Hernández, y el jefe de su Estado Mayor, el teniente coronel Félix Muedra Miñón. Se ganaron su confianza por medio de halagos y alentando su afán de protagonismo. Explotaron su enconada envidia hacia Rojo, fomentando las murmuraciones y las disensiones internas. Demoraron el cumplimiento de las órdenes dictadas por Rojo aprovechando el resentimiento de Miaja. Más tarde, Matallana aseguraba que para entorpecer la ofensiva se cercioró de que las tropas fuesen trasladadas en tren y no en camiones, ya que el ferrocarril era lento y tenía una capacidad limitada. Los consiguientes retrasos permitieron a los franquistas averiguar los planes de batalla republicanos. Además, el requisamiento de trenes para uso militar ocasionó el desmoronamiento de la red de reparto de comida y llevó a muchas mujeres a manifestarse en protesta por la falta de alimentos. Negrín se vio obligado a intervenir para garantizar los suministros y conciliar el abastecimiento de la capital con las necesidades militares^[31].

Entre la realidad y la reputación de Miaja como el heroico salvador de Madrid, asiduamente fraguada por la propaganda republicana para alimentar la moral popular, había un gran trecho. Miaja era un soldado

bastante mediocre y siempre contrario a correr riesgos. Según los franquistas Antonio Bouthelie y José López Mora, «jamás se enteró de lo que pasaba a su lado, perfectamente inconsciente, grotesco, sensual y abotargado». Más tarde, Togliatti escribía sobre Miaja que estaba «totalmente embrutecido por la bebida y las drogas»^[32].

Así se perdió esa oportunidad, cuando, después de recibir ingentes suministros de material bélico alemán e italiano, Franco estaba listo para un gran ataque en Cataluña, y para hacerlo había dejado sus frentes meridionales relativamente indefensos. Herbert Matthews, el corresponsal de *The New York Times* extremadamente bien informado y próximo a Negrín, escribiría más adelante:

Naturalmente, creíamos que la zona de Madrid sería la salvación. En aquel momento, Miaja estaba al borde de una crisis nerviosa por los informes que recibí más tarde. Bebía demasiado y había perdido el poco valor que tuvo en su día. La imagen del defensor leal, obstinado y valeroso de la República —una imagen creada desde los primeros días del sitio de Madrid— era un mito. Era débil y bobo, no tenía principios y, por aquel entonces, su coraje podía ser cuestionado seriamente^[33].

Las razonables esperanzas de Negrín y Vicente Rojo, jefe del Estado Mayor General, se esfumarían debido a los fracasos, cuando no la manifiesta traición, de Miaja, Matallana y Casado, los comandantes de la zona centro.

El problema no era solo la traición del alto mando de los ejércitos de la zona centro-sur. También estaba la cuestión de las crecientes diferencias logísticas entre ambos bandos. La superioridad de los franquistas en cuanto a tanques, artillería, cobertura aérea, ametralladoras e incluso fusiles que funcionaran era abrumadora. A finales de enero de 1939, el presidente de las Cortes, Diego Martínez Barrio, convocó una reunión entre Negrín y el presidente Azaña, quien desde el 22 de enero se había instalado en el castillo de Perelada, cerca de Figueras. Las relaciones entre ambos se habían deteriorado. Martínez Barrio los describía como «nieve y fuego». A Azaña le disgustaban el dinamismo y el realismo brutal de Negrín; este veía a Azaña como un intelectual que se regodeaba en enigmas éticos poco realistas. Azaña se quejó a Martínez Barrio de que lo trataba «peor que a un criado». Negrín llegó al encuentro absolutamente agotado después de dos días sin dormir. Les contó que miles de toneladas de material bélico, tanques, artillería, aviones, ametralladoras y municiones estaban cruzando Francia desde El Havre en dirección a Portbou. En realidad, el Gobierno francés había puesto todos los obstáculos posibles al transporte por su territorio. De haber llegado dos semanas antes, afirmaba, la situación en Cataluña podría haberse evitado. Cuando Martínez Barrio le preguntó si se podía hacer algo, repuso: «Me temo que no». Se decidió el traslado de Azaña a La Bajol, a solo tres kilómetros de la frontera con Francia^[34]. El 31 de marzo de 1939, Negrín expuso un argumento similar ante la Diputación Permanente de las Cortes cuando aseguró que, si ese material hubiera llegado cuatro meses antes, la República podría haber ganado la batalla del Ebro, e incluso que, si lo hubieran recibido dos meses antes, no habrían perdido Cataluña^[35].

Poco después de su reunión con Azaña el 30 de enero, Negrín pidió a Miaja un informe sobre la situación militar en la zona centro. Su deprimente respuesta giró en torno al desplome moral y la falta de raciones, ropa y armas utilizables, en especial artillería, tras las infructuosas campañas en Extremadura y Andalucía. Al poco, Miaja obtuvo del cónsul francés en Valencia un visado que le permitía entrar en Francia o Argelia^[36]. La capital catalana sufrió ataques aéreos continuados el 21, 22 y 23 de enero. La hambrienta población irrumpía en los almacenes de comida, pero, según el coronel Juan Perea, comandante del Ejército del Este, grandes cantidades de alimento y material quedaron en Barcelona y cayeron en manos de los franquistas cuando entraron en la ciudad la tarde del 26 de enero^[37]. La retirada militar, a la que se habían incorporado 450 000 civiles, prosiguió hasta la frontera francesa y los insalubres campos de internamiento de las ventosas playas meridionales del país. De todas las autoridades republicanas que huyeron ante el avance franquista, solamente Negrín, sus ministros y los comunistas tuvieron el valor de regresar al territorio republicano. Allí también, desde la frontera occidental, situada en Badajoz, hasta la costa mediterránea a la altura de Valencia y Murcia, se apreciaba una intensa desmoralización, escasez de necesidades básicas y armamento y el temor a lo que se consideraba una derrota inevitable. La pérdida de Cataluña y el consiguiente aislamiento de la zona central provocaron un miedo generalizado. Esto se reflejaba en las amargas divisiones entre los comunistas y otros partidos y en el seno del Partido Socialista^[38].

Anticomunismo al alza

Como ya se ha dicho, desde mucho antes de la caída de Cataluña se afirmaba que los comunistas estaban conspirando para poner fin a la guerra^[1]. Sin embargo, el 26 de enero, la Comintern alentó a los líderes comunistas de Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos a organizar manifestaciones para que sus respectivos gobiernos levantaran el bloqueo de armas a España y tomaran medidas para la acogida de refugiados. Se pidió al Partido Comunista francés que reclutara voluntarios para España y que enviara una delegación a Cataluña para contrarrestar el espíritu derrotista en los partidos republicano y socialista. Se envió un mensaje a través de los franceses animando a los comunistas españoles a resistir. Incluso después de que llegara a Moscú la noticia de la caída de Barcelona, el jefe de la Internacional Comunista, Georgi Dimitrov, mantuvo la orden de que los comunistas españoles siguieran luchando. El 7 de febrero, Dimitrov envió otro mensaje al PCE: «Debe mantenerse el rumbo de la resistencia ... Hay que activar el frente de Levante; debe impedirse la capitulación del Gobierno español reemplazando a partidarios de la rendición con partidarios acérrimos de la resistencia». El mismo día, ordenó a Maurice Thorez que organizara manifestaciones a fin de presionar al Gobierno francés para que permitiera la vuelta del Ejército de Cataluña a la zona central. Se indicó al PCF que dispusiera el suministro de armas y comida a Valencia y que se ocupara del bienestar y la moral de los refugiados españoles en Francia^[2].

De hecho, tras la caída de Barcelona, los comunistas notaron un cambio de actitud en el general Rojo. En un manuscrito redactado como aportación a la historia oficial de la guerra del Partido Comunista, Vicente Uribe escribía: «En los últimos días de Cataluña ya no mostraba ninguna confianza en la causa de la República, ni ninguna voluntad para proseguir la lucha»^[3].

Mientras tanto, en Madrid, todos esos factores concurrentes se vieron subrayados por las actividades de una Quinta Columna cada vez más activa. Su éxito se derivaba de la capacidad con la que pudo exacerbar el creciente anticomunismo. Ello reflejaba el hecho de que se identificaba totalmente al PCE con la política gubernamental y, por tanto, se le hacía responsable de las privaciones generalizadas en la ciudad asediada. La Quinta Columna también fue capaz de explotar el amargo resentimiento de las víctimas de la política de seguridad del PCE desde finales de 1936. En sus esfuerzos por imponer un esfuerzo bélico centralizado, los comunistas habían sido despiadados en la eliminación de anarquistas y trotskistas que querían seguir una línea revolucionaria^[4]. El derrotismo estaba muy extendido. La intensa hostilidad anticomunista de la cúpula de la CNT se daba también en gran parte del PSOE. Las relaciones entre los militares de carrera y la jerarquía comunista se habían enfriado. Con la intención de mejorar las relaciones, en algún momento de octubre Santiago Carrillo había organizado una comida con el coronel Casado. Este, que padecía graves problemas estomacales, tenía fama de ser una persona sumamente malhumorada y resentida. Siendo esto así, y consciente de los rumores sobre las actividades conspiratorias de Casado, a Carrillo le sorprendió la efusividad del coronel al afirmar que compartía la determinación de Negrín de proseguir con la resistencia. A Carrillo le habían informado de que su padre, Wenceslao, amigo de toda la vida de Largo Caballero, estaba buscando activamente apoyos en las filas del PSOE para una iniciativa de paz contra Negrín. En una cáustica reunión, Santiago intentó convencer en vano a su padre de que tal acción dejaría a decenas de miles de republicanos a merced del terror franquista^[5].

El aislamiento de la zona central supuso una pesadilla logística. No había combustible para la calefacción doméstica ni agua caliente para cocinar. El suministro de medicamentos y vendajes era alarmantemente escaso. Según un informe de la Comisión Internacional Cuáquera para la Ayuda a Niños Refugiados, las exiguas raciones en Madrid solo bastaban para sobrevivir dos o tres meses. Consistían en cincuenta y cinco gramos de lentejas, judías o arroz y, de vez en cuando, azúcar o bacalao en salazón. Se

estimaba que en Madrid morían de inanición más de cuatrocientas personas cada semana. Una crisis alimentaria cada vez más profunda acentuó la idea popular de que el Gobierno de Negrín, emplazado en Barcelona, simplemente había abandonado al centro a su suerte. Esto era injusto, ya que la situación alimentaria en la capital catalana no era mucho mejor, pero el caso era que, en la zona centro, la retórica de resistencia de Negrín desentonaba cada vez más con el sentimiento ciudadano^[6]. En noviembre, cuando los franquistas bombardearon Madrid con barras de pan blanco recién hechas, los militantes de las Juventudes Socialistas Unificadas (JSU) lo tacharon de gesto insultante y las quemaron en hogueras en las calles. Álvaro Delgado, que entonces era un joven estudiante, le contó años más tarde al historiador británico Ronald Fraser:

Llegó en sacos envueltos en propaganda que afirmaba: «Este pan os lo envían vuestros hermanos nacionalistas». Era un pan blanco excelente. Algunas barras cayeron por una claraboya rota en la escuela de Bellas Artes y, cuando no había nadie, yo y otros estudiantes comimos tanto que teníamos ganas de vomitar. En las calles, la gente pisoteaba el pan con rabia. A pesar del hambre que tenían, la gente gritaba: «No lo cojáis».

Incluso Casado recordaba más tarde que algunas mujeres con hijos se abalanzaron sobre unos hombres que estaban recogiendo el pan. Después cogieron las barras y las llevaron a la Dirección General de Seguridad y desde allí fueron transportadas al frente y devueltas a los franquistas^[7].

El descontento fue alimentado por la Quinta Columna, que hablaba de la abundante comida que atesoraban las zonas controladas por los franquistas y también de la probable clemencia que dispensaría Franco a los no comunistas. El agotamiento de la guerra permitió el crecimiento de la Quinta Columna. David Jato, un importante líder de la milicia falangista, declaraba a Ronald Fraser:

Yo no diría que teníamos gente en el Estado Mayor de Casado; yo diría que la mayoría del Estado Mayor estaba dispuesta a ayudarnos. Se unieron tantos médicos que los servicios de salud madrileños prácticamente estaban en nuestras manos. Teníamos hombres infiltrados en los centros de reclutamiento. Incluso algunas organizaciones comunistas como Socorro Rojo acabaron controladas por la Quinta Columna^[8].

Después del avance franquista en Aragón, disidentes del PSOE y UGT se habían reunido con miembros de la CNT para hablar de su descontento con la política comunista ya en abril de 1938. A mediados de noviembre de 1938, líderes socialistas antinegrinistas de Alicante, Elche y Novelda y elementos de la CNT en Madrid y Guadalajara habían participado en un ensayo de sus iniciativas para expulsar a Negrín. Dichas iniciativas fueron cortadas de raíz por el SIM^[9]. Las filiales de las JSU en Valencia, Alicante, Albacete, Murcia, Jaén y Ciudad Real estaban a favor de romper la dominación comunista en la organización y restablecer la Federación de Juventudes Socialistas previa a la unificación. La reacción automática y fútil de Santiago Carrillo, secretario general de las JSU, consistió en denunciar a los disidentes por trotskistas. Su alarmismo era comprensible, ya que los miembros de las JSU representaban un alto porcentaje de las fuerzas armadas republicanas^[10].

La combinación del empeoramiento de la situación de la República, las consiguientes divisiones en el seno del Partido Socialista y sus conversaciones con Luna García convencieron a Besteiro de que no estaba ni mucho menos solo en su anticomunismo. Consciente de su popularidad, llegó a la conclusión de que era el momento de abandonar su aislamiento voluntario en Madrid. En el Comité Ejecutivo del PSOE celebrado en Barcelona el 15 de noviembre, el discurso de Besteiro, que por momentos caía en una retórica indistinguible de la que llegaba de la zona franquista, habló de las probables consecuencias de la salida de los comunistas del Gobierno:

La guerra ha estado inspirada, dirigida y fomentada por los comunistas. Si ellos dejan de intervenir, probablemente las posibilidades de continuar la guerra serán pequeñas. El adversario, teniendo otras ayudas internacionales, se encontrará en una situación superior. Yo reconozco que esta [la salida del Gobierno de los comunistas] es una medida grave a estas alturas. Ahora, como ustedes comprenderán, eso, personalmente a mí no me puede afectar más que como hecho que ocurre, pero yo no creo que tenga responsabilidad alguna en que hayamos llegado a esta situación. Yo no puedo ofrecer la solución. Son ustedes los que tienen que ver la conveniencia de deslindar los

campos y la oportunidad de hacerlo a estas alturas. Yo veo la situación de este modo: si la guerra se ganara, España sería comunista. Todo el resto de la democracia nos sería adverso y contaríamos con Rusia nada más. Y si fuéramos derrotados, entonces el porvenir sería terrible^[11].

Fue una muestra magistral de pesimismo, derrotismo e irresponsabilidad. Había reconocido la inevitabilidad de la cooperación con los comunistas, pero seguía guardando las distancias, decidido a no mancharse las manos. Ahora denunciaba la colaboración sin ofrecer otra alternativa que la división, la derrota y la tierna piedad del general Franco.

La ingenuidad que evidenciaban las palabras de Besteiro reflejaba su idea de que el PCE, «el partido de la guerra», era el único obstáculo para la paz y la reconciliación. Al parecer, Besteiro se creía la propaganda franquista según la cual, entregando al PCE, los republicanos podían «purificarse» y establecer la base para la reconciliación «entre los españoles» después de la guerra (aunque, obviamente, no con los españoles comunistas). A lo largo de su discurso, Besteiro retomó lo que se había convertido en un tema obsesivo, y declaraba que Negrín era un comunista que había entrado en el Partido Socialista como un caballo de Troya. Al día siguiente, trasladó al propio Negrín sus palabras: «Antes de que le cuenten a usted nada, quiero que sepa por mí lo que he dicho en la Comisión Ejecutiva. Le tengo a usted por agente de los comunistas». Les dijo a Azaña y a otros que Negrín era un «Karamázov», «un visionario», en presunta referencia al violento hedonista Dmitri Fiódorovich Karamázov de *Los hermanos Karamázov*, la obra de Dostoyevski. Más tarde ofreció al representante diplomático de Gran Bretaña una amarga crónica de sus encuentros con Azaña y Negrín^[12].

Durante su estancia en Barcelona, Besteiro discutió con Azaña la formación de un Gobierno cuya principal tarea sería buscar la paz. A Julián Zugazagoitia, director de *El Socialista*, le dijo: «Los españoles nos estamos asesinando de una manera estúpida, por unos motivos todavía más estúpidos y criminales»^[13]. Sumamente preocupado por las consecuencias que tendría la inevitable derrota republicana para el grueso de la población, se mostró todavía más hostil con Negrín, ya que consideraba que estaba prolongando innecesariamente la guerra. Los rumores sobre un Gabinete de paz sometieron a Besteiro a un violento ataque de la prensa comunista^[14].

Antes de viajar a Barcelona, Besteiro había confesado sus ansiedades a Ángel Pedrero García, jefe del Servicio de Inteligencia Militar en el Ejército del Centro y estrecho colaborador del coronel Casado. Al parecer, este ya había comentado a Pedrero que le gustaría ponerse en contacto con Besteiro. Así, en octubre de 1938, cuando Besteiro manifestó un deseo similar, Pedrero organizó una reunión en su casa. Besteiro compartió con Casado su convicción de que era necesario un tratado de paz temprano y de que el alto mando militar debía presionar al Gobierno de Negrín para que negociara. Desde ese momento hubo contactos periódicos entre Casado y el general Manuel Matallana Gómez, del Estado Mayor, y el principal colaborador de Casado, el coronel José López Otero, un alto mando del Estado Mayor con simpatías anarquistas. También realizaron tímidos intentos por reclutar a Miaja. Su cautela obedecía al hecho de que Miaja era, al menos formalmente, miembro del Partido Comunista. Casado mantuvo además varias reuniones con representantes diplomáticos, la ya mencionada de diciembre con el británico Ralph Stevenson, para averiguar si podía contar con el apoyo de Londres, pero también estuvo en contacto con los diplomáticos de Francia y varios países latinoamericanos. De hecho, tras la reunión con Casado, Stevenson acudió a Besteiro para averiguar más sobre los planes de paz^[15].

A su regreso a Madrid, un Besteiro profundamente desilusionado informó de las conversaciones que había mantenido en Barcelona a sus conocidos de la Quinta Columna. Se resignaba al hecho de que Azaña no le encargaría la creación de un Gobierno de paz y de que, aunque el presidente lo hiciera, sería incapaz de encontrar suficientes apoyos políticos. Sin embargo, Antonio Luna García intentó convencerlo de que, si no podía satisfacer sus esperanzas de formar un Gobierno de paz con un amplio respaldo político, debía plantearse hacerlo con apoyo militar.

Es asombroso que Besteiro no fuera consciente de la determinación de Franco de prolongar el odio de la guerra. Si le quedaba alguna duda después de la salvaje represión desplegada en todas las provincias conquistadas, una entrevista concedida el 7 de noviembre por el Caudillo al vicepresidente de United Press, James Miller, sin duda debería haberlo dejado claro. Franco declaraba de forma inequívoca: «No habrá mediación. No habrá mediación porque los delincuentes y sus víctimas no pueden vivir juntos ... Tenemos en nuestro archivo más de dos millones de nombres catalogados con las pruebas de sus crímenes»^[16]. Una vez desechada la posibilidad de amnistía para los republicanos, corroboró su compromiso con una política de venganza institucionalizada. En Salamanca se estaban reuniendo los archivos y la documentación de signo político incautados tras la caída de cada municipio. Después de una criba exhaustiva, iban a ser la

base de un enorme fichero de miembros de partidos políticos, sindicatos y logias masónicas que a su vez facilitaría información para un sistema de represalias a gran escala^[17].

Besteiro tenía otras preocupaciones más que la suerte de los republicanos derrotados, como percibió Tomás Bilbao Hospitalet, ministro sin cartera en el Gobierno de Negrín. Bilbao, miembro del partido menor Acción Nacionalista Vasca, se había incorporado al Gabinete en agosto de 1938 para sustituir a Manuel Irujo, que había dimitido en un gesto de solidaridad con Ayguader, de Esquerra Republicana de Catalunya. Contrariamente a las expectativas, Bilbao había demostrado ser un miembro astuto y leal del equipo de Negrín^[18]. A finales de 1938, Bilbao visitó primero a Casado y luego a Besteiro, a quien encontró irritado y duramente crítico con el Gobierno por no haber llevado a cabo las políticas de paz que había recomendado. Bilbao informó a Negrín de su temor de que Besteiro, en conjunción con el coronel Casado, pudiera hacer algo peligroso. Negrín tenía suficiente confianza en Casado para no tomarse en serio las advertencias^[19].

A medida que la situación empeoraba, Casado y Besteiro se preparaban para pasar a la acción. Con el conocimiento del grupo de Luna García, se reunieron el 25 de enero, justo cuando las fuerzas de Franco estaban a punto de entrar en Barcelona. Al día siguiente, el teniente coronel Centaño envió un mensaje a Burgos: «Comienza a actuar Besteiro con Casado y de todo se tiene el control». A finales de enero, el SIPM de Hungría había ordenado a Julio Palacios, de la Organización Antonio, que informara a Casado de las garantías ofrecidas por el Caudillo a los altos mandos profesionales del ejército que depusieran las armas y no tuvieran delitos comunes en su conciencia. El texto había sido transmitido verbalmente a Palacios y después escrito para pasárselo a Casado. Dicho texto contrastaba con muchas de las declaraciones públicas de Franco, pero las concesiones a altos mandos debieron de resultar atractivas a Casado, ya que al poco anunció su intención de dejar España después de la guerra:

Para los jefes y oficiales que depongan voluntariamente las armas, sin ser culpables de la muerte de sus compañeros, ni responsables de otros crímenes, aparte de la gracia de la vida, la benevolencia será tanto mayor cuanto más significados y eficientes sean los servicios que en estos últimos momentos prestan a la causa de España o haya sido menor su intervención y malicia en la guerra. Los que rindan las armas evitando sacrificios estériles y no sean reos de asesinatos y otros crímenes graves podrán obtener un salvoconducto que les ponga fuera de nuestro territorio, gozando entretanto de plena seguridad personal ... Ni el mero servicio en el campo rojo, ni el haber militado simplemente como afiliado en campos políticos extraños al Movimiento Nacional serán motivo de responsabilidad criminal.

El mensaje fue transmitido por Palacios a Ricardo Bertoloty, quien a su vez se lo hizo llegar a Diego Medina, el médico de Casado. Cuando este último expresó sus dudas de que esas «garantías» vinieran realmente de Franco, se decidió que Radio Nacional retransmitiera un mensaje en clave redactado por el propio Casado. No del todo convencido, Casado repuso el 1 de febrero: «Enterado, conforme, y cuanto antes mejor». Asimismo, exigió otra garantía en forma de carta de su amigo Fernando Barrón y Ortiz, uno de los generales más cercanos a Franco. Casado también dijo a Medina que esperaba fervientemente «terminar la guerra con un acto grandioso que asombraría al mundo, y sin que se perdiese ni un solo hombre ni un solo cartucho». Casado recibiría la carta de Barrón el 15 de febrero^[20].

El 2 de febrero, un Besteiro ajeno al alcance de los contactos de Casado con Burgos y animado por la organización clandestina de la Falange, había utilizado de nuevo su proximidad con Ángel Pedrero para solicitar una entrevista urgente con Casado. Cuando se reunieron en casa de Besteiro, Casado le detalló sus planes de paz, que en aquel momento estaban mucho más elaborados y avanzaban hacia la idea de un golpe de Estado. Según informes recibidos en Burgos de manos de la Quinta Columna, ambos siguieron manteniendo contacto frecuente durante todo el mes de febrero^[21].

Un paso involuntario pero crucial hacia el golpe de Casado había sido la declaración del estado de guerra por parte de Negrín el 23 de enero de 1939, cuando las fuerzas de Franco se aproximaban a Barcelona. Ningún Gobierno republicano anterior había querido dar ese paso, ya que habría acabado con las libertades democráticas, y también debido a las persistentes sospechas acerca de la lealtad de los militares^[22]. Fue una iniciativa desesperada, tal vez inevitable y desde luego fatal, concebida para reunir forzosamente a todos los contingentes de la zona centro-sur bajo una autoridad militar. El decreto delegaba el poder en el ejército, y más concretamente en el general Miaja, jefe del grupo de ejércitos del centro-sur, y su homólogo Matallana, jefe del Estado Mayor, ambos deseosos de que la guerra terminara pronto. Ello socavó la autoridad de los gobernadores civiles, ya que sus competencias sobre censura y mítines públicos fueron transferidas a los gobernadores militares de cada provincia. Según Vicente Uribe,

la mayor parte de estos eran auténticos fósiles que habían demostrado su incapacidad para mandar y para hacer la guerra. Resultaba que una medida tomada para hacer más dura la lucha contra el enemigo y servirse de ella para reforzar la disciplina entre los ciudadanos, los fósiles la utilizaban especialmente contra los comunistas, tratando de dificultar nuestra actividad y nuestra labor ^[23].

De este modo se facilitó la conspiración de Casado. Muchos elementos de la situación podían alentarlos. Tras la caída de Barcelona, las principales autoridades de la República se habían unido al éxodo hacia la frontera francesa. Ni el presidente Azaña ni el general Vicente Rojo, comandante en jefe de las fuerzas armadas republicanas, regresaron a territorio español. Negrín, en cambio, sí regresó a España.

Tras las promesas franquistas, Casado tuvo una comida en Valencia con los generales Matallana, Miaja y Leopoldo Menéndez (comandante del Ejército de Levante). No se conoce la fecha exacta, pero probablemente fue el 2 o el 3 de febrero, y desde luego antes de que Negrín volviera de Francia. Tampoco se sabe si fue antes o después de su reunión con Besteiro. En su crónica posterior, Casado aseguraba que él y los tres generales habían pactado que, en caso de que Negrín regresara a la zona centro, crearían un Consejo Nacional de Defensa para derrocar al presidente: «Los tres generales, sin discusión, se consideraron comprometidos ante el hecho, con todas sus consecuencias». Sin embargo, el teniente Fernando Rodríguez Miaja, secretario y sobrino de Miaja, que estuvo presente en el almuerzo celebrado en la residencia de su tío, ofrece una versión muy distinta. Junto a los cuatro protagonistas principales también estaban allí sus ayudantes y en torno a la mesa había doce personas:

Se puso de manifiesto durante la comida el profundo descontento del coronel Casado con el doctor Negrín, contra el que se desató en improperios mientras tomaba leche y nada más, porque la úlcera gástrica que padecía y que contribuía a su mal carácter, ya de natural amargo y desagradable, se le había recrudecido en las últimas semanas. Obviamente, ante aquella audiencia, aunque reducida, no externó ninguna intención de organizar un golpe contra el Gobierno ... El resto de los asistentes a la comida manifestó también su desacuerdo con la forma en que se estaba conduciendo la guerra, pero no en los términos extremadamente violentos en que lo había hecho Casado ^[24].

Ante la ausencia de Negrín, que seguía en la frontera franco-catalana, Casado cada vez era más indiscreto en sus esfuerzos por poner fin a la guerra. Así se puso de manifiesto en una reunión mantenida durante la tarde y la noche del 7 o el 8 de febrero en Los Llanos, Albacete, el cuartel general de la aviación republicana en la zona centro-sur. Propiedad del marqués de Larios, Los Llanos era una casa de campo anteriormente dedicada a la caza, pero con la guerra se había reconvertido en un hospital para aviadores heridos. Los terrenos que rodeaban la casa se usaban como aeródromo ^[25]. Lo ocurrido en ese encuentro se puede reconstruir gracias a las memorias de José Manuel Vidal Zapater, un joven aviador a quien le encargaron redactar el acta. La reunión había sido convocada por Jesús Hernández, comisario general del Grupo de Ejércitos Republicanos de la Zona Centro, y era un intento de conseguir el compromiso de los principales comandantes de la zona centro con la resistencia a ultranza. Entre los cerca de diez altos oficiales presentes estaban Casado, Matallana y Miaja, los coroneles Domingo Moriones Larraga y Antonio Escobar Huertas (respectivamente comandantes del Ejército de Andalucía y del de Extremadura), el coronel Antonio Camacho Benítez, comandante de la fuerza aérea en la zona centro-sur, y el comandante de la flota, el almirante Buiza.

Con el Ejército de Cataluña en plena retirada hacia Francia, Hernández era de hecho la principal autoridad civil en las fuerzas armadas (después de Negrín como presidente del Gobierno y ministro de Defensa). Los oficiales presentes (en su mayoría militares de carrera que habían entrado en el ejército antes de 1936) sentían una fuerte antipatía hacia los comisarios en general y hacia Hernández en especial. La primera cuestión a tratar era el lanzamiento de un dramático manifiesto de Hernández a la nación, llamando a una resistencia «numantina» y a la movilización de las últimas quintas que quedaban. La explicación de Hernández fue interrumpida constante y groseramente por Casado, cuya hostil reacción dejaba ver a las claras lo que tenía entre manos. De modo más educado, los demás oficiales presentes apoyaron los comentarios de Casado acerca de la imposibilidad de continuar con la guerra. Buiza subrayó la precaria situación de la Armada republicana, y el coronel Camacho habló en términos muy pesimistas de la masiva superioridad aérea de la aviación franquista, con casi mil quinientos aviones frente a apenas un centenar de aparatos al servicio de la República. El único oficial que no se opuso a Hernández fue Miaja, que tras un copioso almuerzo parecía dormido. En un momento dado se despertó y, señalando a Vidal

Zapater, le preguntó a Matallana quién era. Cuando Matallana le dijo que era un taquígrafo, Miaja, que era bastante sordo, le preguntó de nuevo y Matallana gritó: «¡Un taquígrafo!». A continuación volvió a su siesta. Vidal Zapater sospechaba que era una pamema de Miaja para no tener que pronunciarse abiertamente. En cambio, la insolencia de Casado podría deberse a sus intentos por conseguir aliados entre el alto mando^[26].

El hecho de que Casado siguiera adelante con sus planes contra Negrín tras la ratificación el 9 de febrero de 1939 de la Ley de Responsabilidades Políticas de Franco solo puede explicarse por la vehemencia del anticomunismo que compartía con el Caudillo. La ley, retroactiva hasta octubre de 1934 y hecha pública el 12 de febrero, iba dirigida a «liquidar las culpas contraídas por quienes contribuyeron con actos u omisiones graves a formar la subversión roja, a mantenerla viva durante más de dos años y a entorpecer el triunfo, providencial e históricamente ineludible, del Movimiento Nacional». La medida hacía culpables a todos los republicanos del delito de rebelión militar^[27]. Por alguna razón, Casado parecía convencido de que ello no podía incluirle a él. Incluso antes del 10 de febrero, cuando le llegó la carta solicitada a Barrón, el coronel Ungría había recibido un mensaje de sus agentes que decía: «Casado de acuerdo con Besteiro, pide se respete la vida de militares decentes». Esta petición limitada, por no decir egoísta, denota que Casado y sus más estrechos colaboradores creían que una especie de *esprit de corps* unía a los militares profesionales de ambos bandos y los eximía de los planes de venganza de Franco. Estaba claro que se alegraba de pagar la piedad del Caudillo con sangre comunista. Como reveló más tarde a sus contactos de la Quinta Columna, la intención de Casado era escapar. Al mismo tiempo, su retórica hablaba de asombrar al mundo con un logro histórico: el fin de la Guerra Civil sin derramamiento de sangre. Supuestamente, podría haber huido en cualquier momento, pero hacerlo lo habría cubierto de vergüenza, mientras que su plan le permitiría escapar de manera gloriosa.

Fuera consciente de ello o no, Casado estaba a punto de sacrificar miles de vidas civiles. Aunque se creyera las promesas de inmunidad para los soldados profesionales hechas por Franco, toda su gestión del conflicto, sus recientes declaraciones y la publicación de la Ley de Responsabilidades Civiles deberían haber demostrado a Casado que la rendición que contemplaba tendría consecuencias sangrientas. Franco había desechado varias oportunidades de terminar rápidamente el conflicto y, por el contrario, prefirió una guerra lenta de desgaste destinada a aniquilar el apoyo masivo de la República. Como dejaban claro sus declaraciones a United Press a principios de noviembre de 1938, Franco rechazaba cualquier posibilidad de amnistía para los republicanos: estaba comprometido con una política de venganza institucionalizada.

En cambio, Negrín se sentía torturado desde hacía mucho tiempo por un sentido de la responsabilidad con la población republicana. En julio de 1938, cuando una destacada figura republicana, casi con total certeza Azaña, afirmó que el acuerdo con los rebeldes era una necesidad inevitable, Negrín respondió: «¿Pactar? Pero ¿y el pobre soldado de Medellín?». En aquel momento, Medellín, cerca de Don Benito, era el punto más alejado del frente de Extremadura y estaba a punto de caer. Puesto que Franco exigía una rendición total, Negrín sabía que, a lo sumo, una paz mediada podría garantizar la huida de varios centenares, o tal vez miles, de figuras políticas, pero que el ejército y la gran mayoría de los republicanos de a pie quedarían a merced de los franquistas, que serían despiadados^[28]. Sabedor de que Franco no se plantearía un armisticio, Negrín se negó a contemplar la rendición incondicional. El 7 de agosto había dicho a su amigo Juan-Simeón Vidarte: «Yo no entrego indefensos a centenares de españoles, que se están batiendo heroicamente por la República, para que Franco se dé el placer de fusilarlos como ha hecho en su tierra, en Andalucía, en las Vascongadas, en cuantos pueblos ha puesto su pezuña el caballo de Atila»^[29].

En su determinación de que el final de la guerra conllevara el menor sufrimiento posible para la población republicana, Negrín no pudo contar con el apoyo del presidente Manuel Azaña. En su reunión del 30 de enero, Negrín había intentado convencerlo de que regresara a Madrid tras cruzar la frontera francesa, pero se negó, esgrimiendo que hacerlo equivaldría a avalar sus planes de resistencia. El pánico de Azaña era tal, que Negrín lo puso bajo vigilancia por si viajaba a Francia sin avisar. Cuando estuvo claro que no podrían persuadirlo de que se quedara, Negrín le ofreció un avión para volar a París, pero Azaña lo rechazó por temor a que lo llevaran al centro-sur en contra de su voluntad. Martínez Barrio le contó a Álvarez del Vayo que antes de entrar en la reunión, Azaña había dicho: «Negrín me puede atar, me puede amordazar y meterme en un avión. Solo así me puede llevar a la zona centro-sur, pero en cuanto descienda de él y me quiten la mordaza, gritaré hasta que me maten o me devuelvan la libertad»^[30]. En el encuentro declaró que, una vez que hubiera cruzado la frontera con Francia, no regresaría bajo ninguna circunstancia y que se dedicaría únicamente a buscar un tratado de paz. A la postre, Negrín se vio obligado a aceptar que sería imposible convencerlo. En consecuencia, le dijo a Azaña que debía retirar la confianza que profesaba a su presidente y nombrar a un sustituto que pudiera negociar la rendición con Franco. Azaña no respondió. Ante ello, a Negrín solo le quedaba la posibilidad de la dimisión. Y, consciente de lo que cabía esperar de la

«justicia» de Franco, dimitir le habría parecido una traición a las masas republicanas. Para mitigar las consecuencias perjudiciales de la cobardía de Azaña, Negrín dijo que el Gobierno anunciaría que las circunstancias obligaban al presidente a alojarse temporalmente en la embajada española en París^[31]. Había diferencias importantes en el modo en que Azaña y Negrín percibían el significado de «alojarse temporalmente». En una carta a su amigo Ángel Ossorio, Azaña escribiría cinco meses después qué le había dicho a Negrín: «Con notas y sin notas, insisto en mi resolución. No vuelvo a España». Sin embargo, cuando Negrín llegó a París el 7 de marzo de 1939, después del golpe de Casado, le dijo a Marcelino Pascua, embajador español en Francia, que el pacto era que Azaña residiera allí solo de manera provisional hasta que el Gobierno se hubiese instalado de nuevo en Madrid. Esto explica la frialdad de los posteriores telegramas de Negrín a Azaña solicitando su vuelta a España^[32].

Cuando Pascua recibió la noticia de la llegada inminente de Azaña, se mostró consternado. Pensaba, como le dijo a Azaña, que su presencia en París causaría un daño inmenso a la República, pues en la práctica estaría anunciando a las autoridades británicas y francesas que daba la guerra por perdida y, por tanto, socavaría la base de la política de Negrín, consistente en utilizar la retórica de la resistencia como baza en las negociaciones. Pascua no tardó en sentirse irritado por lo que describía como el hábito despreocupado de «*la dolce far niente*» de Azaña. Dicho hábito consistía fundamentalmente en una salida turística diaria por París en un coche de la embajada, acompañado de su inseparable amigo y cuñado Cipriano Rivas Cherif, y una tertulia con sus amigos en la capital francesa. Resentido por lo que juzgaba una traición a la República, el personal doméstico de la embajada parisina se negaba a servirle^[33]. En realidad, a Azaña le interesaba más la preservación de los tesoros artísticos de El Prado que el impacto de su decisión de huir. Según había dicho a Álvarez del Vayo: «Dentro de cien años habrá mucha gente que no sepa quiénes éramos Franco ni yo; pero todo el mundo sabrá siempre quiénes son Velázquez y Goya»^[34]. También le preocupaba seguir percibiendo su salario^[35].

Las tensiones causadas por la presencia de Azaña en París se vieron exacerbadas por la intensidad de su relación con Cipriano Rivas Cherif, que era considerado por Pascua, Álvarez del Vayo y Negrín un frívolo incompetente. Como cónsul en Ginebra había cometido errores dañinos y, solo para complacer a Azaña, le habían dado el título prácticamente insignificante de introductor de embajadores, que en realidad equivalía a jefe de protocolo del presidente. Sin embargo, en París era el enlace de Azaña con el Quai d'Orsay

y se comportaba como si estuviera al servicio del Gobierno francés y no de la República española. Repitió como un loro a Georges Bonnet, ministro de Asuntos Exteriores francés, la idea de Azaña de que la República estaba acabada y de que la retórica de resistencia de Negrín y Álvarez del Vayo era una mera treta para ganar tiempo. Sus conversaciones con Bonnet convencieron al francés de que el Gobierno español iba a la deriva y de que había entrado en conflicto con el jefe de Estado en el exilio, quien, a diferencia de Negrín y Del Vayo, había comprendido que la única solución era un acuerdo de paz inmediato^[36].

Negrín sabía que la guerra estaba perdida, pero no estaba dispuesto a marcharse así como así. Como declaró ante la Diputación Permanente de las Cortes el 31 de marzo de 1939:

El Gobierno, en los primeros días de su estancia en Figueras, después de la salida de Barcelona, se dio cuenta de que estábamos abocados a una verdadera catástrofe, a una catástrofe infinitamente superior a la catástrofe que hemos sufrido con la retirada de la población civil y de los militares. Se dio perfecta cuenta de que quedaban muy escasas posibilidades de salvar la situación, pero el Gobierno sabía que era su deber buscar una posibilidad, si existía^[37].

Cuando Negrín decía «el Gobierno», se refería a sí mismo.

La mañana del domingo 5 de febrero, Azaña consiguió el exilio que tanto anhelaba. Meses después, describía su patética entrada en Francia en una carta a su amigo Ángel Ossorio y Gallardo. Él y su séquito partieron al amanecer en un pequeño convoy de coches policiales. El presidente de las Cortes, Diego Martínez Barrio, iba en cabeza en un pequeño vehículo que se estropeó, y Negrín y otros miembros de la comitiva intentaron apartarlo del camino sin éxito. Tuvieron que cruzar a pie la peligrosamente helada frontera. Así se cumplía una lóbrega profecía hecha por Azaña al principio de la Guerra Civil ante su mujer, Dolores Rivas Cherif: «Saldremos de España a pie»^[38]. Al despedirse antes de regresar caminando a España, Negrín besó la mano a Dolores Rivas y le dijo: «Hasta pronto en Madrid»^[39].

Según comentaba Zugazagoitia, Negrín y Azaña eran incompatibles, el uno enérgico, dinámico e intrépido y el otro sedentario y timorato: «Se desprecian mutuamente. En ese instante se odiaban». A su regreso a España, Negrín dijo a Zugazagoitia: «¡El pobre Azaña es bien digno de lástima! Tiene una

encarnadura medrosa, propia de su naturaleza. El miedo le descompone como si fuese un cadáver y toma un color amarillo verdoso». Cuando volvía a cruzar la frontera a pie, Negrín se encontró con Lluís Companys, el presidente catalán, José Antonio Aguirre, su homólogo vasco, y Manuel Irujo, que había sido ministro de Justicia en su Gobierno. Habían propuesto acompañar a Azaña a Francia, pero este desestimó su oferta, ya que ello significaría «paridad de representación y categoría con la suya». En aquel momento se ofrecieron a volver a España con Negrín, pero este se negó educadamente y, al parecer, murmuró para su capote: «¡Una preocupación menos!»^[40].

El Ejecutivo estaba alojado en el castillo de Figueras, construido sobre una colina que dominaba el pueblo. El lugar, con su puente levadizo y sus gruesos muros exteriores e interiores, parecía inexpugnable, pero era del todo inapropiado para instalar un Gobierno. Según Ralph Stevenson, representante diplomático británico, era «un gran cuartel situado a las afueras de la ciudad, que recordaba a una fortaleza. En sus mejores épocas debió de ser un lugar incómodo, frío, húmedo y sucio. Pero con los restos del Gobierno español amontonados desordenadamente en él, componía una imagen inolvidable. Por suerte, hacía mal tiempo y no había muchas posibilidades de bombardeo aéreo, ya que el lugar era una verdadera trampa mortal con una sola carretera estrecha, que servía de acceso y salida, por la que en algunos tramos solo podía circular un vehículo»^[41].

Cuando el tiempo lo permitía, el pueblo sufría frecuentes bombardeos aéreos rebeldes. Alrededor del patio había instalados varios ministerios en salas con las palabras «Ministerio de Estado», «Ministerio de Gobernación» y «Presidencia del Gobierno» garabateadas junto a la puerta con tiza. La plaza del pueblo, donde una casa requisada alojaba la Oficina de Prensa y Propaganda, estaba abarrotada de refugiados. Apenas había muebles y aún menos comida para el personal. En palabras de Herbert Matthews, «era un manicomio de altos mandos y soldados desconcertados que lidiaban desesperadamente no solo con su trabajo, sino con los miles de refugiados apiñados que llenaban todas las casas y umbrales y cubrían hasta el último centímetro de unas calles en las que hombres, mujeres y niños pasaban unas noches tremendamente frías casi sin comida y, desde luego, sin un lugar adonde ir»^[42]. Negrín trabajaba sin cesar para intentar limitar las catastróficas consecuencias humanitarias de la derrota en Cataluña y persistía en la idea de la resistencia como la mejor manera de conseguir un acuerdo de paz que impidiera una matanza masiva a manos de los franquistas. Con este propósito, mantuvo «la máscara de la resistencia a todo evento». Con un peso colosal sobre los hombros, trató de ocultar su agotamiento y desesperación a sus colegas ministeriales. Zugazagoitia relataba que «una tarde, se presentó en el castillo fatigado, casi jadeante. Preguntó si teníamos algo que darle de comer. Se sentó a la mesa y se dejó abatir por una crisis de melancolía. Se le empaparon los ojos»^[43].

Negrín habló en la última reunión de las Cortes republicanas, celebrada la medianoche del 1 de febrero en los establos del castillo. Hacía tanto frío que muchos diputados llevaban el abrigo puesto. Según el corresponsal del periódico londinense *The Daily Herald* que estuvo presente:

Junto a las paredes había sillas vacías amontonadas. Más de ciento seis personas ignoraron la llamada: muchos estaban en Francia, otros intentaban mantener unidas a las desanimadas tropas y otros ya habían caído en manos de Franco. Durante la sesión, las bamboleantes lámparas sin pantalla captaron en cuatro ocasiones el bombardeo que azotaba al pueblo. Negrín, inmaculado con un traje marrón, mantenía tal serenidad que parecía estar dirigiéndose a sus alumnos en los tranquilos días de guerra en Madrid.

Debido a su agotamiento, tuvo que hacer pausas frecuentemente para recomponerse^[44].

En la oscura y cavernosa sala de piedra, a Julián Zugazagoitia el proceso le pareció «la ceremonia religiosa y entrañable de una secta perseguida». En muchos sentidos, Negrín estaba prácticamente solo, abandonado por muchos y respaldado por un reducido grupo de amigos fieles. Sin embargo, asumió la responsabilidad de seguir luchando y hacer lo mejor por la población republicana que afrontaba la derrota y la «clemencia» de Franco. Extenuado, pronunció su discurso con lo que Zugazagoitia describía como una «angustia indecible». Su principal argumento fue la necesidad de mediación internacional para obtener garantías de que no habría represalias al final de la guerra. Negrín presentó un plan para poner fin al conflicto a cambio de que Franco respetara ciertas condiciones, cuyo principio era que no debía haber un baño de sangre. Comentó que el éxodo de 450 000 refugiados tras la caída de Barcelona constituía un plebiscito contra los invasores franquistas^[45]. Los diputados allí reunidos dieron a Negrín un voto unánime de confianza, aunque, al marcharse, se oyeron murmullos de resentimiento contra los comunistas. Todos los diputados fueron a Francia, algunos para buscar la manera de regresar a la zona centro y otros para

quedarse y ponerse a salvo. Entre los que permanecieron en Francia, en especial los anarquistas y los partidarios socialistas de Largo Caballero, se lanzaron acusaciones absurdas de que Negrín y los comunistas eran responsables de la derrota de la República. Tal como afirmaba Zugazagoitia, era un reflejo de su deseo por evitar reconocer las verdaderas causas de dicha derrota^[46].

Según Herbert Matthews, «nadie lo tildaría de obra maestra de la oratoria: fue un discurso inconexo y mal articulado de un hombre tan agotado que apenas se mantenía en pie, pero debería ocupar un lugar entre los grandes documentos de la historia de España»^[47]. Por el contrario, para Stevenson el discurso «no denotaba tanta convicción como era habitual en sus pronunciamientos. Habló con valentía de una resistencia continuada y el triunfo último, pero aquellas palabras salían de sus labios, no de su corazón». Al día siguiente, Stevenson y su agregado militar mantuvieron una reunión de una hora con Negrín y Julio Álvarez del Vayo, el ministro de Estado, «en una habitación oscura y pobremente amueblada». Stevenson informó a Londres de que «el doctor Negrín parecía tan combativo como siempre. En algunos momentos tuvo destellos de humor y se le iluminaba el rostro. En otros demostró una salvaje determinación. Obviamente estaba muy cansado. Me reiteró su firme intención de resistir lo máximo posible en Cataluña y después, si era necesario». Negrín afirmó que la victoria de Franco sería un desastre para las potencias democráticas, a lo que Stevenson repuso que era algo que Londres y París habían sopesado debidamente. Cuando pasaron a comentar los tres puntos de su plan, Negrín dijo que, «en caso de que fuera aceptado, las fuerzas republicanas depondrían las armas». En su opinión, la solicitud de garantías debía llegar conjuntamente de los gobiernos británico, francés y estadounidense, ya que hacerlo él mismo sería desastroso para la República. Stevenson se limitó a pedir permiso para trasladar ese argumento a Londres^[48].

La misma mañana, el embajador francés, Jules Henry, también se había desplazado a Figueras y exhortó a Negrín a rendirse, pero este se negó categóricamente. Henry describió el encuentro en Figueras a Georges Bonnet, el ministro de Asuntos Exteriores francés: «Ahí es donde se oculta Negrín como un tigre atrapado en el último refugio de la jungla, y es desde ahí donde espera dirigir el que podría ser el último acto de la tragedia española ... Con una sonrisa en los labios, Negrín me ha reafirmado su confianza en el triunfo final de la causa que defiende ... Esta vez no estoy convencido»^[49]. De hecho, ahora que Franco estaba a punto de controlar toda la frontera entre España y Francia, era absolutamente esencial que París estableciera algún tipo de relaciones diplomáticas con él. A este fin, el Gobierno galo había enviado al senador Léon Bérard a Burgos para negociar las disposiciones para el regreso a España de los refugiados que ya se hallaban en territorio francés y aquellos cuya llegada se esperaba, y para establecer una representación formal en el cuartel general de Franco. Aunque el Ejecutivo francés estaba ansioso por enviar a un embajador ante Franco, no podría hacerlo mientras Negrín siguiera en el poder, ya que no podía tener dos embajadores españoles en París. Entretanto, hasta que se establecieran relaciones diplomáticas formales, París esperaba contar con alguna representación en el cuartel general de los rebeldes similar a la que constituía el agente diplomático británico *sir* Robert Hodgson. El temor era que Franco, presionado por Italia, se negara e insistiera en un embajador con todas las de la ley^[50]. Siendo esto así, era altamente improbable que Negrín pudiera esperar mucho apoyo de París. De hecho, cuando Bérard conoció al conde de Jordana, ministro de Asuntos Exteriores de Franco, trajo a colación el tema de la garantía de que no hubiera represalias como requisito indispensable para el reconocimiento. Jordana respondió bruscamente: «El Generalísimo ha demostrado sobradamente sus sentimientos humanitarios, pero que en la hora actual solo cabe rendición incondicional enemigo acogiendo a su generosidad y la del Gobierno»^[51].

Dos días después de su reunión con Negrín, Ralph Stevenson recibió «un mensaje secreto y personal» del presidente Azaña en el cual declaró que discrepaba «por completo con la política del doctor Negrín de una resistencia continuada». Asimismo, aseguraba que sus esfuerzos por contactar con el embajador francés habían sido bloqueados por Negrín. Stevenson informó de inmediato a Jules Henry, que visitó a Azaña aquella misma tarde. El mensaje del presidente a ambos diplomáticos fue que sus respectivos países debían presionar al Gobierno de Negrín para que buscara un cese inmediato de las hostilidades. Si Negrín no cedía a la presión de los dos gobiernos, dijo Azaña a los embajadores, su intención era dimitir como presidente^[52].

Mientras tanto, los Gobiernos británico y francés decidieron presionar a Negrín para que aceptara el cese de las hostilidades «a condición de que el general Franco avalara la ocupación pacífica del resto del país sin represalias políticas y la retirada de las tropas extranjeras de España». La tarde del 6 de febrero, Stevenson y Henry se reunieron con Álvarez del Vayo en Le Perthus. Le informaron de que los gobiernos británico y francés estaban solicitando garantías a Franco y preguntaron si el Ejecutivo republicano aceptaría un cese de las hostilidades si esas garantías eran válidas. Puesto que no hubo respuesta de Franco, Álvarez del Vayo

solo pudo comprometerse a comentar la cuestión con Negrín. Al día siguiente, este último recibió a los representantes británico y francés en una casa del pueblo de La Vajol donde se hospedaba. Allí reconoció que la derrota en Cataluña era segura, pero reiteró su idea de que la guerra en Europa era inevitable y que podía mantenerse la resistencia en la zona republicana del centro-sur. En este sentido, expresó su esperanza de que el material que llevarían a Francia las fuerzas republicanas en retirada pudiera repatriarse. Sin embargo, Georges Bonnet ya había informado a José María Quiñones de León, el enviado de Franco en París, de que su Gobierno no permitiría el regreso de las tropas republicanas españolas y su material a la zona centro-sur^[53]. Ajeno a esto, Negrín insistió a los diplomáticos británico y francés que accedería a un cese de las hostilidades si Franco realizaba la triple declaración de que España sería independiente, de que el pueblo español sería libre de elegir su forma de gobierno y de que no habría represalias. A este tercer punto añadió que quería que los líderes políticos y militares republicanos en situación de riesgo pudieran ser evacuados de la zona centro-sur bajo supervisión internacional. Se acordó que el mensaje fuera remitido a Londres y París.

Después de la reunión, Stevenson tuvo un encuentro con Walter Thurston, consejero de la embajada de Estados Unidos, quien comentó que Franco rechazaría casi con total certeza la petición de que los españoles pudieran elegir su destino y probablemente también las otras dos condiciones. Stevenson repuso que el hecho clave era que Negrín había ofrecido la capitulación y, puesto que se había hecho la oferta, «la elaboración de las condiciones» sería «una mera formalidad». Esto indicaba que los británicos, al igual que los franceses, probablemente no estaban muy preocupados por garantizar que Franco no tomara represalias. El embajador estadounidense Claude Bowers, en cambio, creía que «el objetivo de Negrín» era «forzar un rechazo oficial de las condiciones para que quedara constancia de ello o su aceptación». Georges Bonnet comentó el informe de Henry con William Bullitt, embajador estadounidense en París, el 8 de febrero, y dijo que los británicos trasladarían las condiciones de Negrín a Franco; asimismo, añadió que, en su opinión, Franco las rechazaría y propondría una rendición incondicional^[54].

Sintetizando la respuesta de británicos y franceses, Negrín afirmaría más tarde que respondieron que «era imposible llegar a un acuerdo satisfactorio con el llamado Gobierno de Burgos, pues los gobiernos totalitarios no entienden de sentimientos humanitarios ni quieren saber de pacificación, ni de magnanimidad; pero, por otra parte, los rebeldes aseguraban que solo castigarían los delitos comunes». Ante ello, la comprensible reacción de Negrín fue esta: «En una guerra como la nuestra, con los caracteres de una despiadada y salvaje guerra civil, delito común es todo o delito común no es nada». Por ello, Negrín se ofreció como víctima expiatoria e hizo saber a través de los representantes británico y francés que se entregaría si Franco aceptaba su ejecución simbólica a cambio de la vida de las masas de civiles republicanos inocentes. No reveló esta oferta a la mayoría de su Gabinete. Zugazagoitia era partícipe de ella, pero Negrín no la hizo pública hasta después de la Segunda Guerra Mundial^[55].

Tras la sesión, comentó a Vidarte: «¡Que la gente quiere la paz! Yo también la quiero. Pero desear la paz no es propiciar la derrota. Mientras yo sea presidente no aceptaré una rendición incondicional de nuestro glorioso ejército, ni el que por salvarnos unos centenares de personas comprometidas, vayamos a dejar que fusilen a medio millón de españoles. Antes de eso me pego un tiro»^[56]. La oferta de Negrín de entregarse como chivo expiatorio fue ignorada por Franco. El Gobierno continuó en el castillo de Figueras hasta que las últimas unidades del ejército republicano hubieron cruzado la frontera el 9 de febrero.

Lawrence Fernsworth, corresponsal del periódico londinense *The Times*, resumió sucintamente la situación en la frontera. Fernsworth, conservador y católico, simpatizaba con las penurias de los republicanos derrotados y escribía: «En todos los puntos en que los Pirineos se inclinaban hacia el mar, hordas de españoles, cada uno de ellos la personificación de una tragedia individual, salpicaban las fronteras montañosas en inmensas avalanchas de desechos humanos». Negrín planeaba resistir, en palabras de Fernsworth, «para proteger la huida de Madrid de miles de personas que, de lo contrario, serían víctimas de las represalias de Franco». Casado se opuso a Negrín lanzando la falacia de que la resistencia era una simple tapadera para la instauración de una dictadura comunista^[57]. Obviamente, esta idea ya era axiomática para los franquistas, pero también atraía a los anarquistas y socialistas, resentidos por la arrogancia y la dureza de las políticas comunistas durante la guerra. Suponiendo, como hacían Casado y los anarquistas, que el PCE fuera una marioneta del Kremlin, una dictadura comunista en España habría tenido poco sentido, ya que era totalmente contraria a las necesidades de la política exterior de la URSS en 1938 y 1939. Al principio, la prioridad soviética era la seguridad colectiva a través de una alianza con Francia y Gran Bretaña contra la Alemania nazi. Después de los Acuerdos de Munich y de camino al pacto Molotov-Ribbentrop de agosto de 1939, la URSS no estaba dispuesta a enemistarse con Hitler^[58].

La noche del 8 de febrero, el doctor Rafael Méndez, uno de los pocos amigos de Negrín que quedaban en

España, dijo a Álvarez del Vayo: «No sé qué estamos haciendo aquí. Mucho me temo que esta noche nos despierten los requetés a culatazos». Negrín llamó aparte a Méndez y le dijo: «No saldremos de aquí hasta que haya pasado la frontera el último soldado»^[59]. De nuevo, su prioridad era ver a aquellos republicanos a salvo de las represalias de Franco. Tal como escribió más tarde a Prieto:

Desde la última casa española de la frontera que una hora después ocuparon los rebeldes, presencié durante dieciocho horas el desfile de las últimas fuerzas que se internaban en Francia. Conseguí no perder la cabeza, y cumpliendo simplemente con mi deber, pudo salvarse ese medio millón de españoles que hoy aguardan nuestra ayuda^[60].

Hasta la llegada del general Rojo para anunciar que las últimas tropas republicanas habían cruzado la frontera la mañana del 9 de febrero, Negrín no entró en Francia. Sus ministros más leales lloraron. En el consulado español en Perpiñán se celebró una reunión improvisada del Gabinete. Negrín anunció que iría hasta Toulouse y desde allí volaría de vuelta a España. Algunos ministros lo tomaron por loco, pero según explicaba él mismo: «Si no hubiera hecho eso entonces, hoy me moriría de vergüenza; probablemente no hubiera podido sobrevivir al asco de mí mismo. ¿Iba el Gobierno a dejar a los que luchaban en el Centro abandonados, sin una dirección ni amparo? ¿Iba a ser el Gobierno de la resistencia quien huyera y les entregara?»^[61].

Poco después de la llegada de Negrín a Perpiñán el jueves 9 de febrero, un emisario del general Miaja hizo acto de presencia en el consulado español. Su secretario, el capitán Antonio López Fernández, un hombre ferozmente anticomunista, llegó con la misión de convencer a Negrín de que se quedara en Francia y de que el presidente Azaña diera permiso a Miaja para negociar la paz con los rebeldes. Antes de despegar de Alicante rumbo a Toulouse, había telefoneado al general Rojo, quien le pidió que acudiera a la embajada española en París para reunirse con él y con Azaña el 10 de febrero. Al llegar al consulado de Perpiñán la noche del jueves, el capitán López fue recibido por Negrín, Álvarez del Vayo y el ministro de Hacienda, Francisco Méndez Aspe. Allí les ofreció un informe detallado sobre la situación en la zona centro, cuyo mensaje principal era que no había posibilidad de más resistencia, y la única solución posible era confiar a Miaja la tarea de negociar la rendición con las mejores condiciones posibles. Negrín escuchó en silencio hasta que López concluyó con las palabras: «Señor presidente, la zona centro-sur, en estos momentos, es como un avión que en pleno vuelo se le han parado los motores. De la habilidad del piloto depende que se salven los que van dentro. Ese piloto, a juicio de todos los mandos militares de la zona centro-sur, no es otro que el general Miaja». Cuando Negrín preguntó qué era necesario para proseguir la resistencia, López repuso: «No hay ninguna posibilidad de resistir; no hay municiones, no hay víveres; no hay combustibles y el armamento está tan deteriorado y sin ninguna posibilidad de reposición o recomposición, que someter a una resistencia el Ejército en estas condiciones sería un acto a todas luces insensato y criminal». Presionado por Álvarez del Vayo, López respondió que la resistencia solo sería posible si llegaban de inmediato grandes suministros de armas y aviones. Negrín dijo a López que tendría en cuenta su informe y que a la mañana siguiente él y Del Vayo se desplazarían a la zona centro y debatirían posibilidades futuras con Miaja^[62].

Después, López viajó a París y mantuvo una reunión con Azaña, los generales Rojo y Hernández Sarabia, y el teniente coronel Enrique Jurado. Allí encontró un público más receptivo a su informe pesimista. Pidió a Azaña que regresara a la zona centro para obligar a Negrín a dimitir e infundir legitimidad a las negociaciones con los franquistas. El mensaje de Miaja transmitido por López era tan irremediabilmente ingenuo como las creencias de Casado. Reflejaba las conclusiones de la comida compartida por Miaja una semana antes en Valencia con Casado, Matallana y Menéndez. Le dijo al presidente que era necesario formar un Gobierno de militares profesionales que pudieran garantizar un tratado de paz razonable con Franco. Supuestamente, Azaña contestó: «Yo he decidido desentenderme de los problemas de España; diga al general Miaja al oído que haga lo que mejor le parezca y considere de su obligación, como militar y español». Acto seguido, Rojo entregó a López unas cartas para Miaja, Matallana y Negrín. Según López, la misiva para Negrín lo alentaba a dimitir y abandonar España, y las cartas dirigidas a Miaja y Matallana, a ejecutar a Negrín si se negaba. Dichas cartas nunca han aparecido^[63].

Según Vicente Uribe: «La mayoría de los ministros no tenían ninguna voluntad para ir a Madrid, la moral era extremadamente pésima. Ninguno se atrevió a decir no y los preparativos de orden de marcha, adoptados por Negrín, fueron aceptados y se realizó la marcha». Dictó instrucciones a los militares y civiles que lo acompañaban; indicó a algunos que volvieran a la zona centro-sur y a otros que permanecieran en Francia para tratar con los refugiados y otros temas relativos a la evacuación. Desde Toulouse, Negrín voló aquella noche a Alicante y llegó a la mañana siguiente. Iba acompañado de Julio Álvarez del Vayo, su

ministro de Estado, y Santiago Garcés Arroyo, jefe del aparato de seguridad de la República, el Servicio de Investigación Militar. Volaron bajo nombres falsos habiendo comprado sus billetes en un vuelo regular de Air France^[64].

Antes de partir, Negrín y Méndez Aspe celebraron una reunión con Trifón Gómez, intendente general de Abastecimientos del ejército republicano. Gómez aseguraría más tarde que habían tratado la cuestión de los suministros alimentarios para la zona centro. Supuestamente, Negrín le pidió que siguiera mandando comida, pero que procurara no acumular «almacenamientos». En palabras de Gómez, «Méndez Aspe fue más explícito; dijo textualmente que aquello iba a durar unos doce días, y que si había víveres en la zona centro-sur para ese tiempo, él no era partidario de enviar más». El general Rojo realizaba una afirmación similar en sus memorias del período: «Se desarticulaba todo nuestro servicio de abastecimientos a la otra zona: que no se podía enviar nada, ni hombres, ni armas, ni material, ni municiones, ni materias primas; en cambio, trabajaba la política en funciones de liquidación»^[65].

En caso de que esto sea cierto, demuestra dos cosas: en primer lugar, que Negrín volvía para firmar la paz y, de ese modo, utilizar la retórica de la resistencia como baza y, en segundo lugar, que él y Méndez Aspe querían conservar recursos para el inevitable éxodo y el posterior exilio. Después de supervisar el tránsito de las últimas tropas republicanas por la frontera francesa, Zugazagoitia recordaba que Negrín dijo: «¡Veremos cómo liquidamos la segunda parte! Esa será más difícil». Zugazagoitia añadía: «Estábamos liquidando y al pensar en trasladarse a la zona centro-sur, Negrín no llevaba otro designio que el de terminar, con el menor número de daños, una guerra perdida». Esto coincide con el testimonio de Benigno Rodríguez, secretario de Negrín, a quien dijo que regresaba a España «para salvar lo más posible»^[66].

En busca de «honor y dignidad»

Muchos de los políticos, altos mandos militares y funcionarios que habían cruzado la frontera francesa a principios de febrero daban por sentado que el Gobierno no regresaría a España. Incluso algunos ministros tenían sus dudas. En los cafés donde se congregaban los exiliados e incluso en una reunión de miembros destacados de la CNT se oían numerosos rumores venenosos que culpaban a Negrín de la caída de Cataluña e incluso lo acusaban de abandonar la República^[1]. Por supuesto, Negrín no hizo tal cosa, sino que regresó con la esperanza de poder negociar un acuerdo razonable. Volvió totalmente agotado y mermado emocional y físicamente. Desde que ocupara la presidencia casi dos años antes, el estrés había aumentado de manera exponencial. Además de cumplir sus deberes básicos como presidente del Consejo de Ministros, había seguido trabajando con ahínco para aprovechar lo que había conseguido como ministro de Hacienda a fin de garantizar la supervivencia económica de la República. Desde abril de 1938 también había asumido el papel de ministro de Defensa con una implicación sumamente activa. En todo momento había realizado un notable esfuerzo diplomático en una estéril búsqueda de mediación internacional para poner fin a la guerra sin represalias por parte de los franquistas. Asimismo, tuvo que lidiar con las pequeñas peleas internas y los no tan pequeños celos en el Frente Popular y el Partido Socialista. Era inevitable que todo ello le pasara factura. Justo antes de la medianoche del sábado 28 de enero, Azaña se reunió con Rojo y Negrín para valorar la situación tras la pérdida de Barcelona. Azaña se sintió consternado al comprobar el «estado de abatimiento» de un Negrín «derrumbado». Después de la derrota de Cataluña y su larga vigilia en la frontera, sus colaboradores más próximos estaban alarmados por el visible deterioro de un hombre que en su día poseyó una energía sin límite^[2].

El alcance del horror de la derrota en Cataluña, el posterior éxodo y el sufrimiento de los condenados a los campamentos improvisados del sur de Francia nunca llegó a conocerse del todo en la zona centro-sur. Aun así, no escaseaban los rumores, junto con cierta información fiable y considerables exageraciones. Todo ello alimentó los temores de una población ya exhausta, hambrienta y desmoralizada. La idea de que les aguardaba un destino similar alimentó la esperanza generalizada de que alguien con autoridad apelara al otro bando para alcanzar una paz negociada. Al menos para algunos, según la elocuente frase de Ángel Bahamonde, «la psicología de la derrota supuso la aceptación de la culpa, la confesión del pecado y el pago de la penitencia, tamizada por el supuesto perdón de los *hermanos* del otro bando»^[3]. Lo cierto es que centenares de miles de republicanos no esperaban nada de «los hermanos del otro bando». Sabían muy bien qué significaban la clemencia y la justicia de Franco. Fueron esos quienes huyeron en masa a la costa a finales de 1939 con la vana esperanza de la evacuación. Sin embargo, ellos también anhelaban el final de la guerra. De hecho, prácticamente no se librarían más combates en la zona centro por dos motivos. Por un lado, Franco necesitaba tiempo para reorganizar sus fuerzas después del titánico esfuerzo de la campaña catalana. Por otro, confiaba en que la traición de Casado, Matallana y otros altos mandos republicanos que simpatizaban con su causa derrocará a la República sin más esfuerzo militar por su parte.

Palmiro Togliatti, máximo representante de la Comintern en España, informó más tarde a Moscú de la situación tras la pérdida de Cataluña: «La gran mayoría de los políticos y militares habían perdido toda la confianza en la posibilidad de una resistencia continuada. Imperaba la convicción de que el ejército de la zona centro no podría repeler un ataque enemigo debido a su abrumadora superioridad numérica, a nuestra falta de armamento, aviones y transporte y a las debilidades orgánicas». Muchos militares profesionales, incluidos los comunistas, con la sola excepción de Francisco Ciutat, consideraban que una resistencia prolongada era imposible. El coronel Antonio Cordón, subsecretario del Ministerio de Defensa, el general Ignacio Hidalgo de Cisneros, jefe de las fuerzas aéreas, y el coronel Carlos Núñez Maza, subsecretario del

Aire, todos ellos militares de carrera y miembros del Partido Comunista, dijeron «abiertamente» a Togliatti que no creían que la resistencia en la zona centro fuese posible a menos que los hombres y las armas llevados a Francia pudieran regresar a España. En su parte a Moscú, Togliatti escribía:

También estoy seguro de que la convicción de que seguir resistiendo era inviable era bastante generalizada entre los altos mandos que habían ascendido desde las filas de la milicia. Esa misma creencia también era unánime en los cuadros de los anarquistas y de los partidos republicano y socialista, así como en el aparato policial y estatal.

Por ello, el problema ya no era cómo organizar la resistencia, sino cómo terminar la guerra «con honor y dignidad». Había opiniones divergentes al respecto. Sin embargo, el punto sobre el que existía un consenso generalizado era que los comunistas representaban «el único obstáculo» para poner punto y final al conflicto. Calumniando a estos últimos, a quienes tachaban de «enemigos de la paz», los derrotistas habían encontrado la manera de canalizar el agotamiento causado por la guerra y el temor de las masas. Togliatti veía este eslogan como el «cemento» que unía los elementos dispares de la izquierda no comunista. Al menos retrospectivamente, Togliatti creía que ni el propio Negrín «tenía fe en la posibilidad de continuar resistiendo»^[4].

La hostilidad más visceral hacia el Gobierno republicano emanaba del movimiento anarquista. Ello obedecía en parte al amargo resentimiento de muchos anarquistas por el hecho de que el deseo libertario de una guerra revolucionaria hubiera sido aplastado en la primera mitad de 1937 para apostar por un esfuerzo bélico centralizado más realista. Sin embargo, los anarquistas también habían recibido un trato extremadamente duro por parte de los servicios de seguridad, dominados por los comunistas, debido a la facilidad con que la Quinta Columna podía infiltrarse en la CNT-FAI

. La prensa republicana, comunista, socialista y de Izquierda Republicana solía publicar artículos sobre redes de la Quinta Columna que funcionaban utilizando carnets de la CNT^[5]. Las unidades expertas en seguridad conocidas como «Brigadas Especiales» se dedicaban a la detención, el interrogatorio y, en ocasiones, la eliminación de elementos sospechosos. Esto no significaba solo franquistas, sino también miembros de la CNT de la capital, que, a juicio del comunista José Cazorla, quien en diciembre de 1936 sucedió a Santiago Carrillo como consejero de Orden Público de la Junta de Defensa de Madrid, estaba descontrolada y tenía entre sus filas a agentes provocadores de la Quinta Columna^[6]. La prensa comunista exigía medidas drásticas contra esos elementos descontrolados y quienes los protegían: «¡Hay que aniquilar a la Quinta Columna! ¡Hemos de ser inexorables! ¡Con los sin control y con los que les protejan y encubran! ¡Estos son los más peligrosos! ¡Hay que aniquilar a estos dinamiteros de última hora!»^[7]. Al tacharlos de «dinamiteros de última hora», se pretendía invocar deliberadamente los ecos de los terroristas anarquistas de tiempos pasados. Tal vez era de esperar la presencia de quintacolumnistas en el cuerpo de oficiales de unas fuerzas armadas integradas mayoritariamente por militares de carrera que simpatizaban con sus antiguos compañeros del otro bando. Sin embargo, también se detectó la infiltración de unidades que en su día fueron milicianos. Cazorla investigó la penetración quintacolumnista de los ineficaces Servicios Secretos de Guerra, dirigidos en el Ministerio de Defensa por Manuel Salgado Moreira, de la CNT. Poco antes de que Largo Caballero disolviera la Junta de Defensa el 14 de abril de 1937, José Cazorla anunció que había sido desmantelada una importante red de espionaje en el ejército republicano. Entre los detenidos se encontraba Alfonso López de Letona, un quintacolumnista que había alcanzado un puesto de relevancia en el Estado Mayor de la 14.^a División del Ejército Popular, capitaneada por el anarquista Cipriano Mera. López de Letona se había convertido en un miembro importante del Estado Mayor de Manuel Salgado gracias a una recomendación de Antonio Verardini Díez de Ferreti, jefe del Estado Mayor de Mera^[8].

La idea de que el movimiento anarquista estaba infestado de quintacolumnistas no se limitaba al sector comunista. Largo Caballero manifestó a Juan-Simeón Vidarte, miembro del Comité Ejecutivo del PSOE: «En la FAI hay infiltrados numerosos agentes provocadores y esbirros de la policía, por eso es imposible tratar con ellos». El socialista Wenceslao Carrillo, director general de Seguridad y amigo de toda la vida de Largo Caballero, compartía esa opinión. Uno de los colaboradores de José García Pradas en el periódico *Frente Libertario*, de la CNT-FAI

, era el destacado quintacolumnista Antonio Bouthelier España, que también ostentaba el cargo de secretario de Manuel Salgado^[9]. La facilidad con que podía conseguirse un carnet de la CNT proporcionó a la Quinta Columna acceso a información, un instrumento para llevar a cabo actos de provocación y relativa

facilidad de movimientos. Una vez equipados con la acreditación de la CNT, los quintacolumnistas también podían obtener carnets de los servicios de seguridad republicanos^[10].

Mientras Negrín seguía en Cataluña, el movimiento anarquista inició contactos con los generales que también estaban siendo sondeados por Casado. El 1 de febrero, los secretarios de las tres principales organizaciones anarquistas, la CNT, la FAI y las Juventudes Libertarias, enviaron una obsequiosa carta conjunta al general Miaja. En ella proponían la creación de una organización que uniera a todas las fuerzas antifascistas de la zona centro-sur e insinuaban la exclusión de los comunistas. En los tres días posteriores, los anarquistas mantuvieron reuniones con Miaja, Matallana y Menéndez. Dado que los tres generales ya estaban conspirando con Casado, es razonable suponer que se perfilaron aspectos de interés mutuo. Según el cronista anarquista José Peirats, Miaja declaró en el encuentro que los comunistas pretendían imponer un Gobierno unipartidista liderado por Vicente Uribe. No hubo ninguna base para ese comentario, que simplemente reflejaba lo que Casado había dicho a Miaja aquel mismo día^[11].

Tras estas iniciativas anarquistas, a tres figuras destacadas del movimiento libertario de la zona centro-sur les fue encomendada la misión de intentar conseguir una respuesta coordinada de la CNT y la FAI a la deteriorada situación militar. Juan López Sánchez, que había sido ministro de Comercio en el Gobierno de Largo Caballero, Manuel Amil, secretario de la Federación Nacional del Transporte de la CNT, y Eduardo Val, considerado el hombre más poderoso del movimiento anarquista en Madrid, se habían desplazado a Cataluña el domingo 5 de febrero a primera hora de la mañana, diez días después de la conquista de Barcelona por parte de Franco. Su objetivo era establecer contacto con el Comité Nacional de la CNT para debatir la situación tras la previsible pérdida de Cataluña. Su avión, que no pudo aterrizar en Cataluña, donde Figueras estaba a punto de sucumbir, los llevó a Toulouse. A diferencia del silencioso Val, el alto y fornido Manuel Amil «hablaba por los codos». Estuvieron atrapados en Francia varios días y visitaron los consulados de Toulouse y Perpiñán en busca del Comité Nacional de la CNT, pero descubrieron que su cuartel general se hallaba en París. La información que recabaron y sus informes posteriores desempeñarían un papel importante en la participación de los anarquistas en el golpe de Casado. Durante la estancia de la delegación en tierras francesas, la principal aportación de Val había sido farfullar imprecaciones contra Negrín^[12].

El 8 de febrero participaron en una reunión celebrada en París con miembros destacados de la CNT, incluidos Juan García Oliver, Mariano Vázquez, jefe del Comité Nacional, y el ministro Segundo Blanco. García Oliver dijo que era necesario destituir a Negrín y formar un Gobierno para terminar con la guerra. Entonces, Val dejó boquiabierto al grupo al declarar que tenía pruebas de que Negrín no planeaba resistencia alguna, sino poner fin al conflicto. Luego los convenció de que no era momento de pensar en rendiciones. Su visión optimista de las posibilidades de resistencia prolongada no se impuso. Sin embargo, puesto que la principal objeción sobre Negrín era, contra toda lógica, su supuesto derrotismo, el grupo acabó por considerar necesario destituirlo y formar un Gobierno capaz de resistir el tiempo suficiente para conseguir un acuerdo de paz aceptable. «Cuanta más resistencia seamos capaces de hacer, mejores condiciones de paz podremos lograr», rezaba el consenso general. Mariano Vázquez afirmaba, de manera simplista e ignorando la realidad militar: «Quien es capaz de pegar fuerte está en condiciones de hacerse temer». Después tuvieron inmensos problemas para volver a la zona centro-sur, cosa que finalmente consiguieron a primera hora de la mañana del lunes 20 de febrero^[13].

En las iniciativas anarquistas se intuía un anticomunismo subyacente y la idea de que Negrín era incapaz de mantener el esfuerzo bélico. De hecho, Negrín abrigaba vanas esperanzas de que, tras la caída del frente catalán, sería posible el regreso a España del ejército evacuado y del material que habían transportado a través de la frontera. También creía que los suministros de naciones amigas, en especial la Unión Soviética, que se habían acumulado en Francia serían entregados en la zona centro-sur. Habida cuenta de su deseo de resistir hasta que se alcanzara un acuerdo de paz que garantizara la evacuación de las personas en situación de riesgo, esas esperanzas sostenían su compromiso retórico con la posibilidad de continuar la guerra. Aunque los anarquistas simplemente no querían creerle, su retórica también lo expuso a las críticas de muchos, en especial Azaña y Rojo^[14].

Justo antes de la caída de Cataluña, la célebre periodista norteamericana Martha Gellhorn escribía una carta a Eleanor Roosevelt:

Me descubro pensando en Negrín continuamente. Supongo que viajará a Madrid cuando todo haya terminado en Cataluña y que resistirá allí. Negrín me parece un gran hombre (y no puede dejar de serlo ahora), y resulta muy extraño y conmovedor pensar en él, que desde luego nunca quiso ser presidente de nada, empujado por los acontecimientos y por la historia a una posición que ha

cumplido heroicamente, mejorando constantemente y con más aciertos en circunstancias cada vez más desfavorables. Antes era un hombre brillante, alegre y un poco perezoso, con fuertes creencias y quizás demasiado sentido del humor. Al parecer, nunca tuvo miedo y amaba a sus amigos y sus ideas sobre España; también le encantaba comer, beber y simplemente vivir. Ahora ha crecido tanto que te da la impresión de que está hecho de un tipo especial de piedra indestructible: tiene una jornada laboral de veinte horas y en España parece estar al mando de todo él solo, como si con sus dos manos, cada mañana lo pusiera todo en su sitio e impartiera orden. Por supuesto, no puede sostener un frente. Espero que llegue a Madrid. Aunque vayan a ser derrotados, espero que no se rindan [\[15\]](#).

En cambio, unos meses después del final de la guerra, Rojo lanzó una dura crítica a Negrín:

Al parecer, se había impuesto el criterio de persistir en la resistencia porque esta podía dar pie a un cambio en la conducta internacional. ¡La misma esperanza, sin el menor fundamento ahora, que durante un año había sostenido nuestra conducta de sacrificio! ¡No importaban los sacrificios! ¡Resistir! Fórmula sublime del heroísmo cuando está alimentada por la esperanza y sostenida por un ideal; pero cuando la voluntad que enarbola la bandera del ideal se derrumba y la esperanza se convierte en una perpetua negación y se llega a esta por una demostración matemáticamente exacta, resistir deja de ser una consigna militar heroica para reducirse a un absurdo. ¿Con qué íbamos a resistir? ¿Para qué íbamos a resistir? Dos preguntas que nadie podía contestar de una manera positiva.

La diatriba de Rojo es reflejo de la inquietud que le causaban las penurias de los exiliados, pero, a salvo en Francia, no tuvo en cuenta las desastrosas consecuencias de una rápida rendición incondicional. Sin embargo, apostillaba sus comentarios sobre la futilidad de una resistencia continuada con una perturbadora pregunta retórica:

¿Debía embarcarme en una empresa que tan confusamente se planteaba? Si era verdad que en la zona central iba a continuar la guerra en serio, ¿por qué se liquidaban en Francia las existencias que en víveres, materias primas y armamento de tránsito se tenían acumuladas? Esto era demasiado claro y significativo para no desconcertarse: por un lado se liquidaba económicamente el conflicto, transformando todas las existencias; por otro, se ordenaba resistir sin dar medios para ello, ni siquiera víveres. Era para mí evidente que no debía compartir ni respaldar desde mi puesto técnico una conducta incomprensible [\[16\]](#).

Era cierto que Francisco Méndez Aspe había recibido la orden de apuntalar los recursos económicos de la República vendiendo material que se hallaba en Francia o que había sido encargado pero todavía no se había entregado. Esto formaba parte de los planes de Negrín para costear los exilios a Francia y la evacuación de los republicanos. Sin duda, habría sido difícil hacer ambas cosas y organizar una resistencia a gran escala. De hecho, parece que Negrín se concentraba en la cuestión del exilio y de la evacuación mientras mantenía la ficción de la resistencia tanto para ganar tiempo como para conseguir concesiones de Franco [\[17\]](#).

Con la mayor de las renuencias, Azaña había aceptado alojarse en la embajada española en París. Había llegado el 9 de febrero y se apresuró a manifestar públicamente su apoyo a las propuestas británica y francesa de mediación, que en la práctica equivalían a una rendición a corto plazo. Su presencia en Francia y su insinuación de que no existía un Gobierno como tal en España fueron necesariamente perjudiciales para los esfuerzos de Negrín por obtener garantías de Franco. Más tarde, Negrín dejó claro a Marcelino Pascua que esperaba que Azaña regresara a España una vez que los miembros del Gobierno estuvieran de nuevo en Madrid. Con este propósito, tras la primera reunión del Gabinete, celebrada el 13 de febrero, el ministro de Estado, Julio Álvarez del Vayo, envió a Pascua un telegrama en el que le pedía que informara a Azaña de que el Ejecutivo requería su presencia en España. Azaña no respondió y, al día siguiente, Álvarez del Vayo llegó a París para recalcar personalmente la urgencia del regreso del presidente. Azaña se limitó a escuchar y dijo que trasladaría sus opiniones a Negrín, cosa que hizo al día siguiente al pedir taimadamente a este último que diese «las razones nuevas» que aconsejaban «modificar lo convenido antes de salir de España» [\[18\]](#). A Negrín le sorprendió la falsedad de Azaña, y contestó recordándole que, en presencia de Martínez Barrio, se había acordado que residiera en París solo hasta que el Gabinete le necesitara. Acto

seguido, reiteró los motivos obvios por los que la ausencia del presidente estaba minando la labor del Ejecutivo. Pese a los frecuentes recordatorios de Pascua, Azaña no respondió al mensaje de Negrín. En cambio, sí pidió ayuda económica y le fueron concedidos 150 000 francos (el equivalente a unos 65 000 euros en 2014)^[19].

La situación que soportaban los refugiados era atroz. Días después de la marcha de Negrín, Antonio Zorita, el cónsul en Perpiñán, fue sustituido. Apenas había mostrado voluntad de ayudar a los refugiados. De hecho, su mujer había intentado impedir que Tagüeña y otros altos mandos militares se instalaran en el consulado aduciendo que alteraban la rutina de la casa. Tagüeña y Rafael Méndez recibieron una ayuda inmensa de Margarita Nelken. Álvarez del Vayo dijo a Méndez que Negrín quería que sustituyera a Zorita como cónsul^[20]. Muchos mandos destacados, como el general Sebastián Pozas, el otrora comandante del Ejército del Este y, desde hacía poco, gobernador militar de Figueras, el coronel Eleuterio Díaz Tendero Merchán, jefe de clasificación de personal en el Ministerio de Defensa, y muchos otros, decidieron permanecer en Francia^[21].

Ha habido cierta controversia sobre la decisión del general Rojo de no regresar a España. Según Julián Zugazagoitia, secretario del Ministerio de Defensa, y Mariano Ansó, un amigo republicano de Negrín que había sido ministro de Justicia en los primeros meses de 1938, el general Vicente Rojo y el teniente coronel Enrique Jurado, comandante del Ejército de Cataluña, se negaron a cumplir la orden enviada por Negrín el 14 de febrero para que volvieran a la zona centro-sur. Cuando Pascua les hizo entrega del telegrama, ambos generales adujeron que la guerra estaba perdida y que su deber era ocuparse de los soldados ahora refugiados en Francia. No eran los únicos que habían tomado esa decisión. El grueso de los militares de la estructura de mando de los ejércitos del Este y de Cataluña, incluidos los generales Pozas, Masquelet, Riquelme, Asensio, Gámir, Hernández Saravia y Perea, también llegaron a la conclusión de que la guerra estaba perdida y de que no tenían ninguna obligación de seguir luchando^[22]. Es probable que su decisión se viera influida tanto por el derrotismo palpable del alto mando de la Armada como por lo acontecido en las islas Baleares. El mismo día que el ejército republicano cruzó la frontera con Francia se perdió Menorca.

El 22 de enero, cuatro días antes de abandonar Barcelona, Negrín había afrontado el problema casi insuperable de encontrar sustituto para el jefe de la flota, Luis González Ubieta. En general, la mayoría de los altos mandos de la Armada eran de derechas, en el mejor de los casos, derrotistas, y en el peor, simpatizantes de la causa franquista. El sucesor elegido, Miguel Buiza Fernández-Palacios, contralmirante en funciones, era una excepción en las tendencias generales del aristocrático cuerpo de oficiales. Era la oveja negra de una adinerada familia de derechas procedente de Sevilla y un republicano popular entre sus hombres. Su familia y el resto de los altos mandos lo rehuían por su matrimonio con Maravilla, una mujer cuyo hermano era cabo de fogoneros y, por tanto, considerada de una clase social inaceptablemente inferior. El lacónico y apocado Buiza no era precisamente un guerrero de mar y no satisfizo en modo alguno las necesidades del esfuerzo bélico republicano, pero Negrín no tenía demasiadas opciones. En enero de 1936, Buiza era jefe de la sección de personal del Estado Mayor General. Su lealtad a la República tan solo era geográfica, ya que se encontraba destinado en Cartagena cuando estalló la guerra. Durante el conflicto, su papel había sido, en el mejor de los casos, pasivo, y en el peor, ventajoso para la flota franquista, que estaba liderada por muchos de sus amigos. Había protegido a algunos quintacolumnistas que figuraban entre sus altos mandos y hacía tiempo que se sospechaba de su derrotismo. Pese a las dudas de Negrín, Buiza fue nombrado tres días antes de su 41.º cumpleaños. Además de su marcado pesimismo, se había visto muy afectado por una tragedia personal. El 26 de enero, cuando las tropas de Franco entraron en Barcelona, su mujer, que padecía depresión posparto y estaba convencida de que su marido había sido capturado, se quitó la vida. Tal vez para apartar sus pensamientos de tales circunstancias, aceptó el nuevo puesto, asegurando que se lo debía a los marineros de a pie^[23]. Puesto que muchas cosas dependían de la lealtad y eficacia de la flota, Buiza no era en absoluto la persona necesaria para asumir las responsabilidades del mando de la flota como comandante supremo.

González Ubieta fue trasladado para que tomara el mando de Menorca. En los días posteriores, aviones llegados de Mallorca, que estaba controlada por Franco, bombardearon la base de Mahón y lanzaron miles de octavillas que exigían la rendición. Era la primera parte de un plan para forzar la capitulación de Menorca concebido por el capitán Fernando Sartorius, conde de San Luis. Sartorius, oficial de enlace entre las fuerzas aéreas de Franco y la Armada en Mallorca, acordó con Alan Hillgarth, cónsul británico en Palma de Mallorca, que el crucero *HMS Devonshire* lo llevara a Mahón. A bordo del barco británico, Sartorius dispondría de una base neutral para unas negociaciones con González Ubieta. Al igual que Hillgarth, el capitán del barco, Gerald Muirhead-Gould, tenía pedigrí en el Departamento de Inteligencia Naval y era protegido de Winston Churchill y simpatizante franquista. A su llegada el 7 de febrero, Muirhead-Gould

convenció a Ubieta de que se reuniera con Sartorius. Amenazó a Ubieta con que, en caso de no rendirse, se produciría un bombardeo a gran escala en Mahón. Ubieta se negó y estalló un levantamiento franquista en Ciudadela la noche del 7 de febrero.

De Palma llegaron refuerzos franquistas, las peticiones de ayuda de Ubieta fueron desoídas por Miaja y Muirhead-Gould le presionó para que negociase la rendición con San Luis. Mientras aguardaba resolución, el *HMS Devonshire*, anclado en la bahía de Mahón, fue atacado por unos aviones italianos. Finalmente se llegó a un acuerdo. El 9 de febrero, alrededor de trescientos republicanos al mando de González Ubieta, cien mujeres y cincuenta niños, y lo que Sartorius definía como «algunos tipos verdaderamente repugnantes» fueron conducidos a Marsella. Menorca poseía una importancia secundaria en la guerra, pero el logro más relevante de Sartorius y Muirhead-Gould fue lanzar al cuerpo de oficiales republicano el mensaje engañoso de que era posible una rendición sin derramamiento de sangre^[24].

La decisión de Rojo de no regresar a España fue sumamente perjudicial para las esperanzas de Negrín de garantizarse el pleno respaldo de las fuerzas del centro-sur, ya que planeaba amenazar con una resistencia desesperada para obtener de Franco unas condiciones de paz razonables. En realidad, la postura de Rojo fue todavía más desastrosa de lo que parecía en su momento, teniendo en cuenta que su sustituto más probable, Manuel Matallana, ya estaba trabajando a favor de la causa rebelde. Según Zugazagoitia, Rojo se negó a volver a España aduciendo: «No queda para aceptar la orden que me comunican ustedes más que un deber: el de obediencia; pero ya se harán cargo de que no porque el superior nos mande arrojarnos por la ventana hemos de hacerlo». Según dijo a Zugazagoitia y al cónsul, Rafael Méndez, «él no se encontraba dispuesto a presidir un nuevo desastre de mayores proporciones todavía que el de Cataluña». Cuando le informaron de ello, Negrín ordenó a Méndez que redactara un documento notarial, con Zugazagoitia como testigo, en el que plasmara sus instrucciones a Rojo y Jurado y sus razones para desobedecerlas. Zugazagoitia quedó sumamente asombrado de los comentarios de Rojo. Aunque no podía creerse que reflejaran cobardía por su parte, más tarde se preguntaría si Rojo sabía lo que estaba planeando Casado y fue un cómplice pasivo. Para Togliatti, Rojo era simplemente un desertor^[25].

Tras la retirada a Francia, la cúpula del PCE encargó a Uribe que hablara con Rojo:

A fin de tratar de disuadirle de sus ideas equivocadas y convencerle de la necesidad de proseguir la lucha, exponiéndole las posibilidades que aún se ofrecían ante nosotros, fui encargado de hablar con Rojo, lo más profusamente posible. En esta misión iba incluido hacer ver a Rojo las responsabilidades en que incurría, a la que debía hacer frente trasladándose a la zona central con el Gobierno. La conversación con Rojo duró unas tres horas. Nada en limpio se pudo sacar de él. Estaba aferrado a la idea de que desde el punto de vista militar la República ya no tenía nada que hacer, la guerra estaba terminada y lo mejor era buscar cómo terminarla en las condiciones más óptimas. En cuanto a él personalmente, ya había tomado su determinación, por nada ni por nadie se trasladaría a la zona central, donde no tenía nada que hacer y que en esto procedía con arreglo a sus convicciones sobre la situación. Ni la disciplina, ni el honor, ni ninguno de los argumentos que podían utilizarse en tal ocasión surtieron el menor efecto. Rojo había decidido no ir a la zona centro y no fue^[26].

Marcelino Pascua, el embajador republicano en París, envió a Negrín unos telegramas sumamente críticos con Rojo. En su correspondencia privada, Zugazagoitia y Pascua se hicieron llegar comentarios todavía más acusadores. Recordando las observaciones de Rojo acerca de los límites de la obediencia, Zugazagoitia escribía: «Es que las afirmaciones del general fueron de las más chocantes que pude escuchar a lo largo de toda la guerra». Cuestionó el papel de Rojo en la caída de Barcelona y se preguntaba por qué había destituido al general Hernández Saravia, quien había llegado a la ciudad con la intención de organizar una resistencia desesperada como la que había salvado Madrid en 1936. Por encima de todo, Zugazagoitia y Pascua se sintieron indignados por cómo en su libro *¡Alerta los pueblos!*, escrito inmediatamente después de la guerra, Rojo falseaba la cuestión de su responsabilidad personal. En él, negaba que hubiese recibido órdenes de regresar a España. En realidad, el 16 de febrero, Negrín mandó un telegrama a Marcelino Pascua diciendo que los generales Rojo y Jurado debían volver al país. Pascua entregó el telegrama a Rojo. Se enviaron mensajes similares a los cónsules republicanos en Toulouse y Perpiñán^[27].

Juan López, que se encontraba en Francia como parte de la delegación de la CNT-FAI

que había sido abandonada a su suerte, estaba en el consulado republicano de Toulouse cuando captó una conversación telefónica entre el cónsul y Rojo, que se hallaba en Perpiñán. «He recibido un telegrama del

presidente del Consejo para que avise a usted es preciso que venga aquí a Toulouse para ver la manera de ir para allá», oyó decir al cónsul^[28]. La publicación del libro de Zugazagoitia con su relato sobre la petición de Negrín a Méndez para que diera fe de la negativa de Rojo y Jurado a regresar a España le valió el eterno resentimiento del primero^[29].

En *¡Alerta los pueblos!*, Rojo afirmaba que él y Negrín se habían separado amigablemente y que él se quedó en Francia para cumplir su «misión». Su vana esperanza era que los franceses cumplieran la promesa de permitir que las tropas refugiadas y su material regresaran a España. A continuación, describía la calamitosa situación de los miles de soldados republicanos confinados en campos de concentración improvisados, masificados e insalubres en las playas del sur de Francia. Los republicanos apiñados allí carecían de un cobijo adecuado, comida, agua potable y atención médica básica. El 12 de febrero, su angustia por lo que presencié le empujó a escribir una amarga carta de protesta a Negrín. En ella manifestaba su disgusto por que, mientras se habían trazado planes para la evacuación de Azaña, el presidente de las Cortes, los gobiernos vasco y catalán, los diputados parlamentarios y un gran número de funcionarios, no se había hecho nada para organizar la evacuación de ciudadanos de a pie. Se sintió consternado por los campos «donde hoy se consumen unos centenares de miles de refugiados civiles y unas decenas de millares de combatientes, incluso los jefes y oficiales». Le escandalizaba la evidencia de que los funcionarios republicanos no estuvieran haciendo su trabajo, un argumento reiterado en muchas memorias de la época^[30].

La carta de Rojo reflejaba su obsesión con las penurias de los refugiados en los campos y el modo en que las autoridades francesas persiguieron y humillaron a quienes habían logrado evitar el internamiento. Reprochaba a Negrín que no hubiera aceptado su consejo de rendirse en Cataluña antes de llegar a aquella situación. Decidido a seguir trabajando por las tropas exiliadas, la carta subrayaba su negativa a regresar a España. «No he querido ir a esa zona para no asistir al segundo desastre al que seguramente condenará el Gobierno a nuestro ejército y a nuestro pueblo. Me he quedado aquí pensando que era necesario que alguien velase por la suerte de nuestros hombres y temía fundadamente que sobreviniese este abandono». Empezando por «la renuncia total y absoluta» de su cargo, realizaba varias peticiones que, en su opinión, evitarían una catástrofe humanitaria: que se enviara a un ministro del Gobierno a hacerse cargo de la situación de los refugiados; que, entretanto, se reclamara la presencia del embajador Marcelino Pascua en Perpiñán, y que se pusieran a disposición más fondos. Finalmente, advertía que, en caso de no cumplirse esas peticiones, negociaría directamente con Franco para organizar la repatriación de los refugiados y haría pública la situación, amenazando con tomar «determinaciones graves si no se remediaba aquel estado de cosas». No cumplió su amenaza, decía en el libro, para no empeorar las cosas. La carta tendía una rama de olivo a Negrín:

Quizá de cuantas personas acuso de responsables de este abandono no sea usted el único exceptuable, pues conozco su incesante preocupación, sus desvelos, su entereza, y me consta cómo ha tenido que luchar juntamente con algunos contados ministros contra el miedo insuperable que ha invadido todas las esferas de los organismos superiores del Estado^[31].

A propósito de la derrota, el general Rojo escribió con orgullo que el ejército

había realizado un repliegue metódico ... había contenido al enemigo batiéndose en todo momento sin que el debilitamiento de su moral, siempre pronta a reaccionar, le hubiera llevado a situaciones de indisciplina o de pánico colectivo, sin sufrir el contagio de la desmoralización de su retaguardia y pudiendo pasar al país vecino dirigido por quienes le mandaban. Los combatientes que así entraban en Francia llevaban sobre la amargura de una derrota por impotencia el orgullo de haber cumplido con su deber.

Carles Pi Sunyer, ministro de Cultura de la Generalitat de Catalunya, afirmaba: «Es de justicia señalar de nuevo en honor de Negrín y del ejército que este fue retirándose en buen orden y con estricta disciplina, sin que manchase la épica grandeza de la retirada ninguna explosión de rencorosa violencia»^[32].

Cabe recordar que justo antes de su llegada a Francia el 9 de febrero, Negrín dijo al grupo de fieles que lo acompañaba: «Esperemos que la segunda parte podamos llevarla a buen término con el mismo éxito». La «primera parte» fue la evacuación de Cataluña; la «segunda» sería la evacuación de la zona centro-sur. Según comentaría Zugazagoitia, aunque las declaraciones públicas de Negrín hablaban de resistencia, nadie

conocía «mejor que él lo inane de su divisa»^[33]. En este sentido, sus disposiciones para que los recursos económicos de la República fueran trasladados a Francia fueron un aspecto crucial de sus planes de evacuación. La acusación de Rojo de que no se habían pergeñado planes era injusta, si bien era cierto que resultaba difícil prever la envergadura de la debacle final. Tras la derrota del Ebro, Negrín ya había empezado a prepararse para la posibilidad de un triunfo franquista y para la necesidad de organizar la evacuación y el posterior mantenimiento de muchos miles de republicanos. Había indicado a Francisco Méndez Aspe, ministro de Economía, y a Jerónimo Bugada, José Prat y Rafael Méndez Martínez, sus ministros de más confianza, que confeccionaran listas de los activos que seguían en manos del Gobierno. Pidió a Méndez Aspe que recuperara en la medida de lo posible los activos que la República había depositado en sus oficinas de Checoslovaquia, Estados Unidos, México, Francia y Gran Bretaña para pagar armas, municiones, comida, suministros médicos y materias primas. Su labor contemplaba la organización del material que se había comprado pero todavía no había sido entregado, con el propósito de convertirlo en dinero en efectivo. La mayoría de las joyas, el oro, la plata, las acciones y los bonos de personas adineradas que habían dejado España durante la guerra, además de numerosas obras de arte pertenecientes a la Iglesia, se habían utilizado para comprar armas y suministros para la República. Desde el otoño de 1938, varios camiones cargados con los objetos de valor que quedaban habían sido enviados a Figueras y a las ciudades fronterizas cercanas^[34].

Cuando todavía estaba en Figueras, Negrín ordenó que lo que quedaba fuese empaquetado y transportado a Francia. Pactó con las autoridades francesas que se permitiera el paso por la frontera de dos camiones cerrados con ciento diez cajas de material valioso sin que fuesen examinados en la aduana. Primero, los camiones fueron a la embajada republicana en París y más adelante a El Havre, donde los cargaron en un barco. Se trataba de un yate, en origen llamado *Giralda*, adquirido por el Gobierno republicano a través de intermediarios de

Alfonso XIII

y rebautizado *Vita*. En marzo, con permiso de Albert Sarraut, ministro francés de Interior, se creó en París el Servicio de Evacuación de los Refugiados Españoles (SERE) bajo protección de la embajada mexicana y presidencia de Pablo Azcárate. Sus fondos embarcaron rumbo a México hacia el 10 de marzo. Allí, en circunstancias complicadas, cayeron en manos de Indalecio Prieto. El posterior destino de esos fondos fue un tema peliagudo de la política en el exilio^[35].

Enrique Castro Delgado relataba una reunión mantenida con Rojo por aquella época. Supuestamente, este dijo a Castro que Negrín le había ordenado volver a España. Cuando Castro le preguntó si iría, Rojo respondió: «No, aquí hay centenares de millares de hombres a los que hay que ayudar intensamente». Cuando un asombrado Castro preguntó si no había también centenares de miles de personas en España que necesitaban ayuda, Rojo repuso: «Allí no hay nada que hacer ... Aquello es la agonía, una agonía inevitable ... Después llegará la muerte, una muerte terrible; la muerte de una etapa, la muerte de un régimen, la muerte de la esperanza de millones de gentes»^[36]. Rojo estaba tan decidido a continuar en Francia que en su libro revelaba su indignación por que Tagüeña, Líster, López Iglesias, jefe de su Estado Mayor General, el coronel Antonio Cordon, subsecretario del Ejército, Ignacio Hidalgo de Cisneros, jefe de las fuerzas aéreas republicanas, y otros altos mandos y comisarios comunistas hubiesen regresado a España sin pedirle permiso^[37].

Los ejércitos derrotados en Cataluña tenían una fuerte presencia de comunistas y altos mandos y hombres llegados de las milicias. Por el contrario, los ejércitos de la zona centro-sur contaban con una proporción mucho más elevada de militares de carrera, una minoría significativa de los cuales eran de dudosa lealtad a la República. Sometidos a una vigilancia habitual, trataban de conseguir puestos administrativos tras las líneas, por ejemplo en escuelas de instrucción y en el Estado Mayor. Con frecuencia, facilitaban dinero, salvoconductos y otros documentos y protección a camaradas franquistas que se habían negado a servir a la República y estaban ocultos. Los servicios de espionaje de Franco estaban especialmente interesados en las ideas de los miembros del cuerpo de oficiales republicano para discernir a cuáles podían utilizar. A medida que se sucedían las derrotas, la nostalgia de los militares de carrera por el ejército de preguerra proporcionó un terreno fértil a los reclutadores del SIPM franquista. Estos profesionales contrariados sentían desde hacía mucho cierta desconfianza, cuando no desprecio, hacia los altos mandos procedentes de las milicias. Abrigaban la vana esperanza de que pudiera llegarse a un acuerdo de paz con altos mandos franquistas con los que se habían educado en las academias militares y habían servido antes de 1936. Obviamente, uno de esos altos mandos más típicos, y uno de los más poderosos, era Segismundo Casado^[38].

Por ello, esos altos mandos de la zona centro-sur no sentían deseo alguno de que regresaran Líster,

Modesto y otros comandantes comunistas que pretendían continuar con la lucha. Después de hacer lo que pudieron para mejorar las condiciones de sus hombres, todos ellos volvieron a España a lo largo de los días posteriores. Tagüeña asegura que él, Líster, Francisco Romero Marín y otros mandos del Ejército del Ebro regresaron el 19 de febrero. Hay cierta confusión sobre la fecha de ese vuelo: en dos libros de memorias, Líster lo fechaba cinco y seis días antes, esto es, el 14 y el 13 de febrero. Sin embargo, coinciden en lamentar que numerosas figuras destacadas del Partido Comunista, entre ellas Antonio Mije, Francisco Antón, Santiago Álvarez y Santiago Carrillo, no volvieran, esgrimiendo que el PCE no quería que corrieran peligro. Líster recordaba que en el avión de treinta y tres plazas en el que viajó había veinte asientos desocupados. Hidalgo de Cisneros dijo a Burnett Bolloten que los últimos seis aparatos que volaron de Francia a la España republicana iban «casi vacíos»^[39]. Las dudas de Negrín sobre quiénes volverían y quiénes no serían comentadas más tarde por Francisco Romero Marín, que había regresado con Hidalgo de Cisneros. Cuando entraron en su oficina del edificio presidencial de la Castellana, Negrín exclamó: «Aquí llega otro grupo de locos»^[40].

Cordón se citó con Rojo el 18 de febrero en Perpiñán. El nuevo cónsul español, Rafael Méndez, les informó de que había recibido un telegrama de Negrín en el que ordenaba a todos los mandos castrenses del Ministerio de Defensa que regresaran a la zona central. Un Rojo visiblemente molesto dijo: «Pues yo no doy por recibida esa orden hasta tanto que el ministro me la dé personalmente». Méndez respondió que hiciera lo que le placiese y comentó que creía que los soldados no necesitaban recibir órdenes para volver a unirse al ejército en tiempos de guerra. Rojo replicó que sabía mejor que nadie cuál era su deber y que estaba sobradamente ocupado atendiendo a los que llegaban a Francia e intentando organizar el material que llevaba el ejército al país. Cuando Méndez contestó que ya había gente haciéndolo, Rojo se fue sin mediar palabra. Tres días después, Cordón cenó en la estación de trenes de Toulouse con Rojo y Jurado. Pertrechados con unas espléndidas maletas nuevas de piel, iban camino de París a solicitar más dinero a la embajada para su labor con los altos mandos exiliados. Ya habían gastado los cuatro millones y medio de francos que les habían dado originalmente con ese fin. Cuando Cordón les preguntó si pensaban volver a España, Rojo reiteró que no había recibido una orden directa al respecto y que, en cualquier caso, solo iría si podía aportar algo concreto a las negociaciones de paz. Cordón le recordó que se habían dictado órdenes para su regreso y que, si no obedecían, se adoptarían medidas contra ellos. Jurado respondió en tono amenazador que, en tal caso, podían hacer revelaciones perjudiciales, una presunta referencia al hecho de que las autoridades republicanas no planificaron la evacuación y la posterior atención a los refugiados. Más tarde, Rojo plasmaría en su libro la inverosímil afirmación de que estaba preparándose para regresar cuando el golpe de Casado intervino y lo hizo imposible^[41].

La ausencia de Rojo al lado de Negrín contribuiría notablemente al éxito de Casado. Como escribió Vicente Uribe, el ministro de Agricultura, en sus memorias de la época:

Con ello el Gobierno perdía un colaborador valioso que le hubiese sido muy útil en sus futuros trabajos, por la personalidad de Rojo y el ascendiente que tenía sobre los jefes militares de origen profesional y los futuros sublevados ya metidos en la conjura, recibían un refuerzo y un estímulo con la desertión de Rojo, pues aquellos conocieron su actitud y su negativa. Rojo mismo se encargó de hacerles saber su determinación, además de que era bien visible que Rojo no se había trasladado con el Gobierno a la zona centro y sí se encontraban en lo que quedaba de territorio republicano jefes militares comunistas [que] habían acudido allí a cumplir su deber^[42].

Hidalgo de Cisneros se quedó unos días negociando estérilmente con las autoridades francesas para que sus hombres volvieran a España en sus propios aviones. En la embajada de París se encontró con Rojo y Enrique Jurado. Azaña pidió a los tres que se reunieran con él y le expusieran la situación militar tras la caída de la región. Todos ellos rindieron informes desalentadores, aunque el más pesimista fue Jurado. Cuando Azaña les pidió que plasmaran sus pensamientos por escrito, Hidalgo sospechó que el presidente tan solo buscaba una justificación para dimitir. Tras consultar con el embajador, Marcelino Pascua, se negó a hacerlo, afirmando que dicho informe debía venir de manos del ministro de Defensa, es decir, Negrín. Rojo y Jurado esgrimieron la misma excusa. Azaña se mostró enormemente disgustado. Cuando Hidalgo volvió a Madrid, se lo contó a un furioso Negrín, que envió un telegrama a Azaña diciéndole que lo responsabilizaría de las consecuencias de una conducta que consideraba equivalente a la traición. En realidad, Rojo ya había ofrecido a Azaña una valoración sumamente lóbrega de la situación que casi confirmaba la ya firme determinación del presidente de no regresar a España. Azaña afirmaría más tarde que fue así^[43]. Como es comprensible, Negrín estaba muy molesto, así que Rojo le escribió una carta

explicando que prácticamente había sufrido una encerrona de Azaña en lo que suponía que sería una mera visita formal conforme al protocolo. Además de la carta, Rojo incluyó un informe detallado sobre los motivos económicos, humanos y militares por los cuales era fútil seguir con la resistencia en la zona centro-sur. Al parecer, no era consciente del grado en que la retórica de resistencia era un ardid de Negrín para potenciar su diplomacia. Antes de recibir la carta, Negrín envió a través de Marcelino Pascua instrucciones firmes a Rojo para que solo diera informes a Azaña por medio del ministro de Defensa, es decir, el propio Negrín. Luego Rojo escribió otra carta en la que reiteraba que había caído en una trampa que le había tendido Azaña. La carta también incluía un informe detallado sobre el estado de los refugiados. Rojo envió copias de esos informes a Matallana, lo cual significaba que sus pesimistas conclusiones eran conocidas entre los otros miembros de la conspiración de Casado y, por supuesto, el Servicio de Información y Policía Militar franquista (SIPM) ^[44].

Más tarde, Rojo afirmaría que había permanecido en Francia porque sus órdenes eran seguir allí y hacer todo lo posible por mejorar la situación de los miles de soldados republicanos en el exilio. Es cierto que repartió fondos entre los altos mandos para que compraran comida, pero también hizo caso omiso de las distintas órdenes de Negrín para que volviera ^[45]. Rojo comentaría después: «No faltaron halagos e insinuaciones para que yo partiese también». Esta era una referencia absolutamente taimada a las instrucciones explícitas dictadas por Negrín, así como a las conversaciones relatadas en las memorias de Cerdán, Tagüeña y Zugazagoitia ^[46].

Según Martínez Barrio, presidente de las Cortes, que veía cada día a Azaña en la embajada de París, el texto del telegrama que le envió Negrín a mediados de febrero era frío, protocolario y bastante amenazante. Azaña, que consideraba que la guerra ya había terminado a efectos prácticos, reaccionó con furia: «¡Bravo programa el que se me ofrece! Entrar en Madrid, asistido de Negrín y Uribe, llevando al estribo del coche a la Pasionaria y Pepe Díaz». Martínez Barrio precisó a Azaña que, en caso de negarse a aceptar la petición de regresar a España hecha por Negrín, era su deber constitucional el dimitir como presidente de la República o nombrar un nuevo primer ministro. Si Azaña hubiera dimitido en aquel momento, Martínez Barrio creía que, como su sucesor automático, podría haber ayudado a Negrín a buscar una paz razonable. Dadas las circunstancias, Azaña estaba sumido en un letargo y no contestó. Días después, Negrín envió otro telegrama «más descortés y mortificante ... en nombre del pueblo español» en el que lo acusaba de incumplir sus deberes constitucionales y exigía su regreso inmediato. Azaña respondió el 25 de febrero, negando que su ausencia en España hubiese debilitado en modo alguno al Gobierno o animado a alguna de las grandes potencias a acelerar el reconocimiento de Franco. Antes de que Negrín pudiera contestar, Azaña había abandonado la embajada. Asistió a un concierto en la Opéra Comique con Cipriano Rivas y, tras volver a la embajada simplemente para recoger su equipaje, se dirigieron juntos hacia la Gare de Lyon. Su partida fue documentada con entusiasmo por un ejército de periodistas y fotógrafos. Tomaron el tren nocturno rumbo a Collonges-sous-Salève. Igual que había hecho en ocasiones anteriores durante su carrera política, Azaña eludió las presiones. Su huida resultaría gravemente dañina para la República ^[47]. Ramón González Peña, el ministro de Justicia, declaró que la conducta de Azaña fue alta traición. Negrín incluso barajó la idea poco realista de llevarlo ante los tribunales ^[48].

La siembra de vientos

Mientras tanto, la hostilidad entre los comunistas y Casado era cada vez más pública. De hecho, este último llevaba mucho tiempo tratando de fomentar la disensión entre los comunistas y los otros grupos que integraban el Frente Popular. Surgió una oportunidad fructífera cuando el PCE criticó duramente a Largo Caballero, quien, tras pasar a Francia el 29 de enero, había decidido quedarse en París. Puesto que ya había abandonado Madrid en una ocasión, el 6 de noviembre de 1936, los rumores de que dos días antes de cruzar la frontera con su familia había enviado sus documentos y la ropa blanca y la plata de su casa en una ambulancia alimentaron las acusaciones de cobardía^[1]. El 2 de febrero, el PCE publicó un manifiesto que censuraba duramente su ausencia en un momento en que su comparecencia en Madrid podría haber contribuido a levantar la moral:

El Buró Político denuncia a la clase obrera y al pueblo español la huida vergonzosa del territorio nacional del Sr. Largo Caballero, el que rodeado de un pequeño grupo de enemigos de la unidad del pueblo español y de sus organizaciones, ha hecho cuanto estaba en su mano para sabotear la obra del Gobierno y romper la unidad y la resistencia de nuestro pueblo y que ahora corona con la deserción su anterior obra criminal.

Además de prohibir la distribución del manifiesto, Casado celebró una reunión del Frente Popular de Madrid en la que alimentó deliberadamente la hostilidad socialista hacia los comunistas insistiendo con gran teatralidad en su indignación por cómo había sido retratado Largo Caballero. Asimismo, afirmó que el manifiesto tachaba al veterano líder de «ladrón y asesino», cosa que era falsa^[2].

Puesto que Palmiro Togliatti, un hombre más realista, seguía en Francia —tras la pérdida de Cataluña—, los líderes del PCE en Madrid realizaron beligerantes declaraciones sobre la resistencia hasta el final. El búlgaro Stoyan Minev, alias «Boris Stepanov», en aquel momento asesor de la Comintern, también abogaba por marginar a Negrín y crear un consejo revolucionario para dinamizar el esfuerzo bélico y poner fin al derrotismo. Stepanov tan solo estaba expresando el visceral resentimiento de la cúpula del partido por ser culpados del rumbo que había seguido la guerra. Esto quedó claro durante una reunión del Comité Provincial del PCE celebrado en Madrid entre el 9 y el 11 de febrero. En un discurso desatado, Dolores Ibárruri atacó a Largo Caballero, Casado y Miaja, tachando a los dos altos mandos de «distinguidas momias». Vicente Uribe fue más allá al denunciar la cobardía de quienes estaban haciendo el trabajo del enemigo al propagar la idea de que era posible la paz sin represalias. Su propuesta de que el Partido Comunista se hiciera con el poder para purgar a esos derrotistas y fortalecer el esfuerzo bélico era un signo de impotencia, una bravata concebida para inhibir a los conspiradores. El inevitable efecto de su tono amenazador fue aislar todavía más al PCE y preparar a Casado para actuar. Su respuesta inicial fue intentar censurar el número de *Mundo Obrero* que comentaba los discursos, pero sus órdenes no fueron cumplidas^[3].

El acta de esa reunión acrecentó todavía más la hostilidad de Casado hacia los comunistas. Había intentado impedir que se produjera, lo cual era un abuso de poder dictatorial asociado al estado de guerra decretado a finales de enero. Ante las referencias de los líderes comunistas al fracaso de la ofensiva de Brunete y a la sólida posibilidad de deslealtad en el ejército, Casado hervía de ira, sobre todo porque Dolores Ibárruri le había llamado «momia». Casado exclamó: «No debo tener contemplaciones. ¡Que tengan cuidado! Tengo previstas todas las contingencias, si me pasara algo tengo anotados a mis enemigos y por mí solo, caerían más de treinta». Edmundo Domínguez estaba convencido de que la bravuconería de Casado reflejaba el temor a que fuesen descubiertas sus maquinaciones^[4].

A su regreso de Francia el 10 de febrero, Negrín estaba furioso. Consideraba que los llamamientos del PCE a una resistencia liderada exclusivamente por los comunistas constituían una deslealtad. El 15 de febrero, Lister dio parte a Negrín en Madrid. El presidente lo recibió en el cuarto de baño, donde estaba afeitándose. No había nada inusual en ello. Era frecuente que Negrín tratara asuntos mientras se afeitaba o incluso cuando se remojaba en la bañera. No le interesaban las exquisites del protocolo y, con tantas responsabilidades y tan poco tiempo, escuchaba informes o consejos cuando lo consideraba útil, y uno de los lugares en los que lo hacía era el cuarto de baño. El periodista estadounidense Louis Fischer, que lo asesoraba en cuestiones de prensa extranjera, contaba que Negrín lo invitaba a sus aposentos para hablar y que a menudo lo encontraba en el lavabo afeitándose, enfundado solo en el pantalón del pijama. Luego se daba un baño mientras Fischer se sentaba en un taburete o se apoyaba en la pared charlando con él: «De vez en cuando entraba un secretario con un telegrama, se inclinaba sobre la bañera y lo sostenía mientras Negrín lo leía. Negrín lo hacía todo con mucha naturalidad y sencillez»^[5].

El 15 de febrero, después de expresar su gratitud por que Lister hubiese regresado a la zona central, hablaron de las posibilidades de seguir resistiendo. Tras asegurar que ambos probablemente acabarían siendo fusilados, Negrín ofreció a Lister un pesimista resumen de la situación:

Me dijo que toda una serie de altos jefes militares y de dirigentes políticos y sindicales —anarquistas, socialistas y republicanos— estaban dispuestos a capitular ante el enemigo. Que no veían más que dificultades por todas partes y que, en vez de consagrarse a fortalecer la disciplina y la moral de las tropas y de la población civil, se dedicaban a sembrar el derrotismo, a conspirar.

Negrín confió a Lister que Rojo le había escrito una carta en la que presentaba su dimisión y en la que amenazaba con realizar una declaración pública si no ponía fin a la guerra y aportaba más dinero para las tropas exiliadas en Francia. Era significativo que Negrín comentara que sabía que Rojo había enviado una copia de la carta a Matallana. En cuanto a la situación en el Gobierno, Negrín «echó pestes contra algunos de sus ministros; de quienes dijo que eran unos cobardes, que no hacían más que pelearse entre ellos por cuestiones mezquinas. Añadió que los que seguían observando una actitud digna eran Uribe, Moix y Vayo»^[6].

Según Togliatti, al día siguiente, 16 de febrero, Negrín habló por teléfono con Uribe: «Me dicen que los comunistas en el Frente Popular han declarado que las decisiones del Gobierno pueden acatarlas o no según decida el partido», y añadía con enojo: «Voy a fusilar a todos los comunistas». En una versión similar del enfrentamiento ofrecida por Stepanov, Negrín llamó a Uribe y le preguntó si era cierto que el politburó del PCE había decidido que las medidas del Gobierno solo se aceptarían con su aprobación. Antes de que Uribe pudiera responder, Negrín dijo que, en caso de ser cierto, haría arrestar y juzgar al politburó al completo. Poco después de esa conversación con Uribe, Togliatti volvió de Francia y pudo suavizar las cosas con el presidente^[7].

A lo largo de las tres semanas y media que Negrín pasó en España tras su regreso a la zona centro-sur parecía afectado por cierto grado de indecisión. El nuevo jefe del cuerpo de comisarios políticos, Bibiano Fernández Osorio y Tafall, nombrado el 24 de febrero, aunque era miembro de Izquierda Republicana también era partidario de la resistencia^[8]. Manifestó a Cordón su preocupación por que Negrín estuviese perdiendo el tiempo reorganizando departamentos del Gobierno en lugar de crear un Estado Mayor con altos mandos leales. Cordón lo achacaba a que Negrín sufría uno de sus brotes ocasionales de indecisión. De hecho, llegó a la conclusión de que Negrín había vuelto a España «no con un sentido de gobernante resuelto a tomar las riendas para dirigir y encauzar los acontecimientos, sino como una actitud de fondo heroico, de persona decente que acepta un sacrificio, plenamente seguro de su inutilidad y con la esperanza más o menos vaga de que aquel no habrá de consumarse a última hora». En una versión anterior de sus memorias, Cordón especulaba que Negrín había vuelto para limpiar su conciencia. La inquietud de Cordón por lo que interpretaba como indecisión por parte de Negrín se derivaba de la convicción de que, si bien la situación era desesperada, la resistencia todavía era posible y la única manera de salvar miles de vidas^[9]. Al término de la guerra, Pedro Checa, miembro destacado del politburó y secretario de Organización del PCE, dijo a Burnett Bolloten (que a la sazón estaba escribiendo una historia procomunista de la Guerra Civil española) que Negrín no creía realmente en la posibilidad de resistencia^[10]. Es probable que Checa tuviera razón, pero, tal como señalaba Zugazagoitia, Negrín pensaba que esa retórica podía contribuir a un acuerdo de paz más beneficioso.

Una carta de Negrín a Prieto fechada el 23 de junio de 1939 secunda los comentarios de Osorio y Tafall y de Cordón:

Una vez en la región centro-sur traté de levantar los ánimos, reajustar los servicios a las nuevas circunstancias, acopiar elementos para una resistencia eficaz. Las medidas tomadas —óigalo usted bien, aunque le regale la misma incredulidad que a mi afirmación análoga en abril de 1938— hubieran permitido seguir luchando hasta ahora. Seguir luchando, porque no había más remedio para, si no se podía ganar, salvar lo que se pudiera o, al menos, salvar el decoro^[11].

Esto se había confirmado incluso antes. El 25 de febrero, Álvarez del Vayo había escrito a Marcelino Pascua insistiendo en la importancia de transmitir al Gobierno británico la idea de que la República tenía capacidad para una resistencia prolongada en la zona centro-sur, de modo que Londres presionara a Franco para que aceptara no tomar represalias como base de un acuerdo de paz^[12]. Cuando, tras el golpe de Casado, Fernando de los Ríos, el embajador republicano en Washington, reconoció su Consejo Nacional de Defensa como una autoridad legítima, Negrín le mandó un airado telegrama en el que le recordaba que el objetivo de la retórica de resistencia era ganar tiempo para una evacuación coordinada y algunas garantías contra las represalias^[13].

La respuesta de Prieto el 3 de julio citaba un informe escrito tras el golpe de Casado del 5 de marzo, Trifón Gómez, estrecho colaborador de Besteiro, intendente general de Abastecimientos y presidente del Sindicato de Ferroviarios. Gómez apoyaba el golpe, pero apenas había participado, al margen de intentar negociar la acogida en México de los republicanos que tuvieron que huir. En París, sus esfuerzos en este sentido resultaron estériles debido a la negativa de Besteiro a permitir que se utilizaran recursos del Gobierno para pagar pasajes a quienes necesitaran escapar. Creía que la riqueza nacional era necesaria en España para la reconstrucción de posguerra y que Franco trataría mejor a quienes se hubieran quedado en el país por haber salvaguardado dichos recursos. Esa falta de miras no parecía disminuir la lealtad de Trifón Gómez hacia Besteiro. En el visceral anticomunismo de su informe puede discernirse la impotencia del Gobierno de Negrín tras su regreso de Cataluña:

Solamente unos hombres cegados por la vanidad y la soberbia podían ignorar que todo les era hostil en España, cuando regresaron a la zona centro-sur; todos menos el plantel de comunistas que seguían manejando a Negrín, enajenándole las simpatías de los socialistas y lanzándole contra todos los demás ciudadanos españoles ... el Gobierno de Negrín era un fantasma. No funcionaba ningún ministerio, ni tenían los titulares de las respectivas carteras el menor deseo de instalarse; constituía para ellos una obsesión asegurarse el medio de poder salir de España ... Ni el Gobierno tenía disposición de ánimo para mandar, y, lo que era más grave, nadie se creía obligado a obedecer^[14].

A diferencia de Trifón Gómez, el comunista Jesús Hernández consideraba que la resistencia era posible, aunque describía el Gobierno de Negrín en términos similares como «una especie de fantasma mudo y paralítico, que ni gobernaba ni hablaba y que no tenía ni aparato ni residencia fija»^[15].

El 8 de febrero, todavía en Francia, Negrín había realizado tres nombramientos que pronto lamentaría. El poco fiable general José Miaja fue ascendido de comandante del Grupo de Ejércitos Republicanos de la Zona Centro (GEZC) a comandante supremo del ejército, la armada y las fuerzas aéreas republicanas. El general profranquista Manuel Matallana Gómez pasó de jefe del Estado Mayor del GEZC a comandante del mismo. El puesto anterior de Matallana cayó en manos del coronel también franquista Félix Muedra Miñón. Por aquel entonces ya circulaban rumores, que Miaja se apresuró a negar, de que su Estado Mayor General estaba en contacto con el cuartel general de Franco. Lo tildó de «patraña absurda», pero era cierto^[16].

En parte, esos nombramientos fueron la respuesta calculada de Negrín a una serie de propuestas que le hicieron el 2 de febrero, casi con total certeza el coronel Cerdán. La duda reside en el hecho de que el documento que contiene las recomendaciones no está firmado. Sin embargo, la deriva general deja entrever el pensamiento de los comunistas y, por tanto, en el contexto de Figueras el 2 de febrero, el pensamiento de Cerdán. La primera propuesta, sobre la cual actuó, fue la más sorprendente: el hecho de que, habida cuenta de la acumulación de tareas de Miaja desde la declaración del estado de guerra, se transfiriera la responsabilidad del GEZC al general Matallana. Si, como indican los otros elementos, el autor del documento era Cerdán, ello demostraría que, en aquel momento, ni los comunistas ni Negrín abrigaban sospechas significativas sobre la lealtad de Matallana.

No obstante, las siguientes dos propuestas denotan un cierto grado de desconfianza y, por tanto, apuntan a la autoría de Cerdán. En ellas se pedía que el exministro comunista Jesús Hernández continuara como comisario de Miaja y que Luis Cabo Giorla, otro comunista de línea dura, fuese nombrado comisario de

Matallana. La otra recomendación era que Casado fuese relevado del mando del Ejército del Centro y nombrado director de la Escuela Superior de Guerra, donde había sido profesor antes del conflicto. La idea era que Casado fuese sustituido por el coronel Juan Modesto. Igual de interesantes eran los puntos siguientes, donde se indicaba que José Cazorla, el frío y eficiente gobernador civil de Guadalajara, fuese nombrado jefe del SIM en la zona centro-sur, y que Ángel Pedrero fuese sustituido como líder del SIM en Madrid por el republicano Juan Hervás Soler. Aparte de una serie de propuestas para mejorar la eficacia del Ejército de Cataluña, la recomendación más importante era que el talentoso gobernador civil de Cuenca, Jesús Monzón Reparaz, fuese nombrado director general de Seguridad^[17].

Dolores Ibárruri mencionaba en sus memorias que la cúpula del PCE había informado a Negrín de que creía que Miaja y Casado debían ser sustituidos. Esto refuerza la probabilidad de que el documento fuese confeccionado por Cerdón. Ibárruri afirmaba que Negrín se había negado a destituirlos a ambos porque «podría provocar actos de indisciplina que rompiesen la resistencia»^[18]. Si Casado hubiese sido sustituido por Modesto y Pedrero por Hervás, el golpe planeado posiblemente habría sido desmantelado antes de que pudiera llevarse a cabo. Por supuesto, el alto mando franquista tenía otros simpatizantes a los que podía recurrir, sobre todo Matallana, pero también numerosos elementos clave del Estado Mayor, como el coronel José López Otero, jefe del Estado Mayor de Casado. Con todo, el SIPM había concentrado sus planes en Casado. Quedaba también la cuestión de la fiera oposición a Negrín y los comunistas por parte de los anarquistas. El Cuarto Grupo de Ejércitos, liderado por Cipriano Mera, sería un elemento esencial del proyecto de Casado. Sin embargo, cabe especular que, sin Casado y con Cazorla, Monzón y Hervás controlando los servicios de seguridad, la subversión anarquista podría haberse previsto. Poco después de su regreso a España el 11 de febrero, Negrín ordenó la destitución de Pedrero. Cuando Santiago Garcés, máximo responsable del SIM, pidió su dimisión, Pedrero repuso que solo podía hacerlo si así se lo ordenaba el ministro de Gobernación, y añadió que, en caso de cese, Casado renunciaría al puesto de Comandante del Ejército del Centro. Cuando Negrín se reunió con Casado al día siguiente, confirmó que, en efecto, dimitiría si Pedrero era relevado^[19]. Finalmente, los únicos elementos de la propuesta de reorganización del ejército y las fuerzas de seguridad que se llevaron a cabo fueron los relacionados con Miaja y Matallana.

Recordaremos que, mientras Negrín meditaba estas sugerencias, el 2 o el 3 de febrero Casado se había reunido con los generales Miaja, Matallana y Menéndez. Según las memorias de Casado, habían acordado que si Negrín regresaba a la zona centro, crearían un Consejo Nacional de Defensa y lo destituirían como presidente. El 7 de febrero, tres de los cuatro —Miaja, Casado y Matallana— habían participado en una reunión celebrada en la base aérea de Los Llanos, en Albacete. Dicha reunión había sido convocada por el comisario general Jesús Hernández para debatir la gestión de la guerra. Además de Miaja y Matallana, los allí presentes incluían al contralmirante en funciones Miguel Buiza y al coronel Antonio Camacho, jefe de las fuerzas aéreas de la zona centro-sur. A la luz de su reciente comida en Valencia con Miaja, Matallana y Menéndez, es probable que Casado aprovechara para recabar apoyos para sus planes. Con la excepción de Hernández, que estaba a favor de seguir resistiendo, los demás se mostraron uniformemente pesimistas en sus intervenciones, y en el caso de Buiza, de forma agresiva^[20].

Al día siguiente, Casado realizó un primer y exitoso intento por reclutar al comandante anarquista del Cuarto Grupo de Ejércitos del Centro, Cipriano Mera. El recuerdo de Mera del encuentro deja claro que Casado nunca mencionó sus contactos con la Quinta Columna. Más bien dio a entender que, dada la imposibilidad de contactar con Negrín, su preocupación era conseguir una gestión eficaz del esfuerzo bélico para facilitar una posible evacuación. Mera propuso que el Ejército del Centro avanzara hacia Extremadura para entretener a las tropas franquistas mientras se preparaba una guerra de guerrillas a gran escala. Casado rechazó la idea y dijo que había acordado con los comandantes del resto del GEZC que la mejor estrategia era concentrar una fuerza de 80 000 hombres bien elegidos cerca de Cartagena para proteger la flota y resistir hasta el estallido del conflicto europeo. Si realmente Casado había hablado de esa idea, tenía que haber sido el día anterior en Los Llanos, pero no hay ninguna mención de semejante propuesta en las memorias de Vidal Zapater. Es más, esta posibilidad era contraria al tono general de ese encuentro que había sido muy hostil a la idea de mantener la resistencia, mucho más a una parecida a lo que proponía Negrín. Parece más probable que Casado usó el hecho de que se acababa de reunir con los demás mandos en Los Llanos para dar credibilidad a sus falsedades. Tras ganarse la confianza de Mera, se sucederían frecuentes conversaciones cuando Casado incorporó a Mera a la planificación del golpe^[21].

El 10 de febrero, en cuanto llegó al aeródromo de Alicante, Negrín acudió a las oficinas del Gobierno Civil y telefoneó a Miaja, Matallana, los comandantes de los tres ejércitos y el contralmirante Buiza, comandante de la flota. Su reacción lo dejó de piedra: «Ya en el tono de las conversaciones telefónicas me di cuenta de que la llegada del jefe del Gobierno allí producía un gran desconcierto y hasta un gran

descontento, como si significara el estropear alguna cosa que había convenida. Como digo, me llamó mucho la atención el tono frío y seco de la conversación de mis interlocutores»^[22].

Ese mismo día, tras su conversación telefónica con Negrín, Buiza había celebrado una reunión a bordo del buque insignia *Cervantes* con el comisario general Bruno Alonso, el Estado Mayor Naval y los capitanes de los principales acorazados para informarles del regreso del presidente. Buiza habló en términos virulentos que dejaban pocas dudas de su postura:

A pesar de la llegada de Negrín, teniendo en cuenta que este no había cumplido ninguna de las promesas que había hecho y sí realizaba una política de engaño y burla de la verdad, el mando de la Flota (almirante y comisario político) iba a entrevistarse con él para pedirle que concretara lo que pensaba hacer, a fin de sacar el mejor partido posible de la crítica situación creada y exigirle pruebas de sus promesas, ya que de discursos vanos estaban hartos el pueblo y los combatientes ... Negrín es, en concepto de sus propios subordinados, un impostor peligroso al que resulta necesario interpelar con rudeza. No inspira confianza. Rodeado de comunistas —únicas personas que han accedido a acompañarle—, todo cuanto intente para remediar el estado de descomposición, sirviéndose de sus colaboradores inmediatos, se estimará como un reto. Una obediencia vergonzante le simula, entre los jefes militares, acatamientos. Solo el jefe de la Flota se le enfrenta sin máscara y le dice lo que siente. Sacrifica la subordinación a la lealtad. El enojo extravía el juicio de Negrín. Buiza dice pública, honradamente, lo que, cínicamente, condenan y desaprueban Casado y Matallana, preparados moralmente para derrotar a Negrín...^[23]

El 10 de febrero a última hora de la noche, Miguel Buiza y Bruno Alonso llegaron a Valencia para asistir a una reunión con Negrín en la que pretendían transmitirle lo que había sido anunciado al Estado Mayor Naval en Cartagena. Puesto que Negrín, como es comprensible, estaba demasiado exhausto para recibirlos, Buiza regresó a Cartagena. La mañana del 11 de febrero, Negrín y Álvarez del Vayo se citaron con Miaja en Valencia. Antes de la reunión, un ataque aéreo franquista hizo que Alonso y Miaja tuvieran que acompañar a Negrín y Del Vayo, ambos todavía en pijama, a un refugio subterráneo. En la posterior reunión en el despacho de Miaja, donde Alonso habló de la situación de la flota, hizo gala de una sinceridad brutal al afirmar que seguir resistiendo era absurdo y al quejarse de la preponderancia comunista. El presidente estaba furioso. Alonso se fue a Cartagena y de camino se cruzó con Buiza, que volvía para la reunión pospuesta con Negrín, Miaja, Matallana y Casado. Cuando los cuatro se encontraron finalmente con Negrín, ninguno mencionó la reunión mantenida tres días antes en Los Llanos, donde habían acordado que era imposible seguir resistiendo. Buiza dio un parte sobre la moral de la flota, que era igual de deprimente que el de Alonso. Amenazó agresivamente con alejar a la flota de Cartagena debido a los constantes bombardeos aéreos franquistas. Casado y Matallana reprendieron cínicamente a Buiza por su tono irrespetuoso. Negrín preguntó a Buiza si era su opinión personal o reflejaba un parecer generalizado, a lo cual repuso que representaba el sentir de toda la flota.

Después, Negrín afirmó categóricamente que no podía alejarse a la flota de Cartagena «porque todos los combatientes consideraban la flota como una seguridad para el caso de una evacuación y que además para importar los elementos necesarios para la lucha, necesitábamos conservar la Escuadra». Cuando Negrín se marchó, Casado y Matallana felicitaron a Buiza por su discurso y dijeron que no habían podido apoyarlo durante la reunión porque se había organizado con tan poca antelación que no hubo la posibilidad de consultar a sus Estados Mayores. Con independencia de si eso era cierto, en el encuentro se produjo la consolidación de los vínculos conspiratorios entre Casado, Matallana y Buiza^[24].

Tanto Del Vayo como Negrín se sintieron profundamente consternados por el derrotismo expresado por los allí presentes. Del Vayo escribiría más tarde:

Aunque aparentemente se nos recibió con todos los indicios de lealtad y respeto, noté que nos consideraban dos invitados inesperados cuya llegada había desbaratado un programa trazado cuidadosamente y en secreto. Nuestras palabras de aliento no hallaron eco en sus corazones, que estaban muertos a toda reacción vigorosa y solo anhelaban el final temprano de las hostilidades. La única obsesión de esos hombres —apenas velada por el lenguaje convencional de la disciplina— era acabar con la guerra fuese como fuese. Antes de partir aquella noche, el doctor Negrín me dijo: «¿Ha visto eso? Los rebeldes no necesitan divisiones motorizadas contra gente con ese ánimo. Unas cuantas bicicletas bastarían para romper el frente».

Negrín y Del Vayo ignoraban el alcance y la frecuencia de los contactos de Casado con los servicios secretos franquistas y sus conversaciones explícitas con Miaja, Matallana, Buiza y Mera acerca del derrocamiento del Gobierno^[25]. La reacción de Buiza debió de resultar especialmente desconcertante para Negrín. Sus esperanzas de evacuar a quienes corrían peligro dependían de la protección que pudiera ofrecer la flota a los barcos mercantes. Buiza estaba confirmando lo que Negrín ya sabía. Por supuesto, era consciente desde hacía mucho de que no contaba, como sí ocurría en el ejército, con un núcleo de altos mandos de confianza. De hecho, el cuerpo de oficiales de la Armada estaba plagado de colaboradores franquistas. Esto explica por qué la flota había hecho tan poco para proteger los envíos de suministros a la República a base de obstruir a los acorazados italianos que atacaban a esos barcos^[26].

Uribe también visitó a Miaja en su cuartel general con otros ministros y fue tratado aún con mayor desdén: «Este nos recibió en pijama, así estuvo todo el tiempo que permanecimos allí. Era una demostración de que para él, el Gobierno era menos que nada, pues recibir en pijama a cualquiera es una falta de consideración y respeto, recibir así a sus superiores tratándose de un militar era el colmo del menosprecio»^[27]. El hecho de que Negrín tratara asuntos todavía vestido con el pijama reflejaba su determinación de lidiar con la abrumadora envergadura de sus responsabilidades. En el caso de Miaja era más bien un síntoma de la habitual dejadez de un hombre cuya reputación se había cimentado en la campaña propagandística de 1936 que lo presentaba como el héroe de la defensa de Madrid.

A mediodía del 12 de febrero, apenas treinta y seis horas después de llegar a Madrid, Negrín se reunió con Casado durante cuatro horas. El único testimonio de esa reunión es el que aparece en las dos versiones de las memorias de Casado. En la primera edición, la inglesa, dice que el encuentro ocurrió el 25 de febrero. Las dos versiones retratan a un Casado valiente y honesto que se enfrenta a Negrín. Sin embargo, ambas versiones también dejan claro que, dado que sus planes para el golpe se hallaban muy avanzados, Casado no fue demasiado sincero con Negrín. Después de que el presidente del Gobierno le contara el final de la guerra en Cataluña, Casado afirma que él presentó un informe tremendamente pesimista sobre la situación en la zona central. Dijo que la pérdida de la industria bélica catalana había reducido a la mitad la capacidad armamentística de la República. Junto a la escasez de materias primas, eso significaba que era imposible producir el mínimo indispensable para mantener el esfuerzo bélico. Casado enumeró la desalentadora lista de armas, tan escasas que las unidades enemigas tenían hasta tres veces la potencia de fuego de unidades equivalentes republicanas: morteros, tanques, baterías antiaéreas, artillería y armas automáticas. La ropa y la alimentación de las tropas era muy deficiente. Pese a las duras condiciones del invierno, las fuerzas destinadas en las montañas tenían que usar alpargatas, ya que no había botas disponibles. Su repaso a la aviación disponible fue incluso más negativo, y apuntó que la superioridad numérica y tecnológica de la aviación franquista era tal que enviar a los pilotos al combate era condenarlos a muerte.

A continuación, presentó el alarmante estado de la población civil en Madrid, al borde de la hambruna. Las raciones diarias eran de 150 gramos de pan y 100 gramos más de otros alimentos. La falta de combustible hacía casi imposible cocinar. En su versión, le insinuó a Negrín que la ensordecedora petición de paz hacía necesaria la rendición: «La población civil de Madrid que, durante treinta meses, ha derrochado valor, abnegación y espíritu de sacrificio no se recata en voz alta que está harta de la guerra y quiere la paz». Luego comparó este terrible panorama con una descripción de la concentración de fuerzas enemigas que preparaban el asalto final a la capital y lo que supondría:

En tales condiciones, la caída de Madrid será inevitable, con grandes pérdidas en vidas que serán estérilmente sacrificadas y con probable riesgo de que, por temor a las represalias, por un fenómeno de miedo colectivo, el pueblo y las tropas conviertan Madrid en un montón de ruinas dada la enorme cantidad de materias explosivas que hay disponibles en la capital de la República.

Pero si este encuentro ocurrió el 12 o el 25 de febrero, o incluso si no llegó a ocurrir, es una pregunta sin respuesta, a la luz de una carta que sí envió a Negrín. Fechada el 15 de febrero, la primera mitad era una diatriba contra la politización de las fuerzas armadas como resultado de la guerra:

Este hecho lamentable ha traído como consecuencia que nuestro bravo y abnegado Ejército haya padecido el morbo de las apetencias políticas, de tal suerte que la casi totalidad de los organismos que lo integran son verdaderos feudos políticos, en los que se procura hacer la vida imposible a quienes no comulgan con la idea que en cada uno prevalece.

La segunda mitad, escrita en términos serviles, coincide en general con lo que cuenta en sus memorias. Hay, sin embargo, una diferencia crucial. Sin entrar en los detalles que aparecen en sus versiones posteriores, afirmó abiertamente: «El pueblo, con su fina intuición, ha perdido la fe en nosotros, no quiere la guerra y vive, con una moral de derrota, en un régimen de hambre. Las tropas están bajas de moral, mal alimentadas y peor vestidas». Anunció que una gran ofensiva enemiga era inminente y que solo había alimentos para dos días. Pero en vez de proponer la rendición, sugirió algo que no difería mucho de la idea del propio Negrín: «Ha llegado la hora dolorosa para nuestro querido pueblo, de suspender la lucha, si el enemigo garantiza la salida de España de todos los extranjeros y la amnistía general inspirada en un propósito humanitario». Al mencionar esas exigentes condiciones a Franco, Casado intentaba eludir las sospechas de Negrín acerca de sus intenciones de capitular cuanto antes.

Comprensiblemente, ni en las versiones posteriores ni en la carta, mencionaba Casado sus contactos con la Quinta Columna. Negrín le dijo que los británicos y los franceses no habían apoyado sus propuestas para una rendición sin represalias. Por tanto, dijo, la única opción era resistir hasta que fuera posible convencer a Franco de que aceptara renunciar a represalias masivas. Le dijo a Casado que era optimista respecto de la posibilidad de traer desde Francia la inmensa cantidad de material bélico que el Ejército de Cataluña se había llevado consigo en la retirada. Casado discrepaba, y señalaba que era hartamente improbable que los franceses permitieran el regreso de ese material bélico, y que aunque lo hicieran, el reto logístico de traerlo a España era inasumible. Recordó también a Negrín que Francia y el Reino Unido estaban ansiosos por reconocer a Franco en cuanto pudieran y que ya tenían agentes diplomáticos en Burgos. Por tanto, le recomendó a Negrín que convocara una conferencia con los mandos superiores del ejército, la marina y las fuerzas aéreas para recabar sus opiniones sobre qué debía hacer. Era casi seguro que Negrín ya tenía pensado convocar esa reunión, y lo hizo tres días más tarde. En ese momento, según Casado, le dijo: «Estoy de acuerdo con su criterio pero no puedo renunciar a la consigna de resistir». Más tarde Casado afirmó que eso le pareció la confirmación de que Negrín obedecía órdenes soviéticas, una idea extraña que aparece en la obsequiosa versión de 1968 pero no en la anterior de 1939, ni es tampoco coherente con la carta a Negrín del 15 de febrero. El mensaje de esa carta no era incompatible con la visión de Negrín, sin relación con ninguna orden soviética, de que la amenaza de una resistencia continuada era la única moneda de cambio disponible en las negociaciones con Franco ^[28]. La reunión con Casado, sumada a las celebradas en días anteriores con Miaja, Matallana y Buiza, probablemente dejaron a Negrín escasas dudas sobre el alcance del derrotismo en las más altas esferas de las fuerzas armadas y, en especial, su Estado Mayor.

Según Edmundo Domínguez, quien, como comisario en jefe del Ejército del Centro, lo veía con frecuencia, Casado manifestó una considerable ansiedad tras ese encuentro. Había abandonado la reunión convencido de que Negrín no confiaba en él y temía ser destituido o incluso que su vida corriera peligro. Había oído rumores de que iba a ser sustituido por Modesto, y expresaba sus miedos con una bravuconería agresiva y con amenazas de lo que haría si se adoptaban medidas contra él: «Tengo tomadas mis precauciones contra un acto de fuerza contra mí». En tono jactancioso, afirmaba: «Yo tengo en Madrid y en España un prestigio y una confianza ante el pueblo, el verdadero pueblo que sufre y calla, y haré lo que quiera». Casi se diría que estaba hablando consigo mismo, tratando de apaciguar sus miedos interiores por las consecuencias de lo que iba a hacer ^[29].

Cabe recordar que, en los días previos a esta reunión con Negrín, Casado había estado esperando confirmación de las generosas condiciones que los representantes de la Quinta Columna le habían asegurado que llegarían de Franco. El 15 de febrero, tres días después de hacer entrega a Negrín de la misiva con sus duros requerimientos para el armisticio, recibió la tan deseada carta de su amigo el general Fernando Barrón y Ortiz, que confirmaba la benevolencia del Caudillo. En una discreta referencia a la disconformidad de Casado con la política de Negrín, Barrón se interesaba por su salud y le aconsejaba tener «fe ciega en el tratamiento que había de curarle de su enfermedad». Casado contestó a través de su contacto en la Quinta Columna, el profesor Julio Palacios, que todo estaba «preparado para el asalto de los reductos comunistas, al grito de ¡Viva España y muera Rusia!». Totalmente satisfecho, Casado transmitió el mensaje a Miaja y a los demás. Es asombroso que Casado se creyera la afirmación del SIPM dado que muchos oficiales, por no hablar de decenas de miles de civiles, habían sido ejecutados por la extraña acusación de «rebelión militar», es decir, por no haberse unido al Movimiento Nacional. Quizá Casado cayó seducido cuando le dijeron que Franco solo quería negociar con él ^[30].

Sin duda, el texto había sido leído, si no dictado, por el propio Franco. La expresión «fe ciega» era una de sus expresiones favoritas. Casado había sido objetivo de los servicios de espionaje franquistas desde hacía mucho tiempo. Era el candidato obvio, profundamente conservador y con amigos influyentes en el peripatético cuartel general de Franco conocido como «Terminus». Era el jefe de las fuerzas republicanas en

la zona en la que se lanzaría el próximo gran ataque. Durante la batalla del Ebro y la ofensiva contra Cataluña, había demostrado una simpatía encubierta por los rebeldes al poner obstáculos decisivos en las maniobras de distracción de Rojo. Con cierto grado de exaltación de sí mismo, Casado logró convencerse de que el final de la guerra sería algo negociado entre él y Franco. De manera aún menos realista, llegó a creerse —o al menos a comentar a otras personas a las que trató de reclutar para sus planes— que Franco incorporaría a altos mandos que habían servido a la República en las fuerzas armadas de posguerra. El 16 de febrero, después de que Casado recibiera la carta de Barrón, la Organización Antonio informó al cuartel general de Ugría en Burgos de que el primero había dicho:

Juego limpio. Respondo de que en mi sector [una referencia al Ejército del Centro] no habrá ofensiva y si se intentara en otro, la desbarataría dentro de los tres días, según está convenido, entre otros, con varios ministros [una referencia a aquellos que planeaba incluir en su golpe]. Espero la constitución de un Gabinete Besteiro, en el cual ocuparía la cartera de Guerra. Si esto último no ocurriera, no importa, los barrería a todos. Como plazo máximo de entrada de las fuerzas nacionales en Madrid señalo el de 15 días.

En cuanto a los detalles de cómo se produciría la rendición, Casado dijo a Medina que tenía en mente un plan perfecto. Estaba convencido de que podría conseguir que las fuerzas de Franco entraran en Madrid sin disparar un solo tiro. También estaba seguro de que su victorioso desfile, sin oposición alguna, sería admirado universalmente y pasaría a la historia. Las recompensas que exigía por esa asombrosa oferta eran limitadas en extremo. Solo pidió clemencia para su Estado Mayor. Lamentaba que no fuese posible impedir la huida de «algunos destacados dirigentes y cabecillas rojos». Sin embargo, prometió que muchos se quedarían en Madrid y que serían arrestados^[31].

Los dos días posteriores a su regreso, Negrín celebró reuniones del Gabinete. En la primera, cerca de Valencia, anunció que Madrid sería una vez más la sede de Gobierno^[32]. La decisión era eminentemente simbólica y pretendía levantar el ánimo de la población. Madrid no estaba a salvo en absoluto. El frente de la Casa de Campo se hallaba a apenas tres kilómetros en tranvía de las oficinas del presidente en la Castellana. Togliatti estaba convencido de que era un grave error por parte de Negrín declarar que Madrid volvía a ser la capital de la España republicana. Su razonamiento era que los ministros no podrían trabajar allí y que, en cuanto se produjera un avance enemigo de relevancia, tendrían que ser evacuados a Albacete o Cartagena. De hecho, una semana después se realizaron disposiciones para instalar ministerios en áreas más seguras de la zona centro-sur y en Levante^[33]. (Todos sus ministros lo habían seguido hasta España, con la salvedad del ministro sin cartera José Giral, que se quedó con Azaña, y Francisco Méndez Aspe, ministro de Hacienda, que estaba realizando negociaciones cruciales para el Gobierno en París).

El día después de la segunda reunión del Gabinete, celebrada en Madrid el 12 de febrero, Negrín protagonizó una profética retransmisión en la que alentaba a la población a seguir luchando:

O todos nos salvamos o todos nos hundimos en la exterminación y el oprobio ... Solo si todos y cada uno de vosotros, ejército, hombres, mujeres, organizaciones sindicales, partidos, prensa, todos, os confundís en un común esfuerzo y dais de sí cuanto podáis dar, le será posible al Gobierno dirigir la resistencia hasta lograr los fines por los que viene luchando el pueblo español, y que no son otros que el asegurar la independencia de España y el evitar que nuestro país se sumerja en un mar de sangre, de odio y de persecuciones que hagan imposible por muchas generaciones una patria española unida por algo más que la dominación extranjera, la violencia y el terror^[34].

Una vez en España, Negrín emprendió la enorme tarea de reorganizar las redes de distribución de alimentos y las fuerzas militares del centro para facilitar la resistencia hasta que comenzara la guerra en Europa o, al menos, hasta que pudiera planear una evacuación masiva y garantizar el menor número de muertes republicanas posible. Sabedor de que Franco estaba decidido a imponer una rendición incondicional y de que seguiría una política de «depuración», y abrigando la más leve esperanza de que se produjeran cambios en la situación europea que habrían ayudado a la República, la única opción de Negrín era utilizar los recursos que tenía a su disposición para presionar a Franco para que declarara públicamente que no tomaría represalias contra la población derrotada. Negrín creía, y con razón, que la capitulación abriría las compuertas de una matanza masiva. La resistencia en la zona centro-sur no consistía en luchar hasta la muerte, sino en crear las condiciones necesarias para una retirada controlada, manteniendo el

dominio republicano de las instalaciones aéreas, de las carreteras de la costa sudeste y de puertos mediterráneos clave desde los cuales pudiera efectuarse la evacuación masiva de los republicanos en mayor situación de riesgo^[35].

Fundamentalmente, Negrín creía que debía fortalecer la posición de la República para convencer a Franco de que le interesaba sellar la paz, y hacerlo con la garantía de que no habría represalias contra los civiles. La zona centro-sur la conformaban diez provincias, diez millones de habitantes, numerosas ciudades importantes, entre ellas la capital, y cuatro grandes puertos en Alicante, Valencia, Almería y Cartagena. Los diversos contingentes del Grupo de Ejércitos Republicanos de la Zona Centro sumaban medio millón de hombres. La flota republicana capitaneada por el contralmirante Buiza estaba compuesta de tres cruceros, trece destructores, siete submarinos, cinco buques torpederos y dos lanchas cañoneras. Donde se apreciaba una considerable debilidad era en la aviación. No obstante, la fuerza militar de la República no indicaba que Negrín debiera ofrecer de inmediato una rendición incondicional. Por ello, tanto él como sus embajadores en Londres y París, Pablo de Azcárate y Marcelino Pascua, trabajaron para recabar el apoyo británico y francés a fin de presionar a Franco para que aceptara sus tres puntos^[36].

Pese a los notables recursos que todavía poseía la República, las esperanzas de Negrín eran a lo sumo endebles, ya que, cuando las últimas fuerzas republicanas cruzaron la frontera con Francia, Londres ya había decidido reconocer a Franco. El 8 de febrero, el Gabinete británico había tomado esta decisión a todos los efectos en cuanto cesaran las hostilidades y sin exigir unas condiciones concretas. Lord Halifax, ministro de Asuntos Exteriores, había afirmado: «Para él estaba claro que el general Franco iba a ganar la guerra, y pensaba que, cuanto antes se congraciara este país con él y recuperara el territorio perdido, mejor». Se esgrimió el hecho de que el reconocimiento de Franco significaría que las tropas del Gobierno eran consideradas rebeldes y, por tanto, no podría adoptarse mientras prosiguiera una resistencia significativa. En respuesta a ello, el ministro de Asuntos Exteriores respondió que tenía miedo de verse en una posición en la que la guerra de guerrillas continuara durante un tiempo considerable sin cambios sustanciales en la situación. No obstante, él y el primer ministro dijeron que se complacerían en proceder con el reconocimiento siempre y cuando las circunstancias lo permitieran. Sin embargo, no se tomó ninguna decisión sobre cuándo llevarlo a cabo y anunciar la decisión^[37]. En una nota alarmante, la intención del Gobierno de Su Majestad no era exigir a Franco el compromiso de que se abstuviera de tomar represalias. El Ejecutivo de Neville Chamberlain estaba ansioso por la llegada del final de la guerra en España lo antes posible, ya que su continuación ponía en peligro su política de apaciguamiento. Creyendo que mientras la guerra continuara, Franco seguiría endeudado con Alemania e Italia, Chamberlain y su Gabinete esperaban que, una vez que cesaran las hostilidades, el Caudillo se vería obligado a recurrir a Gran Bretaña y Francia para solicitar el capital necesario a fin de reconstruir la devastada economía española. Según dijo el subsecretario de Asuntos Exteriores al representante diplomático de Estados Unidos: «Aunque todavía no se ha tomado una decisión definitiva, su opinión actual es que el reconocimiento: (1) debería ser concedido rápidamente y (2) que no debería estar supeditado a las condiciones de actuación por parte del general Franco». Asimismo, aseguraba que la decisión era inminente y que se tomaría con la convicción de que después del reconocimiento habría más posibilidades de influir en Franco que antes^[38].

El 15 de febrero, el Gabinete británico decidió:

- (1) Que era deseable que el Gobierno de Su Majestad reconociera al general Franco en breve.
- (2) Que, a ser posible, el reconocimiento debía llegar después de la rendición de las fuerzas del Gobierno español, pero que si las autoridades españolas actuaban con obstinación y se prolongaban las negociaciones, tal vez sería necesario que el reconocimiento del Gobierno del general Franco precediera al cese de las hostilidades.
- (3) Autorizar al ministro de Asuntos Exteriores, con el asesoramiento del primer ministro, que enviara los telegramas necesarios para dar efecto a esas decisiones.
- (4) Autorizar al primer ministro y al ministro de Asuntos Exteriores, si los acontecimientos hacían necesario que el general Franco fuese reconocido antes de la siguiente reunión semanal del Gabinete, para que emprendieran las acciones necesarias sin más consultas al Gabinete^[39].

El 14 de febrero, Pablo de Azcárate, embajador republicano en Londres, visitó a Lord Halifax y afirmó que la República tenía capacidad para seguir resistiendo, pero que estaba dispuesta a considerar una paz negociada basada en los tres puntos de Negrín. Se acordó que el Gobierno de Su Majestad actuaría meramente como «canal de comunicación» y que no presionaría a Franco. Se reunieron de nuevo dos días después, y Halifax mostró a Azcárate un telegrama que sería remitido a Franco a través de *sir* Robert

Hodgson, agente diplomático británico en Burgos, en el cual se solicitaba el compromiso de permitir que los altos cargos republicanos salieran de España y que se abstuvieran de represalias. Halifax pidió a Negrín que aceptara la negociación de la rendición sobre esta base.

Sin embargo, habida cuenta del control que ejercía Casado sobre las comunicaciones telefónicas y telegráficas, Azcárate no pudo transmitírselo a Negrín hasta que hubo pasado el plazo de Halifax. Pero poco importaba, pues Chamberlain ya había tomado la decisión de reconocer a Franco^[40].

El 18 de febrero, la embajada británica en Washington envió un memorándum al Departamento de Estado que revelaba que el único motivo de la demora en el anuncio del reconocimiento era el deseo del Gobierno francés de obtener garantías de Franco, para lo cual había enviado de nuevo a Léon Bérard a Burgos. La ineficaz actitud de Londres hacia Franco se resumía en el confuso comentario de que «aunque el Gobierno de Su Majestad reconoce su derecho [de Franco] a decidir la respuesta, de haberla, a este comunicado, considera que la valoración del mismo podría abrir la posibilidad de una solución pacífica». Bonnet fue informado de que «el Gobierno de Su Majestad preferiría el pleno reconocimiento sin condiciones». En Burgos, *sir* Robert Hodgson recibió autorización para trasladar a Franco que «se facilitaría» el reconocimiento «si aceptaba las condiciones contempladas en el comunicado del Gobierno español acerca del cese de las hostilidades y si estaba dispuesto a declarar públicamente que, una vez concluido el combate, no permitiría nada que no estuviese autorizado ni represalias políticas generales».

El 21 de febrero, el Gobierno británico recibió un telegrama de Hodgson que contenía la respuesta absolutamente falaz del conde de Jordana, ministro de Asuntos Exteriores de Franco. En él declaraba: «La España nacional ha ganado la guerra y el vencido no tiene más que rendirse incondicionalmente. El patriotismo, la caballería y la generosidad del Caudillo, de las cuales ha dado tantos ejemplos en las regiones liberadas, así como el espíritu de equidad y justicia que inspira todos los actos del Gobierno nacional, constituyen una firme garantía para todos los españoles que no sean criminales. Los tribunales de justicia se limitarán a procesar y juzgar a los autores de crímenes, aplicando las leyes y los procedimientos existentes antes del 16 de julio de 1936 y dentro de los límites fijados por ellas. Si prolongando una resistencia criminal los jefes rojos continúan sacrificando vidas y vertiendo más sangre exclusivamente en sus propios intereses personales, y como el Gobierno nacional y el Caudillo están exentos de todo espíritu de represalias, lo único que conseguirán será provocar el aplazamiento de esa demencial resistencia y agravar sus propias responsabilidades». A la luz de esto, Halifax expresó al Gabinete que, en su opinión, «el rumbo adecuado era aceptar el mensaje como la mejor garantía que podíamos obtener y reconocer al general Franco sin más demora»^[41].

Gracias a Azcárate, Negrín obtuvo notificación del deseo urgente del Gobierno británico de poner fin a la guerra de forma inmediata. Al mismo tiempo, se dio cuenta del grado de agotamiento causado por el conflicto y del derrotismo que imperaba entre la población civil e incluso entre algunos altos mandos. Casado estaba haciendo todo lo que podía por obstaculizar la labor de los comisarios políticos, que consistía en levantar la moral de las tropas. También estaba al corriente del creciente éxito de las actividades de la Quinta Columna. No obstante, sus visitas a varias zonas del frente lo convencieron de que la moral seguía alta entre los soldados: «A diferencia de lo que acontecía en otros sectores, el ejército combatiente, cuando sin engaños ni desfiguraciones, se enfrentaba con la realidad, rechazaba todo *appeasement* y quería seguir luchando hasta lo último». En aquel momento creía que había reservas suficientes de armamento y comida para seguir resistiendo seis meses. Además, estaba convencido de que llegarían cuantiosos suministros del extranjero, en especial cazas y cañones antiaéreos. Sin embargo, pensaba, volviendo la vista atrás, que los derrotistas habían hecho todo lo posible por socavar el reparto de comida y material. En ese sentido, el derrotismo había conducido al acaparamiento. Negrín no solo se vio frustrado por las maquinaciones británicas y la hostilidad oficial francesa, sino también por divisiones internas en lo que restaba del Frente Popular. Asimismo, pronto quedaría meridianamente claro que las esperanzas de que llegara armamento no se materializarían y que había suministros de comida para apenas un mes^[42].

Pese a la opinión extendida de que la resistencia era imposible, Negrín no era el único que veía con optimismo la posibilidad de aguante de la República. La víspera de la derrota en Cataluña, el coronel Henri Morel, agregado militar francés, daba el siguiente parte al ministro de Defensa en París: «Parece poco probable que las fuerzas republicanas puedan oponer al ejército nacionalista una resistencia victoriosa, pero el Ejército del Centro, incluso con Madrid perdido, puede transformar los vastos espacios de los que dispone todavía en un inmenso Rif y aguantar. ¿Querrá combatir hasta la muerte? ¿Querrá aguantar? Esta es la cuestión»^[43].

La mañana del 16 de febrero de 1939, tal como se había acordado con Casado, Negrín mantuvo una reunión de cinco horas con los altos mandos de las tres fuerzas armadas de nuevo en Los Llanos^[44].

Estuvieron presentes los generales Miaja, Matallana Gómez, Leopoldo Menéndez (Ejército de Levante), Carlos Bernal García (comandante de la base naval de Cartagena), los coroneles Casado (Ejército del Centro), Domingo Moriones Larraga (Ejército de Andalucía) y Antonio Escobar Huertas (Ejército de Extremadura), el teniente coronel Antonio Camacho Benítez (jefe de las fuerzas aéreas de la zona centro) y el comandante de la Armada republicana, el contralmirante Miguel Buiza Fernández-Palacios. Tras la caída del frente catalán, Negrín les informó de sus infructuosos esfuerzos por conseguir que los gobiernos británico y francés mediaran una paz sin represalias. En vista de ese fracaso y de la posibilidad de que la situación internacional pudiera cambiar, argumentó que la única opción era seguir con la resistencia para conseguir una paz con garantías. Luego hubo una pausa para el almuerzo.

Cuando se retomó la reunión a las tres de la tarde, Negrín, que había llegado a la conclusión de que los ánimos de los soldados de a pie parecían buenos, se sorprendió por la vehemencia con la que Matallana afirmó, en los mismos términos que Casado cuatro días antes, que era imposible continuar resistiendo y que era necesario poner fin a la guerra lo antes posible. Bernal terció que el estado de ánimo en la base de Cartagena era irremediablemente derrotista. La crónica más desalentadora, y la más complaciente para Casado, fue la del contralmirante Buiza. Este declaró que la flota abandonaría aguas territoriales españolas si no se firmaba la paz a la mayor brevedad. Alegó asimismo que un comité de las tripulaciones le había informado de que no estaban dispuestas a tolerar los bombardeos diarios de Franco, contra los cuales carecían de defensas antiaéreas. Por el contrario, el general Menéndez y los coroneles Escobar y Moriones dijeron que, pese a la escasez de material, sus ejércitos probablemente serían capaces de resistir cuatro o cinco meses más, aunque no creían que tuviera sentido. Cuando los allí presentes preguntaron a Negrín por qué no hacía un llamamiento a un tratado de paz inmediato, este respondió: «Porque pedir la paz es provocar una catástrofe». Para gran consternación de Casado, Miaja se mostró favorable a continuar resistiendo^[45]. Casado quedó desconcertado porque veía (según afirmaría más tarde) que durante la reunión celebrada el 2 de febrero en Valencia con Miaja, Matallana y Menéndez, los cuatro habían coincidido en la necesidad de derrocar a Negrín. Su recuerdo de esa comida no era compartido por los otros tres comensales^[46].

Según Álvarez del Vayo y Mariano Ansó, todos los altos mandos, a excepción del contralmirante Buiza, dieron la impresión, al menos verbalmente, de que aceptaban que «lo que el Gobierno había intentado conseguir durante semanas era lo mínimo que podía pedirse a cambio de deponer las armas»^[47]. Buiza fue más allá de lo que había dicho en la reunión previa en Valencia y amenazó con retirar a la flota de aguas españolas si Negrín no iniciaba unas negociaciones de paz serias. En la práctica, Buiza estaba respondiendo a los indicios de desafección de sus altos mandos, que se quejaban de que la flota, carente de una cobertura aérea adecuada, sufría bombardeos constantes en su base de Cartagena. El coronel Camacho mencionó la falta de aviones. Buiza contó con el apoyo del general Bernal García. Dado que muchos mandos de la Armada pensaban igual, Negrín no juzgó prudente reprender a Buiza por su insubordinación. No contaba con sustitutos de confianza y le preocupaba que una reacción contundente pudiera causar una revuelta naval. Por el contrario, pronunció un discurso en el que alababa el heroísmo de las fuerzas armadas y recibió una gran ovación de los altos mandos allí presentes. Sin embargo, en cuanto el presidente abandonó la reunión, Matallana y Casado se acercaron a Buiza para felicitarlo y asegurarle que aprobaban su firme postura con Negrín^[48]. Casado consideraba a Buiza un elemento crucial de sus planes, pero al parecer no se dio cuenta del peligro potencial que ocultaban las amenazas de un hombre al que la terrible situación personal tras el suicidio de su esposa había vuelto tan volátil.

Álvarez del Vayo y Francisco Méndez Aspe no llegaron a tiempo para la reunión en Los Llanos, pero asistieron a la cena posterior. A Álvarez del Vayo le sorprendieron las actitudes de los altos mandos, que oscilaban entre la hostilidad y una fría reserva. Jesús Hernández conjeturó que una consecuencia perjudicial del encuentro en Los Llanos fue permitir a los derrotistas que poblaban el Estado Mayor General demostrar hasta qué punto eran habituales sus posturas. Uribe dedujo por sus conversaciones con Negrín que, al parecer, el presidente no era del todo consciente de que el anticomunismo de los oficiales que participaron en la reunión era también antinegrinismo^[49]. Después de la deprimente reunión, y pese a su optimismo con respecto al ánimo de las tropas combatientes, Negrín se dio cuenta de que hacía frente a problemas casi insalvables. Esa sensación se intensificó al recibir otra amarga carta escrita por Vicente Rojo tras la reunión en la que Zugazagoitia y Méndez habían transmitido las órdenes de Negrín para que él y Jurado regresaran a España:

Se nos dice que nuestra presencia es indispensable en la zona central para dar al mundo la sensación de una organización completa del Estado y para colaborar con V. en la obra de la última

fase de la guerra para la que se ha dado la consigna de la resistencia; pero al mismo tiempo se nos dice que realmente se trata de organizar la salida de esa zona de todos los que están comprometidos, que la orden de resistencia y la actitud firme de continuación de la guerra no tiene otro objeto que poder especular con Francia e Inglaterra para buscar una salida airosa. Es decir, que se trata de un truco de orden político, pero con el contrasentido de que se persigue la salida de la mayor cantidad de gente de esa zona y en cambio se ordena que vayan el mayor número posible de jefes y comisarios^[50].

La ambigüedad de la postura de Rojo se dejaba entrever en una misiva que mandó a Miaja el 19 de febrero. En ella, Rojo lo felicitaba por su ascenso a comandante supremo del ejército, la armada y las fuerzas aéreas republicanas. También hacía referencia al viaje realizado a Francia tres días antes por el capitán Antonio López Fernández, secretario de Miaja. En el consulado español en Perpiñán, López había intentado convencer a Negrín de que se quedara en Francia y de que el presidente Azaña concediera a Miaja permiso para negociar la paz con los rebeldes. En su carta, Rojo mencionaba el informe verbal sobre la situación militar que había ofrecido a López, indicándole que se lo hiciera llegar a Miaja. También afirmaba que daba por sentado que Matallana lo había mantenido al corriente de la información que Rojo le participaba. La carta concluía con un comentario ambiguo: «Le digo a Matallana que en cuanto necesiten Vds nuestra presencia en esa para lo que sea nos lo indiquen pues tenemos el equipaje hecho y estamos dispuestos a salir por indicación de Vds aunque sea para suicidarnos juntos»^[51].

Rojo sabía que Matallana era derrotista y que mantenía contacto con la Quinta Columna. No obstante, cuesta creer que supiera que había llegado al extremo de declarar que estaba a las órdenes del SIPM^[52]. Matallana entregó un mapa e información detallada sobre la posición de las principales unidades republicanas en la zona centro-sur. Al terminar el conflicto, se rindió en su cuartel general de Valencia y fue sometido a un consejo de guerra en agosto de 1939. El fiscal franquista solicitó la pena de muerte, pero fue condenado a treinta años de cárcel, de los cuales cumplió un corto período. El 12 de julio de 1940, la sentencia fue conmutada a doce años «por los servicios prestados a los nacionales». El 12 de mayo de 1941, fue reducida a «prisión atenuada», lo cual le permitía abandonar la cárcel durante el día y, el 30 de mayo, a libertad condicional. No es de extrañar un castigo tan moderado en comparación con el que se había impuesto a otros altos mandos como Escobar, que fue ejecutado, teniendo en cuenta su grado de colaboración con el enemigo.

En el juicio contra Matallana, numerosos miembros importantes de la Quinta Columna, incluidos el coronel Félix Muedra, el teniente coronel Antonio Garrijo, Diego Medina, José Centaño de la Paz y Manuel Guitián, declararon a favor suyo. El propio Matallana afirmó que su aportación al bando rebelde podían corroborarla figuras franquistas relevantes como Francisco Franco Salgado-Araujo, primo y ayuda de campo del Caudillo, y el general Luis Orgaz. Dos informes del SIPM atestiguaban que su compromiso con la causa nacionalista era «total». Diego Medina testificó que Matallana mantenía contacto frecuente con José Centaño de la Paz y Manuel Guitián y que les había facilitado información útil. En un obsequioso testimonio, José Centaño afirmaba que Matallana había estado en contacto con el SIPM a través del capitán Julián Suárez Inclán y que le había dado detalles de los movimientos de tropas y el número de efectivos de los grupos de ejércitos republicanos. «De no haber estado [Matallana] en el puesto que ocupaba, desde el que hacía toda la labor negativa que le era posible, hubieran sido mayores los trastornos en la zona roja», remachaba^[53].

Negrín se sintió desmoralizado por la desertión de Rojo y siguió intentando conseguir que volviera a España. El 27 de febrero le envió un telegrama a través de Marcelino Pascua en el que lo alentaba a retomar sus labores como jefe del Estado Mayor General^[54]. Es inconcebible que Negrín desconociera la convicción generalizada entre sus colaboradores más próximos de que una resistencia prolongada era imposible. Por ello, acabó entendiendo y pudo perdonar la postura de Rojo, pese a que su búsqueda de una paz justa lo obligaba a mantener la ficción de la resistencia continuada. Cuando Rojo se exilió a Argentina, Negrín le entregó 10 000 dólares, y Azaña manifestó a Giral que lo consideraba uno de «los protegidos de Negrín»^[55]. En un discurso pronunciado en Londres el 14 de abril de 1942, Negrín, que supuestamente no veía lógica en abrir viejas heridas, afirmaba que a Rojo le habían ordenado permanecer en Francia y garantizar el regreso a España de los hombres y el material que habían sido llevados al exilio. Por añadidura, rindió homenaje a la valentía y la habilidad de Rojo con unas palabras que no dejaban duda de su admiración y respeto por él:

Día llegará en que haya que poner de relieve la personalidad del jefe de Estado Mayor, quien por su seriedad y modestia no se ha destacado en proporción debida con su mérito y con el papel que ha

desempeñado en nuestra guerra. Sus cualidades militares específicas (serenidad imperturbable en los momentos más difíciles, valor a toda prueba, y sin alharacas, y una competencia extraordinaria como técnico militar, demostrada con las manos en la obra ... Es que coincidían además en el jefe de Estado Mayor una capacidad de trabajo inconcebible, formidables dotes de organizador, que sabe exprimir todo el rendimiento de sus colaboradores, de los que es mejor amigo, y sobre todo una discreción absoluta que había de ser fundamental en su cometido. Había además motivos privados que influían en la estimativa personal que de dicho jefe tenía el ministro responsable: su estrecho e inflexible sentido del deber, su espíritu de crítica, tan severo consigo mismo como amplio y benévolo con los demás, su integridad absoluta, caballerosidad irreprochable, un patriotismo de iluminado, y por encima de todo, el corazón noble y generoso de un hombre bueno. Cualidades todas ellas, y no en menor grado la última, que hicieron del general Rojo un colaborador admirado con el que se hacía fácil compartir los sinsabores de los momentos más amargos y difíciles).

Sin embargo, después de su himno de alabanza, Negrín lamentaba que Rojo no hubiese regresado a España:

Aunque la presencia del jefe del Estado Mayor en Francia se creía indispensable, su estancia solo había de ser breve y existían razones para presumir que sería imprescindible a la conducta de la guerra en las próximas semanas el que regresara inmediatamente a España. Quizá fue un grave error tal decisión, pues el Gobierno no se habría encontrado, como se encontró en el Centro, desasistido de consejo y de ayuda técnica capaz y leal, y es posible que el prestigio y conocimiento del personal militar por parte del jefe de Estado Mayor hubieran prevenido o cortado las intrigas que luego se desarrollaron ... Este error es una de las grandes responsabilidades contraídas por quien lo cometió. Pero quien actúa ha de saber arriesgar el equivocarse, y por otra parte los que por temor a error son inactivos, en su inacción pueden equivocarse siempre. Sirva esta consideración de lenitivo [\[56\]](#).

Basándose en estos comentarios de Negrín y en el hecho de que la historia oficial hilvanada posteriormente por el Partido Comunista español no criticaba a Rojo, Burnett Bolloten observaba que «ni Negrín ni el PCE deseaban entrar en conflicto con el hombre al que habían elevado al máximo puesto militar ... Haber condenado abiertamente su derrotismo y su desertión habría dado munición a sus oponentes y socavado la leyenda alimentada durante medio siglo y según la cual la derrota se debió enteramente a “traidores y capituladores”». No era cierto que Rojo hubiese cosechado su eminencia gracias a la influencia comunista. La acusación un tanto maliciosa de Bolloten podía tener cierta envidia en lo tocante a la historia oficial del PCE, pero es menos plausible en relación con el discurso pronunciado por Negrín en 1942. Tal vez hubo cierto elemento de cálculo político en el hecho de que Negrín siempre hizo lo posible por evitar ahondar las divisiones entre los exiliados, pero sus palabras también reflejan una admiración y una gratitud auténticas por los servicios prestados por Rojo a la causa republicana [\[57\]](#).

Abandonado por todos

Negrín, asaltado por las dudas sobre qué aliados militares y políticos eran de fiar, pasó gran parte de la segunda mitad de febrero realizando frenéticas visitas al frente. Según Ángel Pedrero García, jefe del SIM de la zona centro, Negrín estaba tan alicaído tras la reunión en Los Llanos que su comportamiento era propio de un loco:

Había llegado a tal situación de abatimiento que puede decirse que su proceder era el de un demente. Abandonado por todos y hasta de sus propios ministros, erraba por Madrid completamente trastornado, y era frecuente que dejando su coche a la puerta de la Presidencia abandonara el edificio por la puerta falsa para dirigirse al «Bar Chicote», donde pasaba largos ratos bebiendo whiskey. Otras veces marchaba solo para dar grandes paseos a pie, y a lo mejor se paraba mucho rato en la acera escuchando cómo un ciego tocaba su violín^[1].

Casado aseguraba que Vicente Girauta, director general de Seguridad, había dado parte de que Negrín había pagado a una prostituta^[2]. En el caso de que esos informes fuesen ciertos, revelan a un Negrín sometido a una presión inhumana y dejan entrever todavía más la mezquindad de sus acusadores.

La opinión nada objetiva de Pedrero hallaba eco en el otro extremo del espectro político en los comunistas que también describían el aislamiento de Negrín. Uribe alegaría más tarde que Negrín celebró solo dos o tres reuniones del Gabinete durante su último mes en España, y se quejaba de que desaparecía durante días y estaba incomunicado. Irene Falcón, la secretaria de Dolores Ibárruri y conocida de Negrín desde hacía mucho tiempo a través de sus vínculos comunes con el célebre patólogo Santiago Ramón y Cajal, creía que el presidente se encontraba en el extranjero recabando apoyos para la República^[3]. La realidad es que Negrín tenía relativamente poco acceso telefónico a sus ministros y debía recurrir al telégrafo para contactar con sus embajadores. Ese tráfico debía pasar por el cuartel general de Casado, que lo aprovechó para erosionar las negociaciones de paz de Negrín bloqueando la comunicación entre el presidente y sus embajadas en Londres y París^[4]. Para Negrín, el viaje de una zona de la España republicana a otra era una empresa precaria.

En cuanto al aislamiento, es cierto que, excepto Álvarez del Vayo, Méndez Aspe y los ministros comunistas, Uribe y Moix, buena parte del Gabinete de Negrín tenía poca fe en su política de resistencia. Los indecisos incluían a dos socialistas: Ramón González Peña, ministro de Justicia y presidente del PSOE, y Paulino Gómez Sáenz, ministro de Gobernación, ambos cercanos a Prieto. En una carta remitida a Negrín el 3 de julio de 1939, Prieto citaba los comentarios de González Peña sobre la situación a mediados de febrero:

Desde luego, el ambiente que se respira por todos estos contornos, tanto en el elemento militar como en el civil, es de liquidación, si bien algunos tratan de velarlo con el antifaz de la resistencia. Sin embargo, la gente más optimista está preocupadísima en cuanto al desenlace de esta situación ... A mi juicio, y conste que es un juicio personal, interesa que las personas influyentes de nuestro Partido y del movimiento obrero, tanto en Francia como en Inglaterra, sondeasen a los Gobiernos respectivos para saber cuál es el criterio que acerca de la terminación de esto tienen; pues yo, al menos, espero con temor que aguarden a que inicien una nueva ofensiva los facciosos para, en presencia de unos resultados que yo temo sean análogos a los de Cataluña, pidan nuestra entrega incondicional^[5].

Según Stoyan Minev (Boris Stepanov), el delegado de la Comintern, algunos ministros de Negrín estaban conspirando contra él. El principal blanco de sus críticas era Paulino Gómez Sáenz, que había sustituido a Julián Zugazagoitia como ministro de Gobernación en abril de 1938. En la exagerada versión de Stepanov, Gómez estaba ocupado organizando la huida de España de socialistas prietistas y fomentando políticas anticomunistas. Sin duda, Gómez tenía buenas razones para sentir hostilidad hacia el PCE, que, en octubre de 1938, había incumplido su prohibición de informar sobre el juicio a la cúpula del POUM lanzando virulentas incriminaciones de traición trotskista contra los acusados. Stepanov aducía que, poco después del regreso de Negrín de Francia, en una cena que ofreció a sus colegas de Gabinete se caldeó el ambiente hasta el punto de que hubo lanzamiento de sillas^[6]. Por el contrario, Zugazagoitia, predecesor de Gómez en Gobernación, lo alabó por pensar en todo «menos en su propia y personal seguridad» en el cumplimiento de sus deberes^[7].

Puesto que Pedrero era uno de los hombres de Casado y los comentarios citados arriba fueron hechos a sus interrogadores franquistas, es muy posible que se tratase de una exageración del lado oscuro de la psique de Negrín. Con todo, no es de extrañar que la reunión de Los Llanos le deprimiera. Un año antes, el sábado 22 de abril de 1938, Negrín se había reunido con Azaña, quien le dijo rotundamente que la guerra estaba casi perdida y se mofó de sus esperanzas de que seguir resistiendo le permitiría conseguir la mediación internacional para un acuerdo de paz razonable. La respuesta de Negrín fue una reveladora reflexión sobre su humanidad. Habló a Azaña de su temor a recibir un balazo y de otros miedos, y no obstante insistió en la necesidad de continuar resistiendo. Diez días después, el miércoles 3 de mayo de 1938, se citaron de nuevo y Azaña reiteró su convicción de que la resistencia era inútil. Negrín expuso lo que le costaba seguir resistiendo: «Habla de su miedo. Y de que llora mucho. Y de los ataques de angina de pecho. Y que no importa su reputación». Al parecer, siempre llevaba pastillas de trinitroglicerina como respuesta inmediata a la angina, además de somníferos^[8]. El enorme peso de la responsabilidad que llevaba sobre sus hombros, sumado al insomnio y otros problemas de salud, explicarían sobradamente su estado depresivo.

Stepanov afirma que, después de la cena en la que se arrojaron sillas, Negrín partió furioso hacia el frente y comentó a su ayudante que, con suerte, le alcanzaría una bala enemiga y de ese modo resolvería las difíciles cuestiones que tenía ante sí. Esto no es equiparable a las tendencias suicidas de las que hablaban algunos, aunque encaja en su disposición a ofrecerse a Franco como víctima sacrificial. El incidente descrito por Stepanov también era relatado por el anarquista Joan Llarch, quien aseguraba que Negrín oscilaba entre la depresión y la euforia:

Hallándose Negrín en Madrid, desapareció de pronto sin que nadie supiera su paradero. En su terrible estado de depresión se había dirigido al frente de la Ciudad Universitaria para que le librara de su angustia y de la vida una de las balas del enemigo causándole una muerte que disimulara la realidad de un auténtico suicidio. Llegado a aquel sector del frente, fue reconocido por los soldados que, al punto, corrieron de unos a otros la noticia de que el presidente del Gobierno se encontraba con ellos en las trincheras. Los vítores se alzaron por doquier, proferidos con entusiasmo por la tropa: «¡Viva el presidente Negrín! ¡Viva Negrín! ¡Viva!». La angustia huyó del corazón ansioso del doctor Negrín. La emoción le llenó de reconocimiento hacia sus soldados. La alegría sucedía a la tristeza y a las abrumadoras responsabilidades^[9].

Sus viajes por la zona centro-sur causaron a sus leales altos mandos comunistas la impresión de que estaba actuando con indecisión, lo cual tampoco es sorprendente. Creían que debía formar un Estado Mayor General nuevo y fiable, como si ello fuese una tarea sencilla que pudiera obrarse con rapidez. Es probable que Negrín temiera que, al hacerlo con comunistas, los únicos altos mandos en los que podía confiar de verdad, entraran en acción los derrotistas. Asimismo, es posible que ese fuera su razonamiento al ascender al general de brigada Vicente Rojo a teniente general y al teniente coronel Enrique Jurado a general de brigada pese a su negativa a regresar a España. En cuanto lo leyó en la prensa, un encolerizado Rojo envió a Negrín un telegrama en el que rechazaba el ascenso^[10].

El 24 de febrero, Casado, fingiendo una exagerada lealtad a Negrín, dijo al coronel Cerdán que estaba indignado por el ascenso de lo que él calificaba de dos desertores responsables de la pérdida de Cataluña: «Rojo es lo que ha sido siempre: un traidor y un inepto. Él es el culpable de esta situación». En referencia al ascenso de Jurado, añadía: «Jurado es un burro. Mientras estuvo en el Centro no hizo más que barbaridades y se fingió enfermo por cuquería y para largarse lo antes posible. También su ascenso produjo un descontento grande; te confieso que creo merecerlo más que él, tanto que, venciendo mi repugnancia a

plantear la cuestión, pienso decírselo al ministro». En realidad, el ascenso de Casado a general ya estaba planeado y sería anunciado al día siguiente. Casado se mostró igual de malicioso en su opinión acerca de Azaña: «Ahora comprendo que tienen razón los que califican de marica a ese sinvergüenza». Luego mencionaba una reunión que había mantenido con Besteiro, según él, para hablar de la reconstrucción de Madrid, y negaba las insinuaciones de que estaban conspirando para formar un Gobierno. Después de describir falsa y vehementemente su compromiso con la resistencia, aseguró que sabía que Franco no tomaría represalias y que reconocería a los mandos castrenses republicanos en sus fuerzas armadas de posguerra. También dijo a Cerdón que había mantenido conversaciones con autoridades británicas para organizar la evacuación de 20 000 personas. Cuando Cerdón habló con Negrín sobre esta conversación, comentó que Casado le había dicho lo mismo a él y aconsejó que no le prestara atención. Había pocos motivos para suponer que al Gobierno británico le preocupara demasiado la suerte que probablemente correrían los republicanos españoles derrotados^[11].

Apenas dos semanas después, el 8 de marzo, el Gabinete británico debatiría si debía prestar ayuda a la evacuación masiva, y los comentarios de Lord Halifax revelarían las escasas simpatías que había allí: «Antes de evacuar refugiados, deberíamos cerciorarnos de que no son delincuentes a los que no deseáramos salvar del destino que les corresponde. Es imposible que nos hagamos responsables de la evacuación masiva de quien ha querido abandonar España por las razones que sean». Chamberlain coincidía, y *sir* Samuel Hoare, secretario de Estado para Asuntos Internos, decía: «Ya estábamos teniendo problemas con los indeseables que llegaban a este país. Sin embargo, daba por sentado que, en caso de necesidad, tendríamos que permitir al doctor Negrín y unos pocos líderes más entrar aquí»^[12].

Es cierto que días antes de su conversación con Cerdón, Casado había hablado con un representante británico, Denys Cowan, un miembro de la Chetwode Commission que estaba tratando de mediar en el intercambio de prisioneros. Cowan hablaba un español razonablemente bueno, ya que había sido cónsul en La Habana. El informe posterior de Cowan ofrece una panorámica de la actitud de las autoridades británicas hacia Casado y también del intento de este por garantizarse el apoyo de Gran Bretaña:

Ayer noche [el lunes 20 de febrero] mantuve una conversación de una hora con Casado, comandante en jefe de los Ejércitos del Centro, que incluían la zona de Madrid. Me dijo que preveía una ofensiva nacionalista en los frentes de Jarama [*sic*] y Guadalajara en cuestión de días. Si esto se materializaba, él y su ejército, por lealtad al Gobierno constituido, no tendrían más opción que resistir, lo cual implicaría una mayor devastación de vidas y propiedades en un momento en que el bombardeo indiscriminado de edificios civiles ha reducido Madrid a algo rayano en el pánico y en que todo el mundo ansía la paz. Negrín es el único obstáculo. La única esperanza es que Azaña lo destituya y pida a Besteiro que forme Gobierno. Vi a este último el viernes [18 de febrero]. En caso de ser nombrado, negociaría la paz de inmediato. Sería útil para esas negociaciones y para atenuar el pánico final que pudiera inducirse a Franco a afirmar en términos más concretos el alcance de sus promesas de clemencia, por ejemplo, si los partidarios del Gobierno que simplemente han seguido sus ideales políticos son «criminalmente responsables» y demás. Casado dijo que podía garantizar el orden público si se producía una entrada pacífica, pero que no se haría responsable de las consecuencias en caso de ofensiva o en caso de que italianos y alemanes o moros irrumpieran en la ciudad^[13].

En un libro plagado de falsedades, Casado aseguraba que no mantuvo contacto con representantes británicos hasta después del golpe. Sin duda había olvidado las reuniones que organizó con Cerdón e Hidalgo de Cisneros, en las que afirmó que los agentes británicos le habían dado garantías de que Franco sería obligado a abstenerse de tomar represalias y a reconocer el rango de los altos mandos republicanos^[14].

Casado había asistido a la reunión de Los Llanos consciente de que su Estado Mayor General ya estaba preparándose para entregar la zona centro a los franquistas. De hecho, la vulnerabilidad de Negrín era tal que Casado fue criticado por un alto mando franquista por no arrestar al presidente antes de que abandonara la reunión: «Los golpes de Estado se dan así»^[15]. El 17 de febrero, el cuartel general del SIPM en Burgos recibió un informe según el cual el teniente Antonio Garijo Hernández, un miembro destacado del Estado Mayor de Casado, había solicitado un salvoconducto para que fuera a la zona rebelde a fin de concluir las disposiciones para la rendición. Franco ya se mostraba extremadamente optimista de que el final estaba cerca a consecuencia del parte recibido el 16 de febrero por Ungría, en el que se anunciaba la eminente creación de un Gobierno de rendición por parte de Casado y Besteiro. Esto pareció confirmarse

por los acontecimientos de Los Llanos, sobre los cuales Franco estaba plenamente informado. La unanimidad de la plana mayor de las fuerzas armadas había llevado a Garijo y otros miembros del Estado Mayor General del Ejército del Centro a desistir, ya que estaban convencidos de que los acontecimientos avanzaban con tal rapidez que esa reunión era innecesaria. No obstante, los indicios de la determinación de Negrín de levantar la moral para seguir resistiendo atenuaron el optimismo en el cuartel general de Franco^[16].

A consecuencia de ello, se ordenó al teniente coronel Centaño que alentara a Casado a acelerar sus planes para el golpe y apartar a Negrín del poder. Junto con Manuel Guitián, otro miembro del SIPM, Centaño visitó a Casado el 20 de febrero en el búnker que albergaba su cuartel general. Conocido en lenguaje militar cifrado como «Posición Jaca», se hallaba en los jardines de El Capricho, en la Alameda de Osuna, al este de Madrid, y le dijo rotundamente que Franco no quería más demoras. El posterior informe de Guitián a Burgos hablaba del «extraordinario afecto» con el que Casado los recibió a las 15.30. Antes de que pudiera decir nada, manifestó su «afán de sincerarse como enemigo implacable de los procedimientos viles seguidos por los directivos soviéticos y masas crueles e injustas que les han seguido». Se presentó como liberal, republicano ferviente y adversario acérrimo de Azaña, de Álvarez del Vayo y, sobre todo, de los comunistas, a quienes tachaba de «venenosos». Hacía referencia a Azaña como un «monstruo abominable» y se jactaba de haber eliminado de sus fuerzas a los comunistas más peligrosos.

Centaño y Guitián presionaron a Casado para que no retrasara el golpe. Este repuso que si era demasiado precipitado, podía haber un «horroroso derramamiento de sangre». En un contraste absoluto con lo que había dicho a Negrín en Los Llanos, afirmó que «el Grupo de Ejércitos de la Zona Centro» no era como el de Cataluña y le creía «capaz de resistir, en su caso, hasta el aniquilamiento». En cuanto a los líderes políticos de la República, Casado dijo que sería mejor dejarles abandonar España: «Cuantos más, mejor; así habrá el día de mañana menos sangre y menos rencores». Guitián añadía que Casado prefirió no iniciar su persecución y arresto; «por lo demás, piensa expatriarse». Le entregaron un documento que contenía una lista definitiva de las concesiones que Franco estaba dispuesto a hacer a los altos mandos que se rindieran. Casado la leyó atentamente y expresó su satisfacción. «¡Magnífico, magnífico!», exclamó, aparentemente conmovido y entusiasmado. Acto seguido, los dos agentes del SIPM pidieron a Casado que les diera una fecha definitiva para la rendición del ejército republicano. Casado respondió que podía llevarlo a cabo en «unos quince días» y que en breve iría a Valencia a discutirlo con los altos mandos militares destinados allí^[17].

El documento con la oferta de concesiones de Franco era bastante más limitado de lo que denotaba la efusiva respuesta de Casado. De hecho, el contenido difícilmente pudo sorprenderlo, ya que, al menos en parte, repetía con diferencias menores lo que le había transmitido Bertoloty a finales de enero. Además, el documento ofrecía muchísimo menos de lo que Casado afirmaría más tarde a Cerdán e Hidalgo de Cisneros. El texto rezaba:

Tenéis la guerra totalmente perdida. Es criminal toda prolongación de la resistencia. La ESPAÑA NACIONAL exige la rendición. La ESPAÑA NACIONAL mantiene cuantos ofrecimientos de perdón tiene hechos por medio de proclamas y la radio y será generosa para cuantos, sin haber cometido crímenes, hayan sido arrastrados engañosamente a la lucha. Para los que depongan voluntariamente las armas, sin ser culpables de la muerte de sus compañeros ni responsables de otros crímenes, aparte de la gracia de la vida, la benevolencia será tanto mayor cuanto más significados y eficientes sean los servicios que en estos últimos momentos presten a la Causa de España o haya sido menor su intervención y su malicia en la guerra. Los que rindan las armas, evitando sacrificios estériles, y no sean reos de asesinatos y otros crímenes graves, podrán obtener un salvoconducto que los pondrá fuera de nuestro territorio, gozando entretanto de plena seguridad personal. Ni el mero servicio en el campo rojo, ni el haber militado simplemente y como afiliado en campos políticos extraños al Movimiento Nacional, son motivos de responsabilidad criminal. De los delitos cometidos durante el dominio rojo solo entienden los Tribunales de Justicia. Las responsabilidades civiles se humanizan en favor de los familiares de los condenados. La ESPAÑA NACIONAL ha establecido la redención de las penas por el trabajo, con disfrute de jornal para ayuda a los familiares de los penados. Nadie será privado de libertad por actividades criminosas más que el tiempo necesario para su corrección y reeducación. El nuevo régimen asegura el trabajo para todos los españoles sin desentenderse del dolor ajeno. A los españoles que en el extranjero rectifiquen su vida se les dispensará protección y ayuda. El retraso en la rendición y la criminal y estéril resistencia a nuestro avance, serán causa de graves responsabilidades que exigiremos en nombre de la sangre inútilmente derramada^[18].

Según Casado, esas condiciones pronto fueron retransmitidas por las emisoras de radio franquistas. Había dos diferencias principales entre el documento y lo que habían dicho a Casado a finales de enero. La primera era que la redacción del texto anterior ofrecía clemencia solamente a «los jefes y oficiales», pero este último hacía extensiva esa oferta a quienes depusieran las armas. La segunda diferencia era la descripción sumamente expurgada de lo que brindaba la «justicia» franquista. Es muy posible que el entusiasmo de Casado fuese alimentado por la idea de que ese documento sería más fácil de vender a la población. Curiosamente, la versión que publicó más tarde, una amalgama de ambos documentos, volvió a utilizar las palabras «jefes y oficiales»^[19]. Es probable que fueran bien recibidos por una población al borde de la desesperación tras años de privaciones y derrotas. Sin embargo, a la luz de lo sucedido cuando las fuerzas franquistas conquistaron el territorio republicano, la autoproclamada generosidad del documento difícilmente era creíble. En cuanto la guerra hubo terminado, no tardaría en demostrarse su absoluta falsedad. Todos los juicios se celebrarían en tribunales militares y los procesados serían acusados de rebelión militar, además de otros «crímenes» más concretos, fuesen reales o inventados. En la mayoría de los casos, «el tiempo necesario para la corrección y la reeducación» conllevaba condenas de treinta años o cadena perpetua. El sistema de conmutación de sentencias por medio del trabajo era la base de lo que prácticamente equivalía a esclavitud para los prisioneros^[20].

Antes de que Casado realizara su prometido viaje a Valencia, Manuel Guitián fue a verlo de nuevo dos días después. El 21 de febrero, Guitián había visitado Valencia. Sea lo que fuera lo que vio allí, le llevó a solicitar una segunda entrevista con Casado. Según el informe enviado a Burgos por Guitián, había alentado otra vez al coronel a fijar una fecha definitiva para el golpe que estaba preparando. Este respondió que a finales de mes comenzaría

la liquidación del asunto. Pide que no comience la ofensiva nacional, casi totalmente montada ya, porque no podrá responder de los desmanes sangrientos que ocurrirían en Madrid y porque, además, si se inicia aquella, «él tendrá que actuar como militar republicano que cumple con su deber de tal hasta el último momento»; solicitando finalmente tiempo y confianza para que no se derrame «una sola gota más de sangre».

El informe sobre la entrevista es tan optimista como el anterior. «Tenemos la impresión», decía, «de que Casado PUEDE REALIZAR SU PLAN CON SUMO ÉXITO Y TODA SEGURIDAD»^[21].

Poco después de la reunión en Los Llanos, Negrín había conocido a través de Edmundo Domínguez, comisario inspector del Ejército del Centro, el alcance de la conspiración de Casado contra él. Un sorprendido Negrín replicó: «Creía que solo estaba descontento por no haberle ascendido a general. Ya está firmado su ascenso». El hecho de que Negrín pensara así es comprensible, ya que, dos días antes, Casado se había quejado a Cerdán de que no había sido ascendido. Domínguez desinfló el optimismo de Negrín al decir: «Quizás sea tarde. Tengo la sospecha de que esto no le desviará de sus compromisos y sus propósitos». «¿Compromisos?», preguntó un confuso Negrín. Domínguez respondió: «Compromisos. Esto será para usted una revelación. En estos momentos, agentes suyos están tratando con jefes y personas agentes de Franco». Domínguez reveló a Negrín los contactos de Casado con elementos de la CNT, en especial Cipriano Mera, el ascético comandante del Cuarto Grupo de Ejércitos de Madrid, con Besteiro, con Wenceslao Carrillo, con Ángel Pedrero y con numerosos altos mandos del ejército, y también de sus tratos con el diplomático británico Denys Cowan^[22].

Normalmente, algunas de esas actividades habrían desencadenado una investigación del Servicio de Inteligencia Militar, pero fue imposible, ya que el jefe del SIM en la zona centro era Ángel Pedrero, que había estado trabajando estrechamente con Casado desde noviembre de 1938. A finales de enero, Negrín había ordenado la destitución de Pedrero, pero cuando Casado amenazó con dimitir, se retractó^[23]. Tras su regreso de Francia, la orden fue reiterada, pero Casado la ignoró. Pedrero continuó en su puesto como jefe del SIM para el Ejército del Centro, y a la sazón sentía un resentimiento más profundo que nunca hacia Negrín y se había convertido en un elemento crucial del golpe que estaba fraguándose^[24]. En respuesta a Domínguez, Negrín deslizó una valoración de la terrible carga que llevaba: «¡Qué más quisiera yo que los acontecimientos no me encadenasen en mi puesto! ¡Qué responsabilidades me iba a ahorrar!». Poco después, Domínguez pidió a Santiago Garcés, jefe del SIM, que investigara los contactos entre el coronel José López Otero y los franquistas y sus actividades, en nombre de Casado, en relación con los comandantes militares de Albacete y Murcia. Garcés reveló su impotencia al responder que la posición de Pedrero lo hacía prácticamente imposible^[25].

En un esfuerzo por materializar su estrategia sin exacerbar el descontento civil y militar ya existente en

lo que quedaba del territorio republicano, Negrín había recurrido a altos mandos profesionales, ajeno al hecho de que algunos de ellos ya habían alcanzado un compromiso con Casado. La hostilidad de este hacia los comunistas se tornó aún más desatada, sobre todo para congraciarse con Franco. Ello facilitó su inverosímil alianza con los anarquistas radicales, como Val y García Pradas, cuyo odio visceral hacia el Partido Comunista era incluso mayor que el suyo. Según dijo a Edmundo Domínguez, tenía en su haber una lista de comunistas a los que planeaba eliminar. Al mismo tiempo, estaba recabando apoyos aprovechando el control de la censura del que gozaba como comandante del Ejército del Centro, a fin de proyectar una imagen de Negrín como un lunático decidido a descender a los infiernos y llevarse a la República con él. Un elemento secundario de su ofensiva propagandística era la idea, compartida por Besteiro y sumamente exagerada en sus escritos de posguerra, de que los comunistas también planeaban la conquista del poder para facilitar la guerra hasta la muerte. Está claro que ni la cúpula española del PCE ni sus asesores de la Comintern habían contemplado semejante cosa. Casado encontró para su golpe la justificación final, de muchas, en la decisión que tomó Negrín a principios de marzo de 1939 de contar con altos mandos comunistas para proteger la base naval de Cartagena y otros puntos clave de su estrategia de evacuación^[26].

La cordialidad de las relaciones de Casado con los anarquistas, aunque sorprendente a primera vista, es del todo explicable. Resulta especialmente comprensible en el caso del teniente coronel Cipriano Mera, un antiguo albañil que había ascendido en las filas de las milicias y que, a base de dedicación, se había convertido en un oficial en extremo competente. Aunque era anarquista, imponía una estricta disciplina a las fuerzas bajo su mando^[27]. Pese a lo absolutamente distinto de sus orígenes, Casado compartía con Mera —cuyo rostro profundamente surcado de arrugas reflejaba las penalidades propias de su origen de clase obrera— tanto la austeridad personal como la obsesión por la disciplina militar. Además, Casado necesitaba a Mera, cuyo control del IV Cuerpo de Ejército en la zona centro le ofrecía la fuerza militar sin la cual apenas tenía esperanzas de aplastar a la resistencia comunista^[28]. En el caso —muy distinto— de Eduardo Val Bescós, la predisposición a colaborar de Casado se explica en parte por la ferocidad de su odio mutuo a los comunistas, pero también porque, dada su decisiva influencia sobre la organización anarquista, le necesitaba tanto como a Mera. Val era un personaje aparentemente anónimo que, como jefe del Comité Regional de Defensa (CRD) de la

CNT-FAI

en Madrid, creado en los primeros días de la guerra, estuvo tras los asesinatos de muchos derechistas, y también de numerosos comunistas, en la capital. Val, un excamarero alto y taciturno de treinta años y oriundo de Jaca, en Huesca, tenía el control absoluto de las milicias y las checas de la capital. Antes de la Guerra Civil, el inteligente y escurridizo Val había controlado los «grupos de acción» de la

CNT-FAI

en Madrid; en palabras de un camarada, era «largo en hechos, corto en palabras, va de un lado para otro silencioso como una sombra. Se mueve en la clandestinidad como pez en el agua»^[29]. Gregorio Gallego, el líder de la organización regional de la Federación de Juventudes Libertarias (el movimiento juvenil anarquista), escribió que

nadie podía sospechar que tras su gentil sonrisa, ligeramente irónica, se ocultaba el hombre que movía los hilos clandestinos de los grupos calificados de terroristas. De por sí era misterioso, elusivo y poco aficionado a las confidencias... Sobre este hombre fieramente antiexhibicionista, antipublicitario, de reacciones tan violentas y audaces que nadie podía sospechar cuando le veía en reposo, descansaba la seguridad de la CNT castellana^[30].

Ricardo Sanz, que llegó a Madrid en noviembre de 1936 junto con Durruti, escribió de Val que era «el alma del comité ... un gran cerebro ... Todo está concentrado en él. Nada ni el más pequeño detalle escapa a su poderosa imaginación, y a todo cuanto se le plantea encuentra solución inmediata. Es de una capacidad que no se agota»^[31]. Por su parte, Juan García Oliver escribió de Val: «Era ágil de inteligencia y resultó ser un buen organizador ... Sobre su personaje recaía el peso del Comité de Defensa ... Val se encargaba solamente en el orden combativo de asuntos de la CNT»^[32]. Resulta inconcebible que Casado no conociera el historial de Val, pero la vehemencia de su anticomunismo le permitió ignorarlo^[33].

Los otros miembros del Comité de Defensa que desempeñarían papeles cruciales en la junta de Casado eran José García Pradas y Manuel Salgado Moreira, ambos, como Val, miembros de la FAI. Los tres constituían las figuras clave del CRD, al que habían convertido en el todopoderoso Estado Mayor del movimiento libertario en la zona centro-sur. En líneas generales, la

CNT-FAI

se veía perjudicada por la existencia de una laberíntica red de comités y subcomités nacionales y regionales. Lo que hizo la troika Val-Salgado-García Pradas fue asumir las funciones ejecutivas del Comité Regional, del que, en teoría, el CRD era una mera sección^[34]. Val era el líder operativo, mientras que Salgado controlaba sus servicios de inteligencia y García Pradas, su propaganda. El CRD constituía el verdadero poder del movimiento anarquista en la zona centro-sur. García Pradas era el director de los periódicos *CNT* y *Frente Libertario*, los órganos de difusión del Comité de Defensa. Los tres eran ferozmente anticomunistas, pero el odio de García Pradas resultaba tan desenfrenado como virulento^[35]. El hecho de que los comunistas creyeran que la oposición anarquista a un esfuerzo bélico centralizado constituía un acto de sabotaje había generado una amarga hostilidad. Los miembros del CRD ansiaban venganza por la represión llevada a cabo por las fuerzas de seguridad comunistas contra lo que se percibía como subversión y por su triunfo sobre la CNT en las Jornadas de Mayo de 1937. También existía un furioso resentimiento por el hecho de que los comunistas justificaran la acción contra la CNT con el argumento de que parte de la violencia anarquista que desacreditaba internacionalmente a la República y extendía la desmoralización era perpetrada por agentes provocadores infiltrados en el movimiento anarquista. Es, desde luego, cierto que la Quinta Columna se había infiltrado en los ineficaces Servicios Secretos de Guerra controlados desde el Ministerio de Defensa por Salgado. De hecho, el secretario de Salgado era el falangista Antonio Bouthelier España. En junio de 1937, Salgado fue reemplazado como jefe de los Servicios Especiales del Estado Mayor del Ejército del Centro por otro de los futuros colaboradores de Casado, Ángel Pedrero^[36].

Los anarquistas en general y Salgado y Val en especial mostraban una asombrosa ingenuidad acerca de la Quinta Columna. En 1961, el profesor Julio Palacios, colega universitario de Besteiro y, junto a Antonio Luna, un vínculo clave entre este y Casado, publicó un artículo en el *ABC* en el que escribió (él, o quien puso el titular) que «sufrió persecución». Esto provocó una carta indignada a Palacios de Manuel Salgado, desde su exilio en Londres. Según la carta, Palacios nunca sufrió ninguna persecución y estuvo «siempre protegido por el Comité de Defensa de la CNT, el cual le hizo profesor de la escuela que dicho Comité tenía establecida». Salgado interpretó que una referencia en el artículo de Palacios a «individuos de pésimos antecedentes» en el Consejo de Casado apuntaba a Manuel González Marín y Eduardo Val. Replicó que Eduardo Val fue el que hizo más hincapié para su nombramiento en la escuela. En cuanto a la mención a Antonio Bouthelier por parte de Palacios, Salgado afirmó que «Bouthelier vivió en mi casa, en la que fue tratado como mi hijo hasta los últimos días ... tanto en el Ministerio como en “Frente Libertario” y en la “14 división” no vi en él deslealtad alguna y tengo la íntima convicción que no me ha sido traidor... Ni yo nunca sospeché que estuviese en contacto con los enemigos del Gobierno legítimo»^[37].

En cuanto a por qué los anarquistas estaban dispuestos a colaborar con Casado, su participación en el golpe se alimentó tanto del cansancio de la guerra como de un arraigado y sanguinolento odio a los comunistas. El resentimiento frente a la imposición de un esfuerzo bélico centralizado por parte del Gobierno republicano, con su necesaria represión de las aspiraciones revolucionarias de los anarquistas así como lo que se percibía como la subversión del movimiento, alcanzaba a Negrín tanto como a los comunistas. Ya desde la capitulación de los anarquistas en la crisis de mayo de 1937, la influencia de la CNT y la FAI había experimentado un precipitado declive. Esto quedaba patente en las actas del Pleno Peninsular de la FAI celebrado en Valencia en la primera semana de julio de 1937. La reunión había presenciado el nacimiento del Movimiento Libertario Español, que aunaba a la CNT, la FAI y las Juventudes Libertarias. El MLE era absolutamente más burocrático y jerárquico de lo que habían sido las tres organizaciones hasta entonces^[38]. Los grupos de acción de Madrid, dominados por la troika Val-Salgado-García Pradas, estaban resentidos por el consiguiente anquilosamiento del MLE. El exilio a principios de febrero de 1939 del alto mando del anarquismo catalán vino a aumentar su influencia y abrió el camino a su colaboración con Casado.

Los anarquistas en general culpaban al PCE de la debacle militar en Cataluña, y, de hecho, de todos los problemas militares desde la retirada del Ebro. Al hacerlo, conscientemente o no, pasaban por alto la situación internacional, las dificultades para conseguir armamento, y el grado en que el esfuerzo bélico se había visto socavado por la incompetencia o el sabotaje deliberado de oficiales de carrera y, de hecho, por una gran parte de la conducta de los propios anarquistas. Estos se quejaban de que el esfuerzo bélico estaba escandalosamente mal gestionado, sobre todo tras el regreso de Negrín a España, mientras que al mismo tiempo sostenían la contradictoria y casi paranoica opinión de que los comunistas eran todopoderosos. Prueba de ello era un informe de la FAI, de junio de 1938, que presentaba una descripción tan detallada como errónea del dominio comunista de las fuerzas armadas. En lo relativo a sus juicios sobre oficiales concretos, el informe solía ser tremendamente inexacto y profuso en sus acusaciones de incompetencia. Así,

por ejemplo, al general Juan Hernández Saravia, leal seguidor del presidente Azaña, se le presentaba como «un fiel instrumento en manos de los comunistas». De Leopoldo Menéndez, sucesor de Hernández Saravia como comandante del Ejército de Levante y un hombre que sería un elemento clave en el golpe de marzo de 1939, se afirmaba que «de él podemos decir lo mismo que del general Saravia. Es comunista y elemento fusilable». A Miaja se le describía como una pusilánime marioneta de los comunistas: un «elemento sin carácter ... entregado por completo a ellos». Un dato revelador es que Casado era elogiado por tener buenas relaciones con la CNT-FAI^[39].

De hecho, en ese momento los anarquistas tenían motivos para pensar que Casado estaba tan comprometido como ellos con un esfuerzo bélico decidido. El 23 de enero de 1939, tras declararse el estado de guerra, Casado lanzó una proclama en la zona centro-sur:

Ciudadanos: El Gobierno de la República ha tenido a bien declarar el estado de guerra en todo el territorio nacional. Mis acusados sentimientos humanitarios no excluyen sino que más bien refuerzan el decidido propósito de cumplir con el deber y, consecuentemente, exigir que cumplan con el suyo todos los habitantes del territorio de mi mando. Que nadie interprete este propósito como amenaza pueril sino más bien como advertencia leal, pues aseguro que seré inexorable con aquellos que realicen hechos cuya sanción esté prevista en el bando publicado. No toleraré ni desmayos, ni vacilaciones, ni tibiezas, ni traiciones. Hoy más que nunca hemos de mantener con firmeza nuestra fe en el triunfo de las armas de la República para bien de España y de la libertad. Ciudadanos, viva la independencia nacional^[40].

Al poco de esta ardiente llamada a continuar la lucha, el 2 o 3 de febrero, como hemos visto, Casado se reunió con los generales Miaja, Matallana y Menéndez para hablar de la posibilidad de lograr pronto un acuerdo de paz. El 7 de febrero fue a Los Llanos al encuentro convocado por el comisario general Jesús Hernández para tratar el futuro de la guerra. Allí Hernández se había quedado solo defendiendo un esfuerzo bélico redoblado frente al discurso derrotista de Casado, Miaja, Matallana, el almirante Buiza y el coronel Antonio Camacho, jefe de la aviación republicana en la zona centro-sur. Antes de salir hacia Valencia para sumar apoyos a sus planes, Casado emitió un comunicado en Madrid que pedía una firme respuesta al revés sufrido en Cataluña:

Todos los antifascistas han comprendido que su moral de guerra se debe robustecer en la misma medida que lo exige la adversidad. Ha sucedido así desde el principio de la guerra en el mismo desamparo en que nos ha dejado el mundo ... Nuestro pueblo sabe que solamente puede salvarse y cumplir su deber de amplitud universal con el lema siguiente: A más adversidades, más firme decisión, más entera voluntad de combate ... Las autoridades y el pueblo están en su puesto. Y en nuestro puesto seguiremos, fiel cada uno a la integridad de su deber, y muy seguros de que la epopeya que España empezó a escribir el 18 de julio no tendrá ni una sola página indigna de su grandeza espiritual timbrada de heroísmo. Por la independencia de España y por la causa universal de la libertad. ¡Viva la República! ¡Viva España!

Ese comunicado se publicó en la prensa madrileña al día siguiente, justo cuando Casado hizo el primer intento de reclutar a Cipriano Mera. Como es obvio, con Mera usó los mismos términos belicosos del comunicado, en vez del tono derrotista de sus reuniones con Matallana, Miaja, Menéndez y Buiza o de sus conversaciones con la Quinta Columna^[41].

Aquí reside una contradicción nunca explicitada del todo en la alianza entre Casado y los anarquistas. A aquel le interesaba forjar un temprano acuerdo de paz con Franco, en cuya generosidad confiaba con una culpable ingenuidad, quizá cegado por su egoísmo y arrogancia. En cambio, Mera y los anarquistas planeaban seguir luchando para asegurar la evacuación de quienes estaban en riesgo. En ese sentido, aparte de su odio a los comunistas, sus aspiraciones no resultaban exageradamente distintas de las de Negrín. Sus quejas de que este último no controlaba realmente el esfuerzo bélico de una manera significativa pasaban por alto la inevitable verdad de que, tras su regreso de Francia, estaba dirigiendo básicamente un Gabinete dividido y sin domicilio fijo y tratando de abordar prácticamente sin ayuda problemas insuperables de cara a armar y alimentar a la República. Su tarea se hacía imposible en un contexto en el que tenía que combatir al derrotismo expresado por los oficiales de alto rango presentes en la reunión de Los Llanos. Solo podía hacerlo acudiendo a los comunistas, lo cual, a su vez, intensificaba la hostilidad de los que se alineaban

contra él.

Sin embargo, parece claro que los anarquistas sabían poco acerca de los vínculos de Besteiro con la Quinta Columna y nada sobre las promesas de Casado a los servicios secretos franquistas de dejar unos «rojos» encarcelados como presa fácil. La participación de la CNT en el Consejo Nacional de Defensa, a diferencia de la de Casado, se basaba en que esta no deseaba ni preveía una temprana capitulación republicana. En lo que estaban de acuerdo —y lo que los mantenía unidos— era en la retórica de Casado en torno a que Negrín era el prisionero o el títere del PCE, y que solo rompiendo ese yugo podrían los elementos «genuinamente españoles y patrióticos» de la República tener alguna posibilidad de obtener concesiones en unas negociaciones de paz con Franco. A nivel popular, donde el hambre y el intenso cansancio de la guerra se habían cobrado su peaje, la Quinta Columna alimentaba todo eso mediante insidiosos rumores en el sentido de que los comunistas eran los únicos que se interponían en el camino de un acuerdo de paz razonable.

Mera ya había sido tanteado por Casado con respecto a un posible golpe. Habían hablado de ello en una reunión celebrada el 8 o el 9 de febrero. Inmediatamente después de este encuentro, el primero de varios destinados a elaborar los preparativos de la sublevación, Mera había acudido a las oficinas del CRD para informar a Eduardo Val. Cuando le dijeron que Val todavía estaba en Francia con Amil y López, Mera informó a Salgado de la reunión con Casado. A mediados de febrero, Mera había sido reprendido por el comité de enlace del MLE por su participación en los planes de Casado, lo que sugiere que sus actividades eran un secreto a voces. Su furibunda respuesta había sido denunciar hasta qué punto el movimiento se veía obstaculizado por la lentitud de sus comités. Y luego pasaba a sugerir que había que fusilar a los miembros del comité de enlace por no haber sabido adoptar una acción decisiva^[42].

Su frustración era compartida por la troika que dirigía el CRD, que decidió tomar el asunto en sus manos. Su hostilidad hacia los comunistas, y por extensión hacia Negrín, tomó forma operativa en una reunión celebrada la última semana de febrero. Cuando la delegación Val-Amil-López regresó de Francia a primera hora de la mañana del 22 de febrero, Cipriano Mera, Eduardo Val, Manuel Salgado y José García Pradas convocaron una reunión que calificaron de «pleno regional restringido». El propósito de la reunión era sentar las bases de la participación anarquista en el golpe que se estaba preparando. A los militantes cuidadosamente seleccionados que fueron convocados se les dijo que «se trataba de un pleno muy importante en el que se tomarían acuerdos decisivos en relación con la guerra y la política del doctor Negrín». A las once de la mañana del 24 de febrero, en la sala de reuniones del Sindicato de Espectáculos Públicos, situado en la calle de Miguel Ángel, se reunieron alrededor de un centenar de destacados miembros de los comités regionales y locales de la CNT, la FAI y las Juventudes Libertarias, los directores y periodistas de los tres principales periódicos anarquistas, *CNT*, *Castilla Libre* y *Frente Libertario*, y varias figuras militares lideradas por Cipriano Mera. Un debate de siete horas sobre la situación en la zona central giró en torno a la decisión que había que tomar entre luchar hasta la muerte, «el suicidio de un pueblo», o «la paz honrosa en la que algunos empezábamos a pensar».

Manuel Amil informó de lo que la delegación había visto en Francia en cuanto a la situación «privilegiada» de los socialistas. Luego hizo una afirmación que corrió entre los delegados «como una descarga eléctrica». Alegó que en el avión de regreso de Toulouse a Albacete había oído decir por casualidad a dos comunistas que «el doctor Negrín proyectaba dar un golpe de Estado en la zona centro-sur y destituir a todos los mandos militares que no le fueran adictos». Según Gregorio Gallego, de las Juventudes Libertarias, y ahora oficial del ejército: «Aunque Manuel Amil tenía fama de receloso y aficionado a las intrigas, nadie puso en tela de juicio sus “escuchas”». El infundado chismorreó de Amil se tomó como prueba de las intenciones inmediatas del PCE. De hecho, el movimiento anarquista en general, y aquella audiencia en particular, estaban absolutamente dispuestos a creerse cualquier crítica a los comunistas.

Manuel Salgado, que había sido jefe del servicio secreto del Ministerio de Defensa infiltrado por la Quinta Columna, hizo una potente intervención. Salgado sería un importante eslabón entre el Movimiento Libertario y los oficiales de alto rango implicados en el golpe de Casado. Su discurso fue una diatriba contra las supuestas ambiciones dictatoriales de Negrín. Afirmó que la mayoría de los republicanos y socialistas compartían con los anarquistas el deseo de ver el final del «poder personal de un hombre incapaz de conducir la guerra y respetar los principios democráticos de la República», para luego pasar a declarar misteriosamente: «Me consta —dijo con aire sibilino— que si tenemos la gallardía de hacerle frente, muchos jefes y oficiales del Ejército y de la Marina que todavía creen en una paz honrosa se pondrán de nuestra parte». La confiada afirmación de Salgado podría haberse basado en información de Mera o de Antonio Bouthellier España.

Las palabras de Salgado provocaron un encarnizado debate. Un representante de la FAI declaró con indignación: «La paz honrosa es sinónimo de traición o de claudicación y considero que no debemos tomarla en consideración. Es más, si el doctor Negrín y los comunistas son tan insensatos y se lanzan a la aventura dictatorial, más que una paz honrosa lo que tenemos que pensar es en una muerte honrosa, porque todo se vendrá abajo».

Antes de que hubiera terminado de hablar, el delegado de la FAI fue ruidosamente interrumpido por García Pradas, que se lanzó a una frenética arenga anticomunista: «Con la mayor crudeza dijo que la guerra la teníamos perdida de cualquier manera y que si los comunistas se apoderaban del poder harían con nosotros la mayor escabechina que recuerda la historia». Las tremendas palabras de García Pradas hicieron que otro delegado gritara: «Peor será la que organicen los fascistas si nos enzarzamos nosotros en luchas intestinas». Luego siguió una ruidosa discusión en torno a qué era peor, los comunistas o los fascistas. García Pradas prosiguió con dificultad denunciando a ambos, si bien: «Embriagado de retórica heroica, llegó a decir que, como depositarios de los principios libertarios, no nos quedaba más remedio que destruir las pretensiones dictatoriales de los comunistas, primero, y después “mellar la espada de Franco con nuestros pescuezos”».

Finalmente, los reunidos acordaron, por una masiva mayoría, oponerse a cualquier intento de imponer una dictadura. Según la posterior descripción de García Pradas, hubo acuerdo con respecto a que era crucial evitar «el caos, el clamor iracundo de las muchedumbres abandonadas o vendidas, el horror de una catástrofe militar seguida por el descoyuntamiento de nuestra retaguardia, que en unas horas podría enloquecer de pánico y desesperación, como pasó en Málaga, en Santander, en Asturias, en la misma Cataluña». Se autorizó a los tres principales comités del Movimiento Libertario a establecer acuerdos y forjar alianzas con las fuerzas antifascistas que todavía se mantenían fieles a los principios democráticos.

Inmediatamente después, los militares que habían participado en el pleno fueron convocados a otra reunión en las oficinas del CRD, en la calle de Serrano, para recibir instrucciones concretas. Veinte oficiales anarquistas se reunieron en el despacho de Eduardo Val. Este les convenció de la necesidad de establecer un comité de defensa para toda la zona centro-sur a fin de evitar el colapso total. Acordaron que el CRD debía tener plenos poderes sobre todos los aspectos de la organización, especialmente en los sectores militar, de policía política, de propaganda y de transporte. El comité estaba integrado por Eduardo Val, Benigno Mancebo, Melchor Baztán, Manuel González Marín, Manuel Salgado Moreira, Manuel Amil y José García Pradas^[43]. Este constituiría la base operativa de la participación anarquista en el golpe de Casado. Todos ellos eran feroces anticomunistas, y ninguno más que García Pradas, conocido por su corrosiva prosa como director de los principales periódicos del CRD. Algunos tenían las manos manchadas de sangre por la despiadada represión de los derechistas en Madrid durante los primeros meses de la guerra. Benigno Mancebo, por ejemplo, había dirigido la célebre Checa de Fomento y posteriormente había sido uno de los representantes de la

CNT-FAI

en el Comité Provincial de Investigación Pública, dominado por los anarquistas. Mancebo y sus camaradas adquirieron notoriedad por su papel en las llamadas «sacas»: el traslado y posterior asesinato de prisioneros^[44]. Mientras Manuel Salgado dirigió las unidades de investigación de la

CNT-FAI

que a la larga se incorporarían al Ministerio de Defensa como Oficina de Servicios Especial del Estado Mayor del Ejército del Centro, hubo desapariciones de prisioneros en circunstancias sospechosas. En general, su operación había sido muy poco efectiva, debido en parte a mera incompetencia, pero sobre todo a su infiltración por quintacolumnistas.

Val proporcionó a los presentes una tendenciosa descripción de lo que él afirmaba que eran las intenciones de Negrín y de sus propias reuniones con los oficiales militares de alto rango y «autoridades de la zona centro-sur», entre quienes se incluía claramente a Casado. Informó de que tanto los militares como las figuras políticas estaban de acuerdo en que se había llegado a los límites de la resistencia. Luego pasó a afirmar: «Yo personalmente considero tan estúpido el numantismo como el entreguismo, por lo cual creo que lo más importante es mantener unido el frente antifascista. Pero si Negrín se lía la manta a la cabeza y entrega el poder militar a los mandos comunistas que perdieron la batalla de Cataluña después de haber machacado a la CNT y a los catalanistas, recibirá la respuesta que merece, aunque luego tengamos que lamentarlo todos». Otros comentarios de Val dejan pocas dudas con respecto a que este creía que Negrín planeaba una dictadura. Luego reveló que se estaba planeando un golpe cuando dio instrucciones a sus camaradas de escuchar diariamente el informe de guerra que transmitía Unión Radio a medianoche. Debían estar listos para, cuando escucharan la señal, tomar el mando de sus unidades y proceder a detener a los

partidarios de Negrín^[45].

Aun antes de la reunión plenaria, Val y Salgado habían coincidido con Mera en la necesidad de un acuerdo con Casado. A tal fin, Val, Salgado y García Pradas presionaron al comité de enlace del Movimiento Libertario para que exigiera que se nombrara a Casado jefe del Estado Mayor, una jugada que habría ayudado al proyectado golpe. Irónicamente, aquel ascenso sería para el general Matallana, que ya estaba trabajando con el servicio secreto franquista y en colaboración con Casado^[46]. Los vínculos entre ellos y Casado los facilitó Ángel Pedrero, sucesor de Salgado en los servicios de seguridad del Ministerio de Defensa. Como Mancebo, Pedrero también había estado implicado en una de las checas más notorias, en su caso la Brigada García Atadell, y posteriormente había servido en el servicio secreto de Salgado^[47]. Otro eslabón con Casado era un anarquista sevillano de cuarenta y cinco años, Melchor Rodríguez García. Se atribuía a este, antiguo torero, el mérito de haber limitado la represión tras las líneas republicanas y haber salvado miles de vidas. Era el jefe de un grupo conocido como «Los Libertos de la FAI», y había utilizado el madrileño Palacio de Viana para dar refugio a numerosos derechistas, sacerdotes y monjes, oficiales del ejército y falangistas. De hecho, sus actividades humanitarias acabaron por valerle el sobrenombre de «el ángel rojo», además de proporcionarle una extensa red de contactos en la Quinta Columna. También habían creado fricciones con el CRD y Val, que se sentía indignado por la interferencia de Melchor en lo que él percibía como su necesario exterminio de derechistas.

A mediados de febrero, Casado había enviado a su secretario Rafael Sánchez Guerra a establecer contacto con Melchor.

Acudió varias veces a su casa a visitarle y en una de ellas, el 27 de febrero, el fotógrafo Alfonso Sánchez García estaba presente e inmortalizó el momento. Durante las visitas, Sánchez Guerra le contó a Melchor lo que se planeaba y que Casado tenía el apoyo de Miaja y de Matallana. Cuando Casado, que estaba en cama debido a un fuerte dolor de estómago, vio a Melchor, le dijo que su nombre encabezaba la lista negra de los que iban a ser asesinados por los comunistas. Con la esperanza de animar a Melchor a unirse a la conspiración, le reveló que ya se había reunido con Eduardo Val, Manuel Salgado, González Marín y Cipriano Mera. Esto tuvo el efecto contrario, ya que Melchor declaró que no quería tener nada que ver con Val ni con González Marín, a quienes consideraba unos asesinos. Sin embargo, sí que se creyó la advertencia de Casado acerca de la amenaza comunista contra él y, por su amistad con Mera, aceptó colaborar con la Junta planeada^[48].

Cuando Melchor salía de su reunión con Casado se tropezó con José Rodríguez Vega, el secretario general de la UGT, que acababa de volver de Francia. Este se sintió sorprendido por el grado de deferencia que veía mostrada hacia el anarquista por el Estado Mayor de Casado, lo cual venía a confirmarle los informes que había recibido de un amigo periodista de la agencia de noticias Febus en el sentido de que las frecuentes visitas de anarquistas a Casado en el cuartel general del Ejército del Centro estaban relacionadas con un complot antigubernamental. A raíz de estos contactos iniciales con Casado, el 26 de febrero Melchor fue invitado a reunirse con Julián Besteiro y con el director general de Seguridad, Vicente Girauta, en el despacho de Casado. Este último sugirió que Melchor Rodríguez podría ser el presidente del Consejo Nacional de Defensa que se estaba planificando. La propuesta quedó en nada, pero Melchor aceptó participar en el golpe previsto. A finales de marzo, como alcalde interino de Madrid, entregaría oficialmente la capital a las fuerzas franquistas^[49].

Muy poco después de este encuentro, un tal «señor Milanes» se puso en contacto con Abbington Gooden, el cónsul británico en Valencia y le informó de lo que se había comentado en la reunión de Casado y Melchor Rodríguez. Es probable que el «señor Milanes» fuera un empleado local del consulado que tenía contactos con Casado, y puede que eso explicara las afirmaciones de Casado de que tenía una relación importante con funcionarios británicos. Al día siguiente, el 28 de febrero, Gooden envió un telegrama al Foreign Office donde decía:

Acabo de saber por Señor Milanes que coronel Casado y Señor Besteiro van a formar en Madrid núcleo nuevo gobierno republicano que incluirá Señor Melchor Rodríguez. Coronel Casado tendría apoyo ejército. Pretenden lograr armisticio rápido con gobierno del General Franco. Sr Milanes recibió promesa que la cuestión de los prisioneros italianos recibiría atención pronta y favorable en cuanto se produzca el cambio. El bienestar de los refugiados en las distintas legaciones ha sido garantizado. Doctor Negrín presumiblemente no ha sido consultado así que el cambio propuesto tiene la naturaleza de un golpe de estado^[50].

La información de que se preparaba un golpe de Estado en Madrid fue enviada de inmediato al agente

británico en Burgos, *sir* Robert Hodgson, a Ralph Stevenson y a la embajada británica en París. Sin embargo, no se avisó a Juan Negrín.

Reconocimiento sin garantías

Aun antes de contactar con los anarquistas, tras la caída de Cataluña, Casado había entrado en contacto con el bastión del sentimiento anticomunista en el seno del PSOE, la Agrupación Socialista Madrileña (ASM), la organización más poderosa del Partido Socialista, dominada por los influyentes partidarios de Largo Caballero. Dichos contactos se vieron intensificados a raíz de la dimisión de Azaña como presidente de la República el 27 de febrero. Un camarada socialista, Orencio Labrador, transmitió a Wenceslao Carrillo, amigo de toda la vida y colaborador de Largo Caballero, un mensaje de Casado pidiéndole que fuera a verle. Cuando lo hizo, Casado le dijo que Franco estaba a punto de lanzar importantes ofensivas y que había que hacer algo antes de que eso ocurriera para salvar a miles de personas en peligro. Obviamente, Franco no tenía ningún plan, ni necesidad alguna, de lanzar ofensivas. De hecho, había detenido las operaciones en la zona centro-sur confiando en que los planes de Casado hacían más sencillo limitarse a esperar el colapso de la resistencia republicana. En apoyo de sus críticas a Negrín, Casado le hizo a Carrillo una detallada descripción de la reunión de Los Llanos. Le pidió su opinión sobre un proyecto para establecer un Consejo Nacional de Defensa con todos los partidos excepto el PCE. Inevitablemente, al ya ferviente anticomunista Carrillo le gustó la idea, y respondió que lo consultaría con otros miembros de alto rango de la ASM. Después de que estos le autorizaran a proseguir las conversaciones con Casado, se celebraron reuniones en las oficinas de la ASM, y en ellas participaron Wenceslao Carrillo, Julián Besteiro, Cipriano Mera, Ángel Pedrero y Carlos Rubiera, de las Juventudes Socialistas^[1].

No todos los mandos socialistas compartían la hostilidad hacia Negrín manifestada por Wenceslao Carrillo y Besteiro. Las noticias de la reunión de Los Llanos vinieron inevitablemente a intensificar las divisiones existentes en el movimiento socialista en su conjunto. José Rodríguez Vega, partidario de Negrín, asistió a una reunión de la Comisión Ejecutiva del sindicato UGT unos días después de la reunión de la plana mayor militar en Los Llanos. A la luz de lo que se sabía de las opiniones allí expresadas por los diversos mandos, sobre las que Wenceslao Carrillo había sido plenamente informado por Casado, otro partidario de Largo Caballero, Ricardo Zabalza, planteó la cuestión de la rendición. Zabalza era el jefe de uno de los sectores más importantes de la UGT, la Federación Nacional de Trabajadores de la Tierra, además de diputado por el Partido Socialista. Los defensores de la capitulación fueron derrotados en la reunión. Sin embargo, dos o tres días después Zabalza y Rodríguez Vega fueron juntos a ver a Negrín en Madrid. Su encuentro se vio agriado por la vehemencia con la que Zabalza argumentó en favor de la rendición, pero Rodríguez Vega le aseguró a Negrín que las opiniones de Zabalza no eran las opiniones oficiales de la ejecutiva de UGT. Negrín escuchó atentamente a ambos y luego reafirmó su determinación de organizar y continuar la resistencia. A tal fin, Negrín instó a Rodríguez Vega a tratar de reavivar la organización del Frente Popular en Madrid. Uno de los frutos de sus esfuerzos fue un telegrama del Frente Popular a Azaña urgiéndole en vano a regresar a España^[2].

Aun antes de que Negrín hubiera sido alertado de las maquinaciones de Casado tanto por Antonio Cerdán como por Edmundo Domínguez, el hecho de que aquel hubiera utilizado su control de la censura para bloquear la información sobre sus discursos ya había despertado sus sospechas. Casado también trató de obligar a Negrín a mudarse a una casa bajo su control en el madrileño Paseo de Ronda y a aceptar a un grupo de guardaespaldas especialmente seleccionados. Cuando Negrín se negó a ello, Casado le hizo seguir, no solo en Madrid, sino también cuando visitaba otras bases del ejército en otras partes en la zona centro. El coronel pasó a visitarle con frecuencia, dirigiéndose siempre a él en los términos más obsequiosos y llamándolo incluso «el salvador de España». Al mismo tiempo, Casado se quejó a los ministros del Gobierno y a los oficiales comunistas de que Negrín no confiaba en él. Temiendo acertadamente que Casado planeaba

tenerlo en un lugar donde pudiera ser detenido con facilidad, Negrín permaneció solo unos días en Madrid, trasladando su cuartel general de un sitio a otro por toda la región levantina antes de establecerlo, alrededor del 25 de febrero, en las inmediaciones de Elda, en la provincia de Alicante. De hecho, el 27 o 28 de febrero, Casado informó a sus contactos en la Quinta Columna que en el siguiente viaje de Negrín a Madrid le cerrarían la salida^[3].

Tan itinerante era su Gabinete que, según la venenosa hipérbole de García Pradas, celebraba las reuniones importantes en las cunetas. Con algo más de aproximación a la verdad, un funcionario comunista le describió como «una sombra errante»^[4]. El 20 de febrero, Negrín se reunió con Líster, quien le instó a hacer un mejor uso de los oficiales que regresaban de Cataluña. El ministro de Agricultura, Vicente Uribe, también se lamentó de que, tras pedirle de manera similar a Negrín que hiciera tal cosa, él no hubiera hecho nada. A Líster, Negrín le contestó que estaba pensando en reemplazar a los actuales comandantes, aunque Líster no quedó en absoluto convencido. Sin embargo, Negrín sí le pidió al militar que hiciera una valoración de los oficiales del Ejército de Levante. Este fue a ver a varios oficiales de alto rango y se llevó la firme impresión de que estaban disgustados por el regreso de los oficiales comunistas de Francia. Dado que regresar era el deber de Líster, la reacción de Miaja era más que reveladora. Miaja, preocupado por cualquier posible desafío a su autoridad y por la perspectiva de que la guerra se prolongara, expresó su indignada incredulidad ante el hecho de que Líster hubiera vuelto de Francia. Matallana era más cauto, demostrando un considerable conocimiento de la situación militar. En el transcurso de su conversación con Líster, Matallana dejó escapar que había recibido la carta de Rojo anunciando su dimisión como jefe del Estado Mayor. Líster también fue a ver a Leopoldo Menéndez, el comandante del Ejército de Levante, y encontró que en su cuartel general se respiraba una atmósfera derrotista^[5].

El 23 o el 24 de febrero, Negrín fue a Guadalajara para reunirse con el aliado de Casado, el teniente coronel Mera, comandante del IV Cuerpo de Ejército en la zona centro. El presidente respondía con ello a una petición del propio Mera. Acudió acompañado de Casado, pero Mera no dejó pasar a su despacho al ayudante de Negrín, el comandante Julián Soley Conde, alegando que era comunista. Resulta sorprendente que Negrín tolerara esta falta de respeto por parte de Mera, que además le sometió a una larga diatriba contra el comportamiento del Partido Comunista. También le expresó su indignación ante el hecho de que algunos de los que pronunciaban discursos sobre la resistencia estuvieran ya haciendo preparativos para transferir dinero a cuentas bancarias en el extranjero y sacar a sus familias de España. Protestó argumentando que resultaba inútil seguir hablando de resistencia cuando la República carecía de los medios para llevarla a cabo y en la práctica estaba ya derrotada. En apoyo de su discurso, citó la pérdida de Cataluña y de su industria, y el hecho de que tantos hombres y tanto equipamiento estuvieran ahora en Francia, así como la falta de armamento y comida en la zona centro. Luego pasó a hablar de posibles estrategias militares, incluyendo la infiltración de unidades guerrilleras en el territorio franquista.

El principal argumento de Mera era que había que iniciar negociaciones con Franco con vistas a salvar vidas. Pero en cualquier caso estaba claro que pensaba que una negociación efectiva exigía mantener la amenaza de continuar las acciones militares. Negrín le explicó pacientemente que él ya había intentado en vano obtener la mediación de los ingleses. A la luz de la indiferencia británica, había llegado a la conclusión de que la única opción posible era continuar la resistencia^[6]. La tolerancia que Negrín mostraba ahora con Mera, tal como había ocurrido con el almirante de la flota, Miguel Buiza Fernández-Palacios, y el comisario, Bruno Alonso, el 11 de febrero, y, de hecho, con toda la plana mayor en Los Llanos el 16 del mismo mes, resulta fácilmente explicable. Trataba de convencer pacientemente a todos ellos de que su intención era utilizar la amenaza de una resistencia prolongada como eje de sus planes para poder negociar un acuerdo de paz con un razonable nivel de protección frente a posibles represalias para quienes estaban en riesgo.

Todo esto tenía lugar en un contexto internacional hostil. Se recordará que, a mediados de febrero, *sir* Robert Hodgson, el agente diplomático británico en Burgos, había recibido instrucciones del Foreign Office de advertir al conde de Jordana que el reconocimiento de Franco se vería facilitado si este aceptaba la oferta de la República de cesar las hostilidades a cambio de garantizar que no habría represalias políticas masivas. Mientras Negrín intentaba asegurarse la cooperación de los altos mandos de la zona centro-sur de cara a su estrategia de resistencia, Londres había comunicado al Gobierno estadounidense la esencia del mensaje de Jordana, junto con la respuesta extremadamente almibarada de Franco al mensaje transmitido por Hodgson:

Puesto que la guerra la han ganado los nacionales, el Gobierno español debe rendirse incondicionalmente. Como ya se ha demostrado, los motivos que inspiran al Gobierno nacional

constituyen una garantía segura para todos los otros fugitivos de España. Los tribunales se limitan a tratar con criminales cuyos casos caen dentro del marco de las leyes promulgadas antes de julio de 1936. España no aceptará una intervención extranjera calculada para mermar su dignidad o infringir su soberanía. Las represalias son ajenas al Gobierno nacional, el único efecto de una resistencia prolongada será posponer la terminación de la descabellada resistencia y acrecentar la responsabilidad de sus líderes.

La cínica o, cuando menos, ingenua interpretación que hizo Londres de las palabras de Franco fue: «Este anuncio le parece al Gobierno de Su Majestad tan satisfactorio como cabría esperar con respecto a las represalias, que constituían su principal preocupación en relación con su propuesto reconocimiento del general Franco»^[7].

La decisión británica de reconocer en principio a Franco sin garantías por su parte se había tomado de hecho ya el 8 de febrero. El anuncio público se retrasó, y Neville Chamberlain mintió al responder a las preguntas formuladas en el parlamento por Clement Attlee el 14 y el 23 de febrero con respecto a si se había tomado ya una decisión o no^[8]. De hecho, *sir* Alexander Cadogan, alto cargo del Ministerio de Exteriores británico, reveló el objetivo fundamental de la política británica hacia España cuando escribió en su diario el 15 de febrero que apoyaba los esfuerzos para conseguir garantías frente a las represalias franquistas, «siempre que no demoren el reconocimiento»^[9]. Es obvio que el Gobierno de Su Majestad había informado al francés de la decisión, dado que el 24 de febrero Edouard Daladier reveló que su Gabinete había recibido notificación del Gobierno británico en el sentido de que había llegado la hora de reconocer al general Franco y de que París no debía esperar más. Tras considerables evasivas por parte de Neville Chamberlain, y solo en respuesta a las persistentes preguntas planteadas por los parlamentarios del Partido Laborista, la decisión se anunció el 27 de febrero en la Cámara de los Comunes. Franco fue informado por *sir* Robert Hodgson^[10].

Chamberlain sostuvo que la zona de España controlada por la República era muy pequeña y muy débil, y que en la España republicana no había ningún Gobierno efectivo. Afirmó que resultaba «imposible considerar al Gobierno republicano español, disperso como está y sin ejercer ya una autoridad estable, como el Gobierno soberano de España». Dijo que ya se había informado a Burgos. No se exigía garantía alguna a Franco en cuanto a represalias contra civiles, ya que, según afirmó, «el Gobierno de Su Majestad ha tomado nota con satisfacción de las declaraciones públicas del general Franco con respecto a la determinación de él mismo y de su Gobierno de asegurar la independencia tradicional de España y tomar medidas solo en el caso de aquellos contra quienes se presenten cargos criminales»^[11]. El 28 de febrero se pidió al conde de Jordana que recibiera a *sir* Robert Hodgson como encargado de negocios a la espera del nombramiento de un embajador. Al mismo tiempo, Pablo de Azcárate dejó vacante la embajada española en Londres, que pasó a ocupar el duque de Alba. Franco solicitó al Gobierno de Su Majestad que recibiera a Alba como encargado de negocios español^[12]. Dado que Alba era también duque de Berwick-on-Tweed e íntimo amigo de Winston Churchill, Whitehall lo vio como un personaje extremadamente adecuado.

Al día siguiente, en el Parlamento Clement Attlee ridiculizó el comportamiento del primer ministro. Se lamentó de que el Gobierno hubiera ocultado una decisión claramente tomada tiempo antes y de que con anterioridad Chamberlain se hubiera negado a responder a las preguntas sobre el tema: «Cuando el primer ministro dijo que no iba a ser sometido a interrogatorio, podría haber sido un dictador dirigiéndose al Gran Consejo Fascista». Se refirió a la justificación del reconocimiento de Chamberlain como «un tejido de medias verdades, que son peor que las mentiras». Attlee presentó una moción:

Que, en opinión de esta Cámara, la decisión del Gobierno de Su Majestad de conceder el reconocimiento incondicional a las fuerzas insurrectas españolas subordinadas a la intervención extranjera constituye una afrenta deliberada al Gobierno legítimo de una potencia amiga, constituye una flagrante violación de las tradiciones internacionales, y marca un nuevo paso en una política que está destruyendo constantemente en todos los países democráticos la confianza en la buena fe de Gran Bretaña.

Su discurso terminó con una devastadora condena de la política de Chamberlain:

Está claro como el agua que la política del Gobierno ha sido en todo momento respaldar al general Franco para que ganara y hacer todo lo posible por ayudarlo. La farsa de la no intervención

ha sido en realidad un mecanismo para impedir que el Gobierno español ejerciera los derechos que tiene conforme al derecho internacional. [El Gobierno británico] Ha permitido que se cometieran toda clase de violaciones del derecho internacional y ha dejado de lado las doctrinas del derecho marítimo que durante generaciones han respaldado todos los estadistas de este país. Su señoría es el primero entre los primeros ministros que se muestra absolutamente indiferente a las leyes del mar que fueron creadas y respaldadas por los estadistas de este país. Es cómplice de la inanición de mujeres y niños, es cómplice del bombardeo de ciudades abiertas y la matanza de hombres, mujeres y niños y no combatientes, y ahora se esfuerza con indecente premura en intentar trabar amistad con los responsables de ello. Eso no redundará en interés de la democracia. No redundará en interés de la seguridad del Imperio británico. Él piensa en todo momento en los intereses del capital británico. ¿Qué importa que se ponga en peligro a Gibraltar si las Minas de Río Tinto dan dividendos? ¿Qué importan las mujeres y los niños si se hace de España un lugar seguro para la autocracia?

En su débil respuesta, Chamberlain esquivó aquellas acusaciones y se limitó a aludir a la ausencia de Azaña del país como justificación del reconocimiento:

El presidente ya no está en España: de hecho, ha dimitido. Algunos de los ministros se hallan en Francia, otros están en España, y, según creo, muchos de los propios ministros y asesores militares del doctor Negrín están urgiéndole al cese de las hostilidades. Resulta dudoso que se pueda considerar al Gobierno un poder legal. ¿Cuál es la autoridad del Gabinete en ausencia del presidente y en la imposibilidad de convocar a las Cortes? El cuerpo diplomático se acredita ante el jefe del Estado, y es donde el jefe del Estado reside legalmente donde deben realizar su misión. ¿Cómo pueden realizar dicha misión cuando el jefe del Estado ya no está en España?

Luego justificó su actuación diciendo: «Sabemos perfectamente que resulta absolutamente imposible para nosotros exigir tales condiciones a menos que estemos preparados para ir a la guerra a imponerlas».

Sin embargo, Chamberlain reconoció implícitamente su comprensión ante el deseo declarado de venganza de Franco: «No sería razonable pedirle al general Franco que concediera de antemano una amnistía completa que incluyera a los hombres que han sido culpables de tan horribles crímenes». Luego Chamberlain leyó en voz alta con orgullo el telegrama que había recibido de Jordana en respuesta a la demanda de clarificación de Hodgson de la cuestión de las represalias:

El telegrama está fechado el 22 de este mes, y reza: «La España nacional ha ganado la guerra, y por lo tanto incumbe a los vencidos rendirse incondicionalmente. El patriotismo, la caballerosidad y la generosidad del Caudillo, de las que tantos ejemplos ha dado en las regiones liberadas, y asimismo el espíritu de equidad y justicia que inspira las acciones de todo el Gobierno nacional, constituyen una firme garantía para todos los españoles que no son criminales. Los tribunales de justicia aplicarán las leyes y procedimientos establecidos promulgados antes del 16 de julio de 1936»^[13].

Chamberlain superó la moción de censura. *Sir* Alexander Cadogan le vio más tarde y recogió encantado la exclamación del primer ministro de que «se había salido con la suya»^[14]. Resulta perfectamente claro que, tras haber estado contribuyendo durante mucho tiempo a una victoria franquista, ni el Gobierno conservador ni el Foreign Office veían como una prioridad las inquietudes humanitarias de Negrín. Cuando fue informado del inminente reconocimiento de Franco, Azcárate había hecho un último y desesperado intento de persuadir al ministro de Asuntos Exteriores, Lord Halifax, de que utilizara la influencia del Gobierno británico para asegurar que se cumplieran las promesas contenidas en el telegrama de Jordana. Aunque Halifax se sentía claramente atormentado, fue en vano^[15]. Ya a principios de febrero, Abbington Gooden, el cónsul en funciones en Valencia, había solicitado permiso para organizar la evacuación en barcos británicos de funcionarios republicanos en riesgo de ser encarcelados o ejecutados. La respuesta de Londres fue que tales medidas solo podían implementarse para las personas ya mencionadas en los existentes acuerdos de intercambio con Franco. Pese a estimar que había 50 000 vidas en peligro solo en el sur de España y saber que apenas habría piedad con los civiles, el Foreign Office ordenó al señor Gooden que no diera la impresión de que habría ayuda británica para facilitar las evacuaciones, no fuera que ello alentara al Gobierno de Negrín a seguir luchando^[16]. En la primera reunión de su Gabinete tras el anuncio del reconocimiento, Chamberlain reveló sus puntos de vista cuando dijo: «Cabría esperar que ahora el

general Franco tenga cuidado de evitar una acción que pueda ofender la opinión del mundo civilizado. Al mismo tiempo habría que recordar que ha habido una serie de criminales muy peligrosos que han cometido actos de gran brutalidad, y, por lo tanto, resulta excesivo esperar que el general Franco proclame una amnistía general»^[17].

Mientras tanto, el 22 de febrero, en Madrid, Manuel Guitián, del SIPM, había presionado a Casado para que concretara una fecha definida para su golpe. Tras haber prometido que «comenzará la liquidación del asunto» a finales de mes, ahora Casado trataba de conseguir más apoyos entre el alto mando republicano. En este contexto hay que situar la reunión que este mantuvo con Antonio Cerdas el 24 de febrero. Tras hacer una serie de insultantes comentarios sobre Azaña similares a los que le había hecho a Guitián, garantizó a Cerdas su propio y apasionado compromiso con la resistencia y rechazó los rumores sobre sus contactos con Besteiro y otros. Esto podría interpretarse como un subterfugio para desviar cualesquiera sospechas que Cerdas pudiera albergar sobre sus maquinaciones y, de este modo, neutralizarlo. Sin embargo, también podría verse como una forma de asegurarse la confianza de Cerdas antes de tantear una propuesta de rendición. Casado estaba aludiendo, de hecho, a sus reuniones con Centeno y Guitián cuando pasó a hablar a Cerdas de su convicción de que Franco haría concesiones, no solo en cuestión de represalias, sino también en cuanto al reconocimiento del rango de los oficiales republicanos en un futuro ejército de posguerra. También le dijo a Cerdas que había celebrado varias reuniones «con agentes británicos de toda confianza», y afirmó que estos le habían asegurado que el Gobierno británico tenía suficientes barcos listos para la evacuación de 20 000 personas. De manera aún menos plausible, declaró que dichos «agentes» le habían dicho que el Gobierno británico impondría las condiciones de la ausencia de represalias y el reconocimiento de los rangos militares republicanos^[18].

Las afirmaciones que Casado le hizo a Cerdas son, con casi toda seguridad, una versión muy exagerada de las reuniones que había mantenido con un funcionario británico, probablemente Denys Cowan, o el empleado del consulado, el «señor Milanes», poco después del anuncio del reconocimiento anglo-francés de Franco. Así lo refleja el hecho de que Gooden, el cónsul británico en Valencia, enviara un telegrama al Foreign Office anunciando que Casado y Besteiro habían informado a dicho funcionario que tenían la intención de derrocar a Negrín. Además, habían pedido que el Gobierno británico colaborara en la evacuación de entre cinco y diez mil militares y líderes políticos republicanos^[19].

En realidad, las declaraciones del primer ministro británico, Neville Chamberlain, y del ministro de Asuntos Exteriores, Halifax, tanto en el Parlamento como en reuniones privadas del Gabinete, dejaban claro que no había posibilidad alguna de que el Gobierno británico hiciera lo que prometía Casado. No cabe duda de que los ingleses estaban ansiosos por apresurar el final de la guerra. Si Cowan le aseguró tales cosas a Casado, solo pudo haberlo hecho a causa de su ansiedad por seguir las instrucciones de alentar a Casado a forjar la paz. El único modo de que hubiera habido la más remota posibilidad de que Casado pudiera negociar una postura menos intransigente por parte de Franco habría sido que pudiera haberse ofrecido a entregarle tanto a Negrín como a los líderes comunistas. Como escaparon el 6 de marzo, fue imposible lo primero, pero el hecho de que Casado dejara a cientos de comunistas en la cárcel sí parece sugerir que estaba dispuesto a pagar con sangre comunista la clemencia de Franco.

La reunión de Casado con Cerdas reflejaba el hecho de que Franco se estaba impacientando ante la falta de progresos en las negociaciones con Casado. El 25 de febrero, el Generalísimo se retractó de la oferta mínima realizada cinco días antes, informando a su Estado Mayor de que, puesto que el ejército nacional tenía medios más que suficientes para ocupar Madrid «por la fuerza, cuando y como se desee, la rendición debe ser sin condiciones». La opinión de Franco era que cualquier rendición negociada, aun sin condiciones, favorecía a los vencidos. Su declaración a su Estado Mayor prosiguió con las palabras: «Si el jefe de Madrid se entrega no combatiremos; si no lo hace lo tomaremos por la fuerza, que no nos preocupa». Luego pasó a añadir lo siguiente: «Si el jefe del Centro no puede hacerlo y sí facilitar el paso por un sector del frente, nos interesan solo aquellos que dejen envuelto el Ejército de Madrid, o sea Marañosa-Sector Jarama y sectores combinados Guadalajara y Cifuentes». Este mensaje fue transmitido a Casado por los agentes del SIPM. Parece ser que Casado se lo mostró a Matallana, que empezó a preparar mapas detallados de los frentes mencionados por Franco, señalando los sectores débiles más vulnerables a un ataque motorizado nacional. Luego se los envió al alto mando franquista junto con una nota diciendo que podían utilizarse «en previsión de que fallasen las previsiones de Casado». La información de Matallana no llegó a Burgos hasta el 5 de marzo^[20].

El mensaje de Franco dejaba claro que, si Casado pretendía sacar ventaja de sus maquinaciones, tenía que fijar la fecha para su golpe y la rendición de las fuerzas republicanas antes de que el Caudillo lanzara un ataque. Poco después se entregó a Casado una radio portátil con la que podía ponerse en contacto con el

agente del SIPM Francisco Bonel Huici, que estaba en el frente de Toledo. Por este medio, el lunes 27 de febrero Casado envió un mensaje anunciando que «Mañana martes se constituye Junta Liquidación», para luego añadir: «Pedimos plázet para Besteiro y coronel Ruiz Fornells [uno de los oficiales del Estado Mayor de Casado] trasladarse avión zona nacional con agentes servicio formalización rápida capitulaciones». La respuesta de Burgos fue brutal:

Es necesario insistir que la España Nacional solo acepta rendición sin condiciones, sujetándose a la generosidad ofrecida y determinada en telegramas anteriores. Solo para ilustrar sobre forma llevar a cabo rendición pueden venir uno o dos militares profesionales confianza mando rojo debidamente acreditada, siendo inaceptable presencia de Besteiro u otros paisanos^[21].

Se dispuso que una delegación exclusivamente militar volara de Madrid a Burgos el 2 de marzo para arreglar los términos de la rendición. Sin embargo, el jefe del Estado Mayor de Franco, general Juan Vigón, esperó en vano en el aeropuerto local de Gamonal. La razón fue que los planes para la toma del poder de Casado estaban tropezando con dificultades. De hecho, la traicionera comunicación de Matallana sobre los mapas del frente parece sugerir un considerable nerviosismo con respecto al retraso. El 2 de marzo, mientras Vigón perdía el tiempo en Gamonal, el SIPM de Madrid informaba a Burgos de que

Casado ha recibido la contestación de S. E. el Generalísimo y las instrucciones. Parece que a los políticos les ha producido algo de miedo, y a Casado se le esfuma, por el momento al menos, la Junta Cívico-Militar presidida por él o por Besteiro, que creía ya en sus manos ... Con esta Junta pretendían los políticos conseguir lo que ellos llaman una capitulación honrosa, consistente esta en obtener libre salida para los que quisieran marcharse.

El punto de fricción era que Casado había deseado que Besteiro pudiera ir a Burgos y negociar con Franco a fin de poder anunciar un acuerdo de alto nivel que permitiera la huida de todos los que quisieran marcharse independientemente de su «culpa». Dos días después, el SIPM volvía a informar de los retrasos: «Todo gira alrededor fuga dirigentes para no aparecer Casado como traidor»^[22].

Unos días antes, Negrín había establecido su base en la finca de El Poblet, una propiedad densamente arbolada situada al norte de Petrer, una pequeña población del este de Elda, hoy en día contigua a esta. En Petrer, Negrín estaba acompañado de su ayudante militar, el comandante Julián Soley Conde; su secretario, Benigno Rodríguez, y el subsecretario del Ministerio de Propaganda, Manuel Sánchez Arcas. Los tres eran miembros del PCE. Además, había una pequeña plantilla administrativa de doce personas. El edificio había sido requisado unas semanas antes por el jefe del SIM, Santiago Garcés, que lo había elegido en parte porque tenía la ventaja de contar con la cercana pista de aterrizaje de Monóvar conocida como El Fondó. El cuartel general de El Poblet se denominaba en el código militar «Posición Yuste», mientras que posteriormente, en la mayor parte de la literatura de memorias de la guerra, pasaría a conocerse simplemente como «Elda»^[23]. Líster criticaría más tarde el «... hecho de establecerse el Gobierno en un lugar lejos de todo gran centro urbano, de las concentraciones militares, de las vías de comunicación» como «la mejor forma de dejarles las manos libres a los conspiradores y aislarse voluntariamente del pueblo y las fuerzas militares»^[24]. Posteriormente, Uribe se quejaría, de modo similar, de que El Poblet carecía de las instalaciones necesarias para el adecuado funcionamiento de un Gobierno, afirmando que la elección había venido determinada por

la particularidad realmente importante [de] que en su proximidad se encontraban dos aeródromos, con aviones dispuestos a zarpar en cualquier momento. En mi opinión esto no era casual, entraba dentro de los planes de Negrín y de las perspectivas más o menos aproximadas de como él preveía que iba a terminar su papel de jefe del Gobierno^[25].

Los comentarios retrospectivos de Líster y Uribe sobre lo absurdo de la elección de Petrer como cuartel general del presidente del consejo de ministros eran, en el mejor de los casos, poco sinceros, y en el peor, una forma de echar la culpa a Negrín de la falta posterior de resistencia frente a Casado. Ignoraban claramente el hecho de que no había aparato gubernamental alguno que pudiera haber funcionado de manera adecuada y de que aquella zona de la región levantina era un buen lugar para tratar de crear uno. Madrid y Valencia estaban peligrosamente cerca de los frentes de batalla, mientras que Elda-Petrer se

hallaba en una posición más central que las primeras en lo que quedaba del territorio republicano. Situada en la carretera principal y el enlace ferroviario entre Madrid y Alicante, también gozaba de excelentes comunicaciones con Valencia, Albacete, Murcia y Cartagena^[26]. De modo similar, posteriores comentarios de otros comunistas sobre la presunta inacción de Negrín pasaban por alto la agotadora y frenética actividad desplegada en El Poblet. Por ejemplo, Stanislav Vaupshasov, el principal asesor ruso de Domingo Ugría, comandante del XIV Cuerpo de Ejército Guerrillero creado por Negrín en octubre de 1937, escribía en términos similares a los expresados por Líster: «El primer ministro Negrín estableció su base en Elda, pero eludió su tarea. No tenía deseo alguno de reunirse con nadie, no hacía nada. Su depresión le hizo el juego a los derrotistas y conspiradores»^[27].

El teniente coronel Francisco Ciutat de Miguel, jefe de operaciones del Ejército de Levante de Menéndez, escribiría en un posterior informe al Comité Central del PCE: «... la inactividad de Negrín y por tanto del Gobierno... la vida irregular de Negrín, su frivolidad inoportuna». Tales comentarios reflejan hasta cierto punto una total ignorancia de la continua —y necesariamente caótica— actividad realizada por Negrín, sus interminables reuniones con oficiales militares y políticos, y sus incansables esfuerzos para mantener la credibilidad internacional de la República pese al sabotaje de Azaña y otros. En realidad, lo que el informe de Ciutat de Miguel deja claro es que, cuando los comunistas hablaban de inacción, se referían al hecho concreto de que no se hubiera sustituido a Casado^[28].

Además, basándose en las advertencias de Edmundo Domínguez, José Rodríguez Vega, Cordon y otros, Negrín conocía, como la conocían ellos, la magnitud de la conspiración que se estaba tramando. La idea de Negrín al elegir El Poblet como punto estratégico desde el que dirigir la resistencia y, más aún, la futura evacuación, se vio confirmada en algunas notas tomadas después de una conversación con Ramón González Peña:

Un fin digno. Lo aprobaría la UGT y el Partido Socialista. Proteger la evacuación. Estudiar la evacuación. Fin digno: garantizar en la liquidación de la g. las personas de significación q. no puedan convivir con los facciosos puedan marcharse. Que no haya persecuciones ni represalias^[29].

La plana mayor comunista estaba haciendo planes para una retirada organizada a los puertos de Alicante y Cartagena. En consecuencia, cabe deducir no solo que la decisión de Negrín fue prudente, sino que, en aquel momento, disfrutaba claramente de la aprobación del Partido Comunista. De hecho, el politburó no tardaría en hacer lo mismo, abandonar su cuartel general en Murcia y apoderarse de un grupo de casas al sur de Elda, conocidas por su nombre en clave militar como «Posición Dakar»^[30].

Los anarquistas también formularon amargas y absurdas críticas al hecho de que Negrín no hubiera creado en El Poblet un aparato gubernamental plenamente desarrollado. Aparte de eso, en la descripción particularmente malévola de García Pradas, que nunca llegó a visitar El Poblet, se calificaba a los guerrilleros que vigilaban la casa como «bandoleros» que protegían a Negrín mientras este se entregaba a orgías con prostitutas atiborrándose de perfiles, tragando champán del bueno y fumando puros habanos^[31]. De hecho, la casa de El Poblet estaba protegida por una unidad compuesta por un centenar de curtidos guerrilleros comunistas del XIV Cuerpo de Ejército Guerrillero de Ugría. Estaban apostados con ametralladoras entre los árboles que rodeaban la casa, y también había guardias en el propio complejo. El XIV Cuerpo de Ejército estaba asesorado por varios oficiales del Glavnoe Razvedupravlenie, el Servicio de Inteligencia Militar Soviético (GRU), incluido Stanislav Vaupshasov^[32].

Uno de los visitantes del nuevo cuartel general de Negrín fue el secretario general de la UGT José Rodríguez Vega, cuyo relato sugiere que llegó allí el 3 de marzo. Lejos de interrumpir una orgía alimentada por el alcohol, encontró al presidente del Gobierno en conversaciones con una serie de personas cuyo papel en la continuación de la guerra él consideraba crucial. Entre ellas estaban Juan Ignacio Mantecón, de Izquierda Republicana, que había sido gobernador general de Aragón hasta que Franco tomó la región en la primavera de 1938, y estuvo a punto de ser nombrado comisario del Ejército de Levante; «Augusto», un popular personaje de la radio madrileña; el intendente general de Abastecimientos Trifón Gómez; el comandante del Ejército de Andalucía, Domingo Moriones, y otros oficiales de alto rango. Rodríguez Vega informó a Negrín de la reunión con Casado en la que le había sorprendido ver a Melchor Rodríguez, y de la propuesta de los anarquistas para la creación de una Junta de Defensa. Negrín respondió que el Gobierno, término con el que se refería a sí mismo y a Álvarez del Vayo, estaba haciendo esfuerzos para conseguir la mediación de Gran Bretaña y Francia de cara a un acuerdo de paz. Refiriéndose a las diversas iniciativas antigubernamentales de las que le estaba informando Rodríguez Vega, dijo: «Si son unos insensatos, todo se hundirá». Y siguió con voz en la que su energía habitual dejaba, sin embargo, traslucir una profunda

emoción: «No podemos pactar, en modo alguno, la paz, sin que sean aceptados como mínimo los tres puntos establecidos por las Cortes de Figueras»^[33].

Unas horas antes del 2 de marzo, el mismo día en que Casado esperaba enviar una delegación a Burgos, alrededor de la una de la tarde Negrín había celebrado una reunión con Miaja, Matallana, Casado y Buiza, a quienes les había dicho que el 6 de marzo transmitiría un discurso radiado cuyo argumento sería que continuar la resistencia era la única forma de poder asegurar una paz tolerable. Casado respondió con la funesta y completamente falaz afirmación de que Franco estaba a punto de lanzar un ataque imparable sobre Madrid. Y declaró en un falso tono heroico: «... yo me quedaré hasta el fin en Madrid y allí moriré». Anunció su propósito de evitar que nadie, «especialmente los políticos», abandonara la capital, lo que quizá constituía un indicio involuntario de su inminente intención de detener a los partidarios de Negrín. El presidente se apresuró a señalar que, aunque Casado podía transmitir tales órdenes a los soldados que estaban bajo su mando inmediato, los políticos y los demás civiles dependían del Gobierno. Luego pasaron a hablar de la situación general, de la que Casado dio la visión más desoladora posible.

Buiza reveló entonces inadvertidamente lo que los cuatro habían estado planeando cuando sugirió que «quizá los militares pudieran hacer algo tratando directamente con los militares contrarios». Negrín todavía no sospechaba abiertamente de Miaja y Matallana, pero después de aquella reunión ya no pudo tener dudas de que no se podía confiar en Buiza y Casado. En consecuencia, le dijo a este último que al día siguiente se anunciaría su traslado a la Jefatura del Estado Mayor, y, en términos displicentes, ordenó a Buiza que no sacara la flota al mar. En respuesta a lo que había sabido en aquella reunión, Negrín decidió controlar a Buiza reemplazando al general Carlos Bernal en Cartagena por el teniente coronel comunista Francisco Galán Rodríguez^[34]. Al mismo tiempo, la reacción de Buiza a la reunión y a las órdenes de Negrín fue, a su regreso a Cartagena, congrega a los oficiales de alto rango y comisarios de la flota. Anunció que el ultimátum que le había dado a Negrín en Los Llanos para forjar la paz se estaba agotando. Después fue mucho más lejos y reveló que una serie de oficiales de alto rango del ejército y prominentes figuras políticas se disponían a crear un Consejo Nacional de Defensa para reemplazar al Gobierno de Negrín. Como primer paso del complot, la flota saldría al mar y luego avisaría por radio a Negrín de que tenía veinticuatro horas para forjar la paz. Organizar aquello llevaría al menos hasta el 4 de marzo^[35].

Aunque Negrín pensara en sustituir a Casado por Modesto, este nombramiento nunca se implementó. Lejos de ello, fue la firmeza de la postura de Negrín para con Buiza y Casado la que, en opinión de Zugazagoitia, precipitó la decisión de los conspiradores de actuar. El 1 de marzo se había anunciado el ascenso de Modesto al rango de general. Más tarde ese mismo día, en la Posición Yuste, Modesto le había sugerido a Negrín que le diera el mando del Ejército del Centro. El presidente se limitó a decirle que lo estaba pensando y que tomaría una decisión en unos días^[36]. El desencadenante de un complot que estaba ya bien avanzado no fue, como afirmaría más tarde Casado, ninguna decisión de Negrín de reemplazarle por Modesto. El posible nombramiento de Modesto como comandante del Ejército del Centro nunca llegó a anunciarse ni a implementarse. Pese a ello, Casado lo citaría falsamente más tarde como prueba de que Negrín y los comunistas planeaban un golpe. La invención de un plan de los comunistas para establecer su dictadura —sin ninguna explicación por parte de Casado de cuál podría ser su propósito al obrar así— era simplemente una estratagema para justificar su propio golpe. En sus tres poco fiables descripciones de los hechos, Casado afirma que, tras la reunión mantenida con Negrín el 2 de marzo, él y Matallana fueron a Valencia a ver a Menéndez y Miaja. Esto resulta claramente inexacto, dado que Miaja estaba ya con ellos. De hecho, su relato tenía elementos surrealistas. «Con el acuerdo tomado en firme de no demorar el acto de fuerza contra el Gobierno Negrín», su decisión se vio confirmada por un pequeño milagro. Al volver a su cuartel general, «Esa noche me llegó, como llovido del cielo, el plan completo del doctor Negrín para dar el golpe de Estado comunista que tenía proyectado». Lamentablemente, Casado no clarificaba la naturaleza de aquella intervención divina. Luego pasaba a afirmar que, sabiendo que habría oposición, el plan de Negrín se había pospuesto hasta que pudiera hacer los nombramientos que convertirían al ejército «en un instrumento ciego en poder del doctor Negrín y del Partido Comunista»^[37].

Mientras tanto, y pese a los fervientes esfuerzos de Negrín para persuadirle de que volviera a España, Azaña se mantenía firme en su negativa^[38]. El domingo 25 de febrero, sabedor de que el reconocimiento de Franco por parte de Gran Bretaña y Francia era inminente, Azaña había abandonado la embajada republicana en París y cogido un tren hacia Collanges-sous-Salève, cerca de la frontera suiza, donde había alquilado una casa. Pascua se vio obligado a enviar tras él a un mensajero con el más reciente de los desesperados telegramas de Negrín instándole a volver a España^[39]. Dos días después, cuando se proclamó oficialmente el reconocimiento de Franco, y sin molestarse en informar a Negrín de sus intenciones, Azaña envió una carta anunciando su dimisión de la Presidencia de la República al presidente de las Cortes, Diego

Martínez Barrio. Eso dejaba la República sin un representante internacionalmente reconocido.

En su carta, Azaña afirmaba que se había visto impulsado a abandonar España y trabajar por la paz debido a que el 30 de enero el general Rojo le había dicho que la guerra estaba perdida. Proseguía:

El reconocimiento de un gobierno legal en Burgos por parte de las potencias, singularmente Francia e Inglaterra, me priva de la representación jurídica internacional necesaria para hacer oír de los gobiernos extranjeros, con la autoridad oficial de mi cargo, lo que es no solamente un dictado de mi conciencia de español, sino el anhelo profundo de la inmensa mayoría de nuestro pueblo. Desaparecido el aparato político del Estado: Parlamento, representaciones superiores de los partidos, etcétera, carezco, dentro y fuera de España, de los órganos de consejo y de acción indispensables para la función presidencial de encauzar la actividad de gobierno en la forma que las circunstancias exigen con imperio. En condiciones tales, me es imposible conservar, ni siquiera nominalmente, ese cargo, al que no renuncié el mismo día en que salí de España porque esperaba ver aprovechado este lapso de tiempo en bien de la paz.

Julián Zugazagoitia comentaría una fotografía de Azaña tomada en la rueda de prensa en la que anunció su dimisión diciendo que estaba radiante, claramente encantado de poder volver a sus libros^[40].

El general Rojo, por su parte, se sintió indignado y le envió un telegrama a Martínez Barrio denunciando los «conceptos lamentablemente erróneos» de Azaña^[41]. También escribió una airada carta a la prensa francesa negando que él hubiera hecho los comentarios que Azaña le atribuía. Luego fue a presentarle sus respetos a Diego Martínez Barrio, presidente de la República en funciones, que le dio otro telegrama más de Negrín pidiéndole que volviera a la zona centro-sur. En su libro *¡Alerta los pueblos!*, Rojo afirmaría que le dijo a Martínez Barrio que era la primera orden oficial que recibía en ese sentido. Según su versión, él aceptó y empezó a hacer los preparativos para su viaje. Justo cuando estaba a punto de partir —declararía—, sobrevino el golpe de Casado. Aun así, según su biógrafo, su predisposición a regresar hizo mucho por reparar sus desavenencias con Negrín^[42]. Sin embargo, varios telegramas, así como la declaración autenticada ante notario redactada para Negrín por Zugazagoitia y Rafael Méndez con respecto a lo ocurrido el 14 de febrero, socavan esa afirmación. En una carta a Zugazagoitia, Pascua escribía de Rojo: «... bien mirada la mendacidad es notoria», y comentaba que en su libro

pretende embarullar, difuminar y oscurecer lo sucedido respecto a él con medias frases, expresiones imprecisas e indeterminadas y con algunas falsedades evidentes estas ya más netas en su expresión; me da la impresión de que escribe fiado en que no se le ajuste exactamente lo ocurrido, cosa que adquiriría enseguida notoria gravedad para su prestigio militar por las implicaciones forzosas derivadas o más bien realmente por una sola^[43].

Los golpes paralelos del reconocimiento anglo-francés de Franco y la dimisión de Azaña resultaron completamente devastadores para Negrín. Sería difícil no ver cierto grado de traición y mendacidad en el desolador texto de la carta de Azaña. Su declaración de que la guerra estaba perdida no hizo nada por inducir a Franco a contemplar la posibilidad de una generosidad compasiva. Y asimismo socavó por completo los esfuerzos de Negrín por jugar la carta de la resistencia para presionar en favor de unos términos de rendición razonables. El énfasis que hacía Azaña en el reconocimiento de Franco por parte de Gran Bretaña y Francia deliberadamente pasaba por alto el hecho de que la República había luchado durante treinta meses mientras Franco disfrutaba ya en la práctica de la ayuda tácita proporcionada bajo la farsa de la no intervención. Azaña olvidaba convenientemente que la República todavía disfrutaba del reconocimiento de la Unión Soviética y de México, además de Estados Unidos y numerosos países más pequeños. No era del todo cierto que el aparato del Estado, el Parlamento y los órganos de dirección de los diversos partidos republicanos hubieran desaparecido. Aunque muchos individuos de esos tres estamentos permanecieran en Francia, los partidos políticos seguían funcionando, y Negrín trabajaba frenéticamente para reconstruir los pilares del Estado. La carta también ignoraba claramente el hecho de que en la práctica Azaña había abandonado la República cuando cruzó a Francia sin intenciones de regresar a España^[44].

De hecho, en términos estrictamente legales, la dimisión de Azaña tenía que ser aceptada por una autoridad superior, lo que en la práctica significaba las Cortes de la República. Aparte del hecho de que muchos de los diputados elegidos en los últimos comicios, en 1936, o bien estaban en la zona franquista, o bien habían sido asesinados por uno u otro bando durante la guerra, existía otra dificultad mucho mayor: el

Gobierno francés había prohibido todas las actividades políticas de los exiliados españoles, una prohibición que ahora se aplicaba de manera más estricta tras el reconocimiento de Franco. En consecuencia, Martínez Barrio tomó la aventurada decisión de convocar una reunión clandestina de la Comisión Permanente de las Cortes para el 3 de marzo en París. Negrín estaba convencido de que el presidente de las Cortes se convertiría automáticamente en presidente de la República, y estaba ansioso de que Martínez Barrio aceptara el puesto para que pudiera venir a España y reforzar su propia autoridad. Martínez Barrio, en cambio, estaba decidido a respetar el requisito constitucional de la elección por las Cortes o la elaboración de una lista por parte de su Comisión Permanente. Él no tenía el menor interés en aceptar la presidencia sin ciertas garantías, de modo que en los tres días anteriores a la reunión se produjo un intercambio de telegramas con Negrín.

El viernes 3 de marzo, los dieciséis miembros de la Comisión Permanente se reunieron en un elegante restaurante parisino para tratar de las consecuencias de la dimisión de Azaña. Una vez que dicha dimisión fue unánimemente aceptada, los diputados acordaron elevar a Martínez Barrio a la presidencia interina, pero solo «si tiende exclusivamente a liquidar con el menor daño y sacrificios posibles en función de un servicio humanitario la situación de los españoles». Plenamente consciente de la referencia de Azaña a la falta de un aparato de Estado, Martínez Barrio aceptó el puesto a regañadientes. Les dijo a los diputados allí reunidos que «solo aceptaré la nueva responsabilidad si dispongo de plena autoridad para realizar la única obra que cumple a la situación creada: terminar la guerra con el menor número de estragos posibles». Para ello necesitaba el acuerdo de Negrín: «Me negaré a ir a España para ser una nueva bandera de discordia». Luego le envió un telegrama a Negrín declarando que volvería a España solo sobre la base de que lo hacía para negociar la paz, dejando claro que, «caso contrario me veré dolorosa necesidad declinar aceptación presidencia interina República»^[45].

El Gobierno recibió y debatió el telegrama de Martínez Barrio. A continuación se envió una respuesta unánimemente acordada y positiva a las condiciones por parte del Ejecutivo, «que desde luego estaba conforme con los acuerdos respecto a la necesidad de ir rápidamente a la paz con el enemigo, siempre que no existieran persecuciones ni represalias, que esa era la política que en los últimos tiempos venía realizando de una manera ostensible y manifiesta el Gobierno y que estaba dispuesto a seguirla realizando y la suscribía; pero que por otra parte se ponía a la disposición del señor presidente de la República para facilitar cualquier cambio de política o gobierno que el señor presidente de la República estimara pertinente». Aunque Negrín había enviado su aceptación de las condiciones de Martínez Barrio, el presidente de las Cortes nunca la recibió. Como declararía el propio Negrín ante la Diputación Permanente de las Cortes el 31 de marzo, su respuesta fue «quizá otro de los telegramas que han sido saboteados»^[46].

Era más que probable que los conspiradores hubieran utilizado su control de la red de comunicaciones para bloquear la transmisión del telegrama. Como informaría más tarde Stepanov,

la comunicación telegráfica cifrada con el extranjero pasaba a través del Estado Mayor de Casado ... hasta el último momento, la comunicación telefónica entre Madrid y Valencia, entre Valencia y Elda, pasaba a través del aparato de Miaja y Matallana. Además, la comunicación telefónica entre Valencia y Madrid pasaba en Madrid por el control del Estado Mayor de Casado ... Todas las comunicaciones dirigidas al y por el Gobierno al exterior se transmitían a través de la transradio, que radicaba en Madrid, y por consiguiente a través de Casado^[47].

Al fin y al cabo, Casado ya había interceptado comunicaciones entre Negrín y su embajador en Londres, Pablo de Azcárate^[48].

Es casi seguro que ahora Casado había bloqueado la transmisión del telegrama de Negrín aceptando la determinación de Martínez Barrio de aplicar una política de paz. El hecho de que lo hiciera viene a socavar su posterior afirmación de que su golpe estaba destinado únicamente a impedir una matanza innecesaria. Si ese hubiera sido el caso, podría haber cooperado con Negrín. Sin embargo, ello habría minado su relación con el servicio de espionaje franquista y con la Quinta Columna. Previendo ingenuamente que su colaboración le traería la gloria, había revelado a la Quinta Columna su intención de «asombrar al mundo». Y más tarde, en el exilio, hablaría de sus acciones como de un intento por ser el «redentor»^[49]. No es de extrañar que impidiera la transmisión del telegrama de Martínez Barrio a Negrín y acelerara sus propios planes. Sus declaraciones a Cerdán el 24 de febrero, y unos días más tarde a Hidalgo de Cisneros, habían mostrado que albergaba la esperanza de que en el ejército de posguerra de Franco se reconociera su rango militar. Consecuentemente, un tratado de paz en las condiciones de Negrín le privaría de su posición destacada. Como alegaría más tarde Negrín ante la Diputación Permanente de las Cortes, fue en el momento

en que Casado comprendió que el presidente del Gobierno planeaba forjar la paz cuando la «... sublevación se precipitó para no quedarse sin bandera»^[50].

El anuncio de un nuevo presidente de la República que, en colaboración con el Gobierno, trataría de forjar un acuerdo de paz condicionado al compromiso franquista de que no se producirían represalias, habría socavado del todo la propia razón de ser del golpe de Casado. Negrín ya le había dicho a este el 2 de marzo que iba a pronunciar un discurso sobre unas posibles negociaciones de paz, para las cuales sería necesario continuar la resistencia como moneda de cambio. Ese mismo día el inminente discurso se anunció en la prensa. Ya el 25 de febrero, su secretario, Benigno Rodríguez, había redactado una versión preliminar que había sido aprobada por el íntimo amigo de Negrín, y antiguo estudiante de medicina, Blas Cabrera Sánchez. Asimismo, era ampliamente conocido que Negrín se disponía a radiar el discurso a las diez de la noche del 6 de marzo. Se había anunciado en las provincias y se estaban montando altavoces tanto en el frente como en toda la retaguardia. Lo que no se sabía era lo que pensaba decir, pero su aceptación de las condiciones de Martínez Barrio para asumir la presidencia sugiere que habrían versado sobre la resistencia como base para unas posibles negociaciones^[51].

Mientras tanto, Martínez Barrio esperaba en vano el telegrama que nunca llegaría, y, molesto por la posibilidad de que Negrín no hubiera hecho las provisiones financieras necesarias para su viaje a España, acudió al general Rojo para que este realizara los preparativos. Rojo respondió con una desoladora descripción de las dificultades. En ese momento, la compañía aérea republicana, Líneas Aéreas Postales Españolas, funcionaba solo dentro de la zona centro, ya que cualquiera de sus aviones que aterrizaran en Francia sería confiscado. Un vuelo de Air France o un barco de Marsella a Orán todavía dejarían sin resolver el problema de cómo llegar a un puerto republicano en un medio quizá distinto de un buque de guerra francés. Tales dificultades, junto con el hecho de que no hubiera recibido respuesta de Negrín aceptando las condiciones perfiladas en su telegrama, le hicieron declarar ante la Diputación Permanente de las Cortes que no podía aceptar su nombramiento como presidente. De todos modos, la noticia del golpe de Casado habría ahorrado a Martínez Barrio la necesidad de realizar un difícil viaje^[52].

La dimisión de Azaña inmediatamente después del reconocimiento británico y francés de Franco vino a socavar por completo la retórica pública de Negrín en torno a la resistencia, que enmascaraba su determinación privada de conseguir las mejores condiciones para una evacuación. Zugazagoitia escribiría más tarde:

Resistir, ¿para qué? Es la pregunta unánime. No hay un combatiente que crea en la victoria. La caída de Barcelona, la pérdida de Cataluña, con el efecto internacional del reconocimiento de Franco por Francia e Inglaterra, han destruido las esperanzas hasta de los más alucinados: los comunistas. Las propias tropas en línea sienten relajárseles la disciplina y las deserciones aumentan en forma alarmante. Los que no se pasan al enemigo, se retiran de las trincheras buscando el camino de sus casas. En las ciudades todos ven el bulto de la derrota y son muchos los que, para no quedar expuestos a sus consecuencias, buscan contacto con el enemigo, al que sirven con el celo de quien espera hacerse perdonar una culpa grave. El aire comienza a pudrirse. ¿Percibe Negrín la nueva realidad? ¿Se ocupa alguien de hacerle conocer la virulencia de los gérmenes de descomposición? Los personajes que rodean al presidente están, como él, aferrados a la política de resistencia. Son comunistas^[53].

En las mismas circunstancias, el Comité Regional de Defensa de la CNT creado unos días antes por Eduardo Val, Manuel Salgado, José García Pradas y Cipriano Mera, había empezado a establecer contactos con otros elementos del Frente Popular, así como con Casado. Según una declaración redactada por García Pradas y publicada poco después de su formación, los objetivos del comité no eran demasiado distintos de los de Negrín. Este organismo se declaraba lo bastante fuerte como para hacer realidad el eslogan lanzado a mediados de febrero por el propio Negrín: «O todos nos salvamos o todos nos hundimos en la exterminación y el oprobio». Su objetivo declarado era «establecer las condiciones políticas y militares que nos permitieran ser dueños de nuestra propia voluntad frente al enemigo». Los anarquistas estaban obsesionados por el temor a un golpe preventivo de los comunistas que daría a estos el monopolio de las posibilidades de evacuación, y, en consecuencia, querían derrocar al Gobierno Negrín. Por lo demás, su objetivo era reforzar el Frente Popular de cara a una resistencia de amplia base que permitiera la negociación de una paz honrosa. Parece improbable que fueran conscientes de los vínculos de Casado con la Quinta Columna franquista.

En consecuencia, el Comité de Defensa anarquista empezó a establecer contacto con los líderes de otras

organizaciones frentepopulistas. En una reunión de los integrantes del Frente Popular, los representantes de la

CNT-FAI

propusieron tomar parte en la creación de una «Junta de Defensa» o «cosa así» para reemplazar al Gobierno de Negrín. La propuesta fue rechazada^[54]. Los partidos republicanos liberales estaban indignados tanto con Azaña, por haber dimitido, como con Martínez Barrio, por haberse andado con evasivas a la hora de reemplazarle. El comité Val-García Pradas-Mera contactó con Hilario de la Cruz y Juan Gómez Egido, presidente y secretario respectivamente de la Agrupación Socialista Madrileña, fervientemente caballerista. Estos habían sido informados ya a través de Wenceslao Carrillo y de Besteiro de las intenciones de Casado de derrocar a Negrín, y puede que incluso de sus planes detallados para hacerlo. Furiosos por las críticas comunistas a Largo Caballero por no haber regresado de Francia, refirieron y exageraron unas calumniosas habladurías sobre Negrín y Álvarez del Vayo, y se mostraron de acuerdo sin reservas con los planes del comité anarquista para poner en marcha un movimiento anti Negrín.

El comité trabajaba febrilmente: «De día y de noche en un palacete de la calle de Serrano, donde antes de la guerra vivía el marqués de Luca de Tena, propietario del [diario monárquico] *ABC*, el comité de defensa organizaba la sublevación». Según García Pradas, «Val y Salgado, dos o tres veces por día, comunicaban a Casado nuestros acuerdos, y en esta relación se precisaban los más nimios detalles del alzamiento. Segismundo —Segis, como nosotros le llamábamos— se había encargado de relacionar a los elementos militares que nos eran precisos. Era el hombre de mayor prestigio entre ellos por sus dotes profesionales, su historia republicana, su inteligencia sutil y clarividente y su oposición a todo manejo contra el pueblo y su unión antifascista». Entre las razones que daba García Pradas para confiar en Casado se contaban sus actividades antimonárquicas anteriores a 1931, su historial militar y el hecho que estuviera cerca de Largo Caballero^[55]. Es razonable suponer que, tanto en aquel momento como posteriormente, García Pradas no sabía nada de las promesas que Casado había hecho a los agentes de Franco de que impediría la fuga de numerosos izquierdistas. Apenas cabe duda de que a García Pradas no le importaba el destino de los comunistas, ya que su odio hacia estos todavía seguiría palpable en un libro que publicaría en 1974. En ningún momento de los años siguientes pareció considerar que sus actos y los del resto del Consejo Nacional de Defensa fueron de algún modo responsables del destino de los miles de republicanos que no pudieron escapar^[56].

Antes de la catástrofe

En el mismo momento en que los gobiernos inglés y francés estaban a punto de reconocer a Franco, la situación que afrontaba Negrín se deterioraba. Los crecientes niveles de derrotismo y los ensordecedores rumores de que Casado estaba preparando un golpe de Estado propiciaban una atmósfera decadente — come, bebe y disfruta— entre quienes tenían dinero para gastar. Manuel Tagüeña y otros oficiales recientemente regresados de Francia estaban acantonados en el barrio de Salamanca, o bien en el cuartel general del Socorro Rojo los del Quinto Regimiento, o bien, al otro lado de la calle de Lista, en la esquina con la elegante calle de Velázquez. Líster fue al hotel Palace a ver a algunos de los ministros de Negrín que estaban alojados allí: «Algunos de los ministros paraban en el hotel Palace y al ir a visitarlos me encontré en la barra del hotel con tal cantidad de señoritos, de “niñas bien” y de flamantes oficiales, que no pude por menos que salir inmediatamente de allí lleno de pena y de asco». Tagüeña recordaría que

Madrid estaba lleno de rumores y de intranquilidad sembrada por los partidarios de llegar a un acuerdo con el enemigo para dar por terminada la guerra. Pero lo más deprimente era ver la muchedumbre que llenaba las calles, cafés, cines y centros de diversión, con un público heterogéneo, donde abundaban las mujeres y los uniformados. Parecía como si se aturdieran gozando intensamente de la vida, antes de la catástrofe. No se veían patrullas y aparte de las casas destruidas y los grandes agujeros en las fachadas causados por los cañonazos enemigos, nada hacía pensar en una ciudad asediada.

Si lo que escribieron Líster, Tagüeña y Uribe era cierto para el centro de Madrid, no había parangón en los barrios de clase obrera, donde el hambre y la fatiga se sumaban al temor por lo que iba a ocurrir después^[1].

Uribe se quejaría retrospectivamente de que la mayoría de los ministros que volvieron de Francia no hicieron nada:

Ni siquiera se preocuparon de montar sus propios servicios y continuar la misión que les incumbía. Estaban bastante más activos en *cabarets* y otros lugares de la misma índole. En el hotel donde estaban todos juntos, se pasaban horas burlándose unos de otros a costa de conquistas amorosas hechas y atribuidas.

En ese sentido se mostraba especialmente crítico con los ministros de Gobernación, Paulino Gómez Sáenz, y Justicia, Ramón González Peña. Lo que más preocupaba a Uribe era que los conspiradores eran plenamente conscientes de la atmósfera del hotel Palace y la desmoralización de los ministros, y utilizaban ese conocimiento para denigrar al Gobierno y ganar adeptos para su causa^[2]. Pero la resentida descripción de Uribe está lejos de presentar el panorama completo. Ni que decir tiene que no explicaba cómo esperaba exactamente que los ministros crearan los mencionados servicios. Zugazagoitia, en cambio, explicaba las dificultades que entrañaba ser ministros sin ministerios, funcionarios o archivos:

La existencia del Gobierno es precaria. Le falta el aparato administrativo; no tiene en qué apoyarse. Las principales palancas de mando están en otras manos que las de los ministros, quienes, domiciliados en Madrid, cablegrafían al extranjero, ordenando la incorporación a sus servicios

respectivos a funcionarios que encuentran más ventajoso para ellos continuar en Francia. Los miembros del Gobierno no pueden saltar sobre su sombra y necesitan atemperar su conducta al margen de las posibilidades que les concede la situación^[3].

Uribe se olvidaba de mencionar que se estaban haciendo esfuerzos para establecer ministerios en otras áreas más seguras que Madrid, como la región levantina^[4].

Como recordarían más tarde tanto Tagüeña como Castro Delgado, no mucho después de su llegada a Madrid:

Desde el primer momento el Partido nos informó sobre la posibilidad de un golpe militar contra el Gobierno, que estaría encabezado por el coronel profesional Segismundo Casado, jefe del Ejército del Centro. Toda la habilidad del presidente del Consejo se estrellaba, inevitablemente, contra el desfallecimiento de la moralidad de resistencia, provocado por una situación en verdad desesperada. Nadie creía en que podría cumplir sus promesas de traer a España el material de guerra almacenado todavía en Francia. Pero, por otra parte, era ilusorio pensar que el vencedor, con la victoria ya en la mano, iba a admitir otra cosa que la capitulación pura y simple. Una «paz honrosa» ya la había negociado Negrín inútilmente. Ya ni siquiera podíamos soñar con que la resistencia nos iba a permitir ganar tiempo en espera de un cambio internacional favorable. Pero si la guerra estaba perdida, debía terminar de la manera más digna y salvando al mayor número de personas comprometidas, como habíamos hecho en Cataluña, ya que tampoco podíamos contar con la misericordia del enemigo^[5].

Negrín se vio forzado a acudir cada vez más a oficiales comunistas comprometidos que habían ascendido en las filas de las milicias debido a que muchos de los oficiales de carrera que se habían unido al partido por conveniencia ahora sostenían que solo podían obedecer a la cadena de mando estrictamente militar. Durante un tiempo, Togliatti había estado trabajando para evitar una situación en la que los comunistas se encontraran en un aislamiento estéril, siendo los únicos comprometidos con la idea de continuar la resistencia^[6]. La reconciliación entre el PCE y Negrín llevó a Togliatti a elaborar una serie de propuestas para fortalecer el esfuerzo bélico y abordar el rumoreado golpe de Casado, que se presentaron a Negrín en algún momento en torno al 21 de febrero. El núcleo de aquellas sugerencias era que el fervientemente leal Modesto reemplazara a Casado como jefe del Ejército del Centro. Negrín, sin embargo, pensó que aquello podría desencadenar la largamente planeada acción subversiva del coronel. Stanislav Vaupshasov, uno de los principales asesores soviéticos en materia de guerra de guerrillas, se lamentaría más tarde de que, cuando se instó a Negrín a deshacerse «del débil y falto de voluntad Miaja y el extremadamente sospechoso Casado», él había respondido con tácticas dilatorias y finalmente se había negado alegando que hacer tal cosa acarrearía complicaciones en el ejército y harían aún más difícil combatir al enemigo^[7].

Siguiendo instrucciones de Togliatti, el 26 de febrero los mandos del PCE habían publicado un manifiesto en el que se aludía por primera vez a la necesidad de «terminar la guerra». En la práctica reiteraba los tres requisitos para la paz formulados por Negrín ante las Cortes en el Parlamento de Figueras: independencia nacional, libertad para que los españoles decidieran su régimen político, y, sobre todo, la garantía de que no habría represalias. En realidad había sido redactado cuatro días antes y, según Togliatti, «corregido en su redacción definitiva por Negrín en persona»^[8].

Preocupado por las posibles consecuencias de nombrar a Modesto jefe del Ejército del Centro, Negrín había empezado a pensar, en cambio, en sustituir a Casado por el teniente coronel Emilio Bueno, comandante del segundo de los cuatro cuerpos de ejército de Madrid, un oficial de carrera con carnet del partido. Como primer paso en ese proceso, el 25 de febrero Casado fue ascendido a general. Negrín le informó de ello en el transcurso de una larga reunión el día anterior^[9]. Su reacción fue de una gratitud servil, que Zugazagoitia atribuiría a una bien interpretada duplicidad. Su descontento se limitó al hecho de que el «ascenso» le alejara del mando operativo. Bueno era en última instancia leal a Casado, no solo por ser su oficial superior, sino también por ser francmasón como él. De hecho, el propio Bueno había estado alentando a Casado a dar un golpe, e incluso se había ofrecido a retirar tropas del frente para apoyarlo, y ahora fue él quien informó a Casado de los planes de Negrín para empujarlo escalafón arriba a la jefatura del Estado Mayor. Como Casado le reveló a Domínguez, ello no hizo sino aumentar su determinación de derrocar a Negrín^[10].

Cuando los ministros se reunieron con Casado unos días después de su ascenso, este todavía vestía el

uniforme de coronel. Al preguntarle por qué, él contestó que su personal no había podido conseguir el hilo dorado necesario para bordar sus nuevas estrellas de general. Cuando dio el golpe, en cambio, le dijo a Negrín con brusquedad que su elevada moral le había impedido aceptar un ascenso que aquel no tenía ningún derecho a otorgarle. Sin embargo, sus anteriores quejas a Cordón por el hecho de que no se le ascendiera y su tendencia a referirse a sí mismo como «general Casado» sugieren que más bien se sintió complacido con el ascenso. De hecho, dos días antes, en presencia de Hidalgo de Cisneros en Madrid, Casado había ordenado que se añadieran las estrellas de general a sus uniformes pese al hecho de que, puesto que Azaña había dimitido como presidente, el ascenso no había sido oficialmente ratificado; aunque también es posible que lo hiciera para no alertar a Hidalgo de Cisneros sobre su deslealtad a Negrín. Según explicó Manuel Tagüeña: «Lo cierto es que Casado se había hecho bordar en un uniforme las insignias de general, para estar preparado a aceptarlas si la situación se lo exigía. Me lo había asegurado mi sastre de la calle del Arenal, que nos estaba confeccionando ropa militar a algunos de nosotros»^[11]. Además, en las actas del Consejo Nacional de Defensa él siempre se refería a sí mismo como «general Casado». Y también hablaría de sí mismo en tercera persona como «general» en 1967, al escribir una carta al historiador franquista Ricardo de la Cierva^[12].

El 27 de febrero, Togliatti envió un mensaje a Moscú informando de la firme posibilidad de un golpe militar liderado por Casado y/o Matallana. Luego pasaba a preguntar: «En tal caso, ¿consideran que David [nombre clave del PCE] debería hacerse con todos los resortes de poder y tomar el pleno control del esfuerzo bélico, con los consiguientes peligros de un aislamiento político prácticamente total, con las posibilidades de resistencia seriamente reducidas, y con el riesgo de perder tanto a líderes como a militantes de base?». Su propia opinión era que el PCE no debía actuar en ese sentido. Como declaró en su informe del 21 de mayo de 1939, él aconsejaba a los líderes abstenerse de seguir ese camino, y no solo para evitar que se cargara al partido con la responsabilidad de romper el Frente Popular por la fuerza de las armas; lo que era más importante: él estaba convencido de que la derrota sería rápida e inevitable porque las masas, desorientadas y desesperadas por alcanzar la paz, «no nos habrían seguido, y ni siquiera las fuerzas militares mandadas por comunistas nos habrían respaldado con la energía y la determinación necesarias»^[13].

En esta deprimente situación, Negrín, que pasó brevemente en Madrid, convocó una reunión el 27 de febrero en el Palacio de la Presidencia, en el paseo de la Castellana, de los oficiales y comisarios que le habían acompañado en Cataluña, donde «agradeció que hubiéramos regresado y tuvo para nosotros palabras amables, pero nada concreto nos dijo sobre la forma en que pensaba utilizarnos. Enseguida, dejó la capital [de regreso a la Posición Yuste] para no volver más y pronto lo siguieron los dirigentes comunistas, excepto Pedro Checa». También los dos delegados de la Comintern, Togliatti y su ayudante Stoyan Minev (Boris Stepanov) se dirigieron a la región levantina junto con Modesto, Líster, Castro Delgado y otros oficiales. En palabras de Tagüeña: «Madrid era como una trampa que todos trataban de dejar, mientras la puerta estuviera entreabierta». Los que quedaban eran extremadamente conscientes de la hostilidad no solo de la Quinta Columna, sino también de los anarquistas y de unos antiguos aliados del Partido Socialista. Tagüeña le dijo a Domingo Girón, el secretario de organización del PCE, que deberían tratar de anticiparse al proyectado golpe deteniendo a Casado. Incluso elaboró un burdo plan para la ocupación de edificios clave de Madrid y el arresto del Estado Mayor del Ejército del Centro de Casado. Mostraba en ello un equivocado optimismo derivado del hecho de que tres de los cuatro cuerpos de ejército a las órdenes de Casado estaban bajo el mando de oficiales de carrera que casualmente eran miembros del PCE: el primero lo mandaba Luis Barceló Jover; el segundo, el coronel Bueno, y el tercero, Antonio Ortega^[14]. Sin embargo, las opiniones de otros comunistas de mayor rango se veían atemperadas por la percepción de lo que significaría una guerra civil a gran escala dentro de la propia zona republicana. Una masacre interna le habría hecho el trabajo a Franco y habría socavado aún más las posibilidades de una evacuación masiva^[15].

El comportamiento depresivo de Negrín, tal como comentaron Pedrero, Stepanov y Domínguez, y su incapacidad para reaccionar de manera decisiva al conocer las maquinaciones de Casado, Buiza y Mera, subyacen al devastador juicio expresado por Togliatti:

En esos meses se comportó como un hombre que trataba de salirse de una situación que consideraba desesperada, pero que no quería traicionar abiertamente ni a nuestro partido ni a su pasado. Si dejó hacer a los traidores no fue solamente por debilidad y por una equivocada orientación política, sino también por el hecho de que el golpe de Estado de los traidores se le presentaba como una posible salida para él personalmente, liberándole de su responsabilidad. También su vida desordenada y el miedo físico tuvieron su peso^[16].

En Madrid, el 3 de marzo, el diplomático chileno Carlos Morla Lynch registraba en su diario los rumores de que Casado había rechazado su ascenso, había sido destituido por Negrín, y, con ayuda de los generales Matallana y Toribio Martínez Cabrera, estaba tomando la capital con el propósito de entregársela a Franco. Tales rumores solo podían haber salido de entre el propio personal de Casado^[17]. Martínez Cabrera, el gobernador militar de Madrid, se hallaba estrechamente implicado en los planes de este. Por su parte, Negrín estaba finalmente decidido a responder a los rumores sobre las actividades conspiratorias de Casado y a punto de retirarlo del mando activo. Finalmente, Casado aprovechó el vacío de poder creado por la acción de Azaña para dar su golpe la noche del domingo 5 de marzo, con un sustancial apoyo político y militar tanto de la CNT como de algunos sectores del movimiento socialista. Besteiro prestó su inmenso prestigio al Consejo Nacional de Defensa formado por Casado con la esperanza de poder lograr un armisticio. Y lo hizo pese a haber declarado a la ejecutiva del PSOE tres meses antes que abandonar a los comunistas para facilitar las conversaciones de paz con Franco no haría sino fortalecer al Caudillo^[18]. Casado probablemente se vio impulsado a actuar al conocer que el vacío de poder estaba a punto de llenarlo el presidente en funciones, Diego Martínez Barrio, que había aceptado regresar a España para ayudar a Negrín a lograr la paz con la garantía de que no habría represalias contra los civiles^[19].

Como escribiría más tarde un amigo de Negrín, el periodista estadounidense Louis Fischer: «Resistiendo un poquito más, Negrín y Del Vayo esperaban obtener de Franco una promesa de piedad y clemencia, y ganar tiempo para la huida de aquellos a cuya cabeza se había puesto precio»^[20]. Desgraciadamente, la idea de conseguir que Franco garantizara que no habría represalias contra la población derrotada era vana a la luz de la Ley de Responsabilidades Políticas franquista, promulgada el 13 de febrero, según la cual los partidarios de la República eran de hecho culpables del delito de rebelión militar, lo que en el enrevesado mundo moral de Franco incluía a todos los que no habían apoyado el golpe militar de 1936. Un informe diplomático británico anterior elaborado en enero respaldaba, en la práctica, la visión de Negrín al declarar que solo podrían evitarse represalias masivas mediante «una paz que se alcanzara sin una rendición incondicional o una lucha hasta el final»^[21].

Negrín estaba convencido de que la lucha podría haberse mantenido hasta que, o bien se hubiera producido una evacuación adecuada, o bien hubiera cambiado la situación internacional en favor de la República. Como ya le había escrito a Prieto el 23 de junio de 1939:

Las medidas tomadas —óigalo usted bien, aunque le regale la misma incredulidad que a mi afirmación análoga en abril de 1938— hubieran permitido seguir luchando hasta ahora. Seguir luchando, porque no había más remedio para, si no se podía ganar, salvar lo que se pudiera o, al menos, salvar el decoro^[22].

Prieto había acusado a Negrín de haber provocado «la gigantesca hecatombe» y «el final más desastroso que pudo haber tenido nuestra Guerra, el que nunca llegamos a imaginar los tildados de pesimistas». Da la impresión de que Prieto consideraba que era posible una paz negociada, y que había sido la política de resistencia de Negrín la que había provocado la política de venganza franquista. De ser así, mostraría una culpable ignorancia por su parte tanto de la realidad de la represión franquista como de los motivos que la subyacían. Negrín replicó:

Se resistió y se retrasó un año la hecatombe. Resistir, ¿por qué? Pues sencillamente porque sabíamos cuál sería el final de la capitulación. Copio adaptadas sus palabras: Sabíamos que «el final más desastroso que pudo haber tenido nuestra Guerra sería el que nunca llegaron a imaginar los tildados de pesimistas». ¡Gran verdad! Eso no lo quisieron ver nunca los pesimistas, a pesar de la machacante reiteración con que yo lo repetía.

Con cierta amargura, Negrín reflexionaba acerca de quienes solo querían que la guerra terminara: «¡Sin pensar en los millones de infelices que no podían salvarse! Sin pensar en las docenas de millares a quienes ni con los millones de Creso sería fácil encontrar fácil acomodo y mediano pasar en el destierro»^[23].

Prieto acusaba a Negrín de estar contento de ver el golpe porque eso le exoneraba de toda culpa. Del mismo modo, cuando Castro Delgado preguntó a Daniel Ortega si había informado al partido de las actividades de Casado y Besteiro en Madrid, este le contestó: «Tengo la impresión de que o no me creen o no les importa que se subleven Casado y Besteiro». Cuando Castro le preguntó a Miaja si era verdad que estaba en contacto con el enemigo, este se limitó a sonreír^[24].

A finales de febrero, mientras aumentaban los rumores de un golpe, Pedro Checa envió a Líster a la Posición Yuste. Allí mantuvo una reveladora entrevista con Negrín poco después de su llegada. Este le hizo una sombría descripción de sus reuniones con los diversos comandantes militares del Levante, diciéndole «que todos ellos estaban desmoralizados y que la conspiración avanzaba». Líster le repitió a Negrín la consigna del partido, que ya le había comunicado Togliatti, de que nombrara a elementos de confianza para ocupar diversos puestos (con lo que se refería a los comandantes comunistas a los que todavía no se había asignado destino después de Cataluña: él mismo, Modesto, Tagüeña y otros). Líster encontró a Negrín perceptiblemente desmoralizado:

Esa entrevista me dejó una sensación distinta a la que me habían producido mis anteriores conversaciones con Negrín. Salí con el convencimiento de que este no haría ningún cambio fundamental en el mando de las fuerzas militares; que lo que quería era ganar tiempo y ver por dónde estallaban los acontecimientos. Esta opinión la expuse inmediatamente a los camaradas del Buró Político, los cuales tenían la misma impresión. La conducta de Negrín esos días no era la misma que había tenido a lo largo de la guerra y que había conquistado el cariño y el respeto de todos los verdaderos combatientes y de millones de españoles. Se ve que las conspiraciones, las traiciones, desertiones, abandonos y dificultades de todo tipo habían terminado por romper la moral de resistencia de que Negrín había dado prueba a lo largo de toda la guerra. Y ganado él también por el cansancio y la desmoralización, tal estado de ánimo no era el más indicado para hacer frente a las conspiraciones^[25].

En su posterior relato inédito, Uribe se lamentaría:

Del Negrín de marzo de 1938 y período subsiguiente al Negrín del último período mediaba un abismo. Antes mostraba voluntad y confianza, buscaba nuestro apoyo y opinión, ahora sin romper con nosotros, no buscaba nuestro apoyo, oía nuestras propuestas como quien oye llover y en todo el tiempo que estuvo en la zona republicana no tomó ninguna medida que demostrase voluntad de proseguir la lucha^[26].

De hecho, a pesar de la impresión que se llevó Líster, el 3 de marzo el Diario Oficial del Ministerio de Defensa publicó la serie de destinos y promociones que Negrín les había mencionado el día anterior a Casado, Miaja, Matallana y Buiza. Estas respondían en gran medida a aquello por lo que los comunistas habían estado presionando: destinos operativos orientados a asegurar una evacuación segura. Tagüeña fue nombrado comandante militar de Murcia; Etelvino Vega, gobernador militar de Alicante, y Francisco Galán, de la base naval de Cartagena, los dos puertos más cruciales en los planes de evacuación de Negrín. Antonio Cordon y Juan Modesto fueron ascendidos a generales, y Líster a coronel. El Grupo de Ejércitos Republicanos de la Zona Centro se disolvió, lo cual era lógico, puesto que estaba formado por todas las fuerzas terrestres que aún le quedaban a la República. Negrín reafirmó su teórico control absoluto como ministro de Defensa y presidente del Gobierno. Miaja fue apartado de su puesto de comandante en jefe del ejército y alejado del mando operativo «ascendiéndolo» a inspector general del Ejército, la Marina y la Aviación. Matallana fue relevado del mando del Grupo de Ejércitos de la Zona Centro-Sur y ascendido a la jefatura del Estado Mayor en sustitución de Rojo. El hecho de que se le asignara un puesto de tanto poder sugiere que Negrín y Cordon seguían sin ser conscientes tanto de su connivencia con las maquinaciones de Casado como de sus vínculos con el cuartel general de Franco.

El ascenso de Matallana viene a socavar por completo la afirmación de Casado de que la asignación de destinos era la base de un golpe de Estado comunista. Los dos oficiales profranquistas que Matallana declararía más tarde haber utilizado para controlar a Miaja, su segundo en el mando, el teniente coronel Antonio Garijo Hernández, y el jefe de su propio Estado Mayor, el teniente coronel Félix Muedra Miñón, fueron destinados allí donde se creía que no podrían favorecer el complot de Casado. Garijo fue enviado al Estado Mayor de Miaja, mientras que a Muedra se le asignó un puesto administrativo como jefe de organización de la Subsecretaría de Defensa, un organismo recientemente establecido por Cordon en un colegio en Elda y que apenas funcionaba. Puede verse asimismo otro indicio de que Negrín estaba lejos de tratar de establecer una dictadura comunista en el hecho de que nombrara a Juan Ignacio Mantecón en sustitución del comunista Francisco Ortega como comisario inspector del Ejército de Levante. Negrín efectuó dicho nombramiento sin consultar a Jesús Hernández, cuyo cargo como comisario jefe de los

Ejércitos del Centro cambió a comisario inspector general del Ejército.

La principal tarea de Mantecón era averiguar el nivel de apoyo de Casado. Su método era hablar en términos excesivamente elogiosos de las virtudes humanas y militares de este último para hacer que quienes estuvieran de acuerdo revelaran sus simpatías. Este fingido entusiasmo levantó sospechas. Sin embargo, Mantecón también le dijo al comunista teniente coronel Francisco Ciutat, jefe de operaciones del Ejército de Levante, que «Negrín le había enviado para desmontar el excesivo aparato comunista que en el Comisariado de Levante había organizado Ortega». Esto sugiere que Negrín había empezado a tomar medidas para reducir la influencia de los comunistas en el ejército que cubría la zona en la que debía producirse la planificada evacuación. Ciertamente, aunque Negrín aceptó el consejo del PCE de enviar a Galán a Cartagena, a Etelvino Vega a Alicante y a Tagüeña a Murcia, rechazó la recomendación del partido de nombrar a Pedro Martínez Cartón gobernador militar de Almería^[27].

Casado presentaría más tarde esos nombramientos como parte del plan de Negrín para convertir el ejército en «un instrumento ciego en [su] poder... y del Partido Comunista» (un plan que le había sido revelado por agentes divinos). Asimismo, fueron interpretados por los anarquistas, y más tarde por los franquistas, como prueba de que Negrín era la marioneta de Moscú y estaba a punto de dar un golpe en interés de los comunistas^[28]. En realidad, reflejaban más bien el hecho de que los comunistas eran los únicos aliados fiables de Negrín en su estrategia de preparar una evacuación tras la retórica de la resistencia. Tenía sentido situar en la región levantina a oficiales enérgicos y decididos, capaces de asegurar los puertos y aeródromos necesarios. Pero probablemente era ya un poco tarde. Con el complot de Casado casi maduro, se interpretó como una provocación. Es evidente que no era el golpe de Estado comunista denunciado por García Pradas y otros^[29]. Asimismo, la afirmación de Casado y los anarquistas de que fueron los nombramientos del 3 de marzo los que les obligaron a dar un golpe se ve completamente desmontada por el hecho de que Casado había estado planeando su propio golpe a lo largo de los meses anteriores y de que también los anarquistas llevaban varias semanas preparándose para tomar el poder.

Como observaba Bolloren, «en general los golpes no suelen anunciarse en los diarios oficiales del Gobierno». Además, los nombramientos que se anunciaron no incluyeron los que Casado alegó falsamente que se iban a hacer: Modesto como jefe del Ejército del Centro para reemplazar a Casado; Cerdán como comandante supremo del Ejército, la Marina y la Fuerza Aérea en sustitución de Miaja; Lister como comandante del Ejército de Levante para reemplazar a Leopoldo Menéndez; Tagüeña como comandante del Ejército de Andalucía para sustituir a Domingo Moriones, y Valentín González, «el Campesino», como comandante del Ejército de Extremadura en sustitución de Antonio Escobar^[30]. En cualquier caso, la publicación de los destinos en el Diario Oficial del ministerio no fue el desencadenante de una iniciativa que Casado llevaba mucho tiempo preparando. Ya el 3 de marzo, este había mantenido una reunión con Cipriano Mera en la que parece ser que se dieron los toques finales al plan para el golpe. Vale la pena señalar que en su breve referencia a este hecho, y en su elogio paternalista de la lealtad de Mera —un «espléndido jefe»—, Casado minimizó su propia dependencia absoluta de las fuerzas del líder anarquista^[31].

El 3 de marzo, Casado, que todavía seguía buscando nerviosamente aliados, invitó a Hidalgo de Cisneros a un almuerzo tardío en la Posición Jaca. Su objetivo era persuadirle de que el único rumbo posible era «una paz honrosa con Franco en la que no hubiese ni vencedores ni vencidos, paz que permitiría salir de España a todo el que quisiera», afirmando que, para tener el ejército fuerte de posguerra que necesitaría, Franco se vería obligado a emplear a oficiales republicanos. Cuando Hidalgo se rio ante aquella ridícula idea, Casado estalló con nerviosismo: «No solamente lo que te digo es posible, sino que te puedo asegurar que a los militares de carrera se nos reconocerían los grados. Tengo garantías muy serias de que estas proposiciones serían respetadas».

Cuando Hidalgo, incrédulo, le preguntó quién le había dado tales garantías:

Me contestó [Casado] muy solemnemente que era Inglaterra la que había arreglado hasta el último detalle, y que él mismo había tenido varias entrevistas con el representante inglés, al que Franco había prometido cumplir formalmente estos compromisos poniendo una sola condición: que prescindiésemos del Gobierno republicano y que nosotros, es decir, los militares profesionales, nos hiciésemos cargo de la situación y tratásemos directamente con él.

Si Casado creía en lo que decía, y no era una simple mentira para embarcar a Hidalgo, ello sugiere un alto grado de ilusorio optimismo que arroja una reveladora luz sobre su exagerada percepción de sus relaciones con el Caudillo. Hidalgo informó a Negrín de aquella reunión, pero no aclara exactamente cuándo lo hizo^[32]. Si Casado estaba tan seguro de las promesas de Franco como les dijo a Cerdán y a

Hidalgo de Cisneros, resulta extraño que escapara de España al final de la guerra. De hecho, y como había aclarado a Centaño y Guitián, su intención siempre fue escapar, aunque haciéndolo bañado en la gloria de haber logrado un final de la guerra sin derramamiento de sangre. La implicación de ello es que sabía desde el principio lo que traería la represión franquista de la posguerra.

En cuanto a los nombramientos anunciados el 3 de marzo, Líster escribió:

Al ver el «Diario Oficial» no pude ocultar mi indignación, pues era como una banderilla que, estúpidamente, se les ponía a los conspiradores y un arma que se les metía en las manos y que fue manejada inmediatamente por Casado y compañía, quienes afirmaban que ahí estaba la prueba de que los comunistas habíamos regresado de Francia para apoderarnos de los mandos y conducir la guerra a nuestro antojo.

El relato de Líster se escribió cuando el PCE intentaba culpar a Negrín de permitir el golpe de Casado. Togliatti haría un comentario similar en su informe del 21 de mayo de 1939 a Moscú. Sin duda es cierto que los conspiradores interpretaron aquellos nombramientos como el golpe comunista que Casado había asegurado, tanto a sus contactos en la Quinta Columna como a los anarquistas, que era inminente. Ni que decir tiene que la visión de Líster y Uribe deja al Partido Comunista como el héroe de la historia, determinado a seguir luchando. Sin embargo, y como veremos, en aquel momento la opinión de los asesores de la Comintern no era muy distinta de la de Negrín^[33].

Después de que se anunciaran los ascensos y destinos, Casado habló con Wenceslao Carrillo y ambos convinieron en que estos constituían «un verdadero golpe de Estado comunista». En un texto posterior, Carrillo afirmaría históricamente: «Unas horas que se hubiera retrasado la constitución del Consejo Nacional de Defensa y hubiera caído España bajo una dictadura estalinista». Lo absurdo de tal afirmación residía en que, aun en el caso de que los comunistas planearan imponer una dictadura, algo que estaba lejos de su intención, la certeza de los conspiradores de que una victoria de Franco era inminente convertía ese hecho en irrelevante. Sin embargo, tras convencer a Wenceslao Carrillo de que ese era el caso, Casado le pidió que fuera uno de los ministros del proyectado Consejo. Carrillo lo consultó con sus compañeros de la Agrupación Socialista Madrileña, que le autorizaron a aceptar y empezaron a colaborar ansiosamente todo lo posible con el Consejo Nacional de Defensa^[34]. El socialista Bruno Alonso, comisario general de la flota, escribiría más tarde: «Todo el mundo juzgó estos nombramientos como un verdadero golpe de Estado, en virtud del cual el Partido Comunista se apoderaba de todas las palancas del poder»^[35]. Retrospectivamente, Líster sugeriría: «Acaso el golpe de Casado y compañía vino, en la práctica, a dar a Negrín el pretexto para abandonar el campo de batalla con la dignidad del hombre injustamente atacado y víctima de la traición».

En el informe de Trifón Gómez citado por Prieto se dice:

El Gobierno de Negrín se paseaba sobre un inmenso depósito de dinamita; faltaba la chispa que produjese la explosión y actuaron como tal unos nombramientos desdichados de elementos comunistas para desempeñar los siguientes cargos: Secretaría General del Ministerio de Defensa; Jefatura de la Base Naval de Cartagena; los gobiernos militares de Albacete, Alicante y Murcia. Por si esto era poco, fueron ascendidos los jefes militares comunistas que mandaban los Ejércitos del Este y del Ebro en Cataluña, se quitó el mando que tenía al general Miaja y se intentó quitar a Casado de jefe del Ejército del Centro, enviando en su lugar a un comunista recién ascendido al generalato. Tal como estaba el ambiente, ni hecho a propósito se acierta a conjugar mejor todos los elementos descontentos para producir el levantamiento.

El comentario de Prieto de que Trifón Gómez no tomó parte en el golpe y permaneció en París como intendente general de Abastecimientos es falso, ya que Gómez estaba colaborando con Besteiro^[36]. Además, ni las opiniones de Prieto ni las de Trifón Gómez tenían en cuenta los vínculos de la Quinta Columna con Casado y Besteiro.

La urgencia subyacente a la decisión de Negrín de hacer los nombramientos el 3 de marzo ciertamente no tenía nada que ver con el menor deseo de establecer una dictadura comunista y todo con el afán de asegurar la evacuación de quienes corrían más peligro. Se recordará que, en algún momento después de la reunión de Los Llanos, Edmundo Domínguez le había pedido a Santiago Garcés, del SIM, que investigara los sospechosos vínculos entre Casado y los gobernadores militares de Albacete y Murcia. Por preocupante que fuera la situación militar perfilada el día anterior por Casado, Negrín estaba a punto de sufrir otro golpe. La

mañana del 4 de marzo recibió, a través de la embajada de París, un alarmante telegrama del ministro de Hacienda, Francisco Méndez Aspe. Este dejaba completamente claro los obstáculos logísticos y financieros casi insuperables que impedían un adecuado aprovisionamiento de la zona centro-sur. Además, Méndez Aspe le pedía a Negrín que resolviera un espinoso dilema. Era imposible, dados los menguantes recursos de la República, pagar las necesidades tanto de la zona centro-sur como de la población refugiada:

Suspendidas compras durante último período están agotados stocks existentes. Ruego por tanto V. E. me dé instrucciones. Caso decidir adquisiciones ordene indiquen clases y cantidades mercancías a comprar. Además de importe de las mismas se necesitará desembolso para fletes y seguros. Puede calcular unos quince días para que lleguen cargamentos procedentes nuevas compras a puertos españoles. Ocioso significar V. E. que de proseguirse por algún tiempo desde luego corto con el régimen de abastecimiento zona leal nuestras posibilidades económicas se extinguirán desapareciendo por tanto el fondo de reserva que de acuerdo con V. E. estaba constituyéndose para hacer frente porvenir y gastos emigración, por cierto muy elevados. Bien quisiera ningún atormentar V. E. con nuevos problemas, pero juzgo imprescindible conocer su decisión sobre este asunto en la seguridad de que cualquiera que fuese será ejecutada cumplidamente ^[37].

Es más que probable que el telegrama de Méndez Aspe hubiera influido en el contenido del planificado discurso de Negrín sobre la resistencia y las negociaciones de paz. Estaba previsto que el Consejo de Ministros se reuniera en El Poblet para hablar del texto que él planeaba radiar la mañana del 6 de marzo. Matallana, Miaja y Casado habían sido invitados a la reunión en El Poblet, pero, pese a los repetidos esfuerzos de Negrín, solo apareció Matallana. La tarde del 3 de marzo Negrín había telefoneado a Casado y le había invitado cordialmente a la reunión. Parece ser que este aceptó la invitación, pero de inmediato llamó tanto a Miaja como a Matallana para comprobar si también ellos habían sido invitados. Supuestamente Miaja le dijo que, aunque a él le habían invitado, no iría porque aquello «le olía mal». Casado decidió no ir porque, según afirmaría más tarde, estaba seguro de que era una trampa. En consecuencia, a las diez de la noche del 3 de marzo Casado llamó a la Posición Yuste para notificar que no asistiría porque se sentía indispuerto. Negrín le contestó que, para facilitarle el viaje, enviaría un avión a recogerlo. Casado aceptó, pero cuando llegó el avión, la mañana del 4 de marzo, ordenó al piloto que regresara a Monóvar. Dos horas después, Negrín le telefoneaba para preguntarle por qué. Casado le dijo que había decidido que la situación de Madrid no permitía su ausencia. Negrín repuso que necesitaba de verdad que estuviera presente en la reunión prevista, y le sugirió que fuera a Yuste con un grupo de ministros a los que les enviaba otro avión. Casado respondió: «Perfectamente, me pondré de acuerdo con ellos». En ese momento (según afirmaría Casado en sus memorias) entró el jefe de su Estado Mayor con un ejemplar del número del diario oficial del Ministerio de Defensa donde se anunciaba el ascenso de Modesto, así como los nombramientos de Galán, Etelvino Vega y Tagüeña. Entonces les dijo a los ministros que la situación en Madrid le impedía acompañarles. Hizo una exhibición tan convincente de lealtad a Negrín que ninguno de ellos sospechó lo que planeaba ^[38].

Además del sospechoso comportamiento de Casado, otra de las numerosas cuestiones que preocupaban a Negrín era el destino de la base naval de Cartagena, que era la clave de sus planes para llevar a cabo una evacuación ordenada. También era crucial para la descarga de las provisiones prometidas por la Unión Soviética, recientemente negociadas por Hidalgo de Cisneros. Como en muchas otras ciudades de la zona republicana, en Cartagena la desmoralización era cada vez más intensa. Existía una creciente escasez tanto de comida como de materias primas para el arsenal naval y las fábricas. La flota afrontaba asimismo constantes ataques aéreos y también bombardeos de artillería de la armada franquista. Además, la plana mayor de la marina estaba infestada de partidarios secretos de Franco. El general Carlos Bernal, comandante de la base naval de Cartagena, confiado de poder permanecer en España después de la guerra, hacía méritos destinando a profranquistas a puestos clave de la base. La moral se desplomaba en la medida en que se extendía la creencia de que la guerra estaba perdida y que, desde la dimisión de Azaña y el reconocimiento de Franco por parte de las grandes potencias, el Gobierno carecía ya de existencia legal. Al Gabinete le habían llegado informes de la reunión en la que Buiza les había dicho a sus oficiales de alto rango que la flota tenía que salir para obligar al Gobierno a forjar la paz. En la zona, los rumores del inminente golpe eran ensordecedores, y la Quinta Columna actuaba cada vez más abiertamente. Se tomaban frenéticas medidas a espaldas de los comunistas locales para la emisión de pasaportes. José Samitíel, jefe de Servicios Civiles, y Vicente Ramírez Togores, jefe del Estado Mayor de la base naval, habían abierto una oficina donde se emitían pasaportes con la firma del cónsul francés ^[39].

El 3 de marzo, el secretario de organización del PCE, Pedro Checa, fue a Cartagena. Encontró la situación profundamente alarmante, e informó de que la desmoralización cundía del mismo modo entre los oficiales, las tripulaciones e incluso los comisarios. Descubrió que tres buques de guerra habían zarpado ya en dirección a puertos ocupados por los franquistas, pero los marineros habían obligado a los oficiales a regresar; en el caso del destructor *Lepanto* y de su capitán, el teniente quintacolumnista Federico Vidal de Cubas, este hecho sería confirmado por fuentes franquistas. Checa intentó reunirse con Bernal, pero este se negó. Bruno Alonso sí se vio con él, pero solo para repetirle que la guerra estaba perdida y la resistencia era imposible^[40]. Aumentaban los indicios de que se estaba tramando algo serio. El 2 de marzo, un grupo de ministros (Segundo Blanco, Ramón González Peña, Tomás Bilbao, Antonio Velao y Paulino Gómez Sáenz) fueron a Murcia con la idea de establecer allí su residencia. Fueron recibidos por el gobernador civil, Eustaquio Cañas, socialista y amigo de Negrín. No mucho después de su llegada, Cañas se quedó perplejo al recibir una llamada telefónica del gobernador civil de Madrid, José Gómez Osorio. Cañas lo ignoraba, pero el gobernador estaba conchado con Casado. Pronto se hizo evidente que Gómez Osorio daba por supuesto que Cañas formaba parte del complot. Para desconcierto de su colega, Gómez Osorio le preguntó en tono desenfadado: «¿Han llegado esos [los ministros] ahí? Procura hacerles poco caso y estate atento a lo que a todos nos interesa. ¿No te han comunicado nada?». Cuando Cañas expresó su perplejidad y le preguntó de qué estaba hablando, Gómez Osorio se dio cuenta de su error, respondiendo: «Nada, hombre. Es todo una broma. Cuida bien a los ministros»^[41].

Negrín había encargado al ministro de Gobernación, Paulino Gómez, que averiguara el grado de apoyo del que gozaba Buiza con respecto a la amenaza que le había hecho en la reunión del 2 de marzo con Casado, Miaja y Matallana. Como se recordará, poco después de dicha reunión Buiza había vuelto a Cartagena y anunciado que, como parte del golpe planeado para el 4 de marzo, la flota se haría a la mar y exigiría a Negrín que cediera sus poderes a una Junta Nacional, que luego negociaría una «paz digna». En su discurso a la Diputación Permanente de las Cortes, Negrín afirmó que el 3 de marzo el general Bernal le había informado de que se preparaba un complot en la base naval, en connivencia con oficiales a bordo de buques de guerra. Básicamente, Bernal reveló el plan urdido entre Casado, Matallana, Miaja y Buiza a fin de utilizar la salida de la flota para chantajear al Gobierno y obligarlo a dimitir. Bernal, a quien Negrín describía como un «hombre leal pero débil», había confesado que le faltaba voluntad para oponerse al complot: «Yo no puedo con esto, esto supera mis fuerzas»^[42].

La tarde del 3 de marzo, Eustaquio Cañas acompañó a Paulino Gómez a Cartagena. El ministro fue tratado con una considerable falta de respeto. Para empezar, y como una broma, se activaron las sirenas de ataque aéreo para asustar a Gómez. Ni el almirante Buiza ni Bruno Alonso se dignaron acudir a la base a recibirle. Tanto Carlos Bernal como el jefe de su Estado Mayor, Vicente Ramírez, empezaron a tratar de convencerle sin el menor remilgo de que todo estaba perdido y de que la única posibilidad era la rendición. Al atardecer se encontraron Cañas y el ministro Alonso en el camarote, lujosamente acondicionado, del capitán del destructor *Libertad*. El capitán José García Barreiro se dirigió al ministro en tono insultante diciéndole que la flota no podía resistir más y que el Gobierno tenía el deber de forjar la paz. El silencio de Bruno Alonso se interpretó como conformidad. Poco después de la partida de Cañas y Paulino Gómez, García Barreiro se unió al teniente Federico Vidal, del *Lepanto*, y también zarpó con su barco con la intención de dirigirse a las Baleares, en poder de los franquistas. Las tripulaciones de ambos, leales al Gobierno, les impidieron hacerlo^[43].

Se acordó que al día siguiente todo el grupo de ministros visitara Cartagena. Cañas informó de ello al general Miaja, que estaba en Murcia. La mañana del 4 de marzo, Miaja se presentó en las oficinas del gobernador civil y mantuvo una tensa conversación con los ministros. Cuando Cañas le preguntó en qué coche iba a ir a Cartagena, Miaja le contestó que había cambiado de idea y que no pensaba ir en modo alguno. Cañas le dijo: «Pues si yo fuera ministro y se negara usted a acompañarme en un viaje oficial lo mandaba a fusilar». Miaja, expresando el mismo desprecio por los miembros del Gobierno que ya había mostrado al recibir a Uribe en pijama, repuso: «Usted sí, pero ellos no»^[44].

De hecho, Negrín, quien recelaba tanto de Bernal como de Buiza desde la reunión de Los Llanos y ante la evidencia cada vez más alarmante de subversión en la flota, ya había decidido enviar al oficial comunista teniente coronel Francisco Galán en sustitución de Bernal. El hermano de Galán, Fermín, era uno de los héroes emblemáticos de la República: había sido ejecutado el 15 de diciembre de 1930 por su participación en la fallida sublevación de Jaca que aspiraba al derrocamiento de la monarquía. El propio Galán había participado activamente en la creación del Quinto Regimiento, que constituiría la base del Ejército Popular de la República. Considerando sus recelos con respecto a las intenciones tanto del contralmirante Buiza como de Carlos Bernal, la decisión de Negrín de enviar a Galán a Cartagena resulta perfectamente

comprensible^[45]. Esta provocaría algunos de los acontecimientos más decisivos de la guerra.

Zarpa la flota

Según el anarquista José García Pradas, hacia el 21 de febrero Negrín había ordenado a Paulino Gómez, el ministro de Gobernación, que organizara la producción de 60 000 pasaportes. De ser cierto, debió de ser la respuesta a una demanda masiva, aunque era imposible garantizar que quienes tuvieran la suerte de hacerse con uno pudieran utilizarlo para abandonar España. El 28 de febrero, la prensa publicó un comunicado del Gobierno en relación con estos documentos. Ante las dudas originadas por la profusión de pasaportes que estaban siendo expedidos por distintas autoridades, afirmaba que serían válidos para todas las mujeres y para los hombres que no estuviesen en edad de cumplir el servicio militar, esto es, entre los diecisiete y los cincuenta y cinco años. En su caso, también era necesario disponer de un salvoconducto proporcionado por el Ministerio de Defensa^[1]. Cuando García Pradas lo tachó de perjudicial para la credibilidad de Negrín, estaba ignorando el alcance de las solicitudes de pasaportes que llegaban desde todos los sectores del Frente Popular, los socialistas, los partidos republicanos y la CNT, que estaban confeccionando listas de miembros para su evacuación. Un síntoma del pánico de esas organizaciones era que ya habían empezado a quemar sus archivos y, en algunos casos, los elementos de mayor rango o los más adinerados ya habían puesto rumbo al puerto de Alicante. Los comunistas se quejaban de que socialistas de relevancia habían huido a Orán con maletas llenas de azafrán, probablemente el producto más ligero y valioso con el que podían sustentarse en el exilio. Hubo ejemplos de figuras políticas, sindicalistas e incluso militares que escaparon de Alicante, Almería y Valencia. Estalló un conflicto con los comunistas cuando aseguraron que la elaboración de listas de personas que habían recibido pasaportes para su evacuación provocaría la desmoralización del ejército y la población civil^[2].

La clave para cualquier evacuación era Cartagena. Negrín estaba muy preocupado por la fuerza de los elementos franquistas en la ciudad. De hecho, el 15 de febrero había recibido un informe del SIM que detallaba el peso de la Quinta Columna en el ejército en Valencia, Orihuela, Murcia y Cartagena^[3]. Para investigar la situación sobre el terreno había enviado a tres ministros —Ramón González Peña, Tomás Bilbao y Segundo Blanco— a Cartagena. Llegaron el 17 de febrero y parecían desconocer las amenazas hechas por el contralmirante Buiza en Los Llanos el día anterior. Incluso tras escuchar las ya habituales quejas de Buiza y del comisario jefe, Bruno Alonso, acerca del efecto sobre la moral de los bombardeos franquistas, el informe optimista de los ministros sobre ambos sugería que Buiza y Alonso estaban dispuestos a obedecer las órdenes del Gobierno. Sin embargo, también recomendaron que se tomaran medidas urgentes para reforzar las fuerzas de seguridad debido al nivel de derrotismo y de subversión existente sobre todo entre los altos mandos militares. Entre otros datos preocupantes estaba la presencia en la plaza de 2000 exguardias civiles cuyo comportamiento parecía sospechoso. La parte más descorazonadora del informe trataba sobre el general Carlos Bernal, comandante de la base naval: «Respecto de la Jefatura de la Base, consideramos que su falta de carácter, actividad y entusiasmo es un grave mal que con urgencia debe ser reparado». El informe también incluía quejas sobre el comportamiento arbitrario y autoritario del teniente de la Guardia de Asalto Ricardo Burillo Stohle. Burillo había sido nombrado jefe de orden público en la zona centro por Miaja poco antes de que el Gobierno volviera de Francia. Los ministros afirmaban que su destitución era una cuestión de la máxima urgencia^[4].

La amenaza que Buiza había hecho en Los Llanos de sacar la flota de Cartagena era un elemento fundamental del golpe que planeaba Casado. Por ese motivo, Negrín había decidido que el teniente coronel Francisco Galán sustituyera al general Bernal como comandante de la base naval. Galán recibió órdenes de Negrín el sábado 4 de marzo por la mañana. Poco después de que se anunciara el nombramiento, el teniente Antonio Ruiz, subsecretario de la armada y anterior comandante de la base, acudió a la Posición

Yuste para tratar de convencer a Negrín de que el nombramiento sería un desastre. Debido a la carga de trabajo en El Poblet, tuvo que esperar unas horas antes de que Negrín le recibiera. Sus argumentos sobre la probable hostilidad con la que reaccionaría la plana mayor de la armada en Cartagena fueron desestimados por Negrín, quien aseguró a Ruiz que tenía toda la fe en «la mano izquierda» de Galán como negociador. El presidente le dijo a Ruiz que podía irse a su chalet de San Javier, en la sierra, y olvidarse. Lo llamaría si era necesario^[5].

Las preocupaciones de Ruiz reflejaban el hecho de que el anuncio del nombramiento de Galán en la prensa local cartagenera había provocado un gran escándalo en la base y a bordo de la flota^[6]. En cambio, Bernal se tomó la noticia de la inminente llegada de Galán con mucha ecuanimidad^[7]. De camino a Cartagena, Galán había acudido a la Posición Yuste para recibir instrucciones detalladas de Cordón y Negrín. Le dijeron que el golpe —es decir, el plan para que Buiza llevara la flota mar adentro— estaba previsto para las once de la noche. Ante esa situación, Galán contaría con el apoyo de la 206.ª Brigada, al mando de Artemio Precioso y destinada en Buñol, en la provincia de Valencia. La idea era que llegaran juntos a Cartagena hacia las siete de la tarde. Galán afirmaría años después que las órdenes categóricas de Negrín fueron: «¡Ningún derramamiento de sangre! ¡Negocie, negocie y negocie! ¡Nos queda poca retaguardia y la Flota Republicana es indispensable!». Galán, acompañado del comisario general Bibiano Fernández Osorio y Tafall, partió hacia Cartagena. Realizaron una breve parada en Murcia para hablar con Pedro Checa, secretario de organización del PCE, quien reiteró a Galán que, para evitar el alzamiento contra el Gobierno planeado para la noche del 4 de marzo o el 5 a primera hora de la mañana, debía entrar en la ciudad lo antes posible. Checa puso a Galán en contacto con el comandante de la base de tanques de Archena. Galán le ordenó que enviase un destacamento de vehículos blindados a las afueras de Cartagena a las nueve de la noche, donde lo encontraría con la 206.ª Brigada^[8].

Después de leer en la prensa local que Galán estaba de camino, el contralmirante Buiza celebró a media tarde una reunión en su cuartel general, a bordo del buque insignia *Miguel de Cervantes*, con Bruno Alonso y un grupo de altos mandos y comisarios para decidir su respuesta. Cuando les dijeron que el golpe comunista era inminente, los altos mandos afirmaron histéricamente que si Galán tomaba las riendas, «con esto los comunistas asesinarán a sus enemigos y evitarán que la guerra termine en condiciones que permitan salir de la zona centro a las personas más responsables y comprometidas». Ya fuera por agotamiento o por falta de voluntad, Bernal vaciló, y dijo públicamente que no entregaría el mando a Galán, si bien comunicó a Alonso que no se opondría a las órdenes de Negrín. Coincidieron en que Galán debía ser detenido si emprendía acciones que pudieran poner en peligro a la flota, cosa que para ellos sería cualquier medida destinada a impedir que Buiza ejecutara los planes de Casado. Durante el día, delegaciones cada vez más nerviosas de la CNT y las organizaciones socialistas visitaron a Buiza a bordo del *Miguel de Cervantes*, preocupadas por los persistentes rumores de que la flota estaba a punto de zarpar y de que tal vez no regresaría^[9].

Puesto que la llegada de Galán tuvo una considerable relevancia para los planes de la flota, que pensaba zarpar a las once de la noche como primer acto del golpe de Casado, Buiza había enviado un telegrama a Matallana solicitando instrucciones. Después de consultar a Casado, Matallana comunicó a Buiza que, debido a algunas dificultades de último momento y a la necesidad de buscar más apoyo en las filas del ejército, el golpe debía demorarse y, por tanto, era libre de actuar como considerara más oportuno respecto de la llegada de Galán. Esto probablemente era una referencia a las mismas dificultades con políticos y altos mandos que habían impedido a Casado enviar la prometida delegación de paz a Burgos dos días antes. Aunque podía contar con los anarquistas, no ocurría así con los socialistas. No obstante, dado que los planes de Casado estaban muy avanzados y gozaba del apoyo generalizado de los altos mandos no comunistas, puede considerarse que el telegrama de Matallana solo daba libertad a Buiza para sacar a la flota de Cartagena en el contexto de un retraso extremadamente breve en el lanzamiento del golpe. Esto fue confirmado por un mensaje posterior que Matallana remitió a Buiza a las 23.40 para informarle de que el golpe había sido pospuesto hasta el lunes 6 de marzo^[10].

Cuando Galán llegó a Cartagena hacia las 20.30 horas, ni la 206.ª Brigada Mixta, capitaneada por Artemio Precioso, ni el destacamento de vehículos blindados de Archena estaban allí. Precioso ya había llegado a la ciudad, pues se había adelantado para comprobar la logística del alojamiento de su unidad. Osorio y Tafall había viajado antes a Cartagena y había hablado con Buiza y Alonso. Al parecer fue un encuentro sumamente acalorado en el que Alonso espetó a Osorio que él y Buiza no reconocían su autoridad como comisario general de todas las fuerzas armadas ni la de Negrín como jefe de Gobierno. Asimismo, le dijeron que si Galán llegaba con tropas, llevarían la flota mar adentro, cosa que, por supuesto, pensaban hacer de todos modos. Era sencillamente un ardid para disuadir a Galán e impedir que interfiriera en sus planes. Tras esa tensa reunión, Osorio y Tafall se citó con Galán a las afueras de la ciudad y lo

convenció de que no esperara a Precioso y los tanques, sino que fuera a la base naval sin ellos. Acto seguido, Osorio se dirigió a El Poblet para advertir a Negrín de que la situación en Cartagena era cada vez más peligrosa^[11].

Consciente de las órdenes de Negrín, que quería evitar un derramamiento de sangre, Galán indicó a Precioso que su unidad se detuviera en el pueblo de Los Dolores, a las afueras de la ciudad. Luego se dirigió solo a Cartagena, donde Bernal, para asombro de los demás oficiales, le cedió el mando sin objeción alguna. Antes de abandonar la ciudad, Bernal invitó a Galán y a Artemio Precioso a cenar. Conversando con otros oficiales, Galán se dio cuenta de que les habían dicho que había sido enviado para iniciar un golpe comunista. Logró convencerlos de que no era cierto, y oyó a Vicente Ramírez hablar por teléfono con otros altos mandos: «No es lo que se nos decía», aseguró. Como hemos visto, a las 23.40 horas, Buiza recibió el mensaje de Matallana desde Valencia en el que se afirmaba que el golpe había sido pospuesto hasta el lunes 6 de marzo. En respuesta a él, Buiza postergó los planes para llevar la flota mar adentro. Entretanto, mientras Galán hablaba con los mandos de la base, otros opositores de Negrín, demasiado impacientes para esperar hasta el lunes, tomaron parte de la ciudad minutos antes de la medianoche.

En la base naval estaban dirigidos por el jefe del Estado Mayor General de la Armada, el capitán Fernando Oliva Llamusí, y en la batería costera, por el teniente coronel de artillería Gerardo Armentia. Oliva, cuyo hermano había sido asesinado al comienzo de la guerra, se oponía fervientemente a Negrín. Más tarde, Casado afirmó, de manera poco plausible, que la acción de Oliva era una coincidencia, pero Negrín y otros estaban convencidos de que formaba parte de los planes para el golpe. Poco después, Galán y Ramírez fueron detenidos por unos oficiales a las órdenes de Oliva, quienes, como mínimo, tenían unas opiniones similares a las de Casado. Precioso también fue arrestado, pero logró escapar. Cuando Galán trató de llamar a la Posición Yuste, Oliva ordenó que lo contuvieran violentamente. Ante sus protestas, Oliva respondió «que las órdenes estaban dadas, siendo imposible volverse atrás». Galán afirmaba que esas «órdenes» habían surgido de la reunión convocada por Buiza aquella misma noche, en la que se acordó que fuera detenido para impedir que se hiciera con el mando de la base. Él estaba convencido de que su detención había sido acordada con Casado y de que sería el primer paso del golpe. El hecho de que, en la ciudad, los hombres de Oliva justificaran su acción con el eslogan «Por España y por la paz» indica sin ningún género de duda que la mano de Casado estaba detrás^[12].

Si Oliva formaba parte del plan golpista de Casado, se había precipitado y provocado algo más profranquista. Para sonrojo de Oliva y Armentia, su acción fue secundada por un grupo de simpatizantes nacionalistas encubiertos, derechistas ya retirados y falangistas locales que formaban parte de una operación de la Quinta Columna conocida como «Socorro Blanco». Su líder era un audaz sargento de artillería de nombre Calixto Molina, un personaje excéntrico que parecía salido directamente de una opereta vienesa. Sus hombres pusieron en libertad a centenares de prisioneros de derechas, entre ellos treinta altos mandos que habían sido condenados o esperaban juicio por subversión contra el Gobierno. Ramírez dijo a Galán que «no era lo convenido, que la consigna no era hacer de este movimiento uno fascista, que luchaban por la paz y por España y no por Franco»^[13]. En la ciudad estallaron enfrentamientos esporádicos a tres bandas entre los partidarios de Galán, los mandos republicanos anticomunistas y pro Casado y los abiertamente profranquistas. Esto desde luego no formaba parte de lo que Buiza, Matallana, Casado y Miaja habían planeado. Al descubrir el alcance del alzamiento franquista, Buiza se mostró indignado. Telefonó a Oliva y amenazó con abrir fuego contra la base utilizando los cañones pesados de su barco si Galán no era puesto en libertad. Ante una rebelión de la Quinta Columna que no formaba parte de sus cálculos originales, Oliva llegó a la conclusión de que debía llegar a un acuerdo con Galán.

El desafío de Buiza de disparar contra la base fue su única acción a favor de Galán, sin embargo se negó a enviar fuerzas para ayudarlo. De haberlo hecho, habría podido aplastar el levantamiento franquista antes de que cobrara importancia; pero Galán quedó rodeado. Preocupado porque, en medio del caos, la crucial intervención de la flota en el golpe se viera obstaculizada, el coronel Armentia amenazó con apuntar a los barcos con sus cañones si no se iban. Buiza no necesitó que lo persuadieran, pues ya estaba convencido de que la única solución a la crisis local en Cartagena y a la situación general de la zona centro-sur era poner en práctica lo pactado con Casado y Matallana. Los mandos en el Estado Mayor de Buiza también le empujaban en esa dirección. El acuerdo con Armentia era «llevar anclas, salir a la mar, radiar al Gobierno resigne el poder en las autoridades militares para lograr la paz condicionando esta actitud a que depongan las fuerzas sublevadas [en Cartagena] la suya restableciéndose la normalidad». Armentia ordenó a sus artilleros que se retiraran. A las dos de la mañana del 5 de marzo, Buiza indicó que la flota se preparara para zarpar. En ese momento comenzó el dilatado proceso de calentar las calderas, y los familiares de la tripulación aparecieron con maletas y fardos con sus posesiones. Sin embargo, cuando Armentia se dio

cuenta de que la ciudad había sido conquistada por la Quinta Columna, su reacción fue similar a la de Oliva y se dirigió a la base para negociar con Galán. Con sus demostradas habilidades diplomáticas, Galán convenció a Armentia de que había desencadenado algo que iba mucho más allá de sus intenciones originales. Armentia le confesó que se había unido a la rebelión para ver derrocado a Negrín y no para fomentar un alzamiento franquista, y que «había sido desbordado por los acontecimientos». En la base de artillería, ahora en manos enemigas, Armentia pasó el mando a un derechista, el general retirado Rafael Barrionuevo^[14]. Según Galán, en una entrevista publicada en 1971, Armentia se suicidó. Otras fuentes aseguran que no se sabe si se quitó la vida o si murió en los combates cuando las fuerzas enviadas por Negrín llegaron a Cartagena^[15].

Con la aprobación de Barrionuevo, los quintacolumnistas se hicieron con el control de la emisora local, Radio Flota Republicana. El 5 de marzo, hacia las nueve de la mañana, se retransmitió la prematura «noticia» de que la ciudad estaba en manos franquistas: «Atención. Aquí la Flota Nacional. Cartagena ha sido liberada por el Ejército Nacional que se hallaba sometido. Desde anoche, fecha 4 de marzo. Cartagena ha sido incorporada a la España liberada». Treinta minutos después llegaba otro parte: «Cartagena rendida sin fuerzas por mar ni tierra en contra. Espera refuerzos. Terminando con los gritos de “Franco, Franco, Franco, Arriba España”»^[16].

Una versión más larga fue telegrafiada al cuartel general naval de Franco en Cádiz:

Cartagena ha sido ganada para España y la causa nacionalista. La población civil secunda el movimiento con entusiasmo y ninguna fuerza marítima, terrestre ni aérea presta resistencia. Antes, al contrario, se adhieren con entusiasmo al movimiento salvador. Los presos políticos han sido puestos en libertad. Se esperan con urgencia refuerzos y el apoyo del Ejército Nacional. Los barcos pueden atracar con toda seguridad en este puerto. Artillería de costa protegerá desembarco para mayor seguridad^[17].

En sus esfuerzos por resolver la situación en Cartagena, Negrín había hablado por teléfono con Matallana. Evidentemente, ignoraba por completo la conjura de este con Casado y su mensaje a Buiza informándolo de que el golpe se pospondría hasta el lunes 6 de marzo. Asimismo, mencionó la situación de Galán y que las comunicaciones con la base naval de Cartagena eran difíciles. Al parecer, la recepción de radio era tan defectuosa que la mayor parte del tiempo Negrín ni siquiera sabía a ciencia cierta si estaba hablando con Galán. Dijo a Matallana que había ordenado a este último o con quienquiera que hubiera hablado, tal vez Ramírez, que sofocara la revuelta en Cartagena:

Le he dicho que haga saber al Jefe de la Flota y a los insubordinados que su actitud en los instantes en que un millón de soldados y civiles ocupados en labores de guerra tienen puesta su confianza y esperanza en la Flota es perjudicial y perturba las gestiones que hace el Gobierno para lograr una paz sin venganzas y una evacuación de lo que le interese justamente cuando hay esperanzas de lograrlo y que si cada cual tira por su lado puede producirse la catástrofe.

Negrín comunicó a Matallana que enviaría un avión para trasladarlo a El Poblet. Matallana, manifestando lealtad y preocupación, contestó: «Estoy dispuesto a, si Vd. lo juzga pertinente, ir a Cartagena, pues esto hay que cortarlo pacíficamente, cortarlo pacíficamente si es humanamente posible». Acordaron que proseguirían la conversación cuando Matallana llegara a El Poblet, pero Negrín reiteró su opinión: «Debe buscarse a toda costa la solución pacífica de este asunto, puesto que puede ser el chispazo de otras más graves». Hablaron de las fuerzas que debían enviar y Matallana recomendó que estuvieran a las órdenes de «una persona enérgica pero muy prudente». Negrín repuso que había indicado a Antonio Ruiz que fuese a Cartagena^[18]. Unas horas después, Matallana telefoneó a Yuste y se excusó por no haber salido aún de su cuartel. Dijo que estaba esperando a Casado y a Miaja, con los que esperaba viajar a El Poblet. Es probable que esto fuera solamente un truco para ganar tiempo mientras se veía qué pasaba en Cartagena. Si realmente esperaba a Casado, sin duda querría poder hablar con él en privado antes de salir hacia la sede de Negrín. Como Matallana sabía perfectamente, Casado, por supuesto, no tenía ninguna intención de acercarse lo más mínimo a la Posición Yuste. Matallana llegó a El Poblet poco después, aparentemente para ayudar en los esfuerzos por resolver la situación^[19].

Mientras tanto, Galán logró comunicarse con Eustaquio Cañas, el gobernador civil de Murcia, quien había seguido esporádicamente los acontecimientos a través de sus contactos. Capaz al fin de informar a

Negrín sobre los hechos más recientes en Cartagena, Cañas llegó a El Poblet poco antes de las nueve de la mañana del 5 de marzo. Negrín, visiblemente preocupado por lo que estaba sucediendo en Cartagena, tomó las riendas de la situación con serenidad. Nombró al teniente coronel Joaquín Rodríguez comandante de las unidades leales que aguardaban a las afueras de Cartagena, de la brigada de Artemio Precioso, de los vehículos blindados de Archena y de una compañía de guardias de asalto. En media hora, Galán mantuvo un intercambio de teletipos con Negrín, que le pidió una valoración más pormenorizada de la situación. Su respuesta fue:

El Regimiento Artillería está actitud rebelde desbordado su coronel por un conjunto de protestas con la consigna de paz y España. La Flota ha llegado pactar con el Regimiento Artillería en las siguientes condiciones. Llevar anclas, salir a la mar, radiar al Gobierno resigne su poder en las autoridades militares para lograr la paz condicionando esta actitud a que depongan las fuerzas sublevadas la suya restableciéndose la normalidad. Ruego Sr. Ministro me perdone, me permita retirarme, solamente necesito dé órdenes me envíen fuerzas.

Negrín preguntó: «Dígame dónde quedaron fuerzas y a quién hay que comunicarle las envíe. Me refiero a la brigada que había que acompañarlos». Galán explicó la situación y cómo Osorio y Tafall le había aconsejado no entrar en la ciudad con la 206.^a Brigada:

Por encontrarme desde que llegué en la situación de aislamiento que puede imaginarse y al caer los tanques y blindados en poder de los artilleros y no llegar a la hora convenida la brigada me ha sido imposible controlar estas fuerzas ya que el propio comisario Osorio y Tafall apreció conveniente mi presencia en esta base. Ignoro pues dónde se encuentra la brigada si bien Murcia le sería fácil localizarla. Me encuentro en mi puesto de mando de la base naval esperando acontecimientos.

Negrín reiteró lo que había dicho a Galán el día antes:

Considero improcedente toda violencia. Hay que convencer a los mandos y a la gente que su actitud obstaculiza, justamente en los momentos que aparece una solución de paz satisfactoria, la gestión del Gobierno. La Flota y la Base Naval constituyen un motivo de seguridad y confianza de combatientes y obreros que en la fábrica anhelan igualmente la paz pero que desean que esta se haga sin extorsiones ni represalias y con la garantía de evacuación de quienes lo deseen. Esto no se podrá lograr si cada uno tira por su lado. Comuníqueme esto al Jefe de la Flota [el contralmirante Buiza] y al Comisario [Alonso] y dígame cómo podría hablar con él.

Galán se ausentó para telefonar a Buiza y leerle el mensaje. En ese momento Ramírez se unió a la conversación y le pidió a Negrín que aceptara la petición de la flota, lo que despertó la sospecha de que quizás Galán no había estado presente durante el intercambio de teletipo y estaba preso y de que toda la conversación podía haber sido una fabricación. Por lo tanto, Osorio y Tafall, fingiendo ser Negrín, hizo unas preguntas sobre su reunión la noche anterior con Galán, preguntas para las que solo el propio Galán sabría dar la respuesta acertada. Cuando respondió correctamente, Osorio reveló su identidad y se excusó por el subterfugio con las palabras «siempre gallego»^[20].

Galán se había ofrecido a renunciar al mando de la base con la esperanza de aliviar la tensión. Tal como había revelado la conversación telefónica con Matallana, con la misma intención Negrín creyó prudente enviar a Antonio Ruiz a sustituir a Galán. Ruiz estaba en la cama cuando le llegó la orden de ir a Cartagena. No está claro si Negrín sabía que Ruiz ya formaba parte de la conspiración de Casado. El 5 de marzo, hacia las once de la mañana, mientras Ruiz estaba de camino a Cartagena, Osorio y Tafall, que estaba con Negrín en El Poblet, logró comunicarse con Galán de nuevo. Este informó que la situación empeoraba, y manifestó su preocupación de que las fuerzas de Artemio Precioso llegaran cuanto antes a la ciudad. Poco después llegó Ruiz, extremadamente nervioso^[21]. Alrededor de mediodía, los falangistas que ocupaban la emisora de radio dieron instrucciones para que todos los franquistas civiles que poseyeran armas y desearan unirse a la sublevación se presentaran en la plaza de San Francisco. Se indicó a todo el personal militar profranquista dónde debía ir:

Cuantos elementos civiles posean armas y deseen adherirse al movimiento victorioso de la España

nacional deberán presentarse en la plaza de San Francisco. Los de Infantería de Marina se presentarán en el Cuartel de Infantería de Marina. Todos los demás militares se reintegrarán a sus puestos, excepto los pertenecientes al Arsenal, que se presentarán en el Parque de Artillería.

Para elevar la moral y preparar la bienvenida a los esperados refuerzos franquistas, se radió una instrucción para que todos los que tuvieran una bandera rebelde rojigualda la colgaran de sus ventanas, y el resto colgaran banderas blancas.

A esto le siguió un ultimátum a la flota en dos ocasiones entre las 11.30 y las 12.00 horas: «Atención a las unidades de la Flota Roja: o la Escuadra se marcha inmediatamente del puerto de Cartagena o de lo contrario será bombardeada dentro de un plazo improrrogable de quince minutos». En realidad, debido a su posicionamiento, las posibilidades de que fueran certeros eran mínimas. Poco después, los elementos rebeldes recibieron la confirmación de que su llamada de ayuda estaba bajo consideración en Burgos. Entretanto, las fuerzas terrestres republicanas avanzaban hacia la base ^[22].

En respuesta a la retransmisión anterior de los falangistas, el puerto estaba siendo bombardeado por la aviación franquista. En el primero de una serie de errores provocados por la caótica situación, los rebeldes que controlaban las baterías antiaéreas habían abierto fuego contra los aviones, creyendo que eran republicanos. Otra emisión conminaba al cuartel general de la armada franquista a mandar barcos con refuerzos. Respaldado por Ramírez, el capitán García Barreiro y otros, Ruiz solicitó a Barrionuevo que concediese más tiempo para que la flota pudiera zarpar, y este aceptó con renuencia. Conocedor de los planes de Casado, al parecer Ruiz no vio ningún problema inmediato en la marcha de los barcos. Él y Galán se dirigieron al muelle y se detuvieron junto al crucero de guerra *Cervantes*. En vista de los ataques aéreos y de la amenaza de un bombardeo de la artillería, Ruiz se limitó a decir: «No podemos ya hacer nada aquí. Yo subo al barco». Hacia mediodía, Buiza, que en el puerto era vulnerable a las baterías de la costa, decidió sacar la flota a mar abierto. Galán, que se hallaba solo en el muelle y probablemente sería capturado por los rebeldes franquistas, oyó a Buiza gritarle: «¡Galán: ven a bordo!», cosa que hizo, y fue recibido cordialmente por este último y por Bruno Alonso. Por el contrario, José Núñez, jefe del Estado Mayor de la flota, le dijo con cierta hostilidad: «Usted no es más que un pasajero aquí», a lo que Galán respondió: «Desde luego, [pero] un pasajero con categoría de coronel republicano del Ejército español». Hacia las 12.30 horas, cuando los acorazados se disponían a levar anclas, seiscientos refugiados civiles —hombres, mujeres y niños— se unieron al personal militar y político que corría más riesgo, a excepción, por supuesto, de los comunistas. A la tripulación, mayoritariamente de izquierdas, no se le consultó la decisión de partir. Algunos militantes comunistas conocidos que formaban parte de la tripulación fueron arrestados. Al caer la noche, Galán reparó en que la flota no solo había zarpado, sino que estaba alejándose de España a toda máquina. Cuando exigió a Buiza que le contara qué estaba ocurriendo, uno de sus altos mandos amenazó con lanzarlo por la borda ^[23].

Las consecuencias de la decisión de Buiza difícilmente podrían haber sido más dramáticas. Desde luego, aquel no era el objetivo de la confabulación de Casado, Matallana y Buiza, pero dejó la situación en manos de los franquistas. El teniente Federico Vidal de Cubas, capitán del destructor *Lepanto*, había intentado huir días antes, pero se lo impidieron los miembros pro Negrín de su tripulación. Más tarde afirmaría: «Nosotros habíamos recibido una consigna de Franco: hacer salir la flota. Desde el momento en que se había ido, aunque el movimiento sea sofocado, no nos importa. Hemos logrado lo que nos proponíamos: dejar a la República sin su último baluarte de resistencia» ^[24]. Álvarez del Vayo escribió más tarde que, cuando los ministros reunidos en el cuartel general de Negrín en El Poblet oyeron que la flota había «zarpado hacia un destino desconocido», se preocuparon: «Sin embargo, poco nos imaginábamos que se había ido para no volver nunca, lo cual privó a la zona centro de un medio importante de resistencia y de una ayuda valiosa en caso de que hiciéramos frente a la desafortunada necesidad de evacuar a la población» ^[25].

A Barrionuevo no le gustó la partida de la armada republicana. Él habría preferido que hubiese sido destruida con fuego de artillería, cosa que reveló al ser detenido cuando las fuerzas republicanas reconquistaron Cartagena. Según dijo a su interrogador, Eustaquio Cañas: «Estoy avergonzado de ser militar y español como ellos. Son unos cobardes. Ruiz, Ramírez, García Barreiro y los demás me pidieron llorando que dejásemos salir a la escuadra sin tirarle con las baterías de costa. Me dieron palabra de honor que iban a entregarse a Palma de Mallorca. Asqueado por tan poca hombría, les dije que me dejaran en paz, y comuniqué a Franco sus propósitos» ^[26]. En realidad, hacia las dos del mediodía se había comunicado por radio en dos ocasiones sucesivas con el cuartel general de Franco para anunciar que había tomado el mando de la ciudad y que la flota había zarpado, y también para solicitar aviones y barcos nacionalistas. Alrededor de las once de esa misma mañana, consciente de que los republicanos trataban de reconquistar la ciudad,

Franco había ordenado el envío de barcos con tropas a Cartagena. Cuando llegaron ya era demasiado tarde^[27].

Entretanto, después de pasarse la noche intentando localizarlos, Precioso había enlazado por fin con la 206.^a Brigada y los vehículos blindados de Archena y acampó a las afueras de la ciudad. Hacia media mañana, Cañas, el teniente coronel Rodríguez, Enrique Líster y Osorio y Tafall habían partido hacia Murcia y desde allí hacia Cartagena. Los diversos contingentes llegaron al extrarradio justo a tiempo para ver zarpar a la flota^[28]. A las ocho de la tarde, dichos contingentes controlaban gran parte de la ciudad y las baterías de la costa. Casado llamó a Líster para ver cómo iban las cosas. Ajeno a lo cerca que estaba aquel de lanzar su golpe, Líster respondió que los sublevados habían sido aplastados y que ahora estaban depurando las responsabilidades de cada uno en la traición. Casado, que ya estaba dando los últimos retoques a los preparativos del alzamiento que iniciaría horas después, contestó que se alegraba y felicitó a los hombres de Líster^[29].

La excusa de que la flota no podría regresar debido a la amenaza de las baterías de la costa ya no era plausible. Por supuesto, a aquellas alturas de la noche del 5 de marzo, que Buiza mantuviera la flota mar adentro era perfectamente compatible con los planes de Casado. En algún momento entre la medianoche y las dos de la madrugada del 6 de marzo, Buiza recibió un teletipo desde la Posición Yuste a través del centro de comunicaciones navales de Valencia, que decía: «Ministro Defensa Nacional a jefe Flota: radio oficial. Dominada situación creada en Cartagena, dispongan que Flota se reintegre a su base»^[30]. Las fuerzas profranquistas habían levantado unas barricadas en el Arsenal, el Parque de Artillería y la capitanía de la base. Durante la noche del 5 de marzo se realizaron intentos infructuosos por echarlas de allí. El 6 de marzo, hacia las diez de la mañana, el Parque de Artillería estaba en manos de las fuerzas republicanas. Trescientos hombres fueron apresados, entre ellos el general Barrionuevo. El Arsenal y las baterías de la costa fueron tomados a las 14.30 horas^[31].

Mientras tanto, se habían producido dos hechos de importancia. El lunes 6 de marzo, hacia las 2.30 horas de la madrugada, la noticia de la formación de la Junta de Casado llegó al buque insignia de Buiza. El contralmirante no pudo tomárselo con sorpresa, puesto que era exactamente lo que le había teleografiado Matallana el sábado anterior. Poco después, Casado recibió el siguiente mensaje de Buiza: «A presidente Casado. La Flota, en buen espíritu, se encuentra a las órdenes de V. E.». Ante ello, Galán pidió a Buiza que hiciera regresar la flota a Cartagena de inmediato, pero este se negó. La respuesta del capitán José Núñez Rodríguez, jefe del Estado Mayor General, que había amenazado anteriormente a Galán, fue ordenar el arresto de los elementos izquierdistas de la tripulación, argumentando que era para impedir represalias por el asesinato de altos mandos de derechas el 18 de julio de 1936. El día 6 a las 7.30 horas, Casado remitió un mensaje a Buiza con la impresión de que Cartagena seguía en manos franquistas: «De orden del presidente Casado manténgase en la mar hasta nueva orden. Confíe en esto que va en marcha. No entre en Cartagena de ningún modo hasta nueva orden». Llama la atención que Casado, ostensiblemente modesto, utilizara el título de «presidente».

El 6 de marzo a media tarde, cuando las fuerzas del coronel Rodríguez, enviadas por Negrín, controlaban Cartagena, se transmitieron reiterados mensajes exhortando a la flota a regresar a la base. Buiza celebró una reunión de su Estado Mayor General en alta mar para deliberar si debían volver. La mayoría, ya fuera por sus viejas simpatías profranquistas o por la esperanza de ganarse el favor del futuro régimen, estaba firmemente decidida a no regresar. Buiza no tenía ni voluntad ni energía ni, muy posiblemente, capacidad efectiva de oponerse a ellos. Más tarde, Alonso afirmaría que, al no conocer con seguridad la situación en la ciudad, les pesó la presencia a bordo de los seiscientos refugiados civiles y la preocupación por los suministros de combustible. A medio camino entre Bizerta y Cartagena, solo había combustible suficiente para llegar a uno de los dos puertos. Esgrimiendo que, si regresaban a Cartagena y esta se hallaba en manos franquistas, sobrevendría un desastre, optaron por Bizerta. En realidad, ya habían sido informados de que en el puerto se había restablecido la normalidad. Por tanto, la decisión de poner rumbo a Bizerta constituyó una doble traición, a Negrín y a Casado^[32]. En aquel momento, toda la costa mediterránea carecía de defensas navales. El 8 de marzo, el jefe de la flota franquista, el almirante Cervera, declaró un bloqueo total y prohibió la entrada de barcos mercantes en los puertos de Almería, Murcia, Alicante, Valencia y Castellón^[33]. Buiza se sintió tan culpable como consecuencia, que intentó expiar su culpa uniéndose a la Legión Extranjera francesa. De hecho, como veremos, acabó convirtiéndose en un héroe en la Segunda Guerra Mundial, condecorado con la Cruz de Guerra francesa^[34].

El segundo hecho dramático para Cartagena lo provocó la emisión realizada a primera hora de la mañana por los falangistas que habían tomado la emisora local. Sus entusiastas exageraciones habían suscitado uno de los pocos actos temerarios de Franco en su gestión de la guerra. En respuesta a los

mensajes de los asediados rebeldes que suplicaban ayuda, Franco había decidido enviar dos divisiones por mar, una desde Castellón y la otra desde Málaga. El 5 de marzo, por la tarde, zarparon unos treinta barcos con 20 000 hombres^[35]. A la mañana siguiente, la expedición, integrada por cinco barcos de transporte sin escolta y organizada apresuradamente, avistó Cartagena, donde las fuerzas de Rodríguez y Precioso habían recuperado el control del puerto. El plan era un desembarco bien entrada la noche del 6 al 7 de marzo. El general Barrionuevo había revelado a Eustaquio Cañas que estaban de camino, así que las baterías de la costa estaban preparadas. Dispararon contra la improvisada flota, lo cual la obligó a retroceder a doce millas del puerto, y la operación fue abortada. Sin embargo, el 7 de marzo por la mañana, llegaron dos barcos de vapor mercantes que habían sufrido un retraso. Ninguno mantenía contacto radiofónico con el resto del convoy. El primero, llamado *Castillo de Peñafiel*, se retiró cuando los cañones del litoral abrieron fuego. El otro, el *Castillo de Olite*, se aproximó a la entrada del puerto. Al no ver al resto del convoy, el capitán dio por sentado que el desembarco ya había dado comienzo y procedió. Las baterías costeras empezaron a disparar y uno de los proyectiles alcanzó el polvorín de la embarcación. A bordo viajaban 2112 efectivos, incluyendo algunos jurídicos militares preparados para iniciar los juicios de lo que se suponía que serían los republicanos derrotados. Cuando el barco se hundió, perecieron 1476 soldados rebeldes, 342 fueron heridos y 294 capturados^[36].

Mientras Rodríguez se hacía con el mando, las fuerzas casadistas lideradas por el coronel Joaquín Pérez Salas llegaron para tomar las riendas de la base. Rodríguez se retiró. Pérez Salas tenía órdenes de arrestar a todos los comunistas, pero lo dispuso todo para que los que corrían más peligro huyeran en barcos mercantes ingleses. Durante los últimos días de la guerra organizó más evacuaciones. Pérez Salas rehusó la oportunidad de escapar, pues creía que su deber era quedarse y entregar la base a los franquistas, y fue detenido y fusilado el 4 de agosto de 1939^[37].

Al tiempo que se desarrollaban los dramáticos acontecimientos en Cartagena entre la tarde del sábado 4 y el lunes 6 de marzo, la tensión se agudizaba en El Poblet. Entre las diversas crónicas de aquellos días, la del doctor Francisco Vega Díaz, una de las personas que visitaron a Negrín, es una de las más detalladas y reveladoras. Vega Díaz, en su día estudiante de medicina de Negrín, estaba agregado a los servicios médicos del Ejército de Andalucía, bajo el mando del coronel Domingo Moriones Larraga. Sabedor de que Vega Díaz era amigo íntimo de Rafael Méndez y también de José Puche Álvarez, director de los Servicios de Sanidad de Guerra, Negrín lo había citado en Elda para tener su opinión sobre la fiabilidad de las fuerzas de Moriones. Vega Díaz llegó la mañana del 5 de marzo^[38]. Las conversaciones que mantuvo Negrín el 3 de marzo con José Rodríguez Vega y el 5 y el 6 del mismo mes con Francisco Vega Díaz, además de otras descripciones de testigos oculares sobre la frenética atmósfera que reinaba en El Poblet, contradicen bastante las quejas comunistas sobre su presunta inactividad. Además, refutan por completo las absurdas acusaciones de Casado, García Pradas y autores franquistas posteriores sobre orgías regadas en champán.

Cuando Vega Díaz llegó a El Poblet, Negrín lo saludó y propuso que fuera con Puche a una arboleda situada detrás de la casa, donde podrían hablar con franqueza. Puche le explicó a Vega Díaz que Negrín quería información no sesgada sobre el Ejército de Andalucía de alguien en quien pudiera confiar:

La moral de la población civil, la adscripción política de los jefes militares (cuyos nombres Puche traía anotados en un pequeño papel), estados sanitarios militar y civil, parque automovilístico, papel que realizaban los comisarios políticos, provisiones alimentarias, puertos de mar aprovechables, aeropuertos, etc.

Negrín quería una opinión fiable sobre la capacidad de aquel sector para continuar resistiendo. En particular, le interesaba el parecer de Vega Díaz sobre si podían contar con la obediencia de los mandos castrenses. Este era reacio a manifestar su opinión sobre las detalladas preguntas, pero comentó que en la Andalucía republicana la gente estaba harta de la guerra y que ciertos comandantes habían sembrado el descontento popular debido al maltrato dispensado a los prisioneros de un campo situado cerca de Turón, en Granada. En aquel momento, Negrín se reincorporó a la conversación, pidió a Vega Díaz más detalles y, consternado, exclamó: «¡Una atrocidad más!»^[39].

En sus conversaciones con Negrín y Puche, Vega Díaz no mencionó el hecho de que, el 3 de marzo, le habían ordenado destituir a todos los cirujanos que fuesen miembros del Partido Comunista, una orden que aparentemente provenía de Casado a través de Moriones. Negrín se fue dejándoles a solas, y Puche confió a Vega Díaz que el presidente estaba angustiado por las posibilidades que tenía la República de resistir otros tres meses hasta que estallara una guerra en Europa. Según Puche, «a Negrín le espantaba la idea de ver a España transformada en el infierno de una conflagración que acabaría por ser mundial, y pensaba en sus

adentro que la continuación de nuestra guerra carecía ya de todo sentido». En opinión de Puche, Negrín empezaba a estar totalmente desilusionado: «Le fallaban todos, unos por abandono y otros traicionándole a las claras. Pero necesitaba estar a la altura de las circunstancias y de su honor como gobernante, y no quería pecar de escurridizo fugado». Puche creía que Negrín sabía que eran sus últimas horas en suelo español, ya que conocía los acontecimientos de Cartagena y pensaba que Casado y los demás darían el golpe bajo la enseña de Besteiro posiblemente tan pronto como esa misma noche. Asimismo, desde la dimisión de Azaña, «ya no había República que defender, y Negrín solamente deseaba buscar su final “relativamente condicionado”, es decir, que no fuera una deshonrosa derrota sin condiciones»^[40].

Negrín no era ni mucho menos el único que sospechaba que el golpe era inminente. En la madrugada del 5 de marzo, Jesús Hernández fue al Poblet y se topó con Negrín, que acababa de entrar en la casa. Así contó el crispado encuentro:

A las tres de la madrugada aparece Negrín, seguido de dos de sus ayudantes. Su aspecto era el de un desastrado. Sin afeitarse, con el flexible hundido hasta las orejas y los pantalones recogidos por la parte baja, como los ciclistas. Parecía muy fatigado.

«¿Dónde diablos se mete usted que no hay modo humano de encontrarle?», pregunté con bastante rudeza. «¿Me necesitaban?», inquirió Negrín con gesto de hombre decepcionado.

«¿Pero no se ha enterado usted de lo sucedido con la Escuadra y en Cartagena?» «Sí. ¿Qué nuevas noticias hay?», preguntó con agrio ademán. Le informé de cuanto sabía y de lo que habíamos decidido. «¿Ve usted?», dijo en tono de amarga ironía. «Ya no me necesitan para nada. Lo que han decidido es correcto, yo no lo hubiera hecho de otra manera». Cordón nos sirvió una copa de coñac. Bebimos. Confortados por el calor del alcohol, Negrín me tomó del brazo y me apartó a un rincón del amplio despacho. «Amigo Hernández —comenzó a decirme con voz queda—. Cuando desde Francia decidí trasladarme a la zona Centro-Sur, tenía la impresión de que había un noventa por ciento de probabilidades de dejar la piel aquí; pero ahora ese porcentaje se eleva al noventa y nueve por ciento». Hizo una pausa. Sus fatigados ojos me miraron con fijeza. Y siguió hablando: «Aquí no nos queda nada que hacer. Yo no quiero presidir una nueva guerra civil entre antifranquistas». «Pero su decisión hundirá todo y a todos en el más infernal de los caos», dije.

«¡Más hundido! Ya han comenzado las sublevaciones. Ahora ha sido Cartagena y la Escuadra; mañana será Madrid o Valencia; ¿qué podemos hacer? ¿Aplastarlas? No creo que valga la pena, la guerra está definitivamente perdida. ¿Que quieren ser otros los que negocien la paz? No me opondré». «¿A qué han respondido entonces esa serie de nombramientos aparecidos en el Diario Oficial?», pregunté confundido y curioso. «Han respondido a las exigencias de sus camaradas. He tratado de complacerles, sabiendo que todo sería inútil y hasta perjudicial». Comprendí que en Negrín había muerto ya el hombre de la resistencia, el Presidente y ministro de Defensa que más leal y eficazmente había encarnado el magnífico espíritu de lucha de nuestro pueblo en la etapa de mayores dificultades de nuestra guerra^[41].

La mañana del 5 de marzo en la capital, horas después del encuentro entre Hernández y Negrín en El Poblet, Domingo Girón, secretario de organización del PCE, había remitido a Manuel Tagüeña un confuso informe en el que afirmaba que los altos mandos comunistas de la capital, enterados de las intenciones de Casado, planeaban oponerse a él. Tagüeña no estaba convencido. Acababa de recibir órdenes de ir a la Posición Yuste cuando llegó, pálido y sin aliento, Daniel Ortega, un comisario comunista de las fuerzas de Casado. Traía la noticia de que se estaban acumulando tropas del cuerpo del IV Ejército de Mera en el cuartel general del Ejército del Centro, situado en la Alameda de Osuna de Canillejas, al nordeste de Madrid, sobre la carretera de Alcalá de Henares. El lugar era conocido en lenguaje militar cifrado como «Posición Jaca». Era indudable que el golpe de Casado estaba a punto de comenzar. Cuando Tagüeña informó a Girón de esto, su respuesta dejó claro, pese a lo que había dicho antes, que la política del PCE no era resistir, sino esperar el devenir de los acontecimientos. Esta actitud obedecía a que el Partido Comunista no quería exponerse a ser responsabilizado de una ruptura final sangrienta en el Frente Popular, que ya estaba desgarrado por las divisiones. Tagüeña y sus hombres partieron hacia El Poblet la noche del 5 de marzo. Poco después de su partida, Casado dictó órdenes para su arresto^[42].

En las veinticuatro horas previas a la actuación de Casado, la situación en El Poblet fue comprensiblemente caótica: «Unas veinte personas aparecían repartidas entre el *hall*, el comedor y un cuarto contiguo, del que nos llegaba la voz de Álvarez del Vayo intentando a gritos una y otra vez, con su especial pronunciación, que le conectaran telefónicamente con la base de tanques de Archena [en Murcia]».

Del Vayo intentaba conseguir el envío de una unidad de carros de combate a la base naval de Cartagena en un esfuerzo por aplastar la rebelión. Un furioso Negrín trató de hablar con Casado, y cada vez que lograba establecer contacto en algún lugar, le informaban de que el coronel se había ido a otra parte. Negrín se volvió hacia sus acompañantes y dijo que Casado le estaba «toreando». Según Vega Díaz:

El recinto parecía una casa de locos. Algunas caras bien conocidas (González Peña, Matallana, Uribe, Cerdán, García, etcétera) y otras que yo conocía de vista pero no sabía quiénes eran, constituían un auténtico guirigay en el que destacaban las voces de Negrín y Vayo, algunas frases de Cerdán y las caras de apagamiento espiritual de todos los demás, pendientes únicamente de lo que el primero dijera. De vez en cuando Negrín pedía silencio con gestos de fracaso espiritual y colgaba el teléfono con brusquedad. Menos Cerdán, Matallana y yo, todos vestían de paisano ... Debo señalar que me sorprendió ver que Negrín, dentro de aquel mare magnum, no perdía el control. No hubo almuerzo organizado, sino que cada uno tomó algo cuando lo solicitó o se le ofrecieron copas, café, bocadillos^[43].

A mediodía llegó la inquietante noticia de la catastrófica decisión que había tomado el contralmirante Buiza Fernández-Palacios de llevarse a la flota mar adentro justo cuando las fuerzas enviadas por Negrín estaban a punto de controlar la rebelión en Cartagena. Buiza hizo caso omiso de los telegramas desesperados del presidente, en los cuales le ordenaba su regreso. La flota fue conducida a Bizerta y entregada a las autoridades francesas, que a la postre la pondrían en manos de oficiales enviados por Franco^[44]. Aquel fue un golpe devastador para Negrín. Sin la flota no había forma de ofrecer la seguridad necesaria para una evacuación en barcos mercantes. Apenas había tenido tiempo de procesar la noticia cuando se produjo el golpe de Casado.

Aunque el alzamiento de Cartagena estaba bajo control, Negrín hacía frente a una situación desastrosa: el presidente de la República había dimitido, Gran Bretaña y Francia habían reconocido a Franco, y ahora la clave para futuras evacuaciones estaba perdida. A lo largo del domingo 5 de marzo se advirtieron en El Poblet algunos signos innegables de que el complot de Casado estaba extendiendo sus tentáculos. A primera hora de la tarde, Jesús Hernández, comisario general de las fuerzas armadas, llamó a Antonio Cerdán para informarle de actividades militares sospechosas y completamente injustificadas en el cuartel general del Ejército de Levante. Hernández pidió a Cerdán que le dijera a Negrín que si no ejercía su autoridad como ministro de Defensa para poner freno a lo que estaba aconteciendo, lo harían los comunistas de Valencia. Las medidas denunciadas por Hernández consistieron en el cierre del cuartel general de Leopoldo Menéndez, comandante del Ejército de Levante. Una compañía de guardias de asalto pertrechados con ametralladoras recibió la orden de abrir fuego a cualquiera que entrara o saliera. En el patio del edificio del cuartel general se descargaron cajas de granadas de mano. Varios altos mandos comunistas de relevancia habían sido puestos bajo arresto. Hernández creía que eran los preparativos para el apoyo de Menéndez a Casado^[45]. Cuando Cerdán habló con un Negrín absolutamente exhausto, este se encogió de hombros y dijo: «Haga usted lo que crea conveniente, Cerdán; le aseguro que desearía que se sublevaran todos para acabar de una vez». Estas palabras eran casi idénticas a las que, según Jesús Hernández, Negrín le había expuesto a primera hora de la mañana. En sus memorias Cerdán aseguraba que Negrín volvió a repetir el comentario ese mismo día.

El general Manuel Matallana acababa de llegar a El Poblet tras su conversación telefónica con Negrín acerca de los acontecimientos de Cartagena. El día anterior había sido ascendido a jefe del Estado Mayor General. En aquel momento dio muestras de falsa humildad y aseguró sentirse amedrentado por la enorme responsabilidad y avergonzado de ocupar un puesto que pertenecía exclusivamente a Rojo. Cerdán le habló de los planes de rendición de este último incluso antes de la derrota final en Cataluña. Pese a que conocía el parecer de Rojo gracias a la correspondencia que mantenían, Matallana fingió sorpresa. Con una virtuosa muestra de hipocresía, observó: «Yo no sabía eso, Cerdán, lucharemos pues hasta el final. Yo, por mi parte, estoy muy viejo y muy estropeado y he decidido seguir aquí pase lo que pase». Era una extraña afirmación tratándose de un hombre de solo cuarenta años. Sin sospechar todavía su participación en el complot, Cerdán lo puso al teléfono con Hernández, quien le expuso la situación. Después, Cerdán pidió a Matallana, en su calidad de jefe del Estado Mayor General, que hablara con el general Leopoldo Menéndez, y que le enviara un telegrama exhortándolo a que cesara los movimientos sospechosos que había ordenado. Cuando lo hizo, Menéndez llamó para decir que había acatado la orden, pero consideraba que sus iniciativas no habían sido más que «precauciones plausibles». Cerdán se alarmó cuando Menéndez, que estaba al corriente de la conspiración de Casado, manifestó que sus órdenes tal vez no serían obedecidas, ya que no era el jefe

del Grupo de Ejércitos del Centro. Esto era del todo absurdo, puesto que Menéndez supuestamente debía rescindir órdenes que había dictado él mismo. Era un indicio muy sospechoso de su confabulación con Casado. Por ello, Cordón telefoneó al teniente coronel Félix Muedra Miñón, jefe del Estado Mayor del Grupo de Ejércitos de la Zona Centro-Sur, para cerciorarse de que se ejecutaban las órdenes de Menéndez. Puesto que Muedra estaba tan implicado en la trama de Casado como Menéndez y Matallana, es razonable suponer que no se hizo nada^[46].

Hacia las cinco de la tarde, los miembros del Gabinete llegaron a una reunión para comentar el discurso que Negrín pensaba pronunciar al día siguiente. Su extenso debate giró en torno a si debía insistir en las tres condiciones de paz que había perfilado en las Cortes de Figueras o si solo debía pedir garantías de que no habría represalias y de que quienes corrían peligro serían evacuados. La idea era confeccionar un texto que demostrara al mundo que era Franco quien se interponía en el camino de la paz por su sádica negativa a renunciar a la venganza. Poco después de que diera comienzo la reunión, Negrín se ausentó y pidió a Matallana que llamara a Miaja y le dijera que se uniera a ellos de inmediato. En el transcurso de la conversación era obvio que Miaja estaba negándose, así que Negrín se acercó y dijo en voz alta: «Dígale usted al general Miaja que si tiene miedo de venir iré yo, pero que no podía suponer que un general de nuestro ejército se negara a ayudar al que manda y a ejecutar una orden en momentos graves». Matallana, que estaba siguiendo un doble juego, añadió: «Ya lo oye usted, mi general».

Luego, Cordón le arrebató el teléfono y reprendió con severidad a Miaja: «Parece mentira, mi general, que haga usted estas cosas con el presidente, que le necesitaba a usted. Perdóneme, pero creo que está usted haciendo el tonto; ya le he dicho varias veces que muchos de los que le rodean le ponen jabón para que se resbale y se dé el crismazo. Déjese de tonterías y venga, que no nos lo vamos a comer». Miaja respondió cuestionando los recientes nombramientos, y Cordón se los explicó laboriosamente y le rogó que no tirara por la borda su distinguida reputación porque malos consejeros estuvieran empujándolo a hacerlo. Miaja replicó que sus médicos le habían prohibido viajar de noche y que iría a El Poblet a la mañana siguiente. La reunión del Gabinete se prolongó hasta las once. Después, los ministros, los mandos castrenses y el personal administrativo se sentaron a cenar^[47].

El golpe

Mientras tanto, Casado había abandonado la base de la Posición Jaca, en la carretera de Barajas, y para lanzar el golpe se había instalado en el Ministerio de Hacienda, sito en la calle de Alcalá, desde donde Miaja dirigió la defensa de Madrid durante el sitio de 1936. Val, Salgado, González Marín y García Pradas entraron en el edificio a las 20.45 horas, seguidos poco después por Besteiro y Wenceslao Carrillo. García Pradas había enviado escuadrones anarquistas para que controlaran las oficinas de las dos principales emisoras de radio republicanas, Unión Radio y Radio España. Se había hecho creer a los anarquistas que apoyaban a Casado que la creación del Consejo Nacional de Defensa constituía una contraofensiva a lo que, según afirmaban, era un golpe inminente por parte de Negrín. El caos que reinaba en El Pobleto pone de manifiesto lo absurdo de esta versión. Los conspiradores reunidos dieron el retoque final al anuncio que se realizaría en breve. Besteiro rechazó la presidencia aduciendo que debía ocuparla un general. Casado tampoco quiso aceptarla, y deslizaron el nombre del general Miaja. La oferta le fue planteada cuando llegó a Madrid el 6 de marzo a primera hora de la mañana, y accedió de buen grado. Besteiro aceptó el doble puesto de vicepresidente y ministro de Asuntos Exteriores. A medianoche, con el edificio rodeado de fuerzas encabezadas por el teniente coronel Cipriano Mera, Besteiro realizó el anuncio formal del Consejo por radio^[1].

Poco después de la llegada de los anarquistas, Besteiro y Carrillo, Edmundo Domínguez hizo acto de presencia en el Ministerio de Hacienda. Casado estaba tumbado en la cama completamente vestido debido a las úlceras que padecía. Pese a los dolores de estómago, estaba henchido de felicidad por que sus planes estuvieran a punto de fructificar. Un Wenceslao Carrillo visiblemente preocupado y taciturno estaba sentado en el lecho. Los anarquistas —Val, García Pradas y Manuel González Marín— a duras penas podían disimular su deleite por lo que estaba ocurriendo. Inevitablemente, dado que Domínguez era considerado amigo de Negrín, el ambiente era tenso y hostil. Val y García Pradas lo presionaron con aire amenazador para que se declarara a favor o en contra del Consejo Nacional de Defensa. Haber hecho lo segundo le habría supuesto el arresto y una posible ejecución. Para evitar posicionarse a favor, adujo que, como vicepresidente de UGT, no podía hacer declaración alguna hasta que tuviera lugar una reunión de la ejecutiva del sindicato.

Obviamente molesto, Casado le espetó: «Tú verás si haces declaraciones o no, pues podemos prescindir de ti y de la UGT». La arrogancia habló por él, porque para dar la impresión de que la propuesta del Consejo representaba a todas las fuerzas, el acuerdo con UGT era crucial. Al ver que Domínguez guardaba silencio, Casado trató de presionarlo con la mentira de que José Rodríguez Vega, el secretario general de UGT, estaba conforme. Cuando Domínguez lo cuestionó, Casado hubo de reconocer que Rodríguez Vega tan solo había expresado su deseo de presenciar el final de la guerra. Domínguez, que era prácticamente un rehén, se sentó en un rincón a observar el devenir de los acontecimientos. En las horas previas al anuncio formal, los conspiradores pasaron gran parte del tiempo intercambiando habladurías absurdamente injuriosas sobre Negrín, afirmando que comía igual que cuatro hombres, que consumía tortillas de doce huevos y que se acostaba con tres mujeres distintas cada noche. Al parecer, Besteiro se vio influido por esto y, convencido de que Negrín maltrataba a sus ministros, expresó pomposamente su malestar por que el primer ministro no mantuviera la dignidad de su cargo.

La escena final fue organizada de manera tan apresurada que los conspiradores todavía no habían repartido los diversos puestos y las atribuciones políticas que conllevarían. Cuando Casado afirmó que el Consejo Nacional de Defensa representaría al PSOE, la CNT, los partidos republicanos y UGT, Domínguez se opuso. Cruzando miradas con Besteiro, proclamó que el PSOE estaba representado por Besteiro, lo cual era

una falsedad, pero también algo a lo que Domínguez no podía objetar. Sin embargo, cuando Casado dijo que Wenceslao Carrillo representaría a UGT, Domínguez insistió en que no era así. Finalmente, Carrillo afirmó que, como presidente de la Casa del Pueblo de Madrid, podía ejercer de representante de la Agrupación Socialista de la capital. A continuación, Casado declaró que Rodríguez Vega representaría a UGT, a lo cual Domínguez respondió que nadie le había consultado. Casado aceptó posponer el anuncio de sus consejeros y su afiliación partidista hasta que fuera posible consultar a Rodríguez Vega. Cuando casi había llegado la hora de anunciar por radio la formación del Consejo, Casado dijo con regocijo infantil: «¡Qué cara van a poner algunos!, ¿eh?»^[2].

Besteiro habló desde el sótano del ministerio. Inclinado sobre los micrófonos de la radio y con voz temblorosa por la emoción, defendió los motivos de los implicados: «Ha llegado el momento en que irrumpir con la verdad y rasgar la red de falsedades en que estamos envueltos es una necesidad ineludible, un deber de humanidad y una exigencia de la suprema ley de la salvación de la masa inocente e irresponsable». O bien estaba mintiendo deliberadamente, o bien tenía la impresión equivocada de que el Gobierno de Negrín había estado en Francia desde la caída de Cataluña. Alegó lo siguiente:

El Gobierno del señor Negrín, con sus veladuras de la verdad, con sus verdades a medias y sus propuestas capciosas, no puede aspirar a otra cosa que a ganar tiempo; tiempo que se ha perdido para el interés de la masa ciudadana, combatiente y no combatiente. Y esta política de aplazamiento no podía tener otra finalidad que alimentar la morbosa creencia de que la complicación de la vida internacional desencadenase una catástrofe de proporciones universales, en la cual, juntamente con nosotros, perecerían masas proletarias de muchas naciones. De esta política de fanatismo catastrófico, de esta sumisión a órdenes extrañas, con una indiferencia completa ante el dolor de la Nación, está sobresaturada ya la opinión Republicana toda ... Yo os hablo para deciros que cuando se pierde, es cuando hay que demostrar, individuos y nacionalidades, el valor que se posee. Se puede perder, pero con honradez y dignamente, sin negar su fe anonadados por la desgracia. Yo os digo que una victoria moral de ese género vale mil veces más que una victoria material lograda a fuerza de claudicaciones y vilipendios.

Cuando hubo terminado, rompió a llorar^[3].

La declaración formal del Consejo fue leída por Miguel San Andrés, una figura menor de Izquierda Republicana. José García Pradas afirmaría más tarde que había sido él quien había redactado el texto, que sin duda recordaba a la declaración realizada por el Comité Regional de Defensa de la CNT diez días antes. Es más, al igual que dicha declaración, sus objetivos eran similares a los proclamados por Negrín, y dejaba entrever que las razones que habían motivado el golpe guardaban relación con el hecho de que no se hubiera ofrecido un liderazgo sólido. No daba ningún indicio de la conjura de Besteiro y Casado con la Quinta Columna:

Como revolucionarios, como proletarios, como antifascistas y como españoles, no podíamos continuar aceptando pasivamente la imprevisión, la carencia de orientaciones, la falta de organización y la irresponsabilidad de que ha dado muestras el Gobierno del doctor Negrín ... Han pasado muchas semanas desde que se liquidó con una deserción general la guerra en Cataluña. Todas las promesas que se le hicieron al pueblo en los momentos más solemnes fueron olvidadas; todos los deberes, desconocidos; todos los compromisos, delictuosamente pisoteados. En tanto que el pueblo sacrificaba en el ara sangrienta de las batallas unos cuantos millares de sus mejores hijos, muchos hombres que se habían constituido en cabezas visibles de la resistencia abandonaban sus puestos y buscaban en la fuga vergonzante y vergonzosa el camino para salvar la vida, aunque fuera a coste de su dignidad ... Para impedir esto, para borrar tanta vergüenza y evitar que produzca la deserción en los momentos más graves, se constituye este Consejo Nacional de Defensa, y en nombre de este organismo, que recoge sus poderes del arroyo, adonde los arrojara el llamado Gobierno del doctor Negrín, nos dirigimos a todos los trabajadores, a todos los antifascistas y a todos los españoles para darles la garantía de que nadie podrá rehuir el cumplimiento de sus deberes ni esquivar la responsabilidad contraída por sus promesas ... No saldrá de España ninguno de los hombres que aquí deban estar, hasta tanto que por libre y general determinación no salgan de ella cuantos quieran, que no cuantos puedan, salir. Propugnamos la resistencia para no hundir nuestra causa en ludibrio y en la vergüenza; para lograrla pedimos el concurso de todos los españoles y damos la garantía de que

nadie abandonará su obligación. «O todos nos salvamos, o todos nos hundimos en la exterminación y el oprobio», dijo el doctor Negrín; y el Consejo Nacional de Defensa se impone como primera y última, como única tarea, convertir en realidad esas palabras^[4].

Luego habló Mera, y su discurso degeneró en una serie de insultos y bajezas dirigidos a Negrín, a quien llamó traidor, criminal y ladrón. Lo acusó de provocar la derrota de Cataluña y de vender a la República «a precio de oro y de orgía». A continuación le siguió Casado. Las últimas palabras de su discurso (que le escribió García Pradas) iban destinadas a Franco: «En vuestras manos, que no en las nuestras, están la paz y la guerra». Con ello finiquitaba cualquier posibilidad de obtener unas condiciones de paz del Caudillo. Tal como comentaría Rodríguez Vega más adelante: «Muestra brillante, esta pieza literaria, de cómo con una terminología belicosa puede expresarse claramente la voluntad incoercible de entrega»^[5].

Al principio, dado que Besteiro se negó a asumir la presidencia, lo hizo Casado durante unas horas hasta la llegada de Miaja, que recibió el título formal. No obstante, a lo largo de las tres semanas de existencia de su Junta, se dio por sentado que Casado estaba al cargo de todo, como así era. El general Miaja dijo posteriormente que había aceptado la presidencia del Consejo Nacional de Defensa una vez que Negrín hubo abandonado España. Esto no es en absoluto cierto. En cambio, sí lo es el hecho de que los pormenores no le fueron consultados antes de que Casado y Besteiro realizaran su anuncio. Sin embargo, conocía las maquinaciones de Casado y Matallana al menos desde aquel primer almuerzo del 2 de febrero, en el cual se airearon sentimientos contra Negrín^[6]. El momento exacto en que Casado hizo la propuesta a Miaja sigue siendo difícil de determinar, si bien el anuncio formal de su nombramiento como presidente del Consejo Nacional de Defensa se ha fechado el 5 de marzo.

Mientras se emitían los primeros comunicados, Miaja estaba durmiendo en su cuartel general de Torrente, situado a las afueras de Valencia y conocido en lenguaje militar cifrado como «Posición Pekín». Tras oír los discursos, uno de los altos mandos de su escolta lo despertó. Miaja telefoneó de inmediato a Casado, quien, a causa del dolor que le provocaban las úlceras, yacía de nuevo en cama. Se levantó para hablar con Miaja y, sabedor de lo importante que era invitarlo a participar, le propuso al instante que viajara a Madrid y se uniera a los conspiradores. Todavía al teléfono con Miaja, se volvió hacia los allí presentes y anunció: «Me dice que somos unos pillos, que nos hemos adelantado a él». Mientras sostenía en alto el aparato, otros exclamaron para que Miaja lo escuchara: «¡Que venga!», y Casado retomó la conversación: «Ya lo oye usted, mi general, todos deseamos que venga a reunirse con nosotros». Miaja contestó con monosílabos, y Casado insistió: «Venga, venga usted, será nuestro jefe y le obedeceremos». Susurrando a los demás que Miaja había aceptado, terminó la conversación diciendo: «Le esperamos, mi general. ¡A sus órdenes!».

Casado se volvió de nuevo y anunció: «Nos llega al pelo. Su prestigio dominará a los descontentos. Es una buena ayuda que favorece al Consejo». Según Ángel Pedrero, que estaba presente, Miaja quería saber cuál sería su papel en la Junta y Besteiro comentó: «Esto nos plantea una cuestión. ¿Cuál debe ser su puesto en el Consejo?». Casado vaciló para espetar luego: «¡Qué sé yo! Por mí no hay ningún inconveniente». Varios de los asistentes propusieron que fuese nombrado presidente. Más tarde, Pedrero relataría que Casado, «para evitar que creara una situación difícil, decidió darle la presidencia», argumentando que era la persona adecuada como comandante en jefe del ejército. Esto difería ligeramente de la crónica de Domínguez, según la cual, Casado dijo: «Muy bien, sí, que sea el presidente. Yo no tengo orgullo. Me interesa España y el pueblo, con el mando del ejército me conformo», y añadió: «Esto le agradará al general y cuando venga ajustaremos las carteras a cada uno»^[7].

Puesto que Casado le había exhortado a desplazarse a Madrid con la máxima celeridad, Miaja partió de inmediato hacia la capital ignorando las supuestas órdenes del médico que había alegado ante Cordón como excusa para no viajar a El Poblet. Iba acompañado de sus dos ayudantes, el teniente coronel José Pérez Martínez y el comandante Mario Páramo, sus secretarios y guardias. Llegaron el 6 de marzo a primera hora de la mañana y permanecieron allí unas veinticuatro horas mientras Casado supervisaba la batalla contra las fuerzas comunistas^[8]. La llegada de Miaja y su séquito causó gran alegría en los sótanos del Ministerio de Hacienda. Casado los recibió con las palabras: «Hemos triunfado, todo está hecho», a lo que Miaja respondió jovialmente: «¡Bandidos! Os habéis adelantado». Quienes no conocían todas las maquinaciones de Casado quedaron sorprendidos y le preguntaron si había formado parte del complot en todo momento. Miaja respondió: «Naturalmente, y ya tenía escrita mi alocución para dirigirla al país». Uno de sus secretarios sacó del maletín unas hojas de papel y las mostró antes de que Casado las cogiera y aprovechara la oportunidad para halagar la vanidad de Miaja: «No importa, mi general, estas cuartillas se leerán hoy y producirán un gran efecto»^[9].

Mientras, Domínguez pudo convencer a Casado de que le permitiera telefonear a Rodríguez Vega. Ante tantos testigos hostiles, Domínguez fue incapaz de explicar gran cosa. Sin embargo, Rodríguez Vega, al notar el nerviosismo en su voz, se dio cuenta de lo que sucedía. Casado habló con él y envió un coche para el corto trayecto que mediaba entre la sede de UGT y el ministerio. De camino, el conductor le habló del golpe. Al llegar a los sótanos del ministerio, Casado anunció con rotundidad: «Ya está todo hecho. Hemos derrotado al Gobierno de Negrín». Rodríguez Vega respondió que él y Domínguez debían convocar una reunión de la ejecutiva de UGT para resolver su postura oficial con respecto al Consejo Nacional de Defensa. Casado, que sin duda quería retener a Domínguez como rehén, se vio obligado a aceptar. A continuación, los dos líderes ugetistas se dirigieron a la sede del sindicato en la cercana calle de Fuencarral. Ellos y los otros dos miembros del Comité Ejecutivo, Claudina García y Antonio Pérez, se oponían a Casado. Ramón González Peña, el presidente de UGT, se encontraba con Negrín en El Poblet. Era imposible contactar con dicho municipio, y numerosos representantes de varias federaciones estaban a favor de prestar apoyo a la Junta. En una acalorada reunión, se decidió que, a fin de evitar divisiones en el movimiento, la UGT debía aceptar tener representación en el Consejo. Un reacio Antonio Pérez, que mantenía una vieja amistad con Besteiro, fue nombrado para asumir tal responsabilidad^[10].

Casado estaba ansioso por anunciar la composición de su consejo de ministros. Era un gesto irrelevante que pretendía transmitir la sensación de que existía un Gobierno con representación de todas las fuerzas contrarias a Negrín y los comunistas. Casado, Besteiro y Miaja actuaron solo por iniciativa propia. El «consejo de ministros» era una ficción que ocultaba el hecho de que se trataba de una junta militar pura y simple. Ninguno de los participantes contaba con el respaldo unánime de las organizaciones a las que afirmaban representar. Por ejemplo, la lista publicada la noche del 6 de marzo no incluía a Pérez, ya que no hubo consenso en la UGT hasta treinta horas después, y solo como un gesto para evitar la división del movimiento. La participación en la Junta de Casado nunca fue autorizada por la Comisión Ejecutiva del PSOE^[11]. El Gabinete anunciado finalmente incluía a: presidente, general Miaja; Estado y vicepresidente, Besteiro; Gobernación, Wenceslao Carrillo (PSOE); Defensa, Casado; Hacienda, Manuel González Marín (CNT); Justicia, Miguel San Andrés (Izquierda Republicana); Instrucción Pública, José del Río (Unión Republicana); Obras Públicas, Eduardo Val (CNT), y Trabajo, Antonio Pérez (UGT). Según el corresponsal de *The Times*, era «una mascarada lamentable, un Gabinete de condenados creado a la desesperada»^[12]. Los dos republicanos eran prácticamente desconocidos, y lo mismo sucedía con los representantes de la CNT y UGT. Como Gobierno era irrelevante, puesto que los únicos «ministerios» con algo similar a unas funciones reales eran los de Defensa, liderado por Casado, y Gobernación, al cargo de Carrillo. Ambos desempeñarían un papel clave a la hora de aplastar la oposición al golpe.

De nuevo quedaba claro que al deseo de que terminara la guerra se sumaba la hostilidad anarquista y socialista hacia los comunistas que habían abogado por la resistencia hasta el final. Después de presentarse como el «partido de la victoria», los triunfos franquistas significaban que el PCE era visto ahora por casi todos como el «partido de la derrota»^[13]. El éxito del golpe también respondió a otros factores. La CNT, que había sufrido los envites del PCE, estaba sedienta de venganza^[14]. Asimismo, la mayoría de los altos mandos profesionales, incluso aquellos que poseían carnets comunistas, no se opusieron a Casado. Se habían unido al PCE porque ofrecía disciplina y eficacia, pero en realidad no eran comunistas^[15]. Sin embargo, pese a que el golpe de Casado tocó la fibra sensible de civiles y soldados, no puede subestimarse la importancia de la aportación de Besteiro. Al apartarse de la política republicana y al haber alimentado tan cuidadosamente su fama de rectitud, su participación infundió una legitimidad a la Junta de Casado que de lo contrario no habría tenido. Es difícil saber hasta qué punto conocía Besteiro las consecuencias de lo que estaba haciendo, esto es, convertir el derramamiento de sangre y los sacrificios de los tres años anteriores en algo inútil al emular el golpe del 18 de julio de 1936 contra un presunto peligro comunista. Es posible que las privaciones físicas afectaran de algún modo a su salud mental. Manuel Portela Valladares, el presidente en el exilio, supo por un médico que había tratado a Besteiro al final de la guerra que el profesor estaba «gagá»^[16]. Durante años, Besteiro había luchado contra la tuberculosis, y los años de guerra en Madrid, sin comida decente ni calor en invierno, habían pasado factura^[17]. Por otro lado, sus privaciones no explican su obstinado desdén hacia la represión franquista.

Al parecer, Besteiro pensaba que podría conseguir grandes cosas en un proceso de reconciliación. Según el socialista moderado Enrique Tierno Galván, que lo conoció en los últimos meses de la guerra, Besteiro se creía «destinado a ser la barrera moral que podría alzarse entre los vencedores y los vencidos para evitar represalias. Se convenció de que su papel histórico era situarse en medio de ambos bandos y ser el padre de los desamparados una vez que se hubieran depuesto las armas». Besteiro consideraba que su rectitud moral superior y su marginación durante la guerra tendrían peso entre los franquistas. Era una opinión motivada

por la arrogancia y la ignorancia^[18]. La venganza ejecutada por los nacionalistas en las ciudades republicanas conquistadas era de sobra conocida. Sin embargo, Besteiro logró ignorarlo, tal vez porque ansiaba creer la información falsa acerca de la clemencia franquista que le habían brindado sus contactos falangistas^[19]. Antonio Luna García le dijo que Franco ofrecía garantizar la vida y la libertad de quienes no hubieran cometido delitos comunes y hubieran contribuido a la rendición de la República sin derramamiento de sangre. Como muchas personas menos sofisticadas y cultas que él en ciudades de toda España, aceptó dicha afirmación^[20].

Los ministros y altos mandos que se encontraban con Negrín en El Poblet acababan de cenar cuando el discurso de Besteiro fue retransmitido a medianoche, seguido de los de San Andrés, Mera y el propio Casado. Hasta ese momento, los conspiradores habían logrado envolver sus actividades en un relativo secretismo, en especial la participación de los generales Matallana y Menéndez. Como hemos visto, Negrín había ignorado, al menos formalmente, los rumores que le hicieron llegar Cordón, Domínguez e Hidalgo de Cisneros, y daba la impresión de que Casado lo convenció de una presunta obediencia jerárquica total. No está claro si se debió a su agotamiento total, a la errónea confianza en que Casado no podría llevar a cabo su golpe o a un deseo inconsciente de que otra persona se encargara de poner fin a la guerra^[21].

Inmediatamente después de la retransmisión, hubo un frenesí de llamadas a tres bandas entre las oficinas de Negrín, Casado y Leopoldo Menéndez. Los participantes fueron, en El Poblet, Negrín, sus ministros, Manuel Matallana, Antonio Cordón e Ignacio Hidalgo de Cisneros; en el Ministerio de Hacienda en Madrid, Casado y miembros de su Junta, y en Valencia, el general Menéndez. Existen numerosas versiones de lo que se dijo en el transcurso de esos contactos. Desde Madrid hay cuatro crónicas bastante similares del propio Casado, una de José García Pradas, una de Edmundo Domínguez, comisario inspector del Ejército del Centro y vicepresidente de UGT, y otra de José Rodríguez Vega, secretario general de UGT, que estuvieron presentes en el Ministerio de Hacienda. En Yuste hay versiones de Negrín, Vicente Uribe, Antonio Cordón, Julio Álvarez del Vayo, Santiago Garcés y Francisco Vega Díaz, que se encontraban en El Poblet, y de Julián Zugazagoitia, que poco después pudo hablar brevemente con todos los allí presentes. Desde Valencia existe una crónica del teniente coronel Francisco Ciutat, jefe de operaciones del Ejército de Levante. Los recuerdos de todos estos protagonistas coinciden a grandes rasgos sobre el sentido general de las conversaciones, pero hay diferencias cronológicas y respecto de la secuencia de los acontecimientos, lo que es normal a causa del tiempo transcurrido hasta que los participantes escribieron sus memorias. La fuente más detallada y convincente cronológicamente hablando es el diario contemporáneo de Antonio Cordón, que es el que seguimos aquí para determinar la secuencia básica de acontecimientos aquella noche.

Según Casado, al escuchar los discursos, Negrín lo llamó para pedir explicaciones. Por el contrario, Cordón afirmaba que Casado había telefoneado a Matallana para darle la noticia. Sin duda, en algún momento después de las emisiones, Matallana habló con Casado. En palabras de Zugazagoitia: «Sus reconveniones al sublevado no podían ser más convencionales y formularias. Blanca la voz, agitado el pulso, balbuceaba reproches y encajaba respuestas ... Su nerviosismo le denunciaba a los observadores». Después, Matallana pasó el teléfono a Negrín y, según Cordón, Casado, empleando un lenguaje que recordaba a los conspiradores de 1936, le dijo: «Me he sublevado». «¿Contra quién?», preguntó Negrín. «Contra usted». Cuando Negrín se dirigió a él como «general», respondió que rechazaba el ascenso porque venía de un Gobierno ilegal y que ese era el motivo por el cual había formado la Junta. Negrín le dijo que lo que estaba haciendo era una locura y lo destituyó de todos sus cargos. Casado, hablando en voz alta para que lo oyeran sus compañeros rebeldes, que escuchaban con avidez, utilizó un tono que, según Edmundo Domínguez, era «áspero y orgulloso». Cuando Negrín le anunció que había sido destituido, contestó con brusquedad: «Mire usted, Negrín, eso ya no me importa. Ustedes ya no son Gobierno, ni tienen fuerza ni prestigio para sostenerse y menos para detenernos».

Casado afirmaría más tarde que, durante su conversación, Negrín le había ofrecido entregarle el poder. El supuesto diálogo se desarrolló como sigue:

NEGRÍN: Todavía podemos llegar a un arreglo.

CASADO: No comprendo lo que me quiere decir, pero yo considero que todo está arreglado.

NEGRÍN: Al menos mande un representante para hacer la entrega de poderes, o mandaré uno a Madrid con esa misiva.

CASADO: De eso no se preocupe. No se puede entregar lo que no se posee. Precisamente ya hemos recogido el poder que usted y su Gobierno dejaron abandonado.

En realidad, la oferta de hacer entrega del poder no provino de Negrín, sino que se produjo en un

momento posterior de la conversación. En este caso, Casado estaba mezclando charlas posteriores con los ministros Giner de los Ríos y Paulino Gómez y con Hidalgo de Cisneros y Cerdón.

Cuando colgó el teléfono, Negrín volvió a la mesa y, sin mediar palabra, tomó asiento. Con una mirada de abatimiento absoluto, apoyó la cabeza en las manos. A Cerdón le sorprendió que los ministros, a los que había visto temblorosos y descompuestos en momentos mucho menos graves, se tomaran la noticia con serenidad, como si conocieran el secreto. Al comentárselo al cabo de un rato a Negrín, este se limitó a decir: «Naturalmente, Cerdón»^[22]. Uribe y José Moix Regas, el ministro de Trabajo, criticaron duramente a sus compañeros por la «canallesca traición» cometida por los partidos a los que pertenecían, e insinuaron que tenían cierta responsabilidad por no haber previsto lo que iba a suceder^[23].

Entonces, Paulino Gómez se levantó y cogió el teléfono. Animó a Casado a reflexionar bien lo que estaba haciendo y dijo que podrían encontrar una solución razonable y que saldría en ese mismo momento hacia Madrid. Casado respondió que no tenía nada contra él en lo personal, pero que, puesto que el golpe iba dirigido contra el Gobierno de Negrín, no sería prudente que fuese a la capital, ya que no podían garantizar su seguridad. Después, Gómez pasó el teléfono a Cerdón, que se dirigió a Casado en términos distintos, no como subsecretario del Ministerio de Defensa, sino como compañero de armas, y le dijo que no había pensado bien lo que hacía. Casado replicó duramente: «Cerdón, en mi opinión, el Gobierno no ha actuado como debía. Con esos políticos no puede hacerse nada; son unos idiotas y estamos hartos de sus simplezas y pérdidas de tiempo». Cerdón respondió con tacto: «No es el momento de discutir actuaciones del Gobierno. Ahora es preciso pensar en el pueblo y, en su interés, hay que proceder con toda serenidad y evitar actitudes de las que puedan resultar víctimas. Creo que deberías enviar aquí un representante de esa Junta que habéis constituido para que se ponga al habla con nosotros y nos explique las razones de esa actitud de rebeldía». Irascible como siempre, Casado le espetó: «No; ni envío a nadie ni quiero contacto alguno con ese Gobierno». Cerdón contestó:

Yo insisto en que debes hacerlo. Debes pensar que este Gobierno tiene aún sus resortes para moverse en el mecanismo internacional y, si de hacer la paz se trata, para conseguir condiciones honrosas y garantías para nuestro pueblo. Es un gobierno al que aún reconocen los EE. UU., Méjico y otras naciones. Matallana conoce un telegrama que ha recibido el Presidente, referente a gestiones hechas con los Estados Unidos, de contenido plenamente optimista. Si ha de sustituir otro Gobierno al actual es muy importante que se revista de la legalidad necesaria para proseguir todas esas gestiones; otra cosa es una insensatez y un crimen.

Cerdón señaló que, aunque el Gobierno de Negrín fuese ilegal, sin un traspaso formal de poderes, la Junta de Casado lo sería todavía más y no contaría con la ventaja del reconocimiento internacional que seguía teniendo Negrín. Terminó apelando al sentido común de Casado:

Te pido que pienses serenamente en esto y lo expongas a esa Junta, o lo que sea, que habéis formado. Evitemos, al menos, entre todos, que esta guerra termine de una manera sucia y triste, matándonos los unos a los otros, entregándonos al enemigo y llevando al pueblo a un nuevo sacrificio.

Tras una larga pausa, Casado respondió vacilante: «Lo hecho, hecho está». Cerdón concluyó la conversación diciendo: «Espero, por lo menos, que en esta noche no tomes ninguna resolución», a lo que Casado se limitó a apostillar: «Bien; te lo prometo. Salud»^[24].

Negrín y los ministros retomaron la reunión del Gabinete a la luz de la bomba que había lanzado Casado. Cerdón se dispuso a telefonear a los principales mandos militares y pronto se dio cuenta del alcance de la traición. Cuando preguntó al general Leopoldo Menéndez, comandante del Ejército de Levante, qué sabía acerca del golpe de Casado, dudó y dijo a regañadientes: «Algo he oído por la radio». Cuando Cerdón persistió en conocer su actitud al respecto, Menéndez respondió evasivamente «Nosotros tenemos un jefe, que es Matallana, y solo de él debemos recibir órdenes». Cerdón dijo que esta no era una respuesta apropiada, ya que quien se lo preguntaba era el subsecretario de Defensa y, hablando en nombre del presidente y del ministro de Defensa, esperaba contestación. Después comentó que tenía a su lado a Matallana, quien sin duda condenaría la acción de Casado. Pasó el teléfono a Matallana, que respondió a las palabras de Menéndez con monosílabos. De ese modo confirmó a Cerdón que ambos estaban implicados en la conspiración.

Consciente de que no conseguiría nada mostrando su indignación y preocupado solo por ganar tiempo para que el Gobierno pudiera actuar, Cerdón se limitó a coger el teléfono a Matallana y le contó a Menéndez la conversación que había mantenido antes con Casado. Menéndez respondió: «Estoy conforme en que, por todos los medios, hay que evitar una lucha entre nosotros. Unos y otros tenemos que impedir que suene el primer tiro y a eso puedes tú contribuir en muy gran parte». Esto se ajusta mucho a la crónica del teniente coronel Ciutat, en la que Menéndez decía que «no se podía producir una guerra dentro de otra guerra, que no debíamos hacer armas contra los que habíamos ido juntos en la lucha y que de todo eso solo saldría ganando el enemigo».

En ese momento, Cerdón, obviamente de acuerdo con Negrín y el Gabinete, pidió a Menéndez que llamara a Casado e insistiera en la necesidad de evitar un derramamiento de sangre interno. También le pidió que transmitiera la oferta de mantener el estatus legal de la República transfiriendo el poder del Gobierno a la Junta. Para facilitarlo, el Ejecutivo enviaría su dimisión por telegrama a Martínez Barrio. Luego solicitó a Menéndez que no emprendiera ninguna acción militar que pudiera «desencadenar la catástrofe». Este accedió a ponerse en contacto con Casado y a volver a llamar a Cerdón con su respuesta, y terminó con unas palabras bastante alarmantes: «Te prometo, desde luego, que esta noche no haremos nada que pudiera interpretarse como *un ataque contra vosotros*»^[25].

Las únicas respuestas alentadoras que obtuvo Cerdón fueron las del coronel Antonio Escobar, en Extremadura, y su homólogo Domingo Moriones Larraga, en Andalucía, que dijeron estar a favor de Negrín^[26]. Mientras tanto, Menéndez habló con Casado. Transmitió el mensaje de Cerdón sobre el traspaso de poderes y debatieron la importancia de las crípticas respuestas que Matallana había dado a ambos. Llegaron a la conclusión errónea de que Matallana había sido hecho rehén. En cuanto a la oferta, Casado diría más tarde que su respuesta había sido:

Mira, mi general, eres el quinto comisionado con esa gestión y te digo lo mismo que a los otros cuatro, que no quiero que me entregues nada. En cambio te ruego que le digas al doctor Negrín, de mi parte, que si antes de tres horas no está en su puesto de mando el general Matallana que tiene de rehén, tengo medios para ponerle en libertad por procedimientos rápidos y muy violentos.

El teniente coronel Ciutat afirmaría tiempo después que «entonces él, [Menéndez] había hablado por teléfono con Casado, quien le dijo, después de consultar a la Junta, que se negaban a ir a recibir ninguna autoridad de quien no la tenía porque no era Gobierno constitucionalmente legítimo»^[27].

Aun coincidiendo en general con otras crónicas, en su versión Casado abrevia la secuencia de acontecimientos y, como era su costumbre, se atribuye un papel prácticamente exclusivo en el Ministerio de Hacienda. Según Edmundo Domínguez, Besteiro contribuyó sobremanera a animar a Casado a rechazar las ofertas de un traspaso de poderes diciendo: «Mejor no tener relación con ellos; no sabemos tampoco qué oculta ese ofrecimiento». Domínguez relata también una conversación en la que Del Val reprende al ministro anarquista Segundo Blanco por proponer una entrega de poder. A decir de Santiago Garcés, se había propuesto que Trifón Gómez, intendente general y amigo íntimo de Besteiro, fuese intermediario en un posible traspaso. Domínguez se mostró estupefacto por el rechazo de la oferta, pues significaba renunciar tanto al acceso a los fondos del Gobierno que se encontraban fuera de España como a los vínculos diplomáticos existentes con otros países. Asimismo, reflejaba la frivolidad de los anarquistas y la arrogancia de Casado y Besteiro, cegados por su deseo de humillar a Negrín^[28].

Las malas noticias se acumulaban en El Poblet. Había informes de comunistas y otros partidarios de Negrín que habían sido capturados y hechos rehenes. Santiago Garcés, jefe del Servicio de Inteligencia Militar, habló con Ángel Pedrero García, comandante del SIM para el Ejército del Centro, y le ordenó que arrestara a Casado, cosa que se negó a hacer^[29]. Cerdón recibió noticias inquietantes sobre las actividades del teniente coronel Ricardo Burillo Stohle, de la Guardia de Asalto. En fases anteriores de la guerra, Burillo había sido un jefe de policía sumamente eficaz en Barcelona y ayudó a contener las atrocidades anarquistas. Sin embargo, había dado la espalda al Partido Comunista tras ser expulsado a mediados de 1938 por sus errores en el frente de Extremadura. Según Cerdón, era un «loco incipiente». Togliatti afirmaba que Burillo era una figura clave del golpe de Casado y que había llevado a cabo casi todos los preparativos operacionales. Supuestamente había purgado la Guardia de Asalto de comunistas y ahora se hallaba en posición de utilizarla contra el partido. En los nombramientos publicados el 3 de marzo, Burillo había sido destituido como jefe de Orden Público y sometido a las órdenes de Cerdón. Aseguraba que los nombramientos eran apócrifos y así había impedido que Etelvino Vega se convirtiera en gobernador militar de Alicante^[30].

Antes incluso de los comunicados de los miembros de la Junta de Casado, Wenceslao Carrillo había telefoneado a Eustaquio Cañas y le había preguntado si estaba al tanto de los acontecimientos de Madrid. Antes de que Cañas pudiera contestar, Carrillo le dijo bruscamente que pronto recibiría un telegrama de su parte y colgó. Recién llegado de Cartagena y sin saber nada del inminente anuncio de la creación de la Junta, Cañas quedó perplejo ante la llamada de Carrillo. Poco después le llegó un telegrama, pero no de Carrillo, sino del coronel Burillo y el general Aranguren Roldán: «Con las fuerzas de que dispone Vucencia, y a las órdenes del Coronel Aizpuru, salgan para Juste [sic] (Alicante) procedan a la detención del Gobierno Negrín. En particular de este, Álvarez del Vayo y Uribe. Al resto del Gobierno, póngalo bajo su custodia. Firmado Aranguren y Burillo». El coronel Gabriel Aizpuru Maristany, comandante de la Guardia de Asalto en Murcia, había recibido un telegrama con el mismo mensaje. Tras comentarlo, decidieron ignorar la orden. Enseguida, pocos minutos después de medianoche, llegó el telegrama que Carrillo había anunciado: «Diga rápidamente V. E. si acata Junta Gobierno recientemente constituido. En caso negativo, aténgase consecuencias». Cañas intentó desesperadamente contactar con la Posición Yuste pero no consiguió línea telefónica. Su principal preocupación seguía siendo la revuelta en Cartagena. Tras asegurarse de la lealtad de los guardias de asalto a sus órdenes, y sin conocer la situación en Yuste, decidió ganar tiempo y en torno a las tres de la madrugada contestó a Carrillo: «En respuesta a su telegrama, espero recibir órdenes». En algún momento debió de lograr hablar con Cordón, quien anotó en su diario que Burillo había dictado órdenes para el arresto de todos los ocupantes de la Posición Yuste^[31].

Entretanto, la expresión facial y el lenguaje corporal de Matallana revelaban cada vez más signos de agitación desde sus comprometedoras pantomimas telefónicas con Casado y Menéndez. Cordón escribió en su diario: «Un miedo sordo le invadía y en su mirada y en sus gestos se leía que apreciaba toda la bajeza repugnante del proceder de sus compañeros, pero ... que estaba comprometido con ellos y dispuesto a seguirlos». Tras lamentar lo ocurrido, se ofreció como intermediario con Casado. Cordón, convencido de que los «organizadores de la traición» no recurrirían a la violencia mientras impidieran marcharse a Matallana, insistió en que esperara hasta que el Gabinete terminara de deliberar.

Durante toda la noche, Cordón intentó contactar con Menéndez, que se encontraba en Valencia, pero las comunicaciones eran difíciles. Hacia las 5.30 horas, Menéndez le devolvió la llamada. Su tono, antes educado, era ahora sumamente violento. Cordón escribió: «Me hablaba Menéndez en tono agresivo, completamente distinto al empleado hasta entonces. Ya no era el subordinado y compañero quien se dirigía a mí, sino el enemigo que se lanzaba decididamente a la traición al ver o presentir su triunfo». Menéndez relató su conversación con Casado sobre la supuesta detención de Matallana como rehén (lo cual no era el caso). Cordón le dijo que Matallana era libre de irse cuando deseara, aunque debía esperar a que finalizara la reunión del Gabinete, ya que era el jefe del Estado Mayor General y sus conclusiones podían afectarle. Menéndez exigió hablar con Matallana. Cuando Cordón le pasó el teléfono, se sorprendió al oír a Matallana responder a algo que había dicho Menéndez: «Pero hombre ¡si estoy detenido!». Al ver la mirada de asombro de Cordón, Matallana rectificó: «Quiero decir, retenido. ¡Qué más quisiera yo que estar ahí y en todas partes!; debéis tener un poco de paciencia»^[32].

Cuando Matallana devolvió el auricular a Cordón, Menéndez gritó: «Escucha, Cordón, esto no puede continuar así ni un momento más. ¿Qué ha decidido el Consejo de Ministros?». Cordón respondió que la reunión estaba a punto de terminar y que no sabía cuáles eran sus conclusiones. Menéndez añadió: «Bien; termine o no, Matallana debe venir aquí inmediatamente, sano y salvo, y tú debes acompañarlo». Cordón intentó tranquilizarlo: «Creo que pierdes los estribos, Menéndez. Ya te he dicho que Matallana puede irse cuando le parezca y, si temes por su seguridad, podéis vosotros adoptar, por el camino, cuantas precauciones estiméis oportunas, aunque creo que todo eso es exagerado. En cuanto a acompañarle, ¿por qué?; ni como subsecretario ni como amigo tengo ese deber». Entonces, Menéndez le espetó: «Muy bien; pero el Gobierno debe adoptar una resolución». «Yo lo diré, porque yo no soy el Consejo de Ministros», se limitó a decir Cordón, ante lo cual Menéndez lanzó una amenaza: «Pues oye lo que te digo: si Matallana no está aquí muy pronto, fusilaremos a todos los detenidos que tenemos en Madrid; ya me he puesto de acuerdo con Casado sobre este punto». «Bien», repuso Cordón. «No es eso solo, no», añadió Menéndez. «Os fusilaremos, además, a todos vosotros». Cordón contestó con serenidad: «Perfectamente; yo, por mi parte, solo tengo que decirte que a Matallana no le ha pasado nada, que saldrá para Valencia dentro de unos minutos si le autoriza el ministro [Negrín] a quien él debe pedírselo y que ... debes de tener más calma. Salud».

Mientras Cordón hablaba con Menéndez, la reunión del Gabinete había tocado a su fin. Claramente la decisión tomada era la de abandonar España, puesto que Negrín estaba haciendo las maletas. Matallana le pidió permiso para marcharse, cosa que le concedió de inmediato. Con lágrimas en los ojos, Matallana

abrazó a cada uno de los ministros y altos mandos militares. El último fue Negrín, quien dijo: «No me despidan usted de sus compañeros, pero sí dígales que su comportamiento no ha sido digno». Tras afirmar que se iba para hacer cuanto estuviera en su mano para que «las cosas marchasen lo mejor posible», Matallana partió en coche poco después. Al abandonar la sala, hubo sonrisas amargas cuando alguien dijo: «Te vas para no volver»^[33]. Las amenazas de Menéndez significaban que, contra las intenciones claramente hostiles del Consejo Nacional de Defensa, las únicas fuerzas que Negrín tenía a su disposición en la zona eran los ochenta guerrilleros que custodiaban la Posición Yuste.

Tagüña llegó a El Poblet el 6 de marzo al amanecer y recibió noticias contradictorias. Por un lado, le informaron del triunfo de Casado en Madrid y, por otro, de que el alzamiento de la Quinta Columna el día anterior en Cartagena había sido aplastado. No obstante, a las cuatro de la madrugada, el contralmirante Buiza, desde alta mar, había enviado un mensaje anunciando que la flota no regresaría a Cartagena. Esta anulación de las últimas esperanzas de evacuación fue devastadora^[34]. Negrín no quería ver luchas internas dentro de la República. Con tono resignado, dijo a Hidalgo de Cisneros: «Nuestra tarea ahora es intentar ganar tiempo. Evitar la lucha con Casado por todos los medios»^[35]. Esto coincide con la oferta realizada por Paulino Gómez a fin de que Negrín traspasara sus poderes a Casado. Dicho traspaso difícilmente podía ser legítimo, puesto que este último carecía de base legal para su golpe militar.

De hecho, pese a esos esfuerzos, tras la última llamada telefónica de Menéndez, el presidente sabía que quedarse en El Poblet equivalía a entregarse a Casado. Francisco Vega Díaz contaba que Negrín, «con un gesto de tristeza y asco que antes no tuviera, y tras chistar para que todos callaran ... dijo, con voz algo afónica y entrecortada: “Todos estamos preparados, ¿no? Pues ni una duda más. Vámonos”». Poco antes había telefoneado al coronel Antonio Camacho Benítez, jefe de la aviación en la zona centro, a su cuartel general en Los Llanos y le ordenó que enviara dos Douglas DC2 al aeródromo de Monóvar listos para partir. Según el secretario de Camacho, José Manuel Vidal Zapater, su comandante era muy reacio a enviar los aviones ya que una vez en Francia serían requisados. Vidal afirmaría que Camacho, incapaz de desobedecer abiertamente, se inventó rápidamente la excusa de que solo podía mandar uno porque el otro estaba siendo reparado. Según esta versión, Negrín se hubiera tenido que apañar con un solo avión, que habría ido tan cargado con los ministros y sus equipajes que apenas hubiera podido despegar. Caben pocas dudas de que Camacho no quería desprenderse de los aviones, pero la versión de Vidal Zapater es desmentida por varios testigos presenciales que coinciden en afirmar que Negrín y su Gabinete partieron en dos aviones DC2.

Tras tomar la decisión de que todos se irían, Negrín quedó en encontrarse con sus ministros y el resto del personal en el aeródromo. Según Stepanov, consideraba una deuda de honor despedirse de Togliatti y de él mismo, así como de dirigentes destacados del Partido Comunista como Dolores Ibárruri, Uribe, Hidalgo de Cisneros, Cerdán, Lister y Modesto. Hacia las diez de la mañana, acompañados de Uribe y Moix, Santiago Garcés, Álvarez del Vayo, Negrín y sus ayudantes Benigno Rodríguez y Manuel Sánchez Arcas fueron a la Posición Dakar, el grupo de casas a tres kilómetros al sur de Elda donde estaban los líderes comunistas. El resto de los ministros y el personal dejó El Poblet en una caravana de coches seguidos de una furgoneta cargada con maletas, maletines, archivos, dos o tres cajas de coñac y champán y las ametralladoras de la guardia. Se dirigieron al aeródromo de El Fondó, en Monóvar, para esperar la llegada de Negrín y Del Vayo^[36].

Cuando Negrín se despidió de Vega Díaz, después de treinta horas sin dormir, el estrés que había sufrido era palpable y «aparecía pálido, ojeroso, con los párpados medio hinchados, bañado en sudor y sin afeitarse. Por comparación con el hombre que yo conocía y que desde horas antes había visto, parecía un enfermo desilusionado». No obstante, Vega tildaba la dignidad y humanidad con que Negrín se había comportado de «sobrehumana». A su llegada a la Posición Dakar, según Irene Falcón, la secretaria de la Pasionaria, Negrín tenía «el rostro tenso y gris»^[37].

Al llegar Negrín, los dirigentes comunistas trataron de hacerle cambiar de parecer acerca de su marcha. Togliatti propuso que se hiciera un último esfuerzo por conseguir un acuerdo entre el Ejecutivo y la Junta de Casado para intentar evitar un baño de sangre fratricida. Era una manera de ganar tiempo para averiguar cuánto apoyo tenía Casado y qué posibilidades había de oponerse al golpe. Con este fin, Pedro Checa envió emisarios a toda la zona centro. Tagüña, por ejemplo, fue a Alicante para cerciorarse de que el puerto seguía en manos del Gobierno^[38]. Decidido a evitar el derramamiento innecesario de sangre republicana, Negrín redactó inmediatamente una declaración conciliadora que entregó a Benigno Rodríguez para que fuera retransmitida. Rodríguez volvió al poco para informar de que la radio había sido desmontada. En vista de ello, el mensaje fue remitido a Menéndez para que se lo hiciera llegar a Casado. En él se pedía que cualquier transferencia de poderes se efectuara «de una manera normal y constitucional». El texto de Negrín señalaba que no existía ninguna discrepancia fundamental entre los objetivos proclamados

por la Junta de Casado y el compromiso del Gobierno con un acuerdo de paz sin represalias.

El texto completo es el siguiente:

El Gobierno de mi Presidencia se ha visto dolorosamente sorprendido por un movimiento que no parece justificado ni por las discrepancias en los propósitos que anuncia ese Consejo en su manifiesto al País, a saber: una paz rápida y honrosa sin persecuciones ni represalias que garantice la independencia patria, ni por la manera en que las negociaciones habían de iniciarse. Si impacencias que en los no conocedores de la situación real de nuestras gestiones pueden justificar interpretaciones equivocadas de actos del Gobierno, que solo ha buscado que se conserve el espíritu de unidad que informa su política, hubieran permitido aguardar a la exposición que sobre el momento actual iba a hacerse la noche de hoy en nombre del Gobierno, a buen seguro que este infortunado episodio habría quedado inédito. Si una inteligencia entre el Gobierno y los sectores que aparecen discrepantes se hubiera establecido a tiempo, a no dudarlo hubieran aparecido borradas toda clase de diferencias. No se puede corregir el hecho, pero sí es posible evitar que acarree males graves a los que fraternalmente han combatido por un denominador común de ideales y sobre todo a España. Si la semilla del daño se depura a tiempo, puede dar frutos debidos. En aras de los intereses sagrados de España debemos todos deponer las armas y si queremos estrechar las manos de nuestros adversarios, estamos obligados a evitar toda sangrienta contienda entre quienes hemos sido hermanos de armas. En su virtud, el Gobierno se dirige a la Junta constituida en Madrid y le propone designe a una o más personas que puedan amistosa y patrióticamente zanjar las diferencias. Le interesa al Gobierno, porque le interesa a España, que en cualquier caso toda eventual transferencia de poderes se haga de una manera normal y constitucional. Solamente de este modo se podrá mantener enaltecida y prestigiada la causa por la que hemos luchado. Y solo así podremos en el orden internacional conservar las ventajas que nuestras escasas relaciones aún nos preservan. Seguros de que al invocar el sentimiento de españoles esa Junta prestará oído y atención a nuestra demanda, la saluda, Negrín^[39].

Cuando el mensaje llegó al Ministerio de Hacienda en Madrid, Casado lo leyó en voz alta ante sus colaboradores. Hubo murmullos de protesta por parte de los anarquistas y otros. Comentando que la oferta de Negrín reflejaba su preocupación por los intereses de la República y de España, José Rodríguez Vega se ofreció a ir a Elda y aceptar el traspaso de poderes en nombre del Consejo Nacional de Defensa. Según afirmaba, eso garantizaría que no hubiera violencia entre el Consejo y los partidarios del Gobierno. Habida cuenta de que Casado estaba ansioso por conseguir la aceptación de la Junta por parte de UGT, dio la sensación de que iba a aceptar al decir: «Me parece muy bien». Entonces se volvió hacia Besteiro y añadió: «¿Oye usted lo que dice Rodríguez Vega? Que sería conveniente traspaso de poderes. Eso evitaría muchas cosas. A mí me parece bien». Al parecer, Besteiro respondió que no debía haber negociaciones con el Gobierno y que contaba con el apoyo del general Miaja, que exclamó: «Nada, nada. No hay que hacerles caso. Eso es una añagaza para ganar tiempo»^[40]. A consecuencia de ello, no se envió respuesta alguna a Negrín.

En realidad, pese a las cínicas o quizá temerosas especulaciones de los que rodeaban a Casado, Negrín había hecho la oferta para evitar la violencia. El arrogante rechazo de Besteiro, Miaja y los anarquistas allanó el terreno precisamente para la mini guerra civil que Negrín esperaba evitar. Rodríguez Vega y Edmundo Domínguez, que estaban en desacuerdo con la decisión del Consejo, abandonaron el Ministerio de Hacienda para celebrar una reunión con la ejecutiva de UGT. De camino, hicieron un alto para visitar a Rafael Henche, el alcalde de Madrid. En su despacho encontraron a Trifón Gómez, el intendente general. Los dos desaprobaban la actuación de Casado^[41]. Según Irene Falcón, Casado respondió a la iniciativa de paz con una emisión de radio en la que ordenaba el arresto de Negrín, Álvarez del Vayo, Uribe, Líster, Modesto y todos los miembros del politburó del PCE. Falcón ignoraba que Wenceslao Carrillo ya había enviado esa misma instrucción a Ricardo Burillo. Rodríguez Vega comentaba el fervor con el que Wenceslao Carrillo emprendió la detención de los comunistas y su disposición a que fueran ejecutados directamente^[42]. El teniente coronel Francisco Romero Marín relataría más tarde: «Tuvimos que salir de Madrid pistola en mano, porque había ya controles, pero conseguimos llegar a Elda»^[43].

Una vez que fue enviado el texto, Negrín presuntamente dijo a Álvarez del Vayo en alemán: «*Ich, auf alle Fälle, werde gehen*» («En cualquier caso, yo me voy»). Hacia las 14.30 horas, Tagüeña llegó de Alicante con la noticia de que Etelvino Vega, el recién nombrado gobernador militar de la provincia, había sido detenido y la ciudad, tomada por partidarios de Casado. Negrín, advertido de que se aproximaban a Elda fuerzas

casadistas y, por tanto, enfrentado a la posibilidad de ser capturado y utilizado por aquel como baza negociadora con Franco, declaró: «Señores, no podemos continuar aquí ni un momento más, porque nos detienen. Creo que todos debemos salir». Él y Álvarez del Vayo partieron hacia el aeródromo de Monóvar, donde llegaron a las 15.00. El resto del Gabinete los aguardaba impaciente. Álvarez del Vayo escribió más tarde: «Fuimos recibidos por la justificada, si bien contenida, indignación de nuestros colegas, que como nosotros no habían comido nada y que, además, llevaban esperando seis horas bajo un sol de justicia». Lo último que tomaron Del Vayo y Negrín en suelo español fue una taza de café antes de salir de Posición Dakar preparada por Irene Falcón a instancias de la Pasionaria^[44].

Cuando abandonaban la Posición Dakar, se encontraron con el asesor militar soviético, Mijail Stepanovich Shumilov (alias «Shilov»), Stanislav Vaupshasov y su intérprete, que estaban esperando ser evacuados. Pidieron a Negrín que les proporcionara dos aviones Douglas para escapar ellos y los otros rusos que formaban parte de las fuerzas de seguridad que custodiaban la casa. Negrín no pudo hacer nada para ayudarles, teniendo en cuenta además la reticencia del coronel Camacho de enviar los aviones que le había pedido para la evacuación del Gobierno. Vaupshasov escribía con amargura:

Negrín respondió avergonzado que ya no tenía ningún poder y que lo único que podía hacer era darnos las gracias por nuestros servicios. Bueno, como se suele decir, ¡gracias por nada! Con todo, el expresidente escribió una carta de presentación al coronel Cascón, comandante de la base aérea de Los Llanos, situada cerca de Albacete. Aceptamos su amable carta, pero no sirvió de nada, ya que no había aviones en la base.

El coronel Manuel Cascón Briega era el segundo de Camacho. Mientras hablaban, llegó el ayudante de Negrín para informarle de que los rebeldes habían conquistado Albacete y de que debía dirigirse a toda prisa a Monóvar, donde le esperaban los aviones. «Negrín les dio la mano rápidamente y casi echó a correr hacia el coche». Santiago Garcés, que acompañaba al presidente, recuerda que el Gobierno voló a Francia en dos aviones Douglas. Antonio Cordon, que estuvo con Negrín hasta poco antes de su salida, también recordaba que había dos aviones Douglas, no uno como decía Vidal Zapater. Enrique Líster, que estaba vigilando la pista de Monóvar, también recordaba proteger la salida de dos aviones Douglas. Además, teniendo en cuenta el número de ministros y otro personal y la ingente cantidad de equipaje descrita por Francisco Vega Díaz, es difícil pensar que cupieran en un avión de catorce plazas. Tras aterrizar en Toulouse, tras un vuelo largo y peligroso sobre territorio franquista, Negrín nunca volvió a España^[45].

Mientras Negrín escribía el mensaje a Casado, se decidió que Dolores Ibárruri debía ser protegida a toda costa. Así, acompañada por Cordon, Jesús Monzón, Romero Marín y algunos otros, salió rumbo a Orán (Argelia). Llegaron hacia las 13.00 horas a bordo de un De Havilland DH89 Dragon Rapide de la Escuela de Polimotores de Totana, cuyo comandante era un comunista llamado Ramos^[46]. Después de que Negrín y Del Vayo se fueran de la Posición Dakar, el resto del politburó del PCE celebró una reunión en el aeródromo de El Fondó, la última que tuvo lugar durante la guerra. En realidad consistió en ratificar una decisión que ya había sido impuesta al buró político y a los delegados de la Comintern al no contestar Casado a la iniciativa de paz. Puesto que el Consejo Nacional de Defensa de Casado era ya la única autoridad efectiva en el país, luchar contra él significaba otra guerra civil. Como adalid de la unidad republicana, el PCE no podía tomar la responsabilidad de enfrentarse al resto del Frente Popular. Además, Togliatti creía que si se hubiera tomado la decisión de combatir, los comunistas habrían sido derrotados teniendo en cuenta la envergadura de las fuerzas que se alzarían contra ellos y el derrotismo que imperaba en sus propias filas. Al fin y al cabo, ahora que Franco había sido reconocido por las grandes potencias y que la Unión Soviética buscaba una alianza con la Alemania nazi, habría sido una lucha en vano. Puesto que la radio no funcionaba, Togliatti había perdido contacto con Moscú y mandó a Irene Falcón a Albacete con mensajes encriptados que debían enviarse desde allí. Cuando llegó, no encontró a los comunistas locales que se debían encontrar arrestados, huidos o escondidos. Además, ella solo pudo regresar a Elda con enorme dificultad. Líster y los guerrilleros contuvieron a las fuerzas de Casado que se acercaban al aeródromo. Hidalgo de Cisneros recordó haber visto los faros de los camiones que llevaban a las tropas anarquistas leales a Casado a capturar a los comunistas que quedaban. Los últimos en partir volaron a Francia el 7 de marzo al alba. Tagüena llegó a Toulouse ese mismo día y tomó un tren rumbo a París, donde quedó asombrado al leer en la prensa del día siguiente que los comunistas de Madrid estaban resistiendo ante las fuerzas de Casado. Togliatti, Checa y Claudín se habían quedado con la esperanza de organizar la evacuación de militantes. Fueron detenidos por los hombres de Casado, pero Claudín aprovechó su vieja amistad con Prudencio Sayagués, jefe del SIM local, para obtener su puesta en libertad^[47].

Eustaquio Cañas pasó todo el 6 de marzo intentando acabar con la rebelión en Cartagena. De regreso en Murcia, nada más llegar a su oficina, recibió una llamada del socialista Pascual Tomás, que trabajaba con Wenceslao Carrillo. Pese a haber sido elegido diputado del PSOE por Murcia con el apoyo de los comunistas, Tomás ahora le dijo a Cañas: «Espero que pongas todas tus energías al lado de la Junta hasta aplastar de una vez a esos canallas». La mañana del 7 de marzo le informaron que un gran buque de transporte se acercaba a Cartagena. Era, por supuesto, el *Castillo de Olite*. Se apresuró a ir a la base naval y llegó a tiempo de ver las terribles escenas cuando explotó el barco. Al volver a Murcia, se encontró con varias personas que habían llegado buscando refugio del terror desencadenado por Burillo en Valencia y Alicante. Entre ellos estaba el socialista Ricardo Mella, que acababa de ser depuesto como gobernador civil de Alicante. El propio Burillo llegó a Murcia a mediodía del 8 de marzo, y ordenó a Cañas perentoriamente que detuviera a todos los comunistas de Murcia, a lo que este se negó. Tras una violenta discusión, Cañas le echó de su despacho y Burillo salió mascullando amenazas^[48].

Los últimos combates

Ya fuera por arrogancia o por desconocimiento, Casado, Besteiro y los demás rebeldes abrigaban esperanzas muy poco realistas sobre lo que significaría terminar pronto con la guerra. Por el contrario, Negrín era plenamente consciente de las consecuencias de una derrota catastrófica. Había visto con sus propios ojos los horrores padecidos por los republicanos vencidos en Francia, donde habían sufrido humillaciones y estrecheces, pero al menos no el odio que cabía esperar de los franquistas en forma de juicios, torturas, encarcelamientos y ejecuciones. Cuando conoció la noticia, Vicente Rojo, que nunca había perdonado a Casado por su traición durante la batalla del Ebro, escribió: «¿Qué harán cuando Franco les diga que no les reconoce autoridad para tratar con él?»^[1]. En el sótano del Ministerio de Hacienda, durante las primeras horas del Consejo de Defensa de Casado, Besteiro formuló preguntas ingenuas sobre Negrín que denotaban más prejuicios que información contrastada sobre el Gobierno contra el cual se rebelaba. Los testigos afirmaban que estaba nervioso y agitaba las manos, fumando un cigarrillo tras otro con los ojos relucientes y un aire místico. Según Eduardo Domínguez, vicepresidente de UGT y comisario del Ejército del Centro, parecía «infantil y desvaído»^[2].

Puesto que Negrín y sus ministros se encontraban camino de Francia y la cúpula comunista había tomado un vuelo rumbo a Argelia, la oposición a la que hizo frente la Junta de Casado fue un tanto sorprendente. En la que habría de ser la última reunión del PCE en suelo español hasta la muerte de Franco, pareció descartarse la resistencia armada contra Casado. Más tarde se alegó que, como secretario de organización, Pedro Checa no comunicaba adecuadamente las decisiones a sus camaradas^[3]. Sin duda, eso fue un factor que influyó en los acontecimientos que se produjeron la semana posterior al golpe, cuando un grupo formado por Domingo Girón, secretario de la organización comunista en Madrid, Isidoro Diéguez, Vicente Pertegás y Francisco-Félix Montiel organizó la resistencia desde Villa Eloísa, una casa en Ciudad Lineal, al este de la ciudad^[4]. Los líderes comunistas y las bases de Madrid, que siempre habían gozado de cierto grado de autonomía con respecto al resto del partido, no estaban dispuestos a tirar por la borda dos años y medio de lucha contra Franco. Un motivo aún más poderoso era el hecho de que los comunistas de la capital sospechaban justificadamente que la intención de Casado era utilizarlos como pago a Franco por las concesiones que creía que iba a recibir. La idea de los comunistas de Madrid de que capitular ante Casado significaba capitular ante Franco era compartida por el trotskista Manuel Casanova. En un escrito de aquel momento, denunció la cobardía de la cúpula del PCE y alentó a todos los trabajadores a olvidar su odio hacia el estalinismo y a unirse a la batalla contra Casado:

Estamos ante un complot cuyo objetivo es abrir las puertas a Franco aplastando a la base revolucionaria del Partido Comunista ... Hoy, en Madrid, se trata de un golpe por la espalda de los generales traidores, que quieren, a través de la destrucción de los comunistas, preparar el terreno a la capitulación ante Franco.

Pese a que, con frecuencia, el POUM y los anarquistas habían hecho causa común, Casanova escribía asqueado por el papel de la CNT-FAI

: «Val y Mera continúan por esta vía criminal: entregan en este momento al proletariado de Madrid a la pandilla de capituladores e, indirectamente, a Franco»^[5].

Fernando Rodríguez Miaja, secretario del general Miaja, escribió más tarde:

En mi opinión, el gobierno de Negrín, que se vio envuelto en aquel torbellino de confusiones, encontró una salida inesperada por la ambición del recién ascendido a general Segismundo Casado en su afán de figurar como protagonista, al creer que podría encontrar la solución del final de la guerra y convertirse así en el salvador de España^[6].

Las actividades de Negrín después de llegar a Francia no sugieren que pensara haber hallado «una salida». Antes de regresar a España el 10 de febrero, ya había empezado a disponerlo todo en Toulouse para que la República tuviera fondos en el exilio^[7]. Ya en París, Negrín siguió utilizando los recursos del Gobierno para abastecer a la zona centro de comida y materiales. También había hecho preparativos para la evacuación en barco de las decenas de miles de personas que huían del avance franquista^[8]. Más tarde escribiría a Prieto:

Desde París se continuó atendiendo a las necesidades en víveres, materias primas y combustibles para evitar el colapso de la zona. Se trató de obviar las dificultades para que el aprovisionamiento en materiales de guerra se continuara a pesar del bloqueo. Antes de la afrentosa desertión de la escuadra ya habían salido de los sitios de envío espoletas de antiaéreo y aviones de caza, que era lo más apremiante. Se contrató el tonelaje necesario para la evacuación de 40 a 50 000 personas cada quince días; y por amigos interpuestos se gestionaba su admisión en Argelia o Túnez. Los pocos fugitivos escapados del Centro salieron, en su mayoría, en barcos nuestros. Si no se salvaron más se debió a que: 1.º hasta los últimos días los funcionarios dependientes de los rebeldes casadistas no permitían la salida; 2.º con la precipitación de los sucesos las autoridades francesas restringieron las facilidades de admisión en su territorio, facilidades que hubieran sido efectivas de no acelerarse la capitulación; 3.º al final, el bloqueo faccioso imposibilitó la salida de nuestros pobres compatriotas^[9].

Negrín estaba en lo cierto. La pérdida de la capacidad de la flota para resistir el bloqueo franquista propiciaría que los barcos franceses que había contratado no se arriesgaran a recalar en Alicante y Valencia para recoger a los refugiados desesperados que se apiñaban en los muelles. La Junta hizo todo lo posible por impedir que la gente se marchara hasta que, conforme a su retórica igualitaria, todos los que quisieran marcharse pudieran hacerlo. En su manifiesto, el Consejo Nacional de Defensa acusaba a los miembros del Gabinete de Negrín y a los líderes comunistas de abandonar vergonzosamente sus puestos sin mencionar que habían dejado El Poblet para evitar ser detenidos y entregados a Franco. A la postre, como veremos, con la salvedad de Besteiro, Miguel San Andrés Castro y Antonio Pérez García, el comportamiento de los miembros del «Gabinete» de Casado fue bastante más vergonzoso, no solo porque, a pesar de su retórica «heroica», garantizaron su propia huida, sino también porque apenas habían pensado en las trabajosas complejidades de la evacuación. No se trataba únicamente de que los mercantes transportaran a los evacuados y de que una flota los acompañara para sortear el bloqueo franquista. Había que preparar pasaportes y otros documentos, realizar las disposiciones para el asilo político y conseguir dinero para sustentar a los refugiados. Otro error mayúsculo de la Junta de Casado fue que, aunque se hubieran realizado todos esos preparativos, no se pensó en cómo transportar hasta la costa a quienes corrían más peligro en Madrid y en otras ciudades del interior^[10].

También desde París, Negrín reprendió a Fernando de los Ríos, embajador de la República en Estados Unidos, por una declaración pública realizada por consejo de Prieto en la que aseguraba que el Gobierno de Negrín carecía de base constitucional y que, por tanto, reconocía al Consejo Nacional de Defensa. En opinión de Negrín, si De los Ríos creía que el Consejo era la única autoridad legítima, debería haber dimitido. En vez de eso, su acción había contribuido a que Estados Unidos reconociera a Franco. Se remitió una declaración a los embajadores de la República en países que todavía no habían reconocido a Franco en la que se ordenaba que no comentaran el cambio de situación más allá de que el golpe de Casado había socavado los esfuerzos del Gobierno de Negrín por proteger a la población de las represalias y garantizar una evacuación segura^[11].

La acción de Casado fue recompensada por Franco con un alto el fuego *de facto*. Como habían dejado claras las notas del Caudillo a su Estado Mayor el 25 de febrero, su ejército contaba con medios suficientes para ocupar Madrid «por la fuerza, cuándo y cómo se desee, la rendición debe ser sin condiciones». No obstante, merecía la pena esperar el golpe de Casado, ya que ahorraría el coste de una ofensiva final contra la zona centro-sur^[12]. El golpe de Casado solo se topó con una resistencia armada importante, al menos los

primeros días, en Madrid. En parte, esto respondía a la orden que Wenceslao Carrillo había dado a la policía de detener a los comunistas en la ciudad^[13]. En otros lugares apenas hubo combates. A los comandantes de los otros tres ejércitos, el general Leopoldo Menéndez en Valencia, el coronel Domingo Moriones Larraga en Andalucía y su homólogo Antonio Escobar Huertas en Extremadura, les interesaba sobre todo evitar una matanza sin sentido entre las tropas que tenían bajo su mando. Sin tener en cuenta las consecuencias de la derrota para la masa de la población republicana, solo veían el golpe de Casado como una manera de poner fin a la guerra. En Madrid, el PCE gozaba de una ventaja teórica, ya que tres de los cuatro cuerpos de ejército de la capital estaban capitaneados por militares de carrera que también eran miembros del PCE. Sin embargo, todos se dejaron tentar por las promesas de Casado de que Franco permitiría su incorporación al ejército de posguerra. El coronel Bueno, comandante del II Cuerpo del Ejército del Centro, aunque era afiliado del Partido Comunista, era también amigo de Casado y francmasón, y el 25 de febrero se había negado a sustituirlo. Ahora fingió estar enfermo y fue reemplazado por el comandante Guillermo Ascanio, su segundo al mando. Este logró convencer al coronel Luis Barceló Jover, comandante procomunista del I Cuerpo del Ejército del Centro, de que no había ninguna posibilidad de que Franco perdonara su «rebelión militar»^[14].

Presionado por unos oficiales de su Estado Mayor, Barceló había desobedecido a regañadientes las órdenes de Casado de emprender acciones contra unidades comunistas. Decidió unirse a Diéguez y Montiel en Ciudad Lineal y asumir el mando de la acción militar comunista. De hecho, existen dudas sobre si era Barceló, Ascanio o Pertegás quien lideraba en realidad a las fuerzas comunistas. En cualquier caso, varias unidades de estas últimas rodearon Madrid, y durante varios días se libraron cruentas batallas en la capital. Para deleite de Franco, las tropas de Cipriano Mera fueron retiradas del frente de Guadalajara para luchar contra los comunistas. Según Wenceslao Carrillo, este movimiento se hizo en cooperación con los franquistas, que prometieron no avanzar e incluso vigilar las trincheras republicanas abandonadas. No cabe duda de que Franco deseaba con todas sus fuerzas que Casado derrotara a los comunistas. Más tarde, Carrillo se jactaba de que se permitió a varias unidades anarquistas cruzar el puente de Arganda, que normalmente era peligroso, ya que se hallaba dentro del radio de alcance de la artillería franquista. Hubo sospechas de que el movimiento de las fuerzas de Casado se había coordinado con los ataques franquistas^[15]. Según el veterano falangista Antonio Bouthelier, el general Manuel Matallana, que estaba al mando de las fuerzas del Consejo Nacional de Defensa, mantuvo entrevistas desesperadas con representantes del SIPM y llegó a suplicar con lágrimas en los ojos que Franco ocupara Madrid y de ese modo rescatara al asediado Consejo. Obviamente sus ruegos fueron ignorados, ya que el alto mando franquista prefirió esperar unos días, dejar que Casado derrotara a los comunistas y luego entrar en Madrid sin oposición^[16].

El 7 de marzo, para evitar verse atrapados en el Ministerio de Hacienda, Miaja y su comitiva partieron hacia Tarancón, 82 kilómetros al sudeste de la capital, donde establecieron un cuartel general conocido como «Posición Chamberí». En los días siguientes, Miaja organizó el envío de tropas a Madrid para que ayudaran a aplastar la resistencia comunista y bloquearan la llegada de efectivos que pretendían unirse a sus camaradas. Sin embargo, en una conversación con José González Montoliú, del PCE, afirmó que no tenía ninguna influencia sobre Casado, y añadía que era solo un «testaferro que no pintaba nada». El 12 de marzo, cuando la oposición comunista a Casado fue aplastada, Miaja regresó a Madrid y se instaló en la Presidencia del Gobierno, sita en la Castellana. Aprovechó su posición para organizar el canje de su hijo, que era prisionero de los franquistas, por Miguel Primo de Rivera^[17].

Desde que a Cipriano Mera le fuera otorgado el mando del IV Cuerpo del Ejército, puso todos los obstáculos posibles en el camino de los comunistas, y en especial de José Cazorla, gobernador civil de Guadalajara. Edmundo Domínguez creía que esta circunstancia había erosionado la moral de todas las fuerzas republicanas de la zona^[18]. El apoyo del IV Cuerpo del Ejército, con sus cuatro divisiones (XII, XIV, XVII, XXXIII), fue crucial para el éxito de Casado. Cuando se anunció el Consejo Nacional de Defensa, la 300.^a Brigada Guerrillera y la 1.^a Brigada de Tanques, destacadas en Alcalá de Henares, mantuvieron su fidelidad a Negrín. Cuando los comunistas estaban a punto de derrotar a la coalición de Casado tras los primeros enfrentamientos del 5, 6 y 7 de marzo, Mera movilizó a la 14.^a División, liderada por su camarada anarquista Liberino González, para rodear Alcalá de Henares. Se produjo un duro enfrentamiento con la unidad guerrillera que defendía la ciudad y que había ocupado también la cercana Torrejón de Ardoz. Cuando Casado envió más tropas desde Madrid, Alcalá de Henares y Torrejón de Ardoz cayeron el 9 de marzo. El ayuntamiento reconoció al Consejo, expulsó a los representantes del PCE y clausuró la sede del partido. Luego, las fuerzas de Mera avanzaron hacia el este rumbo a Barajas, y entraron en la capital por Ciudad Lineal^[19]. Cuando Mera llegó al Ministerio de Hacienda, encontró a Besteiro gravemente enfermo

en una cama plegable instalada en el sótano. Mera se ofreció a acompañarlo a casa, pero Besteiro se negó: «Me he comprometido a cumplir una misión con el Consejo y la cumpliré hasta el último momento»^[20].

Tras su indecisión inicial, el coronel Antonio Escobar Huertas, comandante del Ejército de Extremadura, se había declarado a favor de Casado. Después de que el 6 de marzo, a primera hora, le dijera a Negrín que apoyaba sin reservas al Gobierno legítimo, cabe suponer que en aquel momento consideraba que ese Gobierno legítimo era el Consejo Nacional de Defensa. Al fin y al cabo, en julio de 1936, Escobar había declarado su fidelidad a la República pese a sus profundas convicciones católicas. Cuando finalmente entró en acción, fue para aplastar la resistencia comunista en Ciudad Real, liderada por el diputado Pedro Martínez Cartón. Una vez que los comunistas fueron derrotados, utilizó toda su energía para presionar a Casado y Besteiro a fin de que aceleraran las negociaciones de paz con Franco. Aun así, Escobar fue ejecutado en Barcelona el 8 de febrero de 1940, fundamentalmente por impedir el levantamiento militar en la capital catalana en 1936^[21].

Escobar desempeñó un papel clave en la victoria conseguida por Casado en Ciudad Real, y lo hizo con un derramamiento de sangre mínimo. De hecho, David Antona, el gobernador civil anarquista, había impulsado una agresiva política anticomunista desde hacía tiempo. El golpe de Casado se enfrentó a la oposición de la base de carros de combate de Daimiel, al nordeste de la capital de provincia, y de algunas unidades guerrilleras. Juntas, ocuparon el ayuntamiento y otros edificios públicos de relevancia e interrumpieron las comunicaciones con Madrid. A Casado le preocupaba que avanzaran sobre la capital. Entretanto, las tropas leales a Negrín, capitaneadas por Martínez Cartón, amenazaban la ciudad de Puertollano, situada en el sudeste de la provincia. En la capital de la provincia, numerosos miembros del PCE y las JSU, junto con algunos guerrilleros, se refugiaron en la sede del PCE el 7 de marzo. Wenceslao Carrillo ordenó aplastar su rebelión, y unidades anarquistas pertrechadas de ametralladoras asaltaron el edificio con el apoyo de varios tanques. Dado que se enfrentaban a fuerzas superiores, los comunistas se rindieron. El coronel Escobar ordenó el arresto de los comandantes de las brigadas de carros de combate y las guerrillas. Su intervención posibilitó un acuerdo negociado. La tarde del 11 de marzo, toda oposición al Consejo Nacional de Defensa en Ciudad Real había sido aniquilada^[22].

Una oferta de José Rodríguez Vega, secretario general de UGT, para ejercer como mediador fue aceptada con entusiasmo por Ángel Pedrero, pero rechazada de plano por Wenceslao Carrillo^[23]. Finalmente, la cúpula del PCE pareció llegar a la conclusión de que seguir luchando solo podría conseguir una victoria pírrica. Puesto que el grueso de los líderes comunistas se había visto obligado a exiliarse para evitar ser capturado por las fuerzas de Casado, Jesús Hernández había tomado las riendas del PCE. Togliatti, Checa y Claudín se vieron sometidos a un breve arresto casadista y, tras su huida, permanecieron ocultos. Hernández creó un nuevo politburó integrado por Jesús Larrañaga, José Palau, Sebastián Zapiráin y Pedro Martínez Cartón, y asumió el control directo de la resistencia contra el Consejo Nacional de Defensa. El 9 de marzo, Hernández publicó un beligerante manifiesto en el que hacía un llamamiento a los comisarios y oficiales comunistas a no renunciar a su mando o a entregar las armas hasta que se hubiera restablecido el Frente Popular y la persecución del PCE hubiese terminado con la liberación de prisioneros y una autorización para que su prensa funcionara con normalidad. En caso contrario, se utilizarían tanques contra el Consejo. El manifiesto de Hernández fue refutado por otro mucho más conciliador escrito por Togliatti y publicado el 12 de marzo.

Finalmente se impuso la visión de Togliatti, a lo cual contribuyó el hecho de que el general Leopoldo Menéndez, comandante del Ejército de Levante, solía ser menos intransigente que Casado y Wenceslao Carrillo. Por recomendación de Francisco Ciutat se acordó que la evacuación de militantes era lo prioritario. Para ello era fundamental mantener el estatus legal del partido y su capacidad para funcionar abiertamente. Menéndez estaba consternado por el odio irreprimible hacia los comunistas que demostraban Carrillo y Casado, y estaba dispuesto a negociar algún tipo de acuerdo con el partido. El obstáculo era Burillo. No obstante, accedió a reunirse con José Palau para debatir la libertad de acción del partido y su prensa y el compromiso de no tomar represalias a cambio de que las unidades militares comunistas permanecieran inactivas. Esto provocaría protestas de Casado y Carrillo respecto a que no se habían enviado fuerzas desde Levante para respaldar a los comunistas en Madrid.

Sin embargo, en muchos lugares fuera de la capital cundía la sensación, incluso entre las unidades comunistas, de que la guerra estaba perdida y de que, aunque fuera posible derrotar a la Junta, sería imposible vencer a Franco. Por ejemplo, los comandantes del XX y XXI Cuerpos del Ejército, los coroneles Gustavo Durán y Ernesto Güemes, ambos considerados miembros del PCE, se negaron a oponerse al Consejo Nacional de Defensa aduciendo que, con Negrín en el exilio, era el único poder legal. Asimismo, en el Ejército de Andalucía, los altos mandos comunistas estaban divididos, y muchos de ellos se habían alineado

con el Consejo. Ciertos mandos clave habían llegado a la conclusión de que no tenía sentido continuar con la lucha. Estos incluían a Domingo Ugría, jefe del XIV Cuerpo de Guerrilleros que había protegido al Gabinete de Negrín y la cúpula del PCE en sus últimos días en España, Valentín González, «el Campesino», o Lucio Santiago. Mientras se desarrollaban las negociaciones con el general Menéndez, Hernández ordenó que cincuenta tanques y coches blindados, un batallón de ametralladoras y otras fuerzas cortaran las carreteras que conducían a Valencia. Si bien Menéndez consideraba razonables las peticiones comunistas, no le gustaron las amenazas de Hernández y respondió arrestando a algunos oficiales comunistas. En ese punto muerto, a ningún bando le apetecía un conflicto. Al final se llegó a un fin relativamente pacífico cuando, la madrugada del 11 de marzo, el general Matallana comunicó la decisión del Consejo de reconocer el estatus legal del PCE, liberar a los prisioneros, autorizar la prensa comunista y reabrir sus oficinas. Aunque, como era comprensible, los comunistas no estaban convencidos de la sinceridad de la oferta, eran conscientes de la renuencia de sus unidades a participar en una miniguerra civil, además de que la resistencia estaba llegando a su fin en Madrid. Así pues, Hernández y el resto del politburó aceptó las condiciones ofrecidas^[24]. A la postre, el fervor anticomunista de Wenceslao Carrillo propiciaría que las promesas de Matallana no se cumplieran.

Otro factor clave que convenció al politburó para aceptar las condiciones ofrecidas era el hecho de que los casadistas habían logrado capturar a Domingo Girón el primer día de combate. La consecuencia de aquella pérdida era que la campaña comunista carecía de líder^[25]. Asimismo, los comunistas no tenían ningún interés por derrocar a la Junta y hacerse con el poder. Puesto que el golpe de Casado había dado al traste con cualquier posibilidad de resistencia seria, esa estrategia simplemente endosaría al PCE la responsabilidad de una derrota inevitable^[26]. En vista de ello, Pedro Checa, primero, y Palmiro Togliatti, después, mandaron instrucciones al PCE madrileño para que frenara el combate y negociara con Casado con la esperanza de brindar a los cuadros del partido la oportunidad de prepararse para la evacuación de muchos de ellos y la clandestinidad de quienes tuvieran que quedarse. Los emisarios de Checa llegaron a primera hora del 9 de marzo y señalaron que, fuera de Madrid, las fuerzas defensoras de Casado dominaban la situación. Tras el acalorado debate que mantuvieron los comunistas, el 9 de marzo ofrecieron firmar la paz a cambio de la liberación de rehenes y un puesto en el Consejo Nacional de Defensa. La intransigente respuesta del CND fue la siguiente:

- 1.º Deponer las armas, reintegrándose inmediatamente todas las fuerzas a los sitios que ocupaban el día en que se constituyó el Consejo Nacional de Defensa;
- 2.º Entrega al Consejo de todos los individuos, militares y civiles, que se encuentren detenidos en el bando sublevado;
- 3.º Promesa por parte del Consejo Nacional de Defensa de procurar sancionar los hechos sin ningún apasionamiento;
- 4.º Sustitución y relevo de todos los mandos y comisarios en la forma y por el procedimiento que estime conveniente el Consejo;
- 5.º El Consejo Nacional de Defensa pondrá en libertad a todos los detenidos del Partido Comunista que no hayan cometido ningún acto delictivo;
- 6.º El Consejo, una vez liquidado por completo este pleito, no tendrá inconveniente en escuchar a los representantes del Partido Comunista (Cuartel General, 12 de marzo de 1939)^[27].

Togliatti redactó una respuesta conciliadora. Obviamente, aunque es absurdo afirmar que Stalin intervino en la derrota final de la República, a la Unión Soviética no le interesaba prolongar una causa perdida^[28]. La respuesta comunista, redactada por Togliatti, decía así:

Hemos vivido seis días de lucha en Madrid, y el Partido Comunista considera que su prolongación sería un terrible daño para la patria. Por eso ha decidido interponer su influencia, para que cese el fuego, en atención al deber supremo de unir todos los esfuerzos posibles en la guerra contra los invasores, ante la inminencia de una ofensiva enemiga por cualquiera de nuestros frentes, y teniendo en cuenta la circunstancia de que el Gobierno Negrín ha creído conveniente abandonar España. El Partido Comunista, que en ningún momento ha realizado actos ni ha albergado intenciones que se aparten de la línea política suficientemente conocida y consecuentemente practicada, declara hoy que sin la unidad de nuestro pueblo toda resistencia es imposible. Y llama a todos los sectores a una concordia positiva y fecunda en interés de nuestra independencia y nuestra libertad.

Hemos conocido los acuerdos del Consejo Nacional de Defensa sobre las condiciones de una pacificación interior que descartan toda idea de represalias. En esas condiciones no solo abandonamos toda resistencia al poder constituido, sino que los comunistas, en el frente y en la retaguardia, en sus puestos de trabajo y de lucha, seguirán dando a la patria, como hasta ahora, con su sangre y su vida, el ejemplo de su abnegación, sacrificio y de su heroísmo y su disciplina^[29].

El 12 de marzo, las instrucciones de rendición comunista fueron llevadas al PCE de Madrid por Rita Montagnana, la esposa de Togliatti. Este se hallaba escondido en Valencia junto a Ettore Vanni, director del periódico *La Verdad*. Casi de inmediato se celebraron numerosos juicios contra los comunistas que habían luchado contra el Consejo. Los hallados culpables de rebelión militar todavía estaban en la cárcel cuando Madrid cayó en manos franquistas. La mayoría fueron fusilados^[30]. Según Wenceslao Carrillo, solo dos fueron ejecutados por la Junta de Casado: el teniente coronel Luis Barceló Jover y José Conesa Arteaga, un comisario político comunista acusado de ordenar la ejecución de socialistas capturados durante el ataque a la sede de la Agrupación Socialista Madrileña. Casado se personó como testigo en el juicio. En opinión de Edmundo Domínguez, Casado estaba motivado por un intenso resentimiento personal hacia Barceló. Cuando se debatió la condena en el Consejo Nacional de Defensa, Antonio Pérez, de UGT, y Besteiro se mostraron partidarios de la clemencia, pero se toparon con la determinación implacable de Casado y Carrillo, que querían ver a Barceló y Conesa fusilados. Cuando Eustaquio Cañas rogó a Casado que fuera benevolente, este reaccionó con violencia y gritó que Barceló debía ser ejecutado.

Al teniente coronel Bueno le fue impuesta la pena de muerte, conmutada a prisión porque, aunque había sido jefe del II Cuerpo del Ejército, que se había resistido al Consejo, no había participado en los hechos, puesto que había afirmado estar postrado en cama por enfermedad y no haber tenido el valor de oponerse a los comunistas de su Estado Mayor. La ejecución de Barceló y Conesa marcó el final del dominio del Partido Comunista en la zona centro^[31].

Ya que los comunistas estaban dispuestos a la rendición y sus líderes estaban en el exilio, los anarquistas y los elementos anticomunistas del PSOE dieron rienda suelta a sus deseos de venganza contra el PCE. Expulsaron a los comunistas de varias organizaciones y comités políticos, un ejercicio singularmente fútil habida cuenta de que el desastre final era inminente^[32]. Cuando la sede de las JSU en Alicante fue ocupada por partidarios de Largo Caballero, se reconstituyó la FJS. Se destruyeron bustos de Lenin y grandes retratos de Santiago Carrillo en una iconoclasta descarga de ira^[33]. Si creían que las declaraciones anticomunistas de Casado bastaban para saciar a Franco, cometían un triste error. Como dejaban meridianamente claro las afirmaciones públicas del Caudillo acerca de sus propósitos tras la victoria, todos sus opositores eran comunistas. Franco había explicado de modo más claro sus planes para los vencidos en una entrevista ampliamente publicitada que concedió a Manuel Aznar el 31 de diciembre de 1938. Los dividía en «criminales empedernidos» y personas que habían sido engañadas por sus líderes y eran capaces de arrepentirse. Ni siquiera para estos últimos habría amnistía ni reconciliación; tan solo un castigo que los guiara hacia la «redención». Cárceles y campos de trabajo serían el purgatorio necesario para quienes hubieran cometido «delitos» menores, esto es, para aquellos que no tuvieran las manos manchadas de sangre. En otros casos solo cabía esperar la muerte o el exilio^[34]. A la luz de esas declaraciones, es asombroso que Casado interpretara las «promesas» de Franco sobre lo que aguardaba a quienes no tenían sangre en las manos como una ausencia total de castigo.

Cuesta creer que los anarquistas y socialistas que participaron en actos de venganza contra el PCE se imaginaran que ello beneficiaría a los suyos en la España franquista de posguerra. Pero es absolutamente imposible pensar que, aunque se dejara seducir por el sueño de que los mandos militares recibirían un trato especial, el coronel Casado no supiera lo que Franco tenía en mente para los civiles. No obstante, en dos ocasiones antes del golpe, el 18 y el 27 de febrero de 1939, sabotó deliberadamente los intentos de Negrín por negociar con Franco^[35]. Además, tanto directa como indirectamente, desbarató los planes de Negrín para una evacuación ordenada. No solo dejó a los prisioneros comunistas caer en manos de las fuerzas franquistas, sino que su golpe abrió la posibilidad de que el almirante Buiza eliminase el puerto de Cartagena, en Murcia, como una posible base para la evacuación^[36].

Las alternativas eran escasas. El 10 de marzo de 1939, desde Londres, el Foreign Office había indicado a las autoridades británicas en Valencia que la Royal Navy no evacuaría a refugiados sin permiso de Franco. Asimismo, Chamberlain demostró que lo único que estaba dispuesto a hacer por los prisioneros era aceptar la palabra del Caudillo al pie de la letra. Hablando en la Cámara de los Comunes el 28 de febrero, el primer ministro aseguró a los diputados que había pedido al español que no tomara represalias, y añadía que «Franco se había comprometido con el derecho vigente antes del estallido de la Guerra Civil». Esa actitud

tal vez explique por qué el Ejecutivo británico se mostró reacio a atender la petición de último minuto de Denys Cowan, que solicitó que ayudara a facilitar la evacuación de miles de republicanos destacados a cambio de los últimos prisioneros franquistas que quedaban en manos del Gobierno. Cowan creía que, de no ocurrir, miles de personas que solo deseaban la paz serían asesinadas^[37].

Existen grandes discrepancias entre los investigadores actuales sobre la cifra total de víctimas. El doctor Manuel Aguilera Povedano, basándose en los números del Registro Civil de Madrid, realiza una estimación de 243 muertos y 2000 prisioneros^[38]. Ángel Bahamonde ha hecho referencia a unos «dos millares de bajas», incluidos muertos y heridos. En su libro anterior con Javier Cervera, daba la cifra de 20 000, basada, al parecer, en un informe del comunista Jacinto Barrios^[39]. El debate sobre las cifras de muertos, heridos y prisioneros de la mini guerra civil contra los comunistas y la salvaje batalla por el control de Madrid empezó con el mismo Casado. En un intento por hinchar su mérito como anticomunista y denigrar a quienes se habían opuesto a él, Casado afirmaba en sus memorias de 1939 que 30 000 comunistas fueron apresados en los combates, si bien en 1968 había reducido dicha cifra a 15 000^[40]. Basándose en documentación del Ejército del Centro, el general Ramón Salas Larrazábal dio un recuento de 233 fallecidos y 564 heridos. Según comentaba, «el porcentaje de muertos es aterrador en relación al de heridos y muy superior al producido en cualquier situación bélica», y concluía que pudo obedecer a que los heridos leves tal vez se fueron a casa en lugar de un hospital. Sin embargo, remachaba, era mucho más probable que el profundo odio entre comunistas y anarquistas llevara al asesinato de prisioneros^[41].

De hecho, hubo fusilamientos en ambos bandos, aunque también hubo excepciones. Melchor Rodríguez, haciendo caso de las advertencias de Casado, quien le aseguraba que figuraba en una lista negra comunista, montó una ametralladora en su casa. Durante el conflicto en Madrid, fue detenido por fuerzas comunistas. Pese a que hablasen de fusilarlo, no tardó en ser puesto en libertad. Por su parte, Trifón Gómez y José Gómez Osorio, gobernador civil de Madrid, habían sido capturados por las fuerzas comunistas, pero fueron liberados sin sufrir ningún daño. Cuando terminaron los combates, Sócrates Gómez, el secretario de Carrillo, contó a Eustaquio Cañas que se había deshecho de algunos prisioneros comunistas en un pozo profundo de un viejo convento. Desesperado, Vicente Girauta, director general de Seguridad, dijo a Cañas que cientos de prisioneros comunistas habían sido asesinados^[42]. Otro miembro relevante del Consejo Nacional de Defensa que cayó en manos comunistas fue José García Pradas, quien, consumido por el pánico, envió un mensaje a Casado, Val, Salgado y González Marín en el que les suplicaba que declararan el alto el fuego a cambio de su liberación. Hicieron caso omiso a sus ruegos, pero sobrevivió^[43].

Una vez que quedó claro que los comunistas de Madrid iban a ser derrotados, el Consejo Nacional de Defensa se reunió el 12 de marzo para debatir el futuro. Se acordó intentar entablar negociaciones directas con el cuartel general de Franco, pese a que el Consejo no tenía ninguna baza. Con su característica miopía o megalomanía, Casado escribía en sus memorias:

La sublevación comunista no debilitó la posición del Consejo Nacional de Defensa para las negociaciones de paz porque quedó demostrado de manera elocuente que el citado Consejo tenía autoridad más que suficiente para inspirar confianza al otro bando beligerante^[44].

Al parecer, Casado pensaba que podría negociar con Franco de tú a tú, pero, a consecuencia de los combates, la República estaba todavía más débil que antes. El golpe y la eliminación de los comunistas habían descartado la baza más poderosa que le quedaba a la República de cara a una negociación: la amenaza de una resistencia numantina desesperada. Negrín había percibido el valor de esa amenaza; Casado, no. De hecho, al derrotar a los comunistas, este último había dado a Franco otro motivo para no precisar negociación alguna. También significaba que el anticomunismo que ligaba a Casado y los anarquistas había desaparecido y ya no impedía divisiones en el seno del Consejo Nacional de Defensa. La moral estaba más baja que nunca, sobre todo entre los comunistas, y numerosos soldados habían abandonado sus unidades y se habían marchado a casa. Tal como advertía Méndez Aspe a Trifón Gómez en febrero, la situación de los suministros era desastrosa. Unos soldados y civiles desnutridos apenas tenían voluntad para seguir resistiendo. Había vagas esperanzas generalizadas de evacuación, lo cual también disuadía a la gente de pensar en la resistencia.

Las condiciones de paz propuestas eran a un tiempo indicativas de las exigencias de los anarquistas del Consejo y de la exagerada sensación que tenía Casado de estar lidiando con un interlocutor más o menos equiparable. De hecho, junto con el documento formal que incluía esas condiciones, Casado envió una carta a Franco cuyos requisitos evidenciaban su egolatría. En ella reconocía con benevolencia que la República había perdido la guerra, y declaraba: «No pretendemos imponer condiciones». Sin embargo, pedía

facilidades para quienes desearan abandonar España: «Si se accede a esta petición, la entrega se verificará en tales condiciones que no exista precedente en la historia y que sería el asombro del mundo»^[45]. La versión de las condiciones que fue publicada más tarde en sus memorias y en la crónica de Wenceslao Carrillo es la siguiente:

PRIMERA. — Afirmación categórica y terminante de la soberanía e integridad nacional.

SEGUNDA. — Seguridad de que a los elementos civiles y militares que tomaron parte en la lucha se les tratará con el máximo respeto a sus personas e intereses.

TERCERA. — Garantías de que no se ejercerán represalias ni se impondrán sanciones más que a virtud de sentencias dictadas por los Tribunales competentes, ante los que se admitirán toda clase de pruebas, incluso la testifical. *Para evitar equívocos convendría definir y delimitar de una manera clara y terminante los delitos políticos y los delitos comunes.* [El fragmento en cursiva está incluido en el manuscrito original y en las memorias publicadas por Casado en Londres. Sin embargo, se omite en la versión publicada por Casado en Madrid en 1968.]

CUARTA. — Respeto a la vida, libertad y empleo de los militares profesionales que no hayan cometido delito común. [La exigencia de que se respetara el puesto de los altos mandos del ejército fue un ejemplo asombroso de la falta de realismo de Casado.]

QUINTA. — Respeto a la vida y libertad de los militares de milicias y comisarios que no hayan delinquido criminalmente.

SEXTA. — Respeto a la vida, libertad e intereses de los funcionarios públicos en iguales condiciones que los anteriores.

SÉPTIMA. — Concesión de un plazo mínimo de veinticinco días para la expatriación de cuantas personas quisieran abandonar el territorio nacional.

OCTAVA. — Que en la zona en litigio no hagan acto de presencia tropas italianas y moras^[46].

Al mismo tiempo que se redactaban esas «condiciones», Casado contactaba con Abbington Gooden, cónsul británico en Valencia, para solicitar la participación de la Royal Navy en un plan para la evacuación de «unas 10 000 personas». Puesto que era algo que el Foreign Office había sido reacio a conceder a Negrín antes de que ingleses y franceses reconocieran a Franco, las posibilidades de que ahora lo hicieran eran remotas. Gooden dijo a Casado que «el Gobierno de Su Majestad consideraba el consentimiento del Gobierno español un requisito indispensable para ofrecer cualquier ayuda en unas evacuaciones organizadas a gran escala». Según escribió Gooden a lord Halifax, debía darse por sentado que, al asumir el poder, el Consejo Nacional de Defensa debería haber estado «seguro de que disponía de los medios necesarios para tales evacuaciones», y añadía: «Sin embargo, más tarde salió a la luz que los preparativos del Consejo en ese sentido era un ejemplo flagrante de vaguedad, confusión, vacilación e incapacidad para decir no a las innumerables peticiones de ayuda para salir del país»^[47].

Con independencia de si Casado lo sabía o no, el hecho era que las decisiones sobre la evacuación estaban más en manos de Franco que del Consejo Nacional de Defensa. El 14 de marzo, el duque de Alba, representante de Franco en Londres, informaba al general Francisco Gómez-Jordana, ministro de Asuntos Exteriores, de que lord Halifax le había asegurado que no se emprendería ninguna acción sin el consentimiento de Burgos, pero que podían contar con la ayuda naval británica para una evacuación si así lo solicitaba Franco. El 15 de marzo, el Foreign Office británico recibió una brusca contestación al efecto de que «el general Franco no estaba dispuesto a aceptar la evacuación de un solo rojo en los barcos de la Royal Navy». Franco rechazó de plano la propuesta de Casado y exigió una rendición inmediata, total y sin condiciones^[48].

La relativa rapidez con que la Junta de Casado se impuso en la batalla contra los comunistas en la zona centro-sur demuestra lo erradas que son las acusaciones de que la República estaba sometida al dominio soviético. Ese éxito se debió sobre todo a las tropas de Mera, y eso supuso un problema para Casado^[49]. Los anarquistas se habían unido a aquella traición motivados por su anticomunismo visceral y su hostilidad hacia Negrín por haber cooperado con los comunistas para imponer un esfuerzo bélico centralizado. Casado se oponía a la política de resistencia de Negrín, en cambio los anarquistas culpaban al presidente de la derrota del Ebro y la pérdida de Cataluña e, implícitamente, de no combatir con eficacia. Sin embargo, según el cronista anarquista José Peirats, en el Movimiento Libertario existían dos líneas con respecto a la derrota inevitable de la República: la CNT era fatalista y la FAI estaba decidida a reaccionar. Esto lo ilustraba el hecho de que un Pleno de Regionales de la FAI, celebrado en Valencia el 19 de enero de 1939, había tachado la acción del Gobierno de inadecuada, pero el 6 de febrero, los comités regionales de la CNT

decidieron que no era apropiado intentar derrocar a Negrín^[50]. A la postre, fue un núcleo duro de militantes de la FAI, Val, Salgado y García Pradas, el que pasó por encima de los innumerables comités y no informó a Mariano Vázquez (secretario general de la CNT, ya en Francia) ni a Segundo Blanco (ministro de la CNT en el Gabinete de Negrín) sobre sus contactos con Casado. Su deseo de tener carta blanca era comprensible, ya que, como recordaremos, el 16 de febrero, Mera había sido reprendido por el comité de enlace del Movimiento Libertario Español, dominado por la CNT, por su participación en el plan del golpe de Casado. En las semanas previas a la creación del Consejo y durante la mini guerra civil, que tuvo lugar del 6 al 12 de marzo, la decisión del grupo de Mera, Val, Salgado y García Pradas de destruir a los comunistas era más importante para ellos que las cuestiones globales del conflicto. Ello podría explicar también por qué no investigaron los lazos de Casado con la Quinta Columna, si bien los vínculos de Salgado y Val con Antonio Boutheliey y Julio Palacios denotan una ingenuidad culpable^[51].

El ardiente odio de los anarquistas hacia los comunistas y Negrín era compartido por Wenceslao Carrillo y otros socialistas partidarios de Largo Caballero, empeñados en vengar la caída de su héroe en mayo de 1937. Negrín y Álvarez del Vayo fueron expulsados formalmente de la Agrupación Socialista Madrileña el 16 de marzo. El tono antiNegrín de los medios socialistas era equiparable al de los anarquistas. En la prensa y en la radio, Negrín y los comunistas eran culpados de todos y cada uno de los reveses sufridos durante la guerra. La ayuda rusa era retratada como algo sumamente siniestro, mientras que las críticas a Franco, la Italia fascista y la Alemania nazi prácticamente desaparecieron de la prensa republicana. El tono cada vez más pacifista de los medios tranquilizó a la población, empleando los mismos términos utilizados por Casado para recabar apoyos a su golpe y asegurando que quienes no tuvieran las manos manchadas de sangre no debían temer a Franco. Se vertieron acusaciones de que los comunistas habían acumulado objetos de valor confiscados; algo que, por supuesto, habían hecho también anarquistas y socialistas^[52].

En ambos casos se solapaba con el deseo, consciente o inconsciente, de los aliados de Casado en Madrid de congraciarse con Franco. La resistencia que defendía Negrín era tildada a ambos lados del frente de complot ruso. El 31 de diciembre de 1938, Franco había dicho a Manuel Aznar: «El designio de la Rusia soviética para desintegrarnos, para corrompernos, para envilecernos más, continúa en pie. Hay que aplastarlo»^[53]. Ya en febrero, a fin de fortalecer la posición de Casado, el propio Franco había dictado órdenes para la intensificación de una campaña propagandística por radio que incluía asimismo el lanzamiento de miles de pasquines en territorio republicano. Ordenó que la campaña pusiera énfasis en la cobardía de Azaña por haber huido a Francia y en la ruindad de la política de resistencia de Negrín, Uribe y Álvarez del Vayo. Debía afirmarse que la resistencia republicana servía los intereses de Rusia y que sus partidarios eran agentes de la Comintern desarraigados de su patria y pagados por elementos turbios^[54].

En Madrid, entre los abundantes artículos contra Negrín y los comunistas, los más virulentos iban firmados por Javier Bueno, el director caballerista del periódico vespertino socialista *Claridad*: «¿Y ahora? La República se declara desligada de Moscú. ¿Qué dice Franco ahora?». En líneas similares, un artículo publicado por *El Socialista* el 13 de marzo despreciaba el papel de los comunistas en el esfuerzo bélico, tachándolo de iniciativa antiespañola por parte de las marionetas del Kremlin^[55].

La prensa socialista se vio claramente influida por un documento de orientación a la prensa confeccionado por Besteiro en los primeros días del Consejo Nacional de Defensa. Con referencias a *Los hermanos Karamazov*, de Dostoievski, recordaba su viejo resentimiento hacia Negrín. Su análisis de la guerra y la inminente derrota era ciegamente anticomunista e implícitamente profranquista. Quizá lo más notable de su documento era la alabanza a la estrecha colaboración de los franquistas con el pacto antikomintern cerrado en 1937 entre la Alemania nazi, la Italia fascista y el Japón imperialista:

Estamos derrotados por nuestras propias culpas —claro que hacer más tales culpas es pura retórica—. Estamos derrotados nacionalmente por habernos dejado arrastrar a la línea bolchevique, que es la aberración política más grande que han conocido quizás los siglos. La política internacional rusa, en manos de Stalin y tal vez como reacción contra un estado de fracaso interior, se ha convertido en un cromen monstruoso que supera en mucho las más macabras concepciones de Dostoievski y Tolstoi (*Los hermanos Karamazov*, *El poder de las tinieblas*) ... La reacción contra ese error de la República de dejarse arrastrar a la línea bolchevique, la representa genuinamente, sean los que quieran sus defectos, los nacionalistas que han batido en la gran cruzada antikomintern. Pero la grande o pequeña cantidad de personas que hemos sufrido las consecuencias del contagio bolchevique de la República, no solamente tenemos un derecho que no es cosa de reclamar, sino que poseemos un caudal de experiencia, triste y trágica, si se quiere, pero por eso mismo muy valiosa. Y esa experiencia no se puede despreciar sin grave daño para la construcción de la España del

porvenir^[56].

Cuando Besteiro escribió que la culpa de la derrota era del Partido Socialista, pero no suya, en realidad estaba dejando entrever su resentimiento por haber sido apartado de la cúpula del PSOE y parte de su motivación para unirse a la Junta de Casado. Cuando habló con Rodríguez Vega en términos despectivos de Largo Caballero, demostró hasta qué punto estaba motivado por un intenso rencor contra los que estaban más a la izquierda que él mismo dentro del PSOE. Asimismo, hacía gala de su mala memoria al decir: «La responsabilidad de todo lo ocurrido en el Partido y, como consecuencia, en el país, recaía en Prieto, el hábil parlamentario socialista, por haberse unido a Caballero solamente para hundirme a mí»^[57]. En realidad, en 1935, cuando Besteiro fue eliminado de los puestos de liderazgo del PSOE, Prieto y Largo Caballero se encontraban inmersos en una lucha a muerte^[58].

Edmundo Domínguez era consciente del grado en que Besteiro estaba motivado por el deseo de venganza y creía que

el rencor y el despecho le habían trastornado. No luchaba por defender su vida, aunque en su fuero interno no debía sentirse inquieto por perderla. Ponía término a una situación política que desde hacía años le tenía postergado. Por un momento brillaba de nuevo su nombre y pasaría enriquecido a la posteridad. Sus pasiones y su odio hacia Negrín eran superiores a las contingencias de la pérdida de su libertad y de la de muchos españoles^[59].

El socialista valenciano Eduardo Buil Navarro se indignó por que Besteiro y Carrillo y otros socialistas hubieran decidido participar en la Junta de Casado sin autorización formal del PSOE o UGT. Todavía se mostró más perplejo por el hecho de que su anticomunismo pudiera borrar el recuerdo de casi tres años de camaradería en la lucha contra Franco. Poco después del final de la guerra escribió:

A nosotros llegaba una consigna que venía de Madrid: «Antes que antifascista, hay que ser antibolchevique». Los socialistas valencianos, que hubimos por fuerza de doblegarnos ante el hecho consumado del Consejo de Defensa, rechazamos tal consigna, incompatible con nuestros principios ideológicos. Formaron el elemento activo del Consejo en primer lugar las fuerzas anarquistas y confederales con las que hemos luchado y convivido cordialmente a lo largo de la campaña pero de las que nos separan apreciaciones doctrinales de fondo; los socialistas, que siempre anduvieron descarriados de la disciplina de nuestro Partido; los despechados, los malcontentos, los claudicantes de todos los credos, los derrotistas, los muniqueses, los rencorosos, los hombres de buena fe que ansiaban un final a sus dolores ... como fuese y los que no tuvieron otro remedio que acatarle^[60].

Durante los combates, los gobernadores civiles y las autoridades militares recibieron órdenes del Consejo Nacional de Defensa de arrestar a los principales militantes comunistas de la zona. Por ejemplo, Eustaquio Cañas, gobernador de Murcia, recibió el 17 de marzo de 1939 un telegrama de Madrid firmado por Wenceslao Carrillo: «Proceda V. E. a la detención de todos los comunistas significados de la provincia de su mando». Carrillo también estaba decidido a que los comunistas fueran expulsados de sus cargos en los sindicatos. Mientras se llenaban las cárceles con estos nuevos prisioneros, derechistas y quintacolumnistas eran puestos en libertad.

Entre ellos estaba Manuel Valdés Larrañaga, jefe de la organización falangista clandestina en Madrid. Valdés había logrado convencer al director de la cárcel en la que estaba retenido de que pusiera en libertad a todos los internos para evitar que se convirtieran en víctimas de la resistencia comunista contra Casado, una decisión apoyada por Wenceslao Carrillo. En Valencia, el coronel Ricardo Burillo empezó a liberar a miembros de la Falange, y en Cartagena, el nuevo comandante de la base naval, el coronel Joaquín Pérez Salas, hizo lo propio^[61].

Pese a las afirmaciones de Wenceslao Carrillo y otros en sentido opuesto, muchos comunistas permanecieron en prisión, donde fueron hallados y ejecutados por los falangistas. Esto ocurrió especialmente en zonas del centro como Madrid, Guadalajara y Alcalá de Henares. En Guadalajara, Mera detuvo a las principales autoridades locales que respaldaban a Negrín. A José Cazorla lo engañaron para que fuera al cuartel general de Mera en el Palacio Tardó del Monte Ibarra. Le habían dicho que era una reunión para evaluar los avances realizados por los franquistas en los alrededores de Madrid^[62]. De hecho, Casado intentó hacerse con el control absoluto de todas las provincias de la zona republicana suspendiendo

cualquier actividad política del partido y prohibiendo las del PCE. Todos los alcaldes y concejales pertenecientes al PCE fueron destituidos. En Cuenca, la preponderancia de la administración anarquista y la presencia de la XVII División llevó a José Laín Entralgo, jefe del PCE local, a someterse a la Junta de Casado tras contactar con Uribe. Algunos comunistas resistieron, pero fueron derrotados rápidamente. Quienes no pudieron huir a Valencia acabaron detenidos cuando la sede del PCE fue clausurada^[63].

Cuando las fuerzas negrinistas de Ciudad Real se rindieron, más de sesenta de los principales líderes del PCE y las JSU fueron encarcelados. Los jóvenes socialistas locales disolvieron las JSU y reflataron la Juventud Socialista provincial. David Antona cumplió las órdenes de Wenceslao Carrillo con más fervor que la mayoría de los gobernadores civiles. Encerró a los prisioneros comunistas bajo llave y más de sesenta fueron entregados a los franquistas. Dado que Antona había prometido liberarlos antes de la llegada de los franquistas, se habían abstenido de organizar una fuga. En Puertollano, los franquistas detuvieron a muchos comunistas, y varios fueron fusilados junto con sus carceleros casadistas, que dieron por sentado que serían perdonados como recompensa por entregarlos^[64].

En Almería, cuando quedó claro que la UGT, el PSOE y la CNT locales habían declarado su apoyo a Casado, hubo confusión y desilusión en el seno del PCE. Para evitar ser detenidos, gran cantidad de militantes de las poblaciones más pequeñas de la provincia se ocultaron o apoyaron públicamente a la Junta de Casado. En la propia Almería y en municipios más pequeños, las sedes del PCE, las Juventudes Socialistas Unificadas y las Mujeres Antifascistas fueron saqueadas y luego clausuradas. El 13 de marzo, el comité provincial fue a ver a Cayetano Martínez, el gobernador civil, para solicitar el fin de la persecución a los comunistas. Martínez acababa de recibir instrucciones de Wenceslao Carrillo para que los detuviera, cosa que hizo a regañadientes. Fueron puestos en libertad el 27 de marzo. Algunos militantes seguían en prisión cuando llegaron los franquistas, aunque más de cincuenta consiguieron escapar, hacerse con un barco pesquero y llegar a Argelia^[65].

En Granada, el comité provincial del PCE al completo fue arrestado y seguía entre rejas cuando llegaron los franquistas. En la capital de provincia y en poblaciones más pequeñas como Guadix y Binalúa, las oficinas de las JSU fueron destruidas. En Córdoba, en respuesta a la orden de Wenceslao Carrillo, mujeres y hombres del PCE fueron encarcelados. Ninguno permaneció en prisión a merced de los franquistas. Sin embargo, su detención hasta el 28 de marzo impidió su evacuación y, por tanto, afrontaron el dilema de ser apresados por los franquistas o huir a la sierra con la guerrilla. En Jaén fueron detenidos setenta comunistas. Al final de la guerra, el 27 de marzo, los casadistas los metieron en una iglesia de Villacarrillo tras decirles que serían conducidos a Alicante. Acabaron en manos de los franquistas y varios fueron fusilados junto con los casadistas que los habían llevado a Villacarrillo. En Madrid quedaron algunos prisioneros. En cuanto la Dirección General de Seguridad se halló en manos franquistas, se dictaron órdenes a las comisarías para que entregaran a los prisioneros al ejército de ocupación^[66]. Otros fueron conducidos a Valencia. Algunos aprovecharon la confusión reinante, pero muchos fueron entregados a la Falange, entre ellos Guillermo Ascanio, Daniel Ortega, Eugenio Mesón Gómez y Domingo Girón^[67].

Un miembro de las fuerzas de Mera, el anarquista Joaquín Piñol, que era un alto mando del IV Cuerpo del Ejército, escribiría más tarde:

Recuerdo como un amarguísimo trance el momento en que tuve que desarmar y apresar a oficiales comunistas, porque había empezado la otra guerra, la que se libró en forma maldita en las filas republicanas ... En España los comunistas querían proseguir la guerra. Hoy yo diría que con razón. Todos los demás queríamos terminar la guerra, pero antes derrotar a los comunistas. Y en eso estábamos equivocados^[68].

En Guadalajara, los detenidos fueron conducidos a una cabaña de cazadores situada cerca del pueblo de Mohernando, al norte de la provincia. Entre ellos se encontraban José Cazorla, Ramón Torrecilla Guijarro (el jefe de policía) y Juan Raposo (secretario de Socorro Rojo Internacional). Les obligaron a cavar tumbas y les dijeron que, si no firmaban un documento de apoyo al Consejo Nacional de Defensa, serían enterrados en ellas. Unas treinta mujeres fueron encerradas en el convento de San Ginés, entre ellas la esposa de Cazorla, Aurora Arnaiz, y Clotilde Ballesteros, jefa del PCE local y pareja de Juan Raposo. El bebé de Cazorla y Aurora Arnaiz había muerto durante su detención. Ambos lograron escapar con Ramón Torrecilla Guijarro^[69]. Poco antes de la llegada de las fuerzas franquistas a finales de marzo, algunos prisioneros tuvieron la suerte de ser puestos en libertad por sus guardias. Muchos otros fueron entregados a los franquistas por las tropas del IV Cuerpo del Ejército, capitaneadas por Mera, para ser encarcelados. A gran cantidad de ellos se les sometió a torturas y otros fueron fusilados^[70].

Cuando las fuerzas de Casado conquistaron Alcalá de Henares, muchos prisioneros de Madrid y otros lugares fueron conducidos allí. Según el propio Casado, «la sublevación comunista terminó con la concentración de 15 000 prisioneros en la zona de Alcalá de Henares, creándose bastantes dificultades para su abastecimiento»^[71]. Si bien la cifra de Casado resulta excesiva, es cierto que un número considerable de militantes comunistas y altos mandos militares leales a Negrín fueron hechos prisioneros y llevados a un campo de concentración conocido como «Caño Gordo». Esos prisioneros seguían allí cuando una columna encabezada por el coronel Antonio Sagardia Ramos ocupó Alcalá de Henares. Pronto se unieron a ellos gran cantidad de izquierdistas y sindicalistas^[72].

El fracaso de Casado

La victoria sobre los comunistas puso de manifiesto las contradicciones entre los objetivos de la FAI y los de Casado. Mera supuso que ahora podría llevar de nuevo a sus tropas a Guadalajara para retomar sus labores defensivas, pero quedó consternado cuando, el 13 de marzo, Casado propuso que abandonara el IV Cuerpo del Ejército y tomara las riendas del Ejército de Extremadura. Mera sacó a colación una reunión en casa de Casado con Val, García Pradas, Salgado y su jefe del Estado Mayor, Antonio Verardini Díez de Ferreti y le recordó a Casado que entonces le había propuesto que, una vez que la Junta estuviera en el poder, Mera se hiciera cargo del Ejército del Centro para garantizar que las negociaciones con Franco pudieran llevarse a cabo desde la posición más fuerte posible. En aquel momento, Casado había hecho dos propuestas que agradaron mucho a los anarquistas pero que no parece que fueran sinceras: que antes de establecer contacto alguno con Burgos debían reunir a 30 000 o 40 000 rehenes franquistas y, por otra parte, colocar dinamita en las minas de mercurio de Almadén como doble amenaza de que, si no se llegaba a una paz negociada, los rehenes serían ejecutados y las minas voladas, para inutilizarlas durante muchos años. En esta ocasión, Mera dijo a Casado que, si ya no quería utilizar esas bazas en una negociación, él se vería obligado a dimitir. Casado se negó a aceptar la dimisión y simplemente no respondió a las acusaciones. Tras una conversación posterior con Val, García Pradas y Salgado, Mera se quedó con la impresión de que sus sospechas con respecto a Casado eran fundadas^[1]. Ahora que Casado estaba ocupado dirigiendo el Consejo Nacional de Defensa, el mando del Ejército del Centro pasó al coronel Manuel Prada.

Los supuestos comentarios de Casado a Mera sobre los rehenes franquistas recordaban a las afirmaciones realizadas a sus contactos en la Quinta Columna. A ellos les había asegurado que los comunistas disponían de enormes listas negras de personas esperando a ser ejecutadas, que iban desde prisioneros de derechas hasta diplomáticos extranjeros e izquierdistas no comunistas. Casado alegaba que había grandes cantidades de dinamita preparada para estallar en edificios importantes. Les dijo que se habían recuperado setecientas toneladas, pero que todavía quedaban novecientas no localizadas. Asimismo, aseguraba que los comunistas tenían planes para un saqueo a gran escala antes de dirigirse a la costa. Parece que mentía a ambos: en el caso de los anarquistas para probar que era un aliado serio contra Franco y, en el caso de los quintacolumnistas, para subrayar sus credenciales anticomunistas^[2].

No pasaría mucho tiempo hasta que Eduardo Val, José García Pradas, Manuel Salgado y Manuel González Marín empezaron a compartir la inquietud de Mera ante la disposición de Casado a aceptar unas exigencias franquistas cada vez más imperiosas. Hubo frecuentes enfrentamientos con la policía cuando *Castilla Libre*, el principal diario anarquista de Madrid, intentó esquivar la maquinaria de la censura de Casado. Todavía el 25 de marzo, fueron detenidos varios anarquistas y otras personas por colgar carteles con el lema «Hay que resistir»^[3]. Según García Pradas, los anarquistas seguían una doble estrategia. Por un lado, lanzaban mensajes radiofónicos a la zona franquista en los que se abogaba por la concordia, con la ingenua esperanza de que ello estimulara «un clamor de paz» que presionara a Franco para que aceptara una paz negociada. Por otro, a esos mensajes les acompañaba

el proyecto de constituir ocho o diez columnas de mil hombres, pertrechadas con nuestro mejor armamento, fuertes y ágiles, a la vez, integradas por militantes antifascistas voluntariamente incorporados, con buenos guías militares y políticos, que si el enemigo nos arrollaba en un frente, el Ejército regular, ya en muy mal estado, se lanzaran con completa autonomía por diversos puntos débiles de la línea contraria, sin más misión que la de entrar en la retaguardia, y sublevarla, o perecer en el intento. Ni que decir tiene que no se hizo nada para crear dichas columnas

guerrilleras^[4].

En relación con este plan, el 15 de marzo, Juan López, secretario general del Movimiento Libertario Español desde el 7 de ese mismo mes, hizo un discurso en Unión Radio de Madrid. Aunque coincidía en la necesidad de una «paz honrosa», insistió en que ello no significaba una paz a cualquier precio.

En realidad, sus palabras acerca de la necesidad de resistir apenas diferían de las de Negrín y no podían estar más lejos de los objetivos de Casado:

En tanto resten en pie las fuerzas del antifascismo español, y particularmente nosotros, serán agotados todos los recursos para imponer las condiciones que nosotros estaríamos dispuestos a aceptar ... Si estamos dispuestos a la paz, también lo estamos para la guerra. El esfuerzo supremo por la conquista de la paz solo puede ser coronado por la organización de una resistencia que solo puede tener límite cuando se logren las condiciones dichas en nuestra última palabra. El enemigo, que tiene cerradas nuestras fronteras, que se ha propuesto bloquear la costa que cubre toda la zona leal, debe saber, de una vez para siempre, que no se enfrenta con un pueblo dócil y vencido, cualquiera que sea la adversidad en que vive. Si estamos dispuestos a la paz, también lo estamos para la guerra. Guerra implacable. Guerra de exterminio. Es decir, supremo esfuerzo heroico capaz de poner un digno colofón a tanto heroísmo y tanta sangre derramada. Si tenemos la nobleza de proclamar nuestras intenciones de paz, es porque no nos falta el temple de acero que impondría una resistencia definitiva si nuestros enemigos quieren cometer la locura y el desatino de entrar en el terreno que conserva la República española enarbolando la espada de la conquista. A ese precio, ni habrá paz, ni acuerdo de ninguna clase^[5].

El discurso de López debe verse en el contexto del creciente número de deserciones en el frente y de incidentes de confraternización entre tropas republicanas y franquistas. Dicha desintegración de la fuerza republicana ponía en peligro cualquier plan de retirada escalonada y una evacuación ordenada, aunque la situación de los barcos lo hacía bastante improbable de todos modos. Así, en un tibio intento por remediar la situación y en el mismo tono que López, el último manifiesto del Comité Nacional del Movimiento Libertario Español, publicado el 22 de marzo, incluía un mensaje con el cual Negrín no habría discrepado. Alarmados por cómo la creación del Consejo Nacional de Defensa estaba siendo presentada por la Quinta Columna como el final de la guerra y la rendición humillante de la República, el manifiesto declaraba que el propósito del Consejo era «una propuesta para salvaguardar la independencia de España y la dignidad de todos. La lucha sigue planteada en las mismas condiciones que antes». Esta declaración de objetivos distaba mucho de lo que Casado tenía en mente:

El Consejo Nacional de Defensa no aceptará, digan lo que digan los fascistas más o menos encubiertos, ningún arreglo que implique deshonor para los trabajadores, entrega de los antifascistas, humillación para cualquiera de los que con orgullo mantienen hoy las mismas posiciones ideológicas que el 19 de julio.

Pese a un esfuerzo espurio por insinuar que Negrín solo pretendía evacuar a unos pocos líderes y sacrificar al grueso de las masas republicanas, la declaración proseguía en unos términos idénticos a las aspiraciones del presidente:

Nuestra paz tiene condiciones; que no será el cobarde «sálvese quien pueda» donde los que tienen medios de escapar echan a correr traicionando a sus compañeros y entregándolos a merced del enemigo, sino una situación decorosa que permita salir de España a todos los que quieran y asegure a los que se queden contra todo intento de represalias, crímenes y exterminios. Sin la aceptación de estas condiciones y aquellas otras que aseguren la independencia de nuestro país, no habrá paz.

A pesar de los esfuerzos por diferenciar los planes del Consejo de los de Negrín, la declaración anterior de López demostraba que el odio hacia los comunistas había cegado a los anarquistas, hasta el punto de no ver que sus aspiraciones eran indistinguibles de las de Negrín, es decir, una resistencia suficiente para propiciar una evacuación escalonada. También los cegaba ante las verdaderas ambiciones de Casado. El manifiesto concluía con estas palabras aparentemente impactantes pero, en última instancia, vacuas:

«Tienen que estar todos los antifascistas españoles preparados para continuar la guerra, para ganar la paz»^[6].

Las declaraciones de Ángel Pedrero a sus interrogadores arrojan una luz interesante sobre la presunta fe de Casado en las promesas de Franco. Cuestionado por los objetos de valor confiscados a prisioneros de derechas, Pedrero afirmaba que, en febrero de 1939, el SIM tenía en su haber joyas, relojes y otros artículos por un total de 35 000 pesetas. Cuando Casado creó su Junta, Pedrero le informó de ello. Casado le pidió que lo repartiera entre los agentes del SIM «para que al emigrar pudiesen atender a los primeros gastos». El Consejo Nacional de Defensa había decidido tomar prestados diez millones de francos a través de un contacto en la Cámara de Comercio británica. Se estaban tomando medidas similares por medio de contactos en la Nunciatura papal. Los interrogadores de Pedrero se sorprendieron cuando les dijo que Casado estaba seguro de poder acceder a 4000 millones de francos, correspondientes al dinero debido a la República por exportaciones y otras sumas que podían retenerse de pagos a proveedores extranjeros. El final de la guerra llegó antes de que Casado pudiera ejecutar esos planes. Asimismo, intentó congelar las cuentas bancarias que tenía Negrín fuera de España^[7].

Besteiro era asombrosamente optimista sobre el futuro. El 11 de marzo de 1939, habló con el gobernador civil de Murcia, Eustaquio Cañas, que se lo encontró «en un sótano, tendido en una cama de hospital. Su tez lívida, sus facciones demacradas, su delgadez extrema le dan un aspecto cadavérico». Para sorpresa de Cañas, Besteiro le dijo: «Los hombres que tenemos una responsabilidad, sobre todo en la organización sindical, no podemos abandonar esta. Tengo la seguridad de que casi nada va a ocurrir. Esperemos los acontecimientos, y quizá podamos reconstituir una UGT de carácter más moderado; algo así como las *trade unions* inglesas. Conque quédese usted en su puesto de Gobernador, que todo se arreglará, yo se lo aseguro». Cañas no daba crédito a que un hombre de la inteligencia de Besteiro pudiera ser tan ajeno a la naturaleza de la Guerra Civil, y se preguntaba: «¿Quién ha podido engañarle, y con qué promesas, para que así ignore lo que va a pasar aquí?»^[8].

Un testimonio similar de la incompreensión infantil de Besteiro acerca de la situación a la que hacía frente la República llegó del jefe de la organización falangista clandestina, Manuel Valdés Larrañaga. Mientras esperaba a ser transferido a la zona franquista, Valdés, acompañado de Antonio Luna, celebró una larga reunión con Besteiro en el sótano del Ministerio de Hacienda. A primera hora de la noche, puesto que la instalación eléctrica estaba fuera de servicio, los pasillos del ministerio estaban sumidos en la oscuridad total, al margen de la tenue luz de unas lámparas de aceite. Se dirigieron al sótano, donde encontraron a Besteiro en pijama, tumbado sobre un camastro de hierro en una sala que parecía más una celda de monje que la oficina de un presidente del Gobierno. La habitación apestaba a humo de tabaco. Fumando sin parar, el demacrado Besteiro les hablaba con sorprendente franqueza sobre sus contactos con las autoridades franquistas. Reconoció que él y Casado no tenían nada con que negociar, pero resumió sus objetivos personales para la inevitable rendición. Tenía la esperanza de que se produjera una gran escena teatral en la explanada situada delante de Nuevos Ministerios que fuera como el «abrazo de Vergara» que en 1839 había puesto fin a la primera guerra carlista. La idea de Besteiro era que se hiciera entrega a Franco de una espada de la victoria y que el desfile posterior no incluyera a las tropas alemanas e italianas. Asimismo, dijo a Valdés que había perdido la fe en los sindicatos: «Ya ve mi estado. Soy un hombre agotado y enfermo. Un hombre al que le queda muy poca vida. Pero mi abatimiento es mucho más moral que físico. Al final de mi vida acabo aplastado por todo lo que en ella he defendido»^[9]. Inspirado por las promesas que le hizo la Quinta Columna o las que le hicieron a Casado sus amigos militares del alto mando franquista, es posible que la ingenuidad de Besteiro fuera consecuencia del optimismo ilusorio que, a decir de algunos, es un síntoma de la tuberculosis. Años después, cuando era embajador español en Austria, Luna expresaba en privado su disgusto por que Franco prometiera «vida y libertad» a quienes habían ayudado a evitar una masacre, «y luego me los fusilaron a casi todos»^[10].

Increíblemente, Besteiro suponía que la vida para el movimiento socialista bajo el gobierno de Franco sería similar a la existencia privilegiada que había vivido durante la dictadura de Primo de Rivera. Sus escritos de la época demuestran cómo su intenso anticomunismo había alimentado una extraña complacencia respecto de los franquistas. En el documento de orientación que había redactado para la prensa, revelaba sus crédulas esperanzas de futuro:

Porque pensar en que media España pueda destruir a la otra media sería una nueva locura que acabaría con toda posibilidad de afirmación de nuestra personalidad nacional; peligro que hemos corrido y del cual hemos escapado, al parecer, poco menos de milagro. Para construir la personalidad española de mañana, la España Nacional, vencedora, habrá de contar con la experiencia de los que

han sufrido los errores de la República bolchevizada, o se expone a perderse por caminos extraviados que no conducen más que al fracaso. La masa republicana útil no puede pedir, sin indignificarse, una participación en el botín. Pero sí puede y debe pedir un puesto en el frente de trabajo constructivo^[11].

Creía que la experiencia de quienes habían mostrado actitudes anticomunistas en la zona republicana era algo que los franquistas querrían aprovechar para la reconstrucción de la España del futuro y afirmaba que la contribución de la Junta de Casado a acortar la guerra debía ser reconocida por los vencedores. La idea misma de que la mitad victoriosa de España quisiera destruir a la mitad vencida le parecía una locura.

Sin embargo, los pelotones de fusilamiento y los campos de concentración de Franco no limitaron su labor a los comunistas. Es sorprendente que Besteiro ignorara la negativa del Caudillo a alcanzar ningún compromiso con los gobiernos británico y estadounidense en relación con las represalias, declarando que su patriotismo, su magnanimidad y su generosidad constituían una garantía adecuada. A William Bullitt, embajador estadounidense en Francia, le preocuparon suficientemente las condiciones de la Ley de Responsabilidades de Franco como para enfrentarse a José María Quiñones de León, representante de los nacionalistas en París:

Me sorprendió leer en el *London Times* del martes 7 de marzo el resumen de la ley sobre «responsabilidades políticas» firmada por el general Franco el mes pasado, concebida, según el preámbulo, para castigar a todos aquellos que, por acto u omisión, contribuyeron a forjar la subversión roja, mantenerla incandescente durante más de dos años y poner obstáculos en el camino del providencial e inevitable triunfo del movimiento nacional ... Le dije a Quiñones de León que estaba convencido de que la opinión pública estadounidense se mostraría consternada al saber que la «pasividad grave» era considerada un delito y señalé que, aunque no habría pena de muerte por «responsabilidades políticas», se infligirían todas las demás penas y todos los que se hallaran en zona republicana, con la salvedad de simpatizantes activos de Franco, serían calificados de criminales. Le pregunté a Quiñones de León cómo podía reconciliarse esa ley con la afirmación de que los tribunales de justicia solo aplicarían las leyes existentes a fecha de 16 de julio de 1936.

Quiñones fue incapaz de responder^[12].

Si Bullitt era consciente de las consecuencias que entrañaban las medidas de Franco, es poco creíble que las ignorara Besteiro, cuya preocupación por el destino de los republicanos españoles de a pie tenía que ser bastante más acuciante que la de un diplomático estadounidense en otro país. Pese a las ingenuas esperanzas de Besteiro, anticomunistas activos, republicanos liberales, socialistas, anarquistas y muchas personas apolíticas serían víctimas de la salvaje represión, incluido el propio Besteiro.

Entre los cálculos erróneos de Besteiro y Casado debe incluirse el no haber tomado en consideración la situación internacional. De hecho, el contexto internacional era un tema sobre el cual no parecían tener conocimientos ni interés^[13]. A mediados de marzo, José Rodríguez Vega fue a ver a Besteiro para alentarle a realizar un seguimiento de las iniciativas emprendidas por Negrín y Álvarez del Vayo con los gobiernos británico y francés. Para su sorpresa, Besteiro respondió tajantemente «que no le parecía bien hacer gestiones de tal naturaleza, porque él no se consideraba formando parte de un gobierno regular. “Yo he venido aquí solamente a hacer la paz, y si en unos días no se hace, yo me voy”»^[14].

Negrín esperaba resistir hasta que una guerra internacional alterara la visión de Londres y París con respecto a la República española. Se había visto gravemente perjudicado por los Acuerdos de Munich, que habían hecho inútiles, por no decir fatales, los titánicos sacrificios de la batalla del Ebro. Sin embargo, surgió otra oportunidad diez días después del golpe de Casado. El 15 de marzo, tropas alemanas entraron en Praga y culminaron la conquista de Checoslovaquia iniciada seis meses antes. Cabe la posibilidad de que las cosas hubieran cambiado a favor de la República si Casado no hubiera sido tan firme partidario de la rendición. No obstante, las reacciones de los gobiernos británico y francés fueron débiles. Tal como dijo el embajador francés en Londres a *sir* Alexander Cadogan: «Es vergonzoso para nuestros dos gobiernos tener que presenciar hechos de esta índole y confesar que carecemos de poder para influir en ellos». Lord Halifax confió al embajador alemán que «lo que había ocurrido se contradecía por completo con el espíritu de los Acuerdos de Munich, que sin duda contemplaban que, si surgían cuestiones que afectaran a la estructura de la confianza europea, se podrían solucionar mediante consultas y no por el método de la mera aplicación de la fuerza». Según advirtió al embajador, entendía «el gusto de *herr* Hitler por las victorias sin

derramamiento de sangre, pero un día se encontraría ante algo que sí conllevaría sangre». A continuación, el 17 de marzo, Halifax ordenó a sir Neville Henderson, el embajador británico en Berlín, que informara al Ejecutivo alemán de que el Gobierno de Su Majestad consideraba la invasión de Checoslovaquia una violación de los Acuerdos de Munich y carente de cualquier base legal. Dos semanas después, Neville Chamberlain anunciaba su compromiso con la defensa de Polonia^[15].

Besteiro fue uno de los pocos miembros de la Junta, integrada por veintiocho personas, que se quedaron en Madrid. El 18 de marzo de 1939, declaraba a Regina García, directora del periódico socialista *La Voz*:

Me quedaré con los que no pueden salvarse. Es indudable que facilitaremos la salida de España a muchos compañeros que deben irse, y que se irán por mar, por tierra o por aire; pero la gran mayoría, las masas numerosas, esas no podrán salir de aquí, y yo, que he vivido siempre con los obreros, con ellos seguiré y con ellos me quedo. Lo que sea de ellos será de mí^[16].

Al parecer, era ajeno al hecho de que el golpe de Casado había saboteado gravemente cualquier posibilidad de una evacuación adecuada de las personas en situación de peligro. Asimismo, el reconocimiento anglo-francés a Franco significaba que la divisa republicana carecía de valor fuera de la zona centro-sur.

En cualquier caso, el manifiesto del Consejo Nacional de Defensa leído el 6 de marzo a primera hora por Miguel San Andrés, representante de Izquierda Republicana, indicaba que la evacuación no era una prioridad inmediata: «No saldrá de España ninguno de los hombres que aquí deban estar, hasta tanto que por libre y general determinación no salgan de ella cuantos quieran, que no cuantos puedan, salir»^[17]. Según Evaristo Jorge Moreno, secretario general de la Agrupación Socialista de Valencia, una de las primeras medidas de Wenceslao Carrillo fue prohibir todos los preparativos para la evacuación, y la posterior decisión de crear comités de evacuación se tomó cuando ya era demasiado tarde^[18].

Cuando finalmente se decidió hacer algo, la responsabilidad recayó en Antonio Pérez. Según un informe presentado por Abbinghton Gooden el 26 de marzo, Pérez se sintió absolutamente abrumado, ya que no tenía ni idea del número de personas que necesitaban la evacuación y carecía de información fiable sobre si se habían contratado barcos^[19]. De hecho, muchos individuos que podían permitírselo estaban organizándose por sus propios medios. Eliseo Gómez Serrano, diputado de Izquierda Republicana en Alicante, anotaba en su diario el 12 de marzo que centenares de personas estaban formando cola en los muelles para subir al desvencijado barco de vapor británico *Ronwyn*. Por doscientos francos o cincuenta pesetas de plata podían comprar un pasaje a Orán, aunque, como comentaba dos días después, al llegar a Argelia no les fue permitido el desembarco. A Gómez Serrano le sorprendió que la gente estuviera tan ansiosa por zarpar, pues estaba seguro de que la represión sería relativamente moderada y breve y que se aplicaría a los extremistas:

No acabo de creer en la necesidad de expatriarse. Y así habrá de ser sin duda ... Durante las primeras semanas se hará una «justicia extralegal» que intentará suprimir a las personas que estorben, «limpieza» de esta zona de «rojos», mientras las autoridades harán grandes aspavientos, proclamándose inocentes de tales desmanes, que «perseguirán» hasta «terminarlos» ... cuando hayan terminado.

El 22 de marzo, después de leer una estremecedora crónica de la represión en Andalucía escrita por Antonio Bahamonde, jefe del aparato propagandístico de Queipo de Llano, se sintió horrorizado. Y el 26 de marzo, cuando las negociaciones entre Casado y Franco no desembocaron en «una paz honorable», escribió: «El CND ha sido vilmente engañado y con él todos nosotros. No podía esperarse otra cosa del género de enemigo que tenemos enfrente. Al fin, fascistas». No obstante, al igual que muchos otros, estaba lo bastante tranquilo como para permanecer en España. El 2 de abril fue detenido, sometido a un consejo de guerra y, tres semanas después, hallado culpable de «adhesión a la rebelión militar» y fusilado^[20].

Besteiro realizó algunos esfuerzos por facilitar la huida de otras personas por medio de su amigo y camarada de toda la vida, Trifón Gómez. Este, a la sazón intendente del ejército republicano, se encontraba en París negociando el asilo en México para los republicanos que se veían obligados a escapar^[21]. Sin embargo, Besteiro socavó sus propios esfuerzos al no permitir que los recursos nacionales, los ingresos derivados de las exportaciones de productos agrícolas o minerales, o la acumulación de joyas y otros objetos de valor confiscados fuesen destinados a aquellos que necesitaban huir. José Rodríguez Vega le propuso

que, a fin de financiar la evacuación y ayudar a los exiliados de los campos de concentración franceses, se utilizaran los beneficios de las exportaciones y que se llegara a un acuerdo con Negrín para ayudar a obtener acceso a los fondos del Gobierno que se hallaban en el extranjero. Besteiro se negó rotundamente y aireó una serie de comentarios insultantes sobre Negrín y sus ministros, diciendo: «Descartado el propósito nobilísimo que a Vd. le anima, no estoy dispuesto a participar en nada de lo que Vd. dice, especialmente en lo que se refiere a los organismos que el Gobierno tiene montados en el exterior». Su lógica era que la riqueza nacional era necesaria en España para la reconstrucción de posguerra y que Franco trataría mucho mejor a quienes se quedaran en el territorio por haber salvaguardado los recursos. En cuanto a aquellos que se habían visto obligados a exiliarse, «encontrarían en la solidaridad extranjera lo que les faltase»^[22].

La figura encorvada de Besteiro siguió sentada en un sofá fumando un cigarrillo tras otro hasta el final. García Pradas lo describía como «seco, descarnado, esquelético, parecía una momia»^[23]. Su fe en la buena voluntad de Franco lo sostuvo hasta el final de la guerra. El 27 de marzo, le pidió a Cipriano Mera que escapara con Casado: «Yo no he tenido función alguna en la guerra, a no ser la de estos últimos momentos en que he tratado, junto con ustedes, de evitar a nuestro pueblo mayores sufrimientos. Pueden hacer conmigo los vencedores lo que les plazca. Me detendrán, pero quizá no se atrevan a matarme»^[24]. Besteiro sería la figura política republicana más destacada que decidió permanecer junto a sus conciudadanos en lugar de escapar. Era un suicidio quedarse, pero lo hizo por orgullo. Justo antes del final, cuando José del Río, secretario del Consejo Nacional de Defensa, le preguntó si creía que Franco le fusilaría, repuso: «Sí; admito esa posibilidad y hasta la deseo. No temo morir, porque con mis sesenta y nueve años y mis achaques físicos, ¿qué otro servicio mejor podría yo prestar a la causa de los trabajadores que han quedado sin bandera y sin guías? Si mi nombre pudiese ser para ellos esa bandera, ¡preferiría que se me fusilase!»^[25]. Sin embargo, en la apelación contra su condena, afirmaba con orgullo y cierto atisbo de malicia que, al quedarse, también ponía de manifiesto el contraste entre él y los compañeros que habían huido. Había dicho lo mismo a uno de los futuros huidos, José García Pradas: «No, yo no me voy. Me han llamado traidor nuestros rivales y me quedo en Madrid para contestarles con mi condena»^[26].

Entretanto, no se había obtenido respuesta a Franco a las condiciones estipuladas por Casado el 11 de marzo y debatidas por el CND al día siguiente y remitidas a Burgos. Un ansioso Casado organizó a través de la Quinta Columna el envío de un mensaje al cuartel general de Franco en el que solicitaba acudir con Matallana a Burgos para negociar, pero Franco no estaba dispuesto a recibir a una delegación de figuras de tan alto rango para que no pareciera que eran conversaciones entre iguales. Por ello, Casado tuvo que aceptar que los emisarios fueran el teniente coronel Antonio Garijo Hernández y el comandante Leopoldo Ortega Nieto^[27]. Se dirigieron a Burgos el 23 de marzo, donde fueron recibidos en el aeródromo de Gamonal por los coroneles Luis Gonzalo Victoria y José Ungría Jiménez y los comandantes Eduardo Rodríguez Madariaga y Carmelo Medrano Ezquerro. Las propuestas de Casado para una rendición y evacuación escalonadas fueron rechazadas de plano. El coronel Victoria les dijo que solo «venían en representación de un ejército vencido». Un sorprendido Garijo reconoció que la República había sido derrotada, pero dejó sobre la mesa una copia de las concesiones ofrecidas a Casado por el teniente coronel José Centaño de la Paz y Manuel Guitián el 20 de febrero en la Posición Jaca. A cambio, a los emisarios de Casado les presentaron las exigencias de Franco para una rendición incondicional, empezando por la entrega simbólica de las fuerzas aéreas republicanas dos días después y la deposición de las armas por parte del ejército republicano al completo al cabo de cuatro días. Ellos respondieron que no había tiempo suficiente y que sería difícil convencer a todas las unidades del ejército de que se rindieran. Mientras daban algo de comer a los emisarios de Casado, Victoria y Ungría consultaron con Franco las concesiones citadas por Garijo. Regresaron con la vaga promesa de que todo «sería favorable en sentido de clemencia», y se dejó claro que Franco se negaba a firmar cualquier documento que pudiera dar la impresión de que la guerra había terminado a consecuencia de algún pacto o compromiso entre ambos bandos. Sería una rendición incondicional o no sería nada^[28].

Garijo y Ortega regresaron a Madrid y, entre las once de la noche del 23 de marzo y las dos de la madrugada siguiente, presentaron su informe sobre su reunión al Consejo Nacional de Defensa. En la crónica de la sesión que dejaron Casado y Wenceslao Carrillo, el tono de lo que dijeron ambos emisarios difería de lo escrito por el coronel Victoria. Es posible que el encuentro fuera cordial y que ambas partes decidieran trasladar a sus superiores lo que estos esperaban oír. Sin embargo, la crónica edulcorada que ofrecieron Casado y Carrillo es del todo inverosímil. Supuestamente, Garijo y Ortega afirmaron que Victoria y Ungría habían dicho que el Gobierno nacionalista no tenía ningún interés en interpretar la palabra «criminal» de manera que justificara el enjuiciamiento de numerosos republicanos y que simplemente aplicaría el código de justicia efectivo antes del 18 de julio de 1936. Por tanto, todos los que se habían visto

obligados a desempeñar funciones militares en el ejército republicano no tenían nada que temer del Gobierno de Burgos. Les habían asegurado que Franco no tenía intención de perseguir a los trabajadores por haber pertenecido a sindicatos o partidos políticos que se hubieran opuesto al movimiento nacionalista. Supuestamente, informaron a los emisarios de Casado de que los bienes de los republicanos serían confiscados conforme a la Ley de Responsabilidades, pero que les quedaría suficiente para vivir con dignidad.

En esta versión de Casado y Carrillo, afirmaron los oficiales franquistas en Burgos que no se pondrían obstáculos a quienes desearan marcharse y pidieron un cálculo de las cifras estimadas. Cuando Garijo y Ortega dijeron que eran 10 000, les respondieron que parecían demasiado pocos. Entonces, Victoria y Ungría al parecer solicitaron que las autoridades nacionalistas fueran advertidas de la partida de cualquier barco con exiliados a bordo para garantizar que no sufrieran el ataque de los buques de guerra franquistas. Finalmente, dijeron que Franco levantaría el sitio de los puertos indicados por el Consejo Nacional de Defensa para permitir la evacuación, pero que no proporcionarían los medios de transporte necesarios para tal propósito. Ni que decir tiene que, si realmente se hicieron esas promesas, Franco no estaba dispuesto a cumplirlas. Curiosamente, se afirma en la versión de Casado, pero no en la de Wenceslao Carrillo, que Garijo informó de que Victoria y Ungría habían dicho que los franquistas «tenían interés en que los miembros del Consejo Nacional de Defensa se expatriasen y, si no disponían de avión suficiente, se les podría proporcionar un trimotor». Si, en efecto, Victoria y Ungría dijeron que Franco se complacería en facilitar la evacuación de más de 10 000 republicanos, es extraño que hubiera que hacer esa referencia específica a los miembros del Consejo. A la postre, se dieron instrucciones a la Quinta Columna para que no impidiera la salida de Madrid de Casado y su comitiva, lo cual significaba que no habría obstáculos para que abandonaran España^[29].

Contrariamente a la aparente benevolencia hacia miles de evacuados, Victoria y Ungría transmitieron que Franco exigía de forma implacable que la entrega de la aviación se produjera entre las tres y las seis de la tarde del 25 de marzo, y la del resto de las fuerzas armadas de la República el 27 de marzo. La dificultad que afrontaba el Consejo para cumplirlo era inmensa en ambos casos. Cabía la sólida posibilidad de que los pilotos, en lugar de llevar los aviones al aeródromo designado de Los Llanos, pusieran rumbo al extranjero por temor a represalias. En cuanto a las fuerzas armadas, satisfacer las detalladas demandas de los franquistas habría llevado varias semanas. Al mismo tiempo, la negativa nacionalista a firmar cualquier acuerdo situaba al Consejo en una difícil coyuntura a la hora de explicar su humillación a la población republicana. Si, como era más que probable, los nacionalistas no cumplían sus promesas verbales, Casado temía ser considerado un traidor que había engañado a sus seguidores. No obstante, la reunión concluyó con la expresión por parte de Besteiro y Casado de su confianza en las concesiones anunciadas por Franco en febrero^[30].

Era obvio que esas concesiones prometidas habían sido sustituidas por las brutales condiciones del 23 de marzo. Por tanto, al día siguiente, el CND juzgó necesaria otra reunión en Burgos para intentar conseguir un esclarecimiento por escrito de las condiciones de Franco. El teniente coronel Garijo y el comandante Ortega regresaron a Gamonal el 25 de marzo y tuvieron que explicar por qué no se había producido la rendición de las fuerzas aéreas tal como se había exigido dos días antes. La afirmación de que la habían imposibilitado dificultades técnicas fue tildada por Victoria y Ungría de subterfugio para ocultar la falta de control del CND sobre las fuerzas armadas republicanas. En realidad, la exigencia original de que esto debía llevarse a cabo en cuarenta y ocho horas era imposible para el Consejo, como Franco bien sabía. Era una manera de asegurar la caída más humillante de la República afirmando que el incumplimiento del Consejo requería una gran ofensiva militar que acabaría como un desfile victorioso sin oposición alguna. Cuando Victoria informó a Franco de que las fuerzas aéreas no habían sido entregadas y de que los emisarios de Casado querían unas condiciones por escrito, ordenó la suspensión de las conversaciones. Cuando Garijo volvió a Madrid y dio parte al Consejo, la principal preocupación de Casado era que los habitantes de Madrid pudieran pensar que él los había traicionado. A la mañana siguiente, Franco ordenó la ofensiva final que llevaba varios días preparando^[31].

La rendición de las fuerzas aéreas republicanas se produjo el 29 de marzo, cuando los aviones que quedaban aterrizaron en el aeródromo de Cuatro Vientos, a las afueras de Madrid. Pese a las promesas realizadas, los pilotos fueron detenidos de inmediato y, poco después, sometidos a juicios sumarios. El coronel Antonio Camacho Benítez, jefe de las fuerzas aéreas republicanas en la zona centro-sur, se había ido, pero el comandante de la base de Los Llanos, el coronel Manuel Cascón Briega, se negó a volar, aduciendo que no podía abandonar a sus hombres. Se había cerciorado de que todo el material fuese entregado en las mejores condiciones posibles con inventarios completos, desarmó a sus hombres y guardó

todas las armas en el depósito de la base. Había tomado la decisión meses antes. Su digna y valerosa conducta respondía a la idea de que ese gesto de buena voluntad influiría en los franquistas y redundaría en el fomento de un ambiente de benevolencia que podría beneficiar a quienes estaban a punto de ser hechos prisioneros. Creía, ingenuamente, que su historial como militar de carrera que no había pertenecido a ningún partido político y se limitaba a cumplir órdenes con una obediencia estricta a la disciplina militar, jugaría en su favor. Las primeras fuerzas enemigas que llegaron a Los Llanos eran italianos que trataron a Cascón con gran cortesía al tiempo que saqueaban lo que podían en la base. La llegada de unidades españolas empeoró las cosas. Los altos mandos fueron arrestados y juzgados, y a muchos se los sentenció a muerte, mientras que otros recibieron condenas de hasta treinta años de prisión. Cascón fue objeto de humillaciones, despojado del uniforme y obligado a limpiar las letrinas. Fue fusilado el 3 de agosto de 1939^[32].

La última semana de marzo, la futilidad de los planes de Casado y Besteiro quedó brutalmente de manifiesto. Soldados de todo rango estaban rindiéndose o yéndose a casa, aunque algunos se echaron al monte, donde mantuvieron la resistencia guerrillera hasta 1951. A Jesús Hernández se le encomendó la organización de la salida de los últimos elementos de la cúpula del PCE: Isidoro Diéguez, Pedro Checa, Vicente Uribe y otros, además de sus esposas e hijos. En las montañas situadas detrás de Cartagena había localizado dos aeródromos. Uno era la Escuela de Polimotores de Totana, donde había tres aviones de pasajeros Dragon, y el otro un pequeño aeródromo militar en el que quedaban algunos aviones rusos que no habían sido entregados con el resto del contingente aéreo. Protegidos por un grupo de guerrilleros del XIV Cuerpo del Ejército, ocuparon ambos aeródromos y se hicieron con los aviones. Los pasajeros fueron repartidos: los líderes del partido viajaron en los Dragon y los miembros menos relevantes en los aviones rusos. El aparato de Togliatti fue el último en despegar. Con el frío de primera hora de la mañana, al motor le costaba arrancar. Los guardias de seguridad escaparon del hangar en el que habían sido recluidos. Cuando empezaron a disparar, el motor arrancó y el avión echó a rodar por la pista. El destino planeado era Orán, en Argelia, pero los fuertes vientos desviaron el avión en dirección a Mostagem. Fueron recibidos como héroes antes de ser detenidos por las autoridades francesas y despojados de sus pertenencias. Togliatti, que disponía de pasaporte soviético, pudo irse al día siguiente, y Hernández, dos meses después^[33].

En Extremadura, las fuerzas de Yagüe avanzaron prácticamente sin oposición. Hicieron 30 000 prisioneros y conquistaron 2000 kilómetros cuadrados de territorio. El Consejo Nacional de Defensa se reunió la noche del 26 de marzo y decidió no ordenar ninguna resistencia contra los franquistas, autorizando así una desmovilización completamente desorganizada de los ejércitos republicanos. El 27 de marzo, se lanzó desde Toledo, en el sur, y desde Guadalajara, en el norte, un gigantesco avance contra Madrid que apenas halló resistencia. Las fuerzas de Franco se limitaron a ocupar posiciones desiertas. Se vio a soldados de ambos bandos abrazarse en la Casa de Campo. El coronel Adolfo Prada Vaquero estableció contacto con el cuartel general de Franco para organizar la hora y el lugar de la rendición formal de la capital^[34]. En Madrid y otras ciudades republicanas, la Quinta Columna salió a la calle con coches y camiones que ondeaban banderas falangistas y monárquicas. El 27 de marzo, los principales servicios —agua, gas, electricidad y redes telefónicas— de la capital estaban en sus manos. Al día siguiente, se hizo ostentación de saludos y eslóganes fascistas. El último corresponsal extranjero que abandonó Madrid, O'Dowd

Gallagher, de *The Daily Express*, escribía: «Se desgañitaban en una histeria triunfal a plena luz del día»^[35].

El 28 de marzo al amanecer, Casado ordenó al coronel Prada que procediera con la entrega. En la ciudad universitaria, Prada se rindió formalmente ante el coronel Eduardo Losas y fue arrestado de inmediato. La bandera franquista roja y gualda fue izada en lo alto del Ministerio de Hacienda. Los nacionalistas entraron en un Madrid inquietantemente silencioso. Por su parte, Melchor Rodríguez hizo entrega del ayuntamiento. Fue cayendo una ciudad tras otra —Alicante, Jaén, Cartagena, Cuenca, Guadalajara, Ciudad Real— sin derramamiento de sangre. El 31 de marzo, toda España estaba en manos nacionalistas. La oferta de paz realizada por Negrín a Franco contemplaba que, a cambio del compromiso de no tomar represalias y permitir la evacuación del personal civil y militar que corría riesgo de persecución, podría disfrutar de una victoria final incruenta. Con la complicidad de Casado, Franco pudo satisfacer su objetivo fundamental, esto es, tomar represalias contra el mayor número posible de republicanos^[36].

Gran parte del sufrimiento infligido a las zonas recién conquistadas fue consecuencia directa del golpe de Casado. Las bravuconadas de los anarquistas y sus referencias a las tácticas de tierra quemada, los escuadrones suicidas y una resistencia numantina quedaron en nada. Cipriano Mera había hecho la vana promesa de que si el Consejo Nacional de Defensa no aseguraba una paz honorable, sus hombres seguirían

luchando, pero fue uno de los huidos. Mientras los prisioneros eran entregados a los franquistas, otros escaparon a la costa levantina. Casado indicó a los miembros de la Junta que fueran a Valencia. Miaja, acompañado de sus edecanes y de su sobrino y secretario, Fernando Rodríguez Miaja, ya habían partido de Madrid a Valencia el 26 de marzo en coche. En la mañana del 28 de marzo fue a ver al cónsul británico, Abbingdon Gooden, y pidió ser evacuado con sus hombres en un barco británico. Gooden le contestó que tenía que consultarlo con Londres. Cuando Gooden recibió el permiso para hacerlo, Miaja ya había decidido irse a Alicante. Él y sus compañeros dejaron sus uniformes y viajaron con ropa de paisano. Poco después de llegar a San Juan el 29 de marzo a primera hora, oyeron en la radio que Murcia se hallaba en manos franquistas. Tras un breve encuentro con Ángel Pedrero, que sería capturado al día siguiente en el puerto de Alicante, y después fusilado tras un extenso interrogatorio en la cárcel, llegaron al aeropuerto de Rabasa. A las diez y media de la mañana despegaron hacia Orán en un avión que era un regalo personal de Haile Selassie, el Negus de Etiopía, partidario de la República española. Permanecieron en Argelia hasta el 13 de abril y zarparon hacia Marsella. Llegaron a París el 15 de abril y se alojaron una semana en la embajada cubana antes de poner rumbo a La Habana, donde Miaja fue invitado de Fulgencio Batista durante dos semanas. Después, se exilió definitivamente a México^[37].

Resulta curioso que Negrín mantuviera relaciones cordiales con Miaja en París. Prieto escribió al presidente en el exilio:

¿Cómo olvida usted al general Miaja, presidente del Consejo de Defensa, que dio al movimiento de protesta contra usted toda la fuerza de su popularidad, que es enorme dentro y fuera de España? No creo que exculpara usted a Miaja. Sé que en una reunión de ministros celebrada en Francia tuvo para él frases durísimas. Pero ahora los dicerios son contra Casado mientras a Miaja se le envuelve en agasajos. En París buscó usted afanosamente contacto con él, no para increparle, sino para testimoniarle efusiva amistad. Y por iniciativa de usted comieron allí juntos. La señora que albergó en París al general Miaja, pidió permiso a este para invitar a usted a sentarse también a la mesa y Miaja, conocedor de los deseos de usted y de la ilustre dama, accedió. En Méjico ha tenido usted con Miaja muy afectuosas entrevistas y aquí Álvarez del Vayo, en un banquete público, se sentó al lado de él. ¿Cómo explicar todas estas deferencias, a las que, según rumor público, debe agregarse un auxilio económico de tipo excepcional?

Es cierto que se produjo un encuentro cordial entre ambos en una cena ofrecida en la embajada cubana, donde Miaja se hospedaba. También lo es que Negrín se ofreció a ayudarlo económicamente^[38].

El 26 de marzo, Burgos exigió que se ondearan banderas blancas cuando las tropas de Franco realizaran su último avance. Aquella misma noche, el Consejo realizó un llamamiento a enarbolar banderas blancas de rendición, lo cual provocó que las líneas republicanas pronto quedaran desiertas^[39]. Hasta el último minuto, los anarquistas hablaron de utilizar dinamita para hacer saltar por los aires los edificios deshabitados del centro de Madrid y de enviar tras las líneas franquistas a unidades suicidas que constituirían la base de una guerra de guerrillas. En una reunión del Consejo Nacional de Defensa celebrada el 26 de marzo, Manuel Amil declaraba: «Hemos de velar por la garantía de que la dinamita existente en Madrid pueda surtir sus efectos, sacándole el rendimiento máximo a la situación». Era su reacción al darse cuenta de que Casado los había engañado^[40].

La noche del 27 de marzo, Casado y otros miembros del Consejo pronunciaron discursos en Radio Madrid que fueron publicados en la prensa del día siguiente. Aunque en parte esos discursos podrían considerarse un esfuerzo para evitar el pánico en la población, el de González Marín era en buena medida un intento por disociar a los anarquistas de los llamamientos de Casado a enarbolar banderas blancas. El discurso contenía suficientes falacias para sembrar dudas sobre si a González Marín le movía más el cinismo o el autoengaño. Su tema era «cada cual debe mantenerse firme en su puesto». Empezó afirmando que la motivación que se ocultaba tras el golpe de Estado del 5 de marzo era derrocar al Gobierno de Negrín para organizar un esfuerzo bélico más eficaz en la que participara toda la población:

Para lograr una reorganización total del país, y dedicar por entero todas las energías del pueblo a la guerra, no nos quedó otro recurso que desplazar al Gobierno de Negrín, pasando por encima de consideraciones de carácter constitucional y jurídico. El tiempo apremiaba, y no se podía permitir que el caos y el desorden fueran el final indigno de una guerra, donde se ha derrochado tanta sangre y tanto heroísmo.

Es posible que la victoria fuese uno de los objetivos anarquistas, pero Casado no lo compartía. Ese loable objetivo no se consiguió, aseveraba González Marín, porque

era tal el caos que había dejado el Gobierno de Negrín, que no hubo más remedio que ajustarse a la realidad. Esta indicaba que lo más humano y leal para el pueblo y para la dignidad antifascista era llegar a una paz honrosa, en la cual se asegurase la independencia, la seguridad de los antifascistas y la garantía de que todo aquel que quisiera abandonar el país pudiera hacerlo.

En términos igualmente engañosos, Casado pronunció un discurso en el cual se felicitaba por poder «afirmar que no se han producido en toda la zona leal ningún acontecimiento que sea contrario al plan concebido por nosotros». Por añadidura, realizaba la asombrosa declaración de que reinaba una normalidad absoluta en Madrid y en el seno de las fuerzas armadas. Respecto a una ciudad atenazada por el miedo, aseguraba: «En Madrid, la tranquilidad es completa. Las calles, bulliciosas como siempre y animadas de ciudadanos que comentan los acontecimientos presentes, ofrecen un aspecto normal, sin nerviosismo, sin actuar por iniciativa propia»^[41].

El 28 de marzo, las calles de Madrid estaban atestadas de soldados que habían abandonado las armas y volvían a casa. En una reunión de figuras destacadas del anarquismo en las oficinas de *Castilla Libre*, Eduardo Val anunciaba en términos churchilianos: «Nos defenderemos como y donde podamos: en las ciudades, las montañas o las costas. Lucharemos como gatos panza arriba y les haremos pagar muy caras nuestras cabezas». Manuel González Marín intervenía: «Los cien mil hombres que como mínimo sacrificarán los fascistas al triunfar no deben ir al matadero con resignación bovina, sino pelear como hombres y morir matando». Cuando Salgado dijo que debían seguir luchando hasta que se hubiera organizado una evacuación, González Marín respondió: «Si es preciso, convertiremos las diez provincias que nos quedan en otras tantas y gigantescas Numancias». Val comentaba sentencioso: «Todo el Consejo Nacional apoya nuestra decisión inquebrantable de resistir a cualquier precio. La única duda es Besteiro. Los demás, todos los demás». Lograron mantener la moral alta engañándose con la idea de que era posible una guerrilla revolucionaria. En unos términos atribuidos anteriormente por Julio Palacios a los comunistas, hablaron de organizar una masacre de fascistas de renombre en la zona republicana. Se encargó a Eduardo de Guzmán la redacción de manifiestos a favor de una resistencia continuada, que debían repartirse en forma de panfletos y publicarse en la prensa anarquista. González Marín declaró que podían confiar en Miaja. Sin duda, ignoraba que este ya había huido dos días antes. Quedaron perplejos cuando escucharon por radio el llamamiento del Consejo a ondear banderas blancas^[42].

El 27 de marzo, el capitán Rafael Sánchez Guerra, secretario de la Junta de Defensa, había aconsejado a Casado que permaneciera en Madrid, aduciendo que no le ocurriría nada. La errada confianza de Sánchez Guerra pudo derivarse del hecho de que había protegido a numerosos derechistas en el transcurso de la guerra. Además, era hijo de José Sánchez Guerra, un distinguido presidente conservador, y había ejercido de secretario de Niceto Alcalá Zamora, primer presidente de la República. Aparentemente convencido, Casado respondió que se quedaría. Después asistió a una reunión con Salgado. Sin embargo, a primera hora de la mañana del día siguiente, Casado notificó a Sánchez Guerra que había cambiado de parecer y estaba a punto de viajar a Valencia. Según dijo, era para asegurarse de que los vencidos no cometían «desmanes» cuando llegara a Valencia la noticia de que Madrid había caído. Este motivo en principio altruista se contradecía más tarde con las memorias de Casado, donde reconoció que se había ido por consejo del cuartel general de Franco.

No obstante, Casado dijo a Sánchez Guerra que quedaban dos asientos libres en su avión si él y su mujer querían ir a Valencia con los otros miembros del Consejo Nacional de Defensa. Sánchez Guerra lo rechazó, a pesar de que Casado insistió en que, con la llegada inminente de las fuerzas de Franco, corría un gran peligro. Sánchez Guerra había decidido quedarse con Besteiro. Fue a ver cómo había pasado la noche y le preguntó si esperaba a los franquistas en el ministerio o se marcharía a casa. Besteiro respondió: «Creo preferible esperar aquí la detención, ahorrando así un mal rato a mi familia ... No puede uno abandonar a los que han depositado su fe en nosotros. Mi presencia aquí puede ahorrar mucha sangre; puedo evitar que se cometan muchas injusticias. Yo seré el muro de contención de la avalancha que se avecina». Mientras tanto, con el rocío del alba, los coches oficiales que habían de conducir a Casado al aeródromo de Barajas estaban calentando motores en el patio situado detrás del Ministerio de Hacienda. Casado, vestido de paisano, se despidió emotivamente de ambos. Poco después, Sánchez Guerra tuvo algunos pensamientos contradictorios. Poniendo a Casado por las nubes, vio a algunos altos mandos que no llevaban uniforme e, indignado, los llamó cobardes. Se fue a casa a ponerse el uniforme y, mientras tomaba el desayuno, vio por

la ventana a unas chicas con las camisas azules falangistas cantando el *Cara al Sol*. Le pareció que eran las mismas chicas que había visto a menudo con las camisas rojas de las JSU entonando *La Internacional*^[43].

Por la crónica de Guzmán, es obvio que Val, García Pradas y Salgado, basándose en lo que les había dicho Casado, estaban convencidos de que habría un transporte marítimo adecuado para desarrollar una evacuación completa o, de lo contrario, mintieron en un esfuerzo por mantener la moral o, peor aún, por cubrir su propia retirada. Asimismo, es posible que Casado estuviese engañándolos o que fuese lo bastante megalómano para asumir que todo iba bien. Cuando Guzmán llegó a las oficinas del Comité Regional de Defensa en Madrid para celebrar una reunión programada con Val y García Pradas, encontró el edificio desierto y le dijeron que Casado los había llamado de urgencia^[44].

Entretanto, a primera hora del 27 de marzo había llegado a Valencia una delegación de Evacuación y Ayuda Española perteneciente al Comité Internationale de Coordination et

d'Information

pour

l'aide

à

l'Espagne

Republicaine. Llegaron en el pequeño carguero francés *Lezardrieux*, que llevaba alimentos y tenía la misión de organizar la evacuación de las personas cuyas vidas corrían peligro. La delegación consistía en tres parlamentarios franceses, Albert Forcinal, Albert Rigal y Charles Tillon, sus compatriotas el doctor Jacob Maurice Kalmanovitch, el antropólogo Bernard Maupoil y el periodista André Ulmann; tres miembros ingleses, *sir* George Young, lord Faringdon y la cuáquera Barbara Wood, un estadounidense, el comandante Thompson, y el anglo-finés Laurin «Konni» Zilliacus. El informe definitivo del comité afirmaba:

La cifra total de personas que solicitaban y podrían haber obtenido la evacuación si los gobiernos británico y francés hubieran puesto sus recursos a disposición de la delegación era del orden de 60 000. El número total que habría podido gestionar la delegación de no ser por las instrucciones dictadas por esos gobiernos habría rondado las 6500 personas. La cifra total de evacuados en los dos días no superó los 650.

La culpa de esto recaía en los gobiernos británico y francés y en Casado^[45].

El 27 de marzo, la delegación se reunió con Leopoldo Menéndez, comandante del Ejército de Levante, que presidía el Comité de Evacuación creado solo unos días antes. El primer asunto tratado fue la selección de las personas que debían ser evacuadas en el *Lezardrieux*. Con una distribución relativamente equitativa de grupos republicanos, incluyendo comunistas, «aquella noche [a las once] se congregaron en el puerto 350 personas, con número de turno, aprobadas por la delegación, y más tarde se sumaron unas treinta más. El *Lezardrieux* zarpó con ellos hacia el amanecer [del 28 de marzo] y fue abordado por un crucero nacionalista, pero se le permitió continuar». Por desgracia, no imperó el mismo espíritu en Alicante^[46].

La inconsistencia de las afirmaciones de Casado relativas a lo prioritario de la evacuación quedó patente en sus negociaciones con la delegación internacional. El 28 de marzo, a las cinco de la tarde, se citaron con un Casado extremadamente optimista y complaciente que acababa de llegar a Valencia. Más tarde, Laurin Zilliacus escribiría:

En nuestra primera reunión con él aquella tarde no nos dijo, tal como cuenta en su libro, que tal vez dispondríamos de tres días. Estaba muy confiado, y nos dijo que probablemente tendríamos veinticinco o treinta días, porque, según explicaba, aunque Franco había rechazado su plan de rendición, se movía siguiendo su ritmo (o incluso más lentamente).

La crónica de Zilliacus coincide con el informe oficial en el que se afirma que Casado les había dicho que ambos bandos habían presentado planes para el traspaso de poderes. Según Casado, el plan franquista no era práctico y, aunque el del Consejo había sido rechazado por una cuestión de forma, Franco lo estaba siguiendo. El traspaso, dijo, se completaría en treinta días y los nacionalistas llevaban tres días de retraso. Aseguró a la delegación que contaba con garantías de Franco de que no habría obstáculos para la evacuación y «ofreció un cálculo optimista de los barcos españoles disponibles». En palabras de Zilliacus:

«Casado también nos dijo en aquella reunión que contaba con barcos para unos 10 000

refugiados. No cabe duda de esto, porque recuerdo que, al abandonar la sala, uno de mis compañeros y yo coincidimos en que era una buena noticia, aunque hacía que nuestros esfuerzos casi resultaran superfluos. Aquella misma noche, Casado volvió a citarnos y en esta ocasión dijo que creía que dispondríamos de una semana, pero que tal vez fueran solo tres días o —encogiéndose de hombros— incluso veinticuatro horas. Cuando le presionamos para saber más acerca de los barcos, dejó claro que no tenía ninguno. Por lo visto, antes había hecho referencia a una idea optimista sobre la capacidad de nuestros barcos. La mañana siguiente, a las 7.30, nos citó de nuevo y dijo que entregaría la ciudad en unos minutos. Leer la justificación de Casado corrobora la idea que me formé de él y de su papel por aquel entonces. No creo que fuese el instrumento maquiavélico de unos gobiernos seudodemocráticos. Creo que era un iluso con sentimientos grandilocuentes e ideas exaltadas sobre sí mismo»^[47].

André Ulmann también escribió sobre la entrevista con Casado en Valencia. Aseguraba que este había propuesto que todos los barcos disponibles fueran a Alicante, ya que era el puerto más alejado del frente. Asimismo, Casado garantizó que sería el último en ser ocupado por las fuerzas de Franco. Lo decía alegando que este le había prometido no oponerse a la evacuación. Utilizando unas palabras que repetiría aquel mismo día en la radio, afirmó a la delegación que, si bien no había nada escrito, ya que el vencedor no estaba dispuesto a humillarse, se podía confiar en la palabra de Franco porque había cumplido todas las promesas que había hecho. Por ello, aquella noche, los militantes y mandos militares republicanos que corrían mayor riesgo viajaron a Alicante. La mañana del miércoles 29 de marzo, guiándose por las declaraciones de Casado, Ulmann y Charles Tillon fueron a Alicante a ayudar con la evacuación, y montaron en cólera cuando se enteraron de que Casado había decidido viajar a Gandía. Todavía se indignaron más al descubrir que los acorazados británicos y franceses a los que se había ordenado que no protegieran a los barcos mercantes que iban a recoger refugiados en Alicante habían recibido instrucciones de poner rumbo a Gandía. Ulmann supo por los miembros de la delegación que fueron a Gandía que la ciudad había sido conquistada por los falangistas, quienes, lejos de impedir la partida de Casado, le habían enviado tentempiés mientras esperaba embarcar^[48].

Para los que acabaron en Alicante, fue una historia muy distinta. Tras un viaje escalofriante, Guzmán había llegado a Valencia, donde ya se encontraban Val, Salgado y García Pradas, quienes se habían desplazado en avión con Casado el 28 de marzo. Guzmán se enteró de que Casado les había dicho a ellos y a los demás miembros del Consejo Nacional de Defensa que Franco había asegurado que quien quisiera ser evacuado contaría con autorización para hacerlo.

Esto era absurdo, habida cuenta de la Ley de Responsabilidades y de la experiencia de la represión en otros lugares. Guzmán asistió a una rueda de prensa ofrecida por Casado el 29 de marzo, en la cual garantizó al público que había barcos suficientes de camino para asegurar la evacuación de quienes así lo desearan. García Pradas y Salgado confirmaron a Guzmán que había barcos suficientes en Alicante y que era allí donde estaban enviando a los que querían marcharse. Le aseguraron que ellos no se irían hasta que todo el mundo hubiera escapado. Cuando Guzmán se despidió de ellos, las últimas palabras de García Pradas fueron: «Embarcaremos también cuando todos estén a salvo. O nos dejaremos matar tratando de impedir que ni un solo antifascista se quede en tierra». Era mentira. Rodríguez Vega, que había conseguido llegar a Valencia, salió en busca de Casado. Tropezó con Mera, quien también estaba buscando al coronel y estaba furioso por la huida del CND de Madrid, y temía que lo dejaran abandonado. Cuando apareció Casado, pronto quedó claro que prácticamente no había organizado nada para la evacuación, excepto para sí mismo y el personal del Consejo^[49].

No se hizo nada hasta el 23 de marzo, cuando Wenceslao Carrillo dictó unas difusas órdenes para que los gobernadores civiles formaran juntas de evacuación. Aun así, no ofreció detalles sobre el modo en que se llevaría a cabo ese proceso. Como era previsible, por tanto, poco se pudo hacer, pero los gobernadores civiles, como Cañas, tenían la impresión de que la Junta de Madrid creía que su orden había resuelto por arte de magia las cuestiones que rodeaban a la evacuación. En palabras de Evaristo Jorge Moreno, el líder socialista valenciano, los planes del Consejo Nacional de Defensa consistían simplemente en «confiar la salvación de los compañeros al caótico y terrible “sálvese quien pueda”». Al igual que habían hecho Val y García Pradas con Guzmán, Casado aconsejó a Rodríguez Vega y a Mera que fueran a Alicante, donde, dijo, la evacuación sería posible. Casado también dijo a José Rodríguez Olazábal, presidente de la Audiencia Provincial de Valencia, que la única posibilidad de evacuación era Alicante. Una vez allí, Guzmán se enteró de que una caravana de vehículos que incluía a Casado, los miembros del Consejo Nacional de Defensa y el alto mando anarquista, había partido de Valencia el 29 de marzo. Rodríguez Olazábal y su familia nunca

llegaron a Alicante, ya que los falangistas y otros quintacolumnistas bloqueaban la carretera. Sin embargo, lograron llegar a Gandía^[50].

Aunque dijeron a Guzmán que serían los últimos en marcharse, al día siguiente García Pradas, Val, Salgado y González Marín fueron en coche a Gandía junto a Casado. Antes de irse, este último aceptó una oferta de asilo de la legación de Panamá para su segunda esposa, Carmen Santodomingo, y varios altos cargos republicanos que no querían abandonar España. Poco después, los franquistas asaltaron la legación y los detuvieron a todos, lo cual era un pago sorprendente al hecho de que Panamá hubiera salvado a centenares y centenares de derechistas durante la guerra. La mujer de Casado fue encarcelada con prostitutas^[51]. Más tarde, García Pradas describiría la huida de Casado y el resto del Consejo Nacional de Defensa a Gandía:

Los chóferes, que pistola en mano guardaban los automóviles, ya los tenían en marcha. Arrancaron a gran velocidad. Delante, en un Chrysler, iban Casado, Val y no sé quién más; luego en un Packard, Salgado, Gerardo, Valle, Acracio y yo; detrás, en un Rolls Royce, González Marín y otros compañeros. Chirrían los frenos; crujía el embrague. Los chóferes parecían dispuestos a atropellar a cualquiera que se pusiese delante. Fuimos hacia el puerto de Valencia, por no cruzar la ciudad, y una vez en las afueras, por una carretera del extrarradio, salimos a la del sur directa a Alicante.

García Pradas escribió que en realidad se dirigían a Alicante, pero que los alzamientos de la Quinta Columna que se produjeron durante el trayecto impidieron ir más allá de Gandía. La afirmación de que él y el resto de la comitiva de Casado se habían visto obligados a ir a Gandía era un intento absurdo por ocultar el trato especial concedido por Franco para su partida. El propio Casado escribió: «Como no nos quedaba nada que hacer en Valencia, reunidos los Consejeros, tras una breve discusión, decidimos trasladarnos al Puerto de Gandía»^[52]. La elección de Gandía como destino habría resultado extraña de no ser porque les esperaba el rescate organizado. Casado solo estaba contando parte de la verdad. La decisión de poner rumbo a esa población probablemente no se tomó la mañana del 29 de marzo. La noche anterior, Abbington Gooden había informado a Casado de que un acorazado británico esperaría allí a su comitiva. El almirante Tovey, oficial naval al mando, escribió al Almirantazgo que «se tomaran precauciones para excluir a indeseables», presumiblemente sin conocer los antecedentes de Val, Salgado, González Marín y García Pradas. Aunque Franco no estaba dispuesto a dar una autorización escrita para la evacuación del grupo de Casado, la embajada española en Londres informó al Foreign Office de que no habría problemas^[53].

Poco antes de abandonar Valencia, a petición de la Falange local, Casado había hablado desde los estudios de Radio Valencia, llamando a la calma y realizando un tibio intento por justificar la negativa de Franco a negociar: «No se puede dudar de la buena fe de los vencedores ... Hemos obtenido una paz decente y honrosa, en las mejores condiciones posibles, sin efusión de sangre». Después, repetía lo que había mantenido durante días:

Puedo asegurar que en toda la zona leal nada ha acontecido que no estuviera en los planes concebidos por nosotros al tomar el poder constitucional de la España republicana el 5 de marzo. Según las promesas de Franco todo el que no haya cometido crímenes de sangre quedará en libertad ... El generalísimo Franco me ha prometido que no se opondrá a la evacuación. No ha firmado ningún documento, porque eso hubiera sido una humillación que no puede exigirse a un vencedor, pero ustedes pueden confiar en su palabra. Todas las promesas que me ha hecho las ha cumplido. ¡Viva España^[54]!

El discurso era un ejemplo más de la duplicidad de Casado. Toda la campaña bélica de Franco había estado dirigida a la aniquilación de tantos republicanos como fuera posible. El hecho de que Franco nunca había tenido intención de cumplir ninguna de las promesas hechas en su nombre a Casado quedaría demostrado, si es que eso era necesario, con el bloqueo naval que impidió la evacuación de decenas de miles de posibles refugiados. Al poco tiempo de sus declaraciones alabando la buena fe de Franco, le confió a Abbington Gooden que era plenamente consciente de su mala fe. Sin embargo, lo explicó de tal modo que revelaba su megalomanía. Le dijo a Gooden que la insistencia de Franco en juzgar a los oficiales republicanos era fruto de que «el General Franco tiene algo personal contra mí porque le robé la gloria de aplastar el comunismo en Madrid»^[55].

Como bien sabía García Pradas, cuando la caravana con 163 miembros del Estado Mayor de Casado y

sus familias partieron hacia Gandía, con las máximas personalidades ocupando las lujosas limusinas que iban en cabeza, ya se había pactado con Abbington Gooden que Casado saldría desde el puerto. García Pradas afirma que Leopoldo Menéndez, comandante del Ejército de Levante, y dos miembros de su Estado Mayor, los coroneles Francisco Ciutat y Gustavo Durán, y Juan Ignacio Mantecón, de Izquierda Republicana y comisario del Ejército de Levante, estaban en Gandía. Durán había estado deambulando por Valencia para entregarse a los franquistas cuando tropezó con un amigo que lo puso en contacto con un alto mando británico que lo llevó a Gandía. Max Aub describe una discusión entre García Pradas y Menéndez, probablemente sobre quién tenía o no tenía derecho a escapar. A la luz de los esfuerzos de Menéndez en Valencia, cabría suponer que el enfrentamiento giró en torno a las instrucciones engañosas dictadas por Casado y el resto del Consejo Nacional de Defensa, García Pradas incluido, para que los refugiados se dirigieran a Alicante^[56].

De hecho, Abbington Gooden estaba autorizado por Londres a permitir que quienes se encontraban en los muelles de Gandía embarcaran en el destructor británico *HMS Galatea*. Sin embargo, los miembros del Consejo Nacional de Defensa parecían ansiosos por reservarse para sí la evacuación británica. Cuando Rodríguez Olazábal llegó inesperadamente a Gandía y Albert Forcinal y *sir* George Young le dijeron que aquel era el único lugar desde el cual era posible llevar a cabo la evacuación, se puso furioso. Se enfrentó a Casado, y más o menos lo acusó de ser un mentiroso^[57]. Todavía más dramática fue la experiencia de dos miembros del Comité Ejecutivo de la Agrupación Socialista de Valencia, Serafín Sánchez y Gerardo Jiménez Hernández, y otros socialistas destacados. Se dirigían a Alicante cuando, a las afueras de Gandía, se toparon con una unidad de carabineros que vigilaban la huida de la caravana de vehículos desde Valencia. El comandante de la unidad, un socialista valenciano llamado Nieto, les aconsejó que se dirigieran al puerto de Gandía, ya que era la mejor opción para escapar. Sin embargo, cuando llegaron al puerto, Wenceslao Carrillo intentó impedir que embarcaran en el *HMS Galatea*. Hubo un enfrentamiento violento descrito después por Evaristo Jorge Moreno:

En el puerto de Gandía se enfrentaron con Wenceslao Carrillo, quien quería impedirles que embarcaran en el barco dispuesto para evacuar a los del Consejo Nacional. Hubo sus más y sus menos. La cosa se enconó. Y Gerardo tuvo que sacar la pistola para que W. C. entrara en razón. Así, gracias a la pistola de nuestro compañero hubo cuatro víctimas menos en las listas negras del terrorismo franquista^[58].

Cuando llegaron grupos de republicanos armados que exigían que se les permitiera subir en el *HMS Galatea*, el contralmirante John Tovey, comandante de las fuerzas navales británicas en el Mediterráneo occidental, y Casado acordaron decirles que, si iban a Alicante, habría barcos para evacuarlos, lo cual era falso^[59].

De los entusiastas revolucionarios numantinos, Val, Salgado y González Marín, junto con García Pradas, consiguieron escapar a Inglaterra. García Pradas afirma que zarparon en el *HMS Sussex*, pero en realidad lo hicieron en el *Galatea*, ya que el *Sussex* se dirigía a Palma de Mallorca para repatriar a los prisioneros italianos del Consejo. Mientras cargaban el *Galatea*, llegó el *Mar negro*, un mercante franquista armado, pero se mantuvo alejado del puerto y el contingente de tropas esperó a que los refugiados fueran subidos a bordo del *Galatea* antes de desembarcar. Sin duda, esto se produjo siguiendo órdenes franquistas. Una vez que todos los miembros de la Junta de Casado que deseaban escapar embarcaron en el *HMS Galatea* a primera hora del 30 de marzo, las tropas franquistas tocaron tierra y tomaron la ciudad. A la mañana siguiente, Casado, que se hallaba prostrado por una mezcla de agotamiento y problemas abdominales, fue trasladado al buque-hospital *HMS Maine* acompañado de otros miembros del Consejo. El papel de Londres en la evacuación de Casado es indiscutible. El coronel fue alabado por el capitán del *HMS Galatea* por quedarse en Valencia «a mantener el orden» pese a que le habían brindado la oportunidad de marcharse en un acorazado francés. Se produjo un retraso en la autorización definitiva para que embarcara en un barco británico, pero había sido concedida la noche anterior. Por tanto, no fue una coincidencia que cuando el *HMS Galatea* arribó a Gandía el 29 de marzo a las 16.30, Casado estuviera allí esperando la evacuación^[60].

En un pasaje de la edición española de sus memorias, publicadas en 1968, que no fue incluido en la versión inglesa de 1939, Casado afirmaba que pensaba quedarse en España. Es plausible que esa fuera su intención, teniendo en cuenta sus contactos con la Quinta Columna y sus reiteradas afirmaciones de que Franco respetaría los rangos de los altos mandos que ayudaran a poner fin a la guerra. En 1968, en sintonía con su habitual autoengrandecimiento, atribuía el deseo de quedarse a su «deber de militar». No mencionó sus esperanzas de permanecer en España en su condición de laureado oficial que, tal como había anunciado

a la Quinta Columna, asombró al mundo. Sin embargo, el siguiente pasaje contenía un atisbo de verdad, amén de una deferencia respetuosa hacia Franco. Casado escribió que se abstuvo de quedarse porque

nuestros representantes, que negociaron la paz en Burgos, trajeron un mensaje del Generalísimo con la sugerencia de que los miembros del Consejo Nacional de Defensa abandonáramos España. Dada la posición del Generalísimo como vencedor y la mía como vencido, valoré la sugerencia como una orden, si bien no encontraba explicación a semejante medida. Encontré la explicación cuando me informaron que había sido condenado a treinta años de presidio el ilustre Sr. Besteiro^[61].

Era algo más que una sugerencia. El 23 de marzo, Garijo y Ortega habían informado al Consejo de que Franco facilitaría la marcha de sus miembros. Incumplió todas sus promesas de facilitar la evacuación y abstenerse de tomar represalias, a excepción de esta. Por ello, tal como reveló Casado inadvertidamente, salvarlos a él y a los otros miembros de la Junta del mismo destino que aguardaba a Besteiro era la migaja que Franco consideraba recompensa apropiada por sus servicios.

Traicionados por el golpe de Casado, decenas de miles de hombres, mujeres y niños republicanos huyeron de Madrid el 28 de marzo de 1939 perseguidos por falangistas. Se dirigieron a Valencia y Alicante. Les habían prometido que habría barcos para llevarlos al exilio. En realidad, no cabía esa posibilidad. En sus memorias, Casado aseguraba que la máxima prioridad del Consejo Nacional de Defensa era la evacuación de quienes querían abandonar España. Asimismo, citaba el informe que supuestamente había entregado el teniente coronel Garijo a su regreso de Burgos, en el que afirmaba que los negociadores de Franco, los coroneles Victoria y Ungría, habían dejado entrever que el Generalísimo toleraría la evacuación de al menos 10 000 republicanos. Señalaba también que Trifón Gómez había sido enviado a París para averiguar si los barcos contratados por Negrín a la compañía Mid-Atlantic Shipping podían ser utilizados. Luego culpaba a Negrín de frustrar sus objetivos. Casado olvidó muy convenientemente que Besteiro había rechazado la utilización de cualquier recurso del Gobierno para contratar barcos. También afirmaba que el Consejo «hizo todas las gestiones humanamente posibles para evacuar a todos los que deseaban salir de España».

Esta fue otra mentira más de Casado. El 26 de marzo, Abbingdon Gooden y el coronel Hay, un funcionario británico, se habían reunido con Antonio Pérez García, de la UGT, consejero de trabajo en el CND. Su departamento había recibido el encargo de preparar la evacuación de los republicanos más señalados. El informe de Gooden sobre la reunión no puede ser más duro:

Los dos sacamos la conclusión de que este caballero está completamente sobrepasado y es incapaz de tomar ninguna decisión. Nos dijo vagamente que se están preparando listas de personas que han de ser evacuadas, pero no sabía de cuántas personas se trataba y no nos pudo dar ninguna cifra entre un mínimo de 10 000 y un máximo de 40 000. No ha hecho ningún preparativo para fletar barcos y habla con vaguedad de que las personas evacuadas vayan a México. No parece que se haya hecho nada para que el gobierno francés las acoja en tránsito. El Consejo parece incapaz de formular ningún plan, pero en relación con esto hay que recordar que tienen poco dinero en el exterior, carecen de barcos para la evacuación, y no tienen una misión diplomática que defienda su causa ni medios adecuados de comunicación con países extranjeros^[62].

Los factores atenuantes citados por Gooden eran, por supuesto, la consecuencia de que Besteiro, Miaja y Casado rechazaran la oferta de Negrín del 6 de marzo de un traspaso formal de los poderes.

Las últimas naves en partir, organizadas por la Federación Socialista Provincial de Alicante, fueron los barcos de vapor *Stanbrook*, *Maritime*, *Ronwyn* y *African Trader*. Llevaron a 5146 pasajeros. De hecho, según el jefe del SIM, el *Stanbrook* era una de las embarcaciones pertenecientes a la compañía Mid-Atlantic que Negrín había comprado para la República. Otra era el *Winnipeg*, que podría haber llevado hasta 6000 refugiados, pero un buque de guerra franquista le impidió entrar en el puerto. El mayor número de huidos viajaba en el *Stanbrook*, cuyo capitán, Archibald Dickson, permitió que los evacuados ocuparan hasta el último centímetro cuadrado. Por el contrario, el capitán del *Maritime* se negó a que embarcaran más de 32 políticos importantes^[63]. Muchas naves de menor calado, entre ellas pesqueros y barcos de recreo, emprendieron el peligroso viaje hasta Argelia. El *Stanbrook*, el último en zarpar de Alicante, transportaba precariamente a 2638 refugiados. Los pasajeros abarrotaban la cubierta y las bodegas, y la línea de flotación se hallaba muy por debajo de la superficie. El barco fue atacado por aviones franquistas, pero,

milagrosamente, el capitán Dickson logró maniobrar por el bloqueo franquista sin iluminación alguna y el *Stanbrook* arribó a la ciudad argelina de Orán. Durante casi un mes, las autoridades francesas impidieron que el capitán Dickson desembarcara a sus pasajeros. Faltos de comida y de agua y en condiciones de hacinamiento extremo, los franceses solo cedieron cuando hubo peligro de propagación de enfermedades contagiosas. Finalmente, los refugiados fueron conducidos a campos de internamiento^[64].

Durante los días posteriores, a los que habían llegado demasiado tarde se unieron miles de refugiados procedentes del territorio republicano restante. Desesperados, muchos se suicidaron, algunos arrojándose al agua, otros pegándose un tiro y otros degollándose. Laurin Zilliacus, testigo ocular de los hechos, escribió: «Cuando por fin aparecieron un buque de guerra de Franco, y después, como si fuera una broma, nuestros barcos desamparados, más de cien refugiados se suicidaron ahogándose o cortándose las venas con el borde de latas abiertas». Edmundo Domínguez cifraba el número de suicidios en cuarenta y cinco y el comandante italiano, el general Gastone Gambara, en sesenta y ocho^[65]. Con la vana esperanza de que llegaran los barcos, fue creada una junta de evacuación en el puerto por el coronel Ricardo Burillo, que había recibido instrucciones de Carrillo para que tomara el mando. En la comandancia militar del puerto, un grupo de figuras republicanas de relevancia intentó mantener el orden al tiempo que confeccionaba listas de futuros ocupantes de los barcos. Además de Burillo estaban José Rodríguez Vega, de UGT, José Gómez Osorio, el gobernador civil de Madrid, Rafael Henche, el alcalde de Madrid, Pascual Tomás, y Carlos Rubiera, del PSOE. Pascual Tomás recibió autorización para marcharse en un avión de Air France para negociar una llegada más rápida de los barcos para la evacuación. Se avistaron algunos barcos, pero, puesto que los capitanes temían ser interceptados por la armada rebelde, se fueron vacíos o dieron media vuelta antes de llegar a los muelles de Valencia y Alicante. Ahora que ya habían reconocido a Franco, ni Londres ni París estaban dispuestos a permitir que sus navíos intervinieran contra la flota de Franco. En Alicante, los refugiados esperaron en vano tres días y medio sin comida ni agua. Algunos niños morían de inanición. El Gobierno mexicano se ofreció a acoger a todos los refugiados, pero Franco se negó, declarando que todos eran prisioneros de guerra y que debían afrontar las consecuencias. El viernes 31 de marzo, la ciudad estaba ocupada por fuerzas italianas. El cónsul de Argentina medió un acuerdo, con el apoyo de sus homólogos francés y cubano, por el cual los italianos se comprometieron a facilitar salvoconductos a quienes quisieran abandonar España si los alrededor de 12 000 republicanos deponían las armas. Estos aceptaron, pero los italianos se vieron desautorizados por Franco una vez más. Cuando llegaron dos barcos que transportaban tropas franquistas, la mayoría de los refugiados fueron desalojados del puerto, y a la mañana siguiente, los que quedaban^[66]. Las familias fueron separadas violentamente, y quienes protestaban eran golpeados o fusilados. Las mujeres y los niños fueron conducidos a Alicante, donde permanecieron un mes hacinados en un cine sin apenas comida y sin instalaciones para lavar o cambiar a sus bebés. Los hombres —entre ellos niños de doce años en adelante— fueron trasladados a la plaza de toros de Alicante o al Campo de los Almendros, un lugar situado a las afueras de la ciudad^[67].

En el momento en que se desvanecieron las últimas esperanzas de evacuación en un barco británico o francés, el número de suicidios fue en aumento. Cuando los prisioneros fueron obligados a desfilar por delante de los cadáveres, uno de ellos dijo: «Pronto envidiaremos a los muertos». Las tropas enviadas a vigilarlos les arrebataron el dinero, los relojes, los objetos de valor y las chaquetas y abrigos decentes. Mientras los conducían al campo de concentración improvisado, pasaron junto a montones de cuerpos que habían sido abatidos «al intentar huir»^[68]. El lugar era conocido como «Campo de los Almendros» simplemente porque era un almendral. Durante seis días, 45 000 personas permanecieron allí retenidas sin apenas comida ni agua, durmiendo sobre el barro a la intemperie, expuestas al viento y la lluvia. En esos seis días fueron alimentados dos veces: la primera con una pequeña lata de sardinas para cuatro y una barra de pan para cinco, y la segunda con una lata de lentejas para cuatro y un chusco de pan para cinco. Los prisioneros arrancaron las nueces todavía verdes y luego se comieron las hojas y la corteza. Lo único que impidió fugas masivas fue que estaban rodeados de ametralladoras^[69].

Epílogo

Entre otros, Besteiro y Sánchez Guerra permanecieron en el sótano del Ministerio de Hacienda todo el 28 de marzo. Antonio Luna García, amigo de Besteiro y su contacto en la Quinta Columna, había acudido para estar presente y «protegerlos» en caso de que hubiera problemas cuando llegaran los franquistas. Mientras estaba allí, les había dedicado un pomposo e inapropiado repaso del programa de la Falange Española. Por la noche llegó un grupo de falangistas encabezado por un hombre de muy corta estatura llamado Ángel Luque, que hizo el saludo fascista y pronunció las palabras «¡Arriba España!». Besteiro asintió con la cabeza, tras lo cual el diminuto falangista le preguntó irritado: «¿No ha aprendido usted el saludo de la Nueva España?». «No, señor», contestó Besteiro con sequedad, «y lo peor es que, ya a mis años, me temo que me va a costar mucho trabajo aprenderlo». Para asombro de Luque, los guardias y el personal del ministerio seguían tratando a Besteiro y a Sánchez Guerra con respeto. Cuando se sirvió la cena, invitaron a Luque a unirse a ellos y, según el irónico recuerdo de Sánchez Guerra, «a pesar de su escaso volumen comió con igual apetito que una persona mayor». Al día siguiente, el ministerio fue ocupado por tropas franquistas. Besteiro, Sánchez Guerra y otros muchos fueron arrestados y conducidos aquella misma noche a la cárcel de Porlier^[1].

La confiada predicción de Besteiro de que constituiría una barrera contra las represalias masivas estaba equivocada, pero su ingenuo optimismo acerca de la nueva situación se prolongaría un poco más. El 30 de abril de 1939 escribió a su mujer desde la cárcel:

De aquí saldremos todos un tanto machacados, o ¿quién sabe? Tal vez salgamos un tanto endurecidos. Yo, respecto a nuestra situación, no soy pesimista. Tendremos que renunciar a algunas cosas, pero son de la naturaleza de las que más dispuestos estamos a renunciar por nuestros hábitos de vida y por nuestras exigencias morales. En cambio yo no desespero de que podamos encontrar un medio de trabajo decoroso, aparte de la reparación que nos es debida, al menos en lo que se refiere a ti^[2].

Sánchez Guerra fue juzgado por el «crimen» de «auxilio a la rebelión militar». Numerosos franquistas hablaron en su defensa y mencionaron sus esfuerzos por salvar a conservadores durante la guerra. Alegó que no había tenido nada que ver con las exigentes condiciones de paz de Casado y que simplemente le había aconsejado que buscara la paz. También pudo aducir que mientras era teniente de los Regulares en 1920 había resultado herido y que su valentía había sido reconocida por el propio Franco, quien escribió en su diario: «¡Qué madera de militar!». De hecho, a Sánchez Guerra le fue concedida una condecoración militar por su valentía. También solicitó que Queipo de Llano testificara a su favor. Este envió un telegrama en el que declaraba que no había nada contra él. Fue juzgado a mediados de mayo de 1940, hallado culpable y condenado a reclusión perpetua. Cuando fue puesto en libertad en el año 1946, emigró a Argentina. Regresó a España y pasó sus últimos años en un monasterio dominico de Villava, Navarra, donde falleció en 1964^[3].

Besteiro, que el 8 de julio de 1939 tenía casi sesenta y nueve años, fue sometido a un consejo de guerra por «el delito de adhesión a la rebelión militar». Esos cargos absurdos se presentaron pese a sus esfuerzos por alcanzar la paz y al anticomunismo que inspiró su participación en la Junta de Casado, un acto de rebelión militar contra el gobierno de Juan Negrín^[4]. De hecho, su misión de paz en Londres y sus vínculos con Casado fueron algunas de las principales acusaciones contra él en el consejo de guerra. El fiscal era el jefe de la Auditoría del Ejército de Ocupación, el coronel Felipe Acedo Colunga. Reconoció que Besteiro era un hombre honesto, inocente de cualquier delito de sangre, pero solicitó la pena de muerte. El largo discurso de Acedo dejó claro que el crimen del político era haber convertido el socialismo en algo más aceptable por medio de la moderación. Es difícil no llegar a la conclusión de que los franquistas, que no

pudieron juzgar a Azaña, Negrín, Largo Caballero y las otras grandes figuras de la República, descargaron todo su odio en el proceso contra Besteiro^[5].

Llegado el momento de apelar la condena a cadena perpetua, Besteiro escribió un pliego de descargo, en el que era habitual confesar y excusarse:

Sin cometer la vileza, que nunca hubiera cometido, de pasarme al partido que, según mi visión de las cosas, había de ser, a fin de cuentas, el triunfador, hubiera podido muy bien adoptar una posición inhibitoria que me hubiera permitido, dentro o fuera de España, poner a salvo mi vida, mi reputación, mis intereses y los de mis familiares. No lo hice por entender que mi deber era inequívocamente el de permanecer en la brecha arrostrando todos los peligros, y en vez de desdibujar mi posición y de desvanecer mi influencia para salvarme en una especie de anonimato político, proclamarla claramente y afirmarla lo más posible, para gastar la fuerza moral que la adopción de esa actitud pudiera proporcionarme en beneficio de mis conciudadanos, hartos probados por la desgracia, y en provecho del país en que he nacido y al que voluntariamente, además, pertenezco. Fiel a esta regla he permanecido hasta el último momento, momento en el cual he arriesgado todo para poner fin a una situación imposible y por evitar a los españoles daños mayores de los que hasta entonces habían sufrido. Que he tenido ocasiones de salir de España, no solamente con facilidad, sino con positivas ventajas en aquel momento y en el porvenir, es cosa bien conocida por todos. Pero ha habido dos momentos en que la tenacidad con que he mantenido mi actitud se ha puesto bien de manifiesto. Estos dos momentos corresponden a las fechas del 7 de noviembre de 1936 y del 28 de marzo de 1939. En la primera de esas fechas la violencia con que pudieran haber entrado las tropas nacionales en Madrid me hacía naturalmente temer que pudiera ser yo una de las víctimas de la pasión propia de la lucha. En la segunda de esas fechas, aun descartada la entrada por la fuerza en Madrid, la noticia de mi destitución del cargo de catedrático y los injustos ataques que se me habían dirigido por la radio nacional no permitían hacerme ilusiones acerca de la suerte que pudiera correr en los primeros momentos. Sin embargo, en una y otra fecha, desestimando los consejos que se me prodigaban para que abandonase mi país, o por lo menos me ocultase durante algún tiempo, decidí, sin dudarlo, permanecer en mi puesto. Las causas de esta determinación son complejas: el deseo de no establecer en el éxodo solidaridades que no existían hacía mucho tiempo, la repugnancia de la fuga, ya que no tenía por qué huir, y a exhibir en el extranjero los dolores de la propia patria; el convencimiento de que me podía presentar ante los jueces más severos con la frente alta y la conciencia tranquila^[6].

La condena inicial a cadena perpetua fue conmutada a treinta años de reclusión mayor. Primero fue confinado en el Monasterio de Dueñas, en la provincia de Palencia, hasta finales de agosto de 1939, y después en la prisión de Carmona, en Sevilla. A sus setenta años y con problemas de salud debido a una mala alimentación y a la falta de una atención médica adecuada, se vio obligado a realizar duros trabajos físicos, como fregar suelos y limpiar letrinas. Cuando le sobrevino su enfermedad final, una infección sanguínea mortal que contrajo precisamente en las letrinas a mediados de septiembre de 1940, su amada mujer, Dolores Cebrián, se desplazó de inmediato a Carmona, pero le negaron el permiso de visita durante ocho días, justo hasta la víspera de su muerte, que se produjo el 27 de septiembre de 1940^[7].

La dignidad y el coraje de Besteiro durante los últimos días de la Guerra Civil española y la injusticia del destino que corrió a manos de los franquistas deben medirse contra las vidas que se perdieron a consecuencia del fiasco de Casado. El comportamiento de Besteiro durante el conflicto, primero distanciándose de la causa republicana y después participando en la Junta de Casado, nació de una curiosa amalgama de inocencia y arrogancia. Siempre susceptible pese a su dignidad externa, le dolió profundamente el trato que le había dispensado la izquierda durante los enfrentamientos en el seno del partido entre 1934 y 1936. Su comprensible indignación se vio acrecentada por la convicción de que los socialistas «bolchevizantes» se equivocaron al rechazar su definición del momento histórico. Sus interpretaciones sobre cuestiones políticas prácticas a menudo eran abstracciones teóricas elaboradas con un olímpico distanciamiento de las realidades cotidianas. Esto era especialmente cierto en el caso del fascismo. Su sensibilidad personal y su convicción de lo acertado de sus teorías parecieron infundirle una sensación de abrumadora superioridad moral. De dicha sensación afloró la idea optimista de que su pasado sin mácula le valdría la clemencia franquista. En 1939, sus opiniones bienintencionadas, aunque un tanto egoístas, contrastaban marcadamente con la realidad de la determinación del Caudillo de aniquilar todos los valores de la República. El caso de Besteiro fue examinado por Franco en persona. El hecho de que se le

negara atención médica o una conmutación de la pena reflejaba la decisión del Caudillo de destruirlo^[8]. Fundamentalmente, Franco imponía un castigo ejemplar a un hombre que no había hecho nada por oponerse al alzamiento militar y que había hecho más que la mayoría para poner fin a la resistencia republicana. La tragedia de Besteiro fue que, tras perder la poca fe que tenía en la República y en sus compañeros republicanos, decidió confiarla a su verdugo.

Otro ejemplo del ansia de venganza de la «justicia» franquista propiciada por el golpe de Casado incluso contra quienes habían trabajado duro para impedir la represión en la zona republicana fue el anarquista Melchor Rodríguez, quien, como director de prisiones en noviembre de 1936, había salvado numerosas vidas. De hecho, sus fructíferos esfuerzos por salvar a derechistas en Madrid habían llevado a algunos de sus camaradas anarquistas a sospechar que era un traidor. Incluso su esposa estaba convencida de que, en el mejor de los casos, se había dejado utilizar ingenuamente por la Quinta Columna. Su negativa a reconocer las sospechas de su mujer hizo que esta lo abandonara a principios de 1939. Cuando el 28 de marzo al amanecer, Rafael Henche, el alcalde de Madrid, partió hacia Valencia, donde moriría, Melchor aceptó la propuesta de Besteiro para sustituirlo^[9]. Esperó la llegada de las tropas franquistas y les entregó formalmente la capital. Después se fue a casa. Convencido de que sus servicios a los franquistas impedirían que le sucediera nada, no se escondió. Un periodista del diario católico *Ya* lo entrevistó después de asistir a un acto en honor de los hermanos dramaturgos Álvarez Quintero. En la entrevista insinuó que sentía cierta simpatía por el nuevo régimen. Al día siguiente, 13 de abril de 1939, fue arrestado y conducido a la cárcel, donde gozó de algunos privilegios, aunque los demás presos le rehuían. Fue juzgado por un tribunal militar franquista en diciembre de 1939. Tras un enérgico alegato por parte de Ignacio Arenillas de Chaves, un abogado militar extremadamente competente que había defendido a Besteiro, fue hallado no culpable. Sin embargo, el auditor general de la Región Militar del Centro rechazó el veredicto e insistió en celebrar un nuevo juicio^[10].

Melchor Rodríguez fue procesado de nuevo el 11 de mayo de 1940 por un delito que se produjo en Madrid en un momento en que él se encontraba en Valencia. Dos días antes del juicio le fue asignado un abogado defensor joven y sin experiencia al que no permitieron hablar con su cliente ni le facilitaron su expediente hasta que el proceso hubo comenzado. El juicio estuvo plagado de falsos testimonios. El fiscal, Leopoldo Huidobro Pardo, era un carlista sumamente hostil a la izquierda en general sobre todo a los anarquistas en particular, ya que había vivido algunas experiencias aterradoras en Madrid durante la guerra. Acusó a Melchor de ser un pistolero sediento de sangre y exigió la pena de muerte. Sin embargo, la pantomima se vino abajo con la aparición inesperada del general Agustín Muñoz Grandes, que habló en favor de Melchor y presentó una lista de más de dos mil personas de derechas a las que había salvado la vida. Entre ellas figuraban numerosos aristócratas y uno de los fundadores de la Falange, Raimundo Fernández Cuesta. Muñoz Grandes, como principal testigo de Melchor, superaba en jerarquía a todos los allí presentes. El 1 de marzo de 1941, la pena de muerte prevista fue conmutada a veinte años y un día en la cárcel de El Puerto de Santa María. Después, Muñoz Grandes, como capitán general de la Primera Región Militar, la conmutó a doce años y un día, lo cual le brindaba la posibilidad de la libertad condicional^[11].

Melchor Rodríguez fue uno de los pocos elementos relevantes de la Junta de Casado que permaneció en Madrid, pues creía inocentemente que, al no tener las manos manchadas de sangre, no había nada que temer. Ángel Pedrero también siguió en España tras el final de la guerra. Había recibido de Casado la considerable suma de 2500 pesetas en divisas franquistas y poseía también gran cantidad de joyas y otros objetos de valor confiscados. Después de demorar su marcha para llevarse con él a sus seres queridos, llegó al puerto de Alicante demasiado tarde para coger el último barco. Detenido en el Campo de los Almendros con doscientos de sus hombres, comentó proféticamente que estaban todos condenados por lo que sabían acerca de la Quinta Columna y sus traiciones. Las vacuas bravuconadas de quienes afirmaban haber sido quintacolumnistas serían desveladas si Pedrero seguía con vida. Fue condenado a muerte el 20 de febrero de 1940 y ejecutado por garrote vil^[12]. Otro caso es el del socialista Ricardo Zabalza, que había apoyado al Consejo en su condición de miembro del Comité Ejecutivo del PSOE. También se vio atrapado en Alicante y fue fusilado en Madrid el 24 de febrero de 1940^[13].

Después de Besteiro, el más importante de los consejeros de la Junta de Casado que cayó en manos del régimen de Franco fue el anarquista Cipriano Mera. Había huido de España el 29 de marzo de 1939 y llegó a la ciudad argelina de Orán. Albañil de profesión, se había unido a la milicia de la CNT, y durante la guerra ascendió al rango de teniente coronel y capitaneó el IV Cuerpo del Ejército. En Argelia, fue internado en un campo de concentración junto a otros refugiados españoles. Luego fueron incorporados a batallones de trabajo. Mera escapó y, tras varias aventuras, llegó a Casablanca. Detenido varias veces, fue enviado a campos de internamiento, puesto en libertad, arrestado de nuevo, interrogado, y hasta autorizado a viajar a

México. Antes de poder emprender el viaje, una petición de extradición a España fue concedida el 13 de enero de 1942. Fue entregado a las autoridades de Franco en el Marruecos español el 20 de febrero y trasladado a España en abril. En un consejo de guerra celebrado en Madrid el 26 de abril de 1942 fue acusado de rebelión militar, además de asesinatos y saqueos. Fue condenado a muerte, pero, tras unos meses, la sentencia quedó conmutada a cadena perpetua. Después de la Segunda Guerra Mundial, al reaccionar Franco a la derrota del Eje, con otros presos, Mera fue liberado provisionalmente en 1946^[14].

Los otros miembros anarquistas destacados de la Junta tuvieron más suerte que Mera y lograron escapar con Casado a Inglaterra. Teniendo en cuenta la renuencia del Gobierno británico a aceptar a refugiados republicanos, es sorprendente que algunos hombres conocidos por su papel sangriento en las checas de Madrid consiguieran asilo. José García Pradas y Manuel Salgado vivieron en Londres hasta su muerte muchos años después. García Pradas trabajó de camarero y después como uno de los locutores del servicio español de la BBC, además de ser un prolífico escritor y traductor. Salgado también trabajó en el sector de la hostelería y se convirtió en encargado de un restaurante. Juan López y su mujer vivieron en varias regiones de Inglaterra y Escocia, durante una temporada en la casa que Salvador de Madariaga tenía en Oxford. Era uno de los que se comunicaban más a menudo con Casado. Manuel González Marín y Eduardo Val no llegaron a establecerse en Inglaterra y finalmente se trasladaron a Francia^[15].

Había muchos altos mandos militares que habían respaldado a la Junta de Casado y que antes habían colaborado con los franquistas. No intentaron exiliarse al final de la guerra, convencidos de que sus servicios serían recompensados o al menos les proporcionaría algo de protección. Pese a las optimistas promesas de Casado, según el cual podrían conservar su empleo, y a las garantías de Franco de que no sufrirían persecución, fueron procesados y sentenciados a largas condenas de cárcel. Si bien pasaron menos tiempo en prisión que muchos republicanos leales, fueron expulsados del ejército con la pérdida de los derechos pasivos correspondientes, o sea, desposeídos de sus pensiones. Puesto que, al igual que a muchos, les fueron impuestas multas de acuerdo con la Ley de Responsabilidades Políticas, sus familias a menudo quedaron desamparadas. Tras su puesta en libertad, tuvieron que buscar empleo, por inapropiado que fuese. Matallana, por ejemplo, a pesar de los testimonios de miembros destacados de la Quinta Columna y el SIPM, el servicio de inteligencia de Franco, fue juzgado en agosto de 1939 y condenado a treinta años. Sin embargo, fue recompensado por sus esfuerzos, ya que, al cabo de un año, su condena fue conmutada a doce, y un año después fue puesto en libertad. Sin embargo, tuvo que dedicarse a trabajos modestos y pasó un período de estrecheces y dificultades económicas, hasta que entró en una empresa de construcción para desempeñar un puesto de jefe de sección. A pesar de sus intensos esfuerzos, nunca pudo regresar al ejército^[16].

En un caso que puso de manifiesto lo absurdo del sistema judicial franquista, Diego Medina Garijo, el médico personal de Casado, fue detenido poco después del final de la guerra y acusado por el capitán Antenor Betancourt González de haber participado en el ataque al madrileño Cuartel de la Montaña en julio de 1936, adonde en realidad había acudido en condición de médico para asistir a soldados heridos. Fue interrogado y se recabaron pruebas durante todo el verano mientras se hallaba sometido a arresto domiciliario. El tribunal recibió numerosos testimonios de otros altos mandos militares que aseguraban que había salvado muchas vidas, entre ellas la de sacerdotes, monjes y otros franquistas. Manuel Valdés Larrañaga, jefe de la Falange clandestina, realizó un entusiasta alegato sobre los servicios prestados por Medina a la Quinta Columna en materia de asistencia médica, además de facilitar documentos y certificados falsos para permitir que algunos derechistas eludieran el servicio militar y de ocultar a individuos buscados por el SIM. Hubo un testimonio igual de caluroso de Antonio Bouthelier, que lo describía como un «ferviente patriota» y alababa su papel en la conversión de Casado a la causa franquista. Julio Palacios habló en términos similares. En el consejo de guerra celebrado el 14 de agosto, el caso fue sobreesido. Sin embargo, cuatro días después se desechó la absolución y fue conducido ante un tribunal superior, donde la fiscalía solicitó para él cuatro años de cárcel.

El 29 de agosto, otro consejo de guerra volvió a absolverle. No obstante, el 9 de septiembre, el auditor de la Primera Región Militar insistió en que fuera juzgado de nuevo por «auxilio a la rebelión militar» por sus servicios al ejército republicano. No se tuvo en cuenta que no podría haber hecho todo lo que hizo por la causa franquista de no haber sido por su condición de alto mando, y fue condenado a tres años y un día. En cambio, fue puesto en libertad porque el caso reunía las condiciones generales de una amnistía para las sentencias inferiores a seis años y un día^[17]. Poco después de que Medina obtuviera el perdón, Casado escribió un testamento en el que lo nombraba custodio de sus hijos, Segismundo y María del Carmen Casado Santodomingo. En el mismo documento indicaba a sus hijos, que todavía eran niños pequeños, que rechazaran cualquier oferta de ayuda económica tanto de su hermano César como de su exmujer, María de

las Mercedes Condado y Condado, «haciéndoles saber que esta exhortación la hago a virtud de su abominable conducta para conmigo durante mi permanencia en el exilio»^[18].

El teniente coronel Antonio Garijo Hernández, segundo al mando de Matallana, había colaborado estrechamente con él en el sabotaje de las maniobras de distracción planeadas por Vicente Rojo durante la batalla del Ebro. A finales de marzo de 1939, había volado a Burgos para negociar un acuerdo de paz en nombre de Casado. Cuando fue juzgado en junio de 1940, contó con los testimonios muy favorables de miembros destacados de la Quinta Columna, del SIPM, de Antonio Bouthelier, de Diego Medina Garijo, que también estaba siendo procesado, y del viejo amigo de Franco, el general Camilo Alonso Vega. Fue condenado a seis años y perdonado por el Caudillo dos días después. Asimismo, le permitieron conservar sus derechos pasivos como oficial retirado^[19].

El teniente coronel Félix Muedra Miñón, jefe del Estado Mayor General de Matallana, fue juzgado en agosto de 1939 y condenado a treinta años de cárcel. En cuestión de un año, la condena había quedado reducida a seis, y al cabo de diez meses le fue concedida la libertad provisional. Sin embargo, al igual que Matallana, fue expulsado del ejército y perdió su pensión. En 1956, un amigo escribió a Vicente Rojo para contarle que había visto a Muedra vendiendo jabón y lejía en una tiendecita^[20].

De los casadistas que lograron escapar, fue el almirante Buiza quien mostró signos más claros de arrepentimiento por sus acciones. Tras la llegada de la flota a Bizerta, en Túnez, fue encerrado en un campo de concentración francés. Cuando fue puesto en libertad, se alistó en la Legión Extranjera Francesa. En reconocimiento a su rango en la armada republicana española, fue admitido como capitán, la segunda persona en la historia de la Legión que recibía tal honor (la otra era un miembro de la familia real danesa). Combatió contra los alemanes en el norte de África y fue ascendido a teniente coronel. Después del armisticio que siguió a la derrota francesa, Buiza se vio obligado a abandonar la Legión y viajó a Orán, donde sobrevivió vendiendo juguetes puerta a puerta hasta que consiguió empleo como contable en una fábrica de jabón. Cuando se produjo la invasión aliada del norte de África francés en noviembre de 1942, se alistó en el Corps Franc

d'Afrique

(CFA), una unidad gaullista libre que luchaba contra el régimen de Vichy. Las hazañas de Buiza contra el Afrika Korps de Rommel en la campaña de Túnez a primeros de 1943 le valieron una condecoración. Cuando la compañía pasó mayoritariamente al ejército de la Francia Libre en el verano de 1943 le pidieron que siguiera, pero no lo hizo alegando que ya había tenido suficiente. Tras esta decisión parece que había motivos de salud y su inminente boda con la directora de un colegio primario del puerto de Monstaganem en Argelia. Aun así, su nombre adornaba uno de los blindados de la División Leclerc que liberó París. Entre los españoles de la Deuxième Division Blindée del general Philippe Leclerc, Buiza era una leyenda. La mayor parte del contingente español de la división de blindados había luchado antes en el CFA. El blindado del tercer pelotón, novena compañía, llamado *Amiral Buiza* era el único bautizado con el nombre de una persona. Los demás llevaban los nombres de victorias republicanas, como *Guadalajara*, *Teruel* o *Ebro*; ninguno se llamaba *Pasionaria*, *Negrín* o *Durruti*, y desde luego ninguno tenía vinculación alguna con Casado. Después de la guerra, Buiza participó en operaciones clandestinas para llevar a colonos judíos a Palestina^[21].

Aunque no cumplió ninguna de sus promesas o predicciones y precipitó la caída de la República en las peores circunstancias imaginables, Casado, a diferencia de Buiza, jamás mostró arrepentimiento ni remordimiento alguno por sus acciones. Sin embargo, debía de ser consciente de que, lejos de salvar vidas, había facilitado la represión franquista y que decenas de miles de republicanos fueran sometidos a encarcelamientos, torturas y ejecuciones. El propio Franco había dejado claro que su esfuerzo bélico era deliberadamente lento para permitir la purga del territorio republicano. A medida que iban cayendo regiones en sus manos, se producía una salvaje represión. Esa realidad, junto con numerosas declaraciones de Franco y su Ley de Responsabilidades, dejaba meridianamente claro que el objetivo era erradicar para siempre los ideales y esperanzas estimulados por la República. Las acciones de Casado y el Consejo Nacional de Defensa ayudaron a Franco a cumplir esa ambición. Tal como escribió el socialista valenciano Eduardo Buil:

La República fue ... entregada a Franco. En España quedaron el 95 por 100 de nuestros mejores hombres, hombres de sustitución imposible que nos hacían falta para el futuro. Muchos han sido fusilados atribuyéndoles delitos monstruosos que no han cometido. Otros gimen en las cárceles o en los campos de concentración, sujetos al trato más inhumano. El juicio de la Historia será severo con los culpables del desastre final, que hubiera podido evitarse. Y que se tenía el deber histórico de

evitar a toda costa^[22].

En el exilio, Casado escribió muchas cartas que dan la impresión de que ignoraba las consecuencias negativas de su golpe. Nunca había sido dado a la autocrítica, pero puede que su complacencia se viera intensificada por el trato privilegiado que recibió en Londres. Recibía un estipendio del Comité Británico de Refugiados de España, pero gracias a la intervención del Foreign Office, su prestación se fijó a un tipo más alto que el que percibían otros beneficiarios. Cuando estalló la Segunda Guerra Mundial en septiembre de 1939, consiguió trabajo en el departamento español de la BBC. Comentaba temas militares bajo el seudónimo «Coronel Juan de Padilla». Según Ángel Viñas, el BBC World Service era «uno de los lugares en que el espionaje británico solía camuflar contactos que podían resultar útiles en el futuro». En 1939, cuando escribió la primera versión de sus memorias, *The Last Days of Madrid*, parece que recibió orientación de varios contactos del MI6 sobre el tono apropiado de estas. La versión publicada a finales de 1939, que fue redactada y traducida en tiempo récord, se vendió bien, recibió críticas favorables y marcó la pauta para la futura interpretación de los últimos días de la guerra. En enero de 1940, Denys Cowan, en su día contacto de Casado en Madrid, realizó esfuerzos a través del departamento de prensa de la embajada británica en la capital española para ayudar a su mujer, Carmen Santodomingo de Vega, a obtener un pasaporte. Pese al apoyo de dos amigos militares de Casado (los generales Juan Yagüe Blanco y Fernando Barrón y Ortiz) y del exjefe del SIPM (el coronel José Ungría Jiménez), la solicitud fue bloqueada por el falangista José Finat Escrivá de Romaní, conde de Mayalde y director general de Seguridad^[23].

A consecuencia de ello, Casado no volvería a reunirse con su esposa hasta transcurridos más de doce años desde que se separaron en Valencia en marzo de 1939. Entretanto, en 1941, Casado había iniciado una relación con Norah Purcell, una inglesa de treinta y cinco años. Era una mujer inteligente que hablaba español y francés y más tarde tradujo la correspondencia de Antoine de Saint-Exupéry. En febrero de 1939 se había divorciado de su marido, el sinólogo y funcionario colonial británico Victor Purcell, de quien se había separado en 1935^[24]. Casado, que nunca llegó a dominar el idioma inglés, vivió seis años con Norah. Tuvieron una hija, María Cristina, que falleció en 1947. Ese año Casado fue sin Norah a trabajar primero a Colombia para CICOLAC y, a partir de 1949, en Venezuela para INDULAC, ambas subsidiarias de la multinacional suiza Nestlé. El consulado británico en Bogotá recibió órdenes del Foreign Office para que le dieran todas las facilidades y su visado de entrada a Reino Unido fue ampliado para que pudiera regresar a Londres siempre que quisiera. Nunca volvió. Pese a la larga separación, seguía enamorado de Norah. Escribió frecuentes cartas a su amigo y antiguo edecán Rafael Fernández de la Calzada llenas de amor hacia la inglesa en las que le rogaba noticias de ella. Sospechaba que mantenía otra relación, y en junio de 1950 escribiría: «La duda me come la sangre». En diciembre de 1952 suplicaba noticias sobre «Norah y el Chacal», probablemente una referencia a su nuevo compañero. A finales de 1951, había llevado a su mujer y sus dos hijos a Venezuela solo porque temía que estallara la guerra en Europa. Fue una decisión de la que se arrepentiría profundamente. En una carta de diciembre de 1952, confesaba al mismo tiempo: «Mi vida familiar no es envidiable. Carmen y yo no somos compatibles y aunque nos soportamos, las cosas van tal mal que no creo llegar a un buen fin». Un año después añadiría: «Mi problema familiar cada día que pasa se complica más y he llegado a la conclusión de que, desgraciadamente, Carmen y yo somos totalmente incompatibles. Esto acabará como el rosario de la aurora. La he sugerido la conveniencia de irse a España, pero se cierra a la banda»^[25].

Su caos emocional con respecto a las mujeres de su vida era intermitente. La única constante en el exilio fue la confianza absoluta de que había actuado correctamente y de que ostentaba una posición de importancia casi a la par con Franco. A finales de agosto o principios de septiembre de 1939, escribió a Cipriano Mera, cuando muchos de sus colaboradores, como el coronel Manuel Cascón Briega, así como otros altos mandos republicanos, ya habían sido ejecutados^[26]. Un desconcertado Mera comentó: «Desbordaba su optimismo afirmando que dentro de muy poco estaríamos todos en España y recuperaríamos los militares republicanos el grado que teníamos al finalizar la guerra». Mera repuso:

admitiendo que él podía disponer de mejores fuentes de información que yo, no compartía en modo alguno sus prontas esperanzas de retorno. Añadí que si las cosas fuesen tal como me las presentaba, sería entonces conveniente nos entrevistásemos, estando yo dispuesto a ir a Londres si él lograba un visado a mi favor. No hubo respuesta, ni volví a recibir de Casado ninguna carta más^[27].

Las cartas de Casado a Rafael Fernández de la Calzada son inmensamente reveladoras en muchos

sentidos. Uno en particular es que siempre lo trataba de «tú» de manera bastante condescendiente, mientras que, durante los treinta años de voluminosa correspondencia, Calzada lo trató respetuosamente de «usted». Otras cartas emanaban megalomanía y autocompasión en igual medida. En marzo de 1940 escribió a Franco, como si fuesen homólogos, expresando su tristeza por la ejecución del coronel Antonio Escobar y comentando con tibieza que había faltado «Vuestra Excelencia a la palabra dada en las concesiones de paz»^[28]. En noviembre de 1945, escribió al exministro anarquista Juan López afirmando que había conseguido que Franco perdonara la vida a Rafael Henche y al hermano de Manuel Irujo. Envío a López una copia de un telegrama al Caudillo en el que solicitaba el perdón para el anarquista valenciano Sigfrido Catalá «Lohengrin», que era secretario general de CNT y jefe del comité madrileño de Alianza Nacional de Fuerzas Democráticas. Había sido detenido en Madrid en diciembre de 1945 y condenado a muerte en julio de 1946. El telegrama de Casado decía: «Segismundo Casado a Generalísimo Franco: Ruego a S.E. indulte pena muerte a Sigfrido Catalá. Su honestidad y hombría de bien le hacen acreedor a la petición que hago». Más tarde, la condena fue conmutada a treinta años de cárcel. No se sabe si el telegrama de Casado tuvo alguna influencia en la decisión de Franco^[29].

En una carta a Juan López fechada el 9 de abril de 1941 expresaba, como había hecho con Mera, un enorme optimismo por la inminente caída de Franco. Reveló una inmensa autosatisfacción por sus logros, así como su disposición a regresar a España como parte de un Gobierno autoritario. Suponía continuamente que desempeñaría un papel destacado, si no esencial, en el régimen que sustituyera a la dictadura franquista.

Si lo que se pretende hacer es seguir la vieja política, con todos sus vicios y resabios, yo estaré enfrente de ella. Si, por el contrario, se decide el país, que le gobiernen enérgica, honrada y limpiamente, seré un batallador modesto pero decidido, en esa empresa. Yo no soy capaz de formar en las filas de pandillas de políticos y politicastos desaprensivos. Cuando salí de España, era un hombre, singularmente dinámico, y violento por temperamento. Lo que he visto en el exilio, el clima de Inglaterra y posiblemente los años, son factores que han contribuido notoriamente en la rectificación de mi modo de ser. Es posible que la acción del sol de España me vuelva a mi modo de ser. Cuando hago examen de mi vida, no me arrepiento de lo mucho que he trabajado y sufrido, en mi modesto campo de acción, a pesar de escasísima labor realizada. Pero, puedo asegurarte, que no me desgastaré estérilmente. Durante toda mi vida he derrochado energías, sin preocuparme de mí; he sido demasiado generoso en el trabajo, frente al egoísmo de los demás; por cada hombre agradecido, he encontrado cien ingratos; por cada hombre desinteresado, miles que no buscaban sino la satisfacción de sus bastardas apetencias^[30].

Un rasgo habitual de la correspondencia de Casado es su narcisismo. El 1 de enero de 1947, Casado envió a Juan López una carta que ponía de manifiesto la perspicacia de Konni Zilliacus en 1939 cuando dijo aquello de que «era un iluso con sentimientos grandilocuentes e ideas exaltadas sobre sí mismo». Ocho años después del desastre que supuso el final de la guerra, Casado escribió: «Creo que si los españoles no somos capaces de hacer la paz por nosotros mismos, nadie nos la hará. Yo con hombres de buena voluntad quise hacer la Paz en el 39 y fracasé. Por meterme a Redentor *por poco* me crucifican»^[31]. Su sensación de ser indispensable para una España posfranquista se revelaba en una carta enviada a finales de primavera o principios de verano de 1949 a Rafael Fernández de la Calzada. En ella le pedía que informara al Gobierno republicano exiliado en París de que

el problema de España no está en las manos de Franco y la Falange. La llave está en manos del Ejército. Este no accederá a ninguna solución que no le merezca garantía absoluta, para su nómina y su vida. Tengo informes fidedignos de que sin mi intervención, no están dispuestas a tratar con vistas a una solución. Nuestros políticos no les inspiran confianza, porque no les creen capaces de cumplir sus compromisos para un cambio de régimen, no por falta de deseos sino por falta de entereza para imponerlos^[32].

En marzo de 1949, escribió a Fernández de la Calzada en unos términos que dejaban entrever el altísimo concepto que tenía de sí mismo, pero también abordó lo que él consideraba la naturaleza de su relación con el Gobierno británico:

Me informan de París que los ingleses por fin se han dado cuenta de que la única solución que les queda para un arreglo con Franco soy yo. Me avisan que seguramente dentro de un par de meses me hagan proposiciones para mi regreso a Londres. Si esto es cierto, me lo pensaré mucho. Durante 10 años he permanecido íntegro y no estoy dispuesto a que me quemen^[33].

Tres meses después, aunque la llamada de Whitehall no había llegado, escribió a Fernández de la Calzada con una confianza inamovible:

En estos días, estoy muy solicitado por los amigos de allí. Insisten en que debo regresar a Londres, porque mi puesto, según ellos, está allí, en estos momentos. Si me decidiera a ir, me darían toda clase de facilidades para viajar y vivir en Londres, sin preocupaciones económicas. Me he negado decididamente. Eso podrían haberlo pensado en 1947 cuando me dejaron partir^[34].

Dos semanas después, escribía con arrogancia similar sobre el que insinuaba que era un acercamiento de representantes diplomáticos británicos:

Aquí me han hablado del mismo asunto. A mí no me interesa hablar con grupos o grupitos, más o menos solventes. Aprendí mucho allá. Una de las cosas que aprendí mejor es hacerme respetar y exigir que se me trate con la debida consideración. No estoy dispuesto a dialogar con camarillas. Si me consideran indispensable para una solución —de la que estoy convencido hace mucho tiempo— que me lo digan; pero no por una indirecta, sino de cara y francamente. Aquí tienen un representante a quien conozco y con el que no tendré inconveniente en discutir y acordar; pero, al otro juego, no me presto^[35].

Durante sus primeros años de exilio, Casado estuvo en contacto con Indalecio Prieto, Salvador de Madariaga, Juan López y otras figuras republicanas también exiliadas, e incluso con el heredero al trono, don Juan de Borbón. A medida que sus esperanzas se iban desvaneciendo, sus referencias a Franco se volvieron más insultantes, un síntoma habitual de la impotencia republicana. En 1954 había empezado a llamar «Paco» al dictador. En marzo de 1956, en respuesta a las revueltas estudiantiles en España, se refirió a él como «Paco el Corto». En agosto, su optimismo se reavivó, y comentaba con deleite:

Hace unos días la prensa de aquí a grandes titulares dio la noticia de que se iba a formar un Directorio militar para relevar a Franco y daban los nombres de los Capitanes Generales de Cataluña, Burgos y Granada y con este triunvirato yo como Presidente. No tengo para qué decirte el revuelo que se armó aquí, pues en dicha información (procedente de Portugal) añadía que yo había marchado a España.

Es más que probable que la prensa venezolana hubiera recibido información del propio Casado o de uno de sus compinches. Sin embargo, en octubre aseguraba que nunca había esperado cambio político alguno en España. Dada su frustración por la permanente supervivencia de Franco, en julio de 1959 lo calificaba como «el JUDÍO ENANO» (las mayúsculas son suyas)^[36].

Tanto su optimismo inicial acerca de la caída inminente de Franco como sus esperanzas de desempeñar un papel clave en la España posfranquista quedaron en nada. A finales de los años cincuenta ya no hablaba de un regreso triunfal a España para sustituir a Franco. Su salud estaba deteriorándose debido a problemas de pulmón y próstata, que se sumaban a sus intermitentes afecciones gástricas. Cada vez le costaba más viajar por Venezuela como hacía antes. Cuando se planteó hablar con sus jefes sobre posibles cambios en sus pautas laborales, reveló su antisemitismo subyacente al mencionar su «mentalidad judía», y protestó en unos términos igualmente iracundos: «No me acostumbro a soportar las molestias y las impertinencias de los familiares». En 1957, sabedor de que el general Rojo había vuelto a España, empezó a pensar en realizar los preparativos para su propio regreso^[37]. Hubo varios problemas. En mayo de 1944 había sido condenado en ausencia a doce años y un día de cárcel. Aunque no tuviera que cumplirlos, necesitaba dinero suficiente para vivir, cosa que su pensión de Nestlé no permitía. Ello descartaba Londres como opción. También barajó la alternativa de instalarse en Portugal o Tánger. En enero de 1960 había decidido regresar a España. En septiembre de 1960 escribió: «Tengo la garantía de que el régimen no me molestará y la impresión de que hay régimen para rato. Lo que piensen de mí en el bando republicano me tiene sin cuidado». Sin

embargo, el 4 de mayo de 1961 escribió que sus amigos en España le habían aconsejado que no volviera porque sería detenido en cuanto pisara el aeropuerto de Barajas. Dos meses después le informaron de que el Ministerio de la Guerra tenía intención de enjuiciarlo. No obstante, pese a los temores de que si volviera la izquierda al poder sería un objetivo para los comunistas, él y su mujer partieron hacia Barcelona en septiembre de 1961^[38].

Todo fue bien hasta junio de 1962, cuando cometió el error de solicitar una pensión militar por los servicios prestados entre 1911 y 1939. Esto desencadenó una investigación sobre su pasado como republicano y francmasón. El proceso duró hasta 1965. Recibió un trato relativamente benevolente por sus servicios durante la Guerra Civil y en su defensa resaltó su anticomunismo y su triunfo sobre Negrín. A la postre se retiraron los cargos de rebelión militar, pero se mantuvo la condena de doce años y un día por haber sido francmasón. No fue encarcelado, pero sí sometido a un breve arresto domiciliario, y perdió la posibilidad de sus deseados derechos pasivos como militar. Durante todo ese tiempo, su salud y sus balances bancarios fueron a peor. Padecía asma crónica, además de problemas de próstata y cardíacos. En 1966 sufrió un infarto leve. Para resolver sus dificultades económicas, se le ocurrió relanzar las memorias que había publicado en Londres en 1939, primero en una serie de artículos en el periódico *Pueblo* y luego en formato de libro^[39].

El 1 de abril de 1967, escribió a Fernández de la Calzada:

Como compensación de aquella porquería de libro que escribí en Londres que, aparte de carecer de documentación, no tenía ni pies ni cabeza, ahora he decidido escribir un libro verdaderamente histórico, para el que tengo suficientes fichas, que estoy seguro se venderá como pan bendito, porque aparte de su interés histórico y dramático, será el primer libro de los muchos que se han escrito que será imparcial.

Asombrosamente, dos meses después Casado volvía a escribirle para anunciar que había finalizado el libro. Fernández de la Calzada no se sorprendió tanto de la rapidez con que lo terminó como de las palabras de José del Río, amigo de Casado y exmiembro del CND, que le dijo: «Va a ser soportado por una organización o departamento del Gobierno español». Escribió a Casado advirtiéndole que se convertiría en una marioneta del aparato propagandístico del régimen de Franco. Casado respondió con tristeza que su situación económica no le dejaba alternativa. Si lo escribía como él deseaba, se vería obligado a abandonar España. Por tanto, debía publicarse en el país «con todos los grandes inconvenientes que lleva consigo, pero para que tenga éxito necesito, tal como está la situación, que me den facilidades y esto no puedo conseguirlo más que transigiendo. ¿Qué otra cosa puedo hacer?». El grueso del texto fue publicado por entregas en *Pueblo*, el periódico vespertino de los sindicatos verticales del Movimiento, entre el 28 de octubre y el 14 de noviembre de 1967. Salió en formato de libro a mediados de 1968, meses antes de su muerte, que se produjo el 18 de diciembre. En el texto no se hacía referencia a sus contactos con la Quinta Columna y los servicios de espionaje franquistas en los meses previos al golpe. En mayor grado que la versión inglesa anterior, con la que tenía mucho en común, el libro pretendía demostrar que Negrín era un títere de Moscú. Pese a sus alardeos en el exilio sobre su vuelta triunfal a España para sustituir a Franco, las actividades de Casado a su regreso, al igual que antes de marcharse, supusieron un servicio al Caudillo^[40].

El día después de que el aspirante a redentor abandonara España, Negrín se dirigió a la Diputación Permanente de las Cortes Republicanas con una defensa coherente de su política que contrastaba sobremanera con lo que había intentado hacer Casado:

Resistir ¿para qué? ¿Para entrar triunfalmente en Burgos? Nunca hemos hablado ni pensado en ello. Señores, proclamar una política de resistencia implica el confesar que no se cuenta con medios para aplastar al enemigo, pero que causas superiores obligan a luchar hasta lo último, y para ello es necesario estimular y alentar el ánimo bélico de los combatientes. Nosotros defendíamos cosas esenciales para nuestro país, porque considerábamos que España en manos de Franco marchaba a su perdición y hundimiento ... Mi arraigado convencimiento me decía que había que resistir para salvar nuestro país, y que había que resistir también para no perecer, porque era ciego el que no viera que el triunfo de nuestros enemigos significaba el aniquilamiento de todos los que estaban luchando a nuestro lado. Había que salvarles, por ellos pero también por el interés de España, ya que si nosotros hubiéramos triunfado no se hubiera seguido una política de represalias ni de persecuciones, pues esa era la orientación que seguía el Gobierno con el beneplácito de la opinión pública; pero si en España

se sigue, como se está haciendo ahora, con la política persecutoria de los primeros meses de la guerra, se irá al hundimiento, porque el germen de rencores y de odios que dejará tras de sí, será de tal naturaleza que su huella no desaparecerá ... Era esto lo que constituía la base de la política de resistencia. Seis u ocho meses más de resistencia, que eran posibles, hubieran forzado a nuestros enemigos a cambiar de rumbo y de orientación y el resultado de la guerra hubiera sido distinto^[41].

A continuación, Negrín comentó el golpe de Casado con detalle. Finalmente, demostró que sus esperanzas de resistir para salvar a más republicanos se habían visto tan frustradas por el golpe del coronel Casado como por el propio Franco. Más triste que enojado, declaró:

Desgraciadamente lo que ha sucedido es una lamentable prueba de que la política del Gobierno era la única que se podía seguir. Quien se entrega a la merced de un enemigo sin compasión ni espíritu de clemencia, ya se sabe siempre que está perdido, y nosotros no estábamos obligados a entregarnos. Aún podíamos resistir y aguantar y esa era nuestra obligación. Era obligación y necesidad el quedarse allí para salvar a los que ahora van a pasar a campos de concentración o van a ser asesinados.

Gracias a Casado, el final de la República sucedió «en los términos de catástrofe y de vergüenza en que se ha producido»^[42].

Negrín no era el único que creía que la resistencia habría sido posible. Incluso después de la caída de Cataluña, Claude Bowers, el embajador de Estados Unidos, escribió al periodista Louis Fischer, amigo de Negrín, relatando sus esfuerzos «enfáticos» por conseguir que el presidente Roosevelt levantara el embargo a la venta de armas a la República. Había bombardeado al presidente con cartas y mensajes en los que afirmaba que, manteniendo el embargo, estaban dando prioridad «a la ilegalidad y contribuyendo al éxito de las potencias agresoras o fascistas». Y añadía: «Creo que se habría levantado el embargo de no ser por la caída de Barcelona. Eso generó una nueva situación y planteó la pregunta de si merecía la pena. Personalmente, si siguen luchando en la zona centro, creo que vale la pena». En la intervención del 31 de marzo de 1939 ante la Diputación Permanente de las Cortes en París, en la que Negrín denunció las acciones de Casado y justificó su política de resistencia, se lamentó de que no hubiesen llegado suministros de armamento, sin los cuales había sido imposible defender Barcelona. En este sentido, Bowers escribió a Fischer comentando la enorme superioridad de los suministros del Eje a Franco, y apostilló: «Cabe señalar que durante dos meses y medio, Chamberlain y Bonnet se esforzaron como nunca para impedir que llegaran armas al Gobierno legítimo»^[43].

Con ánimo muy distinto a la obsesión que tenía Casado consigo mismo y su amargo resentimiento por el destino que había corrido, en el exilio a Negrín le preocupaba sobre todo el bienestar de los demás exiliados. Por eso organizó el envío de fondos a Francia, lo que permitiría la creación del Servicio de Evacuación de los Refugiados Españoles. El grueso de dichos fondos fue secuestrado por Prieto, pero el SERE consiguió ayudar a unos 10 000 refugiados republicanos, a los que sufragó el traslado a México, el alojamiento y el mantenimiento a su llegada y la financiación inicial para crear pequeños negocios^[44]. Durante la Segunda Guerra Mundial luchó contra viento y marea para restablecer la unidad republicana con la esperanza de poder plantear a los Aliados una alternativa viable a Franco. Todavía en Francia, si bien mantuvo la legitimidad de su Gobierno, la autoridad que le quedaba se había visto socavada por la Diputación Permanente de las Cortes, que se había declarado la única institución republicana legítima. Cuando el Gobierno británico autorizó a regañadientes su entrada en Inglaterra en 1940, le fue prohibida su participación en actividades políticas. El Gobierno, desesperado por no incomodar al régimen franquista, cuya neutralidad buscaba, le presionó continua e infructuosamente para que se marchara^[45]. Este no es lugar para comentar las complejas y amargas relaciones entre los líderes políticos exiliados y, en especial, en el seno del PSOE. Basta decir que los esfuerzos de Negrín se vieron frustrados y su carrera política terminó en agosto de 1945, cuando no fue invitado a participar en el primer Gobierno en el exilio^[46].

Después, Negrín se dedicó a empresas culturales y científicas y a su familia. Al igual que Casado, padecía frecuentes problemas gástricos y cardíacos, pero ahí acababan las similitudes. A diferencia del hipersensible Casado, Negrín realizó un esfuerzo constante por mantener una relación cordial con todas aquellas personas con las que tenía que tratar. Estas incluían a quienes le habían traicionado, como el general Miaja, a quienes le habían decepcionado, como el general Rojo, e incluso a quienes le habían dado la espalda, como era el caso de Indalecio Prieto. Durante los últimos diecisiete años de su existencia vivió felizmente con su

compañera Feliciano López. Además, mantuvo una relación cordial con su esposa, Marie Fiedelmann, de la que se había separado en los años veinte, por el interés común que representaban sus hijos^[47].

El 5 de septiembre de 1952, cuatro años antes de morir, Negrín escribió desde México a su amigo, el periodista estadounidense Herbert Matthews, quien le había preguntado por sus conversaciones en Londres con George Orwell, fallecido en 1950. Negrín habló abiertamente sobre los que consideraba sus errores y los de otros:

España era un tema de conversación frecuente, a menudo en relación con los acontecimientos diarios de la guerra mundial, y a veces se rememoraban episodios pasados de nuestra guerra civil. Ahora recuerdo que, cuando se tocaba este punto, Orwell estaba ansioso por preguntar por la política, tanto interna como externa, del Gobierno que yo dirigía; los cambios que introduje en la gestión de la guerra; nuestros problemas y dificultades; los numerosos errores que más tarde supe que había cometido y que le confesé con franqueza, aunque algunos fueron inevitables y los hubiera vuelto a cometer, incluso teniendo experiencia previa; nuestra manera de lidiar con la heterogénea mezcla de partidos, sindicatos y grupos disidentes incompatibles, además de los «Gobiernos» locales y regionales, en su mayoría inconstitucionales, con los que tuvimos que tratar; nuestra política exterior, en especial nuestras relaciones con Rusia, teniendo en cuenta que la URSS era la única gran potencia que nos apoyaba internacionalmente y estaba dispuesta a proporcionarnos, siempre que pagáramos en efectivo (nunca exigimos nada gratis a nadie), las armas necesarias; las causas de nuestra derrota, que, a mi juicio, cosa que mantengo, obedeció más que a la escasez de armamento, a nuestra inmensa incompetencia, a nuestra falta de moral, a las intrigas, envidias y divisiones que corrompieron la retaguardia y, por último, pero no por ello menos importante, a nuestra inmensa cobardía (cuando digo «nuestra», no me refiero, por supuesto, a los valientes que lucharon hasta la muerte o sobrevivieron a toda suerte de sufrimientos, ni a los pobres y hambrientos civiles. Me refiero a «nosotros», los líderes irresponsables, quienes, incapaces de impedir una guerra que no era inevitable, nos rendimos despreciablemente cuando todavía se podía seguir luchando y ganar. Y no hago distinciones en el «nosotros». Al igual que el pecado original, hay solidaridad en la responsabilidad, y el único bautismo que puede lavar nuestra imagen es reconocer nuestros errores y pecados comunes)^[48].

Cuesta imaginar a Casado realizando una autocrítica tan dura.

Juan Simeón Vidarte escribía sobre el final de la guerra: «La historia trágica de la rendición de Madrid enseñó al mundo que Negrín y la ejecutiva del partido teníamos razón: no existía, desgraciadamente, otra política que la de resistir»^[49]. Cuando el *Sinaia* llegó al puerto mexicano de Veracruz cargado de exiliados, en un costado del barco se veía una enorme pancarta que rezaba: «Negrín tenía razón».

Bibliografía

FUENTES PRIMARIAS

Fuentes inéditas

Archivo de la Fundación Juan Negrín
Archivo General Militar de Ávila (AGMAV), Archivo Rafael Fernández de la Calzada y Ferrer
Archivo General Regional de Murcia, Archivo Juan López Sánchez
Archivo Histórico de la Fundación Pablo Iglesias
Archivo Histórico del Partido Comunista de España (AHPCE)
Archivo Histórico Nacional (Madrid):
Archivo General Rojo (AHN, AGR)
Archivo Marcelino Pascua (AHN)
Causa General
Documentos de Sir George Young (colección particular)
Hansard, *House of Commons Debates*, 5.^a serie
Hoover Institution, Bolloten Collection, Documentos de Miaja
The National Archives (Londres)
Cabinet Office Papers
FO 371 General Correspondence
FO 425 Confidential Prints

Colecciones publicadas de documentos oficiales y discursos

Álvarez, Santiago, *Negrín, personalidad histórica. Documentos*, en: *Obra completa*, Madrid, Ediciones de la Torre, 1994.
Documentos inéditos para la historia del Generalísimo Franco, vol. 1, Madrid, Fundación Nacional Francisco Franco, 1992.
Documents on British Foreign Policy, 3.^a serie, vol. IV, Londres, HMSO, 1951.
Foreign Relations of the United States 1940, vol. II, Washington, Government Printing Office, 1957.
Franco Bahamonde, Francisco, *Palabras del Caudillo, 19 abril diciembre 1942 1937-7*, Madrid, Ediciones de la Vicesecretaría de Educación Popular, 1943.
Negrín, Juan, *Textos y discursos políticos*, en: Enrique Moradiellos, ed., Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales y Fundación Juan Negrín, 2010.
Negrín, Juan, et al., *Documentos políticos para la historia de la Republica Española*, México D. F., Colección Málaga, 1945.

Diarios, cartas y memorias de los protagonistas

Álvarez del Vayo, Julio, *Battle Freedom's*, Londres, Heinemann, 1940.
—, *The Last Optimist*, Londres, Putnam, 1950.
Ansó, Mariano, *Yo fui ministro de Negrín*, Barcelona, Planeta, 1976.

- Arenillas de Chaves, Ignacio, *El Proceso de Besteiro*, Madrid, Revista de Occidente, 1976.
- Arnaiz, Aurora, *Retrato hablado de Luisa Julián*, Madrid, Compañía Literaria, 1996.
- Azaña, Manuel, *Obras completas*, 4 vols., México D. F., Ediciones Oasis, 1966-1968.
- , *Apuntes de memoria inéditos y cartas 1938-1939-1940*, Enrique de Rivas (ed.), 2 vols., Valencia, Pre-Textos, 1990.
- , *Obras completas*, Santos Juliá, ed., 7 vols., Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales/Taurus, 2008.
- Azcárate, Pablo de, *Mi embajada en Londres durante la guerra civil española*, Barcelona, Ariel, 1976.
- , *En defensa de la República. Con Negrín en el exilio*, Barcelona, Crítica, 2010.
- Banac, Ivo, ed., *The Diary of Georgi Dimitrov*, New Haven, Yale University Press, 2003.
- Besteiro, Julián, *Marxismo y antimarxismo*, Madrid, Gráfica Socialista, 1935.
- , *Obras completas*, 3 vols., Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1983.
- , *Cartas desde la prisión*, Madrid, Alianza Editorial, 1988.
- Bouthelier, Antonio, y José López Mora, *Ocho días de revuelta comunista. Madrid marzo 1939 5-13*, Madrid, Editora Nacional, 1940.
- Caba Guijarro, Juan, *Mil gritos tuvo el dolor en el campo de «Albatera»*, Ciudad Real, Imprenta Angama, 1983.
- Cadogan, sir Alexander, *The Diaries of Sir Alexander Cadogan 1938-1945*, David Dilkes, ed., Londres, Cassell, 1971.
- Carrillo, Santiago, *Memorias*, 2.^a ed., Barcelona, Planeta, 2006.
- Carrillo, Wenceslao, *El último episodio de la guerra civil española. Marzo de 1939*, Toulouse, Juventudes Socialistas Españolas, 1945.
- Casado, Coronel Segismundo, *The Last Days of Madrid. The End of the Spanish Republic*, Londres, Peter Davies, 1939.
- , *Así cayó Madrid. Último episodio de la guerra civil española*, Madrid, Guadiana de Publicaciones, 1968.
- Casanova, Manuel, *La guerra de España. El Frente Popular abrió las puertas a Franco*, Barcelona, Editorial Fontamara, 1978.
- Castro Delgado, Enrique, *Hombres made in Moscú*, Barcelona, Luis de Caralt, 1965.
- Causa General, *La dominación roja en España*, Madrid, Ministerio de Justicia, 1945.
- Cervera Valderrama, Almirante Juan, *Memorias de Guerra (1936-1939)*, Madrid, Editora Nacional, 1968.
- Cordón, Antonio, *Trayectoria (Recuerdos de un artillero)*, París, Colección Ebro, 1971.
- , *Trayectoria (Recuerdos de un artillero)*, Sevilla, Espuela de Plata, 2008.
- Dallin, Alexander, y Fridrikh Igorevich Firsov, eds., *Dimitrov and Stalin: Letters from the Soviet Archives (Annals of Communism) 1934-1943*, New Haven, Yale University Press, 2000.
- Domínguez Aragonés, Edmundo, *Los vencedores de Negrín*, 2.^a ed., México D. F., Ediciones Roca, 1976.
- Encinas Moral, Ángel L., ed., *Las causas de la derrota de la República española. Informe elaborado por Stoyán Mínev (Stepanov), Delegado en España de la Komintern (1937-1939)*, Madrid, Miraguano Ediciones, 2003.
- Falcón, Irene, *Asalto a los cielos. Mi vida junto a Pasionaria*, Madrid, Temas de Hoy, 1996.
- Ferrándiz Alborz, F., *La bestia contra España. Reportaje de los últimos días de la guerra española y los primeros de la bestia triunfante*, Montevideo, CISA, 1951.
- Fischer, Louis, *Men and Politics. An Autobiography*, Londres, Jonathan Cape, 1941.
- Gallego, Gregorio, «La CNT acuerda sublevarse contra el Doctor Negrín», en: *Historia y Vida*, Extra, n.º 4 (1974).
- Gallego, Gregorio, *Madrid, corazón que se desangra*, Madrid, G. del Toro, 1976.
- García Pradas, José, *Cómo terminó la guerra de España*, Buenos Aires, Ediciones Imán, 1940.

- , *Rusia y España*, París, Ediciones Tierra y Libertad, 1948.
- , *¡Teníamos que perder!*, Madrid, G. del Toro, 1974.
- Gómez Serrano, Eliseo, *Diarios de la guerra civil (1936-1939)*, Alicante, Universidad de Alicante, 2008.
- Guzmán, Eduardo de, *Madrid rojo y negro. Milicias confederales*, Barcelona, Editorial Tierra y Libertad, 1938.
- , *La muerte de la esperanza*, Madrid, G. del Toro, 1973.
- , *El año de la victoria*, Madrid, G. del Toro, 1974.
- , *Nosotros, los asesinos (Memorias de la guerra de España)*, Madrid, G. del Toro, 1976.
- Hernández, Jesús, *La grande trahison*, París, Fasquelle Editeurs, 1953.
- , *Yo fui un ministro de Stalin*, Madrid, G. del Toro, 1974.
- Hidalgo de Cisneros, Ignacio, *Cambio de rumbo (Memorias)*, 2 vols., Bucharest, Colección Ebro, 1964.
- Hodgson, Sir Robert, *Spain Resurgent*, Londres, Hutchinson, 1953.
- Ibárruri, Dolores, *En la lucha. Palabras y hechos 1936-1939*, Moscú, Editorial Progreso, 1968.
- , et al., *Guerra y revolución en España 1936-39*, 4 vols., Moscú, Editorial Progreso, 1966-1977.
- , *El único camino*, Madrid, Editorial Castalia, 1992.
- Lamonedá, Ramón, *Posiciones políticas-Documentos-Correspondencia*, México D. F., Roca, 1976.
- Largo Caballero, Francisco, *Mis recuerdos: cartas a un amigo*, México D. F., Editores Unidos, 1954.
- , *Obras completas*, 16 vols., Madrid, Barcelona, Fundación Largo Caballero/Instituto Monsa, 2003-2009.
- , *El único camino*, Madrid, Editorial Castalia, 1992.
- Líster, Enrique, *Nuestra guerra*, París, Colección Ebro, 1966.
- , *¡Basta! Una aportación a la lucha por la recuperación del Partido*, 2.^a ed., Madrid, G. del Toro, 1978.
- López, Juan, *Una misión sin importancia (memorias de un sindicalista)*, Madrid, Editora Nacional, 1972.
- Martínez Barrio, Diego, *Memorias*, Barcelona, Planeta, 1983.
- Martínez Paricio, Jesús I., coord., *Los papeles del general Vicente Rojo. Un militar de la generación rota*, Madrid, Espasa Calpe, 1989.
- Martínez Saura, Santos, *Memorias del secretario de Azaña*, Barcelona, Planeta, 1999.
- Méndez, Rafael, *Caminos inversos. Vivencias de ciencia y guerra*, México D. F., Fondo de Cultura Económica, 1987.
- Mera, Cipriano, *Guerra, exilio y cárcel de un anarcosindicalista*, París, Ruedo Ibérico, 1976.
- Modesto, Juan, *Soy del Quinto Regimiento (Notas de la guerra española)*, París, Colección Ebro, 1969.
- Morla Lynch, Carlos, *España sufre. Diarios de guerra en el Madrid republicano*, Sevilla, Editorial Renacimiento, 2008.
- Pérez Salas, Coronel Jesús, *Guerra en España (1936 a 1939)*, México D. F., Imprenta Grafos, 1947.
- Prieto, Indalecio, *Cómo y por qué salí del Ministerio de Defensa Nacional. Intrigas de los rusos en España (Texto taquigráfico del informe pronunciado el 9 de agosto de 1938 ante el Comité Nacional del Partido Socialista Obrero Español)*, México D. F., Impresos y Papeles, S. de R. L., 1940.
- , *Yo y Moscú*, Mauricio Carlavilla, prólogo, coment. y notas, Madrid, Editorial Nos, 1960.
- , *Cartas a un escultor. Pequeños detalles de grandes sucesos*, Buenos Aires, Editorial Losada, 1961.
- , *Convulsiones de España. Pequeños detalles de grandes sucesos*, 3 vols., México D. F., Oasis, 1967-1969.
- , *Palabras al viento*, 2.^a ed., México D. F., Ediciones Oasis, 1969.
- Prieto, Indalecio, y Negrín, Juan, *Epistolario Prieto y Negrín. Puntos de vista sobre el desarrollo y consecuencias de la guerra civil española*, París, Imprimerie Nouvelle, 1939.
- Prieto, Indalecio, y Toribio Echevarría, *Epistolario 1941-1946*, Eibar, Ego Ibarra, 1991.

- Rodríguez Chaos, Melquesidez, *24 años en la cárcel*, París, Colección Ebro, 1968.
- Rodríguez Vega, José, *Notas autobiográficas*, en: *Estudios de Historia Social*, Madrid, n.º 30 (julio-septiembre de 1984), pp. 267-346.
- Rojo, General Vicente, *Así fue la defensa de Madrid*, México D. F., Ediciones Era, 1967.
- , *¡Alerta los pueblos! Estudio político-militar del período final de la guerra española*, 2.ª ed., Barcelona, Ariel, 1974.
- , *España heroica: diez bocetos de la guerra española*, 3.ª ed., Barcelona, Ariel, 1975.
- Rojo, Vicente, *Historia de la guerra civil española*, Barcelona, RBA Libros, 2010.
- Rosal, Amaro del, *Historia de la UGT de España 1901-1939*, 2 vols., Barcelona, Grijalbo, 1977.
- , «El Tesoro del Vita», *Historia* 16, n.º 95.
- Sánchez-Guerra, Rafael, *Mis prisiones*, Buenos Aires, Editorial Claridad, 1946.
- Sanz, Ricardo, *Los que fuimos a Madrid. Columna Durruti 26 División*, Toulouse, Imprimerie Dulaurier, 1969.
- Tagüeña Lacorte, Manuel, *Testimonio de dos guerras*, México D. F., Ediciones Oasis, 1973.
- Togliatti, Palmiro, *Opere 1935-1944*, Roma, Editori Riuniti, 1979.
- , *Escritos sobre la guerra de España*, Barcelona, Crítica, 1980.
- Valdés Larrañaga, Manuel, *De la Falange al Movimiento (1936-1952)*, Madrid, Fundación Nacional Francisco Franco, 1994.
- Vázquez Ocaña, Fernando, *Pasión y muerte de la Segunda República española*, París, Editorial Norte, 1940.
- , *Pasión y muerte de la Segunda República española*, 2.ª ed., Madrid, Biblioteca de la Cátedra del Exilio/Fondo de Cultura Económica de España, 2007.
- Vidal Zapater, José Manuel, *Los Llanos (Albacete) 1939*, Madrid, manuscrito inédito, 1994.
- Vidarte, Juan Simeón, *Todos fuimos culpables*, México D. F., Fondo de Cultura Económica, 1973.
- Zugazagoitia, Julián, *Guerra y vicisitudes de los Españoles*, 2.ª ed., 2 vols., París, Librería Española, 1968.

FUENTES SECUNDARIAS

- Aguilera Gómez, Ángel, *La historia silenciada (1930-1989)*, Almería, Instituto de Estudios Almerienses, 1990.
- Aguilera Povedano, Manuel, *Compañeros y camaradas. Las luchas entre antifascistas en la Guerra Civil española*, Madrid, Actas Editorial, 2012.
- Alcofar Nassaes, José Luis, *Los asesores soviéticos en la Guerra Civil española: los mejicanos*, Barcelona, Dopesa, 1971.
- Alía Miranda, Francisco, *La guerra civil en la retaguardia. Conflicto y revolución en la provincia de Ciudad Real (1936-1939)*, Ciudad Real, Diputación Provincial, 1994.
- Álvarez, Santiago, *Los Comisarios Políticos en el Ejército Popular de la República*, Sada-A Coruña, Ediciós do Castro, 1989.
- , *Osorio-Tafall. Su personalidad, su aportación, su historia*, Sada-A Coruña, Ediciós do Castro, 1992.
- , *Negrín, personalidad histórica. Biografía*, en: *Obra completa*, 2 vols., Madrid, Ediciones de la Torre, 1994.
- Ambou, Juan, *Los comunistas en la resistencia nacional republicana (La guerra en Asturias, el País Vasco y Santander)*, Madrid, Editorial Hyspamérica, 1978.
- Arasa, Daniel, *Entre la cruz y la República. Vida y muerte del general Escobar*, Barcelona, Styria, 2008.
- Aróstegui, Julio, *Largo Caballero: El tesón y la quimera*, Barcelona, Debate, 2013.
- Aznar, Manuel, *Historia militar de la guerra de España*

(1936-1939)

, Madrid, Ediciones Idea, 1940.

Bahamonde Magro, Ángel, *Madrid 1939. La conjura del coronel Casado*, Madrid, Ediciones Cátedra, 2014.

—, y Javier Cervera Gil, *Así terminó la guerra de España*, Madrid, Marcial Pons, 1999.

Benavides, Manuel D., *La escuadra la mandan los cabos*, 2.^a ed., México D. F., Ediciones Roca, 1976.

Blanco Escolá, Carlos, *Vicente Rojo, el general que humilló a Franco*, Barcelona, Planeta, 2003.

Blas Zabaleta, Patricio de, y Eva Blas Martín-Merás, *Julián Besteiro. Nadar contra corriente*, Madrid, Algaba Ediciones, 2002.

Bolloten, Burnett, *The Spanish Civil War: Revolution and Counterrevolution*, Hemel Hempstead, Harvester Wheatsheaf, 1991.

Broué, Pierre, y Émile Temime, *The Revolution and the Civil War in Spain*, Londres, Faber & Faber, 1972.

Cervera Gil, Javier, *Madrid en guerra. La ciudad clandestina 1936-1939*

, Madrid, Alianza Editorial, 2006.

Cervera Valderrama, Almirante Juan, *Memorias de Guerra (1936-1939)*

, Madrid, Editora Nacional, 1968.

Cierva, Ricardo de la, *1939 Agonía y victoria (El protocolo 277)*, Barcelona, Planeta, 1989.

—, *La victoria y el caos. A los sesenta años del 1 de abril de 1939*, Madrid, Editorial Fénix, 1999.

Corral, Pedro, *Desertores. La guerra civil que nadie quiere contar*, Barcelona, Debate, 2006.

Cruanyes, Josep, *El papers de Salamanca. del patrimoni documental de Catalunya L'espoliació*

, Barcelona, Edicions 62, 2003.

Cuevas Gutiérrez, Tomasa, *Cárcel de mujeres (1939-1945)*

, 2 vols., Barcelona, Sirocco Books, 1985.

Domingo, Alfonso, *El ángel rojo. La historia de Melchor Rodríguez, el anarquista que detuvo la represión en el Madrid republicano*, Córdoba, Editorial Almuzara, 2009.

Dunthorn, David J., *Britain and the Spanish Anti-Franco Opposition, 1940-1950*

, Londres, Palgrave, 2000.

Durand, Romain, *De Giraud à de Gaulle: Le Corps franc d'Afrique*

, París, Harmattan, 1999.

Elorza, Antonio, y Marta Bizcarrondo, *Queridos Camaradas. La Internacional Comunista y España, 1919-1939*

, Barcelona, Planeta, 1999.

Español Bouché, Luis, *Madrid 1939. Del golpe de Casado al final de la guerra civil*, Madrid, Almena Ediciones, 2004.

Fernández Díaz, Victoria, *El exilio de los marinos republicanos*, Valencia, Universitat de València, 2009.

Fraser, Ronald, *Blood of Spain: The Experience of Civil War 1936-1939*

, Londres, Allen Lane, 1979.

—, *Las dos guerras de España*, Barcelona, Crítica, 2012.

Gabarda Cebellán, Vicent, *Els afusellaments al País Valencià (1938-1956)*

, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, 1993.

Gabriel, Pere, *Historia de la UGT. Un sindicalismo de guerra*, Madrid, Siglo XXI

, 2011.

García Bilbao, Pedro Alberto; Xulio García Bilbao, y P. Carlos Paramio Roca, *La represión franquista en Guadalajara*, Guadalajara, Foro por la Memoria de Guadalajara/Ediciones Silente, 2010.

García Corachán, Manuel, *Memorias de un presidiario (en las cárceles franquistas)*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2005.

García Fernández, Javier, ed., *25 militares de la República*, Madrid, Ministerio de la Defensa, 2011.

Graham, Helen, *Socialism and War: The Spanish Socialist Party in Power and Crisis*,

- 1936-1939
, Cambridge, Cambridge University Press, 1991.
- , *The Spanish Republic at War 1936-1939*
, Cambridge, Cambridge University Press, 2002.
- , *The Spanish Civil War. A Very Short Introduction*, Oxford, Oxford University Press, 2005.
- , *The War and its Shadow. Long Civil War in Long Twentieth Century Spain's Europe's*
, Brighton, Sussex Academic Press/Cañada Blanch, 2012.
- Grisoni, Dominique, y Gilles Herzog, *Les brigades de la mer*, París, Grasset, 1979.
- Hernández Sánchez, Fernando, *Guerra o revolución. El Partido Comunista de España en la guerra civil*, Barcelona, Crítica, 2010.
- Howson, Gerald, *Aircraft of the Spanish Civil War 1936-1939*
, Londres, Putnam, 1990.
- , *Arms for Spain. The Untold Story of the Spanish Civil War*, 2.^a ed., Nueva York, St. Martin's Press, 1999.
- Iglesias, Ignacio, *La fase final de la guerra civil (De la caída de Barcelona al derrumbamiento de Madrid)*, Barcelona, Planeta, 1977.
- Íñiguez, Miguel, *Enciclopedia histórica del anarquismo español*, 3 vols., Vitoria, Asociación Isaac Puente, 2008.
- Jackson, Gabriel, *The Spanish Republic and the Civil War*, Princeton, NJ, Princeton University Press, 1965.
- , *Juan Negrín. Spanish Republican War Leader*, Brighton, Sussex Academic Press, 2010.
- Jackson, Gabriel, y Víctor Alba, *Juan Negrín*, Barcelona, Ediciones B., 2004.
- Juárez, Javier, *Comandante Durán. Leyenda y tragedia de un intelectual en armas*, Barcelona, Debate, 2008.
- Lacruz, Francisco, *El alzamiento, la revolución y el terror en Barcelona*, Barcelona, Librería Arysel, 1943.
- Lamo de Espinosa, Emilio, y Manuel Contreras, *Filosofía y política en Julián Besteiro*, 2.^a ed., Madrid, Editorial Sistema, 1990.
- Langhorne, Richard, ed., *Diplomacy and Intelligence during the Second World War*, Cambridge, Cambridge University Press, 2003.
- Llarch, Joan, *Negrín. ¡Resistir es vencer!*, Barcelona, Planeta, 1985.
- Lorenzo, César M., *Los anarquistas españoles y el poder*, París, Ruedo Ibérico, 1972.
- Mainar Cabanes, Eladi, «
L'exili
del coronel Casado amb el Consell de Defensa pel port de Gandia després de la cerca infructuosa d'una
pau pactada», en: José Miguel Santacreu Soler, ed., *Una presó amb vistes al mar. El drama del Port, Març de 1939 d'Alacant*
, Valencia, Tres i Quatre, 2008, pp.
115-156
.
- Mainar Cabanes, Eladi; José Miguel Santacreu Soler, y Robert Llopis, *Gandia i el seu port, març de 1939. El penúltim acte de la Segona República Espanyola*, Gandía, CEIC Alfons el Vell, 2010.
- , *La agonía de la II República*, Valencia, La Xara, 2014.
- Mainar Cabanes, Eladi; José Miguel Santacreu Soler, y Ricard Camil Torres Fabra, «El parany dels darrers dies de la guerra al port d'Alacant
», en: José Miguel Santacreu Soler, ed., *Una presó amb vistes al mar. El drama del Port, Març de 1939 d'Alacant*
, Valencia, Tres i Quatre, 2008, pp.
157-195
.
- Majuelo, Emilio, *La generación del sacrificio. Ricardo Zabalza*

1898-1940

, Tafalla, Editorial Txalaparta, 2008.

Martín Nieto, Isaac, «Anarcosindicalismo, resistencia y grupos de afinidad. La comisión de propaganda confederal y anarquista

(1937-1939)

», *El Futuro del Pasado*, n.º 1 (2010), pp.

597-611

Martínez Bande, José Manuel, *Los cien últimos días de la República*, Barcelona, Luis de Caralt, 1973.

—, *La campaña de Cataluña*, Madrid, Editorial San Martín, 1979.

—, *El final de la guerra civil*, Madrid, Editorial San Martín, 1985.

—, *La batalla del Ebro*, 2.ª ed., Madrid, Editorial San Martín, 1988.

Martínez Leal, Juan, *República y guerra civil en Cartagena (1931-1939)*

, Murcia, Universidad de Murcia/Ayuntamiento de Cartagena, 1993.

Matthews, Herbert L., *The Education of a Correspondent*, Nueva York, Harcourt Brace, 1946.

—, *A World in Revolution. A Memoir*

Newspaperman's

, Nueva York, Charles

Scribner's

Sons, 1971.

—, *Half of Spain Died. A Reappraisal of the Spanish Civil War*, Nueva York, Charles Scribner's

Sons, 1973.

Matthews, James, *Reluctant Warriors - Republican Popular Army and Nationalist Army Conscripts in the Spanish Civil War, 1936-1939*

, Oxford, Oxford University Press, 2012.

—, «“The Vanguard of Sacrifice”? Political Commissars in the Republican Popular Army during the Spanish Civil War,

1936-1939

», en: *War In History*, vol. 21, n.º 82 (2014).

Mesquida, Evelyn, *La Nueve. Los españoles que liberaron París*, Barcelona, Ediciones B, 2008.

Míguez, Alberto, *El pensamiento filosófico de Julián Besteiro*, Madrid, Taurus, 1971.

Millares Cantero, Sergio, recop., *Juan Negrín el estadista. La tranquila energía de un hombre de Estado*, Las Palmas, Fundación Juan Negrín, 2005.

Mintz, Frank, y Graham Kelsey, eds., *Consejo Nacional de Defensa*, Madrid, Cuadernos de la Guerra Civil, Fundación Salvador Seguí, 1989.

Miralles, Ricardo, *Juan Negrín. La República en guerra*, Madrid, Ediciones Temas de Hoy, 2003.

Moorehead, Caroline, *Martha Gellhorn, A Life*, Londres, Chatto & Windus, 2003.

—, ed., *Selected Letters of Martha Gellhorn*, Londres, Chatto & Windus, 2006.

Mora, Constanca de la, *In Place of Splendour*, Nueva York, Harcourt, Brace & Co., 1939.

Moradiellos, Enrique, *Neutralidad benévola. El Gobierno británico y la insurrección militar española de 1936*, Oviedo, Pentalfa Ediciones, 1990.

—, *La perfidia de Albión, el Gobierno británico y la guerra civil española*, Madrid, Siglo XXI

, 1996.

—, *El refugio de Europa. Las dimensiones internacionales de la guerra civil española*, Barcelona, Ediciones Península, 2001.

—, *Juan Negrín López*

1892-1956

, Santa Cruz de Tenerife, Parlamento de Canarias, 2005.

—, *Don Juan Negrín López*, Barcelona, Ediciones Península, 2006.

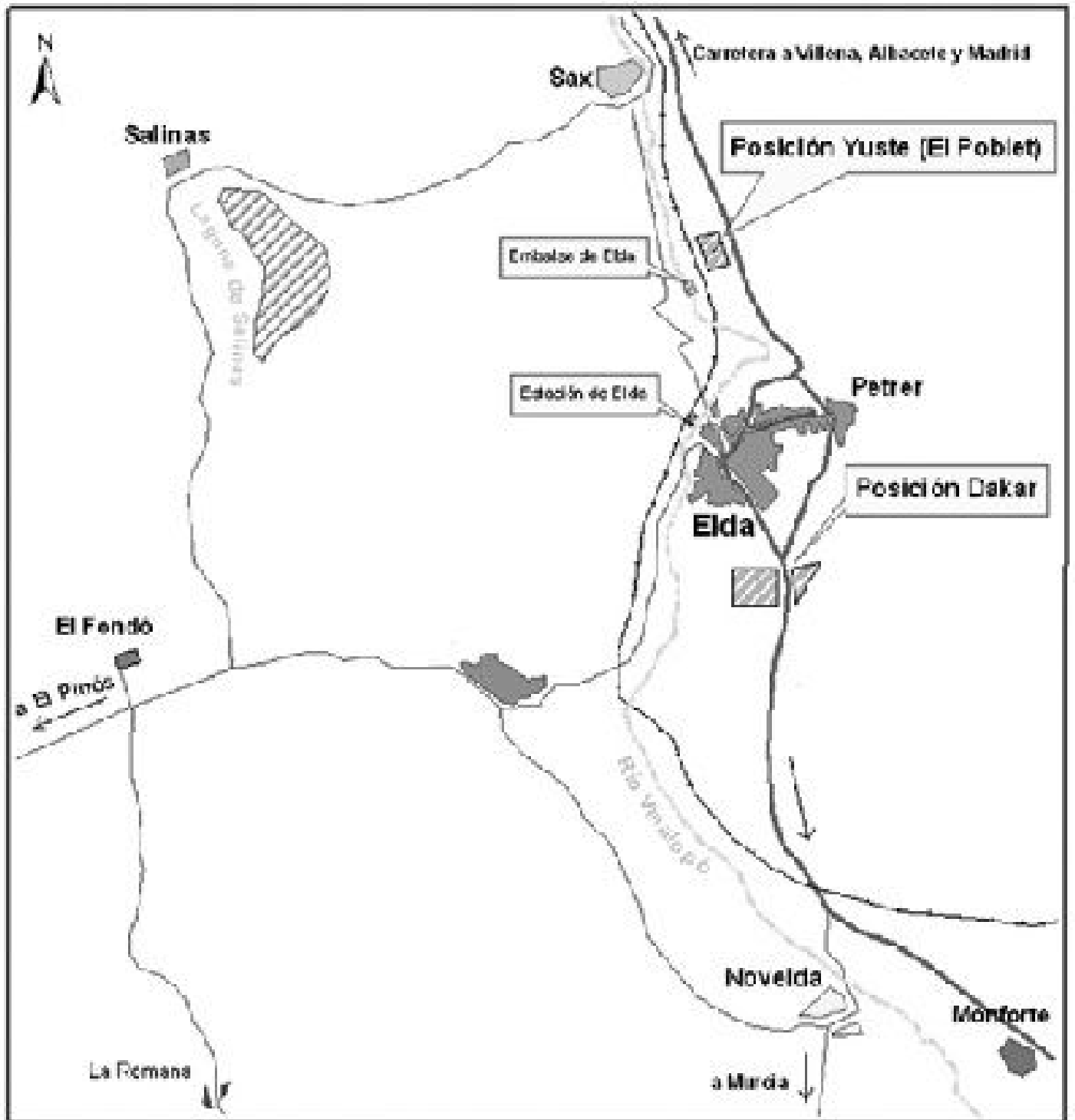
—, *La guerra de España*

(1936-1939)

, Barcelona, RBA, 2012.

- Moreno de Alborán y de Reyna, Fernando, y Salvador Moreno de Alborán y de Reyna, *La guerra silenciosa y silenciada. Historia de la campaña naval durante la guerra de 1936-39*, 4 vols., Madrid, Gráficas Lormo, 1998.
- Moreno Gómez, Francisco, *La guerra civil en Córdoba (1936-1939)*, Madrid, Alpuerto, 1985.
- Negrín, Carmen, et al., *Juan Negrín el estadista. La tranquila energía de un hombre de Estado*, Las Palmas, Fundación Juan Negrín, 2005.
- Pàgès i Blanch, Pelai, dir., *La repressió franquista al País Valencià. Primera trobada de la Comissió de la veritat d'investigadors*, Valencia, Tres i Quatre, 2009.
- Peirats, José, *La CNT en la revolución española*, 2.^a ed., 3 vols., París, Ediciones Ruedo Ibérico, 1971.
- Pernau, Josep, *Diario de la caída de Cataluña*, Barcelona, Ediciones B, 1989.
- Pike, David Wingeate, *France Divided. The French and the Civil War in Spain*, Brighton/Portland/Toronto, Sussex Academic Press/Cañada Blanch, 2011.
- , *Vae Victis! Los republicanos españoles refugiados en Francia 1939-1944*, París, Ruedo Ibérico, 1969.
- Preston, Paul, *The Coming of the Spanish Civil War*, Londres, Routledge, 1994.
- , *¡Comrades! Portraits from the Spanish Civil War*, Londres, HarperCollins, 1999. [Hay trad. cast.: *Las tres Españas del 36*, Barcelona, DeBolsillo, 2011].
- , *Botxins i repressors. Els crims de Franco i dels franquistes*, Barcelona, Editorial Base, 2006.
- , *The Spanish Civil War. Reaction, Revolution, Revenge*, Londres, HarperCollins, 2006. [Hay trad. cast.: *La Guerra Civil Española*, Barcelona, Debate, 2006, ed. rev].
- , *We Saw Spain Die. Foreign Correspondents in the Spanish Civil War*, Londres, Constable, 2008. [Hay trad. cast.: *Idealistas bajo las balas*, Barcelona, Debate, 2007].
- , *The Spanish Holocaust. Inquisition and Extermination in Twentieth Century Spain*, HarperCollins, Londres; W. W. Norton, Nueva York, 2011. [Hay trad. cast.: *El holocausto español*, Barcelona, Debate, 2011].
- Puell de la Villa, Fernando, *Gutiérrez Mellado. Un militar del siglo XX (1912-1995)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1997.
- Quirosa-Cheyrrouze y Muñoz, Rafael, *Política y guerra civil en Almería*, Almería, Editorial Cajal, 1986.
- Ramos, Vicente, *La guerra civil en la provincia de Alicante (1936-1939)*, 3 vols., Alicante, Ediciones Biblioteca Alicantina, 1973.
- Rodríguez Barreira, Óscar J., *Migas con miedo. Prácticas de resistencia al primer franquismo. Almería, 1939-1953*, Almería, Editorial Universidad de Almería, 2008.
- Rodríguez Gutiérrez, Cristina Elia, *Julio Álvarez Del Vayo y Olloqui: Biografía política de un socialista heterodoxo*, tesis doctoral inédita, Madrid, Universidad Nacional de Educación a Distancia, 2013.
- Rodríguez López, Sofía, «Vidas cruzadas. Las mujeres antifascistas y el exilio interior/exterior», en: *Arenal: Revista de historia de mujeres*, vol. 19, n.º 1 (2012).
- Rodríguez Patiño, Ana Belén, *La guerra civil en Cuenca II, La pugna ideológica y la revolución (1936-1939)*, Madrid, Universidad Complutense, 2004.
- Rojo, José Andrés, *Vicente Rojo. Retrato de un general republicano*, Barcelona, Tusquets Editores, 2006.
- Romero, Luis, *El final de la guerra*, Barcelona, Ariel, 1976.
- Rovighi, Alberto, y Filippo Stefani, *La partecipazione italiana alla guerra civile Spagnola*, 2 vols., Roma, Ufficio Storico dello Stato Maggiore dell'Esercito, 1992-1993.

- Saborit, Andrés, *Julián Besteiro*, Buenos Aires, Losada, 1967.
- , *El pensamiento político de Julián Besteiro*, Madrid, Seminarios y Ediciones, 1974.
- Salas Larrazábal, Ramón, *Historia del Ejército Popular de la República*, 4 vols., Madrid, Editora Nacional, 1973.
- Sánchez Recio, Glicerio, et al., *Guerra civil y franquismo en Alicante*, Alicante, Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, 1991.
- Santacreu Soler, José Miguel, ed., *Una presó amb vistes al mar. El drama del Port, Març de 1939 d'Alacant*, Valencia, Tres i Quatre, 2008.
- Sevilla Andrés, Diego, *Historia política de la zona roja*, Madrid, Editora Nacional, 1954.
- Spriano, Paolo, *Storia del Partito comunista: I fronti popolari, Stalin, la guerra italiano III*, Turín, Giulio Einaudi Editore, 1976.
- Starinov, A. K., *Behind Fascist Lines. A First-hand Account of Guerrilla Warfare during the Spanish Revolution*, Nueva York, Ballantine Books, 2001.
- Tuñón de Lara, Manuel, *La España del siglo XX*, 2.^a ed., París, Librería Española, 1973.
- Tuñón de Lara, Manuel; Ricardo Miralles, y Bonifacio N. Díaz Chico, *Juan Negrín López. El hombre necesario*, Las Palmas, Gobierno de Canarias, 1996.
- Vadillo Muñoz, Julián, *Mauro Bajatierra. Anarquista y periodista de acción*, Madrid, La Malatesta Editorial, 2011.
- , *El movimiento obrero en Alcalá de Henares*, Madrid, Silente Académica, 2013.
- Valero Escandell, José Ramón, «El final de la II República: La Posición Yuste», en: *Tiempo de historia*, año VII, n. 83 (1 de octubre de 1981), pp. 36-49.
- , *El territorio de la derrota. Los últimos días del Gobierno de la II República en el Vinalopó*, Petrer, Centre d'Estudis Locals del Vinalopó, 2004.
- Vanni, Ettore, *Io comunista in Russia*, Bolonia, Capelli Editore, 1948. [Hay trad. cast.: *Yo, comunista en Rusia*, Madrid, Ediciones Destino, 1950].
- Vázquez-Rial, Horacio, *El soldado de porcelana*, Barcelona, Ediciones B, 1997.
- Vilanova, Antonio, *Los olvidados: los exilados españoles en la segunda guerra mundial*, París, Ruedo Ibérico, 1969.
- Villamea, Luis F., *Gutiérrez Mellado: Así se entrega una victoria*, Madrid, Fuerza Nueva Editorial, 1996.
- Villarroya i Font, Joan, *Els bombardeigs de Barcelona durant la guerra civil (1936-1939)*, 2.^a ed., Barcelona, Publicacions de L'Abadia de Montserrat, 1999.
- Viñas, Ángel, *El honor de la República. Entre el acoso fascista, la hostilidad británica y la política de Stalin*, Barcelona, Crítica, 2009.
- , «Playing with History and Hiding Treason: Colonel Casado's Untrustworthy Memoirs and the End of the Spanish Civil War», en: *Bulletin of Spanish Studies: Hispanic Studies and Researches on Spain, Portugal and Latin America*, vol. 91, n.º 1-2 (2014), pp. 295-323.
- , y Fernando Hernández Sánchez, *El desplome de la República*, Barcelona, Crítica, 2009.
- Volodarsky, Boris, *Soviet Intelligence Services in the Spanish Civil War, 1936-1939*, Londres, tesis doctoral inédita, LSE, 2010.



Mapa de la «Posición Yuste» y la «Posición Dakar», en Elda (Alicante), junto a la carretera, la línea ferroviaria y el aeródromo del Fondó, cerca de Monóvar.





Dos vistas de la «Posición Yuste», donde se instaló Negrín a su vuelta a España tras la caída de Cataluña.



Una de las casas de la «Posición Dakar», donde vivió la dirección del PCE tras la caída de Cataluña hasta el golpe de Casado



Entrada al refugio antiaéreo del aeródromo El Fondó de Monóvar



Reunión de dirigentes del PSOE durante la Segunda República española. Sentados de izquierda a derecha: Indalecio Prieto, Nikolai Ostrovsky (delegado comercial soviético), Francisco Largo Caballero y Fernando de los Ríos. De pie, de

izquierda a derecha: Marcelino Pascua, Julián Zugazagoitia, Juan Negrín y Luis Araquistáin



Funeral del general Lukacs, junio de 1937. De izquierda a derecha: Julio Álvarez del Vayo, José Díaz, Juan Negrín, Indalecio Prieto, Jesús Hernández, el general Rojo y Pedro Rico.



General Rojo



El general Rojo.



Negrín dirigiéndose a la Sociedad de Naciones, el 14 de septiembre de 1937.



Negrín, Azaña y Rojo en las calles de Barcelona, en la primavera de 1937.



De izquierda a derecha, Negrín, Azaña, Miaja y El Campesino pasan revista a las tropas en Alcalá de Henares en noviembre de 1937.



Negrín con el entonces coronel Líster en el frente.



Negrín con el coronel Antonio Cerdá.



Negrín, con el general Rojo y un oficial republicano en el frente de Bellmunt (Lérida).



Sentados en la tribuna, de izquierda a derecha, Martínez Barrio, Azaña y Negrín, en la despedida de las Brigadas Internacionales.



Feli López, compañera de Negrín desde 1926 hasta su muerte en 1956.



Muestra de la amistad entre Juan Negrín y el general Vicente Rojo. En plena guerra se trasladan a Francia, donde está la familia de Rojo, para asistir al bautizo de la hija recién nacida del general, Maria Dolores, apadrinada por el mismo presidente del gobierno. El nacimiento se produjo el 29 de septiembre de 1938 y el bautizo fue pocos días después.



Huida de la población hacia el exilio tras la caída de Cataluña en el paso fronterizo de Le Perthus.



Casado en su exilio londinense con Norah Purcell, y la hija de ambos, María Cristina.



El anarquista Melchor Rodríguez, el «ángel rojo», en octubre de 1937 con su hija y su mujer, herida en un bombardeo franquista.



Eduardo Val, líder de las milicias anarquistas.



El coronel Segismundo Casado con el general Miaja.



La madrugada del 6 de marzo, desde los sótanos del Ministerio de Hacienda en Madrid, Besteiro y Casado se dirigen a la población.



Un Madrid en ruinas recibe la victoriosa entrada de las tropas franquistas.





El *Stanbrook* fue el último barco en salir de Alicante. Hasta 2638 refugiados se abarrotaban en él.



El *Sinaia* es el barco mítico de la emigración a México. Al llegar al puerto de Veracruz, una pancarta colgaba de uno de sus lados con la leyenda: «Negrín tenía razón».

Notas

[1] José García Pradas, *Cómo terminó la guerra de España*, Buenos Aires, Ediciones Imán, 1940, p. 50. [<<](#)

[2] Herbert L. Matthews, *A World in Revolution. A Memoir Newspaperman's*
, Nueva York, Charles
Scribner's
Sons, 1971, p. 45. [<<](#)

[3] Marcelino Pascua, «Semblanza de Juan Negrín», Archivo Histórico Nacional, Archivo Marcelino Pascua (citado en adelante como: AHN, AMP), caja 1, carpeta 12, p. 3. [<<](#)

[4] Ángel Bahamonde Magro, *Madrid 1939. La conjura del coronel Casado*, Madrid, Ediciones Cátedra, 2014, pp. 15-16.
· [<<](#)

[5] Juan-Simeón Vidarte, *Todos fuimos culpables*, México D. F., Fondo de Cultura Económica, 1973, p. 857. [<<](#)

[6] Ernest Hemingway, «Preface», en: Gustav Regler, *The Great Crusade*, Nueva York, Longmans Green, 1940, p. VII. [<<](#)

[7] En relación con el golpe de Casado, la crónica más completa es la de Ángel Viñas y Fernando Hernández

Sánchez, *El desplome de la República*, Barcelona, Crítica, 2009. Para la reacción de Santiago Carrillo, véase *Memorias*, 2.^a ed., Barcelona, Planeta, 2006, p. 319. Sobre la reputación de Casado en aquella época, véase Julián Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los Españoles*, 2 vols., París, Librería Española, 1968, vol. II, pp. 194-195

. <<

[8] Carrillo, *Memorias*, p. 299; Francisco-Félix Montiel, *Un coronel llamado Segismundo. Mentiras y misterios de la guerra de Stalin en España*, Madrid, Criterio-Libros, 1998, pp.

82-83

. Sobre las relaciones británicas con Casado, véase Ángel Viñas, «Playing with History and Hiding Treason: Colonel

Casado's

untrustworthy "memoirs" and the end of the Spanish Civil War», en: *Bulletin of Spanish Studies: Hispanic Studies and Researches on Spain, Portugal and Latin America*,

91:1-2

(2013), pp.

295-323

. Para una refutación de la acusación que aseguraba que Casado era un agente británico, véase Michael Alpert, *The Republican Army in the Spanish Civil War*

1936-1939

, Cambridge, Cambridge University Press, 2013, pp.

283-284

. <<

[9] Manuel Tagüeña Lacorte, *Testimonio de dos guerras*, México D. F., Ediciones Oasis, 1973, p. 308. <<

[10] Allen a Fischer, 30 de julio de 1962, documentos de Jay Allen. <<

[11] Coronel Casado, *Así cayó Madrid. Último episodio de la guerra civil española*, Madrid, Guadiana de Publicaciones, 1968, pp.

65-67

,

78-80

; Ángel Viñas, «Segismundo Casado López. Coronel», en: Javier García Fernández, ed., *25 militares de la República*, Madrid, Ministerio de la Defensa, 2011, pp.

213-218

; Bahamonde, *Madrid 1939*, pp.

38-46

. <<

[12] Montiel, *Un coronel llamado Segismundo...*, pp.

88-93

; Carlos Blanco Escolá, *Vicente Rojo, el general que humilló a Franco*, Barcelona, Planeta, 2003, pp. 236-237

. [<<](#)

[13] Edmundo Domínguez Aragonés, *Los vencedores de Negrín*, 2.^a ed., México D. F., Ediciones Roca, 1976, pp.

28-30

. [<<](#)

[14] Fernando Rodríguez Miaja, *Testimonios y remembranzas. Mis recuerdos de los últimos meses de la guerra de España*, México D. F., Imprenta de Juan Pablos, 1997, p. 168. [<<](#)

[15] Segismundo Casado, *The Last Days of Madrid*, Londres, Peter Davies, 1939, pp.

V-VI

. [<<](#)

[16] Ricardo de la Cierva, *1939. Agonía y victoria (El protocolo 277)*, Barcelona, Planeta, 1989, p. 75. [<<](#)

[17] Jesús I. Martínez Paricio, coord., *Los papeles del general Vicente Rojo. Un militar de la generación rota*, Madrid, Espasa Calpe, 1989, p. 112. [<<](#)

[18] Dolores Ibárruri, *El único camino*, Madrid, Castalia, 1992, p. 582. [<<](#)

[19] Ángel L. Encinas Moral, ed., *Las causas de la derrota de la República española. Informe elaborado por Stoyán Minev (Stepanov), Delegado en España de la Komintern (1937-1939)*

, Madrid, Miraguano Ediciones, 2003, p. 214. [<<](#)

[20] Antonio Boutheliey y José López Mora, *Ocho días de revuelta comunista. Madrid marzo 1939*

5-13

, Madrid, Editora Nacional, 1940, pp.

5-6

. [<<](#)

[21] Fernando Vázquez Ocaña, *Pasión y muerte de la Segunda República española*, 2.^a ed., Madrid, Biblioteca de la Cátedra del Exilio/Fondo de Cultura Económica de España, 2007, pp.

89-93

. [<<](#)

[22] Helen Graham, *Socialism and War: The Spanish Socialist Party in Power and Crisis, 1936-1939*

, Cambridge, Cambridge University Press, 1991, p. 158; Vázquez Ocaña, *Pasión y muerte...*, pp.

104-107

. [<<](#)

[23] Indalecio Prieto, *Cómo y por qué salí del Ministerio de Defensa Nacional. Intrigas de los rusos en España (Texto taquigráfico del informe pronunciado el 9 de agosto de 1938 ante el Comité Nacional del Partido Socialista Obrero Español)*, México D. F., Impresos y Papeles, S. de R. L., 1940, pp.

94-96

; Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes...*, pp.

84-85

; Vidarte, *Todos fuimos culpables*, pp.

845-866

. [<<](#)

[24] Gerald Howson, *Arms for Spain. The Untold Story of the Spanish Civil War*, 2.^a ed., Nueva York, St. Martin's

Press, 1999, pp.

130-135

,
234-235

; Helen Graham, *The Spanish Republic at War*

1936-1939

, Cambridge, Cambridge University Press, 2002, pp.

317-318

; Dominique Grisoni y Gilles Herzog, *Les brigades de la mer*, París, Grasset, 1979, p. 121; José Luis Alcofar Nassaes, *Los asesores soviéticos en la Guerra Civil española: los mejicanos*, Barcelona, Dopesa, 1971, pp.

92-94

. [<<](#)

[25] En Praga, en otoño de 1959, Vicente Uribe escribió una serie de informes para las historias oficiales del PCE y la Guerra Civil que estaban siendo recopiladas en aquel momento. Dichos informes contienen importantes recuerdos sobre los últimos estadios de la guerra, y pueden hallarse en el Archivo Histórico del Partido Comunista de España, AHPCE, Dirigentes/Vicente Uribe/Escritos/Artículos/27/3.4, Extenso Informe (citado en adelante como: Uribe, «Informe»). Aquí, Uribe, «Informe», p. 62. [<<](#)

[26] Enrique Moradiellos, *Don Juan Negrín López*, Barcelona, Ediciones Península, 2006, p. 412; Manuel Azaña, *Obras completas*, 4 vols., México D. F., Ediciones Oasis, 1966-1968, vol. III, pp. 477, 537. [<<](#)

[27] Antonio Elorza y Marta Bizcarrondo, *Queridos Camaradas. La Internacional Comunista y España, 1919-1939*, Barcelona, Planeta, 1999, pp. 422-423. [<<](#)

[28] Tagüeña, *Testimonio...*, p. 205. [<<](#)

[29] Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes...*, vol. II, p. 214; General Vicente Rojo, *¡Alerta los pueblos! Estudio político-militar del período final de la guerra española*, 2.^a ed., Barcelona, Ariel, 1974, p. 66. [<<](#)

[30] Vicente Rojo, Informe, 20 de septiembre de 1938, Barcelona, Archivo Histórico Nacional, Archivo General Rojo (citado en adelante como: AHN, AGR), caja 2/4, pp. 1-5. [<<](#)

[31] *Ibid.*, pp. 6-9. [<<](#)

[32] Ángel Viñas, «Mitos que se derrumban, controversias que se aclaran», en: Sergio Millares Cantero, recop., *Juan Negrín el estadista. La tranquila energía de un hombre de Estado*, Las Palmas, Fundación Juan Negrín, 2005, pp. 88-89; Howson, *Arms for Spain...*, pp. 242-243; Ángel Viñas, *El honor de la República. Entre el acoso fascista, la hostilidad británica y la política de Stalin*, Barcelona, Crítica, 2009, pp. 436-451. [<<](#)

[33] Rojo, Informe, 20 de septiembre de 1938, AHN, AGR, caja 2/4, pp.

10-15

. [<<](#)

[34] José Manuel Martínez Bande, *La batalla del Ebro*, 2.^a ed., Madrid, Editorial San Martín, 1988, pp.

252-268

. [<<](#)

[35] Helen Graham, «

Casado's

ghosts: demythologising the end of the Spanish Republic», en: *Bulletin of Spanish Studies: Hispanic Studies and Researches on Spain, Portugal and Latin America*, 89:

7-8

(2012), pp.

263-264

. [<<](#)

[36] Pedro Corral, *Desertores. La guerra civil que nadie quiere contar*, Barcelona, Debate, 2006, pp.

285-340

; Graham, *The Spanish Republic at War...*, pp.

373-379

. [<<](#)

[37] Vidarte, *Todos fuimos culpables*, p. 885. [<<](#)

[38] Moradiellos, *Don Juan Negrín...*, pp.

406-407

. [<<](#)

[39] Rafael Méndez, *Caminos inversos. Vivencias de ciencia y guerra*, México D. F., Fondo de Cultura Económica, 1987, pp.

170-171

. [<<](#)

[40] *Documents on German Foreign Policy (DGFP)*, serie D, vol. III, pp.

760-761

,
767-768
,
775-779
,
782-788
, 802. [<<](#)

[41] Rojo, *¡Alerta los pueblos!...*, pp.
102-105

,
123-124

,
212-214

; José Manuel Martínez Bande, *La campaña de Cataluña*, Madrid, Editorial San Martín, 1979, pp.
41-60
. [<<](#)

[42] Herbert L. Matthews, *The Education of a Correspondent*, Nueva York, Harcourt Brace, 1946, pp.
147-149
. [<<](#)

[43] *Idem*, *A World in Revolution...*, p. 47. [<<](#)

[1] Manuel Aguilera Povedano, *Compañeros y camaradas. Las luchas entre antifascistas en la Guerra Civil española*, Madrid, Actas Editorial, 2012, pp. 249-250

. [<<](#)

[2] Julián Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los Españoles*, 2 vols., París, Librería Española, 1968, vol. II, p. 131; Indalecio Prieto, *Convulsiones de España. Pequeños detalles de grandes sucesos*, 3 vols., México D. F., Oasis, 1967-1969, vol. III, pp. 223-225; Juan-Simeón Vidarte, *Todos fuimos culpables*, México D. F., Fondo de Cultura Económica, 1973, pp. 764-765, 786. [<<](#)

[3] Segismundo Casado, *The Last Days of Madrid*, Londres, Peter Davies, 1939, pp. 51-52

; Ramón Salas Larrazábal, *Historia del Ejército Popular de la República*, 4 vols., Madrid, Editora Nacional, 1973, vol. II, pp. 2286-2287; Michael Alpert, *The Republican Army in the Spanish Civil War 1936-1939*, Cambridge, Cambridge University Press, 2013; Antonio Cordon, *Trayectoria (Recuerdos de un artillero)*, Sevilla, Espuela de Plata, 2008, pp. 559-560. [<<](#)

[4] Francisco-Félix Montiel, *Un coronel llamado Segismundo. Mentiras y misterios de la guerra de Stalin en España*, Madrid, Criterio-Libros, 1998, pp. 26, 108-109. [<<](#)

[5] *El Socialista* (22, 24 de febrero de 1931); Partido Socialista Obrero Español, *Convocatoria y orden del día para el XIII Congreso Ordinario*, Madrid, Gráfica Socialista, 1932, pp. 77-83; Andrés Saborit, *Julián Besteiro*, Buenos Aires, Losada, 1967, pp. 200-203. [<<](#)

[6] *El Socialista* (25, 26, 28, 30 de enero de 1934); *Boletín de la Unión General de Trabajadores* (febrero de 1934); Gabriel Mario de Coca, *Anti-Caballero: una crítica marxista de la bolchevización del Partido Socialista Obrero Español*, Madrid, Ediciones Engels, 1936, pp. 137-142
; Paul Preston, *The Coming of the Spanish Civil War: Reform, Reaction and Revolution in the Second Spanish Republic, 1931-1936*, 2.^a ed., Londres, Routledge, 1994, pp. 137-138
[hay trad. cast.: *La destrucción de la democracia en España: reforma, reacción y revolución en la Segunda República*, Barcelona, Grijalbo-Mondadori, 2001, pp. 193-195]. <<

[7] Saborit, Julián Besteiro, p. 251; Prieto, *Convulsiones...*, vol. III, pp. 331-332
. <<

[8] Preston, *The Coming...*, pp. 113-115
. <<

[9] Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes...*, vol. I, p. 182. <<

[10] Gabriel Jackson, *The Spanish Republic and the Civil War 1931-1939*, Princeton, NJ, Princeton University Press, 1965, pp. 441-442
. <<

[11] Vidarte, *Todos fuimos culpables*, pp. 758-760
. Véase también Jackson, *The Spanish Republic...*, pp. 470-471
. <<

[12] Enrique Tierno Galván, *Cabos sueltos*, Barcelona, Bruguera, 1981, pp. 26-27
. <<

[13] Uribe, «Informe», pp.

52-58

; Ángel Viñas y Fernando Hernández Sánchez, *El desplome de la República*, Barcelona, Crítica, 2009, p. 67; Ángel Viñas, *El honor de la República. Entre el acoso fascista, la hostilidad británica y la política de Stalin*, Barcelona, Crítica, 2009, pp.

381-386

. <<

[14] Rojo (Perpiñán) a Negrín, 18 de febrero de 1939, AHN, AGR, caja 5, pp.

29-34

. <<

[15] Fernando Hernández Sánchez, *Guerra o revolución. El Partido Comunista de España en la guerra civil*, Barcelona, Crítica, 2010, pp.

347-351

; Viñas y Hernández Sánchez, *El desplome...*, pp.

147-148

. <<

[16] José Peirats, *La CNT en la revolución española*, 2.^a ed., 3 vols., París, Ediciones Ruedo Ibérico, 1971, vol. III, pp.

169-193

,

195-216

; Viñas y Hernández Sánchez, *El desplome...*, pp.

156-167

. <<

[17] Mariano Ansó, *Yo fui ministro de Negrín*, Barcelona, Planeta, 1976, pp.

220-222

; Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes...*, vol. II, pp. 145, 176; Uribe, «Informe», p. 57. <<

[18] Uribe, «Informe», p. 60. <<

[19] Ángel Bahamonde Magro, *Madrid 1939. La conjura del coronel Casado*, Madrid, Ediciones Cátedra, pp.

79-81

. <<

[20] «Declaración del testigo don Luis de Sosa y Pérez» y «Declaración de don Antonio Luna García», en: Ignacio Arenillas de Chaves, *El proceso de Besteiro*, Madrid, Revista de Occidente, 1976, pp.

188-196

. Véase también *ibid.*, pp. 240,

323-328

; Julián Besteiro, *Cartas desde la prisión*, Madrid, Alianza Editorial, 1988, pp. 128, 138; Emilio Lamo de Espinosa y Manuel Contreras, *Política y filosofía en Julián Besteiro*, 2.^a ed., Madrid, Sistema, 1990, pp.

113-116

; Ricardo de la Cierva, *1939. Agonía y victoria (El protocolo 277)*, Barcelona, Planeta, 1989, pp.

49-52

. [<<](#)

[21] Antonio Boutheliey y José López Mora, *Ocho días de revuelta comunista. Madrid marzo 1939*

5-13

, Madrid, Editora Nacional, 1940, pp.

9-10

; Javier Cervera, *Madrid en guerra. La ciudad clandestina*

1936-1939

, 2.^a ed., Madrid, Alianza Editorial, 2006, pp. 260,

265-266

,
340-341

, 389; Ángel Bahamonde Magro y Javier Cervera Gil, *Así terminó la guerra de España*, Madrid, Marcial Pons, 1999, p. 260; Bahamonde, *Madrid 1939...*, pp.

49-50

. [<<](#)

[22] Acerca de Bertoloty, véase Hoja Matriz de Servicios de D. Ricardo Bertoloty y Ramírez, comandante, Cuerpo de Sanidad, Archivo General Militar, Segovia; Cuerpo de Sanidad. Médicos Segundos, en: *Anuario Militar de España*, Madrid, Ministerio de la Guerra, 1916, p. 580. Sobre la posterior relación con Franco, véase Jaime Peñafiel, *El General y su tropa. Mis recuerdos de la familia Franco*, Madrid, Temas de Hoy, 1992, pp.

154-156

. [<<](#)

[23] Bahamonde y Cervera Gil, *Así terminó la guerra...*, pp.

249-250

,
256-258

, 265; Cervera, *Madrid en guerra...*, p. 387; De la Cierva, *1939...*, pp. 21,

51-54

,
57-58

; Declaración prestada por Ángel Pedrero García, AHN, FC-Causa General, caja 1532, exp. 30, p. 51. [<<](#)

[24] R. G. Skrine Stevenson, «Report on a Visit to the Southern Zone of Republican Spain» (4 a 15 de diciembre de 1938), TNA, FO371 W114/114/41. [<<](#)

[25] Bahamonde, *Madrid 1939...*, pp. 47-48

,
55-56

; Peirats, *La CNT*, vol. III, pp. 180, 183. Para más información sobre la función política del comisariado, véase Alpert, *The Republican Army...*, pp. 174-201

; James Matthews, *Reluctant Warriors - Republican Popular Army and Nationalist Army Conscripts in the Spanish Civil War, 1936-1939*

, Oxford, Oxford University Press, 2012, p. 70; Santiago Álvarez, *Los comisarios políticos en el Ejército Popular de la República: Aportaciones a la historia de la Guerra Civil española. Testimonio y reflexión (1936-1939)*

, La Coruña, Ediciós do Castro, 1989, pp. 168-173

. [<<](#)

[26] Herbert L. Matthews, *The Education of a Correspondent*, Nueva York, Harcourt Brace, 1946, pp. 148-149

. [<<](#)

[27] Bahamonde, *Madrid 1939...*, pp. 107-109

. [<<](#)

[28] General Vicente Rojo, *¡Alerta los pueblos! Estudio político-militar del período final de la guerra española*, 2.^a ed., Barcelona, Ariel, 1974, pp.

68-85

; Juan Perea Capulino, *Los culpables. Recuerdos de la guerra civil / 1936-1939*

, Barcelona, Ediciones Flor del Viento, 2007, pp. 451, 455-456

; Enrique Castro Delgado, *Hombres made in Moscú*, Barcelona, Luis de Caralt, 1965, pp. 629-631

; Juan Modesto, *Soy del Quinto Regimiento (Notas de la guerra española)*, París, Colección Ebro, 1969, pp. 259-264

; Jesús Hernández, *Yo fui un ministro de Stalin*, Madrid, G. del Toro, 1974, pp. 261-262

; Salas Larrazábal, *Historia del Ejército Popular...*, vol. II, pp. 2043-2047

,

2056-2057

; José Manuel Martínez Bande, *El final de la guerra civil*, Madrid, Editorial San Martín, 1985, pp. 45-76

,

81-84

; Bahamonde, *Madrid 1939...*, pp.

57-59

, 82. <<

[29] Palmiro Togliatti, *Opere IV*,
1935-1944

, Roma, Editori Riuniti, 1979, p. 380. <<

[30] Bahamonde, *Madrid 1939...*, pp.
80-91

. <<

[31] Juan Miguel Campanario, Carlos Díez Hernando y Javier Cervera Gil, «El enigma del general republicano Manuel Matallana Gómez, Jefe del Estado Mayor de Miaja: ¿Fue un miembro activo de la Quinta Columna?», informe presentado en la conferencia «La Guerra Civil Española, 1936-1939

», Madrid (28 de noviembre de 2006), pp.

2-6

; Bahamonde, *Madrid 1939...*, pp.

90-104

. <<

[32] Togliatti, *Opere IV...*, p. 383; Boutheliey y López Mora, *Ocho días...*, pp.
7-8

. <<

[33] Matthews, *The Education...*, pp.
143-144

. <<

[34] Viñas y Hernández Sánchez, *El desplome...*, pp.
101-102

; Diego Martínez Barrio, *Memorias*, Barcelona, Planeta, 1983, pp.

402-405

; Cipriano de Rivas Cherif, *Retrato de un desconocido: vida de Manuel Azaña*, Barcelona, Grijalbo, 1980, pp. 390-391

. [<<](#)

[35] Juan Negrín, *Textos y discursos políticos*, editado por Enrique Moradiellos, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales y Fundación Juan Negrín, 2010, p. 347. [<<](#)

[36] Miaja a Negrín (30 de enero de 1939); documentos de Miaja, Hoover Institution, Bolloten Collection, caja 9, carpeta 38; se reproducía un texto más legible en Fernando Rodríguez Miaja, *Testimonios y memoranzas. Mis recuerdos de los últimos meses de la guerra de España*, México D. F., Imprenta de Juan Pablos, 1997, pp.

92-93

; Bullitt a Hull (8 de febrero de 1939), *FRUS 1939* vol. II, pp.

740-742

. [<<](#)

[37] Joan Villarroya i Font, *Els bombardeigs de Barcelona durant la guerra civil (1936-1939)*

, 2.^a ed., Barcelona, Publicacions de

L'Abadia

de Montserrat, 1999, pp.

278-279

; Josep Pernaú, *Diario de la caída de Cataluña*, Barcelona, Ediciones B, 1989, pp.

200-201

; Perea Capulino, *Los culpables...*, p. 483. [<<](#)

[38] Ramón Lamóneda, «Manifiesto de la CE del PSOE», México (15 de noviembre de 1945), *El Socialista*, n.º 10 (enero de 1946), reproducido en Ramón Lamóneda, *Escritos políticos*, Madrid, Fundación Pablo Iglesias, 2012, pp.

238-239

. Véase también Helen Graham, *The Spanish Republic at War 1936-1939*

, Cambridge, Cambridge University Press, 2002, p. 381. [<<](#)

[1] Francisco-Félix Montiel, *Un coronel llamado Segismundo. Mentiras y misterios de la guerra de Stalin en España*, Madrid, Criterio-Libros, 1998, p. 88; Ignacio Iglesias, *La fase final de la guerra civil (De la caída de Barcelona al derrumbamiento de Madrid)*, Barcelona, Planeta, 1977, pp.

77-80

; José García Pradas, *Cómo terminó la guerra de España*, Buenos Aires, Ediciones Imán, 1940, pp.

57-58

. <<

[2] *The Diary of Georgi Dimitrov*, en: Ivo Banac, ed., New Haven, Yale University Press, 2003, p. 93. <<

[3] Uribe, «Informe», p. 63. <<

[4] Paul Preston, *The Spanish Holocaust. Inquisition and Extermination in Twentieth Century Spain*, Londres, HarperCollins, 2012, pp.

383-423

[hay trad. cast.: *El holocausto español*, Barcelona, Debate, 2011]; Luis Araquistain, *Sobre la guerra civil y en la emigración*, Madrid, Espasa Calpe, 1983, pp.

178-187

; Javier Cervera, *Madrid en guerra. La ciudad clandestina*

1936-1939

, 2.^a ed., Madrid, Alianza Editorial, 2006, pp.

241-267

,

289-295

,

381-412

. <<

[5] Santiago Carrillo, *Memorias*, 2.^a ed., Barcelona, Planeta, 2006, pp.

300-303

. <<

[6] R. G. Skrine Stevenson, «Report on a Visit to the Southern Zone of Republican Spain» (4 a 15 de diciembre de 1938), TNA, FO371 W114/114/41; Helen Graham, «

Casado's

ghosts: demythologising the end of the Spanish Republic», en: *Bulletin of Spanish Studies: Hispanic Studies and Researches on Spain, Portugal and Latin America*, 89:

7-8

(2012), pp.

258-259

; Hugh Thomas, *The Spanish Civil War*, 3.^a ed., Londres, Hamish Hamilton, 1977, p. 863; Iglesias, *La fase final...*, pp.

20-22

. Sobre la situación en Barcelona, véase Francisco Lacruz, *El alzamiento, la revolución y el terror en Barcelona*, Barcelona, Librería Arysel, 1943, p. 264, nota 1. <<

[7] Carrillo, *Memorias*, pp.

298-300

; Ronald Fraser, *Blood of Spain: The Experience of Civil War*

1936-1939

, Londres, Allen Lane, 1979, p. 488; Coronel Casado, *Así cayó Madrid. Último episodio de la guerra civil española*, Madrid, Guadiana de Publicaciones, 1968, p. 85. <<

[8] Fraser, *Blood of Spain...*, pp.

487-488

. <<

[9] Cipriano Mera, *Guerra, exilio y cárcel de un anarcosindicalista*, París, Ruedo Ibérico, 1976, pp.

174-175

; Ángel Viñas y Fernando Hernández Sánchez, *El desplome de la República*, Barcelona, Crítica, 2009, pp.

177-180

; Graham, «

Casado's

ghosts»..., p. 266. <<

[10] Helen Graham, *Socialism and War: The Spanish Socialist Party in Power and Crisis*,

1936-1939

, Cambridge, Cambridge University Press, 1991, pp.

226-231

. <<

[11] Actas de la Comisión Ejecutiva (15 de noviembre de 1938), F. P. I.,

AH-20-5

; Dolores Ibárruri, et al., *Guerra y revolución en España*

1936-39

, 4 vols., Moscú, Progreso,

1966-1977

, vol. IV, p. 166; Ramón Lamóneda, *Último secretario general del PSOE designado en España en 1935: Posiciones políticas, documentos, correspondencia*, México D. F., Roca, 1976, p. 96. <<

[12] Manuel Azaña, *Obras completas*, 4 vols., México D. F., Ediciones Oasis, 1966-1968
, vol. IV, p. 895; Cipriano de Rivas Cherif, *Retrato de un desconocido: vida de Manuel Azaña*, Barcelona, Grijalbo, 1980, p. 394; Mariano Ansó, *Yo fui ministro de Negrín*, Barcelona, Planeta, 1976, p. 222; Andrés Saborit, *Julián Besteiro*, Buenos Aires, Losada, 1967, p. 285; Julián Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los Españoles*, 2 vols., París, Librería Española, 1968, vol. II, pp. 190-191
; Skrine Stevenson, «Report on a Visit»... <<

[13] Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes...*, vol. II, pp. 173, 178. <<

[14] Azaña, *Obras...*, vol. IV, pp. 895-896
; Palmiro Togliatti, *Opere IV, 1935-1944*
, Roma, Editori Riuniti, 1979, pp. 352, 356. <<

[15] Declaración prestada por Ángel Pedrero García, AHN, FC-Causa General, caja 1532, exp. 30, pp. 51-52
; Ángel Bahamonde Magro y Javier Cervera Gil, *Así terminó la guerra de España*, Madrid, Marcial Pons, 1999, p. 373. <<

[16] Francisco Franco Bahamonde, *Palabras del Caudillo 19 abril 1937 - 7 diciembre 1942*, Madrid, Ediciones de la Vicesecretaría de Educación Popular, 1943, p. 476. <<

[17] Josep Cruanyes, *Els papers de Salamanca. del patrimoni documental de Catalunya L'espoliació*
, Barcelona, Edicions 62, 2003, pp. 15-51
; Paul Preston, *Botxins i repressors. Els crims de Franco i dels franquistes*, Barcelona, Editorial Base, 2006, pp. 101-113
. <<

[18] Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes...*, vol. II, pp. 172, 244. <<

[19] *Ibid.*, pp. 195, 270; Ansó, *Yo fui ministro...*, p. 230. <<

[20] «Declaración de don Antonio Luna García», en: Ignacio Arenillas de Chaves, *El proceso de Besteiro*, Madrid, Revista de Occidente, 1976, pp.

192-193

; *ibid.*, p. 241; Cervera, *Madrid en guerra...*, pp.

391-395

; Bahamonde y Cervera Gil, *Así terminó la guerra...*, pp.

264-266

; Viñas y Hernández Sánchez, *El desplome...*, pp.

91-93

; Ricardo de la Cierva, *1939. Agonía y victoria (El protocolo 277)*, Barcelona, Planeta, 1989, pp.

74-76

; José Manuel Martínez Bande, *Los cien últimos días de la República*, Barcelona, Caralt, 1973, pp.

119-121

, Casado, *Así cayó Madrid...*, pp.

208-209

. <<

[21] De la Cierva, *1939...*, pp.

79-80

, 91, 110, 118,

120-121

; Casado, *Así cayó Madrid...*, p. 200. Véase *idem*, *The Last Days of Madrid*, Londres, Peter Davies, 1939, p.

276. <<

[22] Telegrama del Estado Mayor a Miaja (23 de enero de 1939); documentos de Miaja, Hoover Institution, Colección Bolloren, caja 9, carpeta 38; Fernando Rodríguez Miaja, *Testimonios y memorias. Mis recuerdos de los últimos meses de la guerra de España*, México D. F., Imprenta de Juan Pablos, 1997, p. 91. <<

[23] Uribe, «Informe», p. 65; Antonio López Fernández, *El general Miaja, defensor de Madrid*, Madrid, G. del Toro, 1975, pp.

259-261

. <<

[24] Casado, *Así cayó Madrid...*, pp.

199-200

; Rodríguez Miaja, *Testimonios y memorias...*, pp.

47-48

. <<

[25] Julio Álvarez del Vayo, *Battle Freedom's*, Londres, Heinemann, 1940, p. 277. [<<](#)

[26] José Manuel Vidal Zapater, *Los Llanos (Albacete), 1939*, Madrid, manuscrito inédito, 1994, pp. 2-5

. Agradezco a Ricardo Miralles y Ángeles Gómez Egidio permitirme el acceso a este documento. Véase también Ricardo Miralles, *Juan Negrín. La República en guerra*, Madrid, Temas de Hoy, 2003, p. 409, y Viñas y Hernández Sánchez, *El desplome...*, pp. 190-192
. [<<](#)

[27] Estado Español, Ministerio de la Gobernación, *Dictamen de la comisión sobre ilegitimidad de poderes actuantes en 18 de julio de 1936* (Barcelona, 1939), pp.

9-13
; Manuel Álvaro Dueñas, «Por ministerio de la ley y voluntad del Caudillo». *La Jurisdicción Especial de Responsabilidades Políticas (1939-1945)* (Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2006), pp. 84-121
. [<<](#)

[28] Fernando Vázquez Ocaña, *Pasión y muerte de la Segunda República española*, París, Editorial Norte, 1940, pp. 61-62

. [<<](#)

[29] Juan-Simeón Vidarte, *Todos fuimos culpables*, México D. F., Fondo de Cultura Económica, 1973, pp. 855-857

. [<<](#)

[30] Vayo a Pascua (6 de febrero de 1939), AHN, AMP, caja 1 (bis), carpeta 22. [<<](#)

[31] Negrín a Pascua (18 de febrero de 1939), AHN, AMP, caja 1, carpeta 19; Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes...*, vol. II, p. 227; Diego Martínez Barrio, *Memorias*, Barcelona, Planeta, 1983, p. 402; Antonio Córdón, *Trayectoria (Recuerdos de un artillero)*, Sevilla, Espuela de Plata, 2008, pp. 698-699

. [<<](#)

[32] Azaña a Ossorio (28 de junio de 1939); Azaña, *Obras...*, vol. III, pp.

551-552

; Pascua, «Azaña en la Embajada de París», informe sin fechar, AHN, AMP, caja 1, carpeta 9, p. 4a. <<

[33] Pascua, «Azaña en la Embajada...», pp.

1-4

; Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes...*, vol. II, pp.

234-235

. <<

[34] Rivas Cherif, *Retrato de un desconocido...*, pp.

416-419

. <<

[35] Viñas y Hernández Sánchez, *El desplome...*, p. 111. <<

[36] Cristina Elia Rodríguez Gutiérrez, *Julio Álvarez Del Vayo y Olloqui: Biografía Política de un Socialista Heterodoxo*, tesis doctoral inédita, Universidad Nacional de Educación a Distancia, Madrid, 2013, pp.

426-428

. <<

[37] Juan Negrín, *Textos y discursos políticos*, en: Enrique Moradiellos, ed., Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales y Fundación Juan Negrín, 2010, p. 350. <<

[38] Azaña a Ossorio (28 de junio de 1939), *Obras...*, vol. III, pp.

549-554

; Martínez Barrio, *Memorias*, pp.

402-405

; Rivas Cherif, *Retrato de un desconocido...*, p. 415. <<

[39] Carles Pi Sunyer, *La República y la guerra: memorias de un político catalán*, México D. F., Ediciones Oasis, 1975, p. 630. <<

[40] Rivas Cherif, *Retrato de un desconocido...*, p. 416; Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes...*, vol. II, p. 228; Ansó, *Yo fui ministro...*, p. 238. [<<](#)

[41] Stevenson a Halifax (8 de febrero de 1939), TNA, FO 371/24127, W2559/8/41. [<<](#)

[42] Herbert Matthews, «Figueras Capital of Loyalist Spain», «Conflict to Go On», «Toll of 500 feared in Figueras Raids», *The New York Times* (28 de enero, 6, 4 de febrero de 1939); *idem*, *The Education of a Correspondent*, Nueva York, Harcourt Brace, 1946, pp.

170-171

. [<<](#)

[43] Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes...*, vol. II, p. 214. [<<](#)

[44] Frank C. Hanighen, ed., *Nothing but Danger*, Nueva York, National Travel Club, 1939, pp.

267-268

; Matthews, *The Education...*, pp.

174-178

. [<<](#)

[45] Para el texto completo del discurso, véase Negrín, *Textos y discursos...*, pp.

312-326

. [<<](#)

[46] Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes...*, vol. II, pp.

217-219

; Juan López, *Una misión sin importancia (memorias de un sindicalista)*, Madrid, Editora Nacional, 1972, pp.

145-151

. En la crónica de López sobre los varios días que pasó en Francia con una misión de la CNT, el detractor más rotundo de Negrín fue Rodolfo Llopi, un acólito de Largo Caballero. [<<](#)

[47] Matthews, *The Education...*, p. 178. [<<](#)

[48] Stevenson a Halifax (8 de febrero de 1939), TNA, FO 371/24127, W2559/8/41. [<<](#)

[49] Richard Alan Gordon, *France and the Spanish Civil War*, tesis doctoral, Columbia University, 1971, p. 360; Claude G. Bowers, *My Mission to Spain*, Londres, Gollancz, 1954, p. 407. <<

[50] El embajador en Francia (Bullitt) al secretario de Estado Cordell Hull (3 de febrero de 1939), en: *Foreign Relations of the United States 1939*, vol. II, Washington D. C., Government Printing Office, 1956, pp. 735-736

. <<

[51] Enrique Moradiellos, *El reñidero de Europa. Las dimensiones internacionales de la guerra civil española*, Barcelona, Península, 2001, p. 244. <<

[52] Stevenson a Halifax (8 de febrero de 1939), TNA, FO 371/24127, W2559/8/41; Rivas Cherif, *Retrato de un desconocido...*, p. 417. <<

[53] Viñas y Hernández Sánchez, *El desplome...*, p. 111. <<

[54] Stevenson a Halifax (8 de febrero de 1939), TNA, FO 371/24127, W2559/8/41; Thurston a Hull (6 de febrero de 1939), Bowers a Hull (6 de febrero de 1939), Bullitt a Hull (8 de febrero de 1939), *FRUS 1939*, vol. II, pp. 737, 740-742

. <<

[55] Juan Negrín, et al., «Discurso en el Palacio de Bellas Artes, México D. F., 1 de agosto de 1945», en: *Documentos políticos para la historia de la República Española*, México D. F., Colección Málaga, 1945, pp. 25-26

; Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes...*, vol. II, pp. 218, 241-242

. <<

[56] Vidarte, *Todos fuimos culpables*, p. 912. <<

[57] Lawrence Fernsworth, *Struggle for Freedom Spain's*

, Boston, Beacon Press, 1957, p. 234. Sobre Fernsworth, véase Paul Preston, *We Saw Spain Die. Foreign Correspondents in the Spanish Civil War*, Londres, Constable, 2008, pp.

9-12

, 43,

122-123

[hay trad. cast.: *Idealistas bajo las balas*, Barcelona, Debate, 2007]. [<<](#)

[58] Graham, «

Casado's

ghosts...», pp.

23-24

. [<<](#)

[59] Rafael Méndez, *Caminos inversos. Vivencias de ciencia y guerra*, México D. F., Fondo de Cultura Económica, 1987, pp.

104-106

. [<<](#)

[60] Prieto y Negrín, *Epistolario Prieto y Negrín. Puntos de vista sobre el desarrollo y consecuencias de la guerra civil española*, París, Imprimerie Nouvelle, 1939, p. 37. [<<](#)

[61] Negrín, et al., *Documentos políticos...*, pp.

26-27

. [<<](#)

[62] López Fernández, *El general Miaja...*, pp.

262-268

. [<<](#)

[63] *Ibid.*, pp.

269-277

. [<<](#)

[64] Uribe, «Informe», p. 64; Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes...*, vol. II, p. 230; Viñas y Hernández Sánchez, *El desplome...*, p. 184. [<<](#)

[65] Iglesias, *La fase final...*, pp.

74-75

; General Vicente Rojo, *¡Alerta los pueblos! Estudio político-militar del período final de la guerra española*, 2.^a ed., Barcelona, Ariel, 1974, p. 166. [<<](#)

[66] Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes...*, pp. 229, 241; Viñas y Hernández Sánchez, *El desplome...*, pp.

83-84

. [<<](#)

[1] Juan López, *Una misión sin importancia (memorias de un sindicalista)*, Madrid, Editora Nacional, 1972, pp. 187-193

. [<<](#)

[2] Azaña a Ossorio (28 de junio de 1939), en: Manuel Azaña, *Obras completas*, 4 vols., México D. F., Ediciones Oasis, 1966-1968

, vol. III, p. 540; Marcelino Pascua, «Semblanza de Juan Negrín», AHN, AMP, caja 1, carpeta 12, pp. 10-12

. [<<](#)

[3] Ángel Bahamonde Magro, *Madrid 1939. La conjura del coronel Casado*, Madrid, Ediciones Cátedra, 2014, p. 14. [<<](#)

[4] Palmiro Togliatti, *Opere IV, 1935-1944*

, Roma, Editori Riuniti, 1979, pp. 380-381

, 388. [<<](#)

[5] *Mundo Obrero* (23, 24, 25 de diciembre de 1936); *La Voz* (24 de diciembre de 1936); *El Socialista* (24 de diciembre de 1936); *Claridad* (25 de diciembre de 1936); *Heraldo de Madrid* (25 de diciembre de 1936); *Mundo Obrero* (28, 30 de abril, 14, 15 de mayo de 1937). [<<](#)

[6] Procedimiento Militar contra José Cazorla Maure, AHN, FC-Causa General, 1525-1531

, pp.

4-5

,

11-14

, 25,

31-32

; AHN, FC-Causa General, caja

1526-1533

, exp. 5, p. 201. Conesa fue ejecutado por la Junta de Casado: *ABC* (15, 24 de marzo de 1939); Luis Español Bouché, *Madrid 1939. Del golpe de Casado al final de la guerra civil*, Madrid, Almena Ediciones, 2004, pp. 55, 57, 141. [<<](#)

[7] *Mundo Obrero* (13 de marzo de 1937). [<<](#)

[8] *Mundo Obrero* (14 de abril de 1937); intervención de Cazorla en la Junta de Defensa, Julio Aróstegui y Jesús A. Martínez, *La Junta de Defensa de Madrid*, Madrid, Comunidad de Madrid, 1984, pp. 445-447

. Sobre López de Letona, véase Javier Cervera, *Madrid en guerra. La ciudad clandestina 1936-1939*, 2.^a ed., Madrid, Alianza Editorial, 2006, pp. 324, 371-373, 451. [<<](#)

[9] Juan-Simeón Vidarte, *Todos fuimos culpables*, México D. F., Fondo de Cultura Económica, 1973, p. 392; Cervera, *Madrid en guerra...*, pp. 250, 412. [<<](#)

[10] Manuel Tarín-Iglesias, *Los años rojos*, Barcelona, Planeta, 1985, pp. 92-93
. [<<](#)

[11] José Peirats, *La CNT en la revolución española*, 2.^a ed, 3 vols., París, Ediciones Ruedo Ibérico, 1971, vol. III, pp. 278-281
; Amaro del Rosal, *Historia de la UGT de España 1901-1939*, 2 vols., Barcelona, Grijalbo, 1977, vol. II, pp. 900-901
. [<<](#)

[12] López, *Una misión sin importancia...*, pp. 96-104
. [<<](#)

[13] *Ibid*, pp. 169-193
. [<<](#)

[14] Negrín, discurso en Londres (14 de abril de 1942), en: Santiago Álvarez, *Negrín, personalidad histórica*.

Biografía, 2 vols., Madrid, Ediciones de la Torre, 1994, vol. II, pp.

158-159

; Azaña a Ossorio (28 de junio de 1939), *Obras...*, vol. III, pp.

543-554

; General Vicente Rojo, *¡Alerta los pueblos! Estudio político-militar del período final de la guerra española*, 2.^a ed., Barcelona, Ariel, 1974, pp.

165-167

; Jesús I. Martínez Paricio, coord., *Los papeles del general Vicente Rojo. Un militar de la generación rota*, Madrid, Espasa Calpe, 1989, pp.

128-132

. [<<](#)

[15] Martha Gellhorn a Eleanor Roosevelt (5 de febrero de 1939), en: Caroline Moorehead, *Selected Letters of Martha Gellhorn*, Londres, Chatto & Windus, 2006, pp.

72-73

. [<<](#)

[16] Rojo, *¡Alerta los pueblos!...*, pp.

167-168

. [<<](#)

[17] Negrín a Prieto (23 de junio de 1939), *Epistolario Prieto y Negrín. Puntos de vista sobre el desarrollo y consecuencias de la guerra civil española*, París, Imprimerie Nouvelle, 1939, pp.

46-47

; Enrique Moradiellos, *Don Juan Negrín López*, Barcelona, Ediciones Península, 2006, pp. 414, 429, 448. [<<](#)

[18] Del Vayo a Pascua (13 de febrero de 1939); Del Vayo a Negrín (15 de febrero de 1939); Azaña a Negrín (16 de febrero de 1939); Negrín a Pascua (18 de febrero de 1939), en: Marcelino Pascua, «Azaña en la Embajada de París», AHN, AMP, caja 1, carpeta 9, pp.

4-5

. [<<](#)

[19] *Ibid.*, pp.

4-6

. Véase también Negrín a Pascua (18 de febrero de 1939), AHN, AMP, caja 1, carpeta 19. [<<](#)

[20] Enrique Castro Delgado, *Hombres made in Moscú*, Barcelona, Luis de Caralt, 1965, p. 643; Manuel Tagüeña Lacorte, *Testimonio de dos guerras*, México D. F., Ediciones Oasis, 1973, pp.

301-302

; Rafael Méndez, *Caminos inversos. Vivencias de ciencia y guerra*, México D. F., Fondo de Cultura Económica, 1987, pp.

106-107

. <<

[21] Burnett Bolloten, *The Spanish Civil War: Revolution and Counterrevolution*, Hemel Hempstead, Harvester Wheatsheaf, 1991, p. 688. Sobre Díaz Tintero, véase Antonio Cordón, *Trayectoria (Recuerdos de un artillero)*, 2.^a ed., Sevilla, Espuela de Plata, 2008, pp.

410-411

. <<

[22] Ramón Salas Larrazábal, *Historia del Ejército Popular de la República*, 4 vols., Madrid, Editora Nacional, 1973, vol. II, p. 2285. <<

[23] Pedro María Egea Bruno, «Miguel Buiza Fernández-Palacios, Almirante habilitado», en: Javier García Fernández, ed., *25 militares de la República*, Madrid, Ministerio de Defensa, 2011, pp.

157-160

; Victoria Fernández Díaz, *El exilio de los marinos republicanos*, Valencia, Universitat de València, 2009, pp.

152-154

; Ángel Viñas y Fernando Hernández Sánchez, *El desplome de la República*, Barcelona, Crítica, 2009, pp. 190, 200-201

; Ángel Viñas, *El honor de la República. Entre el acoso fascista, la hostilidad británica y la política de Stalin*, Barcelona, Crítica, 2009, p. 498; Michael Alpert, *La guerra civil española en el mar*, Madrid,

Siglo XX

, 1987, pp.

144-145

; Fernando Moreno de Alborán y de Reyna, Salvador Moreno de Alborán y de Reyna, *La guerra silenciosa y silenciada. Historia de la campaña naval durante la guerra de*

1936-39

, 4 vols., Madrid, Gráficas Lormo, 1998, vol. IV, p. 2723. <<

[24] José Manuel Martínez Bande, *El final de la guerra civil*, Madrid, Editorial San Martín, 1985, pp.

88-102

; informe de Fernando Sartorius, en: *ibid.*, pp.

353-359

; Salas Larrazábal, *Historia del Ejército Popular...*, vol. II, pp.

2237-2239

; Alpert, *La guerra civil española...*, pp.

349-351

; Bruno Alonso, *La flota republicana y la guerra civil de España (Memorias de su comisario general)*, Sevilla, Espuela de Plata, 2006, pp.

150-151

. <<

[25] Rojo a Negrín (12, 13 de febrero de 1939), AHN, AGR, caja 5, carpeta 8; Mariano Ansó, *Yo fui ministro de Negrín*, Barcelona, Planeta, 1976, pp.

238-239

; Julián Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los Españoles*, 2 vols., París, Librería Española, 1968, vol. II, pp. 228-232

; Togliatti, *Opere IV...*, p. 388; Tagüeña, *Testimonio...*, p. 303; José Andrés Rojo, *Vicente Rojo. Retrato de un general republicano*, Barcelona, Tusquets Editores, 2006, pp.

287-288

; Moradiellos, *Don Juan Negrín...*, pp.

439-440

; Helen Graham, *The Spanish Republic at War*

1936-1939

, Cambridge, Cambridge University Press, 2002, pp.

396-399

. <<

[26] Uribe, «Informe», pp.

63-64

. <<

[27] Negrín a Pascua (16 de febrero de 1939), AHN, AGR, caja 5, carpeta 8. <<

[28] López, *Una misión sin importancia...*, p. 250. <<

[29] Pascua a Negrín (14, 19 de febrero de 1939), AHN, AMP, caja 2, carpeta 19; Zugazagoitia a Pascua (12 de febrero, 3 de abril de 1940), Pascua a Zugazagoitia (27 de marzo de 1940), AHN, AMP, caja 2 (bis), carpeta 16 (exilio); Graham, *The Spanish Republic at War...*, p. 398, nota 26; Rojo, *¡Alerta los pueblos!...*, pp.

168-169

. <<

[30] Tagüeña, *Testimonio...*, pp.

300-301

; Cerdón, *Trayectoria...*, p. 683; Méndez, *Caminos inversos...*, pp.

106-107

. He consultado principalmente esta versión de las memorias de Cerdón, editada por Ángel Viñas, porque contiene más detalles que la primera edición, producida en Rumanía y publicada en París en 1971. Sin embargo, muy de vez en cuando, el texto de la edición de 1971 contiene trazos de información que no aparecen en la versión anterior y mucho más completa que editó el profesor Viñas. <<

[31] Rojo a Negrín (12 de febrero de 1939), Rojo a Pascua (13 de febrero de 1939), Pascua a Negrín (14 de febrero de 1939), AHN, AGR, caja 5, carpeta 8; Rojo, *¡Alerta los pueblos!...*, pp.

165-170

; José Andrés Rojo, *Vicente Rojo. Retrato de un general republicano*, Barcelona, Tusquets, 2006, pp 276-278

; Santos Juliá, *Vida y tiempo de Manuel Azaña 1880-1940*

, Madrid, Taurus, 2008, pp.

450-451

. [<<](#)

[32] Rojo, *¡Alerta los pueblos!...*, pp.

153-154

; Carles Pi Sunyer, *La República y la guerra: memorias de un político catalán*, México D. F., Ediciones Oasis, 1975, p. 626. Para una opinión absolutamente opuesta, véase Juan Perea Capulino, *Los culpables. Recuerdos de la guerra civil /*

1936-1939

, Barcelona, Ediciones Flor del Viento, 2007, pp.

470-471

. [<<](#)

[33] Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes...*, vol. II, pp.

241-243

. [<<](#)

[34] *Epistolario Prieto y Negrín...*, pp.

46-47

; Amaro del Rosal, «El Tesoro del Vita», *Historia* 16, n.º 95, p. 13; *idem*, *El oro del Banco de España y la historia del Vita*, Barcelona, Grijalbo, 1977, pp.

81-93

; Gabriel Jackson, *Juan Negrín. Spanish Republican War Leader*, Brighton, Sussex Academic Press, 2010, pp.

294-295

. [<<](#)

[35] Moradiellos, *Don Juan Negrín...*, pp.

425-426

; Del Rosal, «El Tesoro del Vita», pp.

11-14

; *idem*, *El oro del Banco de España...*, pp.

81-93

; Jackson, *Juan Negrín...*, pp.

294-295

. Para un desglose de lo que se envió, véase Del Rosal, «El Tesoro del Vita», p. 16. [<<](#)

[36] Castro Delgado, *Hombres made in Moscú...*, pp.

643-644

. [<<](#)

[37] Rojo, *¡Alerta los pueblos!...*, p. 167. [<<](#)

[38] Bahamonde, *Madrid 1939...*, pp.

65-70

,
82-84

; Luis F. Villamea, *Gutiérrez Mellado: Así se entrega una victoria*, Madrid, Fuerza Nueva Editorial, 1996, pp.
24-38

; Fernando Puell de la Villa, *Gutiérrez Mellado. Un militar del siglo XX
(1912-1995)*

, Madrid, Biblioteca Nueva, 1997, pp.
100-117

. [<<](#)

[39] Tagüeña, *Testimonio...*, pp.

303-304

; Enrique Líster, *Nuestra guerra*, París, Colección Ebro, 1966, p. 249; *idem*, *¡Basta! Una aportación a la lucha
por la recuperación del Partido*, 2.^a ed., Madrid, G. del Toro, 1978, pp.

169-171

; Bollothen, *The Spanish Civil War...*, p. 689. [<<](#)

[40] Romero Marín, entrevista, *Cuadernos para el Diálogo*, 2.^a época, 172 (14 de agosto de 1976), p. 22. [<<](#)

[41] Cerdón, *Trayectoria...*, 2.^a ed., pp.

684-688

; Rojo, *¡Alerta los pueblos!...*, p. 169. [<<](#)

[42] Uribe, «Informe», p. 64. [<<](#)

[43] Ignacio Hidalgo de Cisneros, *Cambio de rumbo (Memorias)*, 2 vols., Bucarest, Colección Ebro, 1964, vol.
II, pp.

248-251

; Cordón, *Trayectoria...*, 2.^a ed., p. 685; Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes...*, vol. II, p. 234; Azaña a Ossorio (28 de junio de 1939), *Obras...*, vol. III, p. 239; Cipriano de Rivas Cherif, *Retrato de un desconocido. Vida de Manuel Azaña*, Barcelona, Grijalbo, 1980, p. 425. [<<](#)

[44] Negrín a Pascua (para el general Rojo) (18 de febrero de 1939), Rojo a Negrín (18 y 19 de febrero de 1939), «Las posibilidades de resistencia en la región central», AHN, AGR, caja 5, carpeta 8. [<<](#)

[45] Graham, *The Spanish Republic at War...*, pp. 396-399

; García Fernández, ed., *25 militares...*, p. 837; Tagüeña, *Testimonio...*, p. 301. Cordón, *Trayectoria...*, 2.^a ed., p. 682; Juan Modesto, *Soy del Quinto Regimiento (Notas de la guerra española)*, París, Colección Ebro, 1969, p. 275. [<<](#)

[46] Rojo, *¡Alerta los pueblos!...*, p. 168. [<<](#)

[47] Azaña a Negrín (25 de febrero de 1939), AHN, AMP, caja 1, carpeta 13, y en Pascua, «Azaña en la Embajada de París», AHN, AMP, caja 1, carpeta 9, pp. 7-8

; Diego Martínez Barrio, *Memorias*, Barcelona, Planeta, 1983, pp. 405-407
. [<<](#)

[48] Viñas y Hernández Sánchez, *El desplome...*, pp. 132-133
. [<<](#)

[1] Francisco Largo Caballero, *Mis recuerdos: cartas a un amigo*, México D. F., Editores Unidos, 1954, pp. 250-255
; Constanza de la Mora, *In Place of Splendour*, Nueva York, Harcourt, Brace & Co., 1939, pp. 397-398
; David Wingeate Pike, *Vae Victis! Los republicanos españoles refugiados en Francia 1939-1944*, París, Ruedo Ibérico, 1969, p. 25. <<

[2] Julio Aróstegui, *Largo Caballero: El tesón y la quimera*, Barcelona, Debate, 2013, pp. 670-672
; Edmundo Domínguez Aragonés, *Los vencedores de Negrín*, 2.^a ed., México D. F., Ediciones Roca, 1976, pp. 40-43
; Fernando Hernández Sánchez, *Guerra o revolución: el Partido Comunista de España en la guerra civil*, Barcelona, Crítica, 2010, p. 421. <<

[3] Palmiro Togliatti, *Opere IV, 1935-1944*, Roma, Editori Riuniti, 1979, pp. 384-386
; Helen Graham, *The Spanish Republic at War 1936-1939*, Cambridge, Cambridge University Press, 2002, pp. 403-405
; *Mundo Obrero* (10-12, 14 de febrero de 1939); Hernández Sánchez, *Guerra o revolución...*, pp. 421-422
; Antonio Elorza y Marta Bizcarrondo, *Queridos Camaradas. La Internacional Comunista y España, 1919-1939*, Barcelona, Planeta, 1999, pp. 429-431
. <<

[4] Domínguez Aragonés, *Los vencedores de Negrín*, pp. 103-104
. <<

[5] Louis Fischer, *Men and Politics. An Autobiography*, Londres, Jonathan Cape, 1941, pp. 213, 246, 425-426
. <<

[6] Enrique Líster, *Nuestra guerra*, París, Colección Ebro, 1966, pp. 249-250

. <<

[7] Ángel L. Encinas Moral, ed., *Las causas de la derrota de la República española. Informe elaborado por Stoyán Mínev (Stepanov), Delegado en España de la Komintern (1937-1939)*

, Madrid, Miraguano Ediciones, 2003, p. 176; Elorza y Bizcarrondo, *Queridos Camaradas...*, p. 431. <<

[8] Manuel Tagüeña Lacorte, *Testimonio de dos guerras*, México D. F., Ediciones Oasis, 1973, p. 309. <<

[9] Antonio Cordón, *Trayectoria (Recuerdos de un artillero)*, Sevilla, Espuela de Plata, 2008, 2.^a ed., p. 689. La primera edición, Antonio Cordón, *Trayectoria (Recuerdos de un artillero)*, París, Colección Ebro, 1971, pp. 470-471

, contiene la siguiente versión del comentario de Cordón a Negrín: «... no con un sentido de gobernante resuelto a tomar las riendas para dirigir y encauzar los acontecimientos, sino como el hombre decente que quiere tranquilizar su conciencia y acepta el sacrificio, aunque esté seguro de su posible inutilidad». Dicho comentario viene seguido de las observaciones sobre la viabilidad de seguir resistiendo. <<

[10] Burnett Bolloten, *The Spanish Civil War: Revolution and Counterrevolution*, Hemel Hempstead, Harvester Wheatsheaf, 1991, p. 925, n.º 21. En una carta fechada el 14 de enero de 1940 (Documentos de Jay Allen), Constanza de la Mora escribía: «Estos últimos tres días tenemos (*sic*) a Bolloten aquí con nosotros. Me ha traído siete capítulos de su libro, que será EL (*sic*) verdadero estudio documental histórico de la guerra. ¡Ojalá pudieras verlo! Es simplemente maravilloso ... TODO desde nuestro bando; pero es un estudio de la guerra político, histórico y militar sumamente fascinante, con detalles y datos que nadie —estoy seguro— posee ni podrá conseguir nunca ... Ahora la cuestión es encontrar alguna fundación o asociación ... o universidad que le proporcione dinero o un adelanto que le permita vivir por 20 dólares a la semana. ¿Tiene alguna recomendación sobre personas a las que pueda escribir? Obviamente, hemos pensado en Negrín u otras fuentes, pero se niega, como es normal, porque el libro sería calificado inmediatamente de propaganda y perdería todo su valor». <<

[11] Prieto y Negrín, *Epistolario Prieto y Negrín. Puntos de vista sobre el desarrollo y consecuencias de la guerra civil española*, París, Imprimerie Nouvelle, 1939, p. 37. <<

[12] Del Vayo a Pascua (25 de febrero de 1939), AHN, AMP, caja 1 (bis), carpeta 22. <<

[13] Negrín a De los Ríos (10 de marzo de 1939), AHN, AMP, caja 2, carpeta 11. <<

[14] Sobre Besteiro, véase Domínguez Aragonés, *Los vencedores de Negrín*, p. 213; informe de Trifón Gómez, *Epistolario Prieto y Negrín...*, pp.

116-120

. <<

[15] Jesús Hernández, *Yo fui un ministro de Stalin*, Madrid, G. del Toro, 1974, p. 268. <<

[16] *ABC* Madrid (10 de febrero de 1939). <<

[17] Fundación Juan Negrín, carpeta 97 «Final Guerra»,
30A-B

. Véase también Ángel Viñas y Fernando Hernández Sánchez, *El desplome de la República*, Barcelona, Crítica, 2009, pp.

223-224

. <<

[18] Dolores Ibárruri, *El único camino*, Madrid, Castalia, 1992, pp.

591-592

. <<

[19] AHN, FC-Causa General, 1532, exp. 30, pp.

52-53

. <<

[20] Para más información acerca de la reunión con los tres generales, véase Coronel Segismundo Casado, *Así cayó Madrid. Último episodio de la guerra civil española*, Madrid, Guadiana de Publicaciones, 1968, pp.

199-200

. Sobre la reunión del

7-8

de febrero en Los Llanos, véase José Manuel Vidal Zapater, *Los Llanos (Albacete) 1939*, Madrid, manuscrito inédito, 1994, pp.

2-5

. Casado no menciona la reunión del 7 o el 8 de febrero. <<

[21] Sobre los vínculos entre Mera y Casado, véase Cipriano Mera, *Guerra, exilio y cárcel de un anarcosindicalista*, París, Ruedo Ibérico, 1976, pp. 193-194
; Domínguez Aragonés, *Los vencedores de Negrín*, pp. 109-111
. [<<](#)

[22] *El Socialista* (11 de febrero de 1939); Juan Negrín, *Textos y discursos políticos*, en: Enrique Moradiellos, ed., Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales y Fundación Juan Negrín, 2010, p. 351. [<<](#)

[23] Julián Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los Españoles*, 2 vols., París, Librería Española, 1968, vol. II, p. 246. [<<](#)

[24] Negrín, *Textos y discursos...*, p. 358; Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes...*, vol. II, pp. 246-247
; Bruno Alonso, *La flota republicana y la guerra civil de España (Memorias de su comisario general)*, Sevilla, Espuela de Plata, 2006, pp. 152-154
. [<<](#)

[25] Julio Álvarez del Vayo, *Battle Freedom's*
, Londres, Heinemann, 1940, pp. 275-276
; Ricardo Miralles, *Juan Negrín. La República en guerra*, Madrid, Ediciones Temas de Hoy, 2003, p. 313. [<<](#)

[26] Encinas Moral, ed., *Las causas de la derrota...*, pp. 183-184
; Viñas y Hernández Sánchez, *El desplome...*, pp. 95-97
. [<<](#)

[27] Uribe, «Informe», pp. 64-65
. [<<](#)

[28] Casado a Negrín (15 de febrero de 1939), AJFN, carpeta 66,

97-99

; Coronel Segismundo Casado, *Así cayó Madrid. Último episodio de la guerra civil española*, Madrid, Guadiana de Publicaciones, 1968, pp.

113-116

. En Coronel Segismundo Casado, *The Last Days of Madrid. The End of the Spanish Republic*, Londres, Peter Davies, 1939, pp.

106-113

, se ofrece un relato similar, pero fechando la entrevista el día 25 de febrero. Para una interpretación ligeramente distinta del episodio, véase Moradiellos, *Don Juan López Negrín*, Barcelona, Ediciones Península, 2006, pp.

431-432

. <<

[29] Domínguez Aragonés, *Los vencedores de Negrín*, pp.

107-108

. <<

[30] «Declaración de don Antonio Luna García», en: Ignacio Arenillas de Chaves, *El Proceso de Besteiro*, Madrid, Revista de Occidente, 1976, pp.

192-193

; *ibid.*, p. 241; Javier Cervera, *Madrid en guerra. La ciudad clandestina*

1936-1939

, 2.^a ed., Madrid, Alianza Editorial, 2006, pp.

391-395

; Ángel Bahamonde Magro y Javier Cervera Gil, *Así terminó la guerra de España*, Madrid, Marcial Pons, 1999, pp.

264-266

; Viñas y Hernández Sánchez, *El desplome...*, pp.

91-93

; Ricardo de la Cierva, *1939. Agonía y victoria (El protocolo 277)*, Barcelona, Editorial Planeta, 1989, pp.

74-76

; José Manuel Martínez Bande, *Los cien últimos días de la República*, Barcelona, Caralt, 1973, pp.

119-121

, Casado, *Así cayó Madrid...*, pp.

208-209

. <<

[31] Martínez Bande, *Los cien últimos días...*, pp.

121-122

. Sobre la intención de escapar de Casado, *ibid.*, p. 125. <<

[32] Dolores Ibárruri, et al., *Guerra y revolución en España*

1936-39

, 4 vols., Moscú, Editorial Progreso,
1966-1977
, vol. IV, p. 240. <<

[33] Togliatti, *Opere IV...*, p. 388; José Ramón Valero Escandell, *El territorio de la derrota. Los últimos días del Gobierno de la II República en el Vinalopó*, Petrer, Centre d'Estudis Locals del Vinalopó, 2004, pp. 48-50
. <<

[34] *El Socialista* (14 de febrero de 1939). <<

[35] Graham, *The Spanish Republic at War...*, pp. 396-401
. <<

[36] Pablo de Azcárate, *Mi embajada en Londres durante la guerra civil española*, Barcelona, Ariel, 1976, p. 121. <<

[37] Actas del Gabinete (8 de febrero de 1939), TNA, CAB 23/97. <<

[38] Johnson a Hull (14 de febrero de 1939), *Foreign Relations of the United States 1939*, Washington, D. C., Government Printing Office, 1956, vol. II, pp. 744-745
; Peter Anderson, «The Chetwode Commission and British Diplomatic Responses to Violence behind the Lines in the Spanish Civil War», en: *European History Quarterly*, 42(2): 251-252
; Bahamonde y Cervera Gil, *Así terminó la guerra...*, pp. 222-223
; Enrique Moradiellos, *La perfidia de Albión: el Gobierno británico y la guerra civil española*, Madrid, Siglo XXI
, 1996, p. 350. <<

[39] Actas del Gabinete (15 de febrero de 1939), TNA CAB 23/97. <<

[40] Halifax a Hodgson (15 de febrero de 1939), TNA, FO 371/24152, W2729/1443/41; Actas del Gabinete (22 de febrero de 1939), TNA CAB 23/97; Azcárate, *Mi embajada...*, pp. 124-126
; Luis Romero, *El final de la guerra*, Barcelona, Ariel, 1976, p. 132. <<

[41] Halifax a Stevenson (14 de febrero de 1939), TNA, FO 371/24148, W2734/374/41; embajada británica al Departamento de Estado (18, 22 de febrero de 1939), *FRUS 1939* vol. II, pp. 748-751
; actas del Gabinete (22 de febrero de 1939), TNA CAB 23/97; Azcárate, *Mi embajada...*, p. 127. <<

[42] Negrín, discurso en Londres (14 de abril de 1942), en: Santiago Álvarez, *Negrín, personalidad histórica. Biografía*, 2 vols., Madrid, Ediciones de la Torre, 1994, vol. II, pp. 160-162
; Helen Graham, «Casado's ghosts: demythologising the end of the Spanish Republic», en *Bulletin of Spanish Studies: Hispanic Studies and Researches on Spain, Portugal and Latin America*, 89:7-8 (2012), pp. 269-270
; «Cuadro de abastecimientos al 1 de marzo de 1939», apéndice documental a Viñas y Hernández Sánchez, *El desplome...*, CD-ROM, pp. 187-188
; Domínguez Aragonés, *Los vencedores de Negrín*, pp. 122-123
. <<

[43] Informe de Morel (3 de febrero de 1939), citado por Miralles, *Juan Negrín...*, p. 408. <<

[44] Álvarez del Vayo, *Battle Freedom's*, p. 277. <<

[45] Casado, *Así cayó Madrid...*, pp. 122-127
; Miralles, *Juan Negrín...*, pp. 312-314
, 409; Togliatti, *Opere IV...*, pp. 388-389
; Romero, *El final de la guerra*, pp.

149-156

; Bahamonde y Cervera Gil, *Así terminó la guerra...*, pp.

321-323

; Moradiellos, *Don Juan Negrín...*, pp.

436-437

; *Actas de la Diputación Permanente. Congreso de los Diputados*, 31 de marzo de 1939, p. 9 (versión impresa, p. 352). [<<](#)

[46] Casado, *Así cayó Madrid...*, pp.

199-200

; Romero, *El final de la guerra...*, p. 119. [<<](#)

[47] Mariano Ansó, *Yo fui ministro de Negrín*, Barcelona, Planeta, 1976, pp.

244-245

; Romero, *El final de la guerra*, pp. 153, 172; Álvarez del Vayo, *Battle Freedom's*

, p. 283. [<<](#)

[48] Hernández, *Yo fui un ministro de Stalin*, pp.

269-270

; Michael Alpert, *La guerra civil española en el mar*, Madrid, Siglo XX

, 1987, p. 353. Sobre los bombardeos de Cartagena, véase TNA FO 371/24109, W698/4/41, FO 371/24127, W2988/8/41, FO 371/24128, W4294/8/41, W4535/8/41. [<<](#)

[49] Álvarez del Vayo, *Battle*

Freedom's

, p. 278; Hernández, *Yo fui un ministro de Stalin*, pp.

269-270

; Uribe, «Informe», p. 67. [<<](#)

[50] Rojo a Negrín (19 de febrero de 1939), AHN, AGR, caja 5, carpeta 8; José Andrés Rojo, *Vicente Rojo. Retrato de un general republicano*, Barcelona, Tusquets, 2006, pp.

282-290

; Moradiellos, *Don Juan Negrín...*, p. 440. [<<](#)

[51] Rojo a Miaja (19 de febrero de 1939), AHN, AGR, caja 5, carpeta 8. [<<](#)

[52] Bahamonde, *Madrid 1939...*, p. 147. [<<](#)

[53] Juan Miguel Campanario, Carlos Díez Hernando y Javier Cervera Gil, «El enigma del general republicano Manuel Matallana Gómez, Jefe del Estado Mayor de Miaja: ¿Fue un miembro activo de la Quinta Columna?», informe presentado en la Conferencia «La Guerra Civil Española, 1936-1939», Madrid (28 de noviembre de 2006), pp. 2, 6-14
. [<<](#)

[54] Negrín a Pascua (27 de febrero de 1939), AHN/Pascua, caja 2, legajo 19. [<<](#)

[55] Rojo, *Vicente Rojo...*, p. 278; Manuel Azaña, *Obras completas*, edición de Santos Juliá, 7 vols., Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales/Taurus, 2008, p. 747. [<<](#)

[56] Negrín, discurso en Londres (14 de abril de 1942), en: Álvarez, *Negrín...*, vol. II, pp. 159-160
. [<<](#)

[57] Bolloren, *The Spanish Civil War...*, p. 689. [<<](#)

[1] Declaración prestada por Ángel Pedrero García, AHN, FC-Causa General, caja 1532, exp. 30, p. 53. [<<](#)

[2] Coronel Segismundo Casado, *Así cayó Madrid. Último episodio de la guerra civil española*, Madrid, Guadiana de Publicaciones, 1968, p. 136. [<<](#)

[3] Uribe, «Informe», p. 66; Irene Falcón, *Asalto a los cielos. Mi vida junto a Pasionaria*, Madrid, Temas de Hoy, 1996, pp.

171-172

. Irene había trabajado como secretaria de Ramón y Cajal, en: *ibid.*, pp.

30-31

. [<<](#)

[4] Julio Álvarez del Vayo, *Battle*

Freedom's

, Londres, Heinemann, 1940, pp.

283-285

. [<<](#)

[5] Prieto y Negrín, *Epistolario Prieto y Negrín. Puntos de vista sobre el desarrollo y consecuencias de la guerra civil española*, París, Imprimerie Nouvelle, 1939, pp.

120-121

. [<<](#)

[6] Ángel L. Encinas Moral, ed., *Las causas de la derrota de la República española. Informe elaborado por Stoyán Mínev (Stepanov), Delegado en España de la Komintern (1937-1939)*

, Madrid, Miraguano Ediciones, 2003, pp.

174-176

; Helen Graham, *Socialism and War: The Spanish Socialist Party in Power and Crisis,*

1936-1939

, Cambridge, Cambridge University Press, 1991, pp.

158-159

, 236; Ricardo Miralles, *Juan Negrín. La República en guerra*, Madrid, Ediciones Temas de Hoy, 2003, pp.

315-317

; Enrique Moradiellos, *Don Juan Negrín López*, Barcelona, Ediciones Península, 2006, pp.

438-439

. [<<](#)

[7] Julián Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los Españoles*, 2 vols., París, Librería Española, 1968, vol. II, p. 244. <<

[8] Manuel Azaña, *Obras completas*, 4 vols., México D. F., Ediciones Oasis, 1966-1968, vol. IV, pp. 875-879; Joan Llarch, *Negrín. ¡Resistir es vencer!*, Barcelona, Planeta, 1985, p. 26. <<

[9] Encinas Moral, ed., *Las causas de la derrota...*, p. 176; Santiago Garcés, entrevista con Heleno Saña, «Habla un ayudante de Negrín», *Índice* (15 de junio de 1974), p. 8; Llarch, *Negrín...*, p. 27. <<

[10] José Andrés Rojo, *Vicente Rojo. Retrato de un general republicano*, Barcelona, Tusquets, 2006, pp. 280-281. <<

[11] Palmiro Togliatti, *Opere IV, 1935-1944*, Roma, Editori Riuniti, 1979, pp. 387-389; Antonio Cordon, *Trayectoria (Recuerdos de un artillero)*, 2.^a ed., Sevilla, Espuela de Plata, 2008, pp. 690-696; Enrique Moradiellos, *La perfidia de Albión: el Gobierno británico y la guerra civil española*, Madrid, Siglo XXI, 1996, p. 355. <<

[12] Actas del Gabinete, 8 de marzo de 1939, TNA, CAB 23/97. <<

[13] Cowan al cónsul general de Marsella para su remisión a FO, 22 de febrero de 1939, FO 371/24129, W5827/2082/41 (W3150/287). Cowan iba a bordo del *HMS Devonshire* frente a la costa de Valencia. <<

[14] Coronel Segismundo Casado, *The Last Days of Madrid. The End of the Spanish Republic*, Londres, Peter Davies, 1939, p. 273; Álvarez del Vayo, *Battle Freedom's*, pp. 289-290

. [<<](#)

[15] José Manuel Martínez Bande, *Los cien últimos días de la República*, Barcelona, Caralt, 1973, p. 130. [<<](#)

[16] *Ibid.*, pp.
122-123

. [<<](#)

[17] Ángel Bahamonde Magro y Javier Cervera Gil, *Así terminó la guerra de España*, Madrid, Marcial Pons, 1999, pp. 314, 326-327
; Martínez Bande, *Los cien últimos días...*, pp. 123-125

. [<<](#)

[18] *Documentos inéditos para la historia del Generalísimo Franco*, Madrid, Fundación Nacional Francisco Franco, 1992, vol. 1, pp. 292-293

. [<<](#)

[19] José Manuel Martínez Bande, *El final de la guerra civil*, Madrid, Editorial San Martín, 1985, pp. 150-151
; Casado, *Así cayó Madrid...*, pp. 208-209

. [<<](#)

[20] Sobre las realidades de lo que significaría el triunfo de Franco para los derrotados en las dos últimas zonas por conquistar, véase Paul Preston, *The Spanish Holocaust. Inquisition and Extermination in Twentieth Century Spain*, Londres, HarperCollins, 2012, pp. 471-517
[hay trad. cast.: *El holocausto español*, Barcelona, Debate, 2011]. [<<](#)

[21] Martínez Bande, *Los cien últimos días...*, p. 126. [<<](#)

[22] Edmundo Domínguez Aragonés, *Los vencedores de Negrín*, 2.^a ed., México D. F., Ediciones Roca, 1976, pp. 98-99 ; Antonio Cordón, *Trayectoria...*, 2.^a ed., 2008, p. 692. <<

[23] Declaración prestada por Ángel Pedrero García, AHN, FC-Causa General, caja 1532, exp. 30, p. 52. <<

[24] Testimonio del procedimiento sumarísimo de urgencia seguido contra el Jefe del SIM, Ángel Pedrero García, AHN, FC-Causa General, cajas 1520-1521 , exp. 1, pp. 106-108 . <<

[25] Domínguez Aragonés, *Los vencedores de Negrín*, pp. 90, 100. <<

[26] *Ibid.*, pp. 103-104 ; Helen Graham, « Casado's ghosts: demythologising the end of the Spanish Republic», en: *Bulletin of Spanish Studies: Hispanic Studies and Researches on Spain, Portugal and Latin America*, 89:7-8 (2012), pp. 270-271 . <<

[27] Cipriano Mera, *Guerra, exilio y cárcel de un anarcosindicalista*, París, Ruedo Ibérico, 1976; Joan Llarch, *Cipriano Mera. Un anarquista en la guerra civil española*, Barcelona, Producciones Editoriales, 1977; Luis Romero, *El final de la guerra*, Barcelona, Ariel, 1976, pp. 122-123 , 181. <<

[28] César M. Lorenzo, *Los anarquistas españoles y el poder*, París, Ruedo Ibérico, 1972, p. 264. <<

[29] Eduardo de Guzmán, *La muerte de la esperanza*, Madrid, G. del Toro, 1973, p. 27. <<

[30] Gregorio Gallego, *Madrid, corazón que se desangra*, Madrid, G. del Toro, 1976, pp. 151-153
. [.<<](#)

[31] Ricardo Sanz, *Los que fuimos a Madrid. Columna Durruti, 26 División*, Toulouse, Imprimerie Dulaurier, 1969, pp. 107-108
. [.<<](#)

[32] Juan García Oliver, *El eco de los pasos*, Barcelona, Ruedo Ibérico, 1978, pp. 306, 323, 526. [.<<](#)

[33] Sobre Eduardo Val, véase Paul Preston, *The Spanish Holocaust...*, pp. 262-263
, 280, 297, 377,
384-387
, 390; Felipe Sandoval, «Informe de mi actuación», AHN, FC-Causa General, cajas 1530-1531
, exp. 1, pp. 201-206
, 216, 222. Hay un breve y anodino esbozo biográfico en Miguel Íñiguez, *Enciclopedia histórica del anarquismo español*, 3 vols., Vitoria, Asociación Isaac Puente, 2008, vol. I, p. 1740. [.<<](#)

[34] Lorenzo, *Los anarquistas...*, p. 173. [.<<](#)

[35] Esto resulta evidente en el tono ferozmente anticomunista de su libro *Cómo terminó la guerra de España* (Buenos Aires, Ediciones Imán, 1940), y en sus numerosos artículos publicados en CNT. Íñiguez, *Enciclopedia histórica...*, vol. I, pp. 707-708
(García Pradas), vol. II, p. 1546 (Salgado); Gallego, *Madrid, corazón que...* p. 353. [.<<](#)

[36] Gallego, *Madrid, corazón que...*, p. 353; procedimiento militar sumarísimo contra José Cazorla Maure, AHN, FC-Causa General, caja 1525, exp. 1, pp. 6, 14-16
. [.<<](#)

[37] Ignacio Arenillas de Chaves, *El proceso de Besteiro*, Madrid, Revista de Occidente, 1976, pp. 448-449
; Julio Palacios, «Diario de un testigo de la liberación de Madrid», *ABC*, 2 de abril de 1961. [<<](#)

[38] José Peirats, *La CNT en la revolución española*, 2.^a ed., 3 vols., París, Ediciones Ruedo Ibérico, 1971, vol. II, pp. 215-225
, vol. III, pp. 83-99
. [<<](#)

[39] *Ibid.*, vol. III, pp. 177-182
. [<<](#)

[40] *ABC* (24 de enero de 1939), p. 4. [<<](#)

[41] *ABC* (8 de febrero de 1939), p. 1. [<<](#)

[42] Mera, *Guerra, exilio...*, pp. 193-197
; Peirats, *La CNT...*, vol. III, pp. 288-289
. [<<](#)

[43] Pradas, *Cómo terminó la guerra...*, pp. 51-54
. [<<](#)

[44] Sobre Mancebo, véase Preston, *The Spanish Holocaust...*, pp. 273-274
, 375; AHN, FC-Causa General, caja 1525, exp. 1, pp. 3-4
; Causa General, *La dominación roja en España*, Madrid, Ministerio de Justicia, 1945, p. 159; Gallego, *Madrid, corazón que...*, pp. 126-127

. <<

[45] Gregorio Gallego, «La CNT acuerda sublevarse contra el doctor Negrín», en: *Historia y Vida*, número especial, 4 (1974); Isaac Martín Nieto, «Anarcosindicalismo, resistencia y grupos de afinidad. La comisión de propaganda confederal y anarquista (1937-1939)

», en: *El Futuro del Pasado*, n.º 1, pp. 597-611

(2010); Ángel Viñas y Fernando Hernández Sánchez, *El desplome de la República*, Barcelona, Crítica, 2009, pp. 180-181

. <<

[46] Peirats, *La CNT...*, p. 291. <<

[47] Sobre Pedrero, véase Preston, *The Spanish Holocaust...*, pp. 277-278

; declaración de Pedrero, AHN, FC-Causa General, caja 1532, exp. 30, pp. 8, 39. <<

[48] Alfonso Domingo, *El ángel rojo. La historia de Melchor Rodríguez, el anarquista que detuvo la represión en el Madrid republicano*, Córdoba, Editorial Almuzara, 2009, pp. 256-259

,
267-268

. La información acerca de los encuentros entre Sánchez Guerra y Melchor Rodríguez proviene de entrevistas concedidas a Alfonso Domingo por Amapola, la hija de Melchor (Alfonso Domingo a Paul Preston, 30 de agosto de 2014). <<

[49] José Rodríguez Vega, *Notas autobiográficas*, en: *Estudios de Historia Social*, Madrid, n.º 30 (julio-septiembre de 1984), pp. 278-279

; Alfonso Domingo, *El ángel rojo. La historia de Melchor Rodríguez, el anarquista que detuvo la represión en el Madrid republicano*, Córdoba, Almuzara, 2009, pp. 256-259

,
267-268

; Viñas y Hernández Sánchez, *El desplome...*, p. 286. <<

[50] Gooden a FO (28 de febrero de 1939), TNA FO371 24128, W3576/8/41. <<

[1] Wenceslao Carrillo, *El último episodio de la guerra civil española. Marzo de 1939*, Toulouse, Juventudes Socialistas Españolas, 1945, pp.

9-10

; Helen Graham, *Socialism and War: The Spanish Socialist Party in Power and Crisis, 1936-1939*

, Cambridge, Cambridge University Press, 1991, pp. 239, 299; Edmundo Domínguez Aragonés, *Los vencedores de Negrín*, 2.^a ed., México D. F., Ediciones Roca, 1976, p. 105. <<

[2] José Rodríguez Vega, *Notas autobiográficas*, en: *Estudios de Historia Social*, Madrid, n.º 30 (julio-septiembre de 1984), pp.

279-280

. <<

[3] Ignacio Arenillas de Chaves, *El proceso de Besteiro*, Madrid, Revista de Occidente, 1976, p. 435. <<

[4] Juan Negrín, «Intervención ante la Diputación Permanente de las Cortes, París, 31 de marzo de 1939», en: *Textos y discursos políticos*, en: Enrique Moradiellos, ed., Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales / Fundación Juan Negrín, 2010, p. 353; Julián Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los Españoles*, 2 vols., París, Librería Española, 1968, vol. II, p. 251; Domínguez Aragonés, *Los vencedores de Negrín*, pp. 103,

107-108

; José García Pradas, *Cómo terminó la guerra de España*, Buenos Aires, Ediciones Imán, 1940, p. 51; Jesús Hernández, *Yo fui un ministro de Stalin*, Madrid, G. del Toro, 1974, p. 276. <<

[5] Enrique Líster, *Nuestra guerra*, París, Colección Ebro, 1966, pp.

251-252

; Uribe, «Informe», pp.

67-68

. <<

[6] Cipriano Mera, *Guerra, exilio y cárcel de un anarcosindicalista*, París, Ruedo Ibérico, 1976, pp.

198-200

. <<

[7] Hodgson a Halifax (21 de febrero de 1939), TFA, FO 371/24148 W3417/374/41; embajada británica al Departamento de Estado (22 de febrero de 1939), *FRUS 1939*, vol. II, pp.

751-752

. [<<](#)

[8] Hansard, «HC Deb 14 February 1939», vol. 343, cajas

1558-1559

(23 de febrero de 1939), vol. 344, col. 573. [<<](#)

[9] *Sir Alexander Cadogan, The Diaries of Sir Alexander Cadogan*

1938-1945

, David Dilkes, ed., Londres, Cassell, 1971, p. 149. [<<](#)

[10] Halifax a Hodgson (27 de febrero de 1939), TNA, FO 371/24148, W3238/374/41. [<<](#)

[11] Hansard, «HC Deb 27 February 1939», vol. 344, cajas

871-876

. [<<](#)

[12] Nota del Foreign Office, «The Position in Spain», anexo a las actas del Gabinete (2 de marzo de 1939), TNA, CAB 23/97. [<<](#)

[13] Hansard, «HC Deb 28 February 1939», vol. 344, cajas

1099-1119

. [<<](#)

[14] Cadogan, *The Diaries...*, p. 154. [<<](#)

[15] Pablo de Azcárate, *Mi embajada en Londres durante la guerra civil española*, Barcelona, Ariel, 1976, pp.

128-129

. [<<](#)

[16] FO 371/24129, W6704/8/41; Peter Anderson, «The Chetwode Commission» (pp. 251-252)

; Enrique Moradiellos, *El reñidero de Europa. Las dimensiones internacionales de la guerra civil española*, Barcelona, Península, 2001, p. 245. <<

[17] Actas del Gabinete (2 de marzo de 1939), TNA, CAB 23/97. <<

[18] Antonio Cerdón, *Trayectoria (Recuerdos de un artillero)*, 2.^a ed., Sevilla, Espuela de Plata, 2008, pp. 692-696

. <<

[19] Cowan al Foreign Office (22 de febrero de 1939), FO 371/24127, W3150/8/41; Gooden al Foreign Office (23 de febrero de 1939), FO 371/24128, W3571/8/41; Gooden a Tovey (5 de marzo de 1939), FO 371/24128, W3851/8/41; Enrique Moradiellos, *La perfidia de Albión: el Gobierno británico y la guerra civil española*, Madrid, Siglo XXI, 1996, p. 356. <<

[20] José Manuel Martínez Bande, *El final de la guerra civil*, Madrid, Editorial San Martín, 1985, pp. 160-161

. <<

[21] *Idem*, *Los cien últimos días de la República*, Barcelona, Caralt, 1973, pp. 127-128

. <<

[22] *Ibid.*, p. 129. <<

[23] Enrique Castro Delgado, *Hombres made in Moscú*, Barcelona, Luis de Caralt, 1965, p. 648; Manuel Tagüeña Lacorte, *Testimonio de dos guerras*, México D. F., Ediciones Oasis, 1973, p. 311; Joan Llarch, *Negrín ¡Resistir es vencer!*, Barcelona, Planeta, 1985, p. 245; Gicerio Sánchez Recio, et al., *Guerra civil y franquismo en Alicante*, Alicante, Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, 1991, pp. 49-51

; José Ramón Valero Escandell, *El territorio de la derrota. Los últimos días del Gobierno de la II República en el Vinalopó*, Petrer, Centre d'Estudis

Locals del Vinalopó, 2004, pp. 51, 74,
80-81
, 106. Las dos últimas fuentes proporcionan excelentes mapas. [<<](#)

[24] Líster, *Nuestra guerra*, pp.
253-254
. [<<](#)

[25] Uribe, «Informe», p. 68. [<<](#)

[26] Valero Escandell, *El territorio de la derrota...*, pp.
71-76
. [<<](#)

[27] Stanislav Vaupshasov, *Na trevozhnykh perelrestkakh: zapiski chekista*, Moscú, Voenizdat, 1988. He utilizado aquí la edición digital, que puede consultarse en: <http://militera.lib.ru/memo/russian/vaupshasov/18.html>, y que carece de números de página. La cita procede del capítulo titulado «En el umbral del desastre» (Накануне катастрофы). Agradezco al doctor Boris Volodarsky tanto la localización del texto como su ayuda en la traducción de este. [<<](#)

[28] Francisco Ciutat, «Informe al Comité Central sobre los acontecimientos durante el golpe de Casado» (3 de mayo de 1939), reproducido en el apéndice en
CD-ROM
a Ángel Viñas y Fernando Hernández Sánchez, *El desplome de la República*, Barcelona, Crítica, 2009, pp.
219-223
. [<<](#)

[29] Fundación Juan Negrín, carpeta 97, «Final Guerra», p. 7. [<<](#)

[30] Sobre «Dakar», véase Valero Escandell, *El territorio de la derrota...*, pp.
100-102
. [<<](#)

[31] García Pradas, *Cómo terminó la guerra...*, pp. 17, 33-34

; Diego Sevilla Andrés, *Historia política de la zona roja*, Madrid, Editora Nacional, 1954, p. 508. <<

[32] Líster, *Nuestra guerra*, p. 278; Boris Volodarsky, *Soviet Intelligence Services in the Spanish Civil War, 1936-1939*

, tesis doctoral inédita, LSE, 2010, pp. 119-122

, 167, 238; A. K. Starinov, *Behind Fascist Lines. A First-hand Account of Guerrilla Warfare during the Spanish Revolution*, Nueva York, Ballantine Books, 2001, p. 282. <<

[33] Rodríguez Vega, *Notas autobiográficas*, p. 280. <<

[34] Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes...*, vol. II, pp. 252-253

; Cordón, *Trayectoria...*, 2.^a ed., pp. 706-708

; Coronel Segismundo Casado, *Así cayó Madrid. Último episodio de la guerra civil española*, Madrid, Guadiana de Publicaciones, 1968, pp.

132-133

. <<

[35] Casado, *Así cayó Madrid...*, p. 187; Michael Alpert, *La guerra civil española en el mar*, Madrid, Siglo XX

, 1987, pp.

354-355

; Bruno Alonso, *La flota republicana y la guerra civil de España (Memorias de su comisario general)*, Sevilla, Espuela de Plata, 2006, p. 161. <<

[36] Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes...*, vol. II, p. 253; Juan Modesto, *Soy del Quinto Regimiento (Notas de la guerra española)*, París, Colección Ebro, 1969, p. 281. <<

[37] Coronel Segismundo Casado, *The Last Days of Madrid. The End of the Spanish Republic*, Londres, Peter Davies, 1939, pp.

125-129

; *idem*, *Así cayó Madrid...*, pp. 131,

141-142

; *Pueblo* (31 de octubre y 1 de noviembre de 1967); Viñas y Hernández Sánchez, *El desplome...*, p. 225. <<

[38] Véase el texto de los telegramas enviados a través del embajador Pascua instando a Azaña a regresar: Marcelino Pascua, «Azaña en la Embajada de París. Documentación», pp.

6-11
, AHN, AMP, caja 1, carpeta 9; Negrín a Azaña (18 y 27 de febrero de 1939), borrador del texto de los telegramas, Fundación Juan Negrín, carpeta 97, «Final Guerra», 53A-D
, 54; Enrique Moradiellos, *Don Juan Negrín López*, Barcelona, Ediciones Península, 2006, pp. 440-441

. <<

[39] Pascua a Negrín (27 de febrero de 1939), Fundación Juan Negrín, carpeta 97, «Final Guerra», 39A-B

. <<

[40] Marcelino Pascua, «Azaña en la Embajada de París», AHN, AMP, caja 1, carpeta 9, pp. 9-10

; Pascua a Álvarez del Vayo (27 de febrero de 1939), Fundación Juan Negrín, carpeta 97, «Final Guerra», 44A-C
; Manuel Azaña, *Obras completas*, 4 vols., México D. F., Ediciones Oasis, 1966-1968
, vol. III, p. 567; Cipriano de Rivas Cherif, *Retrato de un desconocido. Vida de Manuel Azaña*, Barcelona, Ediciones Grijalbo, 1980, pp. 427-435
; Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes...*, vol. II, pp. 235-236

. <<

[41] Pascua a Negrín, telegrama sin fecha, Fundación Juan Negrín, carpeta 97, «Final Guerra», 41A-B

. <<

[42] José Andrés Rojo, *Vicente Rojo. Retrato de un general republicano*, Barcelona, Tusquets, 2006, pp. 291-293

; General Vicente Rojo, *¡Alerta los pueblos! Estadio político-militar del período final de la guerra española*, 2.^a ed., Barcelona, Ariel, 1974, pp. 169-170

. <<

[43] Pascua a Zugazagoitia (27 de marzo de 1940), AHN, AMP, caja 2 (bis), carpeta 16 (exilio). <<

[44] Viñas y Hernández Sánchez, *El desplome...*, pp.

245-247

. [<<](#)

[45] Martínez Barrio a Negrín (3 de marzo de 1939), Fundación Juan Negrín, carpeta 97, «Final Guerra», 3A-C

; Diego Martínez Barrio, *Memorias*, Barcelona, Planeta, 1983, pp.

408-415

; Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes...*, vol. II, pp.

236-239

; Viñas y Hernández Sánchez, *El desplome...*, p. 252. [<<](#)

[46] Dolores Ibárruri, *El único camino*, Madrid, Castalia, 1992, p. 608; Negrín, «Intervención ante la Diputación...», pp.

360-361

; Dolores Ibárruri, et al., *Guerra y revolución en España*

1936-39

, 4 vols., Moscú, Progreso,

1966-1977

, vol. IV, pp.

279-280

. [<<](#)

[47] Ángel L. Encinas Moral, ed., *Las causas de la derrota de la República española. Informe elaborado por Stoyán Mínev (Stepanov), Delegado en España de la Komintern (1937-1939)*

, Madrid, Miraguano Ediciones, 2003, pp. 176, 201, 213; «Informe a Stalin», en: Viñas y Hernández Sánchez, *El desplome...*, p. 549. [<<](#)

[48] Ángel Viñas, *El honor de la República. Entre el acoso fascista, la hostilidad británica y la política de Stalin*, Barcelona, Crítica, 2009, p. 516. [<<](#)

[49] Ricardo de la Cierva, *1939. Agonía y victoria (El protocolo 277)*, Barcelona, Planeta, 1989, p. 75. [<<](#)

[50] Negrín, «Intervención ante la Diputación Permanente de las Cortes», París (31 de marzo de 1939), en: *Texto y discursos políticos*, p. 360. [<<](#)

[51] Benigno Rodríguez a Negrín (26 de febrero de 1939 y sin fecha, pero 5 de marzo de 1939); Blas Cabrera a Negrín, Fundación Juan Negrín, carpeta 97, «Final Guerra», 77, 78, 79; *ABC Madrid* (2 de marzo de 1939). [<<](#)

[52] Pascua telegrafió a Negrín los días 3 y 4 de marzo para decirle que le había dado a Martínez Barrio todos los telegramas que le habían llegado a él; Fundación Juan Negrín, carpeta 97, «Final Guerra», 42A-B
,
43A-B
; Martínez Barrio, *Memorias*, pp.
415-420
; Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes...*, vol. II, pp.
239-240
. [<<](#)

[53] Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes...*, vol. II, pp.
241-243
. [<<](#)

[54] Rodríguez Vega, *Notas autobiográficas*, p. 280. [<<](#)

[55] García Pradas, *Cómo terminó la guerra...*, pp. 53,
58-61
; José Peirats, *La CNT en la revolución española*, 2.^a ed., 3 vols., París, Ediciones Ruedo Ibérico, 1971, vol. III, pp.
297-298
. [<<](#)

[56] José García Pradas, *¡Teníamos que perder!*, Madrid, G. del Toro, 1974, p. 13. [<<](#)

[1] Enrique Líster, *Nuestra guerra*, París, Colección Ebro, 1966, p. 251; Manuel Tagüeña Lacorte, *Testimonio de dos guerras*, México D. F., Ediciones Oasis, 1973, p. 305. <<

[2] Uribe, «Informe», pp.
65-66

. <<

[3] Julián Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los Españoles*, 2 vols., París, Librería Española, 1968, vol. II, pp.
244-246

. <<

[4] José Ramón Valero Escandell, *El territorio de la derrota. Los últimos días del Gobierno de la II República en el Vinalopó*, Petrer, Centre d'Estudis Locals del Vinalopó, 2004, pp.
48-50

. <<

[5] Tagüeña, *Testimonio...*, p. 305; Enrique Castro Delgado, *Hombres made in Moscú*, Barcelona, Luis de Caralt, 1965, pp.
646-647

. <<

[6] Aldo Agosti, *Palmiro Togliatti*, Turín, UTET, 1996, pp.
240-241

. <<

[7] Stanislav Vaupshasov, *Na trevozhnykh perelrestkakh: zapiski chekista*, Moscú, Voenizdat, 1988. He utilizado aquí la edición digital, disponible en <http://militera.lib.ru/memo/russian/vaupshasov/18.html>, y que carece de números de página. La cita procede del capítulo titulado «En el umbral del desastre» (Накануне катастрофы). Agradezco al doctor Boris Volodarsky tanto la localización del texto como su ayuda en la traducción de este. <<

[8] Palmiro Togliatti, *Opere IV*, 1935-1944, Roma, Editori Riuniti, 1979, p. 389; Antonio Elorza y Marta Bizcarrondo, *Queridos Camaradas. La Internacional Comunista y España*, 1919-1939, Barcelona, Planeta, 1999, pp. 432-433; Burnett Bolloten, *The Spanish Civil War: Revolution and Counterrevolution*, Hemel Hempstead, Harvester Wheatsheaf, 1991, p. 711. <<

[9] *ABC Madrid* (26 de febrero de 1939); Coronel Segismundo Casado, *The Last Days of Madrid. The End of the Spanish Republic*, Londres, Peter Davies, 1939, p. 106. <<

[10] Togliatti, *Opere IV*..., pp. 388-392; Vaupshasov, *Na trevozhnykh perelrestkakh...*; Antonio Cerdón, *Trayectoria (Recuerdos de un artillero)*, 2.^a ed., Sevilla, Espuela de Plata, 2008, pp. 702-703; Dolores Ibárruri, et al., *Guerra y revolución en España* 1936-39, 4 vols., Moscú, Editorial Progreso, 1966-1977, vol. IV, pp. 258-259; Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes...*, vol. II, pp. 251-254; Casado, *The Last Days...*, p. 127; Edmundo Domínguez Aragonés, *Los vencedores de Negrín*, 2.^a ed., México D. F., Ediciones Roca, 1976, p. 108; Ignacio Arenillas de Chaves, *El Proceso de Besteiro*, Madrid, Revista de Occidente, 1976, p. 432. <<

[11] Tagüeña, *Testimonio...*, p. 307. <<

[12] Sobre la duplicidad de Casado con relación a este ascenso, véase Cerdón, *Trayectoria...*, 2.^a ed., p. 692; Juan Modesto, *Soy del Quinto Regimiento (Notas de la guerra española)*, París, Colección Ebro, 1969, p. 280; Julio Álvarez del Vayo, *Battle Freedom's*, Londres, Heinemann, 1940, pp. 290-291; Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes...*, p. 254; Ricardo de la Cierva, 1939. *Agonía y victoria (El protocolo 277)*, Barcelona, Planeta, 1989, p. 75. <<

[13] Agosti, *Palmiro Togliatti*, p. 241; Togliatti, *Opere IV*..., p. 390. <<

[14] Tagüeña, *Testimonio...*, pp.
306-307
. [<<](#)

[15] Irene Falcón, *Asalto a los cielos. Mi vida junto a Pasionaria*, Madrid, Temas de Hoy, 1996, p. 109. [<<](#)

[16] Togliatti, *Opere IV...*, p. 389. [<<](#)

[17] Carlos Morla Lynch, *España sufre. Diarios de guerra en el Madrid republicano*, Sevilla, Renacimiento, 2008, p. 727. [<<](#)

[18] Ramón Lamonedá, *Posiciones políticas. Documentos. Correspondencia*, México D. F., Roca, 1976, p. 96.
[<<](#)

[19] Ángel Viñas y Fernando Hernández Sánchez, *El desplome de la República*, Barcelona, Crítica, 2009, pp.
116, 134,
252-254
. [<<](#)

[20] Louis Fischer, *Men and Politics. An Autobiography*, Londres, Jonathan Cape, 1941, p. 559. [<<](#)

[21] Michael Richards, *A Time of Silence: Civil War and the Culture of Repression in Spain, Franco's 1936-1945*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998, p. 44. [<<](#)

[22] Prieto y Negrín, *Epistolario Prieto y Negrín. Puntos de vista sobre el desarrollo y consecuencias de la guerra civil española*, París, Imprimerie Nouvelle, 1939, p. 37. [<<](#)

[23] *Ibid.*, pp. 17,

44-45

. [<<](#)

[24] Castro Delgado, *Hombres made in Moscú*, pp.

647-648

. [<<](#)

[25] Líster, *Nuestra guerra*, pp.

252-254

. Líster, admitiendo que no había hecho una recapitulación exacta de las fechas, da a entender que esta reunión tuvo lugar el 2 o el 3 de marzo. Sin embargo, dado que luego comenta que los ascensos que se anunciaron el 2 de marzo tuvieron lugar al día siguiente o al otro, es razonable suponer que su entrevista con Negrín probablemente se celebró el 1 de marzo. [<<](#)

[26] Uribe, «Informe», pp.

71-72

. [<<](#)

[27] Ramón Salas Larrazábal, *Historia del Ejército Popular de la República*, 4 vols., Madrid, Editora Nacional, 1973, vol. IV, pp.

3400-3408

; Ángel Bahamonde Magro y Javier Cervera Gil, *Así terminó la guerra de España*, Madrid, Marcial Pons, 1999, pp.

342-344

; Viñas y Hernández Sánchez, *El desplome...*, pp.

228-237

; sobre Mantecón, véase Francisco Ciutat, «Informe al Comité Central sobre los acontecimientos durante el golpe de Casado», p. 228, y sobre Martínez Cartón, véase «Informe a Stalin», p. 55; Pedro Checa, «Informe sobre los acontecimientos del 1 al 24 de marzo de 1939», p. 252, reproducido en el apéndice documental, en

CD-ROM

, a *El desplome...* [<<](#)

[28] Manuel Aznar, *Historia militar de la guerra de España (1936-1939)*

, Madrid, Idea, 1940, pp.

841-842

; José García Pradas, *Cómo terminó la guerra de España*, Buenos Aires, Ediciones Imán, 1940, pp. 17, 33-34

; Diego Sevilla Andrés, *Historia política de la zona roja*, Madrid, Editora Nacional, 1954, pp. 508, 510-512

; De la Cierva, *1939...*, pp.
160-161

; *idem*, *La victoria y el caos. A los sesenta años del 1 de abril de 1939*, Madrid, Fénix, 1999, pp.
424-426

. [<<](#)

[29] Dolores Ibárruri, *El único camino*, Madrid, Castalia, 1992, pp.
608-609

; Salas Larrazábal, *Historia del Ejército Popular...*, vol. II, p. 2333. [<<](#)

[30] Bolloten, *The Spanish Civil War...*, pp.
713-717

; Casado, *Así cayó Madrid...*, pp. 131, 142. [<<](#)

[31] Coronel Segismundo Casado, *Así cayó Madrid. Último episodio de la guerra civil española*, Madrid, Guadiana de Publicaciones, 1968, pp. 143, 166. [<<](#)

[32] Ignacio Hidalgo de Cisneros, *Cambio de rumbo (Memorias)*, 2 vols., Bucarest, Colección Ebro, 1964, vol.
II, pp.

253-254

; Álvarez del Vayo, *Battle
Freedom's*

..., pp.

289-290

. En realidad, Hidalgo de Cisneros no especifica el día, pero Bahamonde y Cervera Gil, en *Así terminó la guerra...*, dan el 3 de marzo como la fecha de la reunión. [<<](#)

[33] Líster, *Nuestra guerra*, p. 254; Togliatti, *Opere IV...*, pp.
392-393

. [<<](#)

[34] Wenceslao Carrillo, *El último episodio de la guerra civil española. Marzo de 1939*, Toulouse, Juventudes Socialistas Españolas, 1945, p. 10. [<<](#)

[35] Bruno Alonso, *La flota republicana y la guerra civil de España (Memorias de su comisario general)*, Sevilla, Espuela de Plata, 2006, p. 174. [<<](#)

[36] Prieto a Negrín (3 de julio de 1939), *Epistolario Prieto y Negrín...*, pp. 119-120

. [<<](#)

[37] Méndez a Negrín (3 de febrero de 1939), AHN, AMP, caja 2, carpetas 17 y 19. Véase el comentario al respecto de Enrique Moradiellos, *Don Juan Negrín López*, Barcelona, Ediciones Península, 2006, pp. 448-449

. [<<](#)

[38] Casado, *Así cayó Madrid...*, pp. 144-147

; Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes...*, vol. II, pp. 253-255

. Véase Juan Miguel Campanario, «Los ascensos y nombramientos de militares comunistas en marzo de 1939, la sublevación del coronel Segismundo Casado y el hallazgo del Diario Oficial del Ministerio de Defensa Nacional del día 5 de marzo cuya existencia se desconocía», ponencia presentada en el X Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea, celebrado en Santander el

16-17

de septiembre de 2010, pp.

18-21

. [<<](#)

[39] Alonso, *La flota republicana...*, pp. 160-161

,
171-172

; Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes...*, vol. II, pp. 247-250

,
255-256

; Juan Martínez Leal, *República y guerra civil en Cartagena (1931-1939)*

, Murcia, Universidad de Murcia / Ayuntamiento de Cartagena, 1993, pp. 326-328

. [<<](#)

[40] Checa, «Informe...», pp. 249-253

; Ibárruri, et al., *Guerra y revolución...*, vol. IV, pp. 282-283

; Victoria Fernández Díaz, *El exilio de los marinos republicanos*, Valencia, Universitat de València, 2009, pp.

57, 92; José Manuel Martínez Bande, *El final de la guerra civil*, Madrid, Editorial San Martín, 1985, p. 192.
[<<](#)

[41] Informe de Eustaquio Cañas, «Marzo de 1939. El último mes», en: Fundación Pablo Iglesias, ARLF-172-30
, pp.
12-13
. Cañas alude erróneamente a él como Pérez Barreiro. [<<](#)

[42] Juan Negrín, «Intervención ante la Diputación Permanente de las Cortes, París, 31 de marzo de 1939», en: *Textos y discursos políticos*, Enrique Moradiellos, ed., Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales / Fundación Juan Negrín, 2010, p. 358. Tanto Modesto (*Soy del Quinto Regimiento...*, p. 282) como Ibárruri, et al., en *Guerra y revolución...*, vol. IV, p. 282) sostienen que la retirada de la flota había de tener lugar el 2 de marzo, pero el 4 de marzo es una fecha más probable. [<<](#)

[43] Cañas, «Marzo de 1939...», pp.
13-14
. [<<](#)

[44] *Ibid.*, p. 14. [<<](#)

[45] «Memorias del coronel Galán», *Pueblo* (26 de octubre de 1971), p. 40; Alonso, *La flota republicana...*, pp. 174-203
; Michael Alpert, *La guerra civil española en el mar*, Madrid, Siglo XX
, 1987, pp.
353-355
. [<<](#)

[1] ABC (Madrid) (28 de febrero de 1939); José García Pradas, *Cómo terminó la guerra de España*, Buenos Aires, Ediciones Imán, 1940, p. 36. [<<](#)

[2] «Informe a Stalin», pp. 62, 80, reproducido en el apéndice documental, en CD-ROM , a *El desplome de la República*, de Ángel Viñas y Fernando Hernández Sánchez (Barcelona, Crítica, 2009). [<<](#)

[3] Fundación Juan Negrín, carpeta «Cartagena», 17A-17C . [<<](#)

[4] Informe de González Peña, Bilbao y Blanco (20 de febrero de 1939), Fundación Juan Negrín, carpeta «Cartagena», 16A-16C . [<<](#)

[5] Coronel Jesús Pérez Salas, *Guerra en España (1936 a 1939)*, México D. F., Imprenta Grafos, 1947, pp. 240-241 ; Manuel D. Benavides, *La escuadra la mandan los cabos*, 2.^a ed., México D. F., Ediciones Roca, 1976, p. 523. [<<](#)

[6] Juan Negrín, «Intervención ante la Diputación Permanente de las Cortes, París, 31 de marzo de 1939», en: *Textos y discursos políticos*, en: Enrique Moradiellos, ed., Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales / Fundación Juan Negrín, 2010, pp. 358-359 ; José Manuel Martínez Bande, *El final de la guerra civil*, Madrid, Editorial San Martín, 1985, p. 194. [<<](#)

[7] Bernal a Miaja (4 de marzo de 1939), Fundación Juan Negrín, carpeta «Cartagena», 6. [<<](#)

[8] «Informe de Francisco Galán sobre su actuación como jefe de la base naval de Cartagena», reproducido

en el apéndice en

CD-ROM

a *El desplome...*, p. 201; «Memorias del Coronel Francisco Galán», *Pueblo* (28 de octubre de 1971), p. 14; Martínez Bande, *El final...*, pp.

197-199

. [<<](#)

[9] Viñas y Hernández Sánchez, *El desplome...*, pp.

271-272

; Bruno Alonso, *La flota republicana y la guerra civil de España (Memorias de su comisario general)*, Sevilla, Espuela de Plata, 2006, pp.

174-175

; Juan Martínez Leal, *República y guerra civil en Cartagena (1931-1939)*

, Murcia, Universidad de Murcia/Ayuntamiento de Cartagena, 1993, p. 336. [<<](#)

[10] Julián Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los Españoles*, 2 vols., París, Librería Española, 1968, vol. II, p. 256; Benavides, *La escuadra...*, p. 519; Ignacio Iglesias, *La fase final de la guerra civil (De la caída de Barcelona al derrumbamiento de Madrid)*, Barcelona, Planeta, 1977, pp.

134-135

. Alonso, en: *La flota republicana...*, p. 173, afirma que el telegrama de Matallana fue obra de los jefes del ejército, lo cual sin duda significa Matallana y Casado, pero no ofrece ningún texto. Sobre el mensaje en relación con la postergación, véase Dolores Ibárruri, et al., *Guerra y revolución en España*

1936-39

, 4 vols., Moscú, Editorial Progreso,

1966-1977

, vol. IV, p. 284; «Informe de Galán...», p. 204. [<<](#)

[11] Alonso, *La flota republicana...*, pp.

176-177

; Benavides, *La escuadra...*, pp.

519-520

. [<<](#)

[12] «Informe de Galán», pp.

199-200

; «Memorias del Coronel Francisco Galán», *Pueblo* (28 de octubre de 1971), p. 14; Martínez Bande, *El final...*, pp.

192-196

, Martínez Leal, *República y guerra civil en Cartagena...*, pp.

338-339

. [<<](#)

[13] «Informe de Galán», pp.
200-201
; Alonso, *La flota republicana...*, pp.
179-180
; Luis Romero, *El final de la guerra*, Barcelona, Ariel, 1976, pp.
207-208
. [<<](#)

[14] «Informe de Galán», p. 203; Ibárruri, et al., *Guerra y revolución...*, vol. IV, pp.
285-286
; Victoria Fernández Díaz, *El exilio de los marinos republicanos*, Valencia, Universitat de València, 2009, pp.
27-28
; Martínez Leal, *República y guerra civil en Cartagena...*, pp.
340-344
; *idem*, *El final...*, pp.
200-202
; Michael Alpert, *La guerra civil española en el mar*, Madrid,
Siglo XX
, 1987, pp.
354-360
. [<<](#)

[15] «Memorias del Coronel Francisco Galán», *Pueblo* (28 de octubre de 1971), p. 14; Benavides, *La escuadra...*, p. 540; Pérez Salas, *Guerra en España...*, p. 243. [<<](#)

[16] Borradores manuscritos del texto de los distintos mensajes fueron conseguidos cuando los republicanos reconquistaron Cartagena. Véase Fundación Juan Negrín, carpeta «Cartagena»,
1A-1H
. Transcripciones de los mensajes, en: *ibid.*,
18A-18B
; «Informe de Galán», p. 210. [<<](#)

[17] Fundación Juan Negrín, carpeta «Cartagena»,
1B-1C
. [<<](#)

[18] Transcripción de la conversación telefónica entre Negrín y Matallana a primera hora del 5 de marzo, Fundación Juan Negrín, carpeta «Cartagena»,
10A-10B
, también en carpeta 28, 1999-03-
22 11
.03.46 y 1999-03-22 11.04.24. El estilo telegráfico del documento hace difícil su interpretación. Enrique

Moradiellos (*Don Juan Negrín López*, Barcelona, Ediciones Península, 2006, p. 449) cree que Negrín estaba dando órdenes a Matallana más que informándolo de las instrucciones que había dictado a los ocupantes de la base. [<<](#)

[19] Transcripción de la segunda llamada telefónica entre Negrín y Matallana el 5 de marzo, Fundación Juan Negrín, carpeta «Cartagena»,
13A-13B
. [<<](#)

[20] Intercambio de teletipos entre Negrín, Galán y Vicente Ramírez, Fundación Juan Negrín, carpeta «Cartagena»,
14A-14B
,
11A-11B
; «Informe de Galán», pp.
207-208
; Informe de Eustaquio Cañas, «Marzo de 1939. El último mes», en Fundación Pablo Iglesias,
ARLF-172-30
, pp.
15-17
; Benavides, *La escuadra...*, pp.
532-534
; Alonso, *La flota republicana...*, pp.
181-182
. [<<](#)

[21] Transcripción de la conversación entre Osorio y Tafall y Galán, Fundación Juan Negrín, carpeta «Cartagena», 9; «Informe de Galán», pp.
209-210
. [<<](#)

[22] Textos de retransmisiones de radio y mensajes, Fundación Juan Negrín, carpeta «Cartagena»,
1A-1H
;
18A-18B
; «Informe de Galán», pp.
210-211
; Pérez Salas, *Guerra en España...*, pp.
241-243
; Benavides, *La escuadra...*, pp.
526-527
. [<<](#)

[23] «Informe de Galán», pp.

211-213

; «Memorias del Coronel Francisco Galán», *Pueblo* (28 de octubre de 1971), p. 14; Benavides, *La escuadra...*, pp.

526-527

; Fernández Díaz, *El exilio de los marinos...*; Viñas y Hernández Sánchez, *El desplome...*, pp.

276-277

; Martínez Leal, *República y guerra civil en Cartagena...*, pp.

333-343

. [<<](#)

[24] Benavides, *La escuadra...*, p. 534; Martínez Bande, *El final...*, p. 192. [<<](#)

[25] Julio Álvarez del Vayo, *Battle*

Freedom's

, Londres, Heinemann, 1940, pp.

292-293

. [<<](#)

[26] Cañas, «Marzo de 1939», pp.

22-23

. [<<](#)

[27] Martínez Bande, *El final...*, pp.

212-214

. [<<](#)

[28] Cañas, «Marzo de 1939», pp.

17-18

. [<<](#)

[29] Enrique Líster, *Nuestra guerra*, París, Colección Elooro, 1966, pp.

255-256

. [<<](#)

[30] «Informe de Galán», pp.

213-214

. [<<](#)

[31] Martínez Bande, *El final...*, pp.

215-217

. [<<](#)

[32] Viñas y Hernández Sánchez, *El desplome...*, pp.

279-283

; «Informe de Galán», pp.

214-216

; Pedro María Egea Bruno, «Miguel Buiza Fernández-Palacios, Almirante habilitado», en: Javier García Fernández, ed., *25 militares de la República*, Madrid, Ministerio de Defensa, 2011, pp.

177-178

; Benavides, *La escuadra...*, pp.

544-545

; Alonso, *La flota republicana...*, pp.

187-190

. [<<](#)

[33] Martínez Bande, *El final...*, p. 233. [<<](#)

[34] Pérez Salas, *Guerra en España...*, p. 244; Egea Bruno, «Miguel Buiza Fernández-Palacios...», pp.

184-186

. [<<](#)

[35] Alonso, *La flota republicana...*, pp.

181-184

; Martínez Bande, *El final...*, pp.

219-226

; Martínez Leal, *República y guerra civil en Cartagena...*, pp.

346-348

; Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes...*, pp.

260-267

; Ángel Bahamonde Magro y Javier Cervera Gil, *Así terminó la guerra de España*, Madrid, Marcial Pons, 1999, pp.

421-438

. [<<](#)

[36] Martínez Leal, *República y guerra civil en Cartagena...*, pp.

355-359

; Almirante Juan Cervera Valderrama, *Memorias de Guerra (1936-1939)*

, Madrid, Editora Nacional, 1968, pp.

375-379

; Martínez Bande, *El final...*, pp.

226-232

; Eladi Mainar, José Miguel Santacreu y Robert Llopis, *La agonía de la II República*, Valencia, La Xara, 2014, pp.

31-33

. Luis Miguel Pérez Adán, «El hundimiento del *Castillo de Olite*», en: *Revista Cartagena histórica*, n.º 2. Para la crónica de un testigo ocular, véase Cañas, «Marzo de 1939», pp.

24-25

. <<

[37] Benavides, *La escuadra...*, pp.

542-543

; Pérez Salas, *Guerra en España...*, pp.

247-249

. <<

[38] Francisco Vega Díaz, «El último día de Negrín en España», en: *Claves de la Razón Práctica* (22 de mayo de 1992), pp.

60-63

. Este fascinante relato es del todo creíble, si bien el título del artículo resulta un tanto confuso cronológicamente. Vega Díaz escribe como si todo lo mencionado se produjera el 5 de marzo, pero también hace referencia a hechos que acontecieron al día siguiente, como la partida de Negrín y sus ministros. No hay datos distorsionados, y la confusión probablemente obedezca a que la escribió sesenta años después.

<<

[39] *Ibid.*, pp.

60-61

. <<

[40] *Ibid.*, p. 61. <<

[41] Jesús Hernández, *Yo fui un ministro de Stalin*, Madrid, G. del Toro, 1974, pp.

280-281

. <<

[42] Manuel Tagüeña Lacorte, *Testimonio de dos guerras*, México D. F., Ediciones Oasis, 1973, pp. 310-311
; Irene Falcón, *Asalto a los cielos. Mi vida junto a Pasionaria*, Madrid, Temas de Hoy, 1996, pp. 169-170
. [<<](#)

[43] Vega Díaz, «El último día...», pp. 61-62
. [<<](#)

[44] Alpert, *La guerra civil española en el mar...*, pp. 360-362
. [<<](#)

[45] Viñas y Hernández Sánchez, *El desplome...*, pp. 328-332
. [<<](#)

[46] Antonio Cerdón, *Trayectoria (Recuerdos de un artillero)*, 2.^a ed., Sevilla, Espuela de Plata, 2008, pp. 712-713
. [<<](#)

[47] *Ibid.*, pp. 713-714
. [<<](#)

[1] José García Pradas, *Cómo terminó la guerra de España*, Buenos Aires, Ediciones Imán, 1940, pp. 65-71

. [<<](#)

[2] Eduardo Domínguez Aragonés, *Los vencedores de Negrín*, 2.^a ed., México D. F., Nuestro Pueblo, 1940, pp. 150-156

. [<<](#)

[3] Para el texto de este discurso, véase *El Socialista* (7 de marzo de 1939); la descripción de Besteiro en García Pradas, *Cómo terminó la guerra...*, pp.

71-72

; José Manuel Martínez Bande, *El final de la guerra civil*, Madrid, Editorial San Martín, 1985, pp.

261-263

. [<<](#)

[4] Luis Romero, *El final de la guerra*, Barcelona, Ariel, 1976, pp.

265-266

. [<<](#)

[5] Domínguez Aragonés, *Los vencedores de Negrín*, p. 160; José Rodríguez Vega, *Notas autobiográficas*, en: *Estudios de Historia Social* (Madrid), n.º 30 (julio-septiembre de 1984), p. 282; Romero, *El final de la guerra*, pp.

267-268

. [<<](#)

[6] Coronel Segismundo Casado, *Así cayó Madrid. Último episodio de la guerra civil española*, Madrid, Guadiana de Publicaciones, 1968, pp.

199-200

; Romero, *El final de la guerra*, p. 119. [<<](#)

[7] Declaración prestada por Ángel Pedrero García, AHN, FC-Causa General, caja 1532, exp. 30, p. 54; Domínguez Aragonés, *Los vencedores de Negrín*, p. 168. [<<](#)

[8] Fernando Rodríguez Miaja, *Testimonios y memoranzas. Mis recuerdos de los últimos meses de la guerra de España*, México D. F., Imprenta de Juan Pablos, 1997, pp.

53-55

. El decreto de nombramiento de Miaja, fechado el 5 de marzo de 1939, se reproduce en *ibid.*, p. 95. <<

[9] Domínguez Aragonés, *Los vencedores de Negrín*, p. 176. <<

[10] Domínguez Aragonés, *Los vencedores de Negrín*, pp.

178-185

; Rodríguez Vega, *Notas autobiográficas...*, pp.

281-283

; Pere Gabriel, *Historia de la UGT. Un sindicalismo de guerra*, Madrid,

Siglo XXI

, 2011, pp.

496-497

. <<

[11] Gabriel, *Historia de la UGT...*, pp.

498-499

. <<

[12] Lawrence Fernsworth, *Struggle for Freedom*

Spain's

, Boston, Beacon Press, 1957, p. 235. <<

[13] Palmiro Togliatti, «Relazione del 21 maggio 1939», en: *Opere IV*,

1935-1944

, Roma, Editori Riuniti, 1979, pp.

343-410

; Helen Graham, *Socialism and War: The Spanish Socialist Party in Power and Crisis*,

1936-1939

, Cambridge, Cambridge University Press, 1991, pp.

234-235

. <<

[14] Paul Preston, *The Spanish Holocaust. Inquisition and Extermination in Twentieth Century Spain*, Londres, HarperCollins, 2012, cap. 11 [hay trad. cast.: *El holocausto español*, Barcelona, Debate, 2011]. <<

[15] Togliatti, «Relazione...», *Opere. IV...*, pp.

343-410

; Ángel Viñas y Fernando Hernández Sánchez, *El desplome de la República*, Barcelona, Crítica, 2009, p. 48; Manuel Tagüeña Lacorte, *Testimonio de dos guerras*, México D. F., Ediciones Oasis, 1973, p. 321; Ángel Bahamonde Magro y Javier Cervera Gil, *Así terminó la guerra de España*, Madrid, Marcial Pons, 1999, pp.

377-378

,

386-389

,

416-418

. [<<](#)

[16] Manuel Portela Valladares, *Dietario de dos guerras. Notas, polémicas y correspondencia de un centrista español*

(1936-1950)

, La Coruña, Ediciós do Castro, 1988, p. 152. [<<](#)

[17] Gabriel Jackson, *The Spanish Republic and the Civil War*

1931-1939

, Princeton, NJ, Princeton University Press, 1965, p. 471. [<<](#)

[18] Enrique Tierno Galván, *Cabos sueltos*, Barcelona, Bruguera, 1981, pp.

26-27

, 34; véase también Gabriel Morón, *Política de ayer y política de mañana. Los socialistas ante el problema español*, México D. F., Talleres Numancia, 1942, pp.

142-143

. [<<](#)

[19] Emilio Lamo de Espinosa y Manuel Contreras, *Filosofía y política en Julián Besteiro*, 2.^a ed., Madrid, Editorial Sistema, 1990, p. 116. [<<](#)

[20] «Declaración de don Antonio Luna García», en: Ignacio Arenillas de Chaves, *El proceso de Besteiro*, Madrid, Revista de Occidente, 1976, p. 193. [<<](#)

[21] Julián Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los Españoles*, 2 vols., París, Librería Española, 1968, vol. II, p. 252; Antonio Cordon, *Trayectoria (Recuerdos de un artillero)*, París, Colección Ebro, 1971, pp.

486-487

. [<<](#)

[22] Segismundo Casado, *The Last Days of Madrid*, Londres, Peter Davies, 1939, pp.

149-150

; *idem*, *Así cayó Madrid...*, pp.

157-158

; «Las memorias inéditas del Coronel Casado», *Pueblo* (2 de noviembre de 1967), p. 17; Cordon, *Trayectoria...*, 2.^a ed. (Sevilla, Espuela de Plata, 2008), pp.

714-715

; Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes...*, vol. II, pp.

257-258

; Domínguez Aragonés, *Los vencedores de Negrín*, pp.

170-171

; García Pradas, *Cómo terminó la guerra...*, pp.

75-76

; Julio Álvarez del Vayo, *Battle*

Freedom's

, Londres, Heinemann, 1940, pp.

293-294

. [<<](#)

[23] Viñas y Hernández Sánchez, *El desplome...*, p. 322. [<<](#)

[24] Cordon, *Trayectoria...*, 2.^a ed., pp.

715-717

; Álvarez del Vayo, *Battle*

Freedom's

..., pp.

294-295

. [<<](#)

[25] Cordon, *Trayectoria...*, 2.^a ed., p. 718; Francisco Ciutat, «Informe al Comité Central sobre los acontecimientos durante el golpe de Casado» (3 de mayo de 1939), reproducido en el apéndice en

CD-ROM

a Viñas y Hernández Sánchez, *El desplome...*, p. 229. [<<](#)

[26] Juan Negrín, «Intervención ante la Diputación Permanente de las Cortes, París, 31 de marzo de 1939», Discurso pronunciado en Londres el 14 de abril de 1945, en: *Textos y discursos políticos*, en: Enrique Moradiellos, ed., Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales / Fundación Juan Negrín, 2010, pp.

479-480

; Cordon, *Trayectoria...*, 2.^a ed., p. 719. [<<](#)

[27] Casado, *The Last Days...*, pp.

153-155

; *idem*, *Así cayó Madrid...*, pp.

158-159

; Ciutat, «Informe...», p. 229; Ricardo Miralles, *Juan Negrín. La República en guerra*, Madrid, Ediciones Temas de Hoy, 2003, p. 323. [<<](#)

[28] Domínguez Aragonés, *Los vencedores de Negrín*, pp.

171-172

; Santiago Garcés, entrevista con Heleno Saña, «Habla un ayudante de Negrín», *Índice* (15 de junio de 1974), p. 9. [<<](#)

[29] Declaración prestada por Ángel Pedrero García..., p. 54; Cordon, *Trayectoria...*, 2.^a ed., p. 720. [<<](#)

[30] Sobre Burillo, véase Viñas y Hernández Sánchez, *El desplome...*, pp. 232, 338, 540, 558; Luis Español Bouché, *Madrid 1939. Del golpe de Casado al final de la guerra civil*, Madrid, Almena Ediciones, 2004, pp. 67, 121; Ángel L. Encinas Moral, ed., *Las causas de la derrota de la República española. Informe elaborado por Stoyán Mínev (Stepanov), Delegado en España de la Komintern (1937-1939)*

, Madrid, Miraguano Ediciones, 2003, p. 175; Togliatti, *Opere IV...*, p. 383 y los comentarios la víspera de su ejecución a Rafael Sánchez Guerra, *Mis prisiones. Memorias de un condenado por Franco*, Buenos Aires, Editorial Claridad, 1946, pp.

115-117

. [<<](#)

[31] Cañas, «Marzo de 1939», pp.

19-20

; Cordon, *Trayectoria...*, 2.^a ed., p. 721. [<<](#)

[32] Cordon, *Trayectoria...*, 2.^a ed., p. 720; Uribe, «Informe», pp.

68-70

. [<<](#)

[33] Cordon, *Trayectoria...*, 2.^a ed., pp.

721-722

; Francisco Vega Díaz, «El último día de Negrín en España», en: *Claves de la Razón Práctica* (22 de mayo de 1992), p. 62. [<<](#)

[34] Tagüeña, *Testimonio...*, pp.

311-312

. [<<](#)

[35] Bolloten entrevistó a Hidalgo de Cisneros en México poco después de la guerra; Burnett Bolloten, *The Spanish Civil War: Revolution and Counterrevolution*, Hemel Hempstead, Harvester Wheatsheaf, 1991, p. 730.

[<<](#)

[36] Vega, «El último día...», p. 62; Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes...*, vol. II, pp.

258-259

; Enrique Líster, *Nuestra guerra*, París, Colección Ebro, 1966, pp.

256-257

. [<<](#)

[37] Vega, «El último día...», p. 62; Irene Falcón, *Asalto a los cielos. Mi vida junto a Pasionaria*, Madrid, Temas de Hoy, 1996, p. 173. [<<](#)

[38] Togliatti, *Opere IV...*, p. 396; Mariano Ansó, *Yo fui ministro de Negrín*, Barcelona, Planeta, 1976, p. 252; Encinas Moral, ed., *Las causas de la derrota...*, p. 192. [<<](#)

[39] El texto aparece reproducido en Martínez Bande, *El final...*, pp.

252-253

y, en inglés, en: Álvarez del Vayo, *Battle Freedom's*

..., pp.

298-299

. Véase también Uribe, «Informe», pp.

70-71

; Togliatti, *Opere IV...*, pp.

397-398

; Tagüeña, *Testimonio...*, pp.

312-314

; Falcón, *Asalto...*, pp.

171-174

; Dolores Ibárruri, et al., *Guerra y revolución en España 1936-39*

, 4 vols., Moscú, Editorial Progreso, 1966-1977

, vol. IV, p. 297. [<<](#)

[40] Rodríguez Vega, *Notas autobiográficas...*, pp.

282-283

. <<

[41] *Ibid.*, p. 283. <<

[42] Falcón, *Asalto...*, p. 174; Rodríguez Vega, *Notas autobiográficas...*, p. 283. <<

[43] Romero Marín, entrevista, *Cuadernos para el Diálogo*, 2.^a época, 172 (14 de agosto de 1976), p. 22. <<

[44] El comentario de Negrín en alemán se cita en Manuel Tuñón de Lara, *La España del siglo XX*, 2.^a ed., París, Librería Española, 1973, p. 670, y en Miralles, *Juan Negrín...*, pp.

323-324

. Tuñón de Lara era amigo de Tagüeña (véase *Testimonio...*, p. 309). Álvarez del Vayo y Tuñón de Lara trabaron amistad en el exilio. Por ello, el comentario le llegó casi con total certeza a través de Tuñón. <<

[45] Stanislav Vaupshasov, *Na trevozhnykh perelrestkakh: zapiski chekista*, Moscú, Voenizdat, 1988, disponible en: <<http://militera.lib.ru/memo/russian/vaupshasov/19.html>>; Álvarez del Vayo, *Battle*

Freedom's

..., p. 301; Santiago Garcés, entrevista con Heleno Saña, «Habla un ayudante de Negrín», *Índice* (15 de junio de 1974), pp.

9-10

; Cordón, *Trayectoria...*, 2.^a ed., p. 726; Líster, *Nuestra guerra*, p. 256. Más información sobre los cinco DC2 en la España republicana en: Gerald Howson, *Aircraft of the Spanish Civil War*

1936-1939

, Londres, Putnam, 1990, pp.

121-126

. <<

[46] Falcón, *Asalto...*, p. 176; José Ramón Valero Escandell, *El territorio de la derrota. Los últimos días del Gobierno de la II República en el Vinalopó*, Petrer, Centre

d'Estudis

Locals del Vinalopó, 2004, pp.

163-166

; Encinar Moral, ed., *Las causas de la derrota...*, p. 205; Howson, *Aircraft of the Spanish Civil War...*, pp. 23-24

, 107; Jesús Hernández, *Yo fui un ministro de Stalin*, Madrid, G. del Toro, 1974, p. 335. <<

[47] Togliatti, *Opere IV...*, pp.

324-325

,
390-391

,
397-399

; Falcón, *Asalto...*, pp.

174-175

; Tagüeña, *Testimonio...*, pp.

314-319

; Líster, *Nuestra guerra*, pp.

256-257

; Romero, *El final de la guerra...*, pp.

274-275

; Hidalgo de Cisneros, *Cambio de rumbo...*, vol. II, pp.

257-259

; Ibárruri, et al., *Guerra y revolución...*, vol. IV, pp.

303-304

; Hernández, *Yo fui un ministro de Stalin*, p. 307. [<<](#)

[48] Cañas, «Marzo de 1939», pp.

23-25

. [<<](#)

[1] Jesús I. Martínez Paricio, coord., *Los papeles del general Vicente Rojo. Un militar de la generación rota*, Madrid, Espasa Calpe, 1989, p. 112. [<<](#)

[2] F. Ferrándiz Alborz, *La bestia contra España. Reportaje de los últimos días de la guerra española y los primeros de la bestia triunfante*, Montevideo, CISA, 1951, p. 73. [<<](#)

[3] Fernando Hernández Sánchez, *Guerra o revolución. El Partido Comunista de España en la guerra civil*, Barcelona, Crítica, 2010, p. 455; Dolores Ibárruri, et al., *Guerra y revolución en España 1936-39*, 4 vols., Moscú, Progreso, 1966-1967, vol. IV, p. 304. [<<](#)

[4] Ibárruri, et al., *Guerra y revolución...*, pp. 304-317; Antonio Elorza y Marta Bizcarrondo, *Queridos Camaradas. La Internacional Comunista y España, 1919-1939*, Barcelona, Planeta, 1999, p. 436; Ángel Viñas y Fernando Hernández Sánchez, *El desplome de la República*, Barcelona, Crítica, 2009, p. 347. [<<](#)

[5] Manuel Casanova, *La guerra de España. El Frente Popular abrió las puertas a Franco*, Barcelona, Fontamara, 1978, pp. 154, 156. [<<](#)

[6] Fernando Rodríguez Miaja, *Testimonios y remembranzas. Mis recuerdos de los últimos meses de la guerra de España*, México D. F., Imprenta de Juan Pablos, 1997, p. 51. [<<](#)

[7] Enrique Moradiellos, *Don Juan Negrín López*, Barcelona, Ediciones Península, 2006, p. 430; Negrín a Pascua (9 de febrero de 1939), AHN, AMP, caja 4, carpeta 2. [<<](#)

[8] Ricardo Miralles, *Juan Negrín. La República en guerra*, Madrid, Ediciones Temas de Hoy, 2003, p. 178. [<<](#)

[9] Negrín a Prieto (23 de junio de 1939), *Epistolario Prieto y Negrín, Puntos de vista sobre el desarrollo y consecuencias de la guerra civil española*, París, Imprimerie Nouvelle, 1939, p. 38; Helen Graham, *Socialism and War: The Spanish Socialist Party in Power and Crisis, 1936-1939*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991, pp. 407-408

. [<<](#)

[10] Luis Español Bouché, *Madrid 1939. Del golpe de Casado al final de la guerra civil*, Madrid, Almena Ediciones, 2004, pp. 74-75

,
134-137

. [<<](#)

[11] Negrín a De los Ríos (10 de marzo de 1939), AHN, AMP, caja 2, carpeta 11, declaración de Del Vayo a las embajadas (12 de marzo de 1939), caja 1 (bis), carpeta 22; Negrín a Prieto (23 de junio de 1939), *Epistolario Prieto y Negrín...*, pp. 49-50

. [<<](#)

[12] Ángel Bahamonde Magro y Javier Cervera Gil, *Así terminó la guerra de España*, Madrid, Marcial Pons, 1999, pp. 331-335

. [<<](#)

[13] Registro telefónico policial, AHN, FC-Causa General, caja 1525, exp. 10, pp. 1-7

. [<<](#)

[14] Bahamonde Magro y Cervera Gil, *Así terminó la guerra...*, p. 387; Manuel Tagüeña Lacorte, *Testimonio de dos guerras*, México D. F., Ediciones Oasis, 1973, pp. 306-319
; Enrique Castro Delgado, *Hombres made in Moscú*, Barcelona, Luis de Caralt, 1965, pp. 64. [<<](#)

[15] Informe inédito de Eustaquio Cañas, «Marzo de 1939. El último mes», en Fundación Pablo Iglesias, ARLF-172-30
, pp. 27-28

; Antonio Bouthelier y José López Mora, *Ocho días de revuelta comunista. Madrid marzo 1939*
5-13
, Madrid, Editora Nacional, 1940, pp.
90-92
; Edmundo Domínguez Aragonés, *Los vencedores de Negrín*, México D. F., Ediciones Roca, 1976, pp.
189-197
; Ibárruri, et al., *Guerra y revolución...*, vol. IV, pp.
305-317
; Viñas y Hernández Sánchez, *El desplome...*, pp.
348-349
,
352-353
. <<

[16] Antonio Bouthelier y José López Mora, *Ocho días de revuelta comunista. Madrid marzo 1939*
5-13
, Madrid, Editora Nacional, 1940, pp.
90-92
; Bahamonde Magro y Cervera Gil, *Así terminó la guerra...*, pp. 335,
399-400
. <<

[17] Rodríguez Miaja, *Testimonios y remembranzas...*, pp.
55-58
,
153-166
; Domínguez Aragonés, *Los vencedores...*, p. 201, confunde a Miguel Primo de Rivera con su hermana Pilar;
Jesús Hernández, «Informe sobre el período de dominación de la Junta de Casado», apéndice documental a
Viñas y Hernández Sánchez, *El desplome*,
CD-ROM
, p. 307. <<

[18] Domínguez Aragonés, *Los vencedores...*, pp.
83-84
. <<

[19] Cipriano Mera, *Guerra, exilio y cárcel de un anarcosindicalista*, París, Ruedo Ibérico, 1976, pp.
209-212
; Julián Vadillo Muñoz, *El movimiento obrero en Alcalá de Henares*, Madrid, Silente Académica, 2013, pp.
403-405
; Coronel Segismundo Casado, *Así cayó Madrid. Último episodio de la guerra civil española*, Madrid, Guadiana,
1968, pp.
170-178
; Pedro Alberto García Bilbao, Xulio García Bilbao y P. Carlos Paramio Roca, *La represión franquista en*

[20] Mera, *Guerra, exilio...*, p. 209. <<

[21] Daniel Arasa, *Entre la cruz y la República. Vida y muerte del general Escobar*, Barcelona, Styria, 2008, pp. 415-420
. <<

[22] Domínguez Aragonés, *Los vencedores...*, p. 84; Francisco Alía Miranda, *La guerra civil en la retaguardia. Conflicto y revolución en la provincia de Ciudad Real (1936-1939)*, Ciudad Real, Diputación Provincial, 1994, pp. 360-365
. <<

[23] José Rodríguez Vega, *Notas autobiográficas*, en: *Estudios de Historia Social*, Madrid, n.º 30 (julio-septiembre de 1984), pp. 284-285
. <<

[24] Viñas y Hernández Sánchez, *El desplome...*, pp. 333-341
; Ángel L. Encinas Moral, ed., *Las causas de la derrota de la República española. Informe elaborado por Stoyán Mínev (Stepanov), Delegado en España de la Komintern (1937-1939)*, Madrid, Miraguano Ediciones, 2003, pp. 279-280
; Ibárruri, *Guerra y revolución...*, vol. IV, pp. 317-324
; Hernández, «Informe sobre el período...»; Francisco Ciutat, «Informe al Comité Central sobre los acontecimientos durante el golpe de Casado» (3 de mayo de 1939), apéndice documental a *El desplome*, CD-ROM
, pp. 244, 304-307
. <<

[25] Viñas y Hernández Sánchez, *El desplome...*, pp. 363-366
. <<

[26] Ciutat, «Informe al Comité Central...», pp.
243-244
. [<<](#)

[27] Wenceslao Carrillo, *El último episodio de la guerra civil española. Marzo de 1939*, Tolosa, Juventudes Socialistas Españolas, 1945, pp.
13-14
; Ángel Bahamonde Magro, *Madrid 1939. La conjura del coronel Casado*, Madrid, Ediciones Cátedra, 2014, pp.
185-187
. [<<](#)

[28] Ettore Vanni, *Io comunista in Russia*, Bolonia, Capelli Editore, 1948, pp.
6-18
; Pierre Broué y Emile Témime, *The Revolution and the Civil War in Spain*, Londres, Faber & Faber, 1972, p. 537. Luis Romero, *El final de la guerra*, Barcelona, Ariel, 1976, p. 359. [<<](#)

[29] Carrillo, *El último episodio de la guerra...*, pp.
14-15
; Casado, *Así cayó Madrid...*, pp.
179-181
; Viñas y Hernández Sánchez, *El desplome...*, p. 357. [<<](#)

[30] Bahamonde Magro, *Madrid 1939...*, pp.
225-228
. [<<](#)

[31] Archivos judiciales de altos mandos en AHN, FC-Causa General, 1525, exp. 8; los relativos a Barceló se encuentran en pp.
15-18
,
67-125
; Rodríguez Vega, *Notas autobiográficas...*, pp.
285-286
; Cañas, «Marzo de 1939...», p. 29; Domínguez Aragonés, *Los vencedores...*, pp.
214-216
; Carrillo, *El último episodio de la guerra...*, p. 15. [<<](#)

[32] Graham, *Socialism and War...*, pp. 240-243
; Viñas y Hernández Sánchez, *El desplome...*, p. 377. [.<<](#)

[33] Hernández Sánchez, *Guerra o revolución...*, p. 440. [.<<](#)

[34] Francisco Franco Bahamonde, *Palabras del Caudillo, 19 abril 1937 - 7 diciembre 1942*, Madrid, Ediciones de la Vicesecretaría de Educación Popular, 1943, pp. 501-503
. [.<<](#)

[35] 18 y 27 de febrero, Viñas y Hernández Sánchez, *El desplome...*, pp. 116, 134, 252-254
. [.<<](#)

[36] Bahamonde Magro y Cervera Gil, *Así terminó la guerra...*, pp. 421-436
. [.<<](#)

[37] Peter Anderson, «The Chetwode Commission and British Diplomatic Responses to Violence behind the Lines in the Spanish Civil War», en: *European History Quarterly*, 42(a): 252. [.<<](#)

[38] Manuel Aguilera Povedano, *Compañeros y camaradas. Las luchas entre antifascistas en la Guerra Civil española*, Madrid, Actas Editorial, 2012, pp. 333, 338. [.<<](#)

[39] Bahamonde Magro, *Madrid 1939...*, p. 12; Bahamonde Magro y Cervera Gil, *Así terminó la guerra...*, p. 402; informe secreto a Stalin sobre los acontecimientos que pusieron fin a la guerra, Viñas y Hernández Sánchez, *El desplome...*, pp. 30, 47-63
y, para el propio informe, pp. 471-626
. [.<<](#)

[40] Segismundo Casado, *The Last Days of Madrid*, Londres, Peter Davies, 1939, p. 173; *idem*, *Así cayó Madrid...*, p. 178. <<

[41] Ramón Salas Larrazábal, *Historia del Ejército Popular de la República*, 4 vols., Madrid, Editora Nacional, 1973, vol. II, pp. 2318, 2340. <<

[42] Alfonso Domingo, *El ángel rojo. La historia de Melchor Rodríguez, el anarquista que detuvo la represión en el Madrid republicano*, Córdoba, Editorial Almuzara, 2009, pp.

267-268

, y entrevista con la hija de Melchor, Amapola (mensaje privado al autor por parte de Alfonso Domingo); Cañas, «Marzo de 1939...», pp.

27-28

, 30. <<

[43] Rodríguez Vega, *Notas autobiográficas...*, p. 285. <<

[44] Casado, *Así cayó Madrid...*, p. 183. <<

[45] José Manuel Martínez Bande, *El final de la guerra civil*, Madrid, Editorial San Martín, 1985, pp. 296-299

; Bahamonde Magro, *Madrid 1939...*, pp.

191-192

. <<

[46] Manuscrito original de las propuestas de paz de Casado redactado el 11 de marzo, Centro Documental de la Memoria Histórica, Salamanca, FNFF, 19910, 19911, 19912. Se reedita en *Documentos inéditos para la historia del Generalísimo Franco*, vol. 1, Madrid, Fundación Nacional Francisco Franco, 1992, pp.

323-324

. Véase también Casado, *Así cayó Madrid...*, pp.

205-206

; *idem*, *The Last Days...*, pp.

200-202

; Carrillo, *El último episodio de la guerra...*, pp.

16-17

; Martínez Bande, *El final de la guerra civil...*, pp.

296-301

. <<

[47] Gooden a Halifax (12 de marzo, 11 de abril de 1939), FO371/24153, W4257/2082/41, FO371/24129, W6704/8/41. [<<](#)

[48] Enrique Moradiellos, *La perfidia de Albión: el Gobierno británico y la guerra civil española*, Madrid, Siglo XXI, 1996, p. 358. [<<](#)

[49] César M. Lorenzo, *Los anarquistas españoles y el poder*, París, Ruedo Ibérico, 1972, pp. 173-274, 264. [<<](#)

[50] José Peirats, *La CNT en la revolución española*, 2.^a ed., 3 vols. París, Ediciones Ruedo Ibérico, 1971, vol. III, pp. 255, 272-273, 282, 288-289. [<<](#)

[51] Lorenzo, *Los anarquistas...*, pp. 173, 264-265;
; Ignacio Iglesias, *La fase final de la guerra civil (De la caída de Barcelona al derrumbamiento de Madrid)*, Barcelona, Planeta, 1977, pp. 118-120;
; José García Pradas, *Cómo terminó la guerra de España*, Buenos Aires, Ediciones Imán, 1940, p. 54. [<<](#)

[52] Domínguez Aragonés, *Los vencedores...*, pp. 208-212;
; Rodríguez Vega, *Notas autobiográficas...*, p. 283; Carlos Morla Lynch, *España sufre. Diarios de guerra en el Madrid republicano*, Sevilla, Editorial Renacimiento, 2008, pp. 739, 751, 760, 764; Viñas y Hernández Sánchez, *El desplome...*, pp. 303-304. [<<](#)

[53] Franco Bahamonde, *Palabras del Caudillo...*, p. 509. [<<](#)

[54] Bahamonde Magro y Cervera Gil, *Así terminó la guerra...*, pp.

[55] Morla Lynch, *España sufre...*, p. 765; Viñas y Hernández Sánchez, *El desplome...*, p. 305. [<<](#)

[56] Julián Besteiro, *Obras completas*, 3 vols., Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1983, vol. III, pp. 435-437

. Un facsímil del manuscrito es reproducido por Ignacio Arenillas de Chaves, *El proceso de Besteiro*, Madrid, Revista de Occidente, 1976, pp. 288 y 289. [<<](#)

[57] Rodríguez Vega, *Notas autobiográficas...*, pp. 287-288

. [<<](#)

[58] Paul Preston, *The Coming of the Spanish Civil War*, Londres, Routledge, 1994, cap. 7. [<<](#)

[59] Domínguez Aragonés, *Los vencedores...*, p. 250. [<<](#)

[60] Eduardo Buil, «25 días de confusión y derrumbamiento», AFPI, AAVV, AEJM-83-9

, pp.

2-4

. [<<](#)

[61] Cañas, «Marzo de 1939...», FPI/ARLF-172-30, pp. 32-34

,

36-37

; Rodríguez Vega, *Notas autobiográficas...*, p. 286. [<<](#)

[62] García Bilbao y Paramio Roca, *La represión franquista...*, pp. 53-54

. [<<](#)

[63] Ana Belén Rodríguez Patiño, *La guerra civil en Cuenca II, La pugna ideológica y la revolución (1936-1939)*, Madrid, Universidad Complutense, 2004, pp. 263-264.
. [<<](#)

[64] Alía Miranda, *La guerra civil en la retaguardia...*, pp. 365-367.
. [<<](#)

[65] Juan García Maturana, «Informe sobre los últimos acontecimientos ocurridos en Almería», Archivo Histórico del PCE, Documentos PCE, Organizaciones territoriales del PCE, Federación Comunista de Andalucía, Comités Provinciales; Sofía Rodríguez López, «Vidas cruzadas. Las mujeres antifascistas y el exilio interior/exterior», en: *Arenal: Revista de historia de mujeres*, vol. 19, n.º 1 (2012), pp. 103-140
; Rafael Quirosa-Cheyrouze y Muñoz, *Política y guerra civil en Almería*, Almería, Editorial Cajal, 1986, pp. 239-242
. [<<](#)

[66] Registros telefónicos policiales, AHN, FC-Causa General, caja 1525, exp. 11, p. 6. [<<](#)

[67] Expedientes judiciales de Eugenio Mesón Gómez, AHN FC-Causa General, caja 1525, exp. 7, pp. 1-26
. Para los juicios a otros comunistas que permanecieron en prisión, véase AHN, FC-Causa General, caja 1525, exp. 9, pp. 1-12
; Francisco Moreno Gómez, *La guerra civil en Córdoba (1936-1939)*, Madrid, Editorial Alpuerto, 1985, pp. 686-688
; Ibárruri, et al., *Guerra y revolución...*, vol. IV, pp. 332-333
; Viñas y Hernández Sánchez, *El desplome...*, pp. 59, 149; Bahamonde Magro y Cervera Gil, *Así terminó la guerra...*, p. 402. [<<](#)

[68] Juan Ambou, *Los comunistas en la resistencia nacional republicana (La guerra en Asturias, el País Vasco y Santander)*, Madrid, Editorial Hyspamérica, 1978, pp. 277-278
. [<<](#)

[69] Aurora Arnaiz, *Retrato hablado de Luisa Julián*, Madrid, Compañía Literaria, 1996, pp. 111-142
,
158-159
; Melquesidez Rodríguez Chaos, *24 años en la cárcel*, París, Colección Ebro, 1968, pp. 27-28
,
73-75
. [<<](#)

[70] García Bilbao y Paramio Roca, *La represión franquista...*, pp. 42, 53-55
. [<<](#)

[71] Casado, *Así cayó Madrid...*, p. 178. [<<](#)

[72] Vadillo Muñoz, *El movimiento obrero...*, pp. 404-405
. [<<](#)

[1] Luis Romero, *El final de la guerra*, Barcelona, Ariel, 1976, pp.

361-365

; Cipriano Mera, *Guerra, exilio y cárcel de un anarcosindicalista*, París, Ruedo Ibérico, 1976, pp.

212-217

. [<<](#)

[2] Testimonio de Julio Palacios en Ignacio Arenillas de Chaves, *El proceso de Besteiro*, Madrid, Revista de Occidente, 1976, p. 436. [<<](#)

[3] Registros telefónicos policiales, AHN, FC-Causa General, caja 1525, exp. 10, pp.

1-7

, exp. 11, p. 3. [<<](#)

[4] José García Pradas, *Cómo terminó la guerra de España*, Buenos Aires, Ediciones Imán, 1940, pp. 117,

124-125

. [<<](#)

[5] Frank Mintz y Graham Kelsey, eds., *Consejo Nacional de Defensa*, Madrid, Cuadernos de la Guerra Civil, Fundación Salvador Seguí, 1989, pp.

101-105

. [<<](#)

[6] José Peirats, *La CNT en la revolución española*, 2.^a ed., 3 vols., París, Ediciones Ruedo Ibérico, 1971, vol.

III, pp.

307-309

. [<<](#)

[7] Testimonio del procedimiento sumarísimo de urgencia seguido contra el jefe del SIM, Ángel Pedrero García, AHN, FC-Causa General, cajas

1520-1521

, exp. 1, pp.

77-78

,

126-127

. [<<](#)

[8] Informe de Eustaquio Cañas, «Marzo de 1939. El último mes», en Fundación Pablo Iglesias, ARLF-172-30

, pp.
29-30

. [<<](#)

[9] Manuel Valdés Larrañaga, *De la Falange al Movimiento (1936-1952)*

, Madrid, Fundación Nacional Francisco Franco, 1994, pp.
90-92

. [<<](#)

[10] Luna dijo esto a un estudiante de teología jesuita en Innsbruck, carta al autor de Dom Hilari Raguer, 7 de julio de 1997. [<<](#)

[11] Julián Besteiro, *Obras completas*, 3 vols., Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1983, vol. III, pp. 435-437

. [<<](#)

[12] Bullitt a Hull (8 de marzo de 1939), *FRUS 1939*, II, pp.
760-763

. [<<](#)

[13] Ángel Viñas y Fernando Hernández Sánchez, *El desplome de la República*, Barcelona, Crítica, 2009, p. 289. [<<](#)

[14] José Rodríguez Vega, *Notas autobiográficas*, en: *Estudios de Historia Social*, Madrid, n.º 30 (julio-septiembre de 1984), p. 287. [<<](#)

[15] Halifax a Phipps (París) y Halifax a Henderson (Berlín), (15 de marzo de 1939), Halifax a Henderson (17 de marzo de 1939), *Documents on British Foreign Policy*, 3.ª serie, vol. IV, Londres, HMSO, 1951, pp. 267,

271, 291; Hansard, HC Deb (31 de marzo de 1939), vol. 345, cc.

2421-2422

; Anita J. Prazmowska, *Britain, Poland and the Eastern Front, 1939*, Cambridge, Cambridge University Press, 1987, pp.

57-61

; Hugh Thomas, *The Spanish Civil War*, 3.^a ed., Londres, Hamish Hamilton, 1977, p. 911. <<

[16] Regina García, *Yo he sido marxista, El cómo y el porqué de una conversión*, 2.^a ed., Madrid, Editora Nacional, 1952, pp.

330-331

. <<

[17] Romero, *El final de la guerra*, pp.

265-266

. <<

[18] Evaristo Jorge Moreno, «Notas sobre los últimos días de la guerra civil española», AFPI, AAVV, AEJM-83-89

, p. 2. <<

[19] Gooden al Foreign Office (26 de marzo de 1939), TNA, FO 371/24154, W5088/2082/41. <<

[20] Eliseo Gómez Serrano, *Diarios de la guerra civil (1936-1939)*

, Alicante, Universidad de Alicante, 2008, entradas del diario correspondientes al 21 de febrero y el 12, 13, 14, 22 y 26 de marzo, pp.

671-672

,
684-686
, 693, 695; transcripción del consejo de guerra de Gómez Serrano, pp.

715-716

. El libro que le angustió fue: Antonio Bahamonde y Sánchez de Castro, *Un año con Queipo*, Barcelona, Ediciones Españolas, s. f. [1938]. <<

[21] Coronel Segismundo Casado, *The Last Days of Madrid*, Londres, Peter Davies, 1939, pp.

290-291

; Ricardo de la Cierva, *1939. Agonía y victoria (El protocolo 277)*, Barcelona, Planeta, 1989, p. 266; F. Ferrándiz Alborz, *La bestia contra España. Reportaje de los últimos días de la guerra española y los primeros de la bestia triunfante*, Montevideo, CISA, 1951, p. 74. <<

[22] Rodríguez Vega, *Notas autobiográficas...*, p. 287; Edmundo Domínguez Aragonés, *Los vencedores de Negrín*, 2.^a ed., México D. F., Ediciones Roca, 1976, pp. 212-213

. [<<](#)

[23] García Pradas, *Cómo terminó la guerra...*, p. 131. [<<](#)

[24] Mera, *Guerra, exilio...*, pp. 224-225

. [<<](#)

[25] José del Río, «Besteiro, mártir», en: *El Socialista* (24 de septiembre de 1959). Véase también Gabriel Jackson, *The Spanish Republic and the Civil War 1931-1939*

, Princeton, NJ, Princeton University Press, 1965, p. 471, que habla de «la idea de sacrificio indirecto, de la esperanza de que su encarcelamiento y muerte pudieran aligerar la carga de la represalia contra otros».

[<<](#)

[26] García Pradas, *Cómo terminó la guerra...*, p. 131. [<<](#)

[27] José Manuel Martínez Bande, *Los cien últimos días de la República*, Barcelona, Luis de Caralt, 1973, pp. 227-235

; Ángel Bahamonde Magro, *Madrid 1939. La conjura del coronel Casado*, Madrid, Ediciones Cátedra, 2014, pp. 193-194

. [<<](#)

[28] Ángel Bahamonde Magro y Javier Cervera Gil, *Así terminó la guerra de España*, Madrid, Marcial Pons, 1999, pp. 453-457

; José Manuel Martínez Bande, *El final de la guerra civil*, Madrid, Editorial San Martín, 1985, pp. 301-314

. [<<](#)

[29] Coronel Segismundo Casado, *Así cayó Madrid. Último episodio de la guerra civil española*, Madrid, Guadiana de Publicaciones, 1968, pp. 221-226
; Wenceslao Carrillo, *El último episodio de la guerra civil española. Marzo de 1939*, Toulouse, Juventudes Socialistas Españolas, 1945, pp. 17-18
; Bahamonde Magro, *Madrid 1939...*, pp. 199-220
. <<

[30] Casado, *Así cayó Madrid...*, pp. 226-235
. <<

[31] *Ibid.*, pp. 239-250
; Bahamonde Magro, *Madrid 1939...*, pp. 196-197
. <<

[32] José Manuel Vidal Zapater, *Los Llanos (Albacete) 1939*, Madrid, manuscrito inédito, 1994, pp. 9-15
; Viñas y Hernández Sánchez, *El desplome...*, pp. 290-294
. <<

[33] Paolo Spriano, *Storia del Partito comunista: I fronti popolari, Stalin, la guerra italiano III*, Turín, Giulio Einaudi Editore, 1976, p. 272; Aldo Agosti, *Palmiro Togliatti*, Turín, UTET, 1996, p. 243; Jesús Hernández, *Yo fui un ministro de Stalin*, Madrid, G. del Toro, 1974, pp. 334-336
; Jesús Hernández, *La grande trahison*, París, Fasquelle Editeurs, 1953, pp. 184-185
; Gerald Howson, *Aircraft of the Spanish Civil War 1936-1939*, Londres, Putnam, 1990, pp. 23-24
, 107. <<

[34] Martínez Bande, *El final de la guerra...*, pp. 328-330
. <<

[35] O. D. Gallagher, «Five Waited for a City to Die», en: Frank C. Hanighen, ed., *Nothing but Danger*, Nueva York, National Travel Club, 1939, pp. 228-240

. [<<](#)

[36] Julián Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los Españoles*, 2 vols., París, Librería Española, 1968, vol. II, p. 242; Ramón Salas Larrazábal, *Historia del Ejército Popular de la República*, 4 vols., Madrid, Editora Nacional, 1973, vol. II, pp. 2318-2325

. [<<](#)

[37] Gooden al Foreign Office (28 de marzo de 1935), TNA FO 371/24154, W5244/2082/41; Fernando Rodríguez Miaja, *Testimonios y remembranzas. Mis recuerdos de los últimos meses de la guerra de España*, México D. F., Imprenta de Juan Pablos, 1997, pp. 11, 63-72

,
101-119

; Casado, *Así cayó Madrid...*, pp. 254-255

, 267. Sobre el regalo de Haile Selassie, véase Romero, *El final de la guerra...*, p. 423. [<<](#)

[38] Prieto a Negrín (3 de julio de 1939), *Epistolario Prieto y Negrín. Puntos de vista sobre el desarrollo y consecuencias de la guerra civil española*, París, Imprimerie Nouvelle, 1939, pp. 116; Lázaro Somoza Silva, *El general Miaja (biografía de un héroe)*, México D. F., Editorial Tyris, 1944, pp. 273-278

. [<<](#)

[39] Eduardo de Guzmán, *La muerte de la esperanza*, Madrid, G. del Toro, 1973, pp. 197-199

. [<<](#)

[40] García Pradas, *Cómo terminó la guerra...*, p. 132; Viñas y Sánchez Hernández, *El desplome...*, p. 297. [<<](#)

[41] ABC (28 de marzo de 1939); Casado, *The Last Days...*, pp. 238-247

; Mintz y Kelsey, *Consejo Nacional...*, pp.
123-124

, inspirándose en *Castilla Libre*, mezclaba los discursos de González Marín y Casado. <<

[42] De Guzmán, *La muerte...*, pp.
200-207

; García Pradas, *Cómo terminó la guerra...*, pp.
124-127

. <<

[43] Procedimiento sumarísimo de urgencia contra Rafael Sánchez Guerra, AHN, FC-Causa General, caja 1505, exp. 5; Rafael Sánchez Guerra, *Mis prisiones*, Buenos Aires, Editorial Claridad, 1946, pp.
48-50

. <<

[44] De Guzmán, *La muerte...*, pp. 213, 226. <<

[45] Informe de la Delegación Internacional de Evacuación y Ayuda Española; sir George Young, «Agreed Account Of Activities of the Delegation», archivo familiar de sir George y lady Aurelia Young. <<

[46] Young, «Agreed Account Of Activities...», p. 1; Domínguez Aragonés, *Los vencedores...*, pp.
256-278

. <<

[47] Laurin Zilliacus, «The Last Days of Madrid», en: *The New Statesman and Nation* (23 de diciembre de 1939), pp.
929-930

. La afirmación de Casado a la que hace referencia Zilliacus, en Casado, *The Last Days...*, pp.
255-256

. <<

[48] André Ulmann, «La Tragédie
d'Alicante
: 4000 républicains,
l'élite
d'une

nation amie, ont été livrés à
l'assassinat
et M. Bonnet en porte la responsabilité», en: *La Lumière* (7 de abril de 1939). [<<](#)

[49] De Guzmán, *La muerte...*, pp.
251-257

,
270-279
, 303; Rodríguez Vega, *Notas autobiográficas...*, p. 290; García Pradas, *Cómo terminó la guerra...*, pp.
134-135
. [<<](#)

[50] Telegrama de Carrillo, Cañas, «Marzo de 1939...», AFPI/ARLF-172-30, pp.
42-44
; Jorge Moreno, «Notas sobre los últimos días...», p. 2; Eladi Mainar Cabanes, «
L'exili
del coronel Casado amb el Consell de Defensa pel port de Gandia després de la cerca infructuosa
d'una
pau pactada», en: José Miguel Santacreu Soler, ed., *Una presó amb vistes al mar. El drama del Port, Març de
1939
d'Alacant*
, Valencia, Tres i Quatre, 2008, pp. 138, 144. [<<](#)

[51] Casado, *The Last Days...*, pp.
262-263
,
272-273
; Luis Español Bouché, *Madrid 1939. Del golpe de Casado al final de la guerra civil*, Madrid, Almena Ediciones,
2004, pp. 67, 262. [<<](#)

[52] García Pradas, *Cómo terminó la guerra...*, pp.
140-141
; De Guzmán, *La muerte...*, p. 303; Casado, *Así cayó Madrid...*, p. 281. [<<](#)

[53] Gooden al Foreign Office (28 y 29 de marzo de 1939), TNA FO 371/24154, W5244/2082/41,
W5263/2082/41; Tovey al Almirantazgo, TNA FO 371/24154, W5263/2082/41; Mounsey a Butler (29 de
marzo de 1939), TNA, FO 371/24154, W5467/2082/41, W6012/2082/41, W6705/2082/41,
W6795/2082/41. [<<](#)

[54] Max Aub, *Campo de los almendros*, Madrid, Ediciones Alfaguara, 1981, p. 238. <<

[55] Gooden a Halifax (12 de abril de 1939), FO371/24154 W6705/2082/41. <<

[56] Javier Juárez, *Comandante Durán. Leyenda y tragedia de un intelectual en armas*, Barcelona, Debate, 2008, pp. 243-247
; Aub, *Campo de los almendros*, pp. 238-240
; Horacio Vázquez-Rial, *El soldado de porcelana*, Barcelona, Ediciones B, 1997, pp. 547-549
. <<

[57] Mainar Cabanes, «
L'exili
del coronel Casado...», pp. 145-146
. <<

[58] Jorge Moreno, «Notas sobre los últimos días...», p. 3. <<

[59] Mainar Cabanes, «
L'exili
del coronel Casado...», pp. 147-148
. <<

[60] TNA, FO 371/24154, W5263/2082/41, W5264/2082/41, W5943/2082/41; Mainar Cabanes, «
L'exili
del coronel Casado...», pp. 150-153
; Eladi Mainar, José Miguel Santacreu y Robert Llopis, *Gandia i el seu port, març de 1939. El penúltim acte de la Segona República Espanyola*, Gandía, CEIC Alfons el Vell, 2010, pp. 136-140
; Michael Alpert, *La guerra civil española en el mar*, Madrid, Siglo XX
, 1987, pp. 353, 360-362
; *idem*, *The Republican Army in the Spanish Civil War*

1936-1939

, Cambridge, Cambridge University Press, 2013, pp.

284-285

; Casado, *Así cayó Madrid...*, pp.

269-284

. <<

[61] Casado, *Así cayó Madrid...*, pp. 283, 287. <<

[62] Gooden al Foreign Office (26 de marzo de 1939), FO 371/24154, W5088/2082/41. <<

[63] Juan Martínez Leal, «El *Stanbrook*. Un barco mítico en la memoria de los exiliados españoles», en: *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, 4 (2005), pp.

66-67

; Santiago Garcés, entrevista con Heleno Saña, «Habla un ayudante de Negrín», *Índice* (15 de junio de 1974), p. 10. <<

[64] Martínez Leal, «El *Stanbrook...*», pp.

67-81

; José Miguel Santacreu Soler, «El bloqueig naval franquista i la sort dels darrers vaixells de l'exili

del port

d'Alacant

», en: Santacreu Soler, ed., *Una presó amb vistes al mar...*, pp.

203-233

; Francisco Escudero Galante, *Pasajero 2058. La odisea del Stanbrook*, Alicante, Editorial Club Universitario, 2002, pp.

65-71

. <<

[65] AHN, FC-Causa General, caja 1532, exp. 30, p. 55; Rodríguez Vega, *Notas autobiográficas...*, p. 293; De Guzmán, *La muerte...*, pp. 196 y ss.; Laurin Zilliacus, carta a *The New Statesman and Nation* (23 de diciembre de 1939); Domínguez Aragonés, *Los vencedores...*, p. 260; Melquesidez Rodríguez Chaos, *24 años en la cárcel*, París, Colección Ebro, 1968, pp.

11-17

; Manuel García Corachán, *Memorias de un presidiario (en las cárceles franquistas)*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2005, pp.

27-31

; Alberto Rovighi y Filippo Stefani, *La partecipazione italiana alla guerra civile Spagnola*, 2 vols., Roma, Ufficio Storico dello Stato Maggiore dell'Esercito

,

1992-1993

, vol. II, i, pp.

427-430

; Vicente Ramos, *La guerra civil en la provincia de Alicante*

(1936-1939)

, 3 vols., Alicante, Ediciones Biblioteca Alicantina, 1973, vol. III, pp.

198-199

. [<<](#)

[66] Rodríguez Vega, *Notas autobiográficas...*, pp.

291-295

; M. Lafuente, «Lo que ocurrió en el puerto de Alicante», AFPI, AAVV, AEJM-83-9), pp.

2-6

; Eladi Mainar Cabanes, José Miguel Santacreu Soler y Ricard Camil Torres Fabra, «El parany dels darrers dies de la guerra al port

d'Alacant

», en: Santacreu Soler, *Una presó amb vistes al mar*, pp.

157-195

; Ronald Fraser, *Blood of Spain: The Experience of Civil War*

1936-1939

, Londres, Allen Lane, 1979, pp.

502-507

. [<<](#)

[67] Eduardo de Guzmán, *El año de la victoria*, Madrid, G. del Toro, 1974, pp.

19-23

; Juan Caba Guijarro, *Mil gritos tuvo el dolor en el campo de «Albatera»*, Ciudad Real, Imprenta Angama, 1983, pp.

3-9

; Rodríguez Chaos, *24 años...*, pp.

18-24

; Tomasa Cuevas Gutiérrez, *Cárcel de mujeres*

(1939-1945)

, 2 vols., Barcelona, Sirocco Books, 1985, vol. II, pp.

87-88

. [<<](#)

[68] Rodríguez Vega, *Notas autobiográficas...*, pp.

295-296

; Vicent Gabarda Cebellán, *Els afusellaments al País Valencià*

(1938-1956)

, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, 1993, pp.

58-61

; De Guzmán, *La muerte...*, pp.

387-394

; Caba Guijarro, *Mil gritos tuvo el dolor...*, pp.

9-13

. <<

[69] De Guzmán, *El año de la victoria*, pp. 31, 43-46

; García Corachán, *Memorias de un presidiario...*, pp. 31-33

; Javier Navarro Navarro, «El terror com a epíleg a una guerra. La repressió franquista al País Valencià: dos testimonis», en: Pelai Pagès i Blanch, dir., *La repressió franquista al País Valencià. Primera trobada de la Comissió de la veritat d'investigadors*

, Valencia, Tres i Quatre, 2009, pp. 307-317

. <<

[1] Rafael Sánchez Guerra, *Mis prisiones. Memorias de un condenado por Franco*, Buenos Aires, Editorial Claridad, 1946, pp.

53-60

; Andrés Saborit, *Julián Besteiro*, Buenos Aires, Losada, 1967, p. 300. [<<](#)

[2] Julián Besteiro, *Cartas desde la prisión*, Madrid, Alianza Editorial, 1988, p. 121. [<<](#)

[3] Procedimiento sumarísimo de urgencia contra Rafael Sánchez Guerra, en: Procedimientos sumarísimos seguidos por «Tribunales Militares Nacionales» (Auditoría de Guerra del Ejército de Ocupación), AHN, FC-Causa General, caja 1525, exp. 14, pp.

201-20

, 224,

235-8

, 249,

266-9

; comandante Franco, *Diario de una bandera*, Madrid, Editorial Pueyo, 1922, p. 130. [<<](#)

[4] Elías Díaz, *Los viejos maestros. La reconstrucción de la razón*, Madrid, Alianza Editorial, 1994, pp.

61-62

. [<<](#)

[5] Indalecio Prieto, *Convulsiones de España. Pequeños detalles de grandes sucesos*, 3 vols., México D. F., Oasis, 1967-1969

, vol. III, pp.

334-337

. [<<](#)

[6] En Saborit, *Julián Besteiro*, pp.

293-295

. [<<](#)

[7] Sobre el encarcelamiento y la muerte de Besteiro, véase «Notas de Dolores Cebrián», en: Besteiro, *Cartas...*, pp.

177-202

; Saborit, *Julián Besteiro*, pp.

301-315

. [<<](#)

[8] Carmen de Zulueta, «Introducción» a Besteiro, *Cartas...*, p. 23. [<<](#)

[9] Sánchez Guerra, *Mis prisiones...*, pp.

53-55

. [<<](#)

[10] José Rodríguez Vega, *Notas autobiográficas*, en: *Estudios de Historia Social*, Madrid, n.º 30 (julio-septiembre de 1984), pp.

329-330

. [<<](#)

[11] Alfonso Domingo, *El ángel rojo. La historia de Melchor Rodríguez, el anarquista que detuvo la represión en el Madrid republicano*, Córdoba, Editorial Almuzara, 2009, pp.

29-31

,

311-346

; Raimundo Fernández Cuesta, *Testimonio, recuerdos y reflexiones*, Madrid, Ediciones Dyrsa, 1985, pp.

95-96

; Leopoldo Huidobro, *Memorias de un finlandés*, Madrid, Ediciones Españolas, 1939, pp.

212-213

. Estoy especialmente agradecido a Alfonso Domingo por compartir conmigo su investigación sobre el juicio. [<<](#)

[12] Testimonio del procedimiento sumarísimo de urgencia seguido contra el Jefe del SIM, Ángel Pedrero García, AHN, FC-Causa General, caja 1520, exp. 2, pp.

153-154

; Eduardo de Guzmán, *El año de la victoria*, Madrid, G. del Toro, 1974, pp.

102-103

. [<<](#)

[13] Emilio Majuelo, *La generación del sacrificio. Ricardo Zabalza*

1898-1940

, Tafalla, Editorial Txalaparta, 2008, pp.

264-265

,

276-282

,

333-335

. [<<](#)

[14] Cipriano Mera, *Guerra, exilio y cárcel de un anarcosindicalista*, París, Rudo Ibérico, 1976, pp.

228-267

; Indalecio Prieto, *Palabras al viento*, 2.^a ed., México D. F., Ediciones Oasis, 1969, pp.

191-196

. [<<](#)

[15] Miguel Íñiguez, *Enciclopedia histórica del anarquismo español*, 3 vols., Vitoria, Asociación Isaac Puente, 2008, pp.

707-708

,

775-776

,

969-970

, 1546, 1740. [<<](#)

[16] Ángel Bahamonde Magro, *Madrid 1939. La conjura del coronel Casado*, Madrid, Cátedra, 2014, pp.

217-218

; *Crónica de la guerra española. No apta para irreconciliables*, 5 vols., Buenos Aires, Codex, 1966, vol. v, p.

388. [<<](#)

[17] Procedimiento sumarísimo contra Diego Medina Garijo, AHN, FC-Causa General, caja 1525, exp. 14, pp.

299, 306,

314-353

,

363-419

. [<<](#)

[18] Casado a Rafael Fernández de la Calzada (26 de marzo de 1940), Archivo Rafael Fernández de la Calzada y Ferrer, Archivo General Militar de Ávila, (citado en adelante como: AGMAV), C.1124, 1/1, 1/2,

1/3. [<<](#)

[19] Bahamonde Magro, *Madrid 1939...*, pp.

218-220

. [<<](#)

[20] *Ibid.*, pp.

220-221

; José Andrés Rojo, *Vicente Rojo, retrato de un general republicano*, Barcelona, Tusquets Editores, 2006, p. 409. <<

[21] Pedro María Egea Bruno, «Miguel Buiza Fernández-Palacios, Almirante habilitado», en: Javier García Fernández, ed., *25 militares de la República*, Madrid, Ministerio de Defensa, 2011, pp.

183-191

; Victoria Fernández Díaz, *El exilio de los marinos republicanos*, Valencia, Universitat de València, 2009, pp. 150-154

,
273-282

; Antonio Vilanova, *Los olvidados: los exiliados españoles en la segunda guerra mundial*, París, Ruedo Ibérico, 1969, pp.

363-370

; Evelyn Mesquida, *La Nueve. Los españoles que liberaron París*, Barcelona, Ediciones B, 2008, pp. 99-101

, 120. Romain Durand, *De Giraud à de Gaulle: Le Corps franc d'Afrique*

, París, Harmattan, 1999, p. 156. Estoy en deuda con el Dr. Robert Coale por la información adicional sobre Buiza. <<

[22] Eduardo Buil, «25 días de confusión y derrumbamiento», AFPI, AAVV, AEJM-83-9

, p. 5 <<

[23] Ángel Viñas, «Playing with History and Hiding Treason: Colonel Casado's

Untrustworthy Memoirs and the End of the Spanish Civil War», en: *Bulletin of Spanish Studies: Hispanic Studies and Researches on Spain, Portugal and Latin America*, vol. 91, n.º

1-2

(2014), pp.

298-300

. <<

[24] Los pormenores del fracaso de su matrimonio y el posterior divorcio están extraídos de *The Singapore Free Press and Mercantile Advertiser* (8 de febrero de 1939). Su traducción de las cartas de Antoine de Saint-Exupéry aparece en *Wartime Writings*

1939-1944

, Nueva York, Harcourt, 1986. <<

[25] Casado a Fernández de la Calzada (15 de junio de 1949, 8 de junio de 1950, 15 de noviembre de 1951, 3 de diciembre de 1952, 3 de noviembre de 1953), AGMAV, C.1124, 1/45, 51, 58, 62, 67. [≤≤](#)

[26] Ángel Viñas y Fernando Hernández Sánchez, *El desplome de la República*, Barcelona, Crítica, 2009, pp. 292-294
. [≤≤](#)

[27] Mera, *Guerra, exilio...*, p. 239. [≤≤](#)

[28] Borrador de la carta de Casado reproducido en Ángel Viñas, «Playing with History...», pp. 322-323
. [≤≤](#)

[29] Casado a Juan López (7 de noviembre de 1945, 5 de diciembre de 1945), Archivo General Regional de Murcia, Archivo Juan López Sánchez, JLS, 998/1167; JLS, 998/1172. [≤≤](#)

[30] Casado a Juan López (9 de abril de 1941), Archivo General Regional de Murcia, Archivo Juan López Sánchez, JLS, 998/1/60. [≤≤](#)

[31] Casado a Juan López (1 de enero de 1947), Archivo General Regional de Murcia, Archivo Juan López Sánchez, JLS, 998/1/192. [≤≤](#)

[32] Casado a Fernández de la Calzada (s. f., [mayo o junio de 1949]), AGMAV, C.1124, 1/44. [≤≤](#)

[33] Casado a Fernández de la Calzada (23 de marzo de 1949), AGMAV, C.1124, 1/41-2. [≤≤](#)

[34] Casado a Fernández de la Calzada (15 de junio de 1949), AGMAV, C.1124, 1/45. [≤≤](#)

[35] Casado a Fernández de la Calzada (29 de junio de 1949), AGMAV, C.1124, 1/43. [<<](#)

[36] Casado a Fernández de la Calzada (2 de diciembre de 1954, 8 de marzo, 21 de agosto y 15 de octubre de 1956, 24 de julio de 1959), AGMAV, C.1124, 1/73, 1/83, 1/87, 1/88, 1/108. [<<](#)

[37] Casado a Fernández de la Calzada (14 de agosto de 1954; 9 y 19 de mayo, 3 de agosto de 1955; 31 de mayo de 1956; 6 de mayo y 20 de agosto de 1957), AGMAV, C.1124, 1/72, 1/75, 1/76, 1/79, 1/84-5, 1/90-1, 1/95. [<<](#)

[38] Casado a Fernández de la Calzada (2 de diciembre de 1954; 14 de junio de 1958, 29 de enero, 6 de julio y 20 de septiembre de 1960; 9 y 29 de enero, 4 de mayo y 24 de junio de 1961), AGMAV, C.1124, 1/76, 1/97, 1/116, 1/126, 1/132, 1/137-8, 1/146, 1/148-9; Ángel Viñas, «Segismundo Casado López. Coronel», en: García Fernández, ed. *25 militares...*, pp. 239-242
. [<<](#)

[39] Casado a Fernández de la Calzada (24 de noviembre de 1962, 25 de mayo de 1964, 10 de junio de 1965), AGMAV, C.1124, 1/174, 1/188, 1/190; Viñas, «Segismundo Casado...», pp. 243-245
. [<<](#)

[40] Casado a Fernández de la Calzada (1 de abril, 5 de junio y 2 de agosto de 1967), Fernández de la Calzada a Casado (27 de julio de 1967), AGMAV, C.1124, 1/217, 1/226, 1/229-30, 1/231-2; Viñas, «Segismundo Casado...», pp. 246-253
. [<<](#)

[41] Minutas del Congreso de los Diputados, Diputación Permanente (31 de marzo de 1939), pp. 6, 7. [<<](#)

[42] *Ibid.*, p. 13. [<<](#)

[43] Bowers a Fischer (18 de febrero de 1939), MC#024, Documentos de Louis Fischer, Seeley G. Mudd Manuscript Library, Princeton University. [<<](#)

[44] Gabriel Jackson, *Juan Negrín. Spanish Republican War Leader*, Brighton, Sussex Academic Press, 2010, pp. 294-305.
. <<

[45] Denis Smyth, «The politics of asylum, Juan Negrín and the British Government in 1940», en: Richard Langhorne, ed., *Diplomacy and Intelligence during the Second World War*, Cambridge, Cambridge University Press, 2003, pp. 126-146.
. <<

[46] La compleja historia de las actividades de Negrín desde el final de la Guerra Civil española hasta su muerte en 1956 se recoge exhaustivamente en Enrique Moradiellos, *Don Juan Negrín López*, Barcelona, Ediciones Península, 2006, pp. 461-601.
. <<

[47] Jackson, *Juan Negrín...*, pp. 9-11, 30, 294. <<

[48] Herbert L. Matthews, *Half of Spain Died. A Reappraisal of the Spanish Civil War*, Nueva York, Charles Scribner's Sons, 1973, p. 231. <<

[49] Juan Simeón Vidarte, *Todos fuimos culpables*, México D. F., Fondo de Cultura Económica, 1973, p. 843.
<<